

B I B L I O T E C A C L Á S I C A

BENITO PÉREZ GALDÓS

TRAFALGAR
LA CORTE DE
CARLOS IV

EDICIÓN DE
DOLORES TRONCOSO

ESTUDIO PRELIMINAR DE
GEOFFREY RIBBANS



Contiene el estudio preliminar,
el texto, las notas al
pie y la tabla de la edición
publicada en 1995 por Edi-
torial Crítica y en la cual
figuran el prólogo, el aparato
crítico, las notas comple-
mentarias y otros materiales

BIBLIOTECA CLÁSICA

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE
FRANCISCO RICO

VOLUMEN 104

TRAFALGAR
LA CORTE DE
CARLOS IV

BENITO PÉREZ GALDÓS

TRAFALGAR
LA CORTE DE
CARLOS IV

EDICIÓN,
PRÓLOGO Y NOTAS DE
DOLORES TRONCOSO

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR DE
GEOFFREY RIBBANS



CRÍTICA

BARCELONA

JOSÉ MARÍA MICÓ *Adjunto a la dirección*

RAFAEL RAMOS NOGALES *Secretario de redacción*

MANUEL FLORENSA MOLIST *Tipografía*

IGNACIO ECHEVARRÍA *Coordinación*

VÍCTOR IGUAL *Fotocomposición*

© 1995 de la edición, prólogo y notas: Dolores Troncoso

© 1995 del estudio preliminar: Geoffrey Ribbans

© 1995 de la colección: Francisco Rico

© 1995 de la presente edición para España y América:

CRÍTICA (Grijalbo Mondadori, S.A.), Aragón, 385, 08013 Barcelona

ISBN: 84-7423-718-1 rústica

ISBN: 84-7423-720-3 tela

Depósito legal: B. 21.705-1995

Impreso en España

1995. — HUROPE, S.A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ESTUDIO PRELIMINAR

LOS «EPISODIOS NACIONALES», O LA HUELLA DEL CARACOL

El episodio nacional es evidentemente un tipo de narración innovador acuñado por Galdós en 1873 al empezar una nueva dirección, después de sus primeros tanteos en el género de la novela histórica, con La Fontana de Oro (1868) y El audaz (1871). Si la inspiración algo remota parece proceder de los Romans nationaux de Erckmann-Chatrian, es manifiesto que Galdós se siente orgulloso de haber encontrado una forma propia y original, y en varios escritos, de modo excepcional, expresa su opinión al respecto. Aunque era, como se sabe, parco y desconfiado en sus juicios críticos, se siente obligado a escribir con cierta persistencia sobre el origen e índole de esta forma distintiva que es el episodio nacional, en escritos que no han atraído la atención que merecen. Cabe hacer hincapié en dos de estos textos excepcionales. El primero es el prólogo al último tomo de la primera serie, La batalla de los Arapiles (1875), descartado después de la primera edición. El segundo fue escrito cuando Galdós creía, según todos los indicios, haber abandonado el género para siempre. Lo constituyen los prólogos que inserta en la edición ilustrada de los Episodios, primero al emprender esa ambiciosa publicación en marzo de 1881, y luego al poner remate a la tarea, en noviembre de 1885.

En estos últimos prólogos, en particular, se presta, de modo insólito y hasta con complacencia, a publicar un trabajo crítico que, según dice, ya tiene preparado: «un luengo y prolijo escrito sobre el origen de esta obra, su intención, los elementos históricos y literarios de que dispuse, los datos y anécdotas que recogí; en suma, un poquito de historia o más bien de Memorias literarias, con la añadidura de algunos desahogos sobre la novela contemporánea». Es verdad que esta buena intención queda enseguida desvirtuada, con un razonamiento poco convincente: «Pero echando de ver que estas cosas interesan medianamente y caen mejor en postdata que en prólogo, me las guardo para el fin de la obra, donde podrá verlas, leerlas y gozarlas el que absolutamente no tenga otra cosa que hacer». Aún más, en aquella postdata o prólogo segundo, al concluir la edición, se desdice categóricamente del compromiso hecho cuatro años antes y se niega a volver al trabajo anteriormente preparado: «Pronto me arrepentí de esta precipitada oferta, y la tuve por grandísima tontería en la parte que se refiere a juicios generales de crítica y a opiniones sobre el género literario que más se cultiva en España. Y al desempolvar los papelotes en que estaba el mal pensado y peor escrito Ensayo, me revolví

airado contra mí mismo por la pícara maña de ofrecer lo que en manera alguna puedo ahora cumplir». Ahora de manera muy típica alega su incapacidad innata para dictar juicios críticos.

Esto no obstante, es evidente que le preocupa mucho el tema, al cual dedica diversos párrafos de gran interés al «hablar un poco de cómo y cuándo se escribieron estas páginas».

A principios de 1873, año de grandes trastornos, fue escrita y publicada la primera de estas novelas, hallándome tan indeciso respecto al plan, desarrollo y extensión de mi trabajo, que ni aun había fijado los títulos de las novelas que debían componer la serie anunciada y prometida con más entusiasmo que reflexión. Pero el agrado con que el público recibió *La corte de Carlos IV* sirvióme como de luz o inspiración, sugiriéndome, con el plan completo de los *Episodios nacionales*, el enlace de las diez obritas de que se compone y la distribución graduada de los asuntos, de modo que resultase toda la unidad posible en la extremada variedad que esta clase de narraciones exige. Cuatro novelas aparecieron puntualmente cada año con regularidad de almanaque, y en la primavera de 1875 quedó terminada con *La Batalla de los Arapiles* la primera serie.

Es de notar que, ya desde la redacción de Trafalgar, Galdós concebía la idea de una serie de novelas bajo el título general de Episodios nacionales, pero todavía no había concretado con exactitud los títulos; el segundo de la serie se anunció al principio como Isidoro Máiquez, y el tercero como El motín de Aranjuez. Sólo se fraguó la estructura de la serie en un molde definitivo después de escrita La corte de Carlos IV.

Por otra parte, conviene destacar la importancia del título de conjunto, que según todos los indicios fue una feliz ocurrencia del mentor del joven Galdós, José Luis Albareda. Son episodios por constituir un trozo de experiencia vivida incompleto en sí, y nacionales por tener la función de una toma de conciencia patriótica. No se puede ni se debe negarles el atributo global de novela histórica, pero hay que darse cuenta de que no son lo que suele entenderse por tal designación. El episodio nacional es más bien una especie de crónica muy allegada a los datos concretos del pasado inmediato. Por eso cada episodio tiene un título que indica, sin excepción alguna, un incidente histórico específico que forma parte de un proceso incremental, como fragmento integrante de una continuidad, de una «serie», con su obligada estructura de diez tomos. Se aspira, pues, a un grado de unidad dentro de la extremada variedad.

Era un concepto además que tenía una aceptación casi inmediata por parte del público, y por tanto —dentro de las menguadas condiciones culturales de la España de entonces— un resonante éxito comercial. Según Beyrie, después de una tirada de 1.000 ejemplares para Trafalgar, La corte de Carlos IV alcanzó 3.000 ejemplares, y los tomos que siguieron llegaron a una edición habitual de 4.000. Con una regularidad realmente excepcional, pues cada serie consta desde el principio de diez episodios, número que se mantiene invariable hasta la quinta y última, que si al principio se concebía como dos episodios epilogales, luego se fue extendiendo hasta abarcar, en intención al menos, los acostumbrados diez títulos. La extensión de las narraciones es relativamente breve y de notable uniformidad: aproximadamente quinientas cuartillas cada una, lo que equivale a unas 75.000 o 85.000 palabras, 250-350 páginas en cuarto, ordenadas alrededor de 30-40 capítulos cortos, y con un contenido histórico siempre sustancioso y constante. Se trata por tanto de la invención de un subgénero diferenciado del genus «novela histórica».

Por su parte, Galdós es plenamente consciente de la innovación que el episodio representa. En el epílogo a La batalla de los Arapiles habla de «lo nuevo y hermoso del asunto escogido», y en el segundo prólogo nota «la circunstancia, feliz para mí, de no existir en la literatura española contemporánea novelas de historia reciente». Afirma además que su invención no tiene nada de «tendencia» o de tesis, refiriéndose a la forma que se desarrollará poco después, por la banda tradicionalista, con El escándalo (1875) de Alarcón y con Don Gonzalo González de la Gonzalera (1879) y De tal palo tal astilla (1880) de Pereda, y, por el lado liberal, con Doña Perfecta (1876) y Gloria (1877), del mismo Galdós. Asegura, en cambio que esta obra suya ha nacido «limpia de toda intención que no fuera la de presentar en forma agradable los principales hechos militares y políticos del período más dramático del siglo, con el objeto de recrear (y enseñar también, aunque no gran cosa) a los aficionados a esta clase de lecturas». Se advierte también una preocupación de defender sus narraciones —en las cuales las dos invasiones francesas de 1808 y 1823 revisten un papel tan destacado— de la acusación hecha en Francia de un excesivo patriotismo y de un antagonismo contra el país vecino.

Igualmente interesantes son las quejas que articula Galdós por la escasez en España de documentación familiar o anecdótica: «la falta de datos ... y la carencia de documentos privados, memorias o historias individuales y anecdóticas, sin cuyos preciosos materiales, el trabajo inductivo del

novelista de este género es fatigoso y casi siempre estéril». Rematando este argumento, el prólogo segundo nota la ausencia de datos útiles en la prensa —a excepción de los anuncios del Diario de Avisos—, y la carencia de testigos presenciales. Esta última deficiencia está algo subsanada por los grandes escritores del costumbrismo, especialmente Ramón de Mesonero Romanos. Y no deja de asomarse la presencia más o menos encubierta de Larra.

A continuación, su creador justifica haber emprendido una segunda serie por el buen éxito de la primera, y porque «la pintura de la guerra quedaba manca, incompleta y como descabalada si no se le ponía pareja con el cuadro de las alteraciones y trapiondas que a la campaña seguía». Añade que esta segunda guerra, «más ardiente tal vez aunque menos brillante que la anterior, parecióme buen asunto para otras diez narraciones, consagradas a la política, a los partidos y a las luchas entre la tradición y la libertad», y que este asunto no ha perdido su actualidad. Reitera de manera continua la relación de lo narrado con el presente: «Todos los disparates que hacemos hoy los hemos hecho antes en mayor grado».

Finalmente, constan en los dos textos referidos algunas observaciones muy atinadas sobre las diferencias entre las dos primeras series. Se entiende, desde luego, que en el epílogo de 1875, al llegar al fin de la primera serie, Galdós desea justificarse de la tarea que acaba de realizar y de lanzar con cierto brillo la nueva serie. Sorprende no poco, sin embargo, el tono de autocrítica tan acentuado que adopta. Habla de «una empresa impremeditadamente acometida ... realizada al fin no sin tropezar con mil dificultades y obstáculos, muchos de los cuales no me ha sido posible vencer», y de «cierta lamentable y abrasadora impaciencia mía, que no puedo de modo alguno refrenar», lo que da por resultado una producción frenética de diez tomos —cinco mil quinientas páginas (o sea, cuartillas)—en poco más de dos años. Sobre todo, se culpa a sí mismo con mucho detalle y vehemencia por haber utilizado la narración en primera persona:

con mi habitual imprevisión adopté la forma autobiográfica ... la cual, si bien no carece de encanto, tiene grandísimos inconvenientes para una narración larga, y no puede de modo alguno sostenerse en el género novelesco-histórico, donde la acción y trama se construyen con nulidad de sucesos que no debe alterar la fantasía, y con personajes de existencia real. Únanse a esto las escenas y tipos que el novelista tiene que sacar de sus propios talleres; establézcase la necesidad de que los acontecimientos históricos ocurridos en los palacios, en los campos de batalla, en las

asambleas, en los clubs, en mil sitios diversos y de no libre elección para el autor, han de pasar ante los ojos de un *solo* personaje, narrador obligado e indispensable de tan diversos hechos en período de tiempo larguísimo y en diferentes ocasiones y lugares, y se comprenderá que la forma autobiográfica es un obstáculo constante a la libertad del novelista y a la puntualidad del historiador. Conociendo por experiencia las grandes trabas de esta forma, semejantes sin duda a las que pone en la literatura dramática la unidad inalterable del espectador y de la escena, la evitaré en lo sucesivo.

Es un criterio que vuelve a imponer, utilizando algunas de las mismas frases, en el segundo prólogo de 1885:

En la primera serie adopté la forma autobiográfica, que tiene por sí mucho atractivo y favorece la unidad; pero impone cierta rigidez de procedimiento y pone mil trabas a las narraciones largas. Difícil es sostenerla en el género novelesco con base histórica, porque la acción y trama se construyen aquí con multitud de sucesos que no debe alterar la fantasía, unidos a otros de existencia ideal, y porque el autor no puede, las más de las veces, escoger a su albedrío ni el lugar de la escena ni los móviles de la acción.

Así, Galdós se impacienta por las limitaciones de tiempo y espacio que le impone la técnica autobiográfica de servirse de las memorias de Gabriel Araceli, redactadas en su senectud y abarcando los años desde su primera mocedad en 1805. Cabe notar que existe una relación directa, si bien muy precaria, entre este período primerizo y el presente: Galdós había conocido personalmente a un veterano de la batalla de Trafalgar, muy anciano ya, llamado Galán.

Tal vez lo que más le desagradaba, al llegar al final, era la voz única del narrador, lo que excluía —aparte de la excepción parcial de Gerona, donde la narración pasaba a Andrés Marijuán— la expresión narrativa de cualquier actitud que no fuera la de Araceli. Además, la primera serie está caracterizada por una preponderancia de incidentes militares: batallas (Trafalgar, Bailén, La batalla de los Arapiles), asedios (Zaragoza, Gerona) y campañas guerrilleras (Juan Martín, el Empecinado). Si bien no falta cierta tendencia a un patriotismo algo simplista, es importante notar que se advierte también un constante tono antiépico y antibélico. El heroísmo va siempre atenuado por efectos realistas y humanos: así, en Trafalgar, la arena que sirve para absorber la sangre o el efecto desolador de las exequias marítimas; en Zaragoza, los horrores del sitio de la capital aragonesa, que hasta llegan a poner en tela

de juicio la justificación misma de la resistencia. También la primera serie abre otras vetas altamente significativas de índole ideológica: las postrimerías del Antiguo Régimen y el rechazo del absolutismo caprichoso de Godoy; las esperanzas defraudadas depositadas en el joven Fernando; el afrancesamiento tenaz y radical personificado en la figura de Santorcaz; la evolución hacia el liberalismo naciente en Cádiz, relacionado con el desarrollo de la clase media. Tampoco se descuida la vida cultural, como demuestra la importancia de que goza, en *La corte de Carlos IV*, el estreno de la comedia moratiniana *El sí de las niñas*.

Luego, en la segunda serie, cuando le toca cumplir con su intención inicial de cubrir los conflictos políticos hasta algo más allá, al menos, de la muerte de Fernando VII (1833), Galdós abre la perspectiva de adoptar una forma a la vez más flexible y más verosímil:

Tales dificultades obligáronme a preferir en casi todas las novelas de la segunda serie la narración libre, y como en ellas la acción pasa de los campos de batalla y de las plazas sitiadas a los palenques políticos y al gran teatro de la vida común, resulta más movimiento, más novela, y por tanto, un interés mayor. La novela histórica viene a confundirse así con la de costumbres.

A las memorias de Araceli, pues, sustituye una «narración libre», mayormente en tercera persona. Además, se modifica el contenido: la «novela histórica» se convierte en «la de costumbres». Queda establecido así un nuevo equilibrio entre historia y ficción, a la vez que la descripción de las batallas y asedios cede a las luchas políticas y a diversos aspectos de la vida colectiva.

*La segunda serie trata esencialmente de la lucha encarnizada contra la opresión impuesta por Fernando VII antes y después del «trienio constitucional», y a la vez del ineludible crecimiento de la clase media. No es casual que el héroe no sea una imponente figura épica sino un inconspicuo pequeño burgués, Benigno Cordero. El reino de terror que se desencadena con la restitución de la tiranía fernandina por los franceses se diseña de forma imaginativa en las macabras escenas de humor negro, cuando por órdenes de Chaperón se erige en la Plaza de la Cebada el cadalso más alto jamás contemplado y se celebra un juicio grotesco en que las vidas de Cordero y su protegida Solita están amenazadas. La represión aprobada por la Iglesia alcanza una forma novelesca en la historia de Pepet, o Tilín, en *Un voluntario realista*. Galdós no deja de anotar asimismo algún evento literario, como la conspiración de los jóvenes «numantinos» (*Ventura de la Vega, Espronceda, Patricio**

de la Escosura) en Los apostólicos. Y al fin de este mismo episodio, recrea la famosa escena de las «manos blancas no ofenden», en que, abofeteando a Calomarde, la infanta Carlota rechaza la legitimidad de una sucesión carlista. La lucha contra el absolutismo antiguo se convierte ahora en una lucha dinástica: en adelante hay un faccioso más —don Carlos—, y se desencadena una guerra civil.

La segunda serie se libera también de la rígida estructura unívoca en que el anciano Araceli recuerda y glosa sus experiencias pasadas. A partir de esta serie le incumbe al narrador anónimo hacer comentarios desde el tiempo presente de la escritura, mientras Salvador Monsalud y sus sucesores actúan en su tiempo y espacio, sin abierto conocimiento de los resultados posteriores. Cuando se acude a la narración en primera persona, en forma de memorias o cartas, el lector goza de una visión contemporánea, no mediada, de lo que está ocurriendo en aquella coyuntura. El tono narrativo resulta más complejo por ser parcial, como en las memorias del antiguo afrancesado y ahora apostólico oportunista Juan Bragas o Pipaón, en las cuales se destaca la ironía producida por el narrador no digno de confianza. Lo mismo pasa en grado menos acentuado con el extenso epistolario de Jenara Baraona, que constituye la mayor parte de Los cien mil hijos de San Luis. Las negociaciones que ella emprende con los franceses, incluyendo una animada entrevista con Chateaubriand, señalan tanto sus prejuicios apostólicos de entonces como su evolución hacia una posición más abierta.

En el segundo prólogo, Galdós también explica por qué ha abandonado el género con Un faccioso más y unos frailes menos: «Me pareció juicioso dejar en aquel punto mi trabajo, porque la excesiva extensión habría mermado su escaso valor, y porque, pasado el año 34, los sucesos son demasiado recientes para tener el hechizo de la historia y no tan cercanos que puedan llevar en sí los elementos de verdad de lo contemporáneo». Un argumento muy semejante (pero sin el elemento de fatiga o tratamiento excesivo) lo emplea al fin de la última novela de la serie, cuando afirma que «Los años que siguen al 34 están demasiado cerca, nos tocan, nos codean, se familiarizan con nosotros. Los hombres de ellos casi se confunden con nuestros hombres. Son años a quienes no se pueden disecar, porque algo vive en ellos que duele y salta al ser tocado con escarpelo». Según este criterio, le importa no entrar en este limbo que separa lo histórico de lo contemporáneo. También hay que tener en cuenta la profecía desilusionada que, oponiéndose al optimismo de Cordero, lanza Monsalud poco antes: «no esperaba ver en toda su vida más que desconciertos, errores, luchas estériles, ensayos, tentativas,

saltos atrás y adelante, corrupciones de los nuevos sistemas, que aumentarán los partidarios del antiguo; nobles ideas bastardeadas por la mala fe, y el progreso casi siempre vencido en su lucha con la ignorancia». El protagonista galdosiano cree que a la larga vendrán las reformas, pero no en vida suya; mientras tanto, «me parece —asegura— que asisto a una mala comedia», frase a la que, junto con variantes tales como «sainete» o «eserpento», irá recurriendo a lo largo de los episodios para caracterizar la historia de España. En una prolepsis parecida, en el tomo anterior, *Los apostólicos*, Monsalud había expresado ya igual desesperación, al opinar que la labor del liberalismo ha de durar un siglo: «Hemos de pasar por un siglo de tentativas, ensayos, dolores y convulsiones terribles». Todo eso demuestra patentemente un juicio a posteriori, que pone en peligro la verosimilitud del personaje; al mismo tiempo explica el poco atractivo que tiene para Galdós el historiador, en 1879, el casi medio siglo transcurrido, durante el cual sabe muy bien que no se han efectuado reformas radicales y duraderas, ni está convencido de que se hayan estabilizado las instituciones del país.

Cuando Galdós reanuda la composición de episodios nacionales en 1898, casi veinte años más tarde, la proximidad con el presente ha disminuido sensiblemente, hasta el punto que «lo contemporáneo» se ha convertido en «lo histórico». La distancia ahora permite una consideración ponderada, si bien no precisamente alentadora, de todo lo concerniente a la «gloriosa» Revolución de 1868, sus antecedentes y el sexenio revolucionario que la sigue. Lo que permanece es el carácter caótico e indeterminado del período intermedio, y el desengaño generalizado acerca del porvenir de España. En su breve introducción al primer volumen de la tercera serie, *Zumalacárregui*, Galdós pretende que es la demanda pública lo que le hace quebrantar su voto, factor fácilmente compatible con lo que parece ser el motivo esencial: la necesidad de ganar dinero para enfrentarse con el desastre económico que le acarrió su pleito contra un antiguo asociado, Miguel de la Cámara. Cabe advertir que, publicados ya *Misericordia* y *El abuelo* en 1897, queda por escribir muy poco de lo más característico de las novelas contemporáneas. Galdós puede aplicar por lo tanto su larga y fecundísima experiencia de novelista contemporáneo a la confección de nuevos episodios.

Despachó pues con expedita rapidez, en tres años, la tercera serie, que va desde la primera guerra carlista hasta el principio del reinado de Isabel II. La vida envuelta en misterio del protagonista de la serie, Fernando Calpena, se desarrolla en estrecha interacción con la política. Él participa en las ambiciosas pero frustradas reformas económicas de

Mendizábal; se hace íntimo de Espartero y doña Jacinta; y se le encarga la delicada misión de negociar con Maroto lo que será la Paz de Vergara. La estrategia narrativa ahora preferida para presentar puntos de vista variados es el empleo extenso de las cartas. En La estafeta romántica, Vergara y Los ayacuchos se desarrolla una correspondencia muy diversificada entre tradicionalistas como María de Tirgo y Serafín de Socobio y entre liberales como Pedro Hillo y Mariano Díaz de Centurión, que trata no sólo de los incidentes de la implacable guerra carlista sino también del mundo literario; el suicidio de Larra está hábilmente integrado en varias epístolas. Desde Barcelona, Calpena recibe, del personaje ubi-cuo que es Centurión, informes de la infancia descuidada de las dos infantitas; otras cartas, las de Socobio, contienen denuncias de Espartero, a raíz del mal aconsejado fusilamiento de Diego de León; las propias cartas del protagonista, en cambio, describen el tumulto en la ciudad condal. Esclarecido por fin el linaje de Calpena, se celebran las bodas de éste y de su amigo Santiago Ibero con las hermanas Castro-Amézaga, así como, poco después, en Bodas reales, se discuten, mediante las charlas de doña Leandra de Carrasco con doña Cristeta Socobio, los méritos de los pretendientes a la mano de la joven monarca.

La redacción de la cuarta serie, dedicada al tumultuoso reinado de Isabel II, exige más tiempo que la tercera, pero en cinco años (1902-1907) está ya completa. No faltan argumentos convincentes para sostener que es ésta la más conseguida de todas las series, a excepción de las narraciones algo apartadas del foco narrativo, como La vuelta al mundo en la Numancia y Aita Tettauén. Sigue la tendencia hacia las memorias, que dan plena constancia de la situación inmediata; en las diestramente sostenidas de Beramendi (curiosamente apegado al modelo de la epístola de Petrarca Posteritati), Santinuste y Halconero se reflejan los gestos de Narváez y O'Donnell, las peripecias de la revolución de 1854 y de la guerra de África, la corte caprichosa y santurróna de la reina, y el ambiente de revolución que ésta de modo inconsciente provoca.

Tampoco tarda mucho Galdós en terminar los dos primeros tomos de la quinta serie, que tratan del interregno dominado por Prim y que tienen características parecidas a la cuarta. A partir de Amadeo I, al novelista envejecido y ya medio ciego evidentemente le cuesta cada vez más trabajo continuar con su tarea, y sin renunciar a acabar la serie — en su correspondencia ofrece una lista de los títulos restantes y habla de los preparativos para el séptimo tomo, Sagasta —, no llega más allá del sexto, que es Cánovas (1912). Para mí, estos cuatro últimos episodios resienten el cansancio, agotamiento y desfallecimiento del autor. En

ellos se realiza un radical e inoportuno cambio de técnica, ejemplificado por un nuevo y estrambótico narrador, Tito. Además, el reportaje político peca de estridente y poco selectivo, y la estructura narrativa, de artificial y alegorizante.

En contraste con las novelas, en las que las huellas históricas son de índole distinta, los Episodios en general se proponen trazar con cierta coherencia y continuidad una sucesión de acontecimientos históricos externos desde principios del siglo XIX. Dentro de la esfera así delimitada tienen un evidente propósito didáctico, si bien no exagerado: «[el objeto de] enseñar también, aunque no gran cosa», citado antes. Se trata de suplir datos y de estimular a los lectores a que piensen sobre los problemas del pasado inmediato, no muy alejados espiritualmente de los del presente. Es muy reducido asimismo el grado de selección que se permite el autor; como admiten los dos textos citados, «la acción y trama se construyen con multitud de sucesos que no debe alterar la fantasía». Por eso no se puede pasar por alto sucesos decisivos ni saltar sin justificación de un período a otro, limitaciones que naturalmente no atañen a las novelas contemporáneas.

No deja por cierto de ser problemática la relación entre los dos componentes del episodio, que son historia y ficción; se trata, en palabras de Urey, de «una unión oximorónica de hecho y ficción desarrollada en los límites representacionales inherentes en el lenguaje mismo». De hecho, la crítica está muy dividida sobre la historicidad de los episodios. Se debe descartar de antemano cualquier pretensión de que Galdós actúe como historiador profesional: aunque no es despreocupado ni inconsecuente en cuanto a la exactitud de los hechos que narra, sus investigaciones se limitan a tentativas personales para reunir datos anecdóticos sobre las figuras históricas más relevantes. La historia política goza de evidente prioridad sobre la trama de la ficción; hay pruebas de que los incidentes históricos se dibujaban antes y se añadía después lo ficticio. Más importante, los episodios están empapados de un ambiente y una coloración profundamente históricos. Como el mismo escritor insiste repetidas veces, lo que se ha llamado la historia grande —los notables acontecimientos externos—, si bien reviste inevitablemente una importancia mucho mayor que en las novelas, está respaldada constantemente por la historia chica, es decir, los incidentes cotidianos que revelan el espíritu de la época. Así, cuando se presenta el nuevo protagonista Salvador Monsalud en El equipaje del rey José (1875), se proclama la importancia de lo que Unamuno ha de llamar la intrahistoria:

¿Por qué hemos de ver la historia en los bárbaros fusilazos de algunos millares de hombres que se mueven como máquinas a impulsos de una ambición superior, y no hemos de verla en las ideas y sentimientos de ese joven oscuro? Si en la historia no hubiera más que batallas; si sus únicos actores fueran las personas célebres, ¡cuán pequeña sería! Está en el vivir lento y casi siempre doloroso de la sociedad, en lo que hacen todos y en lo que hace cada uno. En ella nada es indigno de la narración, así como en la naturaleza no es menos digno de estudio el olvidado insecto que la incommensurable arquitectura de los mundos.

Además, esta historia chica tiene dos facetas distintas. Consiste no sólo en dicha subcorriente de cambios inapercibidos, sino también en la invención de seres ficticios representativos, que son tan arraigadamente históricos como aquélla. Alguna figura excepcional, como la ya indicada de Jenara Baraona, tiene una función sostenida de participante y de punto de confluencia entre la reacción y el liberalismo. Aún más destacado es Pepe Fajardo, marqués de Beramendi. Como resultado de un beneficioso matrimonio de conveniencia, éste se ve embrollado en toda la alta política española desde tiempos de Narváez; presencia todas las intrigas religiosas (su hermana es compañera de claustro de sor Patrocinio) y no obstante mantiene un criterio disidente, oculto y pasivo contra el orden establecido. Igualmente impresionante es Teresa Villaescusa, mujer cuya libre actividad sexual corre pareja con la empresa reconciliadora, mas poco escrupulosa, de la Unión Liberal fundada por O'Donnell, hasta que, después de una crisis de conciencia, se adhiere a Prim y encuentra con Santiago Ibero un amor auténtico pero no ortodoxo.

Prolongación de esta técnica de individuos cuya actividad se va estirando a lo largo de varios episodios, es la creación de tupidas selvas de relaciones familiares, que abarcan tanto las actividades privadas como las públicas. En la primera serie, esta trama novelesca, que trata del antagonismo de la condesa Amaranta hacia Gabriel y de los amores de éste con su hija Inés, resulta bastante artificial. En la segunda, el complejo y sostenido antagonismo entre Monsalud y Garrote —medio hermanos, de opuestas convicciones políticas, y rivales por el amor de Jenara Baraona—, si bien resulta algo melodramático, permite un desarrollo más amplio de alusiones a la vida pública. La figura significativa de la emergente clase media, Benigno Cordero, también tiene su drama privado: su amor paternal por Solita, al que por fin renuncia cuando descubre que ella está enamorada de Salvador. A partir de la tercera serie, el andamiaje de relaciones familiares se hace aún más sólido. Así,

Pilar, la hija del matrimonio de Calpena con Demetria, se casa con Vicente Halconero. El hijo de Ibero y Gracia, otro Santiago Ibero, es un destacado conspirador progresista de la época de Prim; tiene un amor fracasado con Saloma, hija del radical Baldomero Gracián, y nieta, por lado materno, del malogrado Adrián Ulibarri, fusilado por Zumalacárregui.

La familia tentacular por excelencia es la de Ansúrez. El padre, Jerónimo, es el patriarca de los valores campestres tradicionales, mientras sus vástagos, ferozmente independientes, se desparraman entre las actividades más diversas: Gonzalo se convierte en el moro renegado, El Nasiry de Aita Tettauen; Leoncio participará en la guerra de África y se hará amigo de Santiago; Diego será marinero y héroe de La Numancia; y Gil, aventurero y bandolero. Entre todos los Ansúrez sobresale Lucila como la belleza arquetípica del ideal celtibérico. Embelesa a Beramendi y a Santiuste antes de hacerse amante de Gracián. Después evoluciona, a través de varias peripecias y dos matrimonios, hacia un papel más convencional como matrona de una familia numerosa y protectora vigilante de su hijo Vicente Halconero. Este, tras diversas vacilaciones políticas que reflejan las prioridades del momento, llega en la última serie a apoyar la Restauración. Estos grupos están todos entretreídos para formar complejas redes de enlaces matrimoniales, alianzas políticas, intereses creados y acérrimas rivalidades paralelas a la actividad política. Otros elementos ficticios menos sostenidos están asociados con acontecimientos específicos de cierto relieve, como las hermanas Hermosilla (las Zorreras) en el asesinato de Chico durante la revolución de 1854, y de nuevo en el despiadado ajusticiamiento de los sargentos de San Gil en 1866. En todos se ofrece, mediante el empleo consistente y meticuloso de mentiras ficticias que se funden con incidentes históricos, un panorama convincente de la vida colectiva de la época.

Frente a la historia tenemos la estructura novelesca. El ineludible contenido histórico no elimina, por supuesto, los problemas inherentes al discurso narrativo, pero sí les da un sesgo muy distinto. Se ha insistido mucho en años recientes, y con razón, en la coherente estructura narrativa basada en los personajes de ficción, pero a mi parecer urge evitar los extremos de antihistoricismo que caracterizan a cierta crítica postestructuralista de orientación derrideana al negar toda significación a la trama histórica. Galdós, sin ignorar la lucha implícita entre historia y ficción, tiene plena conciencia de que es imprescindible reconciliarlas: «Con una y otra madera, acopladas lo mejor que se pueda, levantamos el alto andamiaje desde donde vemos, en luminosa perspectiva, el alma, cuerpo y humores de una nación» (España sin rey). A partir de la cuarta

serie, sin embargo, abriga dudas cada vez más profundas sobre la eficacia de la solución adoptada. Además, la historia de España, tal como es, le parece cada vez más deprimente. Así ocurre que frente a la historia oficial se erige, de modo fascinante y original, la figura estrambótica de Juan Santiuste, apodado Confusio, que redacta una historia ideal de la España que pudiera ser.

Desde una perspectiva purista estos problemas hacen tal vez que el episodio sea una forma artística menos adecuada, más híbrida e indudablemente menos universal que la novela contemporánea. Si se adopta una visión más pragmática, sin embargo, fijándose en los objetivos extraliterarios a que éstos se dirigen, se comprende que le urgía a Galdós imponer unos límites rigurosos sobre la inventiva novelesca para alcanzar estos objetivos. Dado que «el arte narrativo exige una avenencia en que los beneficios se compran a costa de sacrificios» los episodios nacionales ofrecen una solución apropiada a un problema especial que, por su alcance y densidad histórica, cae fuera de las normas convencionales de la novela. Uno de los recursos de más valía es la amplitud de puntos de vista de que dota Galdós a sus personajes dentro del contexto histórico: lo que se ha llamado, sin apreciar siempre sus méritos, su «proteísmo». Galdós se afana sobre todo, por medio de tales entes ficticios cuidadosamente concebidos y superimpuestos sobre situaciones reales, por ofrecer un anchísimo espectro de opiniones sacadas de la escena contemporánea. Se trata, no sólo de los criterios que por fin saldrán triunfantes, sino de todas las opciones posibles entre las cuales los participantes de esta época tan turbulenta tienen que escoger sin saber cuál será el resultado de sus acciones. Esto pasa con todas las angustiosas decisiones que, según sus propias motivaciones éticas o materialistas, les toca adoptar: ponerse o no del lado de los invasores franceses; hacerse servil o exaltado; afiliarse al carlismo; apoyar la desamortización o los derechos de la iglesia; luchar en favor o en contra de la revolución; escoger a Amadeo, la República o la Restauración, etc., etc.

Es cierto que en este doble afán histórico y ficticio se esconden dos objetivos incompatibles, dado que, por mucho que quiera sumergirse en las condiciones de la época y dejar abiertas todas las posibilidades, Galdós sabe muy bien, como sabe su público, las tendencias y los individuos que han de prevalecer. Un caso especial se presenta en la primera narración de todas. En Trafalgar, los españoles están luchando al lado de los franceses contra los ingleses, al revés de la alianza más natural que va a regir durante las luchas napoleónicas posteriores: paradoja que no pasa inadvertida a los lectores. Se ofrecen ejemplos notables de cómo

el conocimiento retrospectivo esclarece los derroteros históricos no discernibles en su momento. Así la lealtad de Monsalud a los franceses complementa la pertinacia con que afrancesados como Santorcaz habían peleado contra un patriotismo que tendía hacia lo servil. La desilusión de don Beltrán de Urdaneta con la brutalidad e incompetencia de los carlistas arroja luz sobre la decisión de Maroto de pactar con Espartero la Paz de Vergara. Las múltiples influencias, reales y ficticias, a que está sujeta la reina Isabel no logran separarla de una política caprichosa que la transforma en la de los tristes destinos. Las infatigables hazañas de Prim están taladas por las balas de sus asesinos. Por lo tanto, no puede desdenarse del todo la percepción a posteriori que proporcionan los años transcurridos. Si hay algo, forzosamente, de déjà vu en la perspectiva histórica de los episodios, por fortuna, gracias a la destreza narrativa y la amplitud de miras que Galdós despliega, tal conocimiento ulterior no quita apenas interés a la acción.

De los esfuerzos históricos del pasado inmediato y no tan inmediato, ¿qué queda, a fin de cuentas? Galdós procura diferenciar netamente a los que sinceramente creen en la causa que apoyan, manteniéndose firmes en las múltiples opciones pasajeras que se les ofrece, de los que en un grado más o menos acentuado no tienen inconveniente (o acaso no tienen otro remedio) en proteger sus propios intereses contra viento y marea: Candiola, Regato, Manuel Tarfe, Sebo, Malrecado, Segismundo Fajardo. Como parte de su propósito didáctico se insinúan así algunas normas de conducta que sirven a la posteridad de antecedentes o de modelos: la emergencia de la idea de patriotismo, inglés además de español, en Trafalgar; el lento proceso de superación del absolutismo que empieza en La corte de Carlos IV; el desarrollo de la clase media y los esfuerzos de Mendizábal de enfrentarse con el problema de la desamortización. En particular, se aducen varios ejemplos de la lucha contra la tiranía: Riego, a pesar de su muerte pusilánime; Espartero, pese a su egoísmo y su hueca fanfarronería; O'Donnell, en cierta medida, en su búsqueda de reconciliación de intereses; y sobre todo, Prim, en su lucha por encontrar un nuevo modus vivendi político entre los españoles. Es no obstante en los productos de la imaginación, Araceli, Monsalud y Calpena, por supuesto, pero también en Benigno Cordero, los dos Santiago Ibero, Teresa Villaescusa y otros, donde se encuentran con más persistencia estas virtudes. Naturalmente, se ofrecen ejemplos también de lo que hay que evitar o eliminar: la crueldad sangrienta que caracteriza a tantos dirigentes reales: Fernando VII, Calomarde, Cabrera, Narváez, María de las Nieves; el cinismo y oportunismo de un Juan Bragas, reflejo de

las mismas cualidades en el rey; la inconsecuencia y carencia de responsabilidad por parte de otros poderosos: Godoy, María Cristina, la reina Isabel, resaltados los defectos de esta última por el paralelismo con las figuras ficticias de Teresa Villaescusa y Eufrasia Carrasco; las siniestras intrigas del fanatismo religioso, sor Patrocinio en la historia, las llamadas Euménides en la ficción; la insistencia constante en la falta de solidaridad entre los liberales, que, careciendo de la resolución de personajes imaginarios como Ibero o Rivas Chaves, no apoyan debidamente a un Espartero o a un Prim.

La contribución de cada una de las personas que constituye la historia chica no puede ser como individuo muy significativa; el joven Pepe Fajardo, todavía idealista pero cauteloso, y el personaje que tiene entre todos la mayor conciencia de lo que hay de malo dentro del sistema, compara los adelantos a que él aspira, por lo apenas perceptible, con la huella que el caracol deja en una roca:

Todos los hombres hacen historia inédita; todo el que vive va creando ideales volúmenes que ni se estampan ni aun se escriben. Digno será del lauro de Clío quien deje marcado de alguna manera el rastro de su existencia al pasar por el mundo, como los caracoles, que van soltando sobre las piedras un hilo de baba, con que imprimir su lento andar. Eso haré yo, caracol que aún tengo largo camino por delante; y no me digan que la huella babosa que dejo no merece ser mirada por los venideros.

*Lo que aportan los individuos desconocidos es muy poca cosa, pero en el conjunto de todas sus aspiraciones y todos sus esfuerzos se consigue un efecto acumulativo. Más que los llamativos gestos de las relevantes figuras de la historia grande, destinadas como son al fracaso, este aluvión histórico es el único destinado a perdurar.**

GEOFFREY RIBBANS

* Para elaborar estas notas, he utilizado materiales y referencias de Jacques Beyrie [1980, 1:168-169], Peter A. Bly [1988], Rodolfo Cardona [1968], Brian J. Dendle [1980:200 y 1986], Has Hinterhäuser [1963], José F. Montesinos [1968-1972], Geoffrey Ribbans [1993:227-245], Francisco Rico [1982], Robert Scholes y Robert Kellog [1966:258], William H. Shoemaker [1962:53-58], Alan E. Smith [1982] y Diane F. Urey [1989:147-227].

Los signos ^o y [□] remiten respectivamente a las Notas complementarias
y a las entradas del Aparato crítico.

TRAFALGAR

Se me permitirá que antes de referir el gran suceso de que fui testigo diga algunas palabras sobre mi infancia, explicando por qué extraña manera me llevaron los azares de la vida a presenciar la terrible catástrofe de nuestra marina.

Al hablar de mi nacimiento, no imitaré a la mayor parte de los que cuentan hechos de su propia vida, quienes empiezan nombrando su parentela, las más veces noble, siempre hidalga por lo menos, si no se dicen descendientes del mismo emperador de *Trapisonda*.¹ Yo, en esta parte, no puedo adornar mi libro con sonoros apellidos; y, fuera de mi madre, a quien conocí por poco tiempo, no tengo noticia de ninguno de mis ascendientes, si no es de Adán, cuyo parentesco me parece indiscutible.² Doy principio, pues, a mi historia como Pablos, el buscón de Segovia: afortunadamente Dios ha querido que en esto sólo nos parezcamos.³

Yo nací en Cádiz, y en el famoso barrio de La Viña que no es hoy, ni menos era entonces, academia de buenas costumbres.⁴ La memoria no me da luz alguna sobre mi persona y mis acciones en la niñez, sino desde la edad de seis años; y si recuerdo esta fecha es porque la asocio a un suceso naval de que oí hablar entonces: el combate del cabo de San Vicente, acaecido en 1797.⁵

¹ La alusión a este personaje —a medio camino entre la historia y la leyenda— remite con toda probabilidad al prólogo del *Quijote*, en el que el amigo del autor le recomienda a éste el modo de presentar y adornar la historia. *Trapisonda*, actualmente Trebisonda, es ciudad de Turquía oriental y muy citada en los libros de caballerías —de ahí la alusión cervantina—; Galdós la emplea conjugada con su actual sentido familiar y figurado de ‘embrollo, lío, enredo’. Sólo con este segundo sentido, *trapisonda* volverá a aparecer en el capítulo cuarto.◊

² La broma recuerda el inicio de

Vida y aventuras de Martín Chuzzlewit, de Dickens (Entenza).◊

³ La debatida relación de *Trafalgar* con la novela picaresca y, en especial, con el *Buscón* deriva explícitamente de este párrafo.◊

⁴ *La Viña* es un barrio popular y marinero en las afueras de Cádiz, hacia el sur, donde antes se extendían viñas.◊

⁵ El 14 de febrero de 1797 la escuadra española al mando de Antonio de Córdova es derrotada por la inglesa de Sir John Jerwis, a pesar de la superioridad numérica hispana. En el combate se distinguió el almirante Nelson.◊

Dirigiendo una mirada hacia lo que fue, con la curiosidad y el interés propios de quien se observa, imagen confusa y borrosa, en el cuadro de las cosas pasadas, me veo jugando en la Caleta con otros chicos de mi edad, poco más o menos.⁶ Aquello era para mí la vida entera; más aún, la vida normal de nuestra privilegiada especie; y los que no vivían como yo me parecían seres excepcionales del humano linaje; pues en mi infantil inocencia y desconocimiento del mundo, yo tenía la creencia de que el hombre había sido criado para la mar, habiéndole asignado la Providencia como supremo ejercicio de su cuerpo la natación y como constante empleo de su espíritu el buscar y coger cangrejos, ya para arrancarles y vender sus estimadas bocas, que llaman de la Isla, ya para propia satisfacción y regalo, mezclando así lo agradable con lo útil.⁷

La sociedad en que yo me crié era, pues, de lo más rudo, insipiente y soez que puede imaginarse,⁸ hasta tal punto que los chicos de la Caleta éramos considerados como más canallas que los que ejercían igual industria y desafiaban con igual brío los elementos en Puntales, y por esta diferencia uno y otro bando nos considerábamos rivales, y a veces medíamos nuestras fuerzas en la Puerta de Tierra con grandes y ruidosas pedreas, que manchaban el suelo de heroica sangre.⁹

Cuando tuve edad para meterme de cabeza en los negocios por cuenta propia, con objeto de ganar honradamente algunos cuartos, recuerdo que lucí mi travesura en el muelle, sirviendo de introductor de embajadores a los muchos ingleses que entonces como ahora nos visitaban. El muelle era una escuela ateniense para des-pabilarse en pocos años¹⁰ y yo no fui de los alumnos menos

⁶ *La Caleta*: pequeña ensenada de la ciudad.

⁷ *bocas*: las pinzas de los cangrejos; *la Isla*: la Villa de la Real Isla de León, actual ciudad de San Fernando —nombre que recibió bajo el reinado de Fernando VII—, situada en la misma bahía de Cádiz. El párrafo se corrigió y amplió a partir de I, logrando mayor concreción costumbrista.[□]

⁸ *insipiente*: 'falto de sabiduría o ciencia'.^{□○}

⁹ *Puntales*: barrio de Cádiz donde, desde tiempos de Felipe V, estaban los

astilleros. *Puerta de Tierra*: única entrada terrestre de la muralla que rodeaba la ciudad, ya que ésta se encuentra en una pequeña península. La puerta, monumental, se construyó en 1754.

¹⁰ La alusión es de evidente naturaleza paródica; adviértase parecida determinación en las palabras anteriores del texto —*La Viña, que no es hoy, ni menos era entonces, academia de buenas costumbres*— o en las posteriores sobre *las altas especulaciones* en la plaza de San Juan de Dios.

aprovechados en aquel vasto ramo del saber humano, así como tampoco dejé de sobresalir en el merodeo de la fruta, para lo cual ofrecía ancho campo a nuestra iniciativa y altas especulaciones la plaza de San Juan de Dios. Pero quiero poner punto en esta parte de mi historia, pues hoy recuerdo con vergüenza tan grande envilecimiento y doy gracias a Dios de que me librara pronto de él, llevándome por más noble camino.¹¹

Entre las impresiones que conservo, está muy fijo en mi memoria el placer entusiasta que me causaba la vista de los barcos de guerra, cuando se fondeaban frente a Cádiz o en San Fernando.¹² Como nunca pude satisfacer mi curiosidad viendo de cerca aquellas formidables máquinas, yo me las representaba de un modo fantástico y absurdo, suponiéndolas llenas de misterios.

Afanosos para imitar las grandes cosas de los hombres, los chicos hacíamos también nuestras escuadras, con pequeñas naves, rudamente talladas, a que poníamos velas de papel o trapo, marinándolas con mucha decisión y seriedad en cualquier charco de Puntales o la Caleta.¹³ Para que todo fuera completo, cuando venía algún cuarto a nuestras manos, por cualquiera de las vías industriales que nos eran propias, comprábamos pólvora en casa de la tía Coscoja de la calle del Horno de Santa María y con este ingrediente hacíamos una completa fiesta naval. Nuestras flotas se lanzaban a tomar viento en océanos de tres varas de ancho,¹⁴ disparaban sus piezas de caña, se chocaban remedando sangrientos abordajes, en que se batía con gloria su imaginaria tripulación, cubríalas el humo dejando ver las banderas, hechas con el primer trapo de color encontrado en los basureros, y en tanto nosotros bailábamos de regocijo en la costa, al estruendo de la artillería, figurándonos ser las naciones a que correspondían aquellos barcos, y creyendo que en el mundo de los hombres y de las cosas grandes, las naciones bailarían lo mismo, presenciando la victoria de sus queridas escuadras. Los chicos ven todo de un modo singular.

¹¹ La plaza de San Juan de Dios, cercana a la catedral, y en la que se instalaba el mercado de frutas y hortalizas y se mezclaban gentes de las más diversas condiciones, más de una vez es en *Trafalgar* escenario de sabor quevedesco. También la *vergüenza* del narra-

dor ha recordado a la de Pablos.¹²

¹² Véase la nota 7.

¹³ *marinándolas*: 'tripulándolas, manejándolas'.

¹⁴ Unos dos metros y medio, ya que la *vara* es una medida de longitud equivalente a 83,59 cm.

Aquella era época de grandes combates navales, pues había uno cada año y alguna escaramuza cada mes.¹⁵ Yo me figuraba que las escuadras se batían unas con otras pura y simplemente porque les daba la gana o con objeto de probar su valor, como dos guapos que se citan fuera de puertas para darse de navajazos. Me río recordando mis extravagantes ideas respecto a las cosas de aquel tiempo. Oía hablar mucho de Napoleón, ¿y cómo creen ustedes que yo me lo figuraba? Pues nada menos que igual en todo a los contrabandistas que procedentes del campo de Gibraltar se veían en el barrio de La Viña con harta frecuencia; me lo figuraba caballero en un potro jerezano, con su manta, polainas, sombrero de fieltro, y el correspondiente tabuco.¹⁶ Según mis ideas, con este pergeño y seguido de otros aventureros del mismo empaque, aquel hombre que todos pintaban como extraordinario, conquistaba la Europa, es decir, una gran isla, dentro de la cual estaban otras islas, que eran las naciones, a saber: Inglaterra, Génova, Londres, Francia, Malta, la tierra del Moro, América, Gibraltar, Mahón, Rusia, Tolón, etc.¹⁷ Yo había formado esta geografía a mi antojo, según las procedencias más frecuentes de los barcos con cuyos pasajeros hacía algún trato, y no necesito decir que, entre todas estas naciones o islas, España era la mejorcita, por lo cual los ingleses, unos a modo de salteadores de caminos, querían cogérsela para sí. Hablando de esto y otros asuntos diplomáticos, yo y mis colegas de la Caleta decíamos mil frases inspiradas en el más ardiente patriotismo.¹⁸

¹⁵ Entre 1796 y 1802 la alianza con Francia obligó a la marina española a enfrentarse reiteradas veces con la inglesa. Cádiz, por su situación estratégica y por la equidistancia de las bases navales francesas y españolas en el Atlántico (Brest y Ferrol) y en el Mediterráneo (Tolón y Cartagena), fue centro neurálgico de la guerra en el mar. Desde 1799, por orden de Napoleón, se reunió allí el grueso de la escuadra franco-española y se consideró base naval conjunta.◊

¹⁶ Gibraltar era posesión inglesa desde 1704. «La figura del *guapo* o bandolero generoso es una vieja estampa de esta época, que seguirá viva hasta

bien entrado el siglo XIX, alimentando la literatura popular».◊

¹⁷ Los conocimientos geográficos de Gabriel niño coinciden con el movimiento portuario de Cádiz, cuya privilegiada situación lo convertía en escala obligada para los barcos que comunicaban el Atlántico con el Mediterráneo: el narrador, sin hacer distinciones, menciona países, puertos e islas, además de aludir al vecino norte de África con la imprecisa denominación de «tierra del Moro».◊

¹⁸ Aparece aquí, con un sentido que el protagonista modificará bien avanzada la novela, el sentimiento patrio que caracteriza a los *Episodios*.◊

Pero no quiero cansar al lector con pormenores que sólo se refieren a mis particulares impresiones y voy a concluir de hablar de mí. El único ser que compensaba la miseria de mi existencia con un desinteresado afecto era mi madre. Sólo recuerdo de ella que era muy hermosa o, al menos, a mí me lo parecía. Desde que quedó viuda se mantenía y me mantenía lavando y componiendo la ropa de algunos marineros.¹⁹ Su amor por mí debía de ser muy grande. Caí gravemente enfermo de la fiebre amarilla que entonces assolaba a Andalucía²⁰ y, cuando me puse bueno, me llevó como en procesión a oír misa a la catedral vieja,²¹ por cuyo pavimento me hizo andar de rodillas más de una hora, y en el mismo retablo en que la oímos puso, en calidad de exvoto, un niño de cera que yo creí mi perfecto retrato.

Mi madre tenía un hermano y, si aquélla era buena, éste era malo y muy cruel por añadidura. No puedo recordar a mi tío sin espanto y, por algunos incidentes sueltos que conservo en la memoria, colijo que aquel hombre debió de haber cometido un crimen en la época a que me refiero. Era marinero y, cuando estaba en Cádiz y en tierra, venía a casa borracho como una cuba y nos trataba fieramente, a su hermana de palabra, diciéndole los más horrendos vocablos, y a mí de obra, castigándome sin motivo.

Mi madre debió de padecer mucho con las atrocidades de su hermano y esto, unido al trabajo tan penoso como mezquinamente retribuido, aceleró su fin, el cual dejó indeleble impresión en mi espíritu, aunque mi memoria puede hoy apreciarlo sólo de un modo vago.²²

En aquella edad de miseria y vagancia yo no me ocupaba más que en jugar junto a la mar o en correr por las calles. Mis únicas

¹⁹ El oficio de lavandera coincide con el de la madre de Lázaro de Tormes.°

²⁰ A finales del XVIII se sucede en España una serie de malas cosechas que hacen subir el precio de los cereales. La desnutrición se generaliza y en 1800 se declara una epidemia de «fiebre amarilla» (llamada también «vómito negro»). Traída de América, devasta Cádiz, Sevilla, y se extiende por toda Andalucía y Levante. La crisis económica iniciada en 1803 colabora en su propagación.°

²¹ La iglesia de Santa Cruz; la construcción de una nueva catedral se inició en 1722, pero entre 1796 y 1836 la obra estuvo interrumpida.

²² La figura del tutor o del padrastro vincula de nuevo el relato de Gabriel con la picaresca —también el 'hombre moreno' que se amanceba con la madre de Lázaro de Tormes, y el tío verdugo de Pablos influyen en el carácter itinerante de las tres narraciones. Y otro tanto sucede con la de la madre.°

contrariedades eran las que pudieran ocasionarme un bofetón de mi tío, un regaño de mi madre o cualquier contratiempo en la organización de mis escuadras. Mi espíritu no había conocido aún ninguna emoción fuerte y verdaderamente honda, hasta que la pérdida de mi madre me presentó la vida humana bajo un aspecto muy distinto del que hasta entonces había tenido para mí. Por eso la impresión sentida no se ha borrado nunca de mi alma. Transcurridos tantos años, recuerdo aún,²³ como se recuerdan las medrosas imágenes de un mal sueño, que mi madre yacía postrada con no sé qué padecimiento; recuerdo haber visto entrar en casa unas mujeres, cuyos nombres y condición no puedo decir; recuerdo oír lamentos de dolor, y sentirme yo mismo en los brazos de mi madre; recuerdo también, refiriéndolo a todo mi cuerpo, el contacto de unas manos muy frías, pero muy frías; creo que después me sacaron de allí; y con estas indecisas memorias se asocia la vista de unas velas amarillas que daban pavorosa claridad en medio del día, el rumor de unos rezos, el cuchicheo de unas viejas charlatanas, las carcajadas de marineros ebrios y, después de esto, la triste noción de la orfandad, la idea de hallarme solo y abandonado en el mundo, idea que embargó mi pobre espíritu por algún tiempo.

No tengo presente lo que hizo mi tío en aquellos días. Sólo sé que sus crueldades conmigo se redoblaron hasta tal punto que, cansándome de sus malos tratos, me evadí de casa, deseoso de buscar fortuna. Me fui a San Fernando, de allí a Puerto Real. Juntéme con la gente más perdida de aquellas playas, fecundas en héroes de encrucijada, y no sé cómo ni por qué motivo fui a parar con ellos a Medinasidonia,²⁴ donde, hallándonos cierto día en una taberna, se presentaron algunos soldados de marina que hacían la leva y nos desbandamos,²⁵ refugiándose cada cual donde pudo. Mi buena estrella me llevó a cierta casa, cuyos dueños se apiadaron de mí, mostrándome gran interés, sin duda por el relato que de rodillas, bañado en lágrimas y con ademán suplicante hice de mi triste estado, de mi vida, y sobre todo de mis desgracias.

²³ Desde el comienzo del párrafo hasta aquí, no aparece en *MAB*, donde, a continuación de *un modo vago* se leía «Yo recuerdo, como».[□]

²⁴ *Puerto Real* también está en la ba-

hía de Cádiz; *Medinasidonia*: en el interior, a unos veinticinco kilómetros de Puerto Real.

²⁵ *leva*: 'recluta o enganche de gente para el servicio militar'.[○]

Aquellos señores me tomaron bajo su protección, librándome de la leva, y desde entonces quedé a su servicio. Con ellos me trasladé a Vejer de la Frontera,²⁶ lugar de su residencia, pues sólo estaban de paso en Medinasidonia.

Mis ángeles tutelares fueron don Alonso Gutiérrez de Cisniega, capitán de navío, retirado del servicio, y su mujer, ambos de avanzada edad. Enseñáronme muchas cosas que no sabía y, como me tomaran cariño al poco tiempo, adquirí la plaza de paje del señor don Alonso, al cual acompañaba en su paseo diario, pues el buen inválido no movía el brazo derecho y con mucho trabajo la pierna correspondiente. No sé qué hallaron en mí para despertar su interés: sin duda, mis pocos años, mi orfandad y también la docilidad con que les obedecía fueron parte a merecer una benevolencia a que he vivido siempre profundamente agradecido. Hay que añadir a las causas de aquel cariño, aunque me esté mal el decirlo, que yo, no obstante haber vivido hasta entonces en contacto con la más desarrapada canalla, tenía cierta cultura o delicadeza ingénita que en poco tiempo me hizo cambiar de modales, hasta el punto de que algunos años después, a pesar de la falta de todo estudio, hallábame en disposición de poder pasar por persona bien nacida.

Cuatro años hacía que estaba en la casa, cuando ocurrió lo que voy a referir. No me exija el lector una exactitud que tengo por imposible, tratándose de sucesos ocurridos en la primera edad y narrados en el ocaso de la existencia, cuando cercano a mi fin, después de una larga vida, siento que el hielo de la senectud entorpece mi mano al manejar la pluma, mientras el entendimiento aterido intenta engañarse, buscando en el regalo de dulces o ardientes memorias un pasajero rejuvenecimiento. Como aquellos viejos verdes que creen despertar su voluptuosidad dormida, engañando los sentidos con la contemplación de hermosuras pintadas, así intentaré dar interés y lozanía a los mustios pensamientos de mi ancianidad, recalentándolos con la representación de antiguas grandezas.

Y el efecto es inmediato. ¡Maravillosa superchería de la imaginación! Como quien repasa hojas hace tiempo dobladas de un libro que se leyó, así miro con curiosidad y asombro los años que fueron y, mientras dura el embeleso de esta contemplación, parece

²⁶ *Vejer de la Frontera*: pueblo del interior situado a 56 kilómetros de Cádiz.

que un genio amigo viene y me quita de encima la pesadumbre de los años, aligerando la carga de mi ancianidad, que tanto agobia el cuerpo como el alma. Esta sangre, tibio y perezoso humor que hoy apenas presta escasa animación a mi caduco organismo, se enardece, se agita, circula, bulle, corre y palpita en mis venas con acelerada pulsación. Parece que en mi cerebro entra de improviso una gran luz que ilumina y da forma a mil ignorados prodigios, como la antorcha del viajero que, esclareciendo la oscura cueva, da a conocer las maravillas de la geología tan de repente que parece que las crea. Y al mismo tiempo mi corazón, muerto para las grandes sensaciones, se levanta, Lázaro llamado por voz divina,²⁷ y se me sacude en el pecho, causándome a la vez dolor y alegría.

Soy joven, el tiempo no ha pasado; tengo frente a mí los principales hechos de mi mocedad; estrecho la mano de antiguos amigos; en mi ánimo se reproducen las emociones dulces o terribles de la juventud, el ardor del triunfo, el pesar de la derrota, las grandes alegrías así como las grandes penas, asociadas en los recuerdos como lo están en la vida. Sobre todos mis sentimientos domina uno, el que dirigió siempre mis acciones durante aquel azaroso período comprendido entre 1805 y 1834.²⁸ Cercano al sepulcro y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aún haces brotar lágrimas de mis ojos, amor santo de la patria!²⁹ En cambio yo aún puedo consagrarte una palabra, maldiciendo al ruin escéptico que te niega y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día.

A este sentimiento consagré mi edad viril y a él consagro esta faena de mis últimos años, poniéndole por genio tutelar o ángel custodio de mi existencia escrita, ya que lo fue de mi existencia real. Muchas cosas voy a contar: ¡Trafalgar, Bailén, Madrid, Za-

²⁷ Alusión al milagro evangélico de la resurrección de Lázaro (Juan II, 1-45).

²⁸ Galdós proyectaba inicialmente valerse de Gabriel Araceli para evocar el período «1805-1840», que figura en *MAB*. A partir de *I* redujo las fechas a 1805-1834 que se mantendrán como definitivas, a pesar de que las memorias del personaje terminan en 1813, coincidiendo con el final de la guerra

de la Independencia. De los años restantes, 1814-1834, se ocupará, en la segunda serie de los *Episodios*, un narrador omnisciente.◊

²⁹ Probable eco de la cita latina «Sanctus amor patriae dat animum», epígrafe de la famosa colección de textos medievales comúnmente conocida con el nombre de *Monumenta Germaniae Historia*, cuyo primer tomo apareció en 1826.

ragoza, Gerona, Arapiles...!³⁰ De todo esto diré alguna cosa, si no os falta la paciencia. Mi relato no será tan bello como debiera; pero haré todo lo posible para que sea verdadero.³¹

II

En uno de los primeros días de octubre de aquel año funesto (1805) mi noble amo me llamó a su cuarto, y mirándome con su habitual severidad (cualidad tan sólo aparente, pues su carácter era sumamente blando), me dijo:

—Gabriel, ¿eres tú hombre de valor?

No supe al principio qué contestar, porque, a decir verdad, en mis catorce años de vida no se me había presentado aún ocasión de asombrar al mundo con ningún hecho heroico; pero el oírme llamar «hombre» me llenó de orgullo, y pareciéndome al mismo tiempo indecoroso negar mi valor ante persona que lo tenía en tan alto grado, contesté con pueril arrogancia:

—Sí, mi amo, soy hombre de valor.

Entonces aquel insigne varón, que había derramado su sangre en cien combates gloriosos, sin que por esto se desdénara de tratar confiadamente a su leal criado, sonrió ante mí, hizome seña de

³⁰ Estos hitos de la guerra de la Independencia, sobre cuya selección Galdós duda en las primeras ediciones y no fija definitivamente hasta la cuarta, le sirvieron para organizar los sucesivos episodios de la primera serie: en *Trafalgar*, entendido como preludeo de la guerra, se narra el combate en que la armada inglesa vence a la franco-española el 21 de octubre de 1805. *Bailén*, cuarto episodio de la serie, relata la primera derrota importante de las tropas napoleónicas ante el general Castaños el 19 de julio de 1808; como consecuencia de tal derrota el rey José I Bonaparte decide retirarse de Madrid al Ebro. *Madrid* alude a la recuperación de la ciudad por los franceses tras la llegada de Napoleón, quien repone en el trono a su hermano el 2 de diciembre de 1808; estos sucesos están recogidos en el quin-

to episodio de la serie, *Napoleón en Chamartín*. Los episodios sexto y séptimo, *Zaragoza y Gerona*, narran los sitios que durante meses sufrieron ambas ciudades hasta sus respectivas rendiciones el 21 de febrero y 21 de diciembre de 1809. En *La batalla de los Arapiles*, décimo y último episodio de la serie, el ejército anglo-español, al mando de Wellington, vence al francés el 22 de diciembre de 1812 y José I tiene que abandonar definitivamente Madrid. La exclamación de Gabriel prueba que Galdós tenía ya en 1873 un proyecto de cómo desarrollar la historia a lo largo de toda la primera serie. °

³¹ Los límites que se imponen aquí a la amenidad en función del rigor histórico serán revisados de diversas maneras a lo largo de los cuarenta y seis *Episodios nacionales*. °

que me sentara y ya iba a poner en mi conocimiento alguna importante resolución, cuando su esposa y mi ama doña Francisca entró de súbito en el despacho para dar mayor interés a la conferencia, y comenzó a hablar destempladamente en estos términos:¹

—No, no irás... te aseguro que no irás a la escuadra. Pues no faltaba más... ¡A tus años y cuando te has retirado del servicio por viejo! ¡Ay Alonsito, has llegado a los setenta y ya no estás para fiestas!

Me parece que aún estoy viendo a aquella respetable cuanto iracunda señora con su gran papalina,² su saya de organdí, sus rizos blancos y su lunar peludo a un lado de la barba.³ Cito estos cuatro detalles heterogéneos porque sin ellos no puede representársela mi memoria. Era una mujer hermosa en la vejez, como la Santa Ana de Murillo,⁴ y su belleza respetable habría sido perfecta y la comparación con la madre de la Virgen exacta, si mi ama hubiera sido muda como una pintura.

Don Alonso, algo acobardado, como de costumbre, siempre que la oía, le contestó:

—Necesito ir, Paquita. Según la carta que acabo de recibir de ese buen Churruca, la escuadra combinada debe o salir de Cádiz provocando el combate con los ingleses o esperarlos en la bahía, si se atreven a entrar.⁵ De todos modos, la cosa va a ser sonada.

—Bueno, me alegro —repuso doña Francisca—. Ahí están Gravina, Valdés, Cisneros, Churruca, Alcalá Galiano y Álava.⁶ Que

¹ Las frases rituales *¿eres tú hombre de valor?, asombrar al mundo con algún hecho heroico, insigne varón, había derramado su sangre en cien combates gloriosos* confieren a esta escena carácter iniciático; el protagonista comienza así su carrera de pícaro a caballero, a pesar de la ironía patética de la irrupción de doña Francisca. En *MAB* en vez de *me sentara* se leía «tomara asiento, se alzó hasta la frente sus grandes antiparras».[□]

² 'cofia de mujer, con dos puntas que cubren las orejas', inspirada en la usada por los papas.[□]

³ La crítica se ha ocupado de la herencia cervantina de Galdós en cuanto a la técnica del retrato: tres o cuatro pinceladas bosquejan al personaje en su

primera aparición, que se irán completando con su conducta a lo largo de la novela.[□]

⁴ Murillo, uno de los pintores más citados en los *Episodios* junto a Velázquez, el Greco y Goya, pintó al menos dos veces a Santa Ana: *La Natividad de la Virgen* (1655) y *Santa Ana instruyendo a la Virgen* (1674).[□]

⁵ En octubre de 1805 los ingleses habían bloqueado la bahía de Cádiz, donde se encontraba la llamada *escuadra combinada* franco-hispana. El ya entonces célebre Churruca (1761-1805), era jefe de su división española.[□]

⁶ Destacados marinos de la Armada española que ocupaban cargos de importancia en la escuadra combinada.[□]

machaquen duro sobre esos perros ingleses. Pero tú estás hecho un trasto viejo que no sirves para maldita de Dios la cosa. Todavía no puedes mover el brazo izquierdo, que te dislocaron en el cabo de San Vicente.

Mi amo movió el brazo izquierdo con un gesto académico y guerrero para probar que lo tenía expedito.⁷ Pero doña Francisca, no convencida con tan endeble argumento, continuó chillando en estos términos:

—No, no irás a la escuadra, porque allí no hacen falta estantiguas como tú. Si tuvieras cuarenta años como cuando fuiste a la tierra del Fuego y me trajiste aquellos collares verdes de los indios...⁸ Pero ahora... Ya sé yo que ese calzonazos de Marcial te ha calentado los cascos anoche y esta mañana, hablándote de batallas. Me parece que el señor Marcial y yo tenemos que reñir... Vuélvase él a los barcos si quiere, para que le quiten la pierna que le queda... ¡Oh San José bendito! ¡Si en mis quince hubiera sabido yo lo que era la gente de mar! ¡Qué tormento! ¡Ni un día de reposo! Se casa una para vivir con su marido, y a lo mejor viene un despacho de Madrid que en dos palotadas me lo manda que sé yo a dónde, a la Patagonia, al Japón, o al mismo infierno.⁹ Está una diez o doce meses sin verlo, y al fin, si no se lo comen los señores salvajes, vuelve hecho una miseria, tan enfermo y amarillo que no sabe una qué hacer para volverlo a su color natural... Pero pájaro viejo no entra en jaula,¹⁰ y de repente viene otro despachito de Madrid... Vaya usted a Tolón, a Brest, a Nápoles, acá o acullá, donde le dé la gana al bribonazo del primer cónsul...¹¹ ¡Ah!, si todos hicieran lo que yo digo, que pron-

⁷ En el capítulo anterior se afirma que don Alonso «no movía el brazo derecho».

⁸ Probablemente aluda a la expedición al estrecho de Magallanes de 1785, a la que el narrador volverá a referirse más adelante.

⁹ *palotadas*: 'golpes dados con un palote o palillo'. El lenguaje coloquial caracterizará a doña Francisca en todas sus intervenciones.

¹⁰ *pájaro viejo no entra en jaula*: 'quien tiene experiencia no se deja engañar fácilmente'. Con ese sentido aparece ya el refrán en *Correes* (1627) pero

doña Francisca parece utilizarlo más literalmente.

¹¹ El 18 de Brumario (3 de noviembre) de 1797, Napoleón Bonaparte abolió el Directorio y fue nombrado primer cónsul de Francia por diez años. En 1802 se convirtió en cónsul vitalicio, y en 1804, en emperador. Por tanto, cuando habla doña Francisca, Napoleón ya no es primer cónsul, pero es probable que su confusión obedezca a su deseo —o al del autor— de reflejar la rapidez con que se produjo el ascenso político del general francés. Por otra parte, la subordinación de la ma-

to las pagaría todas juntas ese caballerito, que trae tan revuelto al mundo.¹²

Mi amo miró sonriendo una mala estampa clavada en la pared y que, torpemente iluminada por ignoto artista, representaba al emperador Napoleón, caballero en un corcel verde, con el célebre redingote embadurnado de bermellón.¹³ Sin duda la impresión que dejó en mí aquella obra de arte, que contemplé durante cuatro años,¹⁴ fue causa de que modificara mis ideas respecto al traje de contrabandista del grande hombre, y en lo sucesivo me lo representé vestido de cardenal y montado en un caballo verde.¹⁵

—Esto no es vivir —continuó doña Francisca agitando los brazos—. Dios me perdone; pero aborrezco el mar, aunque dicen que es una de sus mejores obras. ¡No sé para qué sirve la Santa Inquisición, si no convierte en cenizas esos endiablados barcos de guerra! Pero vengan acá y díganme: ¿para qué es eso de estarse arrojando balas y más balas, sin más ni más, puestos sobre cuatro tablas, que si se quiebran, arrojan al mar a centenares de infelices? ¿No es esto tentar a Dios? ¡Y estos hombres se vuelven locos, cuando oyen un cañonazo! ¡Bonita gracia! A mí se me estremecen las carnes cuando los oigo, y si todos pensarán como yo, no habría más guerras en el mar... y todos los cañones se convertirían en campanas.¹⁶ Mira Alonso —añadió deteniéndose ante su marido— me parece que ya os han derrotado bastantes veces. ¿Que-

rina española a los intereses estratégicos de Napoleón durante estos años, justifican el que doña Francisca cite Tolón, Brest y Nápoles, tres importantes centros de las operaciones navales napoleónicas, como lugares a los que podía ser enviado un marino español. ◻

¹² En 1805, contraviniendo los acuerdos internacionales de Amiens y Luneville, Napoleón se proclama rey de Italia en mayo, se anexiona Génova y crea el estado de Luca para su hermana en junio. En consecuencia, las potencias europeas Inglaterra, Austria, Rusia, Prusia, Suecia y Nápoles firman en julio la tercera coalición contra Francia. ◻

¹³ *redingote*: capote de poco vuelo y con mangas ajustadas (del francés *redingote* y éste del inglés *riding-coat*, 'tra-

je para montar'); *bermellón*: 'cinabrio reducido a polvo de color rojizo que se emplea en las artes decorativas'. ◻

¹⁴ La estancia del protagonista en casa de don Alonso, que en *M* era de dos años, quizás se modificó con el propósito de dar mayor credibilidad a su conducta en el presente de la narración. ◻

¹⁵ Napoleón era con frecuencia objeto de láminas ilustradas denominadas «aleluyas», muy populares. En el manuscrito autógrafo puede leerse tachado «emperador Napoleón a caballo pasando una revista», lo cual indica que Galdós tal vez tenía presente una estampa muy concreta. ◻◻

¹⁶ Éste es el primero de los varios alegatos contra la guerra que doña Francisca hace a lo largo de la novela. ◻

réis otra? Tú y esos otros tan locos como tú, ¿no estáis satisfechos después de la del 14?*

Don Alonso apretó los puños al oír aquel triste recuerdo, y no profirió un juramento de marino por respeto a su esposa.

—La culpa de tu obstinación en ir a la escuadra —añadió la dama, cada vez más furiosa— la tiene el picarón de Marcial, ese endiablado marinero, que debió ahogarse cien veces, y cien veces se ha salvado para tormento mío. Si él quiere volver a embarcarse con su pierna de palo, su brazo roto, su ojo de menos y sus cincuenta heridas, que vaya en buen hora, y Dios quiera que no vuelva a aparecer por aquí...; pero tú no irás, Alonso, tú no irás porque estás enfermo y porque has servido bastante al rey, quien, por cierto, te ha recompensado muy mal,¹⁷ y yo que tú le tirarías a la cara al señor generalísimo de mar y tierra los galones de capitán de navío que tienes desde hace diez años...,¹⁹ a fe que debían haberte hecho almirante cuando menos, que harto lo merecías cuando fuiste a la expedición de África y me trajiste aquellas cuentas azules que, con los collares de los indios, me sirvieron para adornar la urna de la virgen del Carmen.²⁰

—Sea o no almirante, yo debo ir a la escuadra, Paquita —dijo mi amo—. Yo no puedo faltar a ese combate. Tengo que cobrar a los ingleses cierta cuenta atrasada.

—Bueno estás tú para cobrar estas cuentas —contestó mi ama—, un hombre enfermo y medio baldado...

—Gabriel irá conmigo —añadió don Alonso mirándome de un modo que infundía valor.

Yo hice un gesto que indicaba mi conformidad con tan heroico proyecto; pero cuidé de que no me viera doña Francisca, la cual me habría hecho notar el irresistible peso de su mano, si observara mis disposiciones belicosas.

* Así se llamaba al combate del cabo de San Vicente. (N. del A.)

¹⁷ La derrota del cabo San Vicente, designada así por la fecha en que tuvo lugar: el 14 de febrero de 1797.

¹⁸ La queja de doña Francisca es tónica y tradicional tanto en la historia como en la literatura. Ya Quevedo se burlaba de ella en el encuentro de Pablos con el soldado pretendiente del *Buscón*. Véase la nota 3 del capítulo XVI.

¹⁹ *generalísimo de mar y tierra*: título concedido a Manuel Godoy en 1802 para dirigir la campaña de Portugal conocida como «guerra de las naranjas».

²⁰ *la expedición de África*: se refiere al ataque español a Argel (1775). En *IE* se ha ampliado la frase; en *MAB* sólo decía «cuentas azules con que adorné».

Ésta, al ver que su esposo parecía resuelto, se enfureció más, juró que si volviera a nacer, no se casaría con ningún marino, dijo mil pestes del emperador, de nuestro amado rey,²¹ del príncipe de la Paz,²² de todos los signatarios del tratado de subsidios,²³ y terminó asegurando al valiente marino que Dios le castigaría por su insensata temeridad.

Durante el diálogo que he referido, sin responder de su exactitud, pues sólo me fundo en vagos recuerdos, una tos recia y perruna, resonando en la habitación inmediata anunciaba que Marcial, el mareante viejo, oía desde muy cerca la ardiente declaración de mi ama, que le había citado bastantes veces, con comentarios poco benévolo. Deseoso de tomar parte en la conversación, para lo cual le autorizaba la confianza que tenía en la casa, abrió la puerta y se presentó en el cuarto de mi amo.

Antes de pasar adelante quiero dar de éste algunas noticias, así como de su hidalga consorte, para mejor conocimiento de lo que va a pasar.

III

Don Alonso Gutiérrez de Cisniega pertenecía a una antigua familia del mismo Vejer. Consagraronle a la carrera naval y desde su juventud, siendo guardia marina, se distinguió honrosamente en el ataque que los ingleses dirigieron contra La Habana en 1748.¹

²¹ La consabida expresión «nuestro amado rey», referida a Carlos IV, rey de España entre 1788 y 1808, es irónica en alusión a doña Francisca que se permite decir *mil pestes* sobre él, lo que concuerda con la opinión de cronistas y estudiosos de la época acerca del desprestigio de la corona en estos años.◊

²² Manuel Godoy, tras el tratado de Basilea (22 de julio de 1795) entre Francia y la coalición europea de la que España formaba parte, fue nombrado príncipe de la Paz (11 de septiembre de 1795), título que ostentó desde entonces en la mayoría de los documentos públicos y privados.

²³ Se refiere al oficialmente llamado «Tratado de neutralidad» firmado por

José Nicolás Azara, embajador de España en París en nombre de Carlos IV, y por Charles Maurice de Talleyrand, ministro de Relaciones Exteriores de Francia en nombre del entonces primer cónsul Napoleón Bonaparte, en virtud del cual España conseguía no intervenir en la guerra anglo-francesa a cambio de enormes concesiones económicas.◊

¹ El ataque se inscribe dentro de la Guerra de Sucesión de Austria (1739-1748). El almirante Knowles intercepta la flota de Nueva España que navegaba de Veracruz a La Habana el 12 de octubre de 1748. Al día siguiente, recibe noticia de la Paz de Aquisgrán firmada el 20 de abril, por lo que suspende el ataque sin vencedores ni vencidos.

Formó parte de la expedición que salió de Cartagena contra Argel en 1775,² y también se halló en el ataque de Gibraltar por el duque de Crillon en 1782.³ Embarcóse más tarde para la expedición al estrecho de Magallanes, en la corbeta *Santa María de la Cabeza*, que mandaba don Antonio de Córdova;⁴ también se halló en los gloriosos combates que sostuvo la escuadra anglo-española contra la francesa delante de Tolón en 1793,⁵ y por último, terminó su gloriosa carrera en el desastroso encuentro del cabo de San Vicente, mandando el navío *Mejicano*, uno de los que tuvieron que rendirse.⁶

Desde entonces, mi amo, que no había ascendido conforme a su trabajosa y dilatada carrera, se retiró del servicio. De resultas de las heridas recibidas en aquella triste jornada, cayó enfermo del cuerpo, y más gravemente del alma, a consecuencia del pesar de la derrota. Curábase su esposa con amor, aunque no sin gritos, pues el maldecir a la marina y a los navegantes era en su boca tan habitual como los dulces nombres de Jesús y María en boca de un devoto.

Era doña Francisca una señora excelente, ejemplar, de noble origen, devota y temerosa de Dios, como todas las hembras de aquel tiempo, caritativa y discreta, pero con el más arisco y ende-

² Grimaldi, ministro de Carlos III, organizó esta expedición que zarpó de Cartagena el 23 de junio de 1775 y fondeó en la bahía argelina el 1 de julio; al mando del general O'Reilly, resultó desastrosa; en ella participaba Gravina.°

³ Para no prolongar el sitio que desde 1779 había impuesto el ejército español a Gibraltar se organizó, en septiembre de 1782, un ataque marítimo donde se utilizaron las famosas «baterías flotantes», una de ellas mandada por Gravina. General en jefe de todo el ejército sitiador era el duque de Crillon, que había logrado recuperar Menorca en febrero de ese mismo año. El ataque fue un completo fracaso.°

⁴ La expedición, en la que participó Churruca, tenía un objetivo científico que se llevó a cabo con éxito: trazar los planos de costas, mares y ma-

reas del estrecho de Magallanes.°

⁵ Dentro de la guerra contra la República francesa, entre octubre y noviembre de 1793 la flota anglo-española ocupó Tolón. La respuesta francesa obligó a abandonar la plaza. Las tropas españolas, al mando de Gravina, cubrieron la retirada.

⁶ El combate, ya citado, se inscribe dentro de la primera guerra en que los españoles actuaron como aliados de Napoleón contra Inglaterra (1796-1802). El 14 de febrero de 1797 la escuadra española al mando del general José de Córdova se encontró, a la altura del cabo de San Vicente, con la inglesa mandada por el almirante Jerwis. A pesar de su inferioridad numérica los ingleses apresaron cuatro navíos y desarbolaron el mayor de la escuadra, el *Santísima Trinidad*, por lo que al anochecer y tras varios titubeos, Córdova decidió retirarse.°

moniado genio que he conocido en mi vida. Francamente, yo no considero como ingénito aquel iracundo temperamento, sino antes bien creado por los disgustos que la ocasionó la desabrida profesión de su esposo; y es preciso confesar que no se quejaba sin razón, pues aquel matrimonio, que durante cincuenta años habría podido dar veinte hijos al mundo y a Dios, tuvo que contentarse con uno sólo, la encantadora y sin par Rosita, de quien hablaré después.⁷ Por estas y otras razones, doña Francisca pedía al cielo en sus diarias oraciones el aniquilamiento de todas las escuadras europeas.

En tanto el héroe se consumía tristemente en Vejer, viendo sus laureles apolillados y roídos de ratones,⁸ y meditaba y discurría a todas horas sobre un tema importante, es decir: que si Córdoba, comandante de nuestra escuadra, hubiera mandado orzar a babor,⁹ en vez de ordenar la maniobra a estribor, los navíos *Mejicano*, *San José*, *San Nicolás* y *San Isidro* no habrían caído en poder de los ingleses, y el almirante inglés Jerwis habría sido derrotado. Su mujer, Marcial, hasta yo mismo, extralimitándome en mis atribuciones, le decíamos que la cosa no tenía duda, a ver si dándonos por convencidos, se templaba el vivo ardor de su manía; pero ni por ésas: su manía le acompañó al sepulcro.¹⁰

Pasaron ocho años después de aquel desastre, y la noticia de que la escuadra combinada iba a tener un encuentro decisivo con los ingleses produjo en él cierta excitación que parecía rejuvenecerle. Dio, pues, en la flor de que había de ir en la escuadra para presenciar la indudable derrota de sus mortales enemigos;¹¹ y, aunque su esposa trataba de disuadirle, como he dicho, era imposible desviarle de tan estrafalario propósito. Para dar a comprender cuán vehemente era su deseo basta decir que osaba contrariar, aunque evitando toda disputa, la firme voluntad de doña Francisca; y debo advertir para que se tenga idea de la obstinación de

⁷ *encantadora y sin par Rosita*: 'sin par' era el dictado que Amadís daba a Oriana y, a partir de él, los demás caballeros a sus damas. De ahí que Don Quijote lo aplique siete veces a Dulcinea.°

⁸ La frase *viendo sus laureles apolillados y roídos de ratones*, añadida por Galdós en la edición ilustrada, subraya la deuda cervantina.°

⁹ *orzar*: 'inclinan la proa hacia la parte de donde viene el viento'; *babor*: 'costado izquierdo de la nave'.

¹⁰ La crítica ha reseñado con insistencia el origen cervantino de los numerosos personajes obsesionados de Galdós a través de toda su obra novelesca.°

¹¹ *Dio, pues, en la flor*: 'se engañó, cayó en la tontería'.°

mi amo, que éste no tenía miedo a los ingleses, ni a los franceses, ni a los argelinos, ni a los salvajes del estrecho de Magallanes, ni al mar irritado, ni a los monstruos acuáticos, ni a la ruidosa tempestad, ni al cielo, ni a la tierra; no tenía miedo a cosa alguna creada por Dios, más que a su bendita mujer.¹²

Réstame ahora hablar del marinero Marcial, objeto del odio más vivo por parte de doña Francisca, pero cariñosa y fraternalmente amado por mi amo don Alonso, con quien había servido.

Marcial (nunca supe su apellido), llamado entre los marineros *Medio-hombre*, había sido contraamaestre en los barcos de guerra durante cuarenta años.¹³ En la época de mi narración la facha de este héroe de los mares era de lo más singular que puede imaginarse. Figúrense ustedes, señores míos, un hombre viejo, más bien alto que bajo, con una pierna de palo, el brazo izquierdo cortado a cercén más abajo del codo,¹⁴ un ojo menos, la cara garabateada por multitud de chirlos en todas direcciones¹⁵ y con desorden trazados por armas enemigas de diferentes clases, con la tez morena y curtida como la de todos los marinos viejos, con una voz ronca, hueca y perezosa, que no se parecía a la de ningún habitante racional de tierra firme, y podrán formarse idea de este personaje, cuyo recuerdo me hace deplorar la sequedad de mi paleta, pues a fe que merece ser pintado por el más diestro retratista. No puedo decir si su aspecto hacía reír o imponía respeto: creo que ambas cosas a la vez, y según como se le mirase.¹⁶

Puede decirse que su historia era la de la marina española en la última parte del siglo pasado y principios del presente, historia en cuyas páginas las gloriosas acciones alternan con lamentables desdichas. Marcial había navegado en el *Conde de Regla*, en el *San Joaquín*, en el *Real Carlos*, en el *Trinidad*, y otros heroicos y desgraciados barcos que, al perecer derrotados con honra o destruidos por la alevosía, sumergieron con sus viejas tablas el poderío naval de España.¹⁷ Además de las campañas en las que tomó

¹² ni a los monstruos acuáticos no figuraba en *MAB*.

¹³ *contraamaestre*: 'quien dirige a la marinería'.

¹⁴ *a cercén*: 'cortado en redondo o de raíz'.^o

¹⁵ *chirlos*: 'cicatrices'.^o

¹⁶ El retrato de *Medio-hombre* es un

buen ejemplo del uso de la caricatura en Galdós, que parece considerarla como un recurso realista. Para él quizá no exista contradicción entre descripción fiel y deformación caricaturesca.^o

¹⁷ Todos los navíos mencionados participaron posteriormente en la ba-

parte con mi amo, *Medio-hombre* había asistido a otras muchas, tales como la expedición a la Martinica, la acción de Finisterre y antes al terrible episodio del Estrecho en la noche del 12 de julio de 1801, y al combate del cabo de Santa María el 5 de octubre de 1804.¹⁸

A la edad de sesenta y seis años se retiró del servicio, mas no por falta de bríos, sino porque ya se hallaba completamente desarbolado y fuera de combate. Él y mi amo eran en tierra dos buenos amigos, y como la hija única del contra maestre se hallase casada con un antiguo criado de la casa, resultando de esta unión un nieto, *Medio-hombre* se decidió a echar para siempre el ancla como un viejo pontón inútil para la guerra, y hasta llegó a hacerse la ilusión de que le gustaba la paz. Bastaba verle para comprender que el empleo más difícil que podía darse a aquel resto glorioso de un héroe era el de cuidar chiquillos; y en efecto, Marcial no hacía otra cosa que cargar, distraer y dormir a su nieto, para cuya faena le bastaban sus canciones marineras sazonadas con algún juramento, propio del oficio.

Mas al saber que la escuadra combinada se apercibía para un gran combate, sintió renacer en su pecho el amortiguado entusiasmo, y soñó que se hallaba mandando en la marinería en el alcázar de proa del *Santísima Trinidad*: como notase en don Alonso iguales síntomas de recrudescimiento, se franqueó con él, y desde entonces pasaban gran parte del día y de la noche comunicándose, así las noticias recibidas como las propias sensaciones, refiriendo hechos pasados, haciendo conjeturas sobre los venideros y soñando despiertos como dos grumetes que en íntima confianza calculan el modo de llegar a almirantes.

En estas encerronas que traían a doña Francisca muy alarmada,

talla de Trafalgar. Nótese la irónica acumulación de términos propios de arengas y discursos militares.

¹⁸ En mayo de 1805, la escuadra combinada al mando de Villeneuve se dirigió a la Martinica, ocupada por los ingleses desde 1793. El objetivo era desviar hacia el Caribe al enemigo mientras se preparaba la invasión de Inglaterra; pero la presencia de Nelson asustó a Villeneuve, que ordenó la vuelta a Europa a pesar de que las circunstancias

eran favorables a las fuerzas aliadas. Al regreso, la escuadra combinada se encuentra con la inglesa a la altura de Finisterre —22 de julio de 1805—. Villeneuve se retira, y la división española es derrotada por el almirante Calder. El episodio del Estrecho y el combate del cabo de Santa María serán relatados por Marcial más adelante. Como en el caso de don Alonso, la selección de eventos en los que se hace participar a Marcial son negativos para la marina española. °

nació el proyecto de embarcarse en la escuadra para presenciar el próximo combate. Ya saben ustedes la opinión de mi ama y las mil picardías que dijo del marinero embaucador; ya saben que don Alonso insistía en poner en ejecución tan atrevido pensamiento, acompañado de su paje, y ahora me resta referir lo que todos dijeron cuando Marcial se presentó a defender la guerra contra el vergonzoso *statu quo* de doña Francisca.

IV

—Señor Marcial —dijo ésta con redoblado furor—, si quiere usted ir a la escuadra a que le den la última mano, puede embarcar cuando quiera; pero lo que es éste no irá.

—Bueno —contestó el marinero, que se había sentado en el borde de una silla, ocupando sólo el espacio necesario para sostenerse—, iré yo solo. El demonio me lleve si me quedo sin echar el catalejo a la fiesta.

Después añadió con expresión de júbilo:

—Tenemos quince navíos, y los francesitos veinticinco barcos. Si todos fueran nuestros, no era preciso tanto... ¡Cuarenta buques y mucho corazón embarcado!

Como se comunica el fuego de una mecha a otra que está cercana, así el entusiasmo que irradió el ojo de Marcial encendió los dos, ya por la edad amortiguados, de mi buen amo.

—Pero el *Señorito* —continuó *Medio-hombre*— traerá muchos también. Así me gustan a mí las funciones: mucha madera donde mandar balas y mucho *jumo* de pólvora que caliente el aire cuando hace frío.¹

Se me había olvidado decir² que Marcial, como casi todos los marinos, usaba un vocabulario formado por los más peregrinos terminachos, pues es costumbre en la gente de mar de todos los países desfigurar la lengua patria hasta convertirla en caricatura. Observando la mayor parte de las voces usadas por los navegantes, se ve que son simplemente corruptelas de las palabras más

¹ *jumo*: vulgarismo por 'humo'.^o

² El origen cervantino parece obvio: «Olvidábaseme de decir cómo Grisóstomo...», «Olvidábaseme de decir que

advierta vuestra merced...»; «Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro...» (*Quijote*, I, 12 y 19, y II, 25).^o

comunes, adaptadas a su temperamento arrebatado y enérgico, siempre propenso a abreviar todas las funciones de la vida y especialmente el lenguaje. Oyéndoles hablar me ha parecido a veces que la lengua es un órgano que les estorba.

Marcial, como digo, convertía los nombres en verbos, y éstos en nombres, sin consultar con la Academia. Asimismo aplicaba el vocabulario de la navegación a todos los actos de la vida, asimilando el navío con el hombre, en virtud de una forzada analogía entre las partes de aquél y los miembros de éste. Por ejemplo, hablando de la pérdida de su ojo, decía que había cerrado el *portalón de estribor*, y para expresar la rotura del brazo, decía que se había quedado sin la *serviola de babor*. Para él, el corazón, residencia del valor y del heroísmo, era el *pañol de la pólvora*, así como el estómago, el *pañol del viscocho*.³ Al menos estas frases las entendían los marineros; pero había otras, hijas de su propia inventiva filológica, de él sólo conocidas y en todo su valor apreciadas. ¿Quién podría comprender lo que significaban *patigurbiar*, *chingurría* y otros feroces nombres del mismo jaez? Yo creo, aunque no lo aseguro, que con el primero significaba 'dudar', y con el segundo, 'tristeza'. La acción de embriagarse la denominaba de mil maneras distintas, y entre éstas la más común era *ponerse la casaca*, idiotismo cuyo sentido no hallarán mis lectores, si no les explico que, habiéndole merecido los marinos ingleses el dictado de *casacones*, sin duda a causa de su uniforme, al decir ponerse la casaca por emborracharse, quería significar Marcial una acción común y corriente entre sus enemigos. A los almirantes extranjeros les llamaba con estrafalarios nombres, ya creados por él, ya traducidos a su manera, fijándose en semejanzas de sonido. A Nelson le llamaba el *Señorito*, voz que indicaba cierta consideración o respeto; a Collingwood el *tío Calambre*, frase que a él le parecía exacta traducción del inglés; a Jerwis le nombraba como los mismos

³ *portalón*: 'abertura a manera de puerta en medio del costado del buque donde están las escalas'; *estribor*: 'costado derecho'; *serviola*: 'madero grueso y sobresaliente instalado en ambos costados del buque para manejar el aparejo y el ancla'; *pañol del viscocho*: 'despensa' ya que se llama *pañol* a «cualquiera de los compartimientos

que se hacen a proa y a popa, en la bodega y alojamiento del navío, donde se pone el bizcocho, aguada, pólvora, etc.» (*Covarrubias*); *viscocho* es 'bizcocho', pan sin levadura que se cuece por segunda vez para que se conserve más tiempo; era costumbre emplearlo para abastecer las embarcaciones.

ingleses, esto es, *viejo zorro*; a Calder el *tío Perol*, porque encontraba mucha relación entre las dos voces;⁴ y siguiendo un sistema lingüístico enteramente opuesto, designaba a Villeneuve, jefe de la escuadra combinada, con el apodo de *Monsieur Corneta*, nombre tomado de un sainete a cuya representación asistió Marcial en Cádiz.⁵ En fin, tales eran los disparates que salían de su boca, que me veré obligado, para evitar explicaciones enojosas, a sustituir sus frases con las usuales, cuando refiera las conversaciones que de él recuerdo.⁶

Sigamos ahora. Doña Francisca, haciéndose cruces,⁷ dijo así:

—¡Cuarenta navíos! Eso es tentar a la divina Providencia. ¡Jesús!, y lo menos tendrán cuarenta mil cañones, para que estos enemigos se maten unos a otros.

—Lo que es como Monsieur Corneta tenga bien provistos los paños de la pólvora —contestó Marcial señalando el corazón—, ya se van a reír esos señores casacones. No será ésta como la del cabo de San Vicente.

—Hay que tener en cuenta —dijo mi amo con placer, viendo mencionado su tema favorito— que si el almirante Córdova hubiera mandado virar a babor los navíos *San José* y *Mejicano*, el señor de Jerwis no se habría llamado *lord conde de San Vicente*. De eso estoy bien seguro, y tengo datos para asegurar que con la maniobra a babor, hubiéramos salido victoriosos.

—¡Victoriosos! —exclamó con desdén doña Francisca—. Si pueden ellos más... Estos bravucones parece que se quieren comer el mundo, y en cuanto salen al mar parece que no tienen bastantes costillas para recibir los porrazos de los ingleses.

—¡No! —dijo *Medio-hombre* enérgicamente y cerrando el puño

⁴ Los almirantes ingleses Nelson (1758-1805), Collingwood (1748-1810) y Calder (1725-1818) participaron en el combate de Trafalgar, los dos primeros como sucesivos jefes de la escuadra inglesa; Jerwis (1735-1823), vencedor en el cabo de San Vicente, estaba ya retirado. °

⁵ *El cochero y Monsiur Corneta* (1767) de Ramón de la Cruz. Es raro que Galdós no conservara la ortografía original. El argumento del sainete y su personaje, un cirujano francés afincado en

Madrid, no tienen nada en común —salvo la nacionalidad y el idioma— con el almirante Pierre Charles de Villeneuve (1763-1806).

⁶ Las observaciones del narrador sobre las particularidades lingüísticas de algún personaje son frecuentes en la novela galdosiana de todas las épocas, pero Galdós irá modificando cualitativa y cuantitativamente tales observaciones a medida que adquiriera mayor experiencia como novelista. °

⁷ *haciéndose cruces*: 'asustándose'. °

con gesto amenazador—. ¡Si no fuera por sus muchas astucias y picardías!... Nosotros vamos siempre contra ellos con el alma a un largo,⁸ pues, con nobleza, bandera izada y manos limpias. El inglés no se *larguea*, y siempre ataca por sorpresa, buscando las aguas malas y las horas de cerrazón. Así fue la del Estrecho, que nos tienen que pagar. Nosotros navegábamos confiados, porque ni de perros herejes moros se teme la traición, *cuantimás* de un inglés que es *civil* y a modo de cristiano. Pero no; el que ataca a traición no es cristiano, sino un salteador de caminos. Figúrese usted, señora —añadió dirigiéndose a doña Francisca para obtener su benevolencia—, que salimos de Cádiz para auxiliar a la escuadra francesa que se había refugiado en Algeciras,⁹ perseguida por los ingleses. Hace de esto cuatro años, y *entavía* tengo tal coraje que la sangre se me embotaba cuando lo recuerdo. Yo iba en el *Real Carlos*, de ciento doce cañones, que mandaba Ezguerra,¹⁰ y además llevábamos el *San Hermenegildo* de ciento doce también, el *San Fernando*, el *Argonauta*, el *San Agustín* y la fragata *Sabina*. Unidos con la escuadra francesa, que tenía cuatro navíos, tres fragatas y un bergantín, salimos de Algeciras para Cádiz a las doce del día, y como el tiempo era flojo, nos anocheció más acá de punta Carnero.¹¹ La noche estaba más negra que un barril de chapote,¹² pero como el tiempo era bueno, no nos importaba navegar a oscuras. Casi toda la tripulación dormía; me acuerdo que estaba yo en el castillo de proa hablando con mi primo Pepe Débora, que me contaba las perradas de su suegra, y desde allí vi las luces del *San Hermenegildo*, que navegaba a estribor como a tiro de cañón. Los demás barcos iban delante. *Pusque* lo que menos creíamos era que los casacones habían salido de Gibraltar tras de nosotros y nos daban caza. ¿Ni cómo los habíamos de ver, si tenían apagadas las luces y se nos acercaban sin que nos percatá-

⁸ *con el alma a un largo*: 'a cara descubierta, con nobleza'. No he encontrado la expresión registrada, por lo que la supongo de invención galdosiana a partir de la acepción 'franco', 'liberal' que ya se da a 'largo' en *Autoridades*.^o

⁹ Puerto de la costa gaditana, al oeste de Gibraltar.

¹⁰ El capitán de navío José de Ezguerra estuvo en el bloqueo de Gibralt-

ar (1781), tomó parte en el ataque a Tolón (1792) y murió en combate contra los ingleses en 1801 en el estrecho de Gibraltar.

¹¹ La *fragata* tenía tres palos con veintidós cuadras y el *bergantín* sólo dos; *punta Carnero*: punta occidental de la bahía de Algeciras que corresponde al estrecho de Gibraltar.

¹² 'asfalto espeso, alquitrán'.

ramos de ello? De repente, y *unque* la noche estaba muy oscura, me pareció ver... yo siempre he tenido un *farol* como un lince... me pareció que un barco pasaba entre nosotros y el *San Hermenegildo*.

»—José Débora —dije a mi compañero—, o yo estoy viendo *pantasma* o tenemos un barco inglés por estribor.

»José Débora miró y me dijo:

»—Que el palo mayor se caiga por la fagonadura¹³ y me parta si hay por estribor más barco que el *San Hermenegildo*.

»—Pues por sí o por no —dije— voy a avisarle al oficial que está de cuarto.¹⁴

»No había acabado de decirlo, cuando, ¡*pataplús!*... sentimos el *musiqueo* de toda una andanada que nos soplaron por el costado. En un minuto la tripulación se levantó... cada uno a su puesto... ¡Qué *batahola*, señora doña Francisca!¹⁵ Me alegrara de que usted lo hubiera visto para que supiera cómo son estas cosas. Todos jurábamos como demonios y pedíamos a Dios que nos pusiera un cañón en cada dedo para contestar al ataque. Ezguerra subió al alcázar y mandó disparar la andanada de estribor... ¡*Zapataplús!* La andanada de estribor disparó en seguida, y al poco rato nos contestaron... Pero en aquella *trapisonada*¹⁶ no vimos que con el primer disparo nos habían soplado a bordo unas endiabladas materias *comestibles* (combustibles quería decir), que cayeron sobre el buque como si estuviera lloviendo fuego. Al ver que ardía nuestro navío, se nos redobló la rabia y cargamos de nuevo la andanada, y otra, y otra. ¡Ah, señora doña Francisca! ¡Bonito se puso aquello...! Nuestro comandante mandó meter sobre estribor para atacar al abordaje al buque enemigo. Aquí te quiero ver... Yo estaba en mis glorias... En un guiñar del ojo preparamos las hachas y picas para el abordaje...;¹⁷ el barco enemigo se nos venía encima, lo cual me *encabrió* (me alegró) el alma, porque así nos enredaríamos más pronto... Mete, mete a estribor...; ¡qué julepe!¹⁸

¹³ 'abertura circular de la cubierta del barco por la que pasan los palos para fijarse en sus respectivas carlingas'.

¹⁴ 'de guardia'. Para repartir el servicio se dividen las guardias en cuatro grupos de modo que un cuarto esté de centinela, otro —que ha de relevarlo— con las armas en la mano y los otros dos descansando.

¹⁵ *batahola*: 'bulla'.^o

¹⁶ 'enredo, lío'. Véase nota I, I.

¹⁷ *en un guiñar del ojo*: 'en un instante'. Marcial, tuerco, singulariza la formulación habitual 'en un abrir y cerrar de ojos'.

¹⁸ '¡qué susto!'; exclamación de uso común en Canarias e Hispanoamérica.

Principiaba a amanecer; ya los penoles se besaban;¹⁹ ya estaban dispuestos los grupos, cuando oímos juramentos españoles a bordo del buque enemigo. Entonces nos quedamos todos tiesos de espanto, porque vimos que el barco con que nos batíamos era el mismo *San Hermenegildo*.

—Eso sí que estuvo bueno —dijo doña Francisca, mostrando algún interés en la narración—. ¿Y cómo fueron tan burros que uno y otro...?

—Diré a usted: no tuvimos tiempo de andar con palabreo. El fuego del *Real Carlos* se pasó al *San Hermenegildo*, y entonces... ¡virgen del Carmen, la que se armó! ¡A las lanchas!, gritaron muchos. El fuego estaba ya ras con ras con la *santabárbara*, y esta señora no se anda con bromas...²⁰ Nosotros jurábamos, gritábamos insultando a Dios, a la Virgen, y a todos los santos, porque así parece que se desahoga uno cuando está lleno de coraje hasta la escotilla.

—¡Jesús, María y José! ¡Qué horror! —exclamó mi ama—. ¿Y se salvaron?

—Nos salvamos cuarenta en la falúa y seis o siete en el chinchorro; éstos recogieron al segundo del *San Hermenegildo*. José Débora se aferró a un pedazo de palo y arribó más muerto que vivo a las playas de Marruecos.²¹

—¿Y los demás?

—Los demás..., la mar es grande y en ella cabe mucha gente. Dos mil hombres *apagaron fuegos* aquel día, entre ellos nuestro comandante Ezguerra y Emparán,²² el del otro barco.

—¡Válgame Dios! —dijo doña Francisca—. Aunque bien empleado les está por andarse en esos juegos. Si se estuvieran quietecitos en sus casas como Dios manda...

—Pues la causa de este desastre —dijo don Alonso, que gustaba de interesar a su mujer en tan dramáticos sucesos— fue la siguién-

¹⁹ *penoles*: 'puntas o extremos de las vergas o perchas a las que se aseguran las velas'.

²⁰ *santabárbara*: 'lugar destinado en las embarcaciones para custodiar la pólvora'. El nombre obedece a la imagen de Santa Bárbara, patrona de los artilleros, que ahí suele colocarse; de ahí el juego de palabras de Marcial.

²¹ *falúa*: 'embarcación menor, a remo

o vela, destinada al uso de los jefes de marina o a autoridades de los puertos'; *chinchorro*: 'embarcación de remos muy pequeña destinada al servicio de los buques'.^o

²² Manuel de Emparán era capitán de navío. En 1789 viajó a Filipinas, en el 1797 a Suriñan y en el 1799 participó en la defensa de Ferrol contra los ingleses.

te: los ingleses, validos de la oscuridad de la noche, dispusieron que el navío *Soberbio*, el más ligero de los que traían, apagara sus luces y se colocara entre nuestros dos hermosos barcos. Así lo hizo: disparó sus dos andanadas, puso su aparejo en facha con mucha presteza orzando al mismo tiempo para librarse de la contestación.²³ El *Real Carlos* y el *San Hermenegildo*, viéndose atacados inesperadamente, hicieron fuego; pero se estuvieron batiendo el uno contra el otro, hasta que cerca del amanecer y estando a punto de abordarse, se reconocieron y ocurrió lo que tan detalladamente te ha contado Marcial.

—¡Oh, y qué bien os la jugaron! —dijo la dama—. Estuvo bueno, aunque eso no es de gente noble.

—¡Qué ha de ser! —añadió *Medio-hombre*—. Entonces yo no los quería bien; pero *dende* esa noche... Si están ellos en el cielo, no quiero ir al cielo, *manque* me condene para toda la *enternidad*.

—Pues ¿y la captura de las cuatro fragatas que venían de Río de la Plata? —dijo don Alonso animando a Marcial para que continuara sus narraciones.

—También en ésa me encontré —contestó el marino—, y allí me dejaron sin pierna. También entonces nos cogieron desprevenidos, y como estábamos en tiempo de paz,²⁴ navegábamos muy tranquilos, contando ya las horas que nos faltaban para llegar, cuando de pronto... Le diré a usted cómo fue, señora doña Francisca, para que vea las mañas de esa gente. Después de lo del Estrecho me embarqué en la *Fama* para Montevideo, y ya hacía mucho tiempo que estábamos allí, cuando el jefe de la escuadra recibió orden de traer a España los caudales de Lima y Buenos Aires. El viaje fue muy bueno, y no tuvimos más percance que unas calenturillas, que no mataron ni tanto así de hombre... Traíamos mucho dinero del rey y de particulares, y también lo que llamamos la *caja de soldadas*, que son los ahorrillos de la tropa que sirve en las Américas. Por junto, si no me engaño, eran cosa de cinco millones de pesos, como quien no dice nada, y además traíamos

²³ *ponerse en facha* es parar el curso de la embarcación por medio de las velas, haciéndolas obrar en sentidos contrarios. En *MAB* se leía «dos andanadas y viró en redondo con mucha presteza para librarse...», por tanto la variante introducida a partir de *I* precisa

técnicamente la maniobra del navío. □

²⁴ El combate que Marcial va a relatar tuvo lugar el 5 de octubre de 1804, es decir, dentro del período en que estuvo vigente el ya citado tratado de Neutralidad: octubre de 1803 a diciembre de 1804.

pieles de lobo, lana de vicuña, cascarilla,²⁵ barras de estaño y cobre y maderas finas... Pues, señor, después de cincuenta días de navegación, el 5 de octubre vimos tierra, y ya contábamos entrar en Cádiz al día siguiente, cuando cádate que hacia el nordeste se nos presentan cuatro señoras fragatas. *Anque* era tiempo de paz, y nuestro capitán, don Miguel de Zapiáin,²⁶ parecía no tener maldito el recelo, yo, que soy perro viejo en la mar, llamé a Débora y le dije que el tiempo me olía a pólvora... Bueno, cuando las fragatas inglesas estuvieron cerca, el general mandó hacer zafarrancho; la *Fama* iba delante, y al poco rato nos encontramos a tiro de pistola de una de las inglesas por barlovento.²⁷

»Entonces el capitán inglés nos habló con su bocina y nos dijo, ¡pues mire usted que me gustó la franqueza!..., nos dijo que nos pusiéramos en facha, porque nos iba a atacar. Hizo mil preguntas; pero le dijimos que no nos daba la gana de contestar. A todo esto, las otras tres fragatas enemigas se habían acercado a las nuestras de tal manera que cada una de las inglesas tenía otra española por el costado de sotavento.²⁸

—Su posición no podía ser mejor —apuntó mi amo.

—Eso digo yo —continuó Marcial—. El jefe de nuestra escuadra, don José Bustamante,²⁹ anduvo poco listo, que si hubiera sido yo... Pues, señor, el *comodón* (quería decir el comodoro) inglés envió a bordo de la *Medea* a un oficialillo de estos de cola de abadejo,³⁰ el cual, sin andarse en chiquitas, dijo que *unque* no es

²⁵ *cascarilla*: puede referirse a varios productos de origen americano: a la corteza aromática y medicinal de un árbol, a un tipo de quina o a la cáscara del cacao.

²⁶ El capitán de navío Miguel de Zapiáin participó en las campañas de Nápoles y Larache y en las expediciones de Argel y Magallanes. Prisionero de los ingleses en abril de 1805, murió en Madrid poco después de ser liberado.

²⁷ *hacer zafarrancho*: 'desembarazar una parte de la embarcación para dejarla dispuesta al combate'; *barlovento*: 'costado de la nave expuesta al lado por el que sopla el viento'.

²⁸ *sotavento*: 'costado de la nave en

el lado opuesto al barlovento'.

²⁹ José de Bustamante, teniente general de la Armada, tomó parte en el bloqueo de Gibraltar (1781), dio la vuelta al mundo con Malespina. Entre 1796 y 1804 fue gobernador de Montevideo y comandante general de Río de La Plata. En 1808, se negó a reconocer a José I Bonaparte y se unió a la Junta Central. Murió en 1825.

³⁰ *comodoro* designa en Inglaterra al capitán de navío cuando manda más de tres buques. Del inglés *commodore*, a su vez del francés *commandeur*, 'comandante' (*Corominas*); *de cola de abadejo*: 'cuya casaca del uniforme terminaba en dos puntas, como la cola del pez'.

taba declarada la guerra, el *comodón* tenía orden de apresarnos.³¹ Esto sí que se llama ser inglés. El combate empezó al poco rato; nuestra fragata recibió la primera andanada por babor; se le contestó al saludo, y cañonazo va, cañonazo viene...; lo cierto del caso es que no metimos en un puño a aquellos herejes *por mor* de que el demonio fue y pegó fuego a la santabárbara de la *Mercedes*, que se voló en un suspiro, y todos, con este suceso, nos afligimos tanto, sintiéndonos tan apocados..., no por falta de valor, sino por aquello que dicen... en la *moral*..., pues... *denque* el mismo momento nos vimos perdidos. Nuestra fragata tenía las velas con más agujeros que capa vieja, los cabos rotos, cinco pies de agua en bodega, el palo de mesana tendido,³² tres balazos a flor de agua y bastantes muertos y heridos. A pesar de esto, seguíamos la cuchipanda con el inglés;³³ pero cuando vimos que la *Medea* y la *Clara*, no pudiendo resistir la chamusquina, arriaban bandera, forzamos la vela y nos retiramos defendiéndonos como podíamos. La maldita fragata inglesa nos daba caza, y como era más velera que la nuestra,³⁴ no pudimos zafarnos y tuvimos también que arriar el trapo a las tres de la tarde, cuando ya nos habían matado mucha gente, y yo estaba medio muerto sobre el *sollao*,³⁵ porque a una bala le dio la gana de quitarme mi pierna. Aquellos condenados nos llevaron a Inglaterra, no como presos, sino como detenidos; pero carta va, carta viene entre Londres y Madrid, lo cierto es que se quedaron con el dinero, y me parece que cuando a mí me nazca otra pierna, entonces el rey de España les verá la punta del pelo a los cinco millones de pesos.

—¡Pobre hombre!... ¿Y entonces perdiste la pata? —le dijo compasivamente doña Francisca.

—Sí, señora; los ingleses, sabiendo que yo no era bailarín, creyeron que tenía bastante con una. En la travesía me curaron bien; en un pueblo que llaman *Plinmuf* (Plymouth) estuve seis meses en

³¹ Dada la fuerte ayuda económica que España prestaba a Francia, el gobierno inglés nunca la consideró neutral, y este ataque es paradigma de su política de hostigamiento para obligarla a entrar oficialmente en la guerra. ^o

³² *palo de mesana*: 'mástil que está más a popa en un buque de tres palos'.

³³ *cuchipanda*: 'juerga, reunión de gentes para divertirse'. Dentro de la

forma de pensar de Marcial es coherente con otros términos que ha empleado antes para referirse a los combates navales, como *fiesta* o *funciones*, que reflejan cómo disfruta en tales eventos.

³⁴ *velera*: 'ligerá'.

³⁵ 'sollado', una de las cubiertas inferiores del buque en que se suelen instalar alojamientos y pañoles.

el pontón, con el petate liado y la patente para el otro mundo en el bolsillo... Pero Dios quiso que no me fuera a pique tan pronto; un físico inglés me puso esta pierna de palo, que es mejor que la otra, porque aquélla me dolía de la condenada reuma, y ésta, a Dios gracias, no duele aunque le echen una descarga de metralla. En cuanto a dureza, creo que la tiene, *unque entavía* no se me ha puesto delante la popa de ningún inglés para probarla.

—Muy bravo estás —dijo mi ama—; quiera Dios no pierdas también la otra. El que busca el peligro...

Concluida la relación de Marcial, se trabó de nuevo la disputa sobre si mi amo iría o no a la escuadra. Persistía doña Francisca en la negativa, y don Alonso, que en presencia de su digna esposa era manso como un cordero, buscaba pretextos y alegaba toda clase de razones para convencerla.

—Iremos sólo a ver, mujer, nada más que a ver —decía el héroe con mirada suplicante.

—Dejémonos de fiestas —le contestaba su esposa—. Buen par de esperpentos estáis los dos.³⁶

—La escuadra combinada —dijo Marcial— se quedará en Cádiz, ellos tratarán de forzar la entrada.

—Pues entonces —añadió mi ama— pueden ver la función desde la muralla de Cádiz; pero lo que es en los barquitos... Digo que no y que no, Alonso. En cuarenta años de casados no me has visto enojada (la veía todos los días); pero ahora te juro que si vas a bordo... haz cuenta de que Paquita no existe para ti.

—¡Mujer! —exclamó con aflicción mi amo—. ¡Y he de morir-me sin tener ese gusto!

—¡Bonito gusto, hombre de Dios! ¡Ver cómo se matan esos locos! Si el rey de las Españas me hiciera caso, mandarí a pasear a los ingleses y les diría: «Mis vasallos queridos no están aquí para que ustedes se diviertan con ellos. Méntanse ustedes en faena unos con otros si quieren juego». ¿Qué creen? Yo, aunque tonta, bien sé lo que hay aquí, y es que el primer cónsul, emperador, sultán o lo que sea,³⁷ quiere acometer a los ingleses, y como no

³⁶ Quizá sea ésta la primera vez que aparece el término *esperpentos* en la literatura española, para realzar lo grotesco y trágico de unos personajes. ^o

³⁷ De nuevo una alusión de doña

Francisca a los rápidos cambios de título de Napoleón, que incluyen el irónico y ficticio *sultán*, quizá como referencia a las campañas orientales del general francés.

tiene hombres de alma para el caso, ha embaucado a nuestro buen rey para que le preste los suyos, y la verdad es que nos está fastidiando con sus guerras marítimas. Díganme ustedes: a España, ¿qué le va ni le viene en esto?, ¿por qué ha de estar todos los días a cañonazo y más cañonazo por una simpleza? Antes de esas picardías que Marcial ha contado, ¿qué daño nos habían hecho los ingleses? ¡Ah, si hicieran caso de lo que yo digo, el señor de Bonaparte armaría la guerra solo, o si no que no la armara!

—Es verdad —dijo mi amo— que la alianza con Francia nos está haciendo mucho daño, pues si algún provecho resulta es para nuestra aliada, mientras todos los desastres son para nosotros.

—Entonces, tontos rematados, ¿para qué se os calientan las pañarillas con esta guerra?³⁸

—El honor de nuestra nación está empeñado —contestó don Alonso—, y una vez metidos en la danza, sería una mengua volver atrás. Cuando estuve el mes pasado en Cádiz en el bautizo de la hija de mi primo, me decía Churruca: «Esta alianza con Francia y el maldito tratado de San Ildefonso, que por la astucia de Bonaparte y la debilidad de Godoy se ha convertido en tratado de subsidios, serán nuestra ruina, serán la ruina de nuestra escuadra, si Dios no lo remedia, y, por tanto, la ruina de nuestras colonias y del comercio español en América. Pero, a pesar de todo, es preciso seguir adelante».³⁹

—Bien digo yo —añadió doña Francisca— que ese príncipe de la Paz se está metiendo en cosas que no entiende.⁴⁰ Ya se ve, ¡un hombre sin estudios! Mi hermano el arcedian, que es partidario del príncipe Fernando, dice que ese señor Godoy es un alma de cántaro, y que no ha estudiado latín ni teología, pues todo su saber se reduce a tocar la guitarra y a conocer los veintidós

³⁸ '¿para qué os excitáis o entusiasmais con esta guerra?'

³⁹ La alianza con Francia obligó a España a mantener dos guerras marítimas con Gran Bretaña, interrumpidas por un breve período de no intervención. La presión fiscal y los gravísimos problemas de comercio e industria derivados de tal situación, además de las derrotas sufridas, explican la acumulación unánime de opiniones negativas sobre dicha alianza —doña Francisca,

don Alonso, Churruca, páginas más adelante, Malespina— que parece reflejar lo que el país pensaba entonces.°

⁴⁰ Al hacer coincidir la opinión sobre la ignorancia de Godoy y la ingenuidad de Carlos IV frente a la política napoleónica en caracteres tan dispares como los de doña Francisca y Churruca, Galdós parece insinuar que se trataba de una opinión muy generalizada.°

modos de bailar la gavota.⁴¹ Parece que por su linda cara le han hecho primer ministro. Así andan las cosas en España; luego hambre y más hambre..., todo tan caro..., la fiebre amarilla asolando a Andalucía... Está esto bonito, sí señor... Y de ello tienen ustedes la culpa —continuó engrosando la voz y poniéndose muy encarnada—, sí señor, ustedes que ofenden a Dios matando a tanta gente; ustedes, que si en vez de meterse en esos endiablados barcos se fueran a la iglesia a rezar el rosario, no andarían Patillas tan suelto por España haciendo diabluras.⁴²

—Tú irás a Cádiz también —dijo don Alonso, ansioso de despertar el entusiasmo en el pecho de su mujer—; irás a casa de Flora, y desde el mirador podrás ver cómodamente el combate, el humo, los fogonazos, las banderas... Es cosa muy bonita.

—¡Gracias, gracias! Me caería muerta de miedo. Aquí nos estamos quietos, que el que busca el peligro en él perece.

Así terminó aquel diálogo, cuyos pormenores he conservado en mi memoria, a pesar del tiempo transcurrido. Mas acontece con frecuencia que los hechos muy remotos, correspondientes a nuestra infancia permanecen grabados en la imaginación con mayor fijeza que los presenciados en edad madura y cuando predomina sobre todas las facultades la razón.

Aquella noche don Alonso y Marcial siguieron conferenciando en los pocos ratos que la recelosa doña Francisca les dejaba solos. Cuando ésta fue a la parroquia para asistir a la novena, según su piadosa costumbre, los dos marinos respiraron con libertad como escolares bulliciosos que pierden de vista al maestro. Encerráronse en el despacho, sacaron unos mapas y estuvieron examinándolos con gran atención; luego leyeron ciertos papeles en que había apuntados los nombres de muchos barcos ingleses con la cifra de sus cañones y tripulantes, y durante su calurosa conferencia, en que alternaba la lectura con los más enérgicos comentarios, noté que ideaban el plan de un combate naval.

⁴¹ Numerosos rumores sobre la ignorancia y frivolidad de Godoy, entre ellos que había enseñado guitarra a la reina, partían de la camarilla del príncipe de Asturias, organizada por Escoiquiz; el antiguo preceptor de Fernando era también *arcediano*, cargo catedralicio, en Toledo. La *gavota* era

una antigua danza procedente de la región francesa de Gap, que estuvo de moda en la alta sociedad.○

⁴² *Patillas* es una de las varias denominaciones eufemísticas del demonio, «sin duda porque comúnmente le pintan con unos pies o patas muy disformes y feas» (*Autoridades*).

Marcial imitaba con los gestos de su brazo y medio la marcha de las escuadras, la explosión de las andanadas; con su cabeza, el balanceo de los barcos combatientes; con su cuerpo, la caída de costado del buque que se va a pique; con su mano, el subir y bajar de las banderas de señal; con un ligero silbido, el mando del contramaestre; con los porrazos de su pie de palo contra el suelo, el estruendo del cañón; con su lengua estropajosa, los juramentos y singulares voces del combate; y como mi amo le secundase en esta tarea con la mayor gravedad, quise yo también echar mi cuarto a espadas,⁴³ alentado por el ejemplo y dando natural desahogo a esa necesidad devoradora de meter ruido que domina el temperamento de los chicos con absoluto imperio. Sin poderme contener, viendo el entusiasmo de los dos marinos, comencé a dar vueltas por la habitación, pues la confianza con que por mi amo era tratado me autorizaba a ello; remedé con la cabeza y los brazos la disposición de una nave que ciñe el viento, y al mismo tiempo profería, ahuecando la voz, los retumbantes monosílabos que más se parecen al ruido de un cañonazo, tales como *¡bum, bum, bum!*... Mi respetable amo, el mutilado marino, tan niños como yo en aquella ocasión, no pararon mientes en lo que yo hacía, pues harto les embargaban sus propios pensamientos. ¡Cuánto me he reído después recordando aquella escena, y cuán cierto es, por lo que respecta a mis compañeros en aquel juego, que el entusiasmo de la ancianidad convierte a los viejos en niños, renovando las travesuras de la cuna al borde mismo del sepulcro!

Muy enfrascados estaban ellos en su conferencia, cuando sintieron los pasos de doña Francisca que volvía de la novena.

—¡Que viene! —exclamó Marcial con terror.

Y al punto guardaron los planos, disimulando su excitación, y pusieron a hablar de cosas indiferentes. Pero yo, bien porque la sangre juvenil no podía aplacarse fácilmente, bien porque no observé a tiempo la entrada de mi ama..., seguí en medio del cuarto demostrando mi enajenación con frases como éstas, pronunciadas con el mayor desparpajo: «¡la mura a estribor!...⁴⁴ ¡orza!... ¡la andanada de sotavento!... ¡fuego!... *¡bum, bum!*...». Ella se llegó a mí furiosa, y sin previo aviso me descargó en la

⁴³ *echar un cuarto a espadas*: intervenir oficiosamente en algo que a uno no le incumbe.^o

⁴⁴ *mura*: 'cabo o cuerda que hay en cada uno de los puños bajos de las velas para afirmarlos'.

popa la andanada de su mano derecha con tan buena puntería, que me hizo ver las estrellas.

—¡También tú! —gritó vapuleándome sin compasión—. Ya ves —añadió mirando a su marido con centelleantes ojos—: tú le enseñas a que pierda el respeto... ¿Te has creído que estás todavía en la Caleta, pedazo de zascandil?

La zurra continuó en la forma siguiente: yo caminando a la cocina, lloroso y avergonzado, después de arriada la bandera de mi dignidad, y sin pensar en defenderme contra tan superior enemigo; doña Francisca detrás dándome caza y poniendo a prueba mi pescuezo con los repetidos golpes de su mano. En la cocina eché el ancla, lloroso, considerando cuán mal había concluido mi combate naval.

V

Para oponerse a la insensata determinación de su marido, doña Francisca no se fundaba sólo en las razones anteriormente expuestas; tenía, además de aquéllas, otra poderosísima, que no indicó en el diálogo anterior, quizá por demasiado sabida.

Pero el lector no la sabe y voy a decírsela. Creo haber escrito que mis amos tenían un hija. Pues bien: esta hija se llamaba Rosita, de edad poco mayor que la mía, pues apenas pasaba de los quince años, y ya estaba concertado su matrimonio con un joven oficial de artillería llamado Malespina, de una familia de Medinasidonia, lejanamente emparentada con la de mi ama. Habíase fijado la boda para fin de octubre, y ya se comprende que la ausencia del padre de la novia habría sido inconveniente en tan solemnes días.

Voy a decir algo de mi señorita, de su novio, de sus amores, de su proyectado enlace y..., ¡ay!, aquí mis recuerdos toman un tinte melancólico, evocando en mi fantasía imágenes importunas y exóticas como si vinieran de otro mundo, despertando en mi cansado pecho sensaciones que, a decir verdad, ignoro si traen a mi espíritu alegría o tristeza. Estas ardientes memorias, que parecen agostarse hoy en mi cerebro, como flores tropicales transplantadas al norte helado, me hacen a veces reír y a veces me hacen pensar... Pero cortemos, que el lector se cansa de reflexiones enojosas sobre lo que a un solo mortal interesa.¹

¹ Parece existir aquí —a pesar del carácter retórico del recurso— cierta evocación del *Guzmán de Alfarache*.^o

Rosita era lindísima. Recuerdo perfectamente su hermosura, aunque me sería muy difícil describir sus facciones. Parece que la veo sonreír delante de mí. La singular expresión de su rostro, a la de ningún otro parecida, es para mí, por la claridad con que se ofrece a mi entendimiento, como una de esas nociones primitivas, que parece hemos traído de otro mundo, o nos han sido infundidas por misterioso poder desde la cuna. Y, sin embargo, no respondo de poderlo pintar, porque lo que fue real ha quedado como una idea indeterminada en mi cabeza y nada nos fascina tanto, así como nada se escapa tan sutilmente a toda apreciación descriptiva, como un ideal querido.

Al entrar en la casa, creí que Rosita pertenecía a un orden de criaturas superior. Explicaré mis pensamientos para que se admiren ustedes de mi simpleza. Cuando somos niños, y un nuevo ser viene al mundo en nuestra casa, las personas mayores nos dicen que le han traído de Francia, de París o de Inglaterra. Engañado yo como todos acerca de tan singular modo de perpetuar la especie, creía que los niños venían por encargo, empaquetados en un cajoncito, como un fardo de quincalla. Pues bien, contemplando por primera vez a la hija de mis amos, discurrí que tan bella persona no podía haber venido de la fábrica de donde venimos todos, es decir, de París o de Inglaterra, y me persuadí de la existencia de alguna región encantadora, donde artífices divinos sabían labrar tan hermosos ejemplares de la persona humana.

Como niños ambos, aunque de distinta condición, pronto nos tratamos con la confianza propia de la edad, y mi mayor dicha consistía en jugar con ella, sufriendo todas sus impertinencias, que eran muchas, pues en nuestros juegos nunca se confundían las clases: ella era siempre señorita y yo siempre criado; así es que yo llevaba la peor parte, y si había golpes, no es preciso indicar aquí quién los recibía.

Ir a buscarla al salir de la escuela para acompañarla a casa era mi sueño de oro; y cuando por alguna ocupación imprevista se encargaba a otra persona tan dulce comisión, mi pena era tan profunda, que yo la equiparaba a las mayores penas que pueden pasarse en la vida siendo hombre, y decía «es imposible que cuando yo sea grande experimente desgracia mayor». Subir por orden suya al naranjo del patio para coger los azahares de las más altas ramas era para mí la mayor de las delicias, posición o preeminencia superior a la del mejor rey de la tierra subido en su trono de oro;

y no recuerdo alborozo comparable al que me causaba obligándome a correr tras ella en ese divino e inmortal juego que llaman escondite. Si ella corría como una gacela, yo volaba como un pájaro para cogerla más pronto, asiéndola por la parte de su cuerpo que encontraba más a mano. Cuando se trocaban los papeles, cuando ella era la perseguidora y a mí me correspondía el ser cogido, se duplicaban las inocentes y puras delicias de aquel juego sublime, y el paraje más oscuro y feo, donde yo, encogido y palpitante, esperaba la impresión de sus brazos ansiosos de estrecharme, era para mí un verdadero paraíso. Añadiré que jamás, durante aquellas escenas, tuve un pensamiento, una sensación que no emana del más refinado idealismo.

¿Y qué diré de su canto? Desde muy niña acostumbraba a cantar el *olé* y las *cañas* con la maestría de los ruseñores,² que lo saben todo en materia de música sin haber aprendido nada. Todos le alababan aquella habilidad y formaban corro para oírlo; pero a mí me ofendían los aplausos de sus admiradores y hubiera deseado que enmudeciera para los demás. Era aquel canto un gorjeo melancólico, aún modulado por su voz infantil. La nota, que repercutía sobre sí misma, enredándose y desenredándose como un hilo sonoro, se perdía subiendo y se desvanecía alejándose para volver descendiendo con timbre grave. Parecía emitida por un ave-cilla que se remontara primero al cielo y que después cantara en nuestro propio oído. El alma, si se me permite emplear un símil vulgar, parecía que se alargaba siguiendo el sonido y se contraía después retrocediendo ante él, pero siempre pendiente de la melodía y asociando la música a la hermosa cantora. Tan singular era el efecto, que para mí el oírlo cantar, sobre todo en presencia de otras personas, era casi una mortificación.

Teníamos la misma edad, poco más o menos, como he dicho, pues sólo excedía la suya a la mía en unos ocho o nueve meses. Pero yo era pequeñuelo y raquíto, mientras ella se desarrollaba con mucha lozanía, y así, al cumplirse los tres años de mi residencia en la casa, ella parecía de mucha más edad que yo. Estos tres años se pasaron sin sospechar nosotros que íbamos creciendo, y

² De la misma interrogación retórica se vale don Toribio en el *Buscón* para enseñar a Pablos cómo vivir en la Corte; *olé*: baile popular andaluz eje-

cutado por una sola persona y acompañado por castañuelas; *cañas*: cante andaluz surgido durante el último tercio del siglo XVIII.^o

nuestros juegos no se interrumpían, pues ella era más traviesa que yo, y su madre la reñía, procurando sujetarla y hacerla trabajar.³

Al cabo de los tres años advertí que las formas de mi idolatrada señorita se ensanchaban y redondeaban, completando la hermosura de su cuerpo; su rostro se puso más encendido, más lleno, más tibio; sus grandes ojos, más vivos, si bien con la mirada menos errátil y voluble; su andar, más reposado; sus movimientos, no sé si más o menos ligeros, pero ciertamente distintos, aunque no podía entonces, ni puedo ahora, apreciar en qué consistía la diferencia. Pero ninguno de estos accidentes me confundió tanto como la transformación de su voz, que adquirió cierta sonora gravedad, bien distinta de aquel travieso y alegre chillido con que me llamaba antes, trastornándome el juicio y obligándome a olvidar mis quehaceres para acudir al juego. El capullo se convertía en rosa.⁴

Un día, mil veces funesto, mil veces lúgubre, mi amita se presentó ante mi con traje bajo.⁵ Aquella transfiguración produjo en mí tal impresión, que en todo el día no hablé una palabra. Estaba serio como un hombre que ha sido vilmente engañado, y mi enojo contra ella era tan grande, que en mis soliloquios probaba con fuertes razones que el rápido crecimiento de mi amita era una felonía. Se despertó en mí la fiebre del raciocinar, y sobre aquel tema controvertía apasionadamente conmigo mismo en el silencio de mis insomnios. Lo que más me aturdí era ver que con unas cuantas varas de tela había variado por completo su carácter. Aquel día, mil veces desgraciado, me habló en tono ceremonioso, ordenándome con gravedad, y hasta con displicencia, las faenas que menos me gustaban; y ella, que tantas veces fue cómplice y encubridora de mi holgazanería, me reprendía entonces por perezoso. ¡Y a todas éstas, ni una sonrisa, ni un salto, ni una monada,⁶ ni una veloz carrera, ni un poco de *olé*, ni esconderse de mí para que la buscara, ni fingirse enfadada para reírse después, ni una disputilla, ni siquiera un pescozón con su blanda manecita! ¡Terribles crisis de la existencia! ¡Ella se había convertido en mujer y yo continuaba siendo niño!

³ En *MAB* añade «lo que no siempre conseguía».

⁴ Se suprimió «y la crisálida en mariposa» a partir de *I*.

⁵ El *traje bajo*, es decir 'largo hasta el tobillo', sustituía al «traje corto» —a

media pierna— de las niñas de la burguesía a una edad muy temprana, unos catorce años, y la costumbre se prolongó a lo largo de todo el siglo XIX.^o

⁶ *monada*: 'halago', 'zalamería'.^o

No necesito decir que se acabaron los retozos y los juegos; ya no volví a subir al naranjo, cuyos azahares crecieron tranquilos, libres de mi enamorada rapacidad, desarrollando con lozanía sus hojas y con todo lujo su provocativa fragancia; ya no corrimos más por el patio, ni hice más viajes a la escuela para traerla a casa, tan orgulloso de mi comisión, que la hubiera defendido contra un ejército, si éste hubiera intentado quitármela. Desde entonces Rosita andaba con la mayor circunspección y gravedad; varias veces noté que al subir una escalera delante de mí cuidaba de no mostrar ni una línea, ni una pulgada más arriba de su hermoso tobillo,⁷ y este sistema de fraudulenta ocultación era una ofensa a la dignidad de aquel cuyos ojos habían visto algo más arriba. Ahora me río considerando cómo se me partía el corazón con aquellas cosas.

Pero aún habían de ocurrir más terribles desventuras. Al año de su transformación, la tía Martina, Rosario la cocinera, Marcial y otros personajes de la servidumbre, se ocupaban un día de cierto grave asunto. Aplicando mi diligente oído, luego me enteré de que corrían rumores alarmantes: la señorita se iba a casar. La cosa era inaudita, porque yo no le conocía ningún novio. Pero entonces lo arreglaban todo los padres, y lo raro es que a veces no salía del todo mal.

Pues un joven de gran familia pidió su mano, y mis amos se la concedieron. Este joven vino a casa acompañado de sus padres, que eran una especie de condes o marqueses con un título retumbante. El pretendiente traía su uniforme de Marina, en cuyo honroso cuerpo servía; pero, a pesar de tan elegante jaez, su facha era muy poco agradable. Así debió parecerle a mi amita, pues desde un principio mostró repugnancia hacia aquella boda. Su madre trataba de convencerla, pero inútilmente, y le hacía la más acabada pintura de las buenas prendas del novio, de su alto linaje y grandes riquezas. La niña no se convencía y a estas razones oponía otras muy cuerdas.

Pero la pícaro se callaba lo principal, y lo principal era que tenía otro novio, a quien de veras amaba. Este otro era un oficial de artillería, llamado don Rafael Malespina, de muy buena presencia

⁷ Desde comienzos del XVIII y a diferencia de los trajes a la francesa, los españoles eran suficientemente cortos para dejar ver los tobillos. □□

y gentil figura. Mi amita le había conocido en la iglesia, y el pérfido amor se apoderó de ella mientras rezaba; pues siempre fue el templo lugar muy a propósito, por su poético y misterioso recinto, para abrir de par en par al amor las puertas del alma.⁸ Malespina rondaba la casa, lo cual observé yo varias veces; y tanto se habló en Vejer de estos amores, que el otro lo supo, y se desafiaron. Mis amos supieron todo cuando llegó a casa la noticia de que Malespina había herido mortalmente a su rival.

El escándalo fue grande. La religiosidad de mis amos se escandalizó tanto con aquel hecho,⁹ que no pudieron disimular su enojo, y Rosita fue la víctima principal. Pero pasaron meses y más meses; el herido curó, y como Malespina fuese también persona bien nacida y rica, se notaron en la atmósfera política de la casa barruntos de que el joven don Rafael iba a entrar en ella. Renunciaron al enlace los padres del herido, y en cambio el del vencedor se presentó en casa a pedir para su hijo la mano de mi querida amita. Después de algunas dilaciones, se la concedieron.¹⁰

Me acuerdo de cuando fue allí el viejo Malespina. Era un señor muy seco y estirado, con chupa de treinta colores, muchos colgajos en el reloj, gran coletó,¹¹ y una nariz muy larga y afilada, con la cual parecía olfatear a las personas que le sostenían la conversación. Hablaba por los codos y no dejaba meter baza a los demás; él se lo decía todo, y no se podía elogiar cosa alguna, porque al punto salía diciendo que tenía otra mejor. Desde entonces le taché por hombre vanidoso y mentirosísimo, como tuve ocasión de ver claramente más tarde.¹² Mis amos le recibieron con

⁸ La tradición a que alude el narrador aparece reflejada en la literatura desde época temprana: Calisto, probablemente, conoce a Melibea en la iglesia, y ya en el siglo XVI los predicadores advierten sobre las «santidades sospechosas» de las mujeres muy asiduas al templo.^o

⁹ Desde Trento, la iglesia católica consideraba el duelo como motivo de excomunión.^o

¹⁰ La inspiración de todo este pasaje parece ser *El sí de las niñas* (1806) de Moratín. Galdós hace patente su admiración por esta comedia en *La corte de Carlos IV*.^o

¹¹ *chupa de treinta colores*: prenda de vestir muy ajustada que cubría el tronco y dio origen al chaleco precisamente a finales del XVIII; los bordados de colores adornaban cualquier parte del vestido masculino dieciochesco; *muchos colgajos en el reloj*: la exhibición de colgantes era señal de elegancia entre quienes se tenían por árbitros de la moda; *coletó*: 'cabello que cuelga sobre la espalda, atado en forma de cola con una cinta'.^o

¹² En este primer retrato del viejo Malespina puede verse el tipo de caricatura galdosiana ya comentado a propósito de Marcial. La acumulación

agasajo, lo mismo que a su hijo, que con él venía. Desde entonces el novio siguió yendo a casa todos los días, solo o en compañía de su padre.

Nueva transformación de mi amita. Su indiferencia hacia mí era tan marcada, que tocaba los límites del menosprecio. Entonces eché de ver claramente por primera vez, maldiciéndola, la humildad de mi condición; trataba de explicarme el derecho que tenían a la superioridad los que realmente eran superiores, y me preguntaba, lleno de angustia, si era justo que otros fueran nobles y ricos y sabios, mientras yo tenía por abolengo la Caleta, por única fortuna mi persona y apenas sabía leer. Viendo la recompensa que tenía mi ardiente cariño, comprendí que a nada podía aspirar en el mundo, y sólo más tarde adquirí la firme convicción de que un grande y constante esfuerzo mío me daría quizá todo aquello que no poseía.¹³

En vista del despego con que ella me trataba, perdí la confianza; no me atrevía a despegar los labios en su presencia, y me infundía mucho más respeto que sus padres. Entretanto, yo observaba con atención los indicios del amor que la dominaba. Cuando él tardaba, yo la veía impaciente y triste; al menor rumor que indicase la aproximación de alguno, se encendía su hermoso semblante y sus negros ojos brillaban con ansiedad y esperanza. Si él entraba al fin, le era imposible a ella disimular su alegría, y luego se estaban charlando horas y más horas, siempre en presencia de doña Francisca, pues a mi señorita no le consentían coloquios a solas ni por las rejas.

También había correspondencia larga, y lo peor del caso es que yo era el correo de los dos amantes. ¡Aquello me daba una rabia...! Según la consigna, yo salía a la plaza, y allí encontraba, más puntual que un reloj, al señorito Malespina, el cual me daba una esquila para entregarla a mi señorita. Cumplía mi encargo, y ella me daba otra para llevarla a él. ¡Cuántas veces sentía tentaciones de quemar aquellas cartas, no llevándolas a su destino! Pero, por mi suerte, tuve serenidad para dominar tan feo propósito.

No necesito decir que yo odiaba a Malespina. Desde que le

de detalles costumbristas produce el efecto perseguido sin que ningún rasgo aislado resulte inverosímil.^o

¹³ Se anuncia aquí el ascenso social del protagonista, con reminiscencias del irónico prólogo del *Lazarillo*.^o

veía entrar sentía mi sangre enardecida, y siempre que me ordenaba algo, hacía lo con los peores modos posibles, deseoso de significarle mi alto enojo. Este despego, que a ellos les parecía mala crianza y a mí un arranque de entereza, propio de elevados corazones, me proporcionó algunas reprimendas, y, sobre todo, dio origen a una frase de mi señorita, que se me clavó en el corazón como una dolorosa espina. En cierta ocasión le oí decir:

—Este chico está tan echado a perder, que será preciso mandarle fuera de casa.

Al fin se fijó el día para la boda, y unos cuantos antes del señalado ocurrió lo que ya conté y el proyecto de mi amo. Por esto se comprenderá que doña Francisca tenía razones poderosas, además de la poca salud de su marido, para impedirle ir a la escuadra.

VI

Recuerdo muy bien que al día siguiente de los pescozones que me aplicó doña Francisca, movida del espectáculo de mi irreverencia y de su profundo odio a las guerras marítimas, salí acompañando a mi amo en su paseo de mediodía. Él me daba el brazo, y a su lado iba Marcial: los tres caminábamos lentamente, conforme al flojo andar de don Alonso y a la poca destreza de la pierna postiza del marinero. Parecía aquello una de esas procesiones en que marcha, sobre vacilante palanquín, un grupo de santos viejos y apolillados, que amenazan venirse al suelo en cuanto se acelere un poco el paso de los que les llevan.¹ Los dos viejos no tenían expedito y vividor más que el corazón, que funcionaba como una máquina recién salida del taller. Era una aguja imantada, que a pesar de su fuerte potencia y exacto movimiento, no podía hacer navegar bien el casco viejo y averiado en que iba embarcada.

Durante el paseo, mi amo, después de haber asegurado con su habitual aplomo que si el almirante Córdova, en vez de mandar virar a estribor hubiera mandado virar a babor, la batalla del 14 no se habría perdido, entabló la conversación sobre el famoso proyecto, y aunque no dijeron claramente su propósito, sin duda por estar yo delante, comprendí por algunas palabras sueltas que tra-

¹ *palanquín*: 'especie de andas'.

taban de ponerlo en ejecución a cencerros tapados,² marchándose de la casa lindamente una mañana, sin que mi ama lo advirtiese.

Regresamos a la casa y allí se habló de cosas muy distintas. Mi amo, que siempre era complaciente con su mujer, lo fue aquel día más que nunca. No decía doña Francisca cosa alguna, aunque fuera insignificante, sin que él lo celebrara con risas inoportunas. Hasta me parece que le regaló algunas fruslerías,³ demostrando en todos sus actos el deseo de tenerla contenta; sin duda por esta misma complacencia oficiosa mi ama estaba díscola y regañona cual nunca la había yo visto. No era posible transacción honrosa. Por no sé qué fútil motivo, riñó con Marcial, intimándole la inmediata salida de la casa; también dijo terribles cosas a su marido, y durante la comida, aunque éste celebraba todos los platos con desusado calor, la implacable dama no cesaba de gruñir.

Llegada la hora de rezar el rosario, acto solemne que se verificaba en el comedor con asistencia de todos los de la casa, mi amo, que otras veces solía dormirse murmurando perezosamente los *Paternoster*, lo cual le valía algunas reprimendas, estuvo aquella noche muy despabilado y rezó con verdadero empeño, haciendo que su voz se oyera entre todas las demás.⁴

Otra cosa pasó que se me ha quedado muy presente. Las paredes de la casa hallábanse adornadas con dos clases de objetos: estampas de santos y mapas; la corte celestial por un lado, y todos los derroteros de Europa y América por otro.⁵ Después de comer, mi amo estaba en la galería contemplando una carta de navegación, y recorría con su vacilante dedo las líneas, cuando doña Francisca, que algo sospechaba del proyecto de escapatoria, y además ponía el grito en el cielo siempre que sorprendía a su marido en flagrante delito de entusiasmo náutico, llegó por detrás, y abriendo los brazos, exclamó:

² 'callada y cautelosamente'. La expresión proviene de la costumbre de rellenar los cencerros de los animales con hierbas u otros materiales, para que no suenen cuando entran a comer pastos ajenos.

³ *fruslerías*: 'objetos de poco valor', «pudo tomarse del nombre fruslera [latón], por ser este metal de poca estimación» (*Autoridades*).

⁴ El rezo de don Alonso recuerda «la frecuentísima imagen de la hipocresía que dan las (y los) que llevan el rosario como reclamo de su (falsa) devoción religiosa» en Quevedo. °

⁵ Los objetos aludidos parecen imprescindibles al narrador para evocar la situación y, en ese sentido, la frase cumple una función muy similar a la de las acotaciones teatrales. °

—¡Hombre de Dios! Cuando digo que tú me andas buscando... Pues te juro que si me buscas, me encontrarás.

—Pero, mujer —repuso temblando mi amo—, estaba aquí mirando el derrotero de Alcalá Galiano y de Valdés en las goletas *Sutil y Mejicana*, cuando fueron a reconocer el estrecho de Fuca.⁶ Es un viaje muy bonito; me parece que te lo he contado.

—Cuando digo que voy a quemar todos esos papelotes —añadió doña Francisca—. ¡Mal haya los viajes y el perro judío que los inventó!⁷ Mejor pensaras en las cosas de Dios, que al fin y al cabo no eres ningún niño. ¡Qué hombre, Santo Dios, qué hombre!

No pasó de esto. Yo andaba también por allí cerca; pero no recuerdo bien si mi ama desahogó su furor en mi humilde persona, demostrándome una vez más la elasticidad de mis orejas y la ligereza de sus manos. Ello es que estas caricias menudeaban tanto, que no hago memoria de si recibí alguna en aquella ocasión; lo que sí recuerdo es que mi señor, a pesar de haber redoblado sus amabilidades, no consiguió ablandar a su consorte.

No he dicho nada de mi amita. Pues sépase que estaba muy triste, porque el señor de Malespina no había aparecido aquel día, ni escrito carta alguna, siendo inútiles todas mis pesquisas para hallarle en la plaza. Llegó la noche, y con ella la tristeza al alma de Rosita, pues ya no había esperanza de verle hasta el día siguiente. Mas de pronto, y cuando se había dado orden para la cena, sonaron fuertes aldabonazos en la puerta; fui a abrir corriendo, y era él. Antes de abrirle, mi odio le había conocido.

Aún me parece que le estoy viendo cuando se presentó delante de mí, sacudiendo su capa, mojada por la lluvia. Siempre que traigo a la memoria a tal hombre se me representa como le vi en aquella ocasión. Hablando con imparcialidad, diré que era un joven realmente hermoso, de presencia noble, modales airosos, mirada afable, algo frío y reservado en apariencia, poco risueño y sumamente cortés, con aquella cortesía grave y un poco finchada de los nobles de antaño.⁸ Traía aquella noche la chaqueta faldó-

⁶ En 1792, la expedición científica dirigida por estos dos marinos demostró que el llamado estrecho de Fuca era sólo un brazo de mar que separa la isla de Vancouver de la costa del continente. ^o

⁷ La actitud inquisitorial de doña

Francisca con su esposo es irónicamente apuntalada por su lenguaje: *quemar papelotes, perro judío*. ^o

⁸ *finchada*: antigua forma de 'hinchada'. «Quizá propagado desde la novela de caballerías, sigue empleándose

neada, el calzón corto con botas, el sombrero portugués y riquísima capa de grana con forros de seda, que era la prenda más elegante entre los señoritos de la época.⁹

Desde que entró, conocí que algo grave ocurría. Pasó al comedor, y todos se maravillaron de verle a tal hora, pues jamás había venido de noche. Mi amita no tuvo de alegría más que el tiempo necesario para comprender que el motivo de visita tan inesperada no podía ser lisonjero.¹⁰

—Vengo a despedirme —dijo Malespina.

Todos se quedaron como lelos, y Rosita más blanca que el papel en que escribo; después, encendida como la grana, y luego pálida otra vez como una muerta.

—¿Pues qué pasa? ¿Adónde va usted, señor don Rafael? —le preguntó mi ama.

Debo haber dicho que Malespina era oficial de artillería, pero no que estaba de guarnición en Cádiz y con licencia en Vejer.¹¹

—Como la escuadra carece de personal —añadió—, han dado orden para que nos embarquemos con objeto de hacer allí el servicio. Se cree que el combate es inevitable, y la mayor parte de los navíos tienen falta de artilleros.¹²

—¡Jesús, María y José! —exclamó doña Francisca más muerta que viva—. ¿También a usted se le llevan? Pues me gusta. Pero

familiarmente en el sentido de 'ridículamente engreído'» (*Corominas*).

⁹ El atuendo de Malespina responde al estilo más tradicionalmente hispánico, que convivió en el cambio de siglo con modas innovadoras nacidas en Inglaterra y difundidas con la Revolución francesa; *chaqueta faldoneada*: 'chaqueta masculina cuya parte posterior cuelga desde la cintura, generalmente partida en dos', el adjetivo puede ser creación galdosiana por derivación de *faldón* en su sentido de 'parte inferior de alguna ropa, colgadura'; *calzón corto*: prenda masculina por excelencia que competirá, desde la Revolución hasta bien entrado el XIX, con el pantalón; *sombrero portugués*: por haber introducido su uso los militares en España tras la guerra de Portugal (1762);

riquísima capa de grana con forros de seda: cuando la capa tradicional —frente a gabanes, redingotes, capotes..., venidos del extranjero— era oscura, admitía embozo de color, preferiblemente rojo.¹⁰

¹⁰ La frase *el motivo... lisonjero* es resultado de modificaciones que la reducen: en *MA* dice «visita tan inesperada tal vez sería causada por motivos poco agradables», y en *BI*, «visita tan inesperada tal vez sería hija de motivos poco agradables».

¹¹ *Estar de guarnición* es 'estar destinado a la defensa de una fortificación'.

¹² La carencia de personal cualificado es señalada por los expertos como uno de los principales problemas de la Armada española a lo largo del XVIII.¹³

usted es de tierra, amiguito. Dígales usted que se entiendan ellos; que si no tienen gente, que la busquen. Pues a fe que es bonita la broma.

—Pero, mujer —dijo tímidamente don Alonso—, ¿no ves que es preciso...?

No pudo seguir, porque doña Francisca, que sentía desbordarse el vaso de su enojo, apostrofó a todas las potencias terrestres:

—A ti todo te parece bien con tal que sea para los dichosos barcos de guerra. ¿Pero quién, pero quién es el demonio del infierno que ha mandado vayan a bordo los oficiales de tierra? A mí que no me digan, eso es cosa del señor de Bonaparte. Ninguno de acá puede haber inventado tal diablura. Pero vaya usted y diga que se va a casar. A ver —añadió dirigiéndose a su marido—, escribe a Gravina diciéndole que este joven no puede ir a la escuadra.

Y como viera que su marido se encogía de hombros indicando que la cosa era sumamente grave, exclamó:

—No sirves para nada. ¡Jesús! Si yo gastara calzones, me plantaba en Cádiz y le sacaba a usted del apuro.

Rosita no decía palabra. Yo, que la observaba atentamente, conocí la gran turbación de su espíritu. No quitaba los ojos de su novio, y a no impedírselo la etiqueta y el buen parecer, habría llorado ruidosamente, desahogando la pena de su corazón oprimido.

—Los militares —dijo don Alonso— son esclavos de su deber, y la patria exige a este joven que se embarque para defenderla. En el próximo combate alcanzará usted mucha gloria e ilustrará su nombre con alguna hazaña que quede en la historia para ejemplo de las generaciones futuras.

—Sí, eso, eso —dijo doña Francisca remedando el tono grandilocuente con que mi amo había pronunciado las anteriores palabras—. Sí, ¿y todo por qué? Porque se les antoja a esos zánganos de Madrid. Que vengan ellos a disparar los cañones y a hacer la guerra... ¿Y cuándo marcha usted?

—Mañana mismo. Me han retirado la licencia, ordenándome que me presente al instante en Cádiz.

Imposible pintar con palabras ni por escrito lo que vi en el semblante de mi señorita cuando aquellas frases oyó. Los dos novios se miraron y un largo y triste silencio siguió al anuncio de la próxima partida.

—Esto no se puede sufrir —dijo doña Francisca—. Por último,

llevarán a los paisanos, y si se les antoja, también a las mujeres... Señor —prosiguió mirando al cielo con ademán de pitonisa—, no creo ofenderte si digo que maldito sea el que inventó los barcos, maldito el mar en que navegan,¹³ y más maldito el que hizo el primer cañón para dar esos estampidos que la vuelven a una loca, y para matar a tantos pobrecitos que no han hecho ningún daño.

Don Alonso miró a Malespina, buscando en su semblante una expresión de protesta contra los insultos dirigidos a la noble artillería. Después dijo:

—Lo malo será que los navíos carezcan también de buen material; y sería lamentable...

Marcial, que oía la conversación desde la puerta, no pudo contenerse y entró diciendo:

—¿Qué ha de faltar? El *Trinidad* tiene ciento cuarenta cañones: treinta y dos de a treinta y seis, treinta y cuatro de a veinticuatro, treinta y seis de a doce, dieciocho de a ocho, y diez obuses de a veinticuatro. El *Príncipe de Asturias*, ciento dieciocho; el *Santa Ana*, ciento veinte; el *Rayo*, cien; el *Nepomuceno*, el *San...*¹⁴

—¿Quién le mete a usted aquí, señor Marcial —chilló doña Francisca—, ni qué nos importa si tienen cincuenta u ochenta?

Marcial continuó, a pesar de esto, su guerrera estadística,¹⁵ pero en voz baja, dirigiéndose sólo a mi amo, el cual no se atrevía a expresar su aprobación.

Ella siguió hablando así:

—Pero, don Rafael, no vaya usted, por Dios. Diga usted que es de tierra, que se va a casar. Si Napoleón quiere guerra, que la haga él solo;¹⁶ que venga y diga: «Aquí estoy yo: mátenme ustedes, señores ingleses, o déjense matar por mí». ¿Por qué ha de estar España sujeta a los antojos de ese caballero?

—Verdaderamente —dijo Malespina—, nuestra unión con Francia ha sido hasta ahora desastrosa.

—¿Pues para qué la han hecho? Bien dicen que ese Godoy es hombre sin estudios. ¡Si creará él que se gobierna una nación tocando la guitarra!¹⁷

¹³ La fuente galdosiana para esta frase pudo ser Eurípides.^o

¹⁴ El cómputo de los tres primeros barcos puede no ser exacto.^o

¹⁵ «su patriótica enumeración» figura en *MABI*.

¹⁶ Esta opinión hace mella en el protagonista, que la repite en el episodio siguiente.^o

¹⁷ De nuevo doña Francisca, reflejando parte de la opinión popular, culpa a Godoy de todos los males españoles.^o

—Después de la paz de Basilea —continuó el joven— nos vimos obligados a enemistarnos con los ingleses, que batieron nuestra escuadra en el cabo de San Vicente.¹⁸

—¡Alto allá! —declaró don Alonso, dando un fuerte puñetazo en la mesa—. Si el almirante Córdova hubiera mandado orzar sobre babor a los navíos de la vanguardia, según lo que pedían las más vulgares leyes de la estrategia, la victoria hubiera sido nuestra. Eso lo tengo probado hasta la saciedad, y en el momento del combate hice constar mi opinión. Quede, pues, cada cual en su lugar.¹⁹

—Lo cierto es que se perdió la batalla —prosiguió Malespina—. Este desastre no habría sido de grandes consecuencias, si después la corte de España no hubiera celebrado con la República francesa el tratado de San Ildefonso, que nos puso a merced del primer cónsul, obligándonos a prestarle ayuda en guerras que a él solo y a su grande ambición interesaban.²⁰ La paz de Amiens no fue más que una tregua. Inglaterra y Francia volvieron a declararse la guerra, y entonces Napoleón exigió nuestra ayuda. Quisimos ser neutrales, pues aquel convenio a nada obligaba en la segunda guerra; pero él con tanta energía solicitó nuestra cooperación, que, para aplacarle, tuvo el rey que convenir en dar a Francia un subsidio de cien millones de reales, lo que equivalía a comprar a peso de oro la neutralidad. Pero ni aun así la compramos. A pesar de tan gran sacrificio, fuimos arrastrados a la guerra.²¹ Inglaterra nos obligó a ello, apresando inoportunamente cuatro fragatas que venían de América cargadas de caudales. Después de aquel acto de

¹⁸ La Paz de Basilea, firmada en julio de 1795 tras la guerra entre España y la República francesa, fue quizás uno de los pocos aciertos de Godoy en política exterior. Por ella Francia devolvió a España las plazas que había ocupado en la península, y España cedió su parte en Santo Domingo. ◻

¹⁹ Es la cuarta vez que aparecen estas frases demostrativas de la obsesión de don Alonso, rasgo que lo emparenta una vez más con Don Quijote, a quien también Cervantes hace intervenir cada vez que se nombra algo relativo a la orden de caballería. ◻

²⁰ Malespina se refiere aquí al con-

venio firmado el 1 de octubre de 1800 por Urquijo y Berthier, en nombre de Carlos IV y Napoleón respectivamente, conocido como «segundo tratado de San Ildefonso». Con él, Napoleón obtuvo una sumisión de España a la política exterior francesa que el Directorio nunca había logrado. ◻

²¹ En Amiens, Francia e Inglaterra acuerdan, en marzo de 1802, una paz que romperán en mayo del año siguiente; Carlos IV se verá obligado entonces a firmar el ya comentado tratado de Neutralidad en octubre de 1803, y a entrar en la guerra en diciembre de 1804. ◻

piratería, la corte de Madrid no tuvo más remedio que echarse en brazos de Napoleón, el cual no deseaba otra cosa. Nuestra Marina quedó al arbitrio del primer cónsul, ya emperador, quien, aspirando a vencer por el engaño a los ingleses, dispuso que la escuadra combinada partiese a la Martinica, con objeto de alejar de Europa a los marinos de la Gran Bretaña. Con esta estratagemma pensaba realizar su anhelado desembarco en esta isla; mas tan hábil plan no sirvió sino para demostrar la impericia y cobardía del almirante francés, el cual, de regreso a Europa, no quiso compartir con nuestros navíos la gloria del combate de Finisterre.²² Ahora, según las órdenes del emperador, la escuadra combinada debía hallarse en Brest. Dícese que Napoleón está furioso con su almirante, y que piensa relevarle inmediatamente.

—Pero, según dicen —indicó Marcial—, Monsieur Corneta quiere pintarla y busca una acción de guerra que haga olvidar sus faltas.²³ Yo me alegro, pues de ese modo se verá quién puede y quién no puede.

—Lo indudable —prosiguió Malespina— es que la escuadra inglesa anda cerca y con intento de bloquear a Cádiz. Los marinos españoles opinan que nuestra escuadra no debe salir de la bahía, donde hay probabilidades de que venza. Mas el francés parece que se obstina en salir.

—Veremos —dijo mi amo—. De todos modos, el combate será glorioso.

—Glorioso, sí —contestó Malespina—. Pero ¿quién asegura que sea afortunado? Los marinos se forjan ilusiones, y, quizá por estar demasiado cerca, no conocen la inferioridad de nuestro armamento frente al de los ingleses. Éstos, además de una soberbia artillería, tienen todo lo necesario para reponer prontamente sus averías. No digamos nada en cuanto al personal: el de nuestros enemigos es inmejorable, compuesto todo de viejos y muy expertos marinos, mientras que muchos de los navíos españoles están tripulados

²² Los principales acontecimientos que precedieron a Trafalgar, citados hasta aquí de forma dispersa, se ofrecen ahora en bien estructurada síntesis, quizá no justificable desde la perspectiva novelesca —los oyentes de Malespina los conocen tan bien como él— pero muy útil para situar históricamente al lector.

²³ Napoleón esperaba a la escuadra combinada en Brest para invadir Inglaterra, pero, tras el combate de Finisterre, Villeneuve resolvió marchar a Cádiz. Napoleón, indignado, envió a Rosilly para reemplazar a Villeneuve y ordenó que éste fuera a París para explicar su conducta. °

en gran parte por gente de leva, siempre holgazana y que apenas sabe el oficio; el cuerpo de infantería tampoco es un modelo, pues las plazas vacantes se han llenado con tropa de tierra, muy valerosa, sin duda, pero que se marea.²⁴

—En fin —dijo mi amo—, dentro de algunos días sabremos lo que ha de resultar de esto.

—Lo que ha de resultar ya lo sé yo —observó doña Francisca—. Que esos caballeros, sin dejar de decir que han alcanzado mucha gloria, volverán a casa con la cabeza rota.

—Mujer, ¿tú qué entiendes de eso? —dijo don Alonso, sin poder contener un arrebato de enojo, que sólo duró un instante.

—¡Más que tú! —contestó vivamente ella—. Pero Dios querrá preservarle a usted, señor don Rafael, para que vuelva sano y salvo.

Esta conversación ocurría durante la cena, la cual fue muy triste; y después de lo referido, los cuatro personajes no dijeron una palabra. Concluida aquélla, se verificó la despedida, que fue tiernísima, y por un favor especial propio de aquella ocasión solemne, los bondadosos padres dejaron solos a los novios, permitiéndoles despedirse a sus anchas y sin testigos para que el disimulo no les obligara a omitir algún accidente que fuera desahogo a su profunda pena. Por más que hice no pude asistir al acto, y me es, por tanto, desconocido lo que en él pasó; pero es fácil presumir que habría todas las ternezas imaginables por una y otra parte.²⁵

Cuando Malespina salió del cuarto, estaba más pálido que un difunto. Despidióse a toda prisa de mis amos, que le abrazaron con el mayor cariño, y se fue. Cuando acudimos donde estaba mi amita, la encontramos hecha un mar de lágrimas: tan grande era su dolor, que los cariñosos padres no pudieron calmar su espíritu con ingeniosas razones, ni atemperar su cuerpo con los cordiales que traje a toda prisa de la botica.²⁶ Confieso que, profundamente apenado, yo también, al ver la desgracia de los pobres amantes, se amortiguó en mi pecho el rencorcillo que me inspiraba Malespina. El corazón de un niño perdona fácilmente, y el mío no era el menos dispuesto a los sentimientos dulces y expansivos.

²⁴ La situación responde al estado de la Armada española. ◊

²⁵ Nótese la sutileza con que el narrador oculta y sugiere al mismo tiempo la escena amorosa. ◊

²⁶ *cordiales*: 'bebida reconfortante'; «Todo aquello que es útil y sirve para fortalecer el corazón. Dan a los enfermos ciertas tabletas que llaman cordiales» (*Autoridades*).

VII

A la mañana siguiente se me preparaba una gran sorpresa, y a mi ama el más fuerte berrinche que creo tuvo en su vida. Cuando me levanté vi que don Alonso estaba amabilísimo y su esposa más irritada que de costumbre. Cuando ésta se fue a misa con Rosita, advertí que el señor amo se daba gran prisa por meter en una maleta algunas camisas y otras prendas de vestir, entre las cuales iba su uniforme. Yo le ayudé y aquello me olió a escapatoria, aunque me sorprendía no ver a Marcial por ninguna parte. No tardé, sin embargo, en explicarme su ausencia, pues don Alonso, una vez arreglado su breve equipaje, se mostró muy impaciente, hasta que al fin apareció el marinero diciendo:

—Ahí está el coche. Vámonos antes que ella venga.

Cargué la maleta, y en un santiamén don Alonso, Marcial y yo salimos por la puerta del corral para no ser vistos; nos subimos a la calesa, y ésta partió tan a escape como lo permitía la escualidez del rocín que la arrastraba y la procelosa configuración del camino.¹ Éste, si para caballerías era malo, para coches perverso; pero a pesar de los fuertes tumbos y arcadas, apretamos el paso, y hasta que no perdimos de vista el pueblo, no se alivió algún tanto el martirio de nuestros cuerpos.

Aquel viaje me gustaba extraordinariamente, porque a los chicos toda novedad les trastorna el juicio. Marcial no cabía en sí de gozo, y mi amo, que al principio manifestó su alborozo casi con menos gravedad que yo, se entristeció bastante cuando dejó de ver el pueblo. De vez en cuando decía:

—¡Y ella tan ajena a esto! ¡Qué dirá cuando llegue a casa y no nos encuentre!

A mí se me ensanchaba el pecho con la vista del paisaje, con la alegría y frescura de la mañana y, sobre todo, con la idea de ver pronto Cádiz y su incomparable bahía poblada de naves; sus calles bulliciosas y alegres; su Caleta, que simbolizaba para

¹ *rocín*: «caballo de poca traza y flaco» (*Autoridades*); «es el potro que, o por no tener edad, o por estar maltratado, o no ser de buena raza, no llegó a merecer el nombre de caballo, y así llamamos arrocínados a los caballos des-

baratados y de mala traza» (*Covarrubias*). La *escualidez del rocín* es, por tanto, pleonasmó muy a la manera cervantina, como todas las demás circunstancias que rodean la salida de don Alonso de su casa. °

mí en un tiempo lo más hermoso de la vida, la libertad; su plaza, su muelle y demás sitios para mí muy amados. No habíamos andado tres leguas cuando alcanzamos a ver dos caballeros montados en soberbios alazanes, que viniendo tras nosotros se nos juntaron en poco tiempo. Al punto reconocimos a Malespina y a su padre,² aquel señor alto, estirado y muy charlatán, de quien antes hablé. Ambos se asombraron de ver a don Alonso, y mucho más cuando éste les dijo que iba a Cádiz para embarcarse. Recibió la noticia con pesadumbre el hijo; mas el padre, que, según entonces comprendí, era un rematado fanfarrón, felicitó a mi amo muy campanadamente, llamándole flor de los navegantes, espejo de los marinos y honra de la patria.³

Nos detuvimos para comer en el parador de Conil. A los señores les dieron lo que había, y a Marcial y a mí lo que sobraba, que no era mucho.⁴ Como yo servía la mesa pude oír la conversación, y entonces conocí mejor el carácter del viejo Malespina, quien si primero pasó a mis ojos como un embustero lleno de vanidad, después me pareció el más gracioso charlatán que he oído en mi vida.

El futuro suegro de mi amita, don José María Malespina, que no tenía parentesco con el célebre marino del mismo apellido,⁵ era coronel de artillería retirado, y cifraba todo su orgullo en conocer a fondo aquella terrible arma y manejarla como nadie. Tratando de este asunto era como más lucía su imaginación y gran desparpajo para mentir.

—Los artilleros —decía, sin suspender por un momento la acción de engullir— hacen mucha falta a bordo. ¿Qué es de un barco sin artillería? Pero donde hay que ver los efectos de esta invención admirable de la humana inteligencia es en tierra, señor don Alonso. Cuando la guerra del Rosellón...,⁶ ya sabe usted que tomé parte en aquella campaña y que todos los triunfos se

² *alazanes*: 'caballos de pelo rojizo'.^o

³ Malespina emplea expresiones de clara estirpe cervantina, con el mismo matiz paródico.^o

⁴ *Conil*: 'pueblo costero situado 32 kilómetros al oeste de Cádiz'. El pasaje recuerda al episodio del *Buscón* en la venta de Viveros.^o

⁵ Alejandro Malespina, que dio dos

veces la vuelta al mundo: la primera en 1782 en la fragata *Astrea* y la segunda en 1794 al mando de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*.

⁶ Esta región del Pirineo catalán fue uno de los escenarios de la guerra española contra la República francesa (1793-1795) que terminaría con la Paz de Basilea.^o

debieron a mi acierto en el manejo de la artillería... La batalla de Masdeu, ¿por qué cree usted que se ganó?⁷ El general Ricardos me situó en una colina con cuatro piezas, mandándome que no hiciera fuego sino cuando él me lo ordenara.⁸ Pero yo, que veía las cosas de otra manera, me estuve callandito hasta que una columna francesa vino a colocarse delante de mí en tal disposición, que mis disparos podían enfilarla de un extremo a otro. Los franceses forman la línea con gran perfección. Tomé bien la puntería con una de las piezas, dirigiendo la mira a la cabeza del primer soldado... ¿Comprende usted?... Como la línea era tan perfecta, disparé, y ¡zas!, la bala se llevó ciento cuarenta y dos cabezas, y no cayeron más porque el extremo de la línea se movió un poco. Aquello produjo gran consternación en los enemigos; pero como éstos no comprendían mi estrategia ni podían verme en el sitio donde estaba, enviaron otra columna a atacar las tropas que estaban a mi derecha, y aquella columna tuvo la misma suerte, y otra, y otra, hasta que se ganó la batalla.

—Es maravilloso —dijo mi amo, quien, conociendo la magnitud de la bola, no quiso, sin embargo, desmentir a su amigo.

—Pues en la segunda campaña, al mando del conde de la Unión, también escarmenté de lo lindo a los republicanos. La defensa de Boulou no nos salió bien,⁹ porque se nos acabaron las municiones; yo, con todo, hice un gran destrozo cargando una pieza con las llaves de la iglesia; pero éstas no eran muchas, y al fin, como un recurso de desesperación, metí en el ánima del cañón mis llaves, mi reloj, mi dinero, cuantas baratijas encontré en los bolsillos, y, por último, hasta mis cruces. Lo particular es que una de éstas fue a estamparse en el pecho de un general francés, donde se le quedó como pegada y sin hacerle daño. Él la conservó, y cuando fue a París, la Convención le condenó no sé si a muerte o a destierro por haber admitido condecoraciones de un gobierno enemigo.¹⁰

⁷ Con la batalla de Mas d'Eu se inició la invasión del Rosellón francés en mayo de 1793.

⁸ La guerra del Rosellón se dividió en tres campañas; la primera, «brillante» según *Combate*, 29, estuvo dirigida por el general Ricardos.

⁹ *conde de la Unión*: Luis Fermín Carvajal y Vargas (1752-1794), que

sustituyó a Ricardos tras su muerte. En Boulou estaba un campamento francés conquistado por los españoles en la primera campaña y recuperado por Francia en la segunda.

¹⁰ Se refiere a la Convención Nacional o asamblea de la Revolución, gobierno moderado que se impuso tras el golpe de Estado de termidor (1795).

—¡Qué diablura! —murmuró mi amo, recreándose con tan chuscas invenciones.

—Cuando estuve en Inglaterra... —continuó el viejo Malespina—, ya sabe usted que el gobierno inglés me mandó llamar para perfeccionar la artillería de aquel país...; todos los días comía con Pitt, con Burke, con lord North, con el general Cornwallis y otros personajes importantes,¹¹ que me llamaban el *chistoso español*. Recuerdo que una vez, estando en palacio, me suplicaron que les mostrase cómo era una corrida de toros, y tuve que capear, picar y matar una silla, lo cual divirtió mucho a toda la corte,¹² especialmente al rey Jorge III,¹³ quien era muy amigote mío, y siempre me decía que le mandase a buscar a mi tierra aceitunas buenas. ¡Oh!, tenía mucha confianza conmigo. Todo su empeño era que le enseñase palabras de español y, sobre todo, algunas de esta nuestra graciosa Andalucía; pero nunca pudo aprender más que *otro toro y vengan esos cinco*, frase con que me saludaba todos los días cuando iba a almorzar con él pescadillas y unas cañitas de jerez.

—¿Eso almorzaba?

—Era lo que le gustaba más. Yo hacía llevar de Cádiz embotellada la pescadilla; conservábase muy bien con un específico que inventé, cuya receta tengo en casa.

—Maravilloso. ¿Y reformó usted la artillería inglesa? —preguntó mi amo, alentándole a seguir, porque le divertía mucho.

—Completamente. Allí inventé un cañón que no llegó a dispararse, porque todo Londres, incluso la corte y los ministros, vinieron a suplicarme que no hiciera la prueba por temor a que del estremecimiento cayeran al suelo muchas casas.

La comicidad de Malespina tiene su origen en el tradicional *miles gloriosus*, y se ha relacionado con el barón Münchhausen de G.A. Bürger.^o

¹¹ Influyentes personajes en la política inglesa de la época.^o

¹² Una escena similar, situada en Francia, relatará otro personaje en el cuarto episodio de la serie: «me dijeron que si sabía yo lidiar un toro. Les dije que sí, y poniéndose muy contentos, me mandaron que diese al punto una corrida ... poniendo una silla en lugar de toro, la capé, le puse bande-

rillas y le di muerte con mi sable, pasándola de parte a parte. ¡Cuánto se rieron aquellos condenados!» (*Bailén*, xxxii).

¹³ Jorge III Hannover (1738-1820) fue rey de Gran Bretaña e Irlanda entre 1760 y 1820; compartía con su primer ministro Pitt el ideal de una monarquía fuerte y respetuosa con la ley, y un gobierno por encima de los partidos. Pero su enfermedad mental causó grandes problemas entre ambos. Murió loco tras haber abdicado en su hijo Jorge IV.

—¿De modo que tan gran pieza ha quedado relegada al olvido?

—Quiso comprarla el emperador de Rusia;¹⁴ pero no fue posible moverla del sitio en que estaba.

—Pues bien podía usted sacarnos del apuro inventando un cañón que destruyera de un disparo la escuadra inglesa.

—¡Oh! —contestó Malespina—. En eso estoy pensando, y creo que podré realizar mi pensamiento. Ya le mostraré a usted los cálculos que tengo hechos, no sólo para aumentar hasta un extremo fabuloso el calibre de las piezas de artillería, sino para construir placas de resistencia que defiendan los barcos y los castillos. Es el pensamiento de toda mi vida.

A todas éstas habían concluido de comer. Nos zampamos en un santiamén Marcial y yo las sobras, y seguimos el viaje, ellos a caballo, marchando al estribo, y nosotros como antes, en nuestra derrengada calesa. La comida y los frecuentes tragos con que la roció excitaron más aún la vena inventora del viejo Malespina, quien por todo el camino siguió espetándonos sus grandes paparruchas. La conversación volvió al tema por donde había empezado: a la guerra del Rosellón; y como don José se apresurara a referir nuevas proezas, mi amo, cansado ya de tanto mentir, quiso desviarle de aquella materia, y dijo:

—Guerra desastrosa e impolítica. ¡Más nos hubiera valido no haberla emprendido!

—¡Oh! —exclamó Malespina—. El conde de Aranda, como usted sabe, condenó desde el principio esta funesta guerra con la República.¹⁵ ¡Cuánto hemos hablado de esta cuestión!..., porque somos amigos desde la infancia. Cuando yo estuve en Aragón, pasamos siete meses juntos cazando en el Moncayo.¹⁶ Precisamente hice construir para él una escopeta singular.

¹⁴ «A dos zares puede referirse Malespina. A Pablo I, que reinó de 1796 a 1801, y murió asesinado, y a su sucesor Alejandro I (1801-1825) aliado de los ingleses contra Napoleón» (Puértolas).

¹⁵ Pedro Pablo Abarca de Bolea (1719-1793), conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla de Carlos III y ministro de Carlos IV en los primeros años de su reinado, seguía con

cierta simpatía la Revolución francesa y en 1794 tuvo un fuerte enfrentamiento con Godoy sobre seguir o no la guerra contra Francia, del que se siguió el proceso, destierro y prisión del anciano estadista.

¹⁶ Probablemente Malespina nombra este monte, situado entre Aragón y Castilla, por estar cercano a Huesca, de donde era natural el conde de Aranda.

—Sí, Aranda se opuso siempre —dijo mi amo, atajándole en el peligroso camino de la balística.

—En efecto —continuó el mentiroso—; y si aquel hombre eminente defendió con tanto calor la paz con los republicanos, fue porque yo se lo aconsejé, convenciéndole antes de la inoportunidad de la guerra. Mas Godoy, que ya entonces era válido, se obstinó en proseguirla, sólo por llevarme la contraria, según he entendido después. Lo más gracioso es que el mismo Godoy se vio obligado a concluir la guerra en el verano del 95, cuando comprendió su ineficacia, y entonces se adjudicó a sí mismo el retumbante título de príncipe de la Paz.¹⁷

—¡Qué faltos estamos, amigo don José María —dijo mi amo—, de un buen hombre de Estado a la altura de las circunstancias, un hombre que no nos entremeta en guerras inútiles y mantenga incólume la dignidad de la Corona!

—Pues cuando yo estuve en Madrid el año último —prosiguió el embustero— me hicieron proposiciones para desempeñar la Secretaría de Estado. La reina tenía gran empeño en ello, y el rey no dijo nada... Todos los días le acompañaba al Pardo para tirar un par de tiros...¹⁸ Hasta el mismo Godoy se hubiera conformado, conociendo mi superioridad; y si no, no me habría faltado un castillito donde encerrarle para que no me diera que hacer.¹⁹ Pero yo rehusé, prefiriendo vivir tranquilo en mi pueblo, y dejé los negocios públicos en manos de Godoy. Ahí tiene usted un hombre cuyo padre fue mozo de mulas en la dehesa que mi suegro tenía en Extremadura.

—No sabía... —dijo don Alonso—. Aunque hombre oscuro, yo creí que el príncipe de la Paz pertenecía a una familia de hidalgos, de escasa fortuna, pero de buenos principios.²⁰

Así continuó el diálogo: el señor Malespina soltando unas bolas como templos, y mi amo oyéndolas con santa calma, pareciendo

¹⁷ No es exacto. Véase la nota complementaria II, 22.

¹⁸ Malespina parece referirse al conocido rumor sobre el dominio que María Luisa de Parma, ejercía sobre Carlos IV, y a la célebre afición a cazar del monarca.◊

¹⁹ Alude irónicamente a varios personajes que, tras haber desempeñado importantes cargos, fueron confinados

por sus sucesores en el poder: Florida-blanca (1792) y Urquijo (1800), en la fortaleza de Pamplona; Aranda (1794), en el castillo de la Alhambra; Jovellanos (1801), en el de Bellver.

²⁰ Tiene razón don Alonso. Godoy nació en Badajoz en el seno de una noble familia; aunque lo afirmado por Malespina responde a uno de los muchos rumores que corrían entonces.◊

unas veces enfadado y otras complacido de escuchar tanto disparate.²¹ Si mal no recuerdo, también dijo don José María que había aconsejado a Napoleón el atrevido hecho del 18 brumario.²²

Con estas y otras cosas nos anocheció en Chiclana,²³ y mi amo, atrozmente quebrantado y molido a causa del movimiento del fermentido calesín,²⁴ se quedó en dicho pueblo, mientras los demás siguieron, deseosos de llegar a Cádiz en la misma noche. Mientras cenaron endilgó Malespina nuevas mentiras, y pude observar que su hijo las oía con pena, como abochornado de tener por padre al más grande embustero que crió la tierra. Despidiéronse ellos, nosotros descansamos hasta el día siguiente por la madrugada, hora en que proseguimos nuestro camino; y como éste era mucho más cómodo y expedito desde Chiclana a Cádiz que en el tramo recorrido, llegamos al término de nuestro viaje a eso de las once del día, sin novedad en la salud y con el alma alegre.

VIII

No puedo describir el entusiasmo que despertó en mi alma la vuelta a Cádiz. En cuanto pude disponer de un rato de libertad, después que mi amo quedó instalado en casa de su prima, salí a las calles y corrí por ellas sin dirección fija, embriagado con la atmósfera de mi ciudad querida.

Después de ausencia tan larga, lo que había visto tantas veces embelesaba mi atención como cosa nueva y extremadamente hermosa. En cuantas personas encontraba al paso veía un rostro amigo, y todo era para mí simpático y risueño: los hombres, las mujeres, los viejos, los niños, los perros, hasta las casas, pues mi imaginación juvenil observaba en ello no sé qué de personal y animado, se me representaban como seres sensibles y parecíame que participaban del general contento por mi llegada, remedando

²¹ Nótese que en toda esta secuencia don Alonso de Cisniega —una vez más hijo de don Alonso Quijano— ha mostrado su discreción, humor e inteligencia en todo lo que no sea el motivo de su locura.

²² El 9 de noviembre (18 de brumario según el calendario republicano) del

año 1799, un golpe de Estado provocó la caída del Directorio, que gobernaba Francia desde 1795, y llevó al poder a Bonaparte, con el título de primer cónsul.

²³ Pueblo situado 22 kilómetros al sudeste de Cádiz.

²⁴ *fementido*: 'maldito'; *calesín*: 'carruaje ligero'.^o

en sus balcones y ventanas las facciones de un semblante alborozado. Mi espíritu veía reflejar en todo lo exterior su propia alegría.

Corría por las calles con gran ansiedad, como si en un minuto quisiera verlas todas. En la plaza de San Juan de Dios compré algunas golosinas, más que por el gusto de comerlas, por la satisfacción de presentarme regenerado ante las vendedoras, a quienes me dirigí como antiguo amigo, reconociendo a algunas como favorecedoras en mi anterior miseria y a otras como víctimas, aún no aplacadas, de mi inocente afición al merodeo. Las más no se acordaban de mí; pero algunas me recibieron con injurias, recordando las proezas de mi niñez y haciendo comentarios tan chistosos sobre mi nuevo empaque y la gravedad de mi persona, que tuve que alejarme a toda prisa, no sin que lastimaran mi decoro algunas cáscaras de frutas lanzadas por experta mano contra mi traje nuevo.¹ Como tenía la conciencia de mi formalidad, estas burlas más bien me causaron orgullo que pena.

Recorrí luego la muralla y conté todos los barcos fondeados a la vista. Hablé con cuantos marineros hallé al paso, diciéndoles que yo también iba a la escuadra, y preguntándoles con tono muy enfático si había recalado la escuadra de Nelson. Después les dije que Monsieur Corneta era un cobarde y que la próxima función sería buena.

Llegué por fin a la Caleta, y allí mi alegría no tuvo límites. Bajé a la playa y, quitándome los zapatos, salté de peñasco en peñasco; busqué a mis antiguos amigos de ambos sexos, mas no encontré sino muy pocos: unos eran ya hombres y habían abrazado mejor carrera; otros habían sido embarcados por la leva, y los que quedaban apenas me reconocieron. La movible superficie del agua despertaba en mi pecho sensaciones voluptuosas. Sin poder resistir la tentación, y compelido por la misteriosa atracción del mar, cuyo elocuente rumor me ha parecido siempre, no sé por qué, una voz que solicita dulcemente en la bonanza, o llama con imperiosa cólera en la tempestad, me desnudé a toda prisa y me lancé en él como quien se arroja en los brazos de una persona querida.

Nadé más de una hora, experimentando un placer indecible, y vistiéndome luego, seguí mi paseo hacia el barrio de La Viña,

¹ La escena presenta ciertas reminiscencias de la «batalla naval» de Quevedo. ◊

en cuyas edificantes tabernas encontré algunos de los más célebres perdidos de mi glorioso tiempo. Hablando con ellos, yo me las echaba de hombre de pro, y como tal gasté en obsequiarles los pocos cuartos que tenía. Preguntéles por mi tío, mas no me dieron noticia alguna de su señoría;² y luego que hubimos charlado un poco,³ me hicieron beber una copa de aguardiente, que al punto dio con mi pobre cuerpo en tierra.

Durante el período más fuerte de mi embriaguez, creo que aquellos tunantes se rieron de mí cuanto les dio la gana; pero una vez que me serené un poco, salí avergonzadísimo de la taberna.⁴ Aunque andaba muy difícilmente, quise pasar por mi antigua casa, y vi en la puerta a una mujer andrajosa que freía sangre y tripas. Conmovero en presencia de mi morada natal, no pude contener el llanto, lo cual, visto por aquella mujer sin entrañas, se le figuró burla o estratagema para robarle sus frituras. Tuve, por tanto, que librarme de sus manos con la ligereza de mis pies, dejando para mejor ocasión el desahogo de mis sentimientos.

Quise ver después la catedral vieja, a la cual se refería uno de los más tiernos recuerdos de mi niñez, y entré en ella: su recinto me pareció encantador, y jamás he recorrido las naves de templo alguno con tan religiosa veneración. Creo que me dieron fuertes ganas de rezar, y que lo hice en efecto, arrodillándome en el altar donde mi madre había puesto un exvoto por mi salvación. El personaje de cera que yo creía mi perfecto retrato estaba allí colgado, y ocupaba su puesto con la gravedad de las cosas santas; pero se me parecía como un huevo a una castaña. Aquel muñequito, que simbolizaba la piedad y el amor materno, me infundía, sin embargo, el respeto más vivo. Recé un rato de rodillas acordándome de los padecimientos y de la muerte de mi buena madre, que ya gozaba de Dios en el cielo; pero como mi cabeza no estaba buena, a causa de los vapores del maldito aguardiente, al levantarme me caí, y un sacristán empedernido me puso bonitamente en la calle.⁵ En pocas zancadas me trasladé a la del Fideo,⁶ donde

² También Pablos, al volver a Segovia, preguntará por su tío: «Lleguéme a mucha gente a preguntar por Alonso Ramplón y nadie me daba razón dél» (*Buscón*, II, 3).[○]

³ Se eliminó aquí desde B «dándome yo mucho tono con mi nueva posición», que figuraba en *MRA*.[□]

⁴ También este pasaje puede recordar el episodio de las burlas de Alcalá (*Buscón*, I, 5); a propósito de la vergüenza, véase la nota I, II.

⁵ *empedernido*: 'insensible, cruel'.

⁶ Calle céntrica, en el barrio entonces llamado 'Bendición de Dios' que rodea la iglesia del Carmen.[○]

residíamos, y mi amo, al verme entrar, me reprendió por mi larga ausencia. Si aquella falta hubiera sido cometida ante doña Francisca, no me habría librado de una fuerte paliza; pero mi amo era tolerante, y no me castigaba nunca, quizá porque tenía la conciencia de ser tan niño como yo.

Habíamos ido a residir en casa de la prima de mi amo, la cual era una señora, a quien el lector me permitirá describir con alguna prolijidad, por ser tipo que lo merece. Doña Flora de Cisniega era una vieja que se empeñaba en permanecer joven: tenía más de cincuenta años; pero ponía en práctica todos los artificios imaginables para engañar al mundo, aparentando la mitad de aquella cifra aterradora. Decir cuánto inventaba la ciencia y el arte en armónico consorcio para conseguir tal objeto, no es empresa que corresponde a mis escasas fuerzas. Enumerar los rizos, moñas, lazos, trapos, adobos, bermellones, aguas y demás extraños cuerpos que concurrían a la grande obra de su monumental restauración,⁷ fatigaría la más diestra fantasía: quédese esto, pues, para las plumas de los novelistas, si es que la historia, buscadora de las grandes cosas, no se apropia tan hermoso asunto. Respecto a su físico, lo más presente que tengo es el conjunto de su rostro, en que parecían haber puesto su rosicler todos los pinceles de las academias presentes y pretéritas.⁸ También recuerdo que al hablar hacía con los labios un mohín, un repliegue, un mimo, cuyo objeto era o achicar con gracia la descomunal boca, o tapar el estrago de la dentadura, de cuyas filas desertaban todos los años un par de dientes;⁹ pero aquella supina estratagema de la presunción era tan poco afortunada, que antes la afeaba que la embellecía.

⁷ La hipóbole burlesca se ha construido gradualmente: enumeración literal de ornamentos femeninos, a continuación el disémico *adobos*, para llegar a los figurados *bermellones* (véase la nota II, 13) que preparan la *grande obra de su monumental restauración*. □

⁸ *rosicler*: «color rosado, claro y suave como el del amanecer» (*Autoridades*). Al sustituir en *E* «la academia de San Fernando» por *las academias presentes y pretéritas* que figuraba en *MRABI*, la irónica modestia del narrador adquiere tinte cervantino. □

⁹ En todo el párrafo, hay reminis-

cencias de la sátira tradicional contra las mujeres que no se resignan a envejecer. Recuérdese el aguafuerte de Goya «Hasta la muerte y, sobre todo las dueñas de Quevedo, herederas, a su vez, de la tradición epigramática de cuño más burlesco. Nótese que Galdós utiliza hipóboles muy similares a las empleadas por Quevedo en la poesía satírica contra las viejas y, dentro del *Buscón*, en el retrato del licenciado Cabra (*Buscón*, I, 3): «los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado». □

Vestía con lujo, y en su peinado se gastaban los polvos por almudes,¹⁰ y como no tenía malas carnes, a juzgar por lo que pregonaba el ancho escote y por lo que dejaban transparentar las gasas, todo su empeño consistía en lucir aquellas partes menos sensibles a la injuriosa acción del tiempo, para cuyo objeto tenía un arte maravilloso.

Era doña Flora persona muy prendada de las cosas antiguas; muy devota, aunque no con la santa piedad de mi doña Francisca y grandemente se diferenciaba de mi ama, pues así como ésta aborrecía las glorias navales, aquélla era entusiasta por todos los hombres de guerra en general y por los marinos en particular. Inflamada en amor patriótico, ya que en la madurez de su existencia no podía aspirar al calorcillo de otro amor, y orgullosa en extremo, como mujer y como dama española, el sentimiento nacional se asociaba en su espíritu al estampido de los cañones, y creía que la grandeza de los pueblos se medía por libras de pólvora. Como no tenía hijos, ocupaban su vida los chismes de vecinos, traídos y llevados en pequeño círculo por dos o tres cotorrones como ella,¹¹ y se distraía también con su sistemática afición a hablar de las cosas públicas. Entonces no había periódicos, y las ideas políticas, así como las noticias, circulaban de viva voz, desfigurándose entonces más que ahora, porque siempre fue la palabra más mentirosa que la imprenta.¹²

En todas las ciudades populosas, y especialmente en Cádiz, que era entonces la más culta, había muchas personas desocupadas que eran depositarias de las noticias de Madrid y París, y las llevaban y traían diligentes vehículos, enorgulleciéndose con una misión que les daba gran importancia. Algunos de éstos, a modo de vivientes periódicos, concurrían a casa de aquella señora por las tardes, y esto, además del buen chocolate y mejores bollos, atraía a otros, ansiosos de saber lo que pasaba. Doña Flora, ya

¹⁰ 'en grandes cantidades', ya que *almud* es 'medida de áridos', que en sentido figurado significa 'gran cantidad de alguna cosa, montón', según *Autoridades*, que registra su uso en Góngora (1589): «Y viéndola hecha pedazos, aquella flor de virtudes / de cada ojo derrama / de lágrimas, dos almudes», y en Bretón de los Herreros

(1863): «¡Ay las amargas verdades / de que derramaste almudes!».

¹¹ *cotorrones*: 'mujeres habladoras', aunque también es aplicable aquí una segunda acepción: 'hombre o mujer viejos que presumen de jóvenes'.

¹² El narrador se equivoca: en Cádiz, entre 1763 y 1804, se fundaron diecinueve periódicos.^o

que no podía inspirar una pasión formal ni quitarse de encima la gravosa pesadumbre de sus cincuenta años, no hubiera trocado aquel papel por otro alguno, pues el centro general de las noticias casi equivalía en aquel tiempo a la majestad de un trono.¹³

Doña Flora y doña Francisca se aborrecían cordialmente, como comprenderá quien considere el exaltado militarismo de la una y el pacífico apocamiento de la otra.¹⁴ Por esto, hablando con su primo en el día de nuestra llegada, le decía la vieja:

—Si tú hubieras hecho caso siempre de tu mujer, todavía serías guardiamarina. ¡Qué carácter! Si yo fuera hombre y casado con mujer semejante, reventaría como una bomba. Has hecho bien en no seguir su consejo y en venir a la escuadra. Todavía eres joven, Alonsito; todavía puedes alcanzar el grado de brigadier, que tendrías ya de seguro si Paca no te hubiese echado una calza como a los pollos para que no salgan del corral.¹⁵

Después, como mi amo, impulsado por su gran curiosidad, le pidiese noticias, ella le dijo:

—Lo principal es que todos los marinos de aquí están muy descontentos del almirante francés, que ha probado su ineptitud en el viaje a la Martinica y en el combate de Finisterre. Tal es su timidez y el miedo que tiene a los ingleses, que al entrar aquí la escuadra combinada en agosto último no se atrevió a apresar el crucero inglés mandado por Collingwood, y que sólo constaba de tres navíos. Toda nuestra oficialidad está muy a mal, por verse obligada a servir a las órdenes de semejante hombre.¹⁶ Fue Gravina a Madrid a decírselo a Godoy, previendo grandes desastres si no ponía al frente de la escuadra un hombre más apto; pero el ministro le contestó cualquier cosa, porque no se atreve a resolver nada;¹⁷ y como Bonaparte anda metido con los austríacos,

¹³ La diversión más frecuente para las personas de clase alta y media eran las reuniones o tertulias, y en ellas una de las bebidas obligadas era el chocolate. ◯

¹⁴ Doña Francisca y doña Flora representan puntos de vista antagónicos, como es característico en tantas parejas de personajes galdosianos de todas las épocas que se postulan y se repelen mutuamente. En *MRABI* se leía «Doña Flora no podía ver ni pintada a

Doña Francisca, ni ésta a aquélla». ◯

¹⁵ *echar una calza* vale por 'tener sujeto, vigilado' a uno; *calza*: 'cinta que se pone a un animal en una pata para señalarlo'. ◯

¹⁶ La opinión sobre Villeneuve está documentada. ◯

¹⁷ El viaje de Gravina a Madrid para quejarse ante Godoy aparece recogido en varias fuentes de Galdós que terminan con una reflexión similar a la de doña Flora. ◯

mientras él no decida...¹⁸ Dicen que éste también está muy descontento de Villeneuve y que ha determinado destituirle; pero entretanto... ¡Ah! Napoleón debiera confiar el mando de la escuadra a algún español: a ti, por ejemplo, Alonsito, dándote tres o cuatro grados de mogollón,¹⁹ que a fe bien merecidos los tienes...

—¡Oh, yo no soy para eso! —dijo mi amo con su habitual modestia.

—O a Gravina, o a Churruca, que dicen es tan buen marino. Si no, me temo que esto acabará mal. Aquí no pueden ver a los franceses. Figúrate que cuando llegaron los barcos de Villeneuve carecían de víveres y municiones, y en el arsenal no se las quisieron dar. Acudieron en queja a Madrid; y como Godoy no hace más que lo que quiere el embajador francés, monsieur de Bernonville,²⁰ dio orden para que se entregara a nuestros aliados cuanto necesitasen. Mas ni por éstas. El intendente de marina y el comandante de artillería dicen que no darán nada mientras Villeneuve no lo pague en moneda contante y sonante. Así, así: me parece que está muy bien parlado.²¹ ¡Pues no falta más sino que esos señores, con sus manos lavadas, se fueran a llevar lo poco que tenemos! ¡Bonitos están los tiempos! Ahora cuesta todo un ojo de la cara; la fiebre amarilla, por un lado, y los malos tiempos, por otro, han puesto a Andalucía en tal estado, que toda ella no vale una aljofifa;²² y luego añadida usted a esto los desastres de la guerra. Verdad es que el honor nacional es lo primero, y es preciso seguir adelante para vengar los agravios recibidos. No me quie-

¹⁸ Napoleón decidió en esas fechas abandonar su proyecto de invadir Inglaterra desde Brest y enfrentarse a Austria; el mismo día en que comenzó el combate de Trafalgar obtendría la victoria en Ulm. ^o

¹⁹ 'de gorra, gratuitamente', explica *Corominas*, y registra su uso en el *Lazarillo* de Juan de Luna (1620), que habla de frailes «que no tocan dinero porque viven de mogollón».

²⁰ Beurnonville (no Bernonville, como escribe Galdós) era el embajador de Francia en España, nombrado por Napoleón en octubre de 1802.

²¹ Galicismo por 'hablado'. La orden de Godoy respondía al artículo segundo del tratado de Neutralidad o «subsidijs», pero desde el 4 de enero de 1805, tras la declaración de guerra de España a Inglaterra, dicho tratado había sido sustituido por un convenio firmado en París, según el cual España y Francia se comprometían a tener listos un número determinado de navíos propios, no a abastecer a los del país aliado. ^o

²² *aljófifa*: 'paño basto que sirve para fregar el suelo', y en Andalucía, 'cosa o persona inútil, de poco valor o despreciable' (*Corominas*). ^{□o}

ro acordar de lo del cabo de Finisterre, donde, por la cobardía de nuestros aliados perdimos el *Firme* y el *Rafael*, dos navíos como dos soles; ni de la voladura del *Real Carlos*, que fue una traición tal, que ni entre moros berberiscos pasaría igual; ni del robo de las cuatro fragatas, ni del combate del cabo de...

—Lo que es eso... —dijo mi amo interrumpiéndola vivamente—. Es preciso que cada cual quede en su lugar. Si el almirante Córdova hubiera mandado virar por...

—Sí, sí, ya sé —dijo doña Flora, que había oído muchas veces lo mismo en boca de mi amo—. Habrá que darles la gran paliza, y se la daréis. Me parece que vas a cubrirte de gloria. Así haremos rabiar a Paca.

—Yo no sirvo para el combate —dijo mi amo con tristeza. Vengo tan sólo a presenciarlo, por pura afición y por el entusiasmo que me inspiran nuestras queridas banderas.

Al día siguiente de nuestra llegada recibió mi amo la visita de un brigadier de marina, amigo antiguo, cuya fisonomía no olvidaré jamás, a pesar de no haberle visto más que en aquella ocasión. Era un hombre como de cuarenta y cinco años, de semblante hermoso y afable, con tal expresión de tristeza, que era imposible verle sin sentir irresistible inclinación a amarle. No usaba peluca, y sus abundantes cabellos rubios, no martirizados por las tenazas del peluquero para tomar la forma de ala de pichón,²³ se recogían con cierto abandono en una gran coleta, y estaban inundados de polvos con menos arte del que la presunción propia de la época exigía. Eran grandes y azules sus ojos; su nariz, muy fina, de perfecta forma y un poco larga, sin que esto le afeara; antes bien, parecía ennoblecer su expresivo semblante. Su barba, afeitada con esmero, era algo puntiaguda, aumentando así el conjunto melancólico de su rostro oval, que indicaba más bien delicadeza que energía. Este noble continente era realzado por una urbanidad en los modales, por una grave cortesanía de que ustedes no pueden formarse idea por la estirada fatuidad de los señores del día,²⁴ ni por la movable elegancia de nuestra dorada juventud. Tenía el cuerpo pequeño, delgado y como enfermizo. Más que guerrero, aparentaba ser hombre de estudio, y su frente, que sin duda encerraba

²³ El peinado al que hace referencia Gabriel había sido puesto de moda por los petimetres a mediados del XVIII.°

²⁴ *cortesanía*: 'atención, cortesía'.

altos y delicados pensamientos, no parecía la más propia para arros-
trar los horrores de una batalla. Su endeble constitución, que sin
duda contenía un espíritu privilegiado, parecía destinada a sucum-
bir conmovida al primer choque. Y, sin embargo, según después
supe, aquel hombre tenía tanto corazón como inteligencia. Era
Churruca.²⁵

El uniforme del héroe demostraba, sin ser viejo ni raído, algu-
nos años de honroso servicio. Después, cuando le oí decir, por
cierto, sin tono de queja, que el gobierno le debía nueve pagas,²⁶
me expliqué aquel deterioro. Mi amo le preguntó por su mujer,
y de su contestación deduje que se había casado poco antes, por
cuya razón le compadecí, pareciéndome muy atroz que se le man-
dara al combate en tan felices días. Habló luego de su barco, el
San Juan Nepomuceno, al que mostró igual cariño que a su joven
esposa, pues, según dijo, él lo había compuesto y arreglado a su
gusto, por privilegio especial, haciendo de él uno de los primeros
barcos de la armada española.

Hablaron luego del tema ordinario en aquellos días, de si salía
o no salía la escuadra, y el marino se expresó largamente con estas
palabras, cuya sustancia guardo en la memoria, y que después,
con datos y noticias históricas, he podido restablecer con la posi-
ble exactitud.

—El almirante francés —dijo Churruca—, no sabiendo qué re-
solución tomar, y deseando hacer algo que ponga en olvido sus
errores, se ha mostrado, desde que estamos aquí, partidario de
salir en busca de los ingleses. El 8 de octubre escribió a Gravina,
diciéndole que deseaba celebrar a bordo del *Bucentauro* un consejo
de guerra para acordar lo que fuera más conveniente. En efecto:
Gravina acudió al consejo, llevando al teniente general Álava, a
los jefes de escuadra Escaño y Cisneros, al brigadier Galiano y
a mí. De la escuadra francesa estaban los almirantes Dumanoir
y Magon, y los capitanes de navío Cosmao, Maistral, Villiegris y
Prigny.²⁷

»Habiendo mostrado Villeneuve el deseo de salir, nos opusimos

²⁵ El retrato que traza Galdós de Churruca coincide, en buena medida, con el del Museo Naval de Madrid. ◊

²⁶ En 1801, a los marinos de Ferrol se les debían pagas de 18 meses. ◊

²⁷ Marineros franceses, respectivos comandantes de los navíos *Formidable*, *Algeciras*, *Pluton*, *Neptune*, *Mont-Blanc* y *Bucentauro*, todos los cuales participaron en el combate de Trafalgar. ◊

todos los españoles. La discusión fue muy viva y acalorada, y Alcalá Galiano cruzó con el almirante Magon palabras bastante duras, que ocasionaran un lance de honor si antes no les ponemos en paz. Mucho disgustó a Villeneuve nuestra oposición, y también en el calor de la discusión dijo frases descompuestas, a que contestó Gravina del modo más enérgico... Es curioso el empeño de esos señores de hacerse a la mar en busca de un enemigo poderoso, cuando en el combate de Finisterre nos abandonaron, quitándonos la ocasión de vencer si nos auxiliaran a tiempo. Además, hay otras razones, que yo expuse en el consejo, y son que la estación avanza, que la posición más ventajosa para nosotros es permanecer en la bahía, obligándoles a un bloqueo que no podrán resistir, mayormente si bloquean también a Tolón y Cartagena.²⁸ Es preciso que confesemos con dolor la superioridad de la marina inglesa, por la perfección del armamento, por la excelente dotación de sus buques y, sobre todo, por la unidad con que operan sus escuadras. Nosotros, con gente en gran parte menos diestra, con armamento imperfecto y mandados por un jefe que descontenta a todos, podríamos, sin embargo, hacer la guerra a la defensiva dentro de la bahía. Pero será preciso obedecer, conforme a la ciega sumisión de la corte de Madrid, y poner barcos y marinos a merced de los planes de Bonaparte, que no nos ha dado, en cambio de esta esclavitud, un jefe digno de tantos sacrificios. Sal-dremos, si se empeña Villeneuve; pero si los resultados son desastrosos, quedará consignada, para descargo nuestro, la oposición que hemos hecho al insensato proyecto del jefe de la escuadra combinada. Villeneuve se ha entregado a la desesperación; su amo le ha dicho cosas muy duras, y la noticia de que va a ser relevado le induce a cometer las mayores locuras, esperando reconquistar en un día su perdida reputación por la victoria o por la muerte.²⁹

Así se expresó el amigo de mi amo. Sus palabras hicieron en mí grande impresión, pues con ser niño, yo prestaba gran interés a aquellos sucesos, y después, leyendo en la historia lo mismo de que fui testigo, he auxiliado mi memoria con datos auténticos, y puedo narrar con bastante exactitud.³⁰

²⁸ En *IE* mayormente sustituye a «resistir mucho tiempo, en la peor época del año, y mucho menos» que figura en *MRABI*.

²⁹ La versión del consejo de guerra

que Galdós ofrece por medio de Churruca debió de basarse especialmente en *Renacimiento*, *Combate* y las *Memorias* de Antonio Alcalá Galiano. ◊

³⁰ Nótese que el narrador, antes y

Cuando Churruca se marchó, doña Flora y mi amo hicieron de él grandes elogios, encomiando sobre todo su expedición a la América meridional, para hacer el mapa de aquellos mares. Según les oí decir, los méritos de Churruca como sabio y como marino eran tantos, que el mismo Napoleón le hizo un precioso regalo y le colmó de atenciones.³¹ Pero dejemos al marino y volvamos a doña Flora.

A los dos días de estar allí noté un fenómeno que me disgustó sobremanera, y fue que la prima de mi amo comenzó a prendarse de mí, es decir, que me encontró pintiparado para ser su paje.³² No cesaba de hacerme toda clase de caricias, y al saber que yo también iba a la escuadra, se lamentó de ello, jurando que sería una lástima que perdiese un brazo, pierna o alguna otra parte no menos importante de mi persona, si no perdía la vida. Aquella antipatriótica compasión me indignó, y aun creo que dije algunas palabras para expresar que estaba inflamado en guerrero ardor. Mis baladronadas hicieron gracia a la vieja, y me dio mil golosinas para quitarme el mal humor.

Al día siguiente me obligó a limpiar la jaula de su loro; discreto animal que hablaba como un teólogo y nos despertaba a todos por la mañana, gritando: *perro inglés, perro inglés*. Luego me llevó consigo a misa, haciéndome cargar la banqueta³³ y en la iglesia no cesaba de volver la cabeza para ver si estaba por allí. Después me hizo asistir a su tocador, ante cuya operación me quedé espantado, viendo el catafalco de rizos y moños que el peluquero armó en su cabeza. Advirtiéndome el indiscreto estupor con que yo contemplaba la habilidad del maestro, verdadero arquitecto de las cabezas, doña Flora se rió mucho, y me dijo que, en vez de pensar en ir a la escuadra, debía quedarme con ella para ser su paje; añadió que debía aprender a peinarla, y que con el oficio de maestro

después de las palabras de Churruca, acredita su relato *con datos y noticias históricas, y con datos auténticos*.[□]

³¹ Cuando Churruca visitó París en 1799, Napoleón le regaló un sable de honor y un par de pistolas, y el gobierno francés le ofreció un ejemplar de la reciente edición francesa de su carta esférica de las Antillas.[□]

³² Varios rasgos de doña Flora pueden tener su origen en los *Sainetes* de

Cruz, según puede deducirse de lo escrito por Galdós en 1871: «Son asimismos inagotable recurso en estas breves obras de arte las viudas coquetas y casquivanas, las viejas verdes que se enamoran de sus lacayos...» (*Don Ramón*, II, 2).

³³ «Antiguamente, las iglesias no tenían bancos, y las damas solían hacerse llevar un asiento o una alfombra» (*Entenza*).

peluquero podía ganarme la vida y ser un verdadero personaje.³⁴ No me sedujeron tales proposiciones, y le dije con cierta rudeza que más quería ser soldado que peluquero. Esto le agradó, y como le daba el peine por las cosas patrióticas y militares,³⁵ redobló su afecto hacia mí. A pesar de que allí se me trataba con mimo, confieso que me cargaba a más no poder la tal doña Flora, y que a sus almiaradas finezas prefería los rudos pescozones de mi iracunda doña Francisca.

Era natural: su intempestivo cariño, sus dengues, la insistencia con que solicitaba mi compañía, diciendo que le encantaba mi conversación y persona, me impedían seguir a mi amo en sus visitas a bordo. Le acompañaba en tan dulce ocupación un criado de su prima, y en tanto yo, sin libertad para correr por Cádiz como hubiera deseado, me aburría en la casa, en compañía del loro de doña Flora y de los señores que iban allá por las tardes a decir si saldría o no la escuadra y otras cosas menos manoseadas, si bien más frívolas.³⁶

Mi disgusto llegó a la desesperación cuando vi que Marcial venía a casa, y que con él iba mi amo a bordo, aunque no para embarcarse definitivamente; y cuando esto ocurría, y cuando mi alma atribulada acariciaba aún la débil esperanza de formar parte de aquella expedición, doña Flora se empeñó en llevarme a pasear a la alameda y también al Carmen a rezar vísperas.³⁷

Esto me era insoportable, tanto más cuanto que yo soñaba con poner en ejecución cierto atrevido proyectillo, que consistía en ir a visitar por cuenta propia uno de los navíos, llevado por algún marinero conocido, que esperaba encontrar en el muelle. Salí con la vieja, y al pasar por la muralla deteníame para ver los barcos; mas no me era posible entregarme a las delicias de aquel espectáculo, por tener que contestar a las mil preguntas de doña Flora, que ya me tenía mareado. Durante el paseo se le unieron algunos jóvenes y señores mayores.³⁸ Parecían muy encopetados, y eran

³⁴ El pasaje es fiel reflejo de las costumbres de la época.°

³⁵ *le daba el peine por*: 'tenía la manía o la obsesión de'.

³⁶ *dengues*: 'zalamerías'; con la ambigua construcción *el loro de doña Flora* el narrador puede implicar un doble sentido satírico: el pájaro del persona-

je o el personaje mismo, dando a *loro* el mismo sentido en que antes utilizó *cotorrones* (véase la nota II).

³⁷ El paseo y las prácticas piadosas eran actividades sociales características de la época.°

³⁸ Se eliminó en *IE* «que la saludaron con mucho respeto».

las personas a la moda en Cádiz, todos muy discretos y elegantes. Alguno de ellos era poeta, o, mejor dicho, todos hacían versos, aunque malos, y me parece que les oí hablar de cierta academia en que se reunían para tirotearse con sus estrofas, entretenimiento que no hacía daño a nadie.³⁹

Como yo observaba todo, me fijé en la extraña figura de aquellos hombres, en sus afeminados gestos y, sobre todo, en sus trajes, que me parecieron extravagantísimos. No eran muchas las personas que vestían de aquella manera en Cádiz, y pensando después en la diferencia que había entre aquellos arreos y los ordinarios de la gente que yo había visto siempre, comprendí que consistía en que éstos vestían a la española, y los amigos de doña Flora conforme a la moda de Madrid y de París. Lo que primero atrajo mis miradas fue la extrañeza de sus bastones, que eran unos garrotos retorcidos y con gruesísimos nudos. No se les veía la barba, porque la tapaba la corbata, especie de chal, que dando varias vueltas alrededor del cuello y prolongándose ante los labios, formaba una especie de cesta, una bandeja o más bien bacía en que descansaba la cara. El peinado consistía en un artificioso desorden, y más que con peine, parecía que se lo habían aderezado con una escoba; las puntas del sombrero les tocaban los hombros; las casacas, altísimas de talle, casi barrían el suelo con sus faldones; las botas terminaban en punta; de los bolsillos de su chaleco pendían multitud de dijes y sellos; sus calzones listados se atacaban a la rodilla con un enorme lazo, y para que tales figuras fueran completos mamarrachos, todos llevaban un lente, que durante la conversación acercaban repetidas veces al ojo derecho, cerrando el siniestro, aunque en entrambos tuvieran muy buena vista.⁴⁰

La conversación de aquellos personajes versó sobre la salida de la escuadra, alternando con este asunto la relación de no sé qué baile o fiesta que ponderaron mucho, siendo uno de ellos objeto

³⁹ Galdós alude probablemente aquí a la Academia de Bellas Letras de Cádiz (1805-1808), fundada por jóvenes gaditanos entre los que figuraban José Joaquín de Mora y Antonio Alcalá Galiano (Puértolas).^o

⁴⁰ *atacaban*: 'abrochaban', debido a

que los primitivos botones tenían forma de 'tacos'.

La moda que Gabriel observa es imitación de la de los *incroyables*, jóvenes elegantes de la época del Directorio así llamados porque a la menor noticia respondían «c'est incroyable».^o

de grandes alabanzas por lo bien que hacía trenzas con sus ligeras piernas, bailando la gavota.⁴¹

Después de haber charlado mucho, entraron con doña Flora en la iglesia del Carmen, y allí, sacando cada cual su rosario, rezaron que se las pelaban un buen espacio de tiempo, y alguno de ellos me aplicó lindamente un coscorrón en la coronilla porque, en vez de orar tan devotamente como ellos, prestaba demasiada atención a dos moscas que revoloteaban alrededor del rizo culminante del peinado de doña Flora. Salimos, después de haber oído un enojoso sermón, que ellos celebraron como obra maestra; paseamos de nuevo; continuó la charla más vivamente, porque se nos unieron unas damas vestidas por el mismo estilo, y entre todos se armó tan ruidosa algazara de galanterías, frases y sutilezas, mezcladas con algún verso insulso, que no puedo recordarlas.

¡Y en tanto Marcial y mi querido amo trataban de fijar día y hora para trasladarse definitivamente a bordo! ¡Y yo estaba expuesto a quedarme en tierra, sujeto a los antojos de aquella vieja que me empalagaba con su insulso cariño! ¿Creerán ustedes que aquella noche insistió en que debía quedarme para siempre a su servicio? ¿Creerán ustedes que aseguró que me quería mucho y me dio como prueba algunos afectuosos abrazos y besos, ordenándome que no lo dijera a nadie? ¡Horribles contradicciones de la vida!, pensaba yo al considerar cuán feliz habría sido si mi amita me hubiera tratado de aquella manera. Yo, turbado hasta lo sumo, le dije que quería ir a la escuadra, y que cuando volviese me podría querer a su antojo; pero que si no me dejaba realizar mi deseo, la aborrecería tanto así, y extendí los brazos para expresar una cantidad muy grande de aborrecimiento.

Luego, como entrase inesperadamente mi amo, yo, juzgando llegada la ocasión de lograr mi objeto por medio de un arranque oratorio, que había cuidado de preparar, me arrodillé delante de él, diciéndole en el tono más patético que, si no me llevaba a bordo, me arrojaría desesperado al mar.

Mi amo se rió de la ocurrencia; su prima, haciendo mimos con la boca, fingió cierta hilaridad que le afeaba el rostro amojamado, y consintió al fin. Diome mil golosinas para que comiese a bordo;

⁴¹ El trenzado es un paso de danza que consiste en un salto ligero, en el cual los pies se baten rápidamente uno contra otro, cruzándose.

me encargó que huyese de los sitios de peligro y no dijo una palabra más contraria a mi embarque,⁴² que se verificó a la mañana siguiente muy temprano.

IX

Octubre era el mes, y 18 el día.¹ De esta fecha no me queda duda, porque al día siguiente salió la escuadra. Nos levantamos muy temprano y fuimos al muelle, donde esperaba un bote que nos condujo a bordo.

Figúrense ustedes cuál sería mi estupor, ¡qué digo, estupor!, mi entusiasmo, mi enajenación, cuando me vi cerca del *Santísima Trinidad*, el mayor barco del mundo, aquel alcázar de madera, que, visto de lejos, se representaba en mi imaginación como una fábrica portentosa, sobrenatural, único monstruo digno de la majestad de los mares. Cuando nuestro bote pasaba junto a un navío, yo le examinaba con cierto religioso asombro, admirado de ver tan grandes los cascos que me parecían tan pequeñitos desde la muralla; en otras ocasiones me parecían más chicos de lo que mi fantasía los había forjado. El inquieto entusiasmo de que estaba poseído me expuso a caer al agua, cuando contemplaba con arrobamiento un figurón de proa, objeto que más que otro alguno fascinaba mi atención.

Por fin llegamos al *Trinidad*. A medida que nos acercábamos, las formas de aquel coloso iban aumentando, y cuando la lancha se puso al costado, confundida en el espacio de mar donde se proyectaba, cual un negro y horrible cristal, la sombra del navío; cuando vi cómo se sumergía el inmóvil casco en el agua sombría que azotaba suavemente los costados; cuando alcé la vista y vi las tres filas de cañones asomando sus bocas amenazadoras por las portas, mi entusiasmo se trocó en miedo, púseme pálido y quedé sin movimiento asido al brazo de mi amo.

Pero, en cuanto subimos y me hallé sobre cubierta, se me ensanchó el corazón. La airosa y altísima arboladura, la animación

⁴² Desde *y consintió* hasta *contraria* es variante amplificadora del conciso «y yo no se opuso más al embarque» que se lee en *M*.[□]

¹ El endecasílabo heroico con que co-

mienza el capítulo probablemente pertenezca a alguna composición conmemorativa de la batalla de Trafalgar. La frase es variante introducida en *I*; en *MRAB* se leía «Era el 18 de octubre».

del alcázar, la vista del cielo y la bahía, el admirable orden de cuantos objetos ocupaban la cubierta, desde los coys puestos en fila sobre la obra muerta, hasta los cabrestantes, bombas, mangas, escotillas;² la variedad de uniformes; todo en fin, me suspendió de tal modo, que por un buen rato estuve absorto en la contemplación de tan hermosa máquina, sin acordarme de nada más.

Los presentes no pueden hacerse cargo de aquellos magníficos barcos, ni menos del *Santísima Trinidad*, por las malas estampas en que los han visto representados. Tampoco se parecen nada a los buques guerreros de hoy, cubiertos con su pesado arnés de hierro, largos, monótonos, negros, y sin accidentes muy visibles en su vasta extensión, por lo cual me han parecido a veces inmensos ataúdes flotantes. Creados por una época positivista,³ y adecuados a la ciencia náutico-militar de estos tiempos, que mediante el vapor ha anulado las maniobras, fiando el éxito del combate al poder y empuje de los navíos, los barcos de hoy son simples máquinas de guerra, mientras los de aquel tiempo eran el guerrero mismo, armado de todas armas de ataque y defensa, pero confiando principalmente en su destreza y valor.

Yo, que observo cuanto veo, he tenido siempre la costumbre de asociar, hasta un extremo exagerado, ideas con imágenes, cosas con personas, aunque pertenezcan a las más inasociables categorías. Viendo más tarde las catedrales llamadas góticas de nuestra Castilla, y las de Flandes, y observando con qué imponente majestad se destaca su compleja y sutil fábrica entre las construcciones del gusto moderno, levantadas por la utilidad, tales como bancos, hospitales y cuarteles, no he podido menos de traer a la memoria las distintas clases de naves que he visto en mi larga vida, y he comparado las antiguas con las catedrales góticas. Sus formas, que se prolongan hacia arriba; el predominio de las líneas verticales sobre las horizontales; cierto inexplicable idealismo, algo de his-

² *arboladura*: 'conjunto de piezas de una embarcación que sirven para suspender las velas y orientarlas al viento'; *alcázar*: 'parte de la cubierta superior, entre el palo mayor y la cámara alta o la popa'; *coys*: 'lonas rectangulares que colgadas de sus extremos sirven de camas o hamacas a la marine-ría'; *obra muerta*: 'parte del casco del

barco que está sobre la línea de flotación'; *cabrestantes*: 'tornos utilizados para levar la cadena del ancla'; *escotillas*: 'aberturas que comunican un piso del barco con otro'.

³ 'pragmática', a mediados del XIX, por derivación del positivismo, movimiento filosófico formulado por Auguste Comte.

tórico y religioso a la vez, mezclado con la complicación de líneas y el juego de colores que combina a su capricho el sol, han determinado esta asociación extravagante, que yo me explico por la huella de romanticismo que dejan en el espíritu las impresiones de la niñez.⁴

El *Santísima Trinidad* era un navío de cuatro puentes. Los mayores del mundo eran de tres. Aquel coloso, construido en La Habana, con las más ricas maderas de Cuba, en 1769, contaba treinta y seis años de honrosos servicios. Tenía doscientos veinte pies (sesenta y un metros) de eslora, es decir de popa a proa, cincuenta y ocho pies de manga (ancho) y veintiocho de puntal (altura desde la quilla a la cubierta), dimensiones extraordinarias que entonces no tenía ningún buque del mundo. Sus poderosas cuadernas, que eran un verdadero bosque, sustentaban cuatro pisos.⁵ En sus costados, que eran fortísimas murallas de madera, se habían abierto al construirlo ciento dieciséis troneras: cuando se le reformó, agrandándolo en 1796, se le abrieron ciento treinta, y artillado de nuevo en 1805, tenía sobre sus costados, cuando yo le vi, ciento cuarenta bocas de fuego, entre cañones y carronadas.⁶ El interior era maravilloso por la distribución de los diversos compartimientos, ya fuesen puentes para la artillería, sollados para la tripulación, pañoles para depósitos de víveres, cámaras para los jefes, cocinas, enfermería y demás servicios. Me quedé absorto recorriendo las galerías y demás escondrijos de aquel Escorial de los mares.⁷ Las cámaras situadas a popa eran un pequeño palacio por dentro, y por fuera una especie de fantástico alcázar; los balconajes, los pabellones de las esquinas de popa, semejantes a las linternas de un castillo ojival, eran como grandes jaulas abiertas al mar, y desde donde la vista podía recorrer las tres cuartas partes del horizonte.

⁴ El autor preparaba esta fascinación de Gabriel a bordo del *Santísima Trinidad* en el capítulo I: «...el placer entusiasta que me causaba la vista de los barcos de guerra ... nunca pude satisfacer mi curiosidad viendo de cerca aquellas formidables máquinas». Por otra parte, puede verse ya la admiración —y el no superficial conocimiento— de Galdós por el arte gótico en un ensayo escrito en 1868, *Toledo. Su historia y su leyenda*.^o

⁵ *cuadernas*: 'piezas curvas que encajan en la quilla y, desde allí, en dos ramas, forman el armazón del barco'.

⁶ 'cañones cortos'. Es evidente que Galdós se documentó para todos estos datos, probablemente en *Combate*, 265ss.^o

⁷ En el capítulo XII de *La corte*, el protagonista contempla los tejados del Escorial «que desafiaban el firmamento como los topes de un gran navío».

Nada más grandioso que la arboladura, aquellos mástiles gigantes, lanzados hacia el cielo, como un reto a la tempestad. Parecía que el viento no había de tener fuerza para impulsar sus enormes gavias. La vista se mareaba y se perdía contemplando la inmensa madeja que formaban en la arboladura los obenques, estáis, brazos, burdas, amantillos y drizas que servían para sostener y mover el velamen.⁸

Yo estaba absorto en la contemplación de tanta maravilla, cuando sentí un fuerte golpe en la nuca. Creí que el palo mayor se me había caído encima. Volví la vista atontado y lancé una exclamación de horror al ver a un hombre que me tiraba de las orejas como si quisiera levantarme en el aire. Era mi tío.

—¿Qué buscas tú aquí, lombriz? —me dijo en el suave tono que le era habitual—. ¿Quieres aprender el oficio? Oye, Juan —añadió dirigiéndose a un marinero de feroz aspecto—, súbeme a este galápago a la verga mayor para que se pasee por ella.

Yo eludí como pude el compromiso de pasear por la verga, y le expliqué con la mayor cortesía que, hallándome al servicio de don Alonso Gutiérrez de Cisniega, había venido a bordo en su compañía. Tres o cuatro marineros, amigos de mi simpático tío, quisieron maltratarme, por lo que resolví alejarme de tan distinguida sociedad,⁹ y me marché a la cámara en busca de mi amo. Los oficiales hacían su tocado, no menos difícil a bordo que en tierra, y cuando yo veía a los pajes ocupados en empolverar las cabezas de los héroes a quienes servían, me pregunté si aquella operación no era la menos a propósito dentro de un buque, donde todos los instantes son preciosos y donde estorba siempre todo lo que no sea de inmediata necesidad para el servicio.

Pero la moda era entonces tan tirana como ahora, y aun en aquel tiempo imponía de un modo apremiante sus enfadosas ridiculeces. Hasta el soldado tenía que emplear un tiempo precioso en hacerse el coletto. ¡Pobres hombres! Yo les vi puestos en fila unos tras otros, arreglando cada cual el coletto del que tenía delante, medio ingenioso que remataba la operación en poco tiempo.

⁸ *gavias*: 'velas que se colocan en el mastelero mayor'; *obenques... drizas*: 'diferentes tipos de cuerdas marineras'. La precisión técnica *burdas, amantillos y drizas* sustituye en *E* a «cabos, drizas y cuerdas» de *MRABI*.[□]

⁹ *distinguida sociedad*: la expresión recuerda la expresión empleada por Pablos al hablar de los amigos de su tío: «Yo, que vi cuán honrada gente era la que hablaba mi tío» (*Buscón*, II, 4).

Después se encasquetaban el sombrero de pieles, pesada mole, cuyo objeto nunca me pude explicar, y luego iban a sus puestos, si tenían que hacer guardia, o a pasearse por el combés,¹⁰ si estaban libres de servicio. Los marineros no usaban aquel ridículo apéndice capilar, y su sencillo traje me parece que no se ha modificado mucho desde aquella fecha.

En la cámara, mi amo hablaba acaloradamente con el comandante del buque, don Francisco Javier de Uriarte, y con el jefe de escuadra, don Baltasar Hidalgo de Cisneros.¹¹ Según lo poco que oí, no me quedó duda de que el general francés había dado orden de salida para la mañana siguiente.

Esto alegró mucho a Marcial, que, junto con otros viejos marineros en el castillo de proa, disertaba ampulosamente sobre el próximo combate. Tal sociedad me agradaba más que la de mi interesante tío, porque los colegas de *Medio-hombre* no se permitían bromas pesadas con mi persona. Esta sola diferencia hacía comprender la diversa procedencia de los tripulantes, pues mientras unos eran marineros de pura raza, llevados allí por la matrícula o enganche voluntario, los otros eran gente de leva, casi siempre holgazana, discola, de perversas costumbres y mal conocedora del oficio.¹²

Con los primeros hacía yo mejores migas que con los segundos, y asistía a todas las conferencias de Marcial. Si no temiera cansar al lector, le referiría la explicación que éste dio de las causas diplomáticas y políticas de la guerra, parafraseando del modo más cómico posible lo que había oído algunas noches antes de boca de Malespina en casa de mis amos. Por él supe que el novio de mi amita se había embarcado en el *Nepomuceno*.

Todas las conferencias terminaban en un solo punto: el próximo combate. La escuadra debía salir al día siguiente; ¡qué placer! Navegar en aquel gigantesco barco, el mayor del mundo; presenciar una batalla en medio de los mares; ver cómo era la batalla,

¹⁰ 'espacio descubierto en la cubierta del buque, desde el palo mayor hasta el castillo de proa'.

¹¹ Francisco Javier de Uriarte (1753-1842) había intervenido en numerosos viajes y acciones como la expedición al estrecho de Magallanes o los ataques contra Argel y Tolón. Después fue gobernador militar en la Isla de León,

en La Carraca y Cartagena y, por último, capitán general de la Armada. Para Hidalgo Cisneros véase la nota complementaria II, 6.°

¹² La *matrícula* del mar y las *levas* eran los dos conductos por los que se intentaba suplir en la Marina la ya comentada carencia de personal que solía padecer.°

cómo se disparaban los cañones, cómo se apresaban los buques enemigos... ¡Qué hermosa fiesta!, y luego volver a Cádiz cubiertos de gloria... Decir a cuantos quisieran oírme: «Yo estuve en la escuadra, lo vi todo...»; decírselo también a mi amita, contándole la grandiosa escena, y excitando su atención, su curiosidad, su interés...; decirle también: «Yo me hallé en los sitios de mayor peligro, y no temblaba por eso»; ver cómo se altera, cómo palidece y se asusta oyendo referir los horrores del combate, y luego mirar con desdén a todos los que digan: «¡Contad, Gabrielito, esa cosa tan tremenda!...». ¡Oh!, esto era más de lo que necesitaba mi imaginación para enloquecer... Digo francamente que en aquel día no me hubiera cambiado por Nelson.

Amaneció el 19, que fue para mí felicísimo, y no había aún amanecido cuando yo estaba en el alcázar de popa con mi amo, que quiso presenciar la maniobra. Después del baldeo comenzó la operación de levar el buque. Se izaron las grandes gavias, y el pesado molinete girando con su agudo chirrido, arrancaba la poderosa áncora del fondo de la bahía. Corrían los marineros por las vergas; manejaban otros las brazas, prontos a la voz del contramaestre, y todas las voces del navío, antes mudas, llenaban el aire con espantosa algarabía. Los pitos, la campana de proa, el disorde concierto de mil voces humanas, mezcladas con el rechinar de los motones; el crujido de los cabos, el trapeo de las velas azotando los palos antes de henchirse impelidas por el viento,¹³ todos estos variados sonos acompañaron los primeros pasos del colosal navío.

Pequeñas olas acariciaban sus costados, y la mole majestuosa comenzó a deslizarse por la bahía sin dar la menor cabezada, sin ningún vaivén de costado, con marcha grave y solemne, que sólo podía apreciarse comparativamente observando la traslación imaginaria de los buques mercantes anclados y del paisaje.

Al mismo tiempo se dirigía la vista en derredor, y ¡qué espectáculo, Dios mío!: treinta y dos navíos, cinco fragatas y dos bergantines, entre españoles y franceses,¹⁴ colocados delante, detrás

¹³ *molinete*: 'especie de torno o cabrestante horizontal con que se suspenden las anclas de los buques'; *motones*: 'poleas por donde pasan las cuerdas'; *trapeo*: 'agitación, movimiento'. En lugar del *agudo chirrido* del molinete,

en *MRA* se leía «sonoro retintín».

¹⁴ La escuadra estaba formada por treinta y tres navíos, tal como el propio narrador afirma más adelante; es posible que aquí no contase el *Trinidad*, desde donde contempla a los demás. ○

y a nuestro costado, se cubrían de velas y marchaban también impelidos por el escaso viento. No he visto mañana más hermosa. El sol inundaba de luz la magnífica rada; un ligero matiz de púrpura teñía la superficie de las aguas hacia oriente, y la cadena de colinas y lejanos montes que limitan el horizonte hacia la parte del puerto permanecían aún encendidos por el fuego de la pasada aurora; el cielo limpio apenas tenía algunas nubes rojas y doradas por levante; el mar azul estaba tranquilo, y sobre este mar, y bajo aquel cielo, las cuarenta naves, con sus blancos velámenes, emprendían la marcha, formando el más vistoso escuadrón que puede presentarse ante humanos ojos.

No andaban todos los bajeles con igual paso. Unos se adelantaban, otros tardaron mucho en moverse; pasaban algunos junto a nosotros, mientras los había que se quedaban detrás. La lentitud de su marcha; la altura de su aparejo, cubierto de lona; cierta misteriosa armonía que mis oídos de niño percibían como saliendo de los gloriosos cascos, especie de himno que sin duda resonaba dentro de mí mismo; la claridad del día, la frescura del ambiente, la belleza del mar, que fuera de la bahía parecía agitarse con gentil alborozo a la aproximación de la flota, formaban el más imponente cuadro que puede imaginarse.¹⁵

Cádiz, en tanto, como un panorama giratorio, se escorzaba a nuestra vista, presentándonos sucesivamente las distintas facetas de su vasto circuito. El sol, encendiendo los vidrios de sus mil miradores, salpicaba la ciudad con polvos de oro, y su blanca mole se destacaba tan limpia y pura sobre las aguas, que parecía haber sido creada en aquel momento o sacada del mar como la fantástica ciudad de San Jenaro. Vi el desarrollo de la muralla desde el muelle hasta el castillo de Santa Catalina; reconocí el baluarte del Bonete, el baluarte del Orejón, la Caleta, y me llené de orgullo considerando de dónde había salido y dónde estaba.¹⁶

¹⁵ El uso frecuente de la hipérbole en las descripciones —*el más vistoso escuadrón que puede presentarse a humanos ojos ... el más imponente cuadro que puede imaginarse*— tiene sus orígenes en la novela bizantina.^o

¹⁶ Tanto Entenza como Aita relacionan a *San Jenaro* con Nápoles mientras Puértolas anota que se trata de «uno de los santos patronos de la ciudad de

Cádiz», pero nadie explica a qué leyenda pueda referirse Galdós. La antigua ciudad está emplazada en una pequeña península, de ahí el *panorama giratorio* y su *vasto circuito*. Debido a su estratégica situación, estaba en gran parte amurallada con fortalezas en los ángulos —*Santa Catalina, Bonete y Orejón*. La última frase del párrafo recuerda que el protagonista ha cubierto

Al mismo tiempo llegaba a mis oídos como música misteriosa el son de las campanas de la ciudad medio despierta, tocando a misa, con esa algazara charlatana de las campanas de un gran pueblo. Ya expresaban alegría, como un saludo de buen viaje, y yo escuchaba el rumor cual si fuese de humanas voces que nos daban la despedida; ya me parecían sonar tristes y acongojadas anunciándonos una desgracia, y a medida que nos alejábamos, aquella música se iba apagando, hasta que se extinguió difundida en el inmenso espacio.

La escuadra salía lentamente: algunos barcos emplearon muchas horas para hallarse fuera. Marcial, durante la salida, iba haciendo comentarios sobre cada buque, observando su marcha, motejándoles si eran pesados, animándoles con paternales consejos si eran ligeros y zarpaban pronto.¹⁷

—¡Qué pesado está don Federico! —decía observando el *Príncipe de Asturias*, mandado por Gravina—. Allá va Monsieur Corneta —exclamaba mirando el *Bucentauro*, navío general—. Bien *hái-ga* quien te puso *Rayo* —decía irónicamente mirando al navío de este nombre, que era el más pesado de toda la escuadra—. Bien por *Papá Ignacio* —añadía dirigiéndose al *Santa Ana*, que montaba Álava—. ¡Echa toda la gavia, pedazo de tonina! —decía contemplando el navío de Dumanoir—; este gabacho tiene un peluquero para rizar la gavia y carga las velas con tenacillas.¹⁸

El cielo se enturbió por la tarde, y al anochecer, hallándonos ya a gran distancia, vimos a Cádiz perderse poco a poco entre la bruma, hasta que se confundieron con las tintas de la noche sus últimos contornos. La escuadra tomó rumbo al sur.

Por la noche no me separé de él, una vez que dejé a mi amo muy bien arrellanado en su camarote. Rodeado de dos colegas y admiradores, les explicaba el plan de Villeneuve del modo siguiente:

—Monsieur Corneta ha dividido la escuadra en cuatro cuerpos.

ya las primeras fases de su ascenso social.¹⁷

¹⁷ *motejándoles*: 'acusándoles, tachándoles o tildándoles de'.

¹⁸ *tonina*: 'atún'; *Dumanoir*: almirante francés que en Trafalgar estaba al mando del *Formidable*; *gabacho*: 'francés', familiar y despectivamente, por

extensión del gentilicio relativo a los naturales de algunos pueblos pirenaicos; en lenguaje marinero, *rizar la gavia* y *cargar las velas* significa 'recogerlas, disminuir la superficie que ofrecen al viento'; Marcial juega aquí con la doble acepción, común y especializada, de 'rizar'.¹⁸

La vanguardia, que es mandada por Álava, tiene siete navíos; el centro, que lleva siete, y lo manda Monsieur Corneta en persona; la retaguardia, también de siete, que va mandada por Dumanoir, y el cuerpo de reserva, compuesto de doce navíos, que manda don Federico. No me parece que está esto mal pensado. Por supuesto que van los barcos españoles mezclados con los gabachos, para que no nos dejen en las astas del toro, como sucedió en Finisterre.

»Según me ha referido don Alonso, el francés ha dicho que si el enemigo se nos presenta a sotavento, formaremos la línea de batalla y caeremos sobre él... Esto está muy guapo, dicho en el camarote; pero ya... ¿El *Señorito* va a ser tan buey que se nos presente a sotavento?... Sí, porque tiene poco *farol* (inteligencia) su señoría para dejarse pescar así... *veremos a ver si vemos* lo que espera el francés... Si el enemigo se presenta a barlovento y nos ataca, debemos esperarle en línea de batalla; y como tendrá que dividirse para atacarnos, si no consigue romper nuestra línea, nos será muy fácil vencerle. A ese señor todo le parece fácil. (Rumores.) Dice también que no hará señales, y que todo lo espera de cada capitán.¹⁹ Si iremos a ver lo que yo vengo predicando desde que se hicieron esos malditos tratados de *sursillos*,²⁰ y es que..., más vale callar... quiera Dios... Ya les he dicho a ustedes que Monsieur Corneta no sabe lo que tiene entre manos, y que no le caben cincuenta barcos en la cabeza. ¡Cuidado con un almirante que llama a sus capitanes el día antes de una batalla y les dice que haga cada uno lo que le diere la gana!... *Pos pa eso...* (Grandes muestras de asentimiento.) En fin, allá veremos... Pero vengan acá ustedes y díganme: si nosotros, los españoles, queremos desfondar a unos cuantos barcos ingleses, ¿no nos bastamos y nos sobramos para ello? Pues ¿a *cuenta qué* hemos de juntarnos con franceses que no nos dejan hacer lo que nos *sale de dentro*, sino que hemos de ir al remolque de sus señorías? *Siempre di cuando* fuimos con ellos, *siempre di cuando*²¹ salimos *destaponados*. En fin..., Dios y la virgen del Carmen vayan con nosotros y nos libren de amigos franceses por siempre jamás amén. (Grandes aplausos.)

¹⁹ Mientras las disposiciones tácticas de Nelson supusieron una auténtica revolución en la guerra naval, Villeneuve

ve según criterios ya desfasados.^o

²⁰ 'subsidios'.

²¹ 'siempre y cuando'.

Todos asintieron a su opinión. Su conferencia duró hasta hora avanzada, elevándose desde la profesión naval hasta la ciencia diplomática. La noche fue serena, y navegábamos con viento fresco. Se me permitirá que al hablar de la escuadra diga *nosotros*. Yo estaba tan orgulloso de encontrarme a bordo del *Santísima Trinidad*, que me llegué a figurar que iba a desempeñar algún papel importante en tan alta ocasión,²² y por eso no dejaba de gallardearme con los marineros, haciéndoles ver que yo estaba allí para alguna cosa útil.²³

X

Al amanecer del día 20 el viento soplaba con mucha fuerza, y por esta causa los navíos estaban muy distantes unos de otros. Mas habiéndose calmado el viento poco después de mediodía, el buque almirante hizo señales de que se formasen las cinco columnas: vanguardia, centro, retaguardia y los dos cuerpos que componían la reserva.

Yo me deleitaba viendo cómo acudían dócilmente a la formación aquellas moles, y aunque a causa de la diversidad de sus condiciones marinerías las maniobras no eran muy rápidas y las líneas formadas poco perfectas, siempre causaba admiración contemplar aquel ejercicio. El viento soplaba del suroeste, según dijo Marcial, que lo había profetizado desde por la mañana, y la escuadra, recibiendo por estribor, marchó en dirección del Estrecho. Por la noche se vieron algunas luces, y al amanecer del 21 vimos veintisiete navíos por barlovento, entre los cuales Marcial designó siete de tres puentes. A eso de las ocho, los treinta y tres barcos de la flota enemiga estaban a la vista, formados en dos columnas. Nuestra escuadra formaba una larguísima línea, y, según las apariencias, las dos columnas de Nelson, dispuestas en forma de cuña, avanzaban como si quisieran cortar nuestra línea por el centro y retaguardia.¹

Tal era la situación de ambos contendientes cuando el *Bucantau-*

²² La célebre frase de Cervantes en el prólogo de sus *Novelas ejemplares* a propósito de la batalla de Lepanto —«la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos»— resuena sin duda en esta figuración de Gabriel.

²³ Se eliminó aquí «Después se verá si me equivoqué» que figura en *MA*.[□]

¹ Tanto en el número de barcos británicos como en su formación, Galdós no parece seguir exactamente las versiones históricas.[○]

ro hizo señal de virar en redondo. Ustedes quizá no entiendan esto; pero les diré que consistía en variar diametralmente de rumbo, es decir, que si antes el viento impulsaba nuestros navíos por estribor, después de aquel movimiento nos daba por babor, de modo que marchábamos en dirección casi opuesta a la que antes teníamos. Las proas se dirigían al norte, y este movimiento, cuyo objeto era tener a Cádiz bajo el viento, para arribar a él en caso de desgracia, fue muy criticado a bordo del *Trinidad*, y especialmente por Marcial, que decía:

—Ya se *esparrancló* la línea de batalla,² que antes era mala y ahora es peor.

Efectivamente, la vanguardia se convirtió en retaguardia, y la escuadra de reserva, que era la mejor, según oí decir, quedó a la cola. Como el viento era flojo, los barcos de diversa andadura y la tripulación poco diestra, la nueva línea no pudo formarse ni con rapidez ni con precisión: unos navíos andaban muy aprisa y se precipitaban sobre el delantero; otros marchaban poco, rezagándose, o se desviaban, dejando un gran claro que rompía la línea antes de que el enemigo se tomase el trabajo de hacerlo.

Se mandó restablecer el orden; pero por obediente que sea un buque, no es tan fácil de manejar como un caballo. Con este motivo, y observando las maniobras de los barcos más cercanos, *Medio-hombre* decía:

—La línea es más larga que el Camino de Santiago. Si el *Señorito* la corta, adiós mi bandera, perderíamos hasta el modo de andar, *manque* los pelos se nos hicieran cañones. Señores, nos van a dar julepe por el centro. ¿Cómo pueden venir a ayudarnos el *San Juan* y el *Bahama*, que están a la cola; ni el *Neptuno* ni el *Rayo*, que están a la cabeza? (Rumores de aprobación.) Además, estamos a sotavento, y los casacones pueden elegir el punto que quieran para atacarnos. Bastante haremos nosotros con defendernos como podamos. Lo que digo es que Dios nos saque bien y nos libre de franceses por siempre jamás amén Jesús.

El sol avanzaba hacia el cénit, y el enemigo estaba ya encima.

—¿Les parece a ustedes que ésta es hora de empezar un combate? ¡Las doce del día! —exclamaba con ira el marinero, aunque no se atrevía a hacer demasiado pública su demostración, ni estas

² *esparrancló*: tal vez por 'esparrancó'; en lengua coloquial, 'separó las piernas'.

conferencias pasaban de un pequeño círculo, dentro del cual yo, llevado de mi sempiterna insaciable curiosidad, me había injerido.

No sé por qué me pareció advertir en todos los semblantes cierta expresión de disgusto. Los oficiales, en el alcázar de popa, y los marineros y contramaestres, en el de proa, observaban los navíos sotaventados y fuera de línea, entre los cuales había cuatro pertenecientes al centro.

Se me había olvidado mencionar³ una operación preliminar del combate, en la cual tomé parte. Hecho por la mañana el zafarrancho, preparado ya todo lo concerniente al servicio de piezas y lo relativo a maniobras, oí que dijeron:

—¡La arena, extender la arena!

Marcial me tiró de la oreja y, llevándome a una escotilla, me hizo colocar en línea con algunos marinerillos de leva, grumetes y gente de poco más o menos. Desde la escotilla hasta el fondo de la bodega se habían colocado, escalonados en los entrepuentes, algunos marineros, y de este modo iban sacando los sacos de arena. Uno se lo daba al que tenía al lado, éste al siguiente, y de este modo se sacaba rápidamente y sin trabajo cuanto se quisiera. Pasando de mano en mano, subieron de la bodega multitud de sacos, y mi sorpresa fue grande cuando vi que los vaciaban sobre la cubierta, sobre el alcázar y castillos, extendiendo la arena hasta cubrir toda la superficie de los tablonés. Lo mismo hicieron en los entrepuentes. Por satisfacer mi curiosidad, pregunté al grumete que tenía al lado:

—Es para la sangre —me contestó con indiferencia.⁴

—¡Para la sangre! —repetí yo, sin poder reprimir un estremecimiento de terror.

Miré la arena, miré a los marineros, que con gran algazara se ocupaban de aquella faena, y por un instante me sentí cobarde. Sin embargo, la imaginación, que entonces predominaba en mí, alejó de mi espíritu todo temor, y no pensé más que en triunfos y agradables sorpresas.

El servicio de los cañones estaba listo, y advertí también que las municiones pasaban de los pañoles al entrepuente por medio

³ De nuevo la fórmula cervantina ya comentada en la nota IV, 2.

⁴ El narrador, siguiendo una técnica típicamente cervantina, expone con

detalle la operación sin descubrir su finalidad hasta el último momento, logrando así un mayor efectismo en su respuesta.^o

de una cadena humana, semejante a la que había sacado la arena del fondo del buque.

Los ingleses avanzaban para atacarnos en dos grupos. Uno se dirigía hacia nosotros, y traía en su cabeza, o en el vértice de la cuña, un gran navío con insignia de almirante. Después supe que era el *Victory* y que lo mandaba Nelson. El otro traía a su frente el *Royal Sovereign*, mandado por Collingwood.

Todos estos hombres, así como las particularidades estratégicas del combate, han sido estudiados por mí más tarde.

Mis recuerdos, que son clarísimos en todo lo pintoresco y material, apenas me sirven en lo relativo a operaciones que entonces no comprendía. Lo que oí con frecuencia de boca de Marcial, unido a lo que después he sabido, pudo darme a conocer la formación de nuestra escuadra; y para que ustedes lo comprendan bien, les pongo aquí una lista de nuestros navíos, indicando los desviados, que dejaban un claro, la nacionalidad y la forma en que fuimos atacados. Poco más o menos, era como indica el gráfico de la página siguiente.

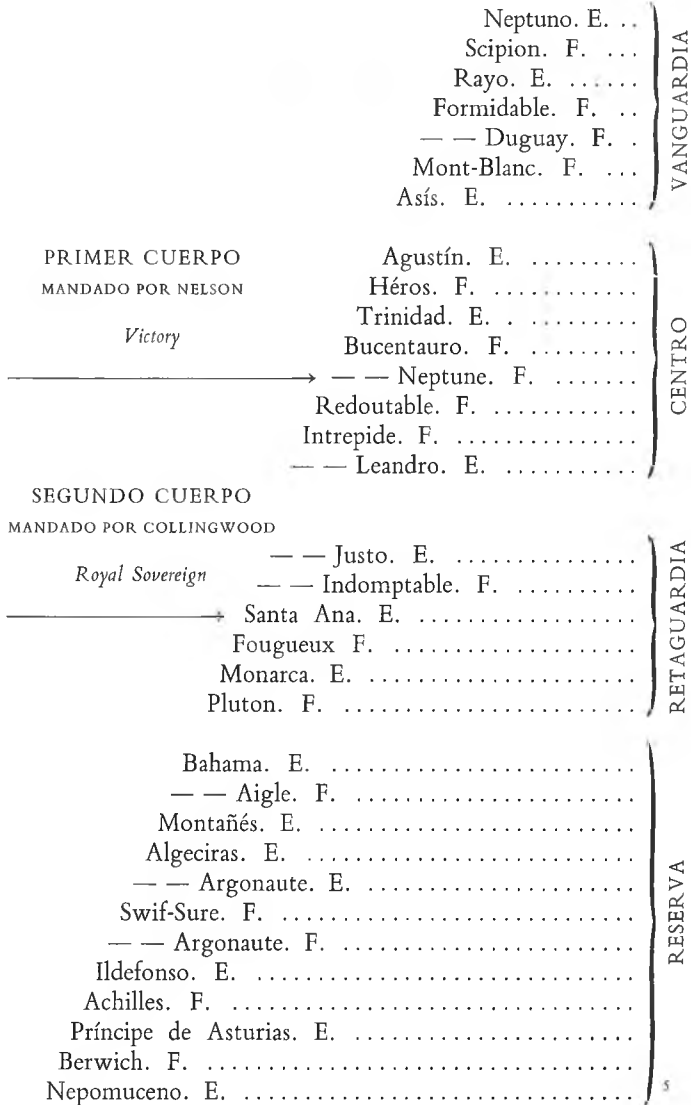
Eran las doce menos cuarto. El terrible instante se aproximaba. La ansiedad era general, y digo esto juzgando por lo que pasaba en mi espíritu, pues, atento a los movimientos del navío en que se decía estaba Nelson, no pude por un buen rato darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

De repente nuestro comandante dio una orden terrible. La repitieron los contramaestres. Los marineros corrieron hacia los cabos, chillaron los motones, trapearon las gavias.

—¡En facha, en facha! —exclamó Marcial, lanzando con energía un juramento—. ¡Ese condenado se nos quiere meter por la popa!

Al punto comprendí que se había mandado detener la marcha del *Trinidad* para estrecharle contra el *Bucentauro*, que venía detrás, porque el *Victory* parecía venir dispuesto a cortar la línea por entre los dos navíos.

Al ver la maniobra de nuestro buque, pude observar que gran parte de la tripulación no tenía toda aquella desenvoltura propia de los marineros familiarizados, como Marcial, con la guerra y con la tempestad. Entre los soldados vi algunos que sentían el malestar del mareo y se agarraban a los obenques para no caer. Verdad es que había gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntarios; pero, por lo común, todos eran de leva; obedecían



⁵ Este esquema no responde exactamente a la formación de la escuadra com-

binada; pero el propio narrador ha advertido que era así «poco más o menos».

las órdenes como de mala gana, y estoy seguro de que no tenían ni el más leve sentimiento de patriotismo. No les hizo dignos del combate más que el combate mismo, como advertí después. A pesar del distinto temple moral de aquellos hombres, creo que en los solemnes momentos que precedieron al primer cañonazo la idea de Dios estaba en todas las cabezas.

Por lo que a mí toca, en toda la vida ha experimentado mi alma sensaciones iguales a las de aquel momento. A pesar de mis pocos años, me hallaba en disposición de comprender la gravedad del suceso, y por primera vez, después que existía, altas concepciones, elevadas imágenes y generosos pensamientos ocuparon mi mente. La persuasión de la victoria estaba tan arraigada en mi ánimo, que me inspiraban cierta lástima los ingleses, y les admiraba al verles buscar con tanto afán una muerte segura.

Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió a ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el rey y su célebre ministro, a quienes no consideraba con igual respeto. Como yo no sabía más historia que la que aprendí en la Caleta, para mí era de ley que debía uno entusiasmarse al oír que los españoles habían matado muchos moros primero, y gran pacotilla de ingleses y franceses después.⁶ Me representaba, pues, a mi país como muy valiente; pero el valor que yo concebía era tan parecido a la barbarie como un huevo a otro huevo. Con tales pensamientos, el patriotismo no era para mí más que el orgullo de pertenecer a aquella casta de matadores de moros.

Pero en el momento que precedió al combate, comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándole, y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche, y saca de la oscuridad un hermoso paisaje. Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre

⁶ *pacotilla*: 'conjunto de poco valor, de clase inferior'.

tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación fatigada del largo viaje, el almacén donde depositaban sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitación de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura e inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilar caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia a nuestra existencia, desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara.

Yo creía también que las cuestiones que España tenía con Francia o con Inglaterra eran siempre porque alguna de estas naciones quería quitarnos algo, en lo cual no iba del todo descaminado. Parecíame, por tanto, tan legítima la defensa como brutal la agresión; y, como había oído decir que la justicia triunfaba siempre, no dudaba de la victoria. Mirando nuestras banderas rojas y amarillas, los colores combinados que mejor representan al fuego, sentí que mi pecho se ensanchaba; no pude contener algunas lágrimas de entusiasmo; me acordé de Cádiz, de Vejer; me acordé de todos los españoles, a quienes consideraba asomados a una gran azotea, contemplándonos con ansiedad; y todas estas ideas y sensaciones llevaron finalmente mi espíritu hasta Dios, a quien dirigí una oración que no era padrenuestro ni avemaría, sino algo nuevo que a mí se me ocurrió entonces. Un repentino estruendo me sacó de mi arrobamiento, haciéndome estremecer con violentísima sacudida. Había sonado el primer cañonazo.⁷

⁷ Este pasaje ha sido citado varias veces por la crítica como paradigma del aprendizaje patriótico que Gabriel realiza en *Trafalgar*.^o

XI

Un navío de la retaguardia disparó el primer tiro contra el *Royal Sovereign*, que mandaba Collingwood.¹ Mientras trababa combate con éste el *Santa Ana*, el *Victory* se dirigía contra nosotros. En el *Trinidad* todos demostraban gran ansiedad por comenzar el fuego; pero nuestro comandante esperaba el momento más favorable. Como si unos navíos se lo comunicaran a los otros, cual piezas pirotécnicas enlazadas por una mecha común, el fuego se corrió desde el *Santa Ana* hasta los dos extremos de la línea.

El *Victory* atacó primero al *Redoubtable* francés, y rechazado por éste, vino a quedar frente a nuestro costado por barlovento. El momento terrible había llegado: cien voces dijeron ¡fuego!, repitiendo como un eco infernal la del comandante, y la andanada lanzó cincuenta proyectiles sobre el navío inglés. Por un instante el humo me ocultó la vista del enemigo. Pero éste, ciego de coraje, se venía sobre nosotros viento en popa. Al llegar a tiro de fusil, orzó y nos descargó su andanada. En el tiempo que medió de uno a otro disparo, la tripulación, que había podido observar el daño hecho al enemigo, redobló su entusiasmo. Los cañones se servían con presteza, aunque no sin cierto entorpecimiento, hijo de la poca práctica de algunos cabos de cañón. Marcial hubiere tomado por su cuenta de buena gana la empresa de servir una de las piezas de cubierta; pero su cuerpo mutilado no era capaz de responder al heroísmo de su alma. Se contentaba con vigilar el servicio de la cartuchería, y con su voz y con su gesto alentaba a los que servían las piezas.

El *Bucentauro*, que estaba a nuestra popa, hacía fuego igualmente sobre el *Victory* y el *Temerary*, otro poderoso navío inglés. Parecía que el navío de Nelson iba a caer en nuestro poder, porque la artillería del *Trinidad* le había destrozado el aparejo, y vimos con orgullo que perdía su palo de mesana.²

En el ardor de aquel primer encuentro, apenas advertí que algu-

¹ Obsérvese que Galdós no da el nombre del barco que abrió fuego, debido probablemente a que los historiadores ofrecen versiones diferentes.^o

² Al parecer, la técnica artillera

franco-española era diferente a la británica. La flota combinada trataba de desarbolar al enemigo; los ingleses, en cambio, tiraban contra las partes vitales del buque y directamente contra las baterías (*Entenza*).

nos de nuestros marineros caían heridos o muertos. Yo, puesto en el lugar donde creía estorbar menos, no cesaba de contemplar al comandante, que mandaba desde el alcázar con serenidad heroica,³ y me admiraba de ver a mi amo con menos calma, pero con más entusiasmo, alentando a oficiales y marineros con su ronca vocecilla.

—¡Ah! —dije yo para mí—. ¡Si te viera ahora doña Francisca!

Confesaré que yo tenía momentos de un miedo terrible, en que me hubiera escondido nada menos que en el mismo fondo de la bodega, y otros de cierto delirante arrojo en que me arriesgaba a ver desde los sitios de mayor peligro aquel gran espectáculo. Pero, dejando a un lado mi humilde persona, voy a narrar el momento más terrible de nuestra lucha con el *Trinidad*.⁴ El *Trinidad* le destrozaba con mucha fortuna, cuando el *Temerary*, ejecutando una habilísima maniobra, se interpuso entre los dos combatientes, salvando a su compañero de nuestras balas. En seguida se dirigió a cortar la línea por la popa del *Trinidad*, y como el *Bucentauro*, durante el fuego, se había estrechado contra éste hasta el punto de tocarse los penoles, resultó un gran claro, por donde se precipitó el *Temerary*, que viró prontamente, y colocándose a nuestra aleta de babor, nos disparó por aquel costado, hasta entonces ileso. Al mismo tiempo, el *Neptune*, otro poderoso navío inglés colocóse donde antes estaba el *Victory*; éste se sotaventó, de modo que en un momento el *Trinidad* se encontró rodeado de enemigos que le acribillaban por todos lados.

En el semblante de mi amo, en la sublime cólera de Uriarte,⁵ en los juramentos de los marineros amigos de Marcial, conocí que estábamos perdidos, y la idea de la derrota angustió mi alma. La línea de la escuadra combinada se hallaba rota por varios puntos, y al orden imperfecto con que se había formado después de la vira en redondo, sucedió el más terrible desorden. Estábamos envueltos por el enemigo, cuya artillería lanzaba una espantosa lluvia de balas y de metralla sobre nuestro navío, lo mismo que sobre el *Bucentauro*. El *Agustín*, el *Héros* y el *Leandro* se batían lejos

³ La serenidad es tal vez la virtud más destacada de *Trafalgar*.^o

⁴ *Confesaré... voy a narrar*: a pesar de la decisión anunciada, el narrador interrumpirá con cierta frecuencia el relato externo de la batalla para confe-

sarnos sus íntimos sentimientos en el momento de la narración o en el tiempo de lo narrado.^o

⁵ El comienzo de la *Odisea* —con una cierta dosis de ironía— parece reflejarse en esta frase.[□]

de nosotros, en posición algo desahogada, mientras el *Trinidad*, lo mismo que el navío almirante, sin poder disponer de sus movimientos, cogidos en terrible escaramuza por el genio del gran Nelson, luchaban heroicamente, no ya buscando una victoria imposible, sino movidos por el afán de perecer con honra.⁶

Los cabellos blancos que hoy cubren mi cabeza se erizan todavía al recordar aquellas tremendas horas, principalmente desde las dos a las cuatro de la tarde. Se me representan los barcos, no como ciegas máquinas de guerra, obedientes al hombre, sino como verdaderos gigantes, seres vivos y monstruosos que luchaban por sí, poniendo en acción, como ágiles miembros, su velamen, y cual terribles armas, la poderosa artillería de sus costados. Mirándolos, mi imaginación no podía menos de personalizarlos, y aun ahora me parece que los veo acercarse, desafiarse, orzar con ímpetu para descargar su andanada, lanzarse al abordaje con ademán provocativo, retroceder con ardiente coraje para tomar más fuerza, mofarse del enemigo, increparle; me parece que les veo expresar el dolor de la herida, o exhalar noblemente el gemido de la muerte, como el gladiador que no olvida el decoro en la agonía; me parece oír el rumor de las tripulaciones, como la voz que sale de un pecho irritado, a veces alarido de entusiasmo, a veces sordo mugido de desesperación, precursor de exterminio; ahora himno de júbilo que indica la victoria, después algazara rabiosa que se pierde en el espacio, haciendo lugar a un terrible silencio que anuncia la vergüenza de la derrota.⁷

El espectáculo que ofrecía el interior del *Santísima Trinidad* era el de un infierno.⁸ Las maniobras habían sido abandonadas, porque el barco no se movía ni podía moverse. Todo el empeño consistía en servir las piezas con la mayor presteza posible, correspon-

⁶ El *Trinidad* entra así en la categoría de los «heroicos y desgraciados barcos que, al perecer derrotados con honra ... sumergieron con sus viejas tablas el poderío naval de España», tal como expresaba el narrador en el capítulo III.

⁷ El retoricismo de este párrafo parece obedecer al status del Gabriel narrador, orgulloso de su elevada posición actual, que alcanzó por sus solos méritos.^o

⁸ El contraste entre el antes y el

después de iniciarse el combate es subrayado implícitamente por Galdós al hacer que su personaje emplee los mismos términos con sentido opuesto: al amanecer del día 19 —capítulo IX— Gabriel se entusiasmaba ante la escuadra: «¡Qué espectáculo, Dios mío! ... el más vistoso escuadrón que puede presentarse ante ojos humanos»; ahora se lamenta: «el espectáculo que ofrecía el *Santísima Trinidad* era el de un infierno».^o

diendo así al estrago que hacían los proyectiles enemigos. La metralla inglesa rasgaba el velamen, como si grandes e invisibles uñas le hicieran trizas. Los pedazos de obra muerta, los trozos de madera, los gruesos obenques segados cual haces de espigas, los montones que caían, los trozos de velamen, los hierros, cabos y demás despojos arrancados de su sitio por el cañón enemigo, llenaban la cubierta, donde apenas había espacio para moverse. De minuto en minuto caían al suelo o al mar multitud de hombres llenos de vida; las blasfemias de los combatientes se mezclaban a los lamentos de los heridos, de tal modo que no era posible distinguir si insultaban a Dios los que morían o le llamaban con angustia los que luchaban.⁹

Yo tuve que prestar auxilio en una faena tristísima, cual era la de transportar heridos a la bodega, donde estaba la enfermería. Algunos morían antes de llegar a ella, y otros tenían que sufrir dolorosas operaciones antes de poder reposar un momento su cuerpo fatigado. También tuve la indecible satisfacción de ayudar a los carpinteros, que a toda prisa procuraban aplicar taponés a los agujeros hechos en el casco; pero por causa de mi poca fuerza no eran aquellos auxilios tan eficaces como yo habría deseado.

La sangre corría en abundancia por la cubierta y los puentes, y a pesar de la arena, el movimiento del buque la llevaba de aquí para allí, formando fatídicos dibujos. Las balas de cañón, de tan cerca disparadas, mataban mutilando horriblemente los cuerpos, y era frecuente ver rodar a alguno, arrancada a cercén la cabeza, cuando la violencia del proyectil no arrojaba la víctima al mar, entre cuyas ondas debía perderse casi sin dolor la última noción de la vida. Otras balas rebotaban contra un palo o contra la obra muerta, levantando granizada de astillas que herían como flechas. La fusilería de las cofas y la metralla de las carronadas esparcían otra muerte menos rápida y más dolorosa,¹⁰ y fue raro el que no salió marcado más o menos gravemente por el plomo y el hierro de nuestros enemigos.

De tal suerte compartida y sin poder de ningún modo devolver iguales destrozos, la tripulación, aquella alma del buque, se sentía perecer, agonizaba con desesperado coraje, y el navío mismo, aquel

⁹ *si insultaban... los que luchaban*: en la utilización de la antítesis es posible observar también la huella cervantina. °

¹⁰ *cofas*: 'mesetas colocadas horizontalmente en los palos del buque, desde donde se dispara'.

cuerpo glorioso, retemblaba al golpe de las balas. Yo le sentía estremecerse en la terrible lucha: crujían sus cuadernas, estallaban sus baos,¹¹ rechinaban sus puntales a manera de miembros que reuerce el dolor, y la cubierta trepidaba bajo mis pies con ruidosa palpitación, como si a todo el inmenso cuerpo del buque se comunicara la indignación y los dolores de sus tripulantes. En tanto, el agua penetraba por los mil agujeros y grietas del casco acribillado y comenzaba a inundar la bodega.

El *Buc centauro*, navío general, se rindió a nuestra vista. Villeneuve había arriado bandera. Una vez entregado el jefe de la escuadra, ¿qué esperanza quedaba a los buques? El pabellón francés desapareció de la popa de aquel gallardo navío, y cesaron sus fuegos. El *San Agustín* y el *Héros* se sostenían todavía, y el *Rayo* y el *Neptuno*, pertenecientes a la vanguardia, que habían venido a auxiliarnos, intentaron en vano salvarnos de los navíos enemigos, que nos asediaban. Yo pude observar la parte del combate más inmediata al *Santísima Trinidad*, porque del resto de la línea no era posible ver nada. El viento parecía haberse detenido, y el humo se quedaba sobre nuestras cabezas, envolviéndonos en su espesa blancura, que las miradas no podían penetrar.

Distinguíamos tan sólo el aparejo de algunos buques lejanos, aumentados de un modo inexplicable por no sé qué efecto óptico, o porque el pavor de aquel sublime momento agrandaba todos los objetos.

Disipóse por un momento la densa penumbra, ¡pero de qué manera tan terrible! Detonación espantosa, más fuerte que la de los mil cañones de la escuadra disparando a un tiempo, paralizó a todos, produciendo general terror. Cuando el oído recibió tan fuerte impresión, claridad vivísima había iluminado el ancho espacio ocupado por las dos flotas, rasgando el velo de humo, y presentóse a nuestros ojos todo el panorama del combate. La terrible explosión había ocurrido hacia el sur, en el sitio ocupado antes por la retaguardia.

—Se ha volado un navío —dijeron todos.

Las opiniones fueron diversas, y se dudaba si el buque volado era el *Santa Ana*, el *Argonauta*, el *Ildefonso* o el *Bahama*. Después se supo que había sido el francés nombrado *Achilles*. La expansión de los gases desparramó por mar y cielo en pedazos mil cuanto

¹¹ 'barrotes que sostienen las cofas'.

momentos antes constituía un hermoso navío con setenta y cuatro cañones y seiscientos hombres de tripulación.

Algunos segundos después de la explosión, ya no pensábamos más que en nosotros mismos.¹²

Rendido el *Bucentauro*, todo el fuego enemigo se dirigió contra nuestro navío, cuya pérdida era ya segura. El entusiasmo de los primeros momentos se había apagado en mí, y mi corazón se llenó de un terror que me paralizaba, ahogando todas las funciones de mi espíritu, excepto la curiosidad. Ésta era tan irresistible, que me obligó a salir a los sitios de mayor peligro. De poco servía ya mi escaso auxilio, pues ni aun se trasladaban los heridos a la bodega, por ser muchos, y las piezas exigían el servicio de cuantos conservaban un poco de fuerza. Entre éstos vi a Marcial, que se multiplicaba gritando y moviéndose conforme a su poca agilidad, y era a la vez contra maestre, marinero, artillero, carpintero y cuanto había que ser en tan terribles instantes. Nunca creí que desempeñara funciones correspondientes a tantos hombres el que no podía considerarse sino como la mitad de un cuerpo humano. Un astillazo le había herido en la cabeza, y la sangre, tiñéndole la cara, le daba horrible aspecto. Yo le vi agitar sus labios, bebiendo aquel líquido, y luego lo escupía con furia fuera del portalón, como si también quisiera herir a salivazos a nuestros enemigos.

Lo que más me asombraba, causándome cierto espanto, era que Marcial, aun en aquella escena de desolación, profería frases de buen humor, no sé si por alentar a sus decaídos compañeros o porque de este modo acostumbraba alentarse a sí mismo.

Cayó con estruendo el palo de trinquete, ocupando el castillo de proa con la balumba de su aparejo,¹³ y Marcial dijo:

—Muchachos, vengan las hachas. Metamos este mueble en la alcoba.

Al punto se cortaron los cabos, y el mástil cayó al mar.

Y viendo que arreciaba el fuego, gritó dirigiéndose a un paño-lero que se había convertido en cabo de cañón:

—Pero Abad, mándales el vino a esos casacones para que nos dejen en paz.¹⁴

¹² La fuente de Galdós para este pasaje parece ser *Renacimiento*, 169. Desde *penumbra* hasta *mismos* no aparece en *M.*^{□□}

¹³ *trinquete*: 'palo inmediato a la

proa'; *balumba* del *aparejo*: 'conjunto desordenado de velas y jarcias'.

¹⁴ «Curiosa interpretación de los dos *explicit* añadidos al texto del *Poema de Mio Cid*. En el primero figura el nom-

Y a un soldado que yacía como muerto, por el dolor de sus heridas y la angustia del mareo, le dijo aplicándole el botafuego a la nariz:

—Huele una hojita de azahar, camarada, para que se te pase el desmayo. ¿Quieres dar un paseo en bote? Anda: Nelson nos convida a echar unas cañas.¹⁵

Esto pasaba en el combés. Alcé la vista al alcázar de popa, y vi que el general Cisneros había caído. Precipitadamente le bajaron dos marineros a la cámara. Mi amo continuaba inmóvil en su puesto; pero de su brazo izquierdo manaba mucha sangre. Corrí hacia él para auxiliarle, y antes que yo llegase, un oficial se le acercó, intentando convencerle de que debía bajar a la cámara. No había éste pronunciado dos palabras, cuando una bala le llevó la mitad de la cabeza, y su sangre salpicó mi rostro. Entonces don Alonso se retiró, tan pálido como el cadáver de su amigo, que yacía mutilado en el piso del alcázar.

Cuando bajó mi amo, el comandante quedó solo arriba, con tal presencia de ánimo que no pude menos de contemplarle un rato, asombrado de tanto valor. Con la cabeza descubierta, el rostro pálido, la mirada ardiente, la acción enérgica, permanecía en su puesto dirigiendo aquella acción desesperada que no podía ganarse ya. Tan horroroso desastre había de verificarse con orden, y el comandante era la autoridad que reglamentaba el heroísmo. Su voz dirigía a la tripulación en aquella contienda del honor y la muerte.

Un oficial que mandaba en la primera batería subió a tomar órdenes, y antes de hablar cayó muerto a los pies de su jefe, otro guardiamarina que estaba a su lado cayó también mal herido, y Uriarte quedó al fin enteramente solo en el alcázar, cubierto de muertos y heridos. Ni aun entonces se apartó su vista de los barcos ingleses ni de los movimientos de nuestra artillería; y el imponente aspecto del alcázar y toldilla,¹⁶ donde agonizaban sus ami-

bre del copista del código conservado, Per Abbat; en el segundo, se dice a los oyentes 'datnos del vino'. El vino que Marcial ordena que Pero Abad envíe a los ingleses es, claro está, pólvora y balas de cañón» (Puértolas).

¹⁵ Con la *hojita de azahar* quiere significar el *botafuego* o varilla en cuyo extremo se ponía la mecha para encen-

der a cierta distancia el cañón; el *bote* que le ofrece es un bote salvavidas; y *echar unas cañas* equivale literalmente a 'irse de pesca' y, en este caso, a 'abandonar el barco'.

¹⁶ 'cubierta parcial que tienen algunos buques a la altura de la borda desde el palo mesana hasta la proa'.

gos y subalternos, no conmovió su pecho varonil, ni quebrantó su enérgica resolución de sostener el fuego hasta perecer. ¡Ah!, recordando yo después la serenidad y estoicismo de don Francisco Javier Uriarte, he podido comprender todo lo que nos cuentan de los heroicos capitanes de la antigüedad. Entonces no conocía yo la palabra sublimidad, pero viendo a nuestro comandante comprendí que todos los idiomas deben tener un hermoso vocablo para expresar aquella grandeza de alma que me parecía favor rara vez otorgado por Dios al hombre miserable.

Entre tanto, gran parte de los cañones habían cesado de hacer fuego, porque la mitad de la gente estaba fuera de combate. Tal vez no me hubiera fijado en esta circunstancia, si habiendo salido de la cámara, impulsado por mi curiosidad, no sintiera una voz que con acento terrible me dijo:

—¡Gabrielillo, aquí!

Marcial me llamaba; acudí prontamente, y le hallé empeñado en servir uno de los cañones que había quedado sin gente. Una bala había llevado a *Medio-hombre* la punta de su pierna de palo, lo cual le hacía decir:

—¡Si llego a traer la de carne y hueso!...

Dos marinos muertos yacían a su lado; un tercero, gravemente herido, se esforzaba en seguir sirviendo la pieza.

—Compadre —le dijo Marcial—, ya tú puedes ni encender una colilla.

Arrancó el botafuego de manos del herido y me lo entregó, diciendo:

—Toma, Gabrielillo, si tienes miedo, vas al agua.

Esto diciendo, cargó el cañón con toda la prisa que le fue posible, ayudado de un grumete que estaba casi ileso; lo cebaron y apuntaron;¹⁷ ambos exclamaron «fuego», acerqué la mecha, y el cañón disparó.

Se repitió la operación por segunda y tercera vez, y el ruido del cañón, disparado por mí, retumbó de un modo extraordinario en mi alma. El considerarme no ya espectador, sino actor decidido en tan grandiosa tragedia, disipó por un instante el miedo, y me sentí con grandes bríos, al menos con la firme resolución de aparentarlos. Desde entonces conocí que el heroísmo es casi

¹⁷ En *MABI* se lee «aferraron la trinca» en vez de lo cebaron y apuntaron. □

siempre una forma del pundonor. Marcial y otros me miraban; era preciso que me hiciera digno de fijar su atención.

—¡Ah! — decía yo para mí con orgullo—. Si mi amita pudiera verme ahora... ¡Qué valiente estoy disparando cañonazos como un hombre!... Lo menos habré mandado al otro mundo dos docenas de ingleses.

Pero estos nobles pensamientos me ocuparon muy poco tiempo, porque Marcial, cuya fatigada naturaleza comenzaba a rendirse después de su esfuerzo, respiró con ansia, se secó la sangre que afluía en abundancia de su cabeza, cerró los ojos, sus brazos se extendieron con desmayo, y dijo:

—No puedo más: se me sube la pólvora a la toldilla (la cabeza). Gabriel, tráeme agua.

Corrí a buscar el agua, y cuando se la traje bebió con ansia. Pareció tomar con esto nuevas fuerzas; íbamos a seguir, cuando un gran estrépito nos dejó sin movimiento. El palo mayor, tronchado por la fagonadura, cayó sobre el combés, y tras él el de mesana. El navío quedó lleno de escombros y el desorden fue espantoso.

Felizmente quedé en hueco y sin recibir más que una ligera herida en la cabeza, la cual, aunque me aturdió al principio, no me impidió apartar los trozos de vela y cabos que habían caído sobre mí. Los marineros y soldados de cubierta pugnaban por desalojar tan enorme masa de cuerpos inútiles, y desde entonces sólo la artillería de las baterías bajas sostuvo el fuego. Salí como pude, busqué a Marcial, no le hallé, y habiendo fijado mis ojos en el alcázar, noté que el comandante ya no estaba allí. Gravemente herido de un astillazo en la cabeza, había caído exánime, y al punto dos marineros subieron para trasladarle a la cámara. Corrí también allá, y entonces un casco de metralla me hirió en el hombro, lo que me asustó en extremo, creyendo que mi herida era mortal y que iba a exhalar el último suspiro. Mi turbación no me impidió entrar en la cámara, donde por la mucha sangre que brotaba de mi herida me debilité, quedando por un momento desvanecido.

En aquel pasajero letargo seguí oyendo el estrépido de los cañones de la segunda y tercera batería, y después una voz que decía con furia:

—¡Abordaje!..., ¡las picas!..., ¡las hachas!.

Después la confusión fue tan grande, que no pude distinguir lo que pertenecía a las voces humanas en tan descomunal concier-

to. Pero no sé cómo, sin salir de aquel estado de somnolencia, me hice cargo de que se creía todo perdido, y de que los oficiales se hallaban reunidos en la cámara para acordar la rendición, y también puedo asegurar que si no fue invento de mi fantasía, entonces trastornada, resonó en el combés una voz que decía: «El *Trinidad* no se rinde». De fijo fue la voz de Marcial, si es que realmente dijo alguien tal cosa.

Me sentí despertar, y vi a mi amo arrojado sobre uno de los sofás de la cámara, con la cabeza oculta entre las manos en ademán de desesperación y sin cuidarse de su herida.

Acerqueme a él, y el infeliz anciano no halló mejor modo de expresar su desconsuelo que abrazándome paternalmente, como si ambos estuviéramos cercanos a la muerte. Él, por lo menos, creo que se consideraba próximo a morir de puro dolor, porque su herida no tenía la menor gravedad. Yo le consolé como pude, diciendo que si la acción no se había ganado, no fue porque yo dejara de matar bastantes ingleses con mi cañoncito, y añadí que para otra vez seríamos más afortunados; pueriles razones que no calmaron su agitación.

Saliendo afuera en busca de agua para mi amo, presencié el acto de arriar la bandera, que aún flotaba en la cangreja,¹⁸ uno de los pocos restos de arboladura que con el tronco de mesana quedaba en pie. Aquel lienzo glorioso, ya agujereado por mil partes, señal de nuestra honra, que congregaba bajo sus pliegues a todos los combatientes, descendió del mástil para no izarse más. La idea de un orgullo abatido, de un ánimo esforzado que sucumbe ante fuerzas superiores, no puede encontrar imagen más perfecta para representarse a los ojos humanos que la de aquel oriflama que se abate y desaparece como un sol que se pone. El de aquella tarde tristísima, tocando al término de su carrera en el momento de nuestra rendición, iluminó nuestra bandera con su último rayo.

El fuego cesó y los ingleses penetraron en el barco vencido.

¹⁸ 'vela de forma trapezoidal, en la popa del barco'.

XII

Cuando el espíritu, reposando de la agitación del combate, tuvo tiempo de dar paso a la compasión, al frío terror producido por la vista de tan grande estrago, se presentó a los ojos de cuantos quedamos vivos la escena del navío en toda su horrenda majestad. Hasta entonces los ánimos no se habían ocupado más que de la defensa; mas cuando el fuego cesó, se pudo advertir el gran destrozo del casco, que, dando entrada al agua por sus mil averías, se hundía, amenazando sepultarnos a todos, vivos y muertos, en el fondo del mar. Apenas entraron en él los ingleses, un grito resonó unánime, proferido por nuestros marinos:

—¡A las bombas!

Todos los que podíamos acudirnos a ellas y trabajamos con ardo; pero aquellas máquinas imperfectas desalojaban una cantidad de agua bastante menor que la que entraba.¹ De repente un grito, aún más terrible que el anterior, nos llenó de espanto. Ya dije que los heridos se habían transportado al último sollado, lugar que, por hallarse bajo la línea de flotación, está libre de la acción de las balas. El agua invadía rápidamente aquel recinto, y algunos marinos asomaron por la escotilla, gritando:

—¡Que se ahogan los heridos!

La mayor parte de la tripulación vaciló entre seguir desalojando el agua y acudir en socorro de aquellos desgraciados, y no sé qué habría sido de ellos, si la gente de un navío inglés no hubiera acudido en nuestro auxilio. Éstos no sólo transportaron los heridos a la tercera y a la segunda batería, sino que también pusieron mano a las bombas, mientras sus carpinteros trataban de reparar algunas de las averías del casco.

Rendido de cansancio y juzgando que don Alonso podía necesitar de mí, fui a la cámara. Entonces vi a algunos ingleses ocupados en poner el pabellón británico en la popa del *Santísima Trinidad*. Como cuento con que el lector benévolo me ha de perdonar que apunte aquí mis impresiones, diré que aquello me hizo pensar un poco. Siempre se me habían representado los ingleses como

¹ Sigue el autor aquí el relato de *Renacimiento*, pero ampliando detalles y observaciones que no figuran en el historiador.°

verdaderos piratas o salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituía nación y que vivía del merodeo. Cuando vi el orgullo con que enarbolaron su pabellón, saludándole con vivas aclamaciones, cuando advertí el gozo y la satisfacción que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces surcó los mares, pensé que también ellos tendrían su patria querida, que ésta les habría confiado la defensa de su honor; me pareció que en aquella tierra, para mí misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habían de existir, como en España, muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos, los cuales, esperando con ansiedad su vuelta, rogarían a Dios que les concediera la victoria.

En la cámara encontré a mi señor más tranquilo. Los oficiales ingleses que habían entrado allí trataban a los nuestros con delicada cortesía, y según entendí, querían transbordar los heridos a algún barco enemigo. Uno de aquellos oficiales se acercó a mi amo como queriendo reconocerle, y le saludó en español medianamente correcto, recordándole una amistad antigua. Contestó don Alonso a sus finuras con gravedad, y después quiso enterarse por él de los pormenores del combate.

—¿Pero qué ha sido de la reserva? ¿Qué ha hecho Gravina? —preguntó mi amo.

—Gravina se ha retirado con algunos navíos —contestó el inglés.

—De la vanguardia sólo han venido a auxiliarnos el *Rayo* y el *Neptuno*.

—Los cuatro franceses, *Duguay Trouin*, *Mont-Blanc*, *Scipion* y *Formidable*, son los únicos que no han entrado en acción.

—Pero Gravina, Gravina, ¿qué es de Gravina? —insistió mi amo.

—Se ha retirado en el *Príncipe de Asturias*; mas como se le ha dado caza, ignoro si habrá llegado a Cádiz.

—¿Y el *San Ildefonso*?

—Ha sido apresado.

—¿Y el *Santa Ana*?

—También ha sido apresado.

—¡Vive Dios! —exclamó don Alonso sin poder disimular su enojo—. Apuesto a que no ha sido apresado el *Nepomuceno*.

—También lo ha sido.

—¡Oh!..., ¿está usted seguro de ello? ¿Y Churruca?

—Ha muerto —contestó el inglés con tristeza.

—¡Oh...! ...¡Ha muerto! ¡Ha muerto Churruca! —exclamó

mi amo con angustiosa perplejidad—. Pero el *Bahama* se habrá salvado, el *Bahama* habrá vuelto ileso a Cádiz.

—También ha sido apresado.

—¡También! ¿Y Galiano? Galiano es un héroe y un sabio.

—Sí —repuso sombríamente el inglés—, pero ha muerto también.

—¿Y qué es del *Montañés*? ¿Qué ha sido de Alcedo?²

—Alcedo... también ha muerto.

Mi amo no pudo reprimir la expresión de su profunda pena; y como la avanzada edad amenguaba en él la presencia de ánimo propia de tan terribles momentos, hubo de pasar por la pequeña amargura de derramar algunas lágrimas, triste obsequio a sus compañeros. No es impropio el llanto en las grandes almas; antes bien, indica el consorcio fecundo de la delicadeza de sentimiento con la energía de carácter. Mi amo lloró como hombre, después de haber cumplido con su deber como marino. Mas repeniéndose de aquel abatimiento, y buscando alguna razón con que devolver al inglés la pesadumbre que éste le causara, dijo:

—Pero ustedes no habrán sufrido menos que nosotros. Nuestros enemigos habrán tenido pérdidas de consideración.

—Una sobre todo irreparable —contestó el inglés con tanta congoja como la de don Alonso—. Hemos perdido al primero de nuestros marinos, al valiente entre los valientes, al heroico, al divino, al sublime almirante Nelson.

Y con tan poca entereza como mi amo, el oficial inglés no se cuidó de disimular su inmensa pena: cubrióse la cara con las dos manos y lloró, con toda la expresiva franqueza del verdadero dolor, al jefe, al protector y al amigo.

Nelson, herido mortalmente en mitad del combate, según después supe, por una bala de fusil que le atravesó el pecho y se fijó en la espina dorsal, dijo al capitán Hardy: «Se acabó; al fin lo han conseguido». Su agonía se prolongó hasta el caer de la tarde; no perdió ninguno de los pormenores del combate, ni se extinguió su genio de militar y de marino sino cuando la última fugitiva palpitación de la vida se disipó en su cuerpo herido. Atormentado por horribles dolores, no dejó de dictar órdenes, enterándose de los movimientos de ambas escuadras, y cuando se le

² El capitán de navío Francisco Alcedo y Bustamante había participado en la expedición a Argel y en el blo-

queo de Gibraltar. En 1805 mandaba el navío *Montañés*, a bordo del cual encontraría la muerte.

hizo saber el triunfo de la suya, exclamó: «¡Bendito sea Dios; he cumplido con mi deber!».

Un cuarto de hora después expiraba el primer marino de nuestro siglo.³

Perdóneseme la digresión. El lector extrañará que no conociéramos la suerte de muchos buques de la escuadra combinada. Nada más natural que nuestra ignorancia, por causa de la desmesurada longitud de la línea de combate y además del sistema de luchas parciales adoptado por los ingleses. Sus navíos se habían mezclado con los nuestros y, como la contienda era a tiro de fusil, el buque enemigo que nos batía ocultaba la vista del resto de la escuadra, además de que el humo espesísimo nos impedía ver cuanto no se hallara en paraje cercano.

Al anoecer, y cuando aún el cañoneo no había cesado, distinguíamos algunos navíos, que pasaban a un largo como fantasmas, unos con media arboladura, otros completamente desarbolados. La bruma, el humo, el mismo aturdimiento de nuestras cabezas, nos impedía distinguir si eran españoles o enemigos; y cuando la luz de un fogonazo lejano iluminaba a trechos aquel panorama temeroso, notábamos que aún seguía la lucha con encarnizamiento entre grupos de navíos aislados; que otros corrían sin concierto ni rumbo, llevados por el temporal, y que alguno de los nuestros era remolcado por otro inglés en dirección al sur.

Vino la noche y con ella aumentó la gravedad y el horror de nuestra situación. Parecía que la naturaleza había de sernos propicia después de tantas desgracias; pero, por el contrario, desencadenáronse con furia los elementos, como si el cielo creyera que aún no era bastante grande el número de nuestras desdichas. Desatóse un recio temporal, y viento y agua, hondamente agitados, azotaron el buque, que, incapaz de maniobra, fluctuaba a merced de las olas. Los vaivenes eran tan fuertes que se hacía difícil el trabajo, lo cual, unido al cansancio de la tripulación, empeoraba nuestro estado de hora en hora. Un navío inglés, que después supe se llamaba *Prince*, trató de remolcar el *Trinidad*; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y tuvo que alejarse por temor a un choque que habría sido funesto para ambos buques.

Entre tanto no era posible tomar alimento alguno, y yo me

³ El relato de la muerte de Nelson, como señaló Entenza, sigue a *Combate*.^o

moría de hambre, porque los demás, indiferentes a todo lo que no fuera el peligro, apenas se cuidaban de cosa tan importante. No me atrevía a pedir un pedazo de pan por temor de parecer importuno, y al mismo tiempo, sin vergüenza lo confieso, dirigía mi escrutadora observación a todos los sitios donde colegía que podían existir provisiones de boca. Apretado por la necesidad, me arriesgué a hacer una visita a los pañoles del bizcocho, y ¿cuál sería mi asombro cuando vi que Marcial estaba allí, trasegando a su estómago lo primero que encontró a mano? El anciano estaba herido de poca gravedad, y aunque una bala le había llevado el pie derecho, como éste no era otra cosa que la extremidad de la pierna de palo, el cuerpo de Marcial sólo estaba con tal percance un poco más cojo.

—Toma, Gabrielillo —me dijo, llenándome el seno de galletas—: barco sin lastre no navega.

En seguida empinó una botella y bebió con delicia.

Salimos del pañol, y vi que no éramos nosotros solos los que visitaban aquel lugar, pues todo indicaba que un desordenado pillaje había ocurrido allí momentos antes.

Reparadas mis fuerzas, pude pensar en servir de algo, poniendo mano a las bombas o ayudando a los carpinteros. Trabajosamente se enmendaron algunas averías con auxilio de los ingleses, que vigilaban todo, y según después comprendí, no perdían de vista a algunos de nuestros marineros, porque temían que se sublevaran, represando el navío,⁴ en lo cual los enemigos demostraban más suspicacia que buen sentido; pues menester era haber perdido el juicio para intentar represar un buque en tal estado. Ello es que los *casacones* acudían a todas partes y no perdían movimiento alguno.

Entrada la noche, y hallándome transido de frío, abandoné la cubierta, donde apenas podía tenerme, y corría además el peligro de ser arrebatado por un golpe de mar, y me retiré a la cámara. Mi primera intención fue dormir un poco, pero ¿quién dormía en aquella noche?

En la cámara todo era confusión, lo mismo que en el combés. Los sanos asistían a los heridos, y éstos, molestados a la vez por sus dolores y por el movimiento del buque, que les impedía todo

⁴ *represando*: 'recobrando una embarcación que ha sido apresada por el enemigo'.

reposo, ofrecían tan triste aspecto, que a su vista era imposible entregarse al descanso. En un lado de la cámara yacían, cubiertos con el pabellón nacional, los oficiales muertos. Entre tanta desolación, ante el espectáculo de tantos dolores, había en aquellos cadáveres no sé qué de envidiable: ellos solos descansaban a bordo del *Trinidad*, y todo les era ajeno, fatigas y penas, la vergüenza de la derrota y los padecimientos físicos. La bandera que les servía de ilustre mortaja parecía ponerles fuera de aquella esfera de responsabilidad, de mengua y desesperación en que todos nos encontrábamos. Nada les afectaba el peligro que corría la nave, porque ésta no era ya más que su ataúd.

Los oficiales muertos eran: don Juan Cisniega, teniente de navío, el cual no tenía parentesco con mi amo, a pesar de la identidad de apellido; don Joaquín de Salas y don Juan Matute, también tenientes de navío; el teniente coronel de ejército don José Graullé, el teniente de fragata Urías y el guardiamarina don Antonio de Bobadilla.⁵ Los marineros y soldados muertos, cuyos cadáveres yacían sin orden en las baterías y sobre cubierta, ascendían a la terrible suma de cuatrocientos.

No olvidaré jamás el momento en que aquellos cuerpos fueron arrojados al mar por orden del oficial inglés que custodiaba el navío. Verificóse la triste ceremonia al amanecer del día 22, hora en que el temporal parece que arreció exprofeso, para aumentar la pavora de semejante escena. Sacados sobre cubierta los cuerpos de los oficiales, el cura rezó un responso a toda prisa, porque no era ocasión de andarse en dibujos, e inmediatamente se procedió al acto solemne. Envueltos en su bandera, y con una bala atada a los pies, fueron arrojados al mar, sin que esto, que ordinariamente hubiera producido en todos tristeza y consternación, conmoviera entonces a los que lo presenciaron. ¡Tan hechos estaban los ánimos a la desgracia, que el espectáculo de la muerte les era poco menos que indiferente! Las exequias del mar son más tristes que las de la tierra. Se da sepultura a un cadáver, y allí queda; las personas a quienes interesa saben que hay un rincón de tierra donde existen aquellos restos, y pueden marcarlos con una losa, con una cruz o con una piedra. Pero en el mar..., se arrojan los

⁵ La lista de los oficiales muertos a bordo del *Trinidad* dada por Galdós fue utilizada por el historiador francés Desbrière en 1906.^o

cuerpos en la movable inmensidad, y parece que dejan de existir en el momento de caer; la imaginación no puede seguirlos en su viaje al profundo abismo, y es difícil suponer que estén en alguna parte estando en el fondo del océano. Estas reflexiones hacía yo viendo cómo desaparecían los cuerpos de aquellos ilustres guerreros, un día antes llenos de vida, gloria de su patria y encanto de sus familias.

Los marineros muertos eran arrojados con menos ceremonia; la ordenanza manda que se les envuelva en el coy; pero en aquella ocasión no había tiempo para entretenerse en cumplir la ordenanza. A algunos se les amortajó como está mandado; pero la mayor parte fueron echados al mar sin ningún atavío y sin bala a los pies, por la sencilla razón de que no había para todos. Eran cuatrocientos, próximamente, y a fin de terminar pronto la operación de darles sepultura, fue preciso que pusieran mano a la obra todos los hombres útiles que a bordo había para despachar más pronto. Muy a disgusto mío tuve que ofrecer mi cooperación para tan triste servicio, y algunos cuerpos cayeron al mar soltados desde la borda por mi mano, puesta en ayuda de otras más vigorosas.

Entonces ocurrió un hecho, una coincidencia que me causó mucho terror. Un cadáver horriblemente desfigurado, fue cogido entre dos marineros, y en el momento de levantarlo en alto, algunos de los circunstantes se permitieron groseras burlas, que en toda ocasión habrían sido importunas y en aquel momento infames. No sé por qué el cuerpo de aquel desgraciado fue el único que les movió a perder con tal descaro el respeto a la muerte, y decían: «Ya las ha pagado todas juntas...», no volverá a hacer de las tuyas», y otras groserías del mismo jaez. Aquello me indignó, pero mi indignación, se trocó en asombro y en un sentimiento indefinible, mezcla de respeto, de pena y de miedo, cuando observando atentamente las facciones mutiladas de aquel cadáver, reconocí en él a mi tío... Cerré los ojos con espanto, y no los abrí hasta que el violento salpicar del agua no me indicó que había desaparecido para siempre ante la vista humana.

Aquel hombre había sido muy malo para mí, muy malo para su hermana; pero era mi pariente cercano, hermano de mi madre; la sangre que corría por mis venas era su sangre, y esa voz interna que nos incita a ser benévolos con las faltas de los nuestros, no podía permanecer callada después de la escena que pasó ante mis ojos. Al mismo tiempo, yo había podido reconocer en la cara en-

sangrentada de mi tío algunos rasgos fisonómicos de la cara de mi madre y esto aumentó mi aflicción. En aquel momento no me acordé de que había sido un gran criminal, ni menos de las crueldades que usó conmigo durante mi infortunada niñez. Yo les aseguro a ustedes, y no dudo en decir esto, aunque sea en elogio mío, que le perdoné con toda mi alma, y que elevé el pensamiento a Dios, pidiéndole que le perdonara todas sus culpas.

Después supe que se había portado heroicamente en el combate, sin que por esto alcanzara las simpatías de sus compañeros, quienes, reputándole como el más bellaco de los hombres, no tuvieron para él una palabra de afecto o conmiseración, ni aun en el momento supremo en que toda falta se perdona, porque se supone al criminal dando cuenta de sus actos ante Dios.

Avanzado el día, intentó de nuevo el navío *Prince* remolcar al *Santísima Trinidad*, pero con tan poca fortuna como en la noche anterior. La situación no empeoraba, a pesar de que seguía el temporal con igual fuerza, pues se habían reparado muchas averías, y se creía que, una vez calmado el tiempo, podría salvarse el casco. Los ingleses tenían gran empeño en ello, porque querían llevar por trofeo a Gibraltar el más grande navío hasta entonces construido. Por esta razón trabajaban con tanto ahínco en las bombas noche y día, permitiéndonos descansar algún rato.

Durante todo el día 22 la mar se revolvía con frenesí, llevando y trayendo el casco del navío cual si fuera endeble lancha de pescadores; y aquella montaña de madera probaba la fuerte trabazón de sus sólidas cuadernas, cuando no se rompían en mil pedazos al recibir el tremendo golpear de las olas. Había momentos en que, aplanándose el mar, parecía que el navío iba a hundirse para siempre; pero inflamándose la ola como al impulso de profundo torbellino, levantaba aquél su orgullosa proa, adornada con el león de Castilla, y entonces respirábamos con la esperanza de salvarnos.

Por todos lados descubríamos navíos dispersos, la mayor parte ingleses, no sin grandes averías y procurando todos alcanzar la costa para refugiarse. También los vimos españoles y franceses, unos desarbolados, otros remolcados por algún barco enemigo. Marcial reconoció en uno de éstos al *San Ildelfonso*. Vimos flotando en el agua multitud de restos y despojos, como masteleros, cofas, lanchas rotas, escotillas, trozos de balconaje, portas, y, por último, avistamos dos infelices marineros que, mal embarcados en un gran palo, eran llevados por las olas, y habrían perecido

si los ingleses no corrieran al instante a darles auxilio. Traídos a bordo del *Trinidad*, volvieron a la vida, que, recobrada después de sentirse en los brazos de la muerte, equivale a nacer de nuevo.

El día pasó entre agonías y esperanzas;⁶ ya nos parecía que era indispensable el transbordo a un buque inglés para salvarnos, ya creíamos posible conservar el nuestro. De todos modos, la idea de ser llevados a Gibraltar como prisioneros era terrible, si no para mí, para los hombres pundonorosos y obstinados como mi amo, cuyos padecimientos morales debieron de ser inauditos aquel día. Pero estas dolorosas alternativas cesaron por la tarde, y a la hora en que fue unánime la idea de que si no transbordábamos pereceríamos todos en el buque, que ya tenía quince pies de agua en la bodega. Uriarte y Cisneros recibieron aquella noticia con calma y serenidad, demostrando que no hallaban gran diferencia entre morir en la casa propia o ser prisioneros en la extraña. Acto continuo comenzó el transbordo a la escasa luz del crepúsculo, lo cual no era cosa fácil, habiendo precisión de embarcar cerca de trescientos heridos. La tripulación sana constaba de unos quinientos hombres, cifra a que quedaron reducidos los mil ciento quince individuos de que se componía antes del combate.

Comenzó precipitadamente el transbordo con las lanchas del *Trinidad*, las del *Prince* y las de otros tres buques de la escuadra inglesa. Diose la preferencia a los heridos; mas, aunque se trató de evitarles toda molestia, fue imposible levantarlos de donde estaban sin mortificarles, y algunos pedían con fuertes gritos que los dejasen tranquilos, prefiriendo la muerte a un viaje que recrudecía sus dolores. La premura no daba lugar a la compasión, y eran conducidos a las lanchas tan sin piedad, como arrojados al mar fueron los fríos cadáveres de sus compañeros.

El comandante Uriarte y el jefe de escuadra Cisneros se embarcaron en los botes de la oficialidad inglesa; y habiendo instado a mi amo para que entrase también en ellos, éste se negó resueltamente, diciendo que deseaba ser el último en abandonar el *Trinidad*. Esto no dejó de contrariarme, porque desvanecidos en mí los efluvios del patriotismo que al principio me dieron cierto arrojo, no pensaba ya más que en salvar mi vida, y no era lo más

⁶ «Hallábame entre miedos y esperanzas»
(*Guzmán*, 1, 1, 3).^o

a propósito para este noble fin el permanecer a bordo de un buque que se hundía por momentos.

Mis temores no fueron vanos, pues aún no estaba fuera la mitad de la tripulación, cuando un sordo rumor de alarma y pavor resonó en nuestro navío.

—¡Que nos vamos a pique!..., ¡a las lanchas, a las lanchas! —exclamaron algunos, mientras dominados todos por el instinto de conservación, corrían hacia la borda, buscando con ávidos ojos las lanchas que volvían. Se abandonó todo trabajo; no se pensó más en los heridos, y muchos de éstos, sacados ya sobre cubierta, se arrastraban por ella con delirante extravío, buscando un portallón por donde arrojarse al mar. Por las escotillas salía un lastimero clamor, que aún parece resonar en mi cerebro, helando la sangre en mis venas y erizando mis cabellos. Eran los heridos que quedaban en la primera batería, los cuales, sintiéndose anegados por el agua, que ya invadía aquel sitio, clamaban pidiendo socorro no sé si a Dios o a los hombres.

A éstos se lo pedían en vano, porque no pensaban sino en la propia salvación. Se arrojaron precipitadamente a las lanchas y esta confusión en la lobreguez de la noche, entorpecía el transbordo. Un solo hombre, impasible ante tan gran peligro, permanecía en el alcázar sin atender a lo que pasaba a su alrededor, y se paseaba preocupado y meditabundo, como si aquellas tablas donde ponía su pie no estuvieran solicitadas por el inmenso abismo. Era mi amo.

Corrí hacia él despavorido, y le dije:

—¡Señor, que nos ahogamos!

Don Alonso no me hizo caso, y aun creo, si la memoria no me es infiel, que, sin abandonar su actitud, pronunció palabras tan ajenas a la situación como éstas:

—¡Oh, cómo se va a reír Paca cuando yo vuelva a casa después de esta gran derrota!

—¡Señor, que el barco se va a pique! —exclamé de nuevo no ya pintando el peligro, sino suplicando con gestos y voces.

Mi amo miró al mar, a las lanchas, a los hombres que, desesperados y ciegos, se lanzaban a ellas; y yo busqué con ansiosos ojos a Marcial, y le llamé con toda la fuerza de mis pulmones. Entonces pareceme que perdí la sensación de lo que ocurría, me aturdí, se nublaron mis ojos y no sé lo que pasó. Para contar cómo me salvé, no puedo fundarme sino en recuerdos muy vagos, semejantes a las imágenes de un sueño, pues sin duda el terror me quitó

el conocimiento. Me parece que un marinero se acercó a don Alonso cuando yo le hablaba, y le asió con sus vigorosos brazos. Yo mismo me sentí transportado, y cuando mi nublado espíritu se aclaró un poco, me vi en una lancha, recostado sobre las rodillas de mi amo, el cual tenía mi cabeza entre sus manos con paternal cariño. Marcial empuñaba la caña del timón; la lancha estaba llena de gente.

Alcé la vista y vi como a cuatro o cinco varas de distancia, a mi derecha, el negro costado del navío, próximo a hundirse; por los portalones a que aún no había llegado el agua, salía una débil claridad, la de la lámpara encendida al anochecer, y que aún velaba, guardián incansable, sobre los restos del buque abandonado. También hirieron mis oídos algunos lamentos que salían por las troneras: eran los pobres heridos que no había sido posible salvar y se hallaban suspendidos sobre el abismo, mientras aquella triste luz les permitía mirarse, comunicándose con los ojos la angustia de los corazones.

Mi imaginación se trasladó de nuevo al interior del buque; una pulgada de agua faltaba no más para romper el endeble equilibrio que aún le sostenía. ¡Cómo presenciarían aquellos infelices el crecimiento de la inundación! ¡Qué dirían en aquel momento terrible! Y si vieron a los que huían en las lanchas, si sintieron el chasquido de los remos, ¡con cuánta amargura gemirían sus almas atribuladas! Pero también es cierto que aquel atroz martirio las purificó de toda culpa y que la misericordia de Dios llenó todo el ámbito del navío en el momento de sumergirse para siempre.⁷

La lancha se alejó: yo seguí viendo aquella gran masa informe, aunque sospecho que era mi fantasía, no mis ojos, la que miraba el *Trinidad* en la oscuridad de la noche, y hasta creí distinguir en el negro cielo un gran brazo que descendía hasta la superficie de las aguas. Fue sin duda la imagen de mis pensamientos reproducida por los sentidos.

⁷ La religiosidad y el convencionalismo del anciano narrador se manifiestan con frecuencia en el relato.^o

XIII

La lancha se dirigió..., ¿adónde? Ni el mismo Marcial sabía adónde nos dirigiáramos. La oscuridad era tan fuerte que perdimos de vista las demás lanchas, y las luces del navío *Prince* se desvanecieron tras la niebla, como si un soplo las hubiera extinguido. Las olas eran tan gruesas y el vendaval tan recio que la débil embarcación avanzaba muy poco y, gracias a una hábil dirección, no zozobró más de una vez. Todos callábamos y los más fijaban una triste mirada en el sitio donde se suponía que nuestros compañeros abandonados luchaban en aquel instante con la muerte en espantosa agonía.

No acabó aquella travesía sin hacer, conforme a mi costumbre, algunas reflexiones, que bien puedo aventurarme a llamar filosóficas. Alguien se reirá de un filósofo de catorce años; pero yo no me turbaré ante las burlas, y tendré el atrevimiento de escribir aquí mis reflexiones de entonces.¹ Los niños también suelen pensar grandes cosas; y en aquella ocasión, ante aquel espectáculo, ¿qué cerebro, como no fuera el de un idiota, podría permanecer en calma?

Pues bien: en nuestras lanchas iban españoles e ingleses, aunque era mayor el número de los primeros, y era curioso observar cómo fraternizaban, amparándose unos a otros en el común peligro, sin recordar que el día anterior se mataban en horrenda lucha, más parecidos a fieras que a hombres. Yo miraba a los ingleses, remando con tanta decisión como los nuestros; yo observaba en sus semblantes las mismas señales de terror o de esperanza, y, sobre todo, la expresión propia del santo sentimiento de humanidad y caridad, que era el móvil de unos y otros. Con estos pensamientos, decía para mí: «¿Para qué son las guerras, Dios mío? ¿Por qué estos hombres no han de ser amigos en todas las ocasiones de la vida como lo son en las de peligro? Esto que veo, ¿no prueba que todos los hombres son hermanos?».

¹ La tendencia de Gabriel desde niño a reflexionar sobre sus actos o sobre las circunstancias que le rodean justifica el que al final de su vida decida escribir una autobiografía ejemplar. En ella aparecen (como en el *Guzmán*, aun-

que en menor medida) digresiones morales intercaladas con la narración, que responden al propósito didáctico de los *Episodios galdosianos*. Entenza recuerda aquí el gusto por las reflexiones morales de Balzac.

Pero venía de improviso a cortar estas consideraciones la idea de nacionalidad, aquel sistema de islas que yo había forjado, y entonces decía: «Pero ya: esto de que las islas han de querer quitarse unas a otras algún pedazo de tierra, lo echa todo a perder, y sin duda en todas ellas debe de haber hombres muy malos, que son los que arman las guerras para su provecho particular, bien porque son ambiciosos y quieren mandar, bien porque son avaros y anhelan ser ricos. Estos hombres malos son los que engañan a los demás, a todos estos infelices que van a pelear; y para que el engaño sea completo, les impulsan a odiar a otras naciones; siembran la discordia, fomentan la envidia, y aquí tienen ustedes el resultado. Yo estoy seguro —añadí— de que esto no puede durar: apuesto doble contra sencillo a que dentro de poco los hombres de unas y otras islas se han de convencer de que hacen un gran disparate armando tan terribles guerras, y llegará un día en que se abrazarán, conviniendo todos en no formar más que una sola familia».²

Así pensaba yo. Después de esto he vivido setenta años, y no he visto llegar ese día.

La lancha avanzaba trabajosamente por el tempestuoso mar. Yo creo que Marcial, si mi amo se lo hubiera permitido, habría consumado la siguiente hazaña: echar al agua a los ingleses y poner la proa a Cádiz o a la costa, aun con la probabilidad casi ineludible de perecer ahogados en la travesía. Algo de esto me parece que indicó a mi amo, hablándole quedamente al oído, y don Alonso debió de darle una lección de caballería, porque le oí decir: «Somos prisioneros, Marcial; somos prisioneros».

Lo peor del caso es que no divisábamos ningún barco.

El *Prince* se había apartado de donde estaba; ninguna luz nos indicaba la presencia de un buque enemigo. Por último, divisamos una, y un rato después la mole confusa de un navío que corría el temporal por barlovento, y aparecía en dirección contraria a la nuestra. Unos le creyeron francés, otros inglés, y Marcial sostuvo que era español. Forzaron los remos, y no sin gran trabajo llegamos a ponerlo al habla.³

—¡Ah del navío! —gritaron los nuestros.

² El narrador repetirá en *Gerona* (1874): «Debiera existir (no reírse) una policía de las naciones, corporación

en verdad algo difícil de montar».⁰

³ Es decir, 'a una distancia que permitía comunicarse con su tripulación'.

Al punto contestaron en español.

—Es el *San Agustín* —dijo Marcial.

—El *San Agustín* se ha ido a pique —contestó don Alonso—. Me parece que será el *Santa Ana*, que también está apresado.

Efectivamente, al acercarnos, todos reconocieron al *Santa Ana*, mandado en el combate por el teniente general Álava. Al punto los ingleses que lo custodiaban dispusieron prestarnos auxilio y no tardamos en hallarnos todos sanos y salvos sobre cubierta.

El *Santa Ana*, navío de ciento doce cañones, había sufrido también grandes averías, aunque no tan graves como las del *Santísima Trinidad*; y si bien estaba desarbolado de todos sus palos y sin timón, el casco no se conservaba mal.

El *Santa Ana* vivió once años más después de Trafalgar, y aún habría vivido más si por falta de carena no se hubiera ido a pique en la bahía de La Habana en 1816.⁴ Su acción en las jornadas que refiero fue gloriosísima. Mandábalo, como he dicho, el teniente general Álava, jefe de la vanguardia, que, trocado el orden de batalla, vino a quedar a retaguardia. Ya saben ustedes que la columna mandada por Collingwood se dirigió a combatir la retaguardia, mientras Nelson marchó contra el centro. El *Santa Ana*, amparado sólo por el *Fougueux*, francés, tuvo que batirse con el *Royal Sovereign* y otros cuatro ingleses; y a pesar de la desigualdad de fuerzas, tanto padecieron los unos como los otros, siendo el navío de Collingwood el primero que quedó fuera de combate, por lo cual tuvo aquél que trasladarse a la fragata *Eurygalus*. Según allí refirieron, la lucha había sido horrorosa, y los dos poderosos navíos, cuyos penoles se tocaban, estuvieron destrozándose por espacio de seis horas, hasta que herido el general Álava, herido el comandante Gardoqui,⁵ muertos cinco oficiales y noventa y siete marineros con más de ciento cincuenta heridos, tuvo que rendirse el *Santa Ana*. Apresado por los ingleses, era casi imposible manejarlo a causa del mal estado y del furioso vendaval que se desencadenó en la noche del 21; así es que cuando entramos en él se encontraba en situación bien crítica, aunque no desesperada, y flotaba a merced de las olas, sin poder tomar dirección alguna.

⁴ *carena*: 'reparación del casco de la nave'.

⁵ José Gardoqui había tomado parte en el ataque a Gibraltar (1782) y en

la expedición al estrecho de Magallanes (1785). Años más tarde sería nombrado capitán general en Filipinas, donde murió en 1816. ^o

Desde luego me sirvió de consuelo el ver que los semblantes de toda aquella gente revelaban el temor de una próxima muerte. Estaban tristes y tranquilos, soportando con gravedad la pena del vencimiento y el bochorno de hallarse prisioneros. Un detalle advertí también que llamó mi atención, y fue que los oficiales ingleses que custodiaban el buque no eran, ni con mucho, tan complacientes y bondadosos como los que desempeñaron igual cargo a bordo del *Trinidad*. Por el contrario, eran los del *Santa Ana* unos caballeros muy foscos y antipáticos, y mortificaban con exceso a los nuestros, exagerando su propia autoridad y poniendo reparos a todo con suma impertinencia. Esto parecía disgustar mucho a la tripulación prisionera, especialmente a la marinería, y hasta me pareció advertir murmullos alarmantes, que no habrían sido muy tranquilizadores para los ingleses si éstos los hubieran oído.

Por lo demás, no quiero referir incidentes de la navegación de aquella noche, si puede llamarse navegación el vagar a la aventura, a merced de las olas, sin velamen ni timón. No quiero, pues, fastidiar a mis lectores repitiendo hechos que ya presenciamos a bordo del *Trinidad*, y paso a contarles otros enteramente nuevos y que sorprenderán a ustedes tanto como me sorprendieron a mí.

Yo había perdido mi afición a andar por el combés y alcázar de proa, y así, desde que me encontré a bordo del *Santa Ana*, me refugié con mi amo en la cámara, donde pude descansar un poco y alimentarme, pues de ambas cosas estaba muy necesitado. Había allí, sin embargo, muchos heridos a quienes era preciso curar, y esta ocupación, muy grata para mí, no me permitió todo el reposo que mi agobiado cuerpo exigía. Hallábame ocupado en poner a don Alonso una venda en el brazo, cuando sentí que apoyaban una mano en mi hombro; me volví y encaré con un joven alto, embozado en luengo capote azul, y al pronto, como suele suceder, no le reconocí; mas, contemplándole con atención por espacio de algunos segundos, lancé una exclamación de asombro: era el joven don Rafael Malespina, novio de mi amita.

Abrazóle don Alonso con mucho cariño, y él se sentó a nuestro lado. Estaba herido en una mano, y tan pálido por la fatiga y la pérdida de la sangre, que la demacración le desfiguraba completamente el rostro. Su presencia produjo en mi espíritu sensaciones muy raras, y he de confesarlas todas, aunque alguna de ellas me haga poco favor. Al punto experimenté cierta alegría viendo a una persona conocida que había salido ilesa del horroroso luchar;

un instante después el odio antiguo que aquel sujeto me inspiraba se despertó en mi pecho como dolor adormecido que vuelve a mortificarnos tras un período de alivio. Con vergüenza lo confieso: sentí cierta pena de verle sano y salvo; pero diré también en descargo mío que aquella pena fue una sensación momentánea y fugaz como un relámpago, verdadero relámpago negro que oscureció mi alma, o mejor dicho, leve eclipse de la luz de mi conciencia, que no tardó en brillar con esplendorosa claridad.

La parte perversa de mi individuo me dominó un instante; en un instante también supe acallarla, acorralándola en el fondo de mi ser. ¿Podrán todos decir lo mismo?

Después de este combate moral vi a Malespina con gozo, porque estaba vivo, y con lástima, porque estaba herido; y aún recuerdo con orgullo que hice esfuerzos para demostrarle estos dos sentimientos. ¡Pobre amita mía! ¡Cuán grande había de ser su angustia en aquellos momentos! Mi corazón concluía siempre por llenarse de bondad; yo hubiera corrido a Vejer para decirle: «Señorita doña Rosa: vuestro don Rafael está bueno y sano».

El pobre Malespina había sido transportado al *Santa Ana* desde el *Nepomuceno*, navío apresado también, donde era tal el número de heridos, que fue preciso, según dijo, repartirlos para que no perecieran todos de abandono. En cuanto suegro y yerno cambiaron los primeros saludos, consagrando algunas palabras a las familias ausentes, la conversación recayó sobre la batalla; mi amo contó lo ocurrido en el *Santísima Trinidad*, y después añadió:

—Pero nadie me dice a punto fijo dónde está Gravina. ¿Ha caído prisionero, o se retiró a Cádiz?

—El general —contestó Malespina— sostuvo un horroroso fuego contra el *Defiance* y el *Revenge*. Le auxiliaron el *Neptune*, francés, y el *San Ildefonso* y el *San Justo*, nuestros; pero las fuerzas de los enemigos se duplicaron con la ayuda del *Dreadnought*, del *Thunderer* y del *Poliphemus*, después de lo cual fue imposible toda resistencia. Hallándose el *Príncipe de Asturias* con todas las jarcias cortadas, sin palos, acribillado a balazos, y habiendo caído herido el general Gravina y su mayor general Escaño, resolvieron abandonar la lucha, porque toda resistencia era insensata y la batalla estaba perdida. En un resto de arboladura puso Gravina la señal de retirada, y acompañado del *San Justo*, el *San Leandro*, el *Montañés*, el *Indomptable*, el *Neptune* y el *Argonauta*, se dirigió a Cádiz,

con la pena de no haber podido rescatar el *San Ildefonso*, que ha quedado en poder de los enemigos.

—Cuénteme usted lo que ha pasado en el *Nepomuceno* —dijo mi amo con el mayor interés—. Aún me cuesta trabajo creer que ha muerto Churruca, y a pesar de que todos lo dan como cosa cierta, yo tengo la creencia de que aquel hombre divino ha de estar vivo en alguna parte.

Malespina dijo que, desgraciadamente, él había presenciado la muerte de Churruca y prometió contarle puntualmente.⁶ Formaron corro en torno suyo algunos oficiales, y yo, más curioso que ellos, me volví todo oídos para no perder una sílaba.

—Desde que salimos de Cádiz —dijo Malespina—, Churruca tenía el presentimiento de este gran desastre. Él había opinado contra la salida, porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas, y además confiaba poco en la inteligencia del jefe Villeneuve. Todos sus pronósticos han salido ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que la presentía, seguro como estaba de no alcanzar la victoria. El 19 dijo a su cuñado Apodaca:⁷ «Antes que rendir mi navío, lo he de volar o echar a pique. Éste es el deber de los que sirven al rey y a la patria». El mismo día escribió a un amigo suyo, diciéndole: «Si llegas a saber que mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto...».

»Ya se conocía en la grave tristeza de su semblante que preveía un desastroso resultado. Yo creo que esta certeza y la imposibilidad material de evitarlo, sintiéndose con fuerzas para ello, perturbaban profundamente su alma, capaz de las grandes acciones, así como de los grandes pensamientos.

»Churruca era hombre religioso, porque era un hombre superior. El 21, a las once de la mañana, mandó subir toda la tropa y marinería; hizo que se pusieran de rodillas, y dijo al capellán con solemne acento: «Cumpla usted, padre, con su ministerio, y absuelva a esos valientes que ignoran lo que les espera en el combate». Concluida la ceremonia religiosa, les mandó poner en pie, y hablando en tono persuasivo y firme, exclamó: «¡Hijos

⁶ Como sucederá a lo largo de los cuarenta y seis *Episodios*, siempre hay un personaje en el lugar y el momento oportunos en que se desarrolla una escena histórica, para poder contarla.^o

⁷ José Ruiz de Apodaca, cuñado de Churruca, a los diecisiete años tomó parte en el combate de Trafalgar a bordo del *Nepomuceno*. Cuando el navío se rindió, Apodaca fue hecho prisionero por los ingleses.

míos: en nombre de Dios, prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo con sus deberes! Si alguno faltase a ellos, le haré fusilar inmediatamente, y si escapase a mis miradas o a las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus días miserable y desgraciado”.

»Esta arenga, tan elocuente como sencilla, que hermanaba el cumplimiento del deber militar con la idea religiosa, causó entusiasmo en toda la dotación del *Nepomuceno*. ¡Qué lástima de valor! Todo se perdió como un tesoro que cae al fondo del mar. Avistados los ingleses, Churruca vio con el mayor desagrado las primeras maniobras dispuestas por Villeneuve, y cuando éste hizo señales de que la escuadra virase en redondo, lo cual, como todos saben, desconcertó el orden de batalla, manifestó a su segundo que ya consideraba perdida la acción con tan torpe estrategia. Desde luego comprendió el aventurado plan de Nelson, que consistía en cortar nuestra línea por el centro y retaguardia, envolviendo la escuadra combinada y batiendo parcialmente sus buques, en tal disposición, que éstos no pudieran prestarse auxilio.

»El *Nepomuceno* vino a quedar al extremo de la línea. Rompióse el fuego entre el *Santa Ana* y *Royal Sovereign*, y sucesivamente todos los navíos fueron entrando en el combate. Cinco navíos ingleses de la división de Collingwood se dirigieron contra el *San Juan*, pero dos de ellos siguieron adelante, y Churruca no tuvo que hacer frente más que a fuerzas triples.

»Nos sostuvimos enérgicamente contra tan superiores enemigos hasta las dos de la tarde, sufriendo mucho; pero devolviendo doble estrago a nuestros contrarios. El grande espíritu de nuestro heroico jefe parecía haberse comunicado a soldados y marineros, y las maniobras, así como los disparos, se hacían con una prontitud pasmosa. La gente de leva se había educado en el heroísmo, sin más que dos horas de aprendizaje, y nuestro navío, por su defensa gloriosa, no sólo era el terror, sino el asombro de los ingleses.

»Éstos necesitaron nuevos refuerzos: necesitaron seis contra uno. Volvieron los dos navíos que nos habían atacado primero, y el *Dreadnought* se puso al costado del *San Juan*, para batirnos a medio tiro de pistola.⁸ Figúrense ustedes el fuego de estos seis co-

⁸ Se eliminó en *E* «por la aleta y popa» que figura en *MABI*. □

losos, vomitando balas y metralla sobre un buque de setenta y cuatro cañones. Parecía que nuestro navío se agrandaba, creciendo en tamaño, conforme crecía el arroyo de sus defensores. Las proporciones gigantescas que tomaban las almas, parecía que tomaban también los cuerpos; y al ver cómo infundíamos pavor a fuerzas seis veces superiores, nos creíamos algo más hombres.

»Entretanto, Churruca, que era nuestro pensamiento, dirigía la acción con serenidad asombrosa. Comprendiendo que la destreza había de suplir a la fuerza, economizaba los tiros, y lo fiaba todo a la buena puntería, consiguiendo así que cada bala hiciera un estrago positivo en los enemigos. A todo atendía, todo lo disponía, y la metralla y las balas corrían sobre su cabeza, sin que una sola vez se inmutara. Aquel hombre, débil y enfermizo, cuyo hermoso y triste semblante no parecía nacido para arrostrar escenas tan espantosas, nos infundía a todos misterioso ardor, sólo con el rayo de su mirada.

»Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía. Viendo que no era posible hostilizar a un navío que por la proa molestaba al *San Juan* impunemente, fue él mismo a apuntar el cañón, y logró desarbolar al contrario. Volvía al alcázar de popa, cuando una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha, con tal acierto, que casi se la desprendió del modo más doloroso por la parte alta del muslo. Corrimos a sostenerlo, y el héroe cayó en mis brazos. ¡Qué horrible momento! Aún me parece que siento bajo mi mano el violento palpitar de un corazón, que hasta en aquel instante terrible no latía sino por la patria. Su decaimiento físico fue rapidísimo: le vi esforzándose por erguir la cabeza, que se le inclinaba sobre el pecho, le vi tratando de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada, exclamó: “Esto no es nada. Siga el fuego”.

»Su espíritu se rebelaba contra la muerte, disimulando el fuerte dolor de un cuerpo mutilado, cuyas postreras palpitaciones se extinguían de segundo en segundo. Tratamos de bajarle a la cámara; pero no fue posible arrancarle del alcázar. Al fin, cediendo a nuestros ruegos, comprendió que era preciso abandonar el mando. Llamó a Moyna, su segundo, y le dijeron que había muerto;⁹ llamó al

⁹ Francisco de Moyna, capitán de fragata, había participado en el combate de Finisterre y en la campaña del Mediterráneo como comandante de la

fragata *Perla*, antes de formar parte de la tripulación del *San Juan Nepomuceno* en el combate de Trafalgar, en el cual murió.

comandante de la primera batería, y éste, aunque gravemente herido, subió al alcázar y tomó posesión del mando.

»Desde aquel momento la tripulación se achicó: de gigante se convirtió en enano; desapareció el valor, y comprendimos que era indispensable rendirse. La consternación de que yo estaba poseído desde que recibí en mis brazos al héroe del *San Juan*, no me impidió observar el terrible efecto causado en los ánimos de todos por aquella desgracia. Como si una repentina parálisis moral y física hubiera invadido la tripulación, así se quedaron todos helados y mudos, sin que el dolor ocasionado por la pérdida de hombre tan querido diera lugar al bochorno de la rendición.¹⁰

»La mitad de la gente estaba muerta o herida; la mayor parte de los cañones desmontados; la arboladura, excepto el palo de trinquete, había caído, y el timón no funcionaba. En tan lamentable estado, aún se quiso hacer un esfuerzo para seguir al *Príncipe de Asturias*, que había izado la señal de retirada; pero el *Nepomuceno*, herido de muerte, no pudo gobernar en dirección alguna. Y a pesar de la ruina y destrozo del buque; a pesar del desmayo de la tripulación; a pesar de concurrir en nuestro daño circunstancias tan desfavorables, ninguno de los seis navíos ingleses se atrevió a intentar un abordaje. Temían a nuestro navío aún después de vencerlo.

»Churruca, en el paroxismo de su agonía, mandaba clavar la bandera, y que no se rindiera el navío mientras él viviese. El plazo no podía menos de ser desgraciadamente muy corto, porque Churruca se moría a toda prisa, y cuantos le asistíamos nos asombrábamos de que alentara todavía un cuerpo en tal estado; y era que le conservaba así la fuerza del espíritu, apegado con irresistible empeño a la vida, porque para él en aquella ocasión vivir era un deber. No perdió el conocimiento hasta los últimos instantes: no se quejó de sus dolores, ni mostró pesar por su fin cercano; antes bien, todo su empeño consistía sobre todo en que la tripulación no conociera la gravedad de su estado, y en que ninguno faltase a su deber. Dio las gracias a la tripulación por su heroico comportamiento; dirigió algunas palabras a su cuñado Ruiz de Apodaca, y después de consagrar un recuerdo a su joven esposa, y de elevar

¹⁰ En todo lo relatado por Malespina, Galdós ha seguido de cerca a *Combate*, 313-320, repitiendo incluso frases

que el historiador ofrece como literales de Churruca, del comandante accidental del *Nepomuceno* y del oficial inglés. □

el pensamiento a Dios, cuyo nombre oímos pronunciado varias veces tenuemente por sus secos labios, expiró con la tranquilidad de los justos y la entereza de los héroes, sin la satisfacción de la victoria, pero también sin el resentimiento del vencido; asociando el deber a la dignidad, y haciendo de la disciplina una religión, firme como militar, sereno como hombre, sin pronunciar una queja, ni acusar a nadie, con tanta dignidad en la muerte como en la vida. Nosotros contemplábamos su cadáver aún caliente, y nos parecía mentira; creíamos que había de despertar para mandarnos de nuevo, y tuvimos para llorarle menos entereza que él para morir, pues al expirar se llevó todo el valor, todo el entusiasmo que nos había infundido.

»Rindióse el *San Juan* y cuando subieron a bordo los oficiales de las seis naves que lo habían destrozado, cada uno pretendía para sí el honor de recibir la espada del brigadier muerto. Todos decían: "Se ha rendido a mi navío", y por un instante disputaron reclamando el honor de la victoria para uno u otro de los buques a que pertenecían. Quisieron que el comandante accidental del *San Juan* decidiera la cuestión, diciendo a cuál de los navíos ingleses se había rendido, y aquél respondió: "A todos, que a uno solo jamás se hubiera rendido el *San Juan*".

»Ante el cadáver del malogrado Churruca, los ingleses, que le conocían por la fama de su valor y entendimiento, mostraron gran pena, y uno de ellos dijo esto o cosa parecida: "Varones ilustres como éste no debían estar expuestos a los azares de un combate, y sí conservados para los progresos de la ciencia de la navegación". Luego dispusieron que las exequias se hicieran formando la tropa y marinería inglesa al lado de la española, y en todos sus actos se mostraron caballeros magnánimos y generosos.

»El número de heridos a bordo del *San Juan* era tan considerable que nos transportaron a otros barcos suyos o prisioneros. A mí me tocó pasar a éste, que ha sido de los más maltratados; pero ellos cuentan poderlo remolcar a Gibraltar antes que ningún otro, ya que no pueden llevarse al *Trinidad*, el mayor y el más apetecido de nuestros navíos.

Aquí terminó Malespina, el cual fue oído con viva atención durante el relato de lo que había presenciado. Por lo que oí pude comprender que a bordo de cada navío había ocurrido una tragedia tan espantosa como la que yo mismo había presenciado, y dije para mí: «¡Cuánto desastre, Santo Dios, causado por las tor-

pezas de un solo hombre!». Y aunque yo era entonces un chiquillo, recuerdo que pensé lo siguiente:¹¹ «Un hombre tonto no es capaz de hacer en ningún momento de su vida los disparates que hacen a veces las naciones, dirigidas por centenares de hombres de talento».

XIV

Buena parte de la noche se pasó con la relación de Malespina y de otros oficiales. El interés de aquellas narraciones me mantuvo despierto y tan excitado, que ni aun mucho después pude conciliar el sueño. No podía apartar de mi memoria la imagen de Churruca, tal y como le vi bueno y sano en casa de doña Flora. Y en efecto, en aquella ocasión me había causado sorpresa la intensa tristeza que expresaba el semblante del ilustre marino, como si presagiara su doloroso y cercano fin. Aquella noble vida se había extinguido a los cuarenta y cuatro años de edad, después de veintinueve de honrosos servicios en la armada, como sabio, como militar y como navegante, pues todo lo era Churruca, además de un perfecto caballero.

En estas y otras cosas pensaba yo, cuando al fin mi cuerpo se rindió a la fatiga, y me quedé dormido al amanecer del 23, habiendo vencido mi naturaleza juvenil a mi curiosidad. Durante el sueño, que debió de ser largo y no tranquilo, antes bien agitado por las imágenes y pesadillas propias de la excitación de mi cerebro, sentía el estruendo de los cañonazos, las voces de la batalla, el ruido de las agitadas olas. Al mismo tiempo soñaba que yo disparaba las piezas, que subía a la arboladura, que recorría las baterías alentando a los artilleros, y hasta que mandaba la maniobra en el alcázar de popa como un almirante. Excuso decir que en aquel reñido combate forjado dentro de mi propio cerebro derroté a todos los ingleses habidos y por haber con más facilidad que si sus barcos fueran de cartón y de miga de pan sus balas. Yo tenía bajo mi insignia como unos mil navíos, mayores todos que el *Trinidad*, y se movían a mi antojo con tanta precisión como

¹¹ En este pensamiento se transparenta la reflexión que se hace Lázaro de Tormes: «Yo, aunque bien mocha-

cho, noté aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí: ¡Cuantos debe de haber...!» (*Lazarillo*, 1).^o

los juguetes con que mis amigos y yo nos divertíamos en los charcos de la Caleta.¹

Mas al fin todas estas glorias se desvanecieron; lo cual, siendo como eran puramente soñadas, nada tiene de extraño, cuando vemos que también las reales se desvanecen. Todo se acabó cuando abrí los ojos y advertí mi pequeñez, asociada con la magnitud de los desastres a que había asistido. Pero, ¡cosa singular!, despierto, sentí también cañonazos; sentí el espantoso rumor de la refriega y gritos que anunciaban una gran actividad en la tripulación. Creí soñar todavía; me incorporé en el canapé donde había dormido, atendí con todo cuidado, y, en efecto, un atronador grito de *viva el rey* hirió mis oídos, no dejándome duda de que el navío *Santa Ana* se estaba batiendo de nuevo.

Salí fuera, y pude hacerme cargo de la situación. El tiempo había calmado bastante: por barlovento se veían algunos navíos desmantelados, y dos de ellos, ingleses, hacían fuego sobre el *Santa Ana*, que se defendía al amparo de otros dos, un español y un francés. No me explicaba aquel cambio repentino en nuestra situación de prisioneros; miré a popa, y vi nuestra bandera flotando en lugar de la inglesa. ¿Qué había pasado?, o, mejor, ¿qué pasaba?

En el alcázar de popa estaba uno que comprendí era el general Álava, y, aunque herido en varias partes de su cuerpo, mostraba fuerzas bastantes para dirigir aquel segundo combate, destinado quizás a hacer olvidar respecto al *Santa Ana* las desventuras del primero. Los oficiales alentaban a la marinería; ésta cargaba y disparaba las piezas que habían quedado servibles, mientras algunos se ocupaban en custodiar, teniéndoles a raya, a los ingleses, que habían sido desarmados y acorralados en el primer entrepuente. Los oficiales de esta nación, que eran antes nuestros guardianes, se habían convertido en prisioneros.

Todo lo comprendí. El heroico comandante del *Santa Ana*, don Ignacio M. de Álava, viendo que se aproximaban algunos navíos españoles, salidos de Cádiz, con objeto de represar los buques prisioneros y salvar la tripulación de los próximos a naufragar, se

¹ Ésta es la última de las versiones alternativas del combate que la novela ofrece. Los juegos del niño en la Caleta, el simulacro que junto a Marcial y don Alonso realiza en Vejer, y este

sueño plasman las ilusiones de triunfo de Gabriel —y simbólicamente de España—, truncadas por la derrota sufrida en el combate real, que resulta, por contraste, más desalentadora. °

dirigió con lenguaje patriótico a su abatida tripulación. Ésta respondió a la voz de su jefe con un supremo esfuerzo; obligaron a rendirse a los ingleses que custodiaban el barco; enarbolaron de nuevo la bandera española y el *Santa Ana* quedó libre, aunque comprometido en nueva lucha, más peligrosa quizá que la primera.²

Este singular atrevimiento, uno de los episodios más honrosos de la jornada de Trafalgar, se llevó a cabo en un buque desarbolado, sin timón, con la mitad de su gente muerta o herida y el resto en una situación moral y física enteramente lamentable. Preciso fue, una vez consumado aquel acto, arrostrar sus consecuencias: dos navíos ingleses, también muy mal parados, hacían fuego sobre el *Santa Ana*; pero éste era socorrido oportunadamente por el *Asís*, el *Montañés* y el *Rayo*, tres de los que se retiraron con Gravina el día 21, y que habían vuelto a salir para rescatar a los apresados. Aquellos nobles inválidos trabaron nueva y desesperada lucha, quizás con más coraje que la primera, porque las heridas no restañadas avivan la furia en el alma de los combatientes, y éstos parece que riñen con más ardor, porque tienen menos vida que perder.

Las peripecias todas del terrible día 21 se renovaron a mis ojos: el entusiasmo era grande, pero la gente escasa, por lo cual fue preciso duplicar el esfuerzo. Sensible es que hecho tan heroico no haya ocupado en nuestra historia más que una breve página, si bien es verdad que junto al gran suceso que hoy se conoce con el nombre de *Combate de Trafalgar*, estos episodios se achican, y casi desaparecen como débiles resplandores en una horrenda noche.

Entonces presencié un hecho que me hizo derramar lágrimas. No encontrando a mi amo por ninguna parte, y temiendo que corriera algún peligro, bajé a la primera batería y le hallé ocupado en apuntar un cañón. Su mano trémula había recogido el botafuego de las de un marinero herido, y con la debilitada vista de su ojo derecho, buscaba el infeliz el punto adonde quería mandar la bala. Cuando la pieza se disparó, se volvió hacia mí, trémulo de gozo, y con voz que apenas pude entender, me dijo:

—¡Ah, ahora Paca no se reirá de mí! ¡Entraremos triunfantes en Cádiz!

² Galdós resume aquí lo que ha leído en *Renacimiento*.^o

En resumen, la lucha terminó felizmente,³ porque los ingleses comprendieron la imposibilidad de represar al *Santa Ana*, a quien favorecían, a más de los tres navíos indicados, otros dos franceses y una fragata, que llegaron en lo más recio de la pelea.

Estábamos libres de la manera más gloriosa; pero en el punto en que concluyó aquella hazaña, comenzó a verse claro el peligro en que nos encontrábamos, pues el *Santa Ana* debía ser remolcado hasta Cádiz, a causa del mal estado de su casco. La fragata francesa *Themis* echó un cable y puso la proa al norte; pero ¿qué fuerza podía tener aquel barco para remolcar otro tan pesado como el *Santa Ana*, y que sólo podía ayudarse con las velas desgarradas que quedaban en el palo del trinquete? Los navíos que nos habían rescatado, esto es, el *Rayo*, el *Montañés* y el *San Francisco de Asís*, quisieron llevar más adelante su proeza, y forzaron de vela para rescatar también al *San Juan* y al *Bahama*, que iban marinados por los ingleses. Nos quedamos, pues, solos, sin más amparo que el de la fragata que nos arrastraba, niño que conducía un gigante. ¿Qué sería de nosotros si los ingleses, como era de suponer, se reponían de su descalabro y volvían con nuevos refuerzos a perseguirnos? En tanto parece que la Providencia nos favorecía, pues el viento, propicio a la marcha que llevábamos, impulsaba a nuestra fragata, y tras ella, conducido amorosamente, el navío se acercaba a Cádiz.

Cinco leguas nos separaban del puerto.

¡Qué indecible satisfacción! Pronto concluirían nuestras penas; pronto pondríamos el pie en suelo seguro, y si llevábamos la noticia de grandes desastres, también llevábamos la felicidad a muchos corazones, que padecían mortal angustia creyendo perdidos para siempre a los que volvían con vida y con saludo.

La intrepidez de los navíos españoles no tuvo más éxito que el rescate del *Santa Ana*, pues les cargó el tiempo y tuvieron que retroceder sin poder dar caza a los navíos ingleses que custodiaban al *San Juan*, al *Bahama* y al *San Ildefonso*. Aún distábamos cuatro leguas del término de nuestro viaje cuando los vimos retroceder. El vendaval había arreciado, y fue opinión general a bordo del *Santa Ana* que, si tardábamos en llegar, pasaríamos muy mal rato.

³ En resumen, la lucha terminó felizmente, sustituyó a partir de A un largo párrafo que figuraba en M. □

Nuevos y más terribles apuros. Otra vez la esperanza perdida a la vista del puerto, y cuando unos cuantos pasos más sobre el terrible elemento nos habrían puesto en completa seguridad dentro de la bahía.

A todas éstas se venía la noche encima con malísimo aspecto: el cielo, cargado de nubes negras, parecía haberse aplanado sobre el mar, y las exhalaciones eléctricas, que lo inflamaban con breves intervalos, daban al crepúsculo un tinte pavoroso. La mar, cada vez más turbulenta, furia aún no aplacada con tanta víctima, bramaba con ira, y su insaciable voracidad pedía mayor número de presas. Los despojos de la más numerosa escuadra que por aquel tiempo había desafiado su furor juntamente con la de los enemigos, no se escapaban a la cólera del elemento, irritado como un dios antiguo, sin compasión hasta el último instante, tan cruel ante la fortuna como ante la desdicha.

Yo observé señales de profunda tristeza lo mismo en el semblante de mi amo que en el del general Álava, quien, a pesar de sus heridas, estaba en todo, y mandaba hacer señales a la fragata *Themis* para que acelerase su marcha si era posible. Lejos de corresponder a su justa impaciencia, nuestra remolcadora se preparaba a tomar rizos y a cargar muchas de sus velas, para aguantar mejor el furioso levante. Yo participé de la general tristeza, y en mis adentros consideraba cuán fácilmente se burla el destino de nuestras previsiones mejor fundadas y con cuánta rapidez se pasaba de la mayor suerte a la última desgracia. Pero allí estábamos sobre el mar, emblema majestuoso de la humana vida. Un poco de viento le transforma; la ola mansa que golpea el buque con blando azote, se trueca en montaña líquida que le quebranta y le sacude; el grato sonido que forman durante la bonanza las leves ondulaciones del agua, es luego una voz que se enronquece y grita, injuriando a la frágil embarcación; y ésta, despeñada, se sumerge sintiendo que le falta el sostén de su quilla, para levantarse luego lanzada hacia arriba por la ola que sube. Un día sereno trae espantosa noche, o, por el contrario, una luna que hermosea el espacio y serena el espíritu suele preceder a un sol terrible, ante cuya claridad la naturaleza se descompone con formidable trastorno.⁴

⁴ *consideraba cuán fácilmente... formidable trastorno*: estas frases reiterativas recuerdan de nuevo las reflexiones de Lázaro o Guzmán sobre las fluctuacio-

Nosotros experimentábamos la desdicha de estas alternativas, y además la que proviene de las propias obras del hombre. Tras un combate habíamos sufrido un naufragio; salvados de éste, nos vimos nuevamente empeñados en una lucha que fue afortunada, y luego, cuando nos creíamos al fin de tantas penas, cuando saludábamos a Cádiz llenos de alegría, nos vimos de nuevo en poder de la tempestad, que hacia fuera nos atraía, ansiosa de rematarnos. Esta serie de desventuras parecía absurda, ¿no es verdad? Era como la cruel aberración de una divinidad empeñada en causar todo el mal posible a seres extraviados...; pero no: era la lógica del mar, unida a la lógica de la guerra. Asociados estos dos elementos terribles, ¿no es un imbécil el que se asombre de verles engendrar las mayores desventuras?

Una nueva circunstancia aumentó para mí y para mi amo las tristezas de aquella tarde. Desde que se rescató el *Santa Ana* no habíamos visto al joven Malespina. Por último, después de buscarle mucho, le encontré acurrucado en uno de los canapés de la cámara.

Acerqueme a él y le vi muy demudado; le interrogué y no pudo contestarme. Quiso levantarse y volvió a caer casi sin aliento.

—¡Está usted herido! —dije—. Llamaré para que le curen.

—No es nada —contestó—. ¿Querrás traerme un poco de agua?

Al punto llamé a mi amo.

—¿Qué es eso?, ¿la herida de la mano? —preguntó éste examinando al joven.

—No, es algo más —repuso don Rafael con tristeza, y señaló a su costado derecho, cerca de la cintura.

Luego, como si el esfuerzo empleado en mostrar su herida y en decir aquellas pocas palabras fuera excesivo para su naturaleza debilitada, cerró los ojos y quedó sin habla ni movimiento por algún tiempo.

—¡Oh!, esto parece grave —dijo don Alonso con desaliento.

—¡Y más que grave! —añadió un cirujano que había acudido a examinarle.

Malespina, poseído de profunda tristeza al verse en tal estado, y creyendo que no había remedio para él, ni siquiera dio cuenta

nes del destino y los rápidos cambios de la fortuna. Recuérdese, por ejemplo, el *Guzmán*, III, 4: «Los bienes y

hacienda ... brevemente se van ... Cuánto hay hoy en el mundo, todo está sujeto a mudanzas y lleno de ellas».

de su herida y se retiró a aquel sitio, donde le detuvieron sus pensamientos y sus recuerdos. Creyéndose próximo a morir, se negaba a que se le hiciera la cura. El cirujano dijo que, aunque grave, la herida no parecía mortal; pero añadió que si no llegáramos a Cádiz aquella noche para que fuese convenientemente asistido en tierra, la vida de aquél, así como la de otros heridos, corría gran peligro. El *Santa Ana* había tenido en el combate del 21 noventa y siete muertos y ciento cuarenta heridos: se habían agotado los recursos de la enfermería, y algunos medicamentos indispensables faltaban por completo. La desgracia de Malespina no fue la única después del rescate, y Dios quiso que otra persona para mí muy querida sufriese igual suerte. Marcial cayó herido, si bien en los primeros instantes apenas sintió dolor y abatimiento, porque su vigoroso espíritu le sostenía. No tardó, sin embargo, en bajar al sollado, diciendo que se sentía muy mal. Mi amo envió al cirujano para que le asistiese, y éste se limitó a decir que la herida no habría tenido importancia alguna en un joven de veinticuatro años: *Medio-hombre* tenía más de sesenta.⁵

En tanto, el navío *Rayo* pasaba por babor y al habla. Álava mandó que se le preguntase a la fragata *Themis* si creía poder entrar en Cádiz, y habiendo contestado rotundamente que no, se hizo igual pregunta al *Rayo*, que hallándose casi ileso contaba con arribar seguramente al puerto. Entonces, reunidos varios oficiales, acordaron trasladar a aquel navío al comandante Gardoqui, gravemente herido, y a otros muchos oficiales de mar y tierra, entre los cuales se contaba el novio de mi amita. Don Alonso consiguió que Marcial fuese también trasladado, en atención a que su mucha edad le agravaba considerablemente, y a mí me hizo el encargo de acompañarles como paje o enfermero, ordenándome que no me apartase ni un instante de su lado, hasta que no les dejase en Cádiz o en Vejer en poder de su familia. Me dispuse a obedecer, intenté persuadir a mi amo de que él también debía transbordarse al *Rayo* por ser más seguro; pero ni siquiera quiso oír tal proposición.

—La suerte —dijo— me ha traído a este buque, y en él estaré

⁵ Desde *La desgracia de Malespina* hasta aquí, no figura en *M*; en cambio, se leía: «Mi amo, que era algo optimista, como habrá observado el lector, ha-

llaba en su corazón consuelo para todas las penas y decía: —Si llegásemos a Cádiz, Dios no puede negarnos este consuelo, después de tantas penas...».

hasta que Dios decida si nos salvamos o no. Álava está muy mal; la mayor parte de la oficialidad se halla herida, y aquí puedo prestar algunos servicios. No soy de los que abandonan el peligro; al contrario, le busco desde el 21, y deseo encontrar ocasión de que mi presencia en la escuadra sea de provecho. Si llegas antes que yo, como espero, di a Paca que el buen marino es esclavo de su patria, y que yo he hecho muy bien en venir aquí, y que estoy muy contento de haber venido, y que no me pesa, no señor, no me pesa..., al contrario... Dile que se alegrará cuando me vea, y que de seguro mis compañeros me habrían echado de menos si no hubiera venido... ¿Cómo había de faltar? ¿No te parece a ti que hice bien en venir?

—Pues claro; ¿eso qué duda tiene? —respondí procurando calmar su agitación, la cual era tan grande, que no le dejaba ver la inconveniencia de consultar con un mísero paje cuestión tan grave.

—Veo que tú eres una persona razonable —añadió sintiéndose consolado con mi aprobación—; veo que tienes miras elevadas y patrióticas... Pero Paca no ve las cosas más que por el lado de su egoísmo; y como tiene un genio tan raro, y como se le ha metido en la cabeza que las escuadras y los cañones no sirven para nada, no puede comprender que yo... En fin..., sé que se pondrá furiosa cuando vuelva, pues... como no hemos ganado, dirá esto y lo otro..., me volverá loco..., pero, ¡quía...!, yo no le haré caso. ¿Qué te parece a ti? ¿No es verdad que no debo hacerle caso?

—Ya lo creo —contesté—. Usía ha hecho muy bien en venir; eso prueba que es un valiente marino.

—Pues vete con esas razones a Paca, y verás lo que te contesta —replicó él cada vez más agitado—. En fin, dile que estoy bueno y sano, y que mi presencia aquí ha sido muy necesaria. La verdad es que en el rescate del *Santa Ana* he tomado parte muy principal. Si yo no hubiera apuntado tan bien aquellos cañones, quién sabe, quién sabe...⁶ ¿Y qué crees tú? Aún puede que haga algo más; aún puede ser que si el viento nos es favorable, rescatemos mañana un par de navíos... Sí, señor... Aquí estoy meditando cierto

⁶ Lo esperpéntico reúne la pretensión heroica de dos viejos mutilados e inútiles —don Alonso y Marcial— y un muchacho inexperto, con lo gro-

tesco de su incapacidad para otro heroísmo que no sea —en el primero— el de soportar la vida conyugal.^o

plan... Veremos, veremos... Conque adiós, Gabrielillo. Cuidado con lo que le dices a Paca.

—No, no me olvidaré. Ya sabrá que si no es por usía no se represa el *Santa Ana*, y sabrá también que puede ser que a lo mejor nos traiga a Cádiz dos docenas de navíos.

—Dos docenas no, hombre —dijo—; eso es mucho. Dos navíos, o quizá tres. En fin, yo creo que he hecho muy bien en venir a la escuadra. Ella estará furiosa y me volverá loco cuando regrese; pero... yo creo, lo repito, que he hecho muy bien en embarcarme.

Dicho esto se apartó de mí. Un instante después le vi sentado en un rincón de la cámara. Estaba rezando, y movía las cuentas del rosario con mucho disimulo, porque no quería que le vieran ocupado en tan devoto ejercicio. Yo presumí por sus últimas palabras que mi amo había perdido el seso, y viéndole rezar me hice cargo de la debilidad de su espíritu, que en vano se había esforzado por sobreponerse a la edad cansada, y no pudiendo sostener la lucha se dirigía a Dios en busca de misericordia. Doña Francisca tenía razón. Mi amo, desde hace muchos años, no servía más que para rezar.

Conforme a lo acordado nos transbordamos. Don Rafael y Marcial, como los demás oficiales heridos, fueron bajados en brazos a una de las lanchas, con mucho trabajo, por robustos marineros. Las fuertes olas estorbaban mucho esta operación; pero al fin se hizo, y las dos embarcaciones se dirigieron al *Rayo*. La travesía de un navío a otro fue malísima; mas al fin, aunque hubo momentos en que a mí me parecía que la embarcación iba a desaparecer para siempre, llegamos al costado del *Rayo*, y con muchísimo trabajo subimos la escala.

XV

—Hemos salido de Guatemala para entrar en Guatepeor —dijo Marcial cuando le pusieron sobre cubierta—. Pero donde manda capitán no manda marinero. A este condenado le pusieron *Rayo* por mal nombre. Él dice que entrará en Cádiz antes de media noche, y yo digo que no entra. Veremos a ver.

—¿Qué dice usted, Marcial, que no llegaremos? —pregunté con mucho afán.

—Usted, señor Gabrielito, no entiende de esto.

—Es que cuando mi señor don Alonso y los oficiales del *Santa Ana* creen que el *Rayo* entrará esta noche, por fuerza tiene que entrar. Ellos que lo dicen, bien sabido se lo tendrán.

—Y tú no sabes, *sardiniya*, que esos señores de popa se *candilean* (se equivocan) más fácilmente que nosotros los marinos de combés. Si no, ahí tienes al jefe de toda la escuadra, Monsieur Corneta, que cargue el diablo con él. Ya ves cómo no ha tenido ni tanto así *de idea* para mandar la acción. ¿Piensas tú que si Monsieur Corneta hubiera hecho lo que yo decía se hubiera perdido la batalla?

—¿Y usted cree que no llegaremos a Cádiz?

—Digo que este navío es más pesado que el mismo plomo, y además traicionero.¹ Tiene mala andadura, gobierna mal y parece que está cojo, tuerto y manco como yo, pues si le echan la caña para aquí, él va para allí.

En efecto; el *Rayo* según opinión general, era un barco de malísimas condiciones marineras. Pero a pesar de esto y de su avanzada edad, que frisaba en los cincuenta y seis años, como se hallaba en buen estado, no parecía correr peligro alguno, pues si el vendaval era cada vez mayor, también el puerto estaba cerca. De todos modos, ¿no era lógico suponer que mayor peligro corría el *Santa Ana*, desarbolado, sin timón, y obligado a marchar a remolque de una fragata?

Marcial fue puesto en el sollado y Malespina en la cámara. Cuando le dejamos allí con los demás oficiales heridos, escuché una voz que reconocí, aunque al punto no pude darme cuenta de la persona a quien pertenecía. Acerquéme al grupo de donde salía aquella charla retumbante, que dominaba las demás voces, y quedé asombrado, reconociendo al mismo don José María Malespina en persona. Corrí a él para decirle que estaba su hijo, y el buen padre suspendió la sarta de mentiras que estaba contando para acudir al lado del joven herido. Grande fue su alegría encontrándole vivo, pues había salido de Cádiz porque la impaciencia le devoraba, y quería saber de su paradero a todo trance.

—Eso que tienes no es nada —dijo abrazando a su hijo—; un simple rasguño. Tú no estás acostumbrado a sentir heridas; eres

¹ En *M* se añade: «La mar no lo quiere ... vamos, no son amigos, y ello es el caso que siempre sale mal librado».

una dama, Rafael. ¡Oh! Si cuando la guerra del Rosellón hubieras estado en edad de ir allá conmigo, habrías visto lo bueno. Aquéllas sí eran heridas. Ya sabes que una bala me entró por el antebrazo, subió hacia el hombro, dio la vuelta por toda la espalda, y vino a salir por la cintura. ¡Oh, qué herida tan singular! Pero a los tres días estaba sano, mandando la artillería en el ataque de Bellegarde.²

Después explicó el motivo de su presencia a bordo del *Rayo* de este modo:

—El 21 por la noche supimos en Cádiz el éxito del combate. Lo dicho, señores: no se quiso hacer caso de mí cuando hablé de las reformas de la artillería, y aquí tienen los resultados. Pues bien: en cuanto lo supe y me enteré de que había llegado en retirada Gravina con unos cuantos navíos, fui a ver si entre ellos venía el *San Juan*, donde estabas tú: pero me dijeron que había sido apresado. No puedo pintar a ustedes mi ansiedad: casi no me quedaba duda de tu muerte, mayormente desde que supe el gran número de bajas ocurridas en tu navío. Pero yo soy hombre que llevo las cosas hasta el fin, y sabiendo que se había dispuesto la salida de algunos navíos con objeto de recoger a los desmantelados y rescatar a los prisioneros, determiné salir pronto de dudas, embarcándome en uno de ellos. Expuse mi pretensión a Solano,³ y después al mayor general de la escuadra, mi antiguo amigo Escaño, y no sin escrúpulo me dejaron venir. A bordo del *Rayo*, donde me embarqué esta mañana, pregunté por ti, por el *San Juan*; mas nada consolador me dijeron, sino, por el contrario, que Churruca había muerto, y que su navío, después de batirse con gloria, había caído en poder de los enemigos. ¡Figúrate cuál sería mi ansiedad! ¡Qué lejos estaba hoy, cuando rescatamos al *Santa Ana*, de que tú te hallabas en él! A saberlo con certeza, hubiera redoblado mis esfuerzos en las disposiciones que di con permiso de estos señores, y el navío de Álava habría quedado libre en dos minutos.

Los oficiales que le rodeaban mirábanle con sorna oyendo el último jactancioso concepto de don José María. Por sus risas y

² Plaza francesa del Rosellón tomada por los españoles el 24 de junio de 1793 tras un breve combate.

³ Francisco Solano Ortiz de Rozas

(1769-1808), capitán general de Andalucía y gobernador de Cádiz que se distinguió por su actividad en el socorro de los heridos de Trafalgar.^o

cuchicheos comprendí que durante todo el día se habían divertido con los embustes de aquel buen señor, quien no ponía freno a su voluble lengua, ni aun en las circunstancias más críticas y dolorosas.

El cirujano dijo que convenía dejar reposar al herido, y no sostener en su presencia conversación alguna, sobre todo si ésta se refería al pasado desastre. Don José María, que tal oyó, aseguró que, por el contrario, convenía reanimar el espíritu del enfermo con la conversación.

—En la guerra del Rosellón, los heridos graves (y yo lo estuve varias veces) mandábamos a los soldados que bailasen y tocasen la guitarra en la enfermería, y seguro estoy de que este tratamiento nos curó más pronto que todos los emplastos y botiquines.

—Pues en las guerras de la República francesa —dijo un oficial andaluz que quería confundir a don José María—, se estableció que en las ambulancias de los heridos fuese un cuerpo de baile completo y una compañía de ópera, y con esto se ahorraron los médicos y boticarios, pues con un par de arias y dos docenas de trezados en sexta se quedaban todos como nuevos.

—¡Alto ahí! —exclamó Malespina—. Ésa es *grilla*,⁴ caballerito. ¿Cómo puede ser que con música y baile se curen las heridas?

—Usted lo ha dicho.

—Sí; pero eso no ha pasado más que una vez, ni es fácil que vuelva a pasar. ¿Es acaso probable que vuelva a haber una guerra como la del Rosellón, la más sangrienta, la más hábil, la más estratégica que ha visto el mundo desde Epaminondas?⁵ Claro es que no; pues allí todo fue extraordinario, y puedo dar fe de ello, que la presencié desde el *Introito* hasta el *Ite misa est*. A aquella guerra debo mi conocimiento de la artillería; ¿usted no ha oído hablar de mí? Estoy seguro de que me conocerá de nombre. Pues sepa usted que aquí traigo en la cabeza un proyecto grandioso, y tal que si algún día llega a ser realidad, no volverán a ocurrir desastres como éste del 21. Sí, señores —añadió mirando con gravedad y suficiencia a los tres o cuatro oficiales que le oían—; es preciso hacer algo por la patria; urge inventar algo sorprendente, que en un periquete nos devuelva todo lo perdido y asegure a nuestra marina la victoria por siempre jamás amén.

⁴ 'embuste': es expresión coloquial derivada del canto de los grillos, con la que se denota incredulidad.

⁵ Para el uso de la hipérbole, basada aquí en el general griego, véase la nota IX, 15.

—A ver, señor don José María —dijo un oficial—; explíquenos usted cuál es su invento.

—Pues ahora me ocupo del modo de construir cañones de a trescientos.

—¡Hombre, de a trescientos! —exclamaron los oficiales con aspavientos de risa y burla—. Los mayores que tenemos a bordo son de treinta y seis.

—Ésos son juguetes de chicos. Figúrese usted el destrozo que harían esas piezas de trescientos disparando sobre la escuadra enemiga —dijo Malespina—. Pero ¿qué demonios es esto? —añadió agarrándose para no rodar por el suelo, pues los balanceos del *Rayo* eran tales, que muy difícilmente podía uno tenerse derecho.

—El vendaval arrecia y me parece que esta noche no entramos en Cádiz —dijo un oficial retirándose.

Quedaron sólo dos, y el mentiroso continuó su perorata en estos términos:

—Lo primero que habría que hacer era construir barcos de noventa y cinco a cien varas de largo.

—¡Caracoles! ¿Sabe usted que la lanchita sería regular? —indicó un oficial—. ¡Cien varas! El *Trinidad*, que santa gloria haya, tenía setenta, y a todos parecía demasiado largo. Ya sabe usted que viraba mal, y que todas las maniobras se hacían en él muy difícilmente.

—Veo que usted se asusta por poca cosa, caballero —prosiguió Malespina—. ¿Qué son cien varas? Aún podrían construirse barcos mucho mayores. Y he de advertir a ustedes que yo los construiría de hierro.

—¡De hierro! —exclamaron los dos oyentes sin poder contener la risa.

—De hierro, sí. ¿Por ventura no conoce usted la ciencia de la hidrostática? Con arreglo a ella, yo construiría un barco de hierro de siete mil toneladas.

—¡Y el *Trinidad* no tenía más que cuatro mil! —indicó un oficial—, lo cual parecía excesivo. ¿Pero no comprende usted que para mover esa mole sería preciso un aparejo tan colosal, que no habría fuerzas humanas capaces de maniobrar en él?

—¡Bicoca!...⁶ ¡Oh!, señor marino, ¿y quién le dice a usted

⁶ '¡Bobada!, ¡Nimiedad!', ya que *bicoca* significa literalmente 'fortificación insignificante', de ahí que deri-

vase, en lenguaje coloquial, a 'cosa de poca estima'. Véase la nota complementaria IX, 8 de *La corte*.

que yo sería tan torpe que moviera ese buque por medio del viento? Usted no me conoce. Si supiera usted que tengo aquí una idea... Pero no quiero explicársela a ustedes porque no me entenderían.

Al llegar a este punto de su charla, don José María dio tal tumbó que se quedó en cuatro pies. Pero ni por ésas cerró el pico. Marchóse otro de los oficiales, y quedó sólo uno, el cual tuvo que seguir sosteniendo la conversación.

—¡Qué vaivenes! —continuó diciendo el viejo—. No parece sino que nos vamos a estrellar contra la costa... Pues bien: como dije, yo movería esa gran mole de mi invención por medio del... ¿A que no lo adivina usted?... Por medio del vapor de agua. Para esto se construiría una máquina singular, donde el vapor, comprimido y dilatado alternativamente dentro de dos cilindros, pusiera en movimiento unas ruedas..., pues...

El oficial no quiso oír más; y aunque no tenía puesto en el buque, ni estaba de servicio, por ser de los recogidos, fue a ayudar a sus compañeros, bastante atareados con el creciente temporal. Malespina se quedó sólo conmigo, y entonces creí que iba a callar por no juzgarme persona a propósito para sostener la conversación. Pero mi desgracia quiso que él me tuviera en más de lo que yo valía, y la emprendió conmigo en los siguientes términos:

—¿Usted comprende bien lo que quiero decir?; siete mil toneladas, el vapor, dos ruedas..., pues...

—Sí, señor, comprendo perfectamente —contesté, a ver si se callaba, pues ni tenía humor de oírle, ni los violentos balanceos del buque, anunciando un gran peligro, disponían el ánimo a disertar sobre el engrandecimiento de la marina.

—Veo que usted me conoce y se hace cargo de mis invenciones —continuó él—. Ya comprenderá que el buque que imagino sería invencible, lo mismo atacando que defendiendo. El solo habría derrotado con cuatro o cinco tiros los treinta navíos ingleses.

—¿Pero los cañones de éstos no le harían daño también? —manifesté con timidez, arguyéndole más bien por cortesía que porque el asunto me interesase.

—¡Oh! La observación de usted, caballero, es atinadísima, y prueba que comprende y aprecia las grandes invenciones. Para evitar el efecto de la artillería enemiga, yo forraría mi barco con gruesas planchas de acero; es decir, le pondría una coraza, como la que usaban los antiguos guerreros. Con este medio, podría ata-

car, sin que los proyectiles enemigos hicieran en sus costados más efecto que el que haría una andanada de bolitas de pan, lanzadas por la mano de un niño. Es una idea maravillosa la que yo he tenido. Figúrese usted que nuestra nación tuviera dos o tres barcos de éstos. ¿Dónde iría a parar la escuadra inglesa con todos sus Nelsones y Collingwoodes?

—Pero en caso de que se pudieran hacer aquí esos barcos —dije yo con viveza, conociendo la fuerza de mi argumento—, los ingleses los harían también, y entonces las proporciones de la lucha serían las mismas.

Don José María se quedó como alelado con esta razón, y por un instante estuvo perplejo sin saber qué decir; mas su vena inagotable no tardó en sugerirle nuevas ideas, y contestó con mal humor:

—¿Y quién le ha dicho a usted, mozalbeta atrevido, que yo sería capaz de divulgar mi secreto? Los buques se fabricarían con el mayor sigilo y sin decir palotada a nadie. Supongamos que ocurría una nueva guerra. Nos provocaban los ingleses, y les decíamos: «Sí, señor, pronto estamos; nos batiremos». Salían al mar los navíos ordinarios, empezaba la pelea, y a lo mejor cátrate que aparecen en las aguas del combate dos o tres de esos monstruos de hierro, vomitando humo y marchando acá o allá sin hacer caso del viento; se meten por donde quieren, hacen astillas con el empuje de su afilada proa a los barcos contrarios, y con un par de cañonazos..., figúrese usted, todo se acababa en un cuarto de hora.

No quise hacer más objeciones, porque la idea de que corriamos un gran peligro me impedía ocupar la mente con pensamientos contrarios a los propios de tan crítica situación. No volví a acordarme más del formidable buque imaginario, hasta que treinta años tarde supe la aplicación del vapor a la navegación, y más aún, cuando al cabo de medio siglo vi en nuestra gloriosa fragata *Numancia* la acabada realización de los estrafalarios proyectos del mentiroso de Trafalgar.⁷

Medio siglo después me acordé de don José María Malespina, y dije: «Parece mentira que las extravagancias ideadas por un loco o un embustero lleguen a ser realidades maravillosas con el transcurso del tiempo».

⁷ Galdós relatará en el octavo episodio de la cuarta serie, *La vuelta al mundo en La Numancia* (1906), la hazaña del primer navío acorazado español.^o

Desde que observé esta coincidencia, no condeno en absoluto ninguna utopía, y todos los mentirosos me parecen hombres de genio.

Dejé a don José María para ver lo que pasaba, y en cuanto puse los pies fuera de la cámara, me enteré de la comprometida situación en que se encontraba el *Rayo*. El vendaval no sólo le impedía la entrada en Cádiz, sino que le impulsaba hacia la costa, donde encallaría de seguro, estrellándose contra las rocas. Por mala que fuera la suerte del *Santa Ana*, que habíamos abandonado, no podía ser peor que la nuestra. Yo observé con afán los rostros de oficiales y marineros, por ver si encontraba alguno que indicase esperanza; pero, por mi desgracia, en todos vi señales de gran desaliento. Consulté el cielo, y lo vi pavorosamente feo; consulté la mar, y la encontré muy sañuda; no era posible volverse más que a Dios, ¡y éste estaba tan poco propicio con nosotros desde el 21!...

El *Rayo* corría hacia el norte. Según las indicaciones que iban haciendo los marineros junto a quienes estaba yo, pasábamos frente al banco de Marrajotes, de Hazte Afuera, de Juan Bola, frente al Torregorda y, por último, frente al castillo de Cádiz. En vano se ejecutaron todas las maniobras necesarias para poner la proa hacia el interior de la bahía. El viejo navío, como un corcel espantado, se negaba a obedecer; el viento y el mar, que corrían con impetuosa furia de sur a norte, lo arrastraban, sin que la ciencia náutica pudiese nada para impedirlo.

No tardamos en rebasar de la bahía. A nuestra derecha quedó bien pronto Rota, Punta Candor, Punta de Meca, Regla y Chipiona.⁸ No quedaba duda de que el *Rayo* iba derecho a estrellarse inevitablemente en la costa cercana a la embocadura del Guadalquivir. No necesito decir que las velas habían sido cargadas, y que no bastando este recurso contra tan fuerte temporal, se bajaron también los masteleros. Por último, también se creyó necesario picar los palos,⁹ para evitar que el navío se precipitara bajo las olas. En las grandes tempestades el barco necesita achicarse: de alta encina quiere convertirse en humilde hierba, y como sus mástiles no pueden plegarse cual las ramas de un árbol, se ve en

⁸ Puntos costeros situados entre la bahía de Cádiz —en cuyo extremo norte se encuentra el primero, Rota— y

la desembocadura del Guadalquivir.

⁹ 'talarlos y cortarlos en trozos pequeños'.

la dolorosa precisión de amputarlos, quedándose sin miembros por salvar la vida.

La pérdida del buque era ya inevitable. Picados los palos mayor y de mesana, se le abandonó, y la única esperanza consistía en poderlo fondear cerca de la costa, para lo cual se prepararon las áncoras, reforzando las amarras. Disparó dos cañonazos para pedir auxilio a la playa ya cercana, y como se distinguieran claramente algunas hogueras en la costa, nos alegramos, creyendo que no faltaría quien nos diera auxilio. Muchos opinaron que algún navío español o inglés había encallado allí, y que las hogueras que veíamos eran encendidas por la tripulación naufraga. Nuestra ansiedad crecía por momentos, y respecto a mí debo decir que me creí cercano a un fin desastroso. Ni ponía atención a lo que a bordo pasaba, ni en la turbación de mi espíritu podía ocuparme más que de la muerte, que juzgaba inevitable. Si el buque se estrellaba, ¿quién podía salvar el espacio de agua que le separaría de la tierra? El lugar más terrible de una tempestad es aquel en que las olas se revuelven contra la tierra y parece que están cavando en ella para llevarse pedazos de playa al profundo abismo. El empuje de la ola al avanzar y la violencia con que se arrastra al retirarse son tales que ninguna fuerza humana puede vencerlos.

Por último, después de algunas horas de mortal angustia, la quilla del *Rayo* tocó en un banco de arena y se paró. El casco todo y los restos de su arboladura retemblaron un instante; parecía que intentaban vencer el obstáculo interpuesto en su camino; pero éste fue mayor, y el buque, inclinándose sucesivamente de uno y otro costado, hundió su popa, y después de un espantoso crujido, quedó sin movimiento.¹⁰

Todo había concluido, y ya no era posible ocuparse más que de salvar la vida, atravesando el espacio de mar que de la costa nos separaba. Esto pareció casi imposible de realizar en las embarcaciones que a bordo teníamos; mas había esperanzas de que nos enviaran auxilio de tierra, pues era evidente que la tripulación de un buque recién naufragado vivaqueaba en ella, y no podía estar lejos alguna de las balandras de guerra, cuya salida para tales casos debía haber dispuesto la autoridad naval de Cádiz...¹¹ El *Rayo*

¹⁰ El hundimiento del *Rayo* está documentado.°

¹¹ *vivaquear*: en lenguaje militar, 'pa-

sar las tropas la noche al aire libre'; *balandra*: 'embarcación pequeña, de un solo palo, con cubierta'.

hizo nuevos disparos, y esperamos socorros con la mayor impaciencia, porque de no venir pronto pereceríamos todos con el navío. Este infeliz inválido, cuyo fondo se había abierto al encallar, amenazaba despedazarse por sus propias convulsiones, y no podía tardar el momento en que, desquiciada la clavazón de algunas de sus cuadernas, quedaríamos a merced de las olas, sin más apoyo que el que nos dieran los desordenados restos del buque.

Los de tierra no podían darnos auxilio; pero Dios quiso que oyera los cañonazos de alarma una balandra que se había hecho a la mar desde Chipiona, y se nos acercó por la proa, manteniéndose a buena distancia. Desde que avistamos su gran vela mayor vimos segura nuestra salvación, y el comandante del *Rayo* dio las órdenes para que el transbordo se verificara sin atropello en tan peligrosos momentos.

Mi primera intención, cuando vi que se trataba de transbordar, fue correr al lado de las dos personas que allí me interesaban: el señorito Malespina y Marcial, ambos heridos, aunque el segundo no lo estaba de gravedad. Encontré al oficial de artillería en bastante mal estado, y decía a los que le rodeaban:

—No me muevan; déjenme morir aquí.

Marcial había sido llevado sobre cubierta, y yacía en el suelo con tal postración y abatimiento, que me inspiró verdadero miedo su semblante. Alzó la vista cuando me acerqué a él, y tomándome la mano, dijo con voz conmovida:

—Gabrielillo, no me abandones.

—¡A tierra! ¡Todos vamos a tierra! —exclamé yo procurando reanimarle; pero él, moviendo la cabeza con triste ademán, parecía presagiar alguna desgracia.

Traté de ayudarle para que se levantara; pero después del primer esfuerzo, su cuerpo volvió a caer exánime, y al fin dijo:

—No puedo.

Las vendas de su herida se habían caído, y en el desorden de aquella apurada situación no encontré quien se las aplicara de nuevo.

Yo le curé como pude, consolándole con palabras de esperanza, y hasta procuré reír ridiculizando su facha, para ver si de este modo le reanimaba. Pero el pobre viejo no despegó sus labios; antes bien inclinaba la cabeza con gesto sombrío, insensible a mis bromas lo mismo que a mis consuelos.

Ocupado en esto no advertí que había comenzado el embarque en las lanchas. Casi de los primeros que a ellas bajaron fueron

don José María Malespina y su hijo. Mi primer impulso fue ir tras ellos siguiendo las órdenes de mi amo; pero la imagen del marinero herido y abandonado me contuvo. Malespina no necesitaba de mí, mientras que Marcial, casi considerado como muerto, estrechaba con su helada mano la mía, diciéndome:

—Gabriel, no me abandones.

Las lanchas atracaban difícilmente; pero a pesar de esto una vez transbordados los heridos, el embarque fue fácil, porque los marineros se precipitaban en ellas deslizándose por una cuerda, o arrojándose de un salto. Muchos se echaban al agua para alcanzarlas a nado. Por mi imaginación cruzó como un problema terrible la idea de cuál de aquellos dos procedimientos emplearía para salvarme. No había tiempo que perder, porque el *Rayo* se desbarataba; casi toda la popa estaba hundida, y los estallidos de los baos y de las cuadernas medio podridas anunciaban que bien pronto aquella mole iba a dejar de ser un barco. Todos corrían con presteza hacia las lanchas y la balandra, que se mantenía a cierta distancia manobrando con habilidad para resistir la mar, les recogía. Las embarcaciones volvían vacías al poco tiempo, pero no tardaban en llenarse de nuevo.

Yo observé el abandono en que estaba *Medio-hombre*, y me dirigí sofocado y llorando a algunos marineros, rogándoles que cargaran a Marcial para salvarle. Pero hartos hacían ellos con salvarse a sí propios. En un momento de desesperación traté yo mismo de echármelo a cuestras; pero mis escasas fuerzas apenas lograron alzar del suelo sus brazos desmayados. Corrí por toda la cubierta buscando un alma caritativa, y algunos estuvieron a punto de ceder a mis ruegos; mas el peligro les distrajo de tan buen pensamiento. Para comprender esta inhumana crueldad es preciso haberse encontrado en trances tan terribles: el sentimiento y la caridad desaparecen ante el instinto de conservación que domina el ser por completo, asimilándole a veces a una fiera.

—¡Oh, esos malvados no quieren salvarte, Marcial! —exclamé con vivo dolor.

—Déjales —me contestó—. Lo mismo da a bordo que en tierra. Márchate tú; corre, chiquillo, que te dejen aquí.

No sé qué idea mortificó más mi mente: si la de quedarme a bordo, donde perecería sin remedio, o la de salir, dejando solo a aquel desgraciado. Por último, más pudo la voz de la naturaleza que otra fuerza alguna, y di unos cuantos pasos hacia la borda.

Retrocedí para abrazar al pobre viejo, y corrí luego velozmente hacia el punto en que se embarcaban los últimos marineros. Eran cuatro; cuando llegué vi que los cuatro se habían lanzado al mar y se acercaban nadando a la embarcación, que estaba como a unas diez o doce varas de distancia.

—¿Y yo? —exclamé con angustia, viendo que me dejaban—. ¡Yo voy también, yo también!

Grité con todas mis fuerzas; pero no me oyeron o no quisieron hacerme caso. A pesar de la oscuridad vi la lancha, les vi subir a ella, aunque esta operación apenas podía apreciarse por la vista. Me dispuse a arrojarme al agua para seguir la misma suerte; pero en el instante mismo en que se determinó en mi voluntad esta resolución, mis ojos dejaron de ver lancha y marineros, y ante mí no había más que la horrenda oscuridad del agua.

Todo medio de salvación había desaparecido. Volví los ojos a todos lados, y no vi más que las olas que sacudían los restos del barco; en el cielo ni una estrella, en la costa ni una luz. La balandra había desaparecido también. Bajo mis pies, que pateaban con ira, el casco del *Rayo* se quebraba en pedazos, y sólo se conservaba unida y entera la parte de proa, con la cubierta llena de despojos. Me encontraba sobre una balsa informe que amenazaba desbaratarse por momentos.

Al verme en tal situación, corrí hacia Marcial, diciendo:

—¡Me han dejado, nos han dejado!

El anciano se incorporó con muchísimo trabajo, apoyado en su mano; levantó la cabeza y recorrió con su turbada vista el lóbrego espacio que nos rodeaba.

—¡Nada —exclamó—, no se ve nada! Ni lanchas, ni tierra, ni luces, ni costa. No volverán.

Al decir esto, un terrible chasquido sonó bajo nuestros pies en lo profundo del sollado de proa, ya enteramente anegado. El alcázar se inclinó violentamente de un lado y fue preciso que nos agarráramos fuertemente a la base de un molinete para no caer al agua. El piso nos faltaba; el último resto del *Rayo* iba a ser tragado por las olas. Mas como la esperanza no abandona nunca, yo aún creí posible que aquella situación se prolongase hasta el amanecer sin empeorarse, y me consolé ver que el palo del trinquete aún estaba en pie. Con el propósito firme de subirme a él cuando el casco acabara de hundirse, miré aquel árbol orgulloso en que flotaban trozos de cabos y harapos de velas, y que resistía,

coloso desgañado por la desesperación, pidiendo al cielo misericordia.

Marcial se dejó caer en la cubierta y luego dijo:

—Ya no hay esperanza, Gabrielillo. Ni ellos querrán volver, ni la mar les dejaría si lo intentaran. Puesto que Dios lo quiere, aquí hemos de morir los dos. Por mí nada me importa: soy un viejo y no sirvo para maldita la cosa... Pero tú..., tú eres un niño, y...

Al decir esto su voz se hizo ininteligible por la emoción y la ronquera. Poco después le oí claramente estas palabras:

—Tú no tienes pecados, porque eres un niño. Pero yo... Dicen que cuando uno se muere así..., vamos al decir..., así, al modo de perro o gato, no necesita de que un cura venga y le dé la *solución*, sino que basta y sobra con que uno mismo se entienda con Dios. ¿No has oído tú eso?

Yo no sé lo que contesté; creo que no dije nada, y me puse a llorar sin consuelo.

—Ánimo, Gabrielillo —prosiguió—. El hombre debe ser hombre, y ahora es cuando se conoce quién tiene alma y quién no la tiene. Tú no tienes pecados; pero yo sí. Dicen que cuando uno se muere y no halla cura con quien confesarse, debe decir lo que tiene en la conciencia al primero que encuentre. Pues yo te digo, Gabrielillo, que me confieso contigo, y que te voy a decir mis pecados, y cuenta con que Dios me está oyendo detrás de ti, y que me va a perdonar.

Mudo por el espanto y por las solemnes palabras que acababa de oír, me abracé al anciano, que continuó de este modo:

—Pues digo que siempre he sido cristiano católico, *postólico*, romano, y que siempre he sido y soy devoto de la virgen del Carmen, a quien llamo en mi ayuda en este momento; y digo también que, si hace veinte años que no he confesado ni comulgado, no fue por mí, sino *por mor* del maldito servicio, y porque siempre lo va uno dejando para el domingo que viene. Pero ahora me pesa de no haberlo hecho, y digo, y declaro, y perjuro que quiero a Dios y a la Virgen y a todos los santos; y que por todo lo que les haya ofendido me castiguen, pues si no me confesé y comulgué este año fue por el *aquel* de los malditos *casacones*, que me hicieron salir al mar cuando tenía el *proeto* de cumplir con la Iglesia. Jamás he robado ni la punta de un alfiler, ni he dicho más mentiras que alguna que otra para bromear. De los

palos que le daba a mi mujer hace treinta años, me arrepiento, aunque creo que bien dados estuvieron, porque era más mala que las *churras*,¹² y con un genio más picón que un alacrán. No he faltado ni tanto así a lo que manda la ordenanza; no aborrezco a nadie más que a los *casacones*, a quienes hubiera querido ver hechos picadillo; pero pues dicen que todos somos hijos de Dios, yo les perdono, y así mismamente perdono a los franceses, que nos han traído esta guerra. Y no digo más, porque me parece que me voy a toda vela. Yo amo a Dios y estoy tranquilo. Gabrielillo, abrázate conmigo, y apriétate bien contra mí. Tú no tienes pecados, y vas a andar *finiqueleando* con los ángeles divinos. Más vale morirse a tu edad que vivir en este *emperrado* mundo... Conque ánimo, chiquillo, que esto se acaba. El agua sube, y el *Rayo* se acabó para siempre. La muerte del que se ahoga es muy buena; no te asustes..., abrázate conmigo. Dentro de un ratito estaremos libres de pesadumbres, yo dando cuenta a Dios de mis pecadillos, y tú contento como unas pascuas danzando por el cielo, que está alfombrado con estrellas, y allí parece que la felicidad no se acaba nunca, porque es eterna, que es, como dijo el otro, mañana, y mañana, y mañana, y al otro y, siempre...¹³

No pudo hablar más. Yo me agarré fuertemente al cuerpo de *Medio-hombre*. Un violento golpe de mar sacudió la proa del navío, y sentí el azote del agua sobre mi espalda. Cerré los ojos y pensé en Dios. En el mismo instante perdí toda sensación y no supe lo que ocurrió.

XVI

Volvió, no sé cuándo, a iluminar turbiamente mi espíritu la noción de la vida; sentí un frío intensísimo, y sólo este accidente me dio a conocer la propia existencia, pues ningún recuerdo de lo pasado conservaba mi mente, ni podía hacerme cargo de mi nueva situación. Cuando mis ideas se fueron aclarando y se desvanecía el letargo de mis sentidos, me encontré tendido en la playa. Algunos hombres estaban en derredor mío, observándome con interés. Lo primero que oí fue: «¡Pobrecito..., ya vuelve en sí!».

¹² *churra*: 'tipo de oveja de lana poco apreciada'. □

¹³ Tampoco aquí faltan interpretaciones simbólicas. ○

Poco a poco fui volviendo a la vida, y con ella al recuerdo de lo pasado. Me acordé de Marcial, y creo que las primeras palabras articuladas por mis labios fueron para preguntar por él. Nadie supo contestarme. Entre los que me rodeaban reconocí a algunos marineros del *Rayo*; les pregunté por *Medio-hombre*, y todos convinieron en que había perecido. Después quise enterarme de cómo me había salvado, pero tampoco me dieron razón.

Diéronme a beber no sé qué; me llevaron a una casa cercana, y allí, junto al fuego, y cuidado por una vieja, recobré la salud, aunque no las fuerzas. Entonces me dijeron que habiendo salido otra balandra a reconocer los restos del *Rayo*, y los de un navío francés que corrió igual suerte, me encontraron junto a Marcial, y pudieron salvarme la vida. Mi compañero de agonía estaba muerto. También supe que en la travesía del barco naufragado a la costa habían perecido algunos infelices.

Quise saber qué había sido de Malespina, y no hubo quien me diera razón ni del padre ni del hijo. Pregunté por el *Santa Ana*, y me dijeron que había llegado felizmente a Cádiz, por cuya noticia resolví ponerme inmediatamente en camino para reunirme con mi amo. Me encontraba a bastante distancia de Cádiz, en la costa que corresponde a la orilla derecha del Guadalquivir. Necesitaba, pues, emprender la marcha inmediatamente para recorrer lo más pronto posible tan largo trayecto. Esperé dos días más para reponerme, y al fin, acompañado de un marinero que llevaba el mismo camino, me puse en marcha hacia Sanlúcar.¹ En la mañana del 27 recuerdo que atravesamos el río y luego seguimos nuestro viaje a pie sin abandonar la costa. Como el marinero que me acompañaba era francote y alegre, el viaje fue todo lo agradable que yo podía esperar, dada la situación de mi espíritu, aún abatido por la muerte de Marcial y por las últimas escenas de que fui testigo a bordo. Por el camino íbamos departiendo sobre el combate y los naufragios que le sucedieron.

—Buen marino era *Medio-hombre* —decía mi compañero de viaje—. ¿Pero quién le metió a salir a la mar con un cargamento de más de sesenta años? Bien empleado le está el fin que ha tenido.

—Era un valiente marinero —dije yo—; y tan aficionado a la

¹ *Sanlúcar*: pueblo de la costa gaditana, situado en la desembocadura del Guadalquivir, 65 kilómetros al oeste de Cádiz.

guerra, que ni sus achaques le arredraron cuando intentó venir a la escuadra.

—Pues de ésta me despido —prosiguió el marinero—. No quiero más batallas en la mar. El rey paga mal, y después, si queda uno cojo o baldado, le dan las buenas noches, y si te he visto no me acuerdo. Parece mentira que el rey trate tan mal a los que le sirven. ¿Qué cree usted? La mayor parte de los comandantes de navío que se han batido el 21 hace muchos meses que no cobran sus pagas. El año pasado estuvo en Cádiz un capitán de navío que, no sabiendo cómo mantenerse y mantener a sus hijos, se puso a servir en una posada. Sus amigos le descubrieron, aunque él trataba de disimular su miseria, y, por último, lograron sacarle de tan vil estado. Esto no pasa en ninguna nación del mundo; ¡y luego se espantan de que nos venzan los ingleses! Pues no digo nada del armamento. Los arsenales están vacíos, y por más que se pide dinero a Madrid, ni un cuarto. Verdad es que todos los tesoros del rey se emplean en pagar sus sueldos a los señores de la corte, y entre éstos el que más come es el príncipe de la Paz, que reúne cuarenta mil durazos como consejero de Estado, como secretario de Estado, como capitán general y como sargento mayor de guardias...² Lo dicho, no quiero servir al rey. A mi casa me voy con mi mujer y mis hijos; pues ya he cumplido, y dentro de unos días me han de dar la licencia.³

—Pues no podrá usted quejarse, amiguito, si le tocó ir en el *Rayo*, navío que apenas entró en acción.

—Yo no estaba en el *Rayo*, sino en el *Bahama*, que sin duda fue de los barcos que mejor y por más tiempo pelearon.

—Ha sido apresado, y su comandante murió, si no recuerdo mal.

—Así fue —contestó—. Y todavía me dan ganas de llorar cuando me acuerdo de don Dionisio Alcalá Galiano, el más valiente brigadier de la armada. Eso sí: tenía el genio fuerte y no consentía

² *cuarenta mil durazos*: 'ochocientos mil reales de vellón', unidad monetaria de la época; considérese, por ejemplo, que Moratín, en 1797, como secretario de Interpretación de Lenguas, cargo que le permitía vivir con cierto desahogo, tenía un salario de veintinueve mil reales anuales. La alusión al lujo de la Corte, y de forma especial a los ingresos de Godoy, mientras el

país se encuentra en una situación miserable, es fiel a la realidad histórica. ◻

³ Las tópicas quejas del marinero, como en el capítulo II las de doña Francisca, están inspiradas en el soldado que acompaña a Pablos de Madrid a Cercedilla, y además aquí se aprovecha también el tradicional motivo de los encuentros en viaje. ◻◻

la más pequeña falta; pero su mucho rigor nos obligaba a quererle más, porque el capitán que se hace temer por severo, si a la severidad acompaña la justicia, infunde respeto, y, por último, se conquista el cariño de la gente. También puede decirse que otro más caballero y más generoso que don Dionisio Alcalá Galiano no ha nacido en el mundo. Así es que cuando quería obsequiar a sus amigos no se andaba por las ramas, y una vez en La Habana gastó diez mil duros en cierto convite que dio a bordo de su buque.⁴

—También oí que era hombre muy sabio en la náutica.

—¿En la náutica? Sabía más que Merlín y que todos los doctores de la Iglesia.⁵ ¡Si había hecho un sinfín de mapas y había descubierto no sé qué tierras que están allá por el mismo infierno! ¡Y hombres así los mandan a una batalla para que perezcan como un grumete! Le contaré a usted lo que pasó en el *Bahama*. Desde que empezó la batalla, don Dionisio Alcalá Galiano sabía que la habíamos de perder, porque aquella maldita virada en redondo... Nosotros estábamos en *la reserva y nos quedamos a la cola*.^{* 6} Nelson, que no era ningún rana, vio nuestra línea, y dijo: «Pues si la corto por dos puntos distintos, y les cojo entre dos fuegos, no se me escapa ni tanto así de navío». Así lo hizo el maldito, y como nuestra línea era tan larga, la cabeza no podía ir en auxilio de la cola. Nos derrotó por partes, atacándonos en dos fuertes columnas dispuestas al modo de cuña, que es, según dicen, el modo de combatir que usaba el capitán moro Alejandro Magno,⁷ y que hoy dicen usa también Napoleón. Lo cierto es que nos envolvió y nos dividió y nos fue rematando barco a barco de tal modo, que no podíamos ayudarnos unos a otros, y cada navío se veía obligado a combatir con tres o cuatro.

* Palabras de Nelson. (*N. del A.*)

⁴ diez mil duros, es decir, doscientos mil reales (véase la nota 2).[□]

⁵ Puede notarse cierta ironía al colocar al mismo nivel al legendario mago, consejero del rey Arturo y de los caballeros de la Tabla Redonda, que a los doctores de la Iglesia.

⁶ En sus *Instrucciones para el combate*, el almirante inglés había escrito: «Si se descubre la escuadra enemiga al viento en línea de batalla, y que las dos

columnas y la división de vanguardia pueden alcanzar esta línea, ésta probablemente tendrá tal extensión, que la cabeza no podrá acudir en socorro de la cola» (Entenza).

⁷ Galdós recoge aquí una confusión que considera moro popularmente al más célebre guerrero griego de la Antigüedad, rey de Macedonia y conquistador de Persia, Egipto y Asia Menor.[□]

»Pues verá usted: el *Bahama* fue de los que primero entraron en fuego. Alcalá Galiano revistó la tripulación al mediodía, examinó las baterías, y nos echó una arenga en que dijo, señalando la bandera: “Señores: estén ustedes todos en la inteligencia de que esa bandera está clavada”. Ya sabíamos qué clase de hombre nos mandaba; y así, no nos asombró aquel lenguaje. Después le dijo al guardiamarina don Alonso Butrón,⁸ encargado de ella: “Cuida de defenderla. Ningún Galiano se rinde, y tampoco un Butrón debe hacerlo”.

—Lástima es —dije yo— que estos hombres no hayan tenido un jefe digno de su valor, ya que no se les encargó del mando de la escuadra.

—Sí que es lástima, y verá usted lo que pasó. Empezó la refriega, que ya sabrá usted fue cosa buena, si estuvo a bordo del *Trinidad*. Tres navíos nos acribillaron a balazos por babor y estribor. Desde los primeros momentos caían como moscas los heridos, y el mismo comandante recibió una fuerte contusión en la pierna, y después un astillazo en la cabeza, que le hizo mucho daño. ¿Pero usted cree que se acobardó, ni que anduvo con ungüentos ni parches? ¡Quiá! Seguía en el alcázar como si tal cosa, aunque personas muy queridas para él caían a su lado para no levantarse más. Alcalá Galiano mandaba la maniobra y la artillería como si hubiéramos estado haciendo el saludo frente a una plaza. Una balita de poca cosa le llevó el antejo, y esto le hizo sonreír. Aún me parece que le estoy viendo. La sangre de las heridas le manchaban el uniforme y las manos; pero él no se cuidaba de esto más que si fueran gotas de agua salada salpicadas por el mar. Como su carácter era algo arrebatado y su genio vivo, daba las órdenes gritando y con tanto coraje, que si no las obedeciéramos porque era nuestro deber, las hubiéramos obedecido por miedo... Pero al fin todo se acabó de repente, cuando una bala de medio calibre le cogió la cabeza, dejándole muerto en el acto.

»Con esto concluyó el entusiasmo, si no la lucha. Cuando cayó muerto nuestro querido comandante, le ocultaron para que no lo viéramos,⁹ pero nadie dejó de comprender lo que había pasado, y después de una lucha desesperada sostenida por el honor de la bandera, el *Bahama* se rindió a los ingleses, que se lo lle-

⁸ Alonso Butrón, que murió en Trafalgar, era pariente de Alcalá Galiano.

⁹ La narración se ajusta de nuevo a los testimonios históricos. ◊

varán a Gibraltar si antes no se les va a pique, como sospecho.

Al concluir su relación, y después de contar cómo había pasado del *Bahama* al *Santa Ana*, mi compañero dio un fuerte suspiro y calló por mucho tiempo. Pero como el camino se hacía largo y pesado, yo intenté trabar de nuevo la conversación, y principié contándole lo que había visto, y, por último, mi traslado a bordo del *Rayo* con el joven Malespina.

—¡Ah! —dijo—. ¿Es un joven oficial de artillería que fue transportado a la balandra a tierra en la noche del 23?

—El mismo —contesté—, y por cierto que nadie me ha dado razón de su paradero.

—Pues ése fue de los que perecieron en la segunda lancha, que no pudo tocar tierra. De los sanos se salvaron algunos, entre ellos el padre de ese señor oficial de artillería; pero los heridos se ahogaron todos, como es fácil comprender, no pudiendo los infelices ganar a nado la costa.

Me quedé absorto al saber la muerte del joven Malespina, y la idea del pesar que aguardaba a mi infeliz e idolatrada amita llenó mi alma, ahogando todo resentimiento.

—¡Qué horrible desgracia! —exclamé—. ¿Y seré yo quien lleve tan triste noticia a su afligida familia? Pero, señor, ¿está usted seguro de lo que dice?

—He visto con estos ojos al padre de ese joven, quejándose amargamente, y refiriendo los pormenores de la desgracia con tanta angustia que partía el corazón. Según decía, él había salvado a todos los de la lancha, y aseguraba que si hubiera querido salvar sólo a su hijo lo habría logrado a costa de la vida de los demás. Prefirió con todo dar la vida al mayor número, aun sacrificando la de su hijo en beneficio de muchos, y así lo hizo. Parece que es hombre de mucha alma, y sumamente diestro y valeroso.

Esto me entristeció tanto, que no hablé más del asunto. ¡Muerto Marcial, muerto Malespina! ¡Qué terribles nuevas llevaba yo a casa de mi amo! Casi estuve por un momento decidido a no volver a Cádiz, dejando que el azar o la voz pública llevaran tan penosa comisión al seno del hogar, donde tantos corazones palpitan de inquietud. Sin embargo, era preciso que me presentase a don Alonso para darle cuenta de mi conducta.

Llegamos por fin a Rota, y allí nos embarcamos para Cádiz. No pueden ustedes figurarse qué alborotado estaba el vecindario con la noticia de los desastres de la escuadra. Poco a poco iban

llegando las nuevas de lo sucedido, y ya se sabía la suerte de la mayor parte de los buques, aunque de muchos marineros y tripulantes se ignoraba todavía el paradero. En las calles ocurrían a cada momento escenas de desolación, cuando un recién llegado daba cuenta de los muertos que conocía, y nombraba a las personas que no habían de volver. La multitud invadía el muelle para reconocer a los heridos, esperando encontrar al padre, al hermano, al hijo o al marido. Presencí escenas de frenética alegría, mezcladas con lances dolorosos y terribles desconsuelos. Las esperanzas se desvanecían, las sospechas se confirmaban las más de las veces, y el número de los que ganaban en aquel agonioso juego de la suerte era bien pequeño, comparado con el de los que perdían. Los cadáveres que aparecieron en la costa de Santa María sacaban de dudas a muchas familias, y otras esperaban aún encontrar entre los prisioneros conducidos a Gibraltar a la persona amada.

En honor del pueblo de Cádiz, debo decir que jamás vecindario alguno ha tomado con tanto empeño el auxilio de los heridos, no distinguiendo entre nacionales y enemigos, antes bien, equiparando a todos bajo el amplio pabellón de la caridad.¹⁰ Collingwood consignó en sus memorias esta generosidad de mis paisanos. Quizá la magnitud del desastre apagó todos los resentimientos. ¿No es triste considerar que sólo la desgracia hace a los hombres hermanos?

En Cádiz pude conocer en su conjunto la acción de guerra que yo, a pesar de haber asistido a ella, no conocía sino por casos particulares, pues lo largo de la línea, lo complicado de los movimientos y la diversa suerte de los navíos no permitían otra cosa. Según allí me dijeron, además del *Trinidad* se habían ido a pique el *Argonauta*, de 92,¹¹ mandado por don Antonio Pareja, y el *San Agustín*, de 80, mandado por don Felipe Cajigal. Con Gravina, en el *Príncipe de Asturias*, habían vuelto a Cádiz el *Montañés*, de 80, comandante Alcedo, que murió en el combate en unión del segundo Castaños; el *San Justo*, de 76, mandado por don Miguel Gastón; el *San Leandro*, de 74, mandado por don José Quevedo; el *San Francisco*, de 74, mandado por don Luis Flores; el *Rayo*, de 100, que mandaba Macdonell. De éstos salieron el 23, para represar las naves que estaban a la vista, el *Montañés*, el *San Justo*,

¹⁰ La conducta de los gaditanos tras la derrota de la armada española es recordada por varios historiadores. °

¹¹ Se refiere al número de cañones.

el *San Francisco* y el *Rayo*; pero los dos últimos se perdieron en la costa, lo mismo que el *Monarca*, de 74, mandado por Argumosa, y el *Neptuno*, de 80, cuyo heroico comandante, don Cayetano Valdés, ya célebre por la jornada del 14,¹² estuvo a punto de perecer. Quedaron apresados el *Bahama*, que se deshizo antes de llegar a Gibraltar; el *San Ildefonso*, de 74, comandante Vargas, que fue conducido a Inglaterra, y el *Nepomuceno*, que por muchos años permaneció en Gibraltar, conservado como un objeto de veneración o sagrada reliquia. El *Santa Ana* llegó felizmente a Cádiz, en la misma noche en que le abandonamos.¹³ Los ingleses también perdieron algunos de sus fuertes navíos, y no pocos de sus oficiales generales compartieron el glorioso fin del almirante Nelson.

En cuanto a los franceses no es necesario decir que tuvieron tantas pérdidas como nosotros. A excepción de los cuatro navíos que se retiraron con Dumanoir sin entrar en fuego, mancha que en mucho tiempo no pudo quitarse de encima la marina imperial,¹⁴ nuestros aliados se condujeron heroicamente en la batalla. Villeneuve, deseando que se olvidaran en un día sus faltas, peleó hasta el fin denodadamente, y fue llevado prisionero a Gibraltar.¹⁵ Otros muchos comandantes cayeron en poder de los ingleses, y algunos murieron. Sus navíos corrieron igual suerte que los nuestros: unos se retiraron con Gravina, otros fueron apresados y muchos se perdieron en las costas. El *Achilles* se voló en medio del combate, como indiqué en mi relación.

Pero, a pesar de estos desastres, nuestra aliada, la orgullosa Francia, no pagó tan caro como España las consecuencias de aquella guerra. Si perdía lo más florido de su marina, en tierra alcanzaba en aquellos mismos días ruidosos triunfos. Napoleón había transportado en poco tiempo el gran ejército desde las orillas del Canal

¹² La jornada del 14 de febrero de 1797, fecha del combate del cabo de San Vicente (véase la nota III, 6).

¹³ La información sobre el destino de los barcos que participaron en el combate parece proceder de *Renacimiento*, 168. «En Gibraltar la cámara del *Nepomuceno* se mantenía cerrada, y en la puerta se puso el nombre de Churruca con letras de oro. Esta puerta sólo se abría para dar paso a algún visitante

distinguido, y nadie entraba sino con la cabeza descubierta» (*Entenza*).

¹⁴ En 1809, Dumanoir declaró ante un consejo de guerra que sus barcos tenían averías que les impidieron maniobrar rápido, por lo que decidió retirarse: «Llegar tarde al sitio del combate no hubiera servido más que para aumentar el numero de bajas» (*Entenza*).

¹⁵ Los ingleses lo dejaron libre pronto. Al regresar a Francia se suicidó. ◊

de la Mancha a la Europa central, y ponía en ejecución su colosal plan de campaña contra el de Austria. El 20 de octubre, un día antes de Trafalgar, Napoleón presenciaba en el campo de Ulm el desfile de las tropas austríacas, cuyos generales le entregaban su espada, y dos meses después, el 2 de diciembre del mismo año, ganaba en los campos de Austerlitz la más brillante acción de su reinado.¹⁶

Estos triunfos atenuaron en Francia la pérdida de Trafalgar; el mismo Napoleón mandó a los periódicos que no se hablara del asunto, y cuando se le dio cuenta de la victoria de sus implacables enemigos los ingleses, se contentó con encogerse de hombros diciendo: «Yo no puedo estar en todas partes».¹⁷

XVII

Traté de retardar el momento de presentarme a mi amo; pero al fin, el hambre, la desnudez en que me hallaba y la falta de asilo me obligaron a ir. Mi corazón, al aproximarme a la casa de doña Flora, palpitaba con tanta fuerza, que a cada paso me detenía para tomar aliento. La inmensa pena que iba a causar anunciando la muerte del joven Malespina gravitaba sobre mi alma con tan atroz pesadumbre, que si yo hubiera sido responsable de aquel desastre, no me habría sentido más angustiado. Llegué por fin, y entré en la casa. Mi presencia en el patio produjo gran sensación; sentí fuertes pasos en las galerías altas, y aún no había tenido tiempo de decir una palabra, cuando me abrazaron estrechamente. No tardé en reconocer el rostro de doña Flora, más pintorreado aquel día que un retablo, y ferozmente desfigurado con la alegría que mi presencia causó en el espíritu de la excelente vieja. Los dulces nombres de *pimpollo*, *remono*, *angelito* y otros que me prodigó con toda largueza, no me hicieron sonreír. Subí, y todos estaban en movimiento. Oí a mi amo que decía:

—¡Ahí está! ¡Gracias a Dios!

¹⁶ Ya se ha dicho que Napoleón, al no llegar la escuadra combinada a Brest, cambió sus planes y se decidió por la campaña centroeuropea. Las victorias de *Ulm* —a orillas del Danubio— y *Austerlitz* —

en Moravia— son bien conocidas.°

¹⁷ La reacción de Napoleón al conocer lo sucedido en Trafalgar parece inspirada en *Lafuente*. Este párrafo no figura en *M.*^{DC}

Entré en la sala, y doña Francisca se adelantó hacia mí preguntándome con mortal ansiedad:

—¿Y don Rafael? ¿Qué ha sido de don Rafael?

Permanecí confuso por largo rato. La voz se ahogaba en mi garganta y no tenía valor para decir la fatal noticia. Repitieron la pregunta, y entonces vi a mi amita que salía de una pieza inmediata, con el rostro pálido, espantados los ojos y mostrando en su ademán la angustia que la poseía. Su vista me hizo prorrumpir en amargo llanto, y no necesité pronunciar una palabra. Rosita lanzó un grito terrible y cayó desmayada. Don Alonso y su esposa corrieron a auxiliarla, ocultando su pesar en el fondo del alma. Doña Flora se entristeció, y llamándome aparte para cerciorarse de que mi persona volvía completa, me dijo:

—¿Conque ha muerto ese caballerito? Ya me lo figuraba yo, y así se lo he dicho a Paca; pero ella, reza que te reza, ha creído que lo podía salvar. Si cuando está de Dios una cosa... Y tú bueno y sano, ¡qué placer! ¿No has perdido nada?

La consternación que reinaba en la casa es imposible de pintar. Por espacio de un cuarto de hora no se oyeron más que llantos, gritos y sollozos, porque la familia de Malespina estaba allí también. ¡Pero qué singulares cosas permite Dios para sus fines! Había pasado como he dicho, un cuarto de hora desde que di la noticia, cuando una ruidosa y chillona voz hirió mis oídos. Era la de don José María Malespina, que vociferaba en el patio llamando a su mujer, a don Alonso y a mi amita. Lo que más me sorprendió fue que la voz del embustero parecía tan alegre como de costumbre, lo cual me parecía altamente indecoroso después de la desgracia ocurrida. Corrimos a su encuentro, y me maravillé viéndole gozoso como unas pascuas.

—Pero don Rafael... —le dijo mi amo con asombro.

—Bueno y sano —contestó don José María—. Es decir, sano, no; pero fuera de peligro, sí, porque su herida ya no ofrece cuidado. El bruto del cirujano opinaba que se moría; pero bien sabía yo que no. ¡Cirujanitos a mí! Yo lo he curado, señores; yo, yo, por un procedimiento nuevo, inusitado, que yo sólo conozco.

Estas palabras, que repentinamente cambiaban de un modo tan radical la situación, dejaron atónitos a mis amos; después una viva alegría sucedió a la anterior tristeza, y, por último, cuando la fuerte emoción les permitió reflexionar sobre el engaño, me interpellaron con severidad, reprendiéndome por el gran susto que les

había ocasionado. Yo me disculpé diciendo que me lo habían contado tal como lo referí, y don José María se puso furioso, llamándome zascandil, embustero y enredador.

Efectivamente, don Rafael vivía y estaba fuera de peligro; mas se había quedado en Sanlúcar en casa de gente conocida, mientras su padre vino a Cádiz en busca de su familia para llevarla al lado del herido. El lector no comprenderá el origen de la equivocación que me hizo anunciar con tan buena fe la muerte del joven; pero apuesto a que cuantos lean esto sospechan que algún estupendo embuste del viejo Malespina hizo llegar a mis oídos la noticia de una desgracia supuesta. Así fue, ni más ni menos. Según lo que supe después al ir a Sanlúcar acompañando a la familia, don José María había forjado una novela de heroísmo y habilidad por parte suya; en diversos corrillos refirió el extraño caso de la muerte de su hijo, suponiendo pormenores, circunstancias tan dramáticas que por algunos días el fingido protagonista fue objeto de las alabanzas de todos por su abnegación y valentía. Contó que, habiendo zozobrado la lancha, él tuvo que optar entre la salvación de su hijo y la de todos los demás, decidiéndose por esto último, en razón de ser más generoso y humanitario. Adornó su leyenda con detalles tan peregrinos, tan interesantes y a la vez tan verosímiles, que muchos se lo creyeron. Pero la superchería se descubrió pronto y el engaño no duró mucho tiempo, aunque sí el necesario para que llegase a mis oídos, obligándome a transmitirlo a la familia. Aunque tenía muy mala idea de la veracidad del viejo Malespina, jamás pude creer que se permitiera mentir en asuntos tan serios.

Pasadas aquellas fuertes emociones, mi amo cayó en profunda melancolía; apenas hablaba; diríase que su alma, perdida la última ilusión, había liquidado toda clase de cuentas con el mundo y se preparaba para el último viaje. La definitiva ausencia de Marcial le quitaba el único amigo de aquella su infantil senectud, y no teniendo con quién jugar a los barquitos, se consumía en honda tristeza.¹ Ni aun viéndole tan abatido cejó doña Francisca en su tarea de mortificación, y el día de mi llegada oí que le decía:

—Bonita la habéis hecho... ¿Qué te parece? ¿Aún no estás satisfecho? Anda, anda a la escuadra. ¿Tenía yo razón o no la te-

¹ La melancolía del personaje es similar a la de don Alonso Quijano tras dejar de ser Don Quijote.

nía? ¡Oh, si se hiciera caso de mí!... ¿Aprenderás ahora? ¿Ves cómo te ha castigado Dios?

—Mujer, déjame en paz— contestaba dolorido mi amo.

—Y ahora nos hemos quedado sin escuadra, sin marinos, y nos quedaremos hasta sin modo de andar si seguimos unidos con los franceses... Quiera Dios que estos señores no nos den un mal pago. El que se ha lucido es el señor Villeneuve. Vamos, que también Gravina, si se hubiera opuesto a la salida de la escuadra, como opinaban Churruca y Alcalá Galiano, habría evitado este desastre que parte el corazón.

—Mujer... ¿qué entiendes tú de eso? No me mortifiques —dijo mi amo muy contrariado.

—¿Pues no he de entender? Más que tú. Sí, señor, lo repito. Gravina será muy caballero y muy valiente; pero lo que es ahora..., buena la ha hecho.

—Ha hecho lo que debía. ¿Te parece bien que hubiéramos pasado por cobardes?

—Por cobardes no, pero sí por prudentes. Eso es. Lo digo y lo repito. La escuadra española no debía salir de Cádiz, cediendo a las genialidades y el egoísmo del monsieur Villeneuve. Aquí se ha contado que Gravina opinó como sus compañeros, que no debían salir. Pero Villeneuve, que estaba decidido a ello, por hacer una hombrada que le reconciliase con su amo, trató de herir el amor propio de los nuestros. Parece que una de las razones que alegó Gravina fue el mal tiempo, y mirando el barómetro de la cámara, dijo: «¿No ven ustedes que el barómetro anuncia mal tiempo? ¿No ven ustedes cómo baja?». Entonces Villeneuve dijo secamente: «Lo que baja aquí es el valor». Al oír este insulto, Gravina se levantó ciego de ira y echó en cara al francés su cobarde comportamienro en el cabo Finisterre. Se cruzaron palabritas un poco fuertes, y, por último, exclamó nuestro almirante: «¡A la mar mañana mismo!». Pero yo creo que Gravina no debía haber hecho caso de las baladronadas del francés, no, señor; que antes de nada es la prudencia, y más conociendo, como conocía, que la escuadra combinada no tenía condiciones para luchar con la de Inglaterra.²

² *Aquí se ha contado... con la Inglaterra:* a pesar de que Galdós sigue siempre su principal fuente de informa-

ción —el libro de Marliani, *Combate*—, cuando se trata de dilucidar quién fue el responsable de la decisión de atacar

Esta opinión, que entonces me pareció un desacato a la honra nacional, más tarde me pareció muy bien fundada. Doña Francisca tenía razón. Gravina no debió haber cedido a la exigencia de Villeneuve. Y digo esto, menoscabando quizá la aureola que el pueblo puso en las sienes del jefe de la escuadra española en aquella memorable ocasión.

Sin negar el mérito de Gravina, yo creo hiperbólicas las alabanzas de que fue objeto después del combate y en los días de su muerte.* Todo indicaba que Gravina era un cumplido caballero y un valiente marino; pero quizá por demasiado cortesano carecía de aquella resolución que da el constante hábito de la guerra, y también de la superioridad que en carreras tan difíciles como la de la Marina se alcanza sólo en el cultivo asiduo de las ciencias que la constituyen. Gravina era un buen jefe de división; pero nada más. La previsión, la serenidad, la inquebrantable firmeza, caracteres propios de las organizaciones destinadas al mando de grandes ejércitos, no las tuvieron sino don Cosme Damián Churruca y don Dionisio Alcalá Galiano.

Mi señor don Alonso contestó a las últimas palabras de su mujer; y cuando ésta salió, observé que el pobre anciano rezaba con tanta piedad como en la cámara del *Santa Ana* la noche de nuestra separación. Desde aquel día el señor de Cisniega no hizo más que rezar, y rezando se pasó el resto de su vida, hasta que se embarcó en la nave que no vuelve más.

Murió mucho después de que su hija se casara con don Rafael Malespina, acontecimiento que hubo de efectuarse dos meses después de la gran función naval que los españoles llamaron *la del 21* y los ingleses *Combate de Trafalgar*, por haber ocurrido cerca del cabo de este nombre. Mi amita se casó en Vejer al amanecer de un día hermoso, aunque de invierno, y al punto partieron para Medinasidonia, donde les tenían preparada la casa. Yo fui testigo de su felicidad durante los días que precedieron a la boda; mas ella no advirtió la profunda tristeza que me dominaba, ni advirtiéndola hubiera conocido la causa. Cada vez se crecía ella más

* Murió en marzo de 1806, de resultas de sus heridas. (*N. del A.*)

a la flota británica, hay un significativo alejamiento de ésta; Marliani sostiene que la decisión fue de Villeneuve, y que Gravina tuvo que acatarla por orden de

Godoy. Galdós recoge esta versión en el capítulo VIII, pero ahora ofrece una nueva, relatada como rumor por doña Francisca. Este párrafo se añadió en *A.* □□

ante mis ojos, y cada vez me encontraba yo más humillado ante la doble superioridad de su hermosura y de su clase. Acostumbrándome a la idea de que tan admirable conjunto de gracias no podía ni debía ser para mí, llegué a tranquilizarme, porque la resignación, renunciando a toda esperanza, es un consuelo parecido a la muerte, y por eso es un gran consuelo.

Se casaron, y el mismo día en que partieron para Medinasidonia, doña Francisca me ordenó que fuera yo también allá para ponerme al servicio de los desposados. Fui por la noche, y durante mi viaje solitario iba luchando con mis ideas y sensaciones, que oscilaban entre aceptar un puesto en la casa de los novios o rechazarlo para siempre. Llegué a la mañana siguiente, me acerqué a la casa, entré en el jardín, puse el pie en el primer escalón de la puerta y allí me detuve, porque mis pensamientos absorbían todo mi ser y necesitaba estar inmóvil para meditar mejor. Creo que permanecí en aquella actitud más de media hora.

Silencio profundo reinaba en la casa. Los dos esposos, casados el día antes, dormían sin duda el primer sueño de su tranquilo amor, no turbado aún por ninguna pena. No pude menos de traer a la memoria las escenas de aquellos lejanos días en que ella y yo jugábamos juntos. Para mí era Rosita entonces lo primero del mundo. Para ella, era yo, si no lo primero, al menos algo que se ama y que se echa de menos durante ausencias de una hora. En tan poco tiempo, ¡cuánta mudanza!

Todo lo que estaba viendo me parecía expresar la felicidad de los esposos y como un insulto a mi soledad. Aunque era invierno, se me figuraba que los árboles todos del jardín se cubrían de follaje, y aquel emparrado que daba sombra a la puerta se llenaba inopinadamente de pámpanos para guarecerles cuando salieran de paseo. El sol era muy fuerte y el aire se entibiaba, oreando aquel nido cuyas primeras pajas había ayudado a reunir yo mismo cuando fui mensajero de sus amores. Los rosales ateridos se me representaban cubiertos de rosas, y los naranjos de azahares y frutas que mil pájaros venían a picotear, participando del festín de la boda. Mis meditaciones y mis visiones no se interrumpieron sino cuando el profundo silencio que reinaba en la casa se interrumpió por el sonido de una fresca voz, que retumbó en mi alma, haciéndome estremecer. Aquella voz alegre me produjo una sensación indefinible, una sensación no sé si de miedo o de vergüen-

za;³ lo que sí puedo asegurar es que una resolución súbita me arrancó de la puerta, y salí del jardín corriendo, como un ladrón que teme ser descubierto.

Mi propósito era inquebrantable. Sin perder tiempo salí de Medinasidonia, decidido a no servir ni en aquella casa ni en la de Vejer. Después de reflexionar un poco, determiné ir a Cádiz para desde allí trasladarme a Madrid. Así lo hice, venciendo los halagos de doña Flora, que trató de atarme con una cadena formada de las marchitas rosas de su amor; y desde aquel día, ¡cuántas cosas me han pasado dignas de ser referidas! Mi destino, que ya me había llevado a Trafalgar, llevóme después a otros escenarios gloriosos o menguados, pero todos dignos de memoria. ¿Queréis saber de mi vida entera? Pues aguardad un poco, y os diré algo más en otro libro.⁴

Madrid, enero-febrero de 1873

³ Ésta es la tercera ocasión en que la vergüenza de Gabriel ha sido comparada con la de Pablos de Segovia.○

⁴ La invitación a leer el próximo libro es obvio, y seguramente paródico, recurso folletinesco.

LA CORTE DE CARLOS IV

I

Sin oficio ni beneficio, sin parientes ni habientes,¹ vagaba por Madrid un servidor de ustedes, maldiciendo la hora menguada en que dejó su ciudad natal por esta inhospitalaria Corte, cuando acudió a las páginas del Diario para buscar ocupación honrosa.² La imprenta fue mano de santo para la desnudez, hambre, soledad y abatimiento del pobre Gabriel, pues a los tres días de haber entregado a la publicidad en letras de molde las altas cualidades con que se creía favorecido por la Naturaleza, le tomó a su servicio una cómica del teatro del Príncipe,³ llamada Pepita González o la González. Esto pasaba a fines de 1805; pero lo que voy a contar ocurrió dos años después, en 1807, y cuando yo tenía, si mis cuentas son exactas, dieciséis años, lindando ya con los diecisiete.

Después os hablaré de mi ama. Ante todo debo decir que mi trabajo, si no escaso, era divertido y muy propio para adquirir conocimiento del mundo en poco tiempo. Enumeraré las ocupaciones diurnas y nocturnas en que empleaba con todo el celo posible mis facultades morales y físicas. El servicio de la histrionía me imponía los siguientes deberes:

Ayudar al peinado de mi ama, que se verificaba entre doce y una, bajo los auspicios del maestro Richiardini, artista napolitano, a cuyas divinas manos se encomendaban las principales testas de la Corte.⁴

Ir a la calle del Desengaño en busca del *Blanco de Perla*, del *Elixir de Circasia*, de la *Pomada a la Sultana*, o de los *Polvos a la Marechala*,⁵ drogas muy ponderadas, que vendía un *monsieur*

¹ Frase coloquial, registrada ya en *Autoridades*, pero que Galdós tal vez recordara especialmente por *La comedia nueva* (I, 1).^o

² Probablemente se refiere al *Diario de Madrid*, primer periódico cotidiano, nacido en 1758. Cada número contenía listas de empleos disponibles, además de un artículo de fondo, noticias de viajes, y trabajos emprendidos en otros países.^o

³ Este teatro había sido construido en 1745 tras la demolición del antiguo corral de comedias del mismo nombre, debido a la calle en que se encontraba.^o

⁴ Es dudosa la existencia real de este personaje.^o

⁵ Eran artículos de droguería y perfumería. Los exóticos nombres de los tres últimos coinciden con lugares y personajes frecuentes en la comedia he-

Gastan, el cual recibió el secreto de confeccionarlas del propio alquimista de María Antonieta.⁶

Ir a la calle de la Reina,⁷ número 21, cuarto bajo, donde existía un taller de estampación para pintar telas, pues en aquel tiempo los vestidos de seda, generalmente de color claro, se pintaban según la moda, y cuando ésta pasaba, se volvían a pintar con distintos ramos y dibujos, realizando así una alianza feliz entre la moda y la economía, para enseñanza de los venideros tiempos.

Llevar por las tardes una olla con restos de puchero, mendrugos de pan y otros despojos de comida, a don Luciano Francisco Comella, autor de comedias muy celebradas, el cual se moría de hambre en una casa de la calle de la Berenjena, en compañía de su hija, que era jorobada y le ayudaba en los trabajos dramáticos.⁸

Limpia con polvos la corona y el cetro que sacaba mi ama haciendo de reina de Mongolia en la representación de la comedia titulada *Perderlo todo en un día por un ciego y loco amor, y falso Czar de Moscovia*.⁹

Ayudarla en el estudio de sus papeles, especialmente en el de la comedia *Los inquilinos de sir John, o la familia de la India, Juanito y Coleta*, para lo cual tenía yo que recitar la parte de *Lord Lulleswing*, a fin de que ella comprendiese bien la de *Milady Pankoff*.¹⁰

Ir en busca de la litera que había de conducirla al teatro y cargar también dicho armatoste cuando era preciso.¹¹

Concurrir a la cazuela del teatro de la Cruz para silbar despia-

roica del teatro popular de la época (véanse también las notas II, 18 y IV, 12). La *calle del Desengaño* está situada entre las calles Fuencarral y Luna.⁶

⁶ María Antonieta había sido decapitada durante la Revolución francesa el 10 de octubre de 1793, es decir, unos años antes del momento en que el narrador sitúa la historia que va a contar.⁷

⁷ Comienza en la calle Hortaleza y termina en la de las Torres.

⁸ Galdós disponía en su propia biblioteca de información sobre la vida privada de Luciano Francisco Comella

(1751-1812). La calle de la Berenjena une la calle Huertas con San Juan.⁹

⁹ Comedia de Gaspar de Zavala y Zamora (1762-?) que obtuvo un gran éxito.¹⁰

¹⁰ Se trata de una adaptación del drama sentimental de August von Kotzebue hecha por Félix Enciso Castriellón; ya Moratín se burlaba del «buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en of y en graf» (*La comedia nueva*, II, 2).¹¹

¹¹ *litera*: 'vehículo a manera de caja de coche con dos varas para transportarla'.

dadamente *El sí de las niñas*,¹² comedia que mi ama aborrecía, tanto por lo menos como a las demás del mismo autor.

Pasarme por la plazuela de Santa Ana, fingiendo que miraba las tiendas, pero prestando disimulada y perspicua atención a lo que se decía en los corrillos allí formados por cómicos o saltarines,¹³ y cuidando de pescar al vuelo¹⁴ lo que charlaban los de la Cruz en contra de los del Príncipe.¹⁵

Ir en busca de un billete de balcón para la Plaza de Toros, bien al despacho, bien a la casa del banderillero Espinilla,¹⁶ que le tenía reservado para mi ama, cual obsequio de una amistad tan fina como antigua.

Acompañarla al teatro, donde me era forzoso tener el cetro y la corona cuando ella hacía *mutis* después de la segunda escena del segundo acto, en *El falso Czar de Moscovia*, para salir luego convertida en reina, confundiendo a Osloff y a los magnates, que la tenían por buñolera de esquina.¹⁷

Avisar puntualmente a los *mosqueteros*¹⁸ para indicarles los pasajes que debían aplaudir fuertemente en la comedia y en la tona-

¹² En 1807, la cazuela del teatro de la Cruz, reedificado como tal en 1743, seguía situada al fondo del patio y destinada exclusivamente al público femenino. El error de Galdós al situar en ella a Gabriel puede explicarse como anacronismo, ya que desde mediados del XIX, en que desaparece la separación de sexos entre el público teatral, continúa utilizándose el término —conviviendo con el de ‘paraíso’— para designar la galería más barata del teatro que, no en la Cruz pero sí en el Príncipe, había ocupado antes la «cazuela alta de mujeres».°

¹³ La costumbre de reunirse los cómicos en la vía pública tenía larga tradición, pero no en *la plazuela de Santa Ana*, que se abrió unos años más tarde, en tiempos de José I Bonaparte, sino en el llamado «mentidero de los representantes» de la calle León.°

¹⁴ ‘comprender con rapidez y habilidad’.°

¹⁵ La rivalidad entre ambos locales, muy intensa desde mediados del XVIII,

parece obedecer sobre todo a la competencia entre las respectivas compañías de cómicos.°

¹⁶ *billete de balcón*: antes de construirse, en 1749, la plaza de toros en las inmediaciones de la Puerta de Alcalá, los festejos taurinos se celebraban en la plaza Mayor, y se alquilaban sus balcones al público; de ahí que, durante algún tiempo, a lo que después se llamaría ‘palco’ se le continuase denominando *balcón*.° No hemos podido encontrar documentación sobre Espinilla.

¹⁷ Los repentinos y sorprendentes cambios de condición social de los personajes eran habituales en el teatro popular de la época, y respondían al gusto por el efectismo y la sorpresa.°

¹⁸ Galdós no parece demasiado preciso al designar como *mosqueteros* —‘público popular masculino que ocupaba el patio y las gradas de cualquier teatro’— a quienes, según lo que aquí se informa, eran partidarios acérrimos del teatro del Príncipe.°

dilla,¹⁹ indicándoles también la función que preparaban los de allá para que se apercibieran con patriótico celo a la lucha.

Ir todos los días a casa de Isidoro Máiquez con el aparente encargo de preguntarle cualquier cosa referente a vestidos de teatro;²⁰ pero con el fin real de averiguar si estaba en su casa cierta y determinada persona, cuyo nombre me callo por ahora.²¹

Representar un papel insignificante, como de paje que entra con una carta, diciendo simplemente: «¡tomad!», o de *Hombre del pueblo primero*, que exclama al presentarse la multitud ante el rey: «Señor, justicia»; o «A tus reales plantas, coronado apéndice del sol». (Esta clase de ocupación me hacía dichoso por una noche.)

Y por este estilo otras mil tareas, ejercicios y empleos que no cito, porque acabaría tarde, molestando a mis lectores más de lo conveniente. En el transcurso de esta puntual historia irán saliendo mis proezas y con ellas los diversos y complejos servicios que presté.²² Por ahora voy a dar a conocer a mi ama, la sin par Pepita González, sin omitir nada que pueda dar perfecta idea del mundo en que vivía.

Mi ama era una muchacha más graciosa que bella, si bien aquella primera calidad resplandecía en su persona de un modo tan sobresaliente, que la presentaba como perfecta sin serlo. Todo lo que en lo físico se llama hermosura, y cuanto en lo moral lleva el nombre de expresión, encanto, coquetería, monería, etc.,²³ se reconcentraba en sus ojos negros, capaces por sí solos de decir con una mirada más que dijo Ovidio en su poema sobre el arte que nunca se aprende y que siempre se sabe.²⁴ Ante los ojos de mi ama dejaba de ser una hipérbole aquello de *combustibles áspides*

¹⁹ 'pieza ligera, cantada, que se ejecuta en el teatro', en sustitución de la jácara del teatro del siglo anterior.°

²⁰ Isidoro Máiquez era primer actor de la compañía del teatro del Príncipe y el mejor y más famoso de su época.°

²¹ Galdós aprovecha con frecuencia este recurso retórico tan utilizado en el folletín, la preterición, para suscitar el interés del lector anunciando algo que no se quiere decir por el momento.

²² *puntual historia* es expresión evidentemente quijotesca: la muchas veces irónica puntualidad del narrador cervantino es rasgo que Galdós supo utilizar.°

²³ En la época en que se desarrolla la novela, *coquetería* era todavía reciente galicismo, aunque quizás Galdós, en 1873, no lo sintiera ya como tal; *monería* es también término de cuño dieciochesco que ya anotamos en el capítulo IV de *Trafalgar*.°

²⁴ Alusión al *Ars amandi* de Ovidio.

y *flamígeros ópticos disparos*, que Cañizares y Añorbe aplicaban a las miradas de sus heroínas.²⁵

Generalmente, de los individuos que conocimos en nuestra niñez recordamos, o los accidentes más marcados de su persona, o algún otro que, a pesar de ser muy insignificante, queda grabado de un modo indeleble en nuestra memoria. Esto me pasa a mí con el recuerdo de la González. Cuando la traigo al pensamiento, se me representan clarísimamente dos cosas, a saber: sus ojos incomparables y el taconeo de sus zapatos, *abreviadas cárceles de sus lindos pedestales*, como dirían Valladares o Moncín.²⁶

No sé si esto bastará para que ustedes se formen idea de mujer tan agraciada. Al recordarla, veo yo aquellos grandes ojos negros, cuyas miradas resucitaban a un muerto, y oigo el *tip-tap* de su ligero paso. Esto basta para hacerla resucitar en el recinto oscuro de mi imaginación, y, no hay duda, es ella misma. Ahora caigo en que no había vestido, ni mantilla, ni lazo, ni garambaina, que no le sentase a maravilla;²⁷ caigo también en que sus movimientos tenían una gracia especial, un cierto no sé qué, un encanto indefinible, que podrá expresarse cuando el lenguaje tenga la riqueza suficiente para poder designar con una misma palabra la malicia y el recato, la modestia y la provocación. Esta rarísima antítesis consiste en que nada hay más hipócrita que ciertas formas de compostura, o en que la malignidad ha descubierto que el mejor medio de vencer a la modestia es imitarla.

Pero sea lo que quiera, lo cierto es que la González electrizaba al público con el airoso meneo de su cuerpo, su hermosa voz, su patética declamación en las obras sentimentales, y su inagotable sal en las cómicas. Igual triunfo tenía siempre que era vista en la calle por la turba de sus admiradores y mosqueteros, cuando iba a los toros en calesa o simón, o al salir del teatro en silla de mano.²⁸ Desde que veían asomar por la ventanilla el risueño

²⁵ José de Cañizares (1676-1750) y Tomás Añorbe y Corregel (1686-1741) fueron dramaturgos de la primera mitad del siglo XVIII, cuyo gongorismo, llevado a los extremos, trata de evidenciar la cita. □

²⁶ Antonio Valladares y Sotomayor (1740?-1820?) y Luis Antonio José Moncín (?-1801?) fueron dramaturgos

de éxito en el teatro popular de la segunda mitad del XVIII. □

²⁷ *garambaina*: 'adorno de mal gusto y superfluo en los vestidos'.

²⁸ *calesa*: 'carruaje de dos ruedas, abierto por delante y con capota de cuero'; *simón*: 'carruaje de alquiler'; *silla de mano*: 'vehículo con asiento para una persona'. ○

semblante, guarnecido por los encajes de la blanca mantilla, la aclamaban con voces y palmadas, diciendo: «Ahí va toda la gracia del mundo, viva la sal de España», u otras frases del mismo género. Estas ovaciones callejeras les dejaban a ellos muy satisfechos, y también a ella, es decir, a nosotros, porque los criados se apropiaban siempre una parte de los triunfos de sus amos.

Era Pepita sumamente sensible y, según mi parecer, de sentimientos muy vivos y arrebatados, aunque por efecto de cierto disimulo, tan sistemático en ella que parecía segunda naturaleza, todos la tenían por fría. Doy fe además de que era muy caritativa, gustando de aliviar todas las miserias de que tenía conocimiento. Los pobres asediaban su casa, especialmente los sábados, y una de mis más trabajosas ocupaciones consistía en repartirles ochavos y mendrugos,²⁹ cuando no se los llevaba todos el señor de Comella, que se comía los codos de hambre, sin dejar de ser el *asombro de los siglos* y el primer dramático del mundo. La González vivía en una casa, sin más compañía que la de su abuela, la octogenaria doña Dominguita, y dos criados de distinto sexo que la servíamos.

Y después de haber dicho lo bueno, ¿se me permitirá decir lo malo, respecto al carácter y costumbres de Pepa González? No, no lo digo. Téngase en cuenta, en disculpa de la muchacha ojinegra, que se había criado en el teatro, pues su madre fue *parte de por medio* en los ilustres escenarios de la Cruz y los Caños,³⁰ mientras su padre tocaba el contrabajo en los Sitios y en la Real Capilla.³¹ De esta infeliz y mal avenida coyunda nació Pepita, y excuso decir que desde la niñez comenzó a aprender el oficio, con tal precocidad, que a los doce años se presentó por primera vez en escena, desempeñando un papel en la comedia de don Antonio Frumento, *Sastre, rey y reo a un tiempo, o el Sastre de Astra-*

²⁹ La escena, de origen costumbrista, es muy galdosiana; cuadros similares pueden encontrarse en *Fortunata y Jacinta* (1887), *Tristana* (1892), *Misericordia* (1897)...; *ochavo*: 'moneda antigua de cobre, de ínfimo valor'.^o

³⁰ *parte de por medio*: actriz que representaba papeles de ínfima importancia.

³¹ El teatro de los *Caños* del Peral, edificado en 1703, se dedicaba casi ex-

clusivamente a la ópera italiana, y es el actual teatro Real; los *Sitios*: se refiere a los llamados Sitios Reales —El Escorial, La Granja y Aranjuez—, entre cuyos palacios la familia real distribuía las épocas del año para residir; la *Real Capilla* es la capilla del Palacio Real de Madrid. Es bien conocida la protección que los primeros Borbones prestaron a la música.^o

*cán.*³² Conocida, pues, la escuela, los hábitos poco austeros de aquella alegre gente, a quien el general desprecio autorizaba en cierto modo para ser peor que los demás, ¿no sería locura exigir de mi ama una rigidez de principios que habrían sido suficientes, en las circunstancias de su vida, para asegurarle la canonización?

Réstame darla a conocer como actriz. En este punto debo decir tan sólo que en aquel tiempo me parecía excelente: ignoro el efecto que su declamación produciría en mí hoy si la viera aparecer en el escenario de cualquiera de nuestros teatros. Cuando mi ama estaba en la plenitud de sus triunfos, no tenía rivales temibles con quienes luchar. María del Rosario Fernández, conocida por *la Tirana*, había muerto el año 1803. Rita Luna, no menos famosa que aquélla, se había retirado de la escena en 1806; María Fernández, denominada *la Caramba*, también había desaparecido. La Prado, Josefa Virg, María Ribera, María García y otras de aquel tiempo, no poseían extraordinarias cualidades:³³ de modo que si mi ama no sobresalía de un modo notorio sobre las demás, tampoco su estrella se oscurecía ante el brillo de ningún astro enemigo. El único que entonces atraía la atención general y los aplausos de Madrid entero era Máiquez, y ninguna actriz podía considerarle como rival, no existiendo generalmente el antagonismo y la emulación sino entre los dioses de un mismo sexo.

Pepa González estaba afiliada al bando de los antimoratinistas, no sólo porque en el círculo por ella frecuentado abundaban los enemigos del insigne poeta, sino también porque personalmente tenía no sé qué motivos de irreconciliable inquina contra él.³⁴ Aquí tengo que resignarme a apuntar una observación que por cierto favorece bien poco a mi ama; pero como para mí la verdad es lo primero, ahí va mi parecer, mal que pese a los manes de

³² Antonio Furmento Bazo —y no *Fruemento*, como escribe Galdós— desarrolló su actividad como dramaturgo entre 1755 y 1772. En las primeras obras, entre las que se encuentra *Sastre, rey...*, estrenada el 27 de diciembre de 1757, firma con su primer apellido; después será más conocido como 'Antonio Bazo'.

³³ Las apreciaciones de Galdós sobre las actrices de la época parecen documentadas. Entre 1750 y 1810, sólo *la*

Tirana, Rita Luna y *la Caramba* son consideradas excepcionales y ninguna de las tres trabajaba ya en 1807.°

³⁴ Moratín tenía dos grupos de enemigos: los defensores del teatro popular frente a la reforma teatral auspiciada desde el gobierno por Godoy, y los jóvenes liberales capitaneados por Quintana. Aunque difícilmente se pueda colocar a Pepita en el segundo, los motivos de enemistad personal a que alude Galdós son comunes a ambos.°

Pepita González. Mi observación es que la actriz del Príncipe no se distinguía por su buen gusto literario, ni en la elección de obras dramáticas, ni tampoco al escoger los libros que daban alimento a su abundante lectura. Verdad es que la pobrecilla no había leído a Luzán, ni a Montiano, ni tenía noticia de la sátira de Jorge Pitillas, ni mortal alguno se había tomado el trabajo de explicarle a Batteux ni a Blair,³⁵ pues cuantos se acercaron a ella tuvieron siempre más presente a Ovidio que a Aristóteles, y a Boccaccio más que a Despreaux.³⁶

Por consiguiente, mi señora formaba bajo las banderas de don Eleuterio Crispín de Andorra, con perdón sea dicho de cejijuntos aristarcos.³⁷ Y es que ella no veía más allá, ni hubiera comprendido toda la jerigonza de las reglas, aunque se las predicaran frailes descalzos.³⁸ Es preciso advertir que el abate Cladera, de quien parece ser fidelísimo retrato el célebre don Hermógenes, fue amigo del padre de nuestra heroína, y sin duda aquel gracioso pedantón echó en su entendimiento, durante la niñez, la semilla de los principios que en otra cabeza dieron por fruto *El gran cerco de Viena*.³⁹

³⁵ Al aludir a la *Poética* de Luzán (1737), a la *Sátira contra los malos escritores de este siglo* (1742) de Jorge Pitillas, a los *Discursos sobre las tragedias españolas* (1750-1753) de Montiano, a los *Principios de literatura* (traducidos en 1797) de Batteux y a las *Lecciones de retórica y poética* (traducidas en 1805) de Blair, Galdós ofrece un panorama de la preceptiva manejada por los defensores españoles del buen gusto, sin distinguir entre moralistas y quintanistas. ◊

³⁶ Con Ovidio y Boccaccio alude el narrador a la literatura amorosa de signo erótico, mientras con Aristóteles y Despreaux hace referencia a la preceptiva sujeta a razón.

³⁷ Galdós había definido a don Eleuterio Crispín de Andorra, personaje autor de *El gran cerco de Viena* en *La comedia nueva* de Moratín, como poeta de baja estofa «prototipo de los más populares ingenios de entonces» (*Don Ramón*, IV); *aristarcos*: 'críticos literarios muy

severos', por Aristarco, gramático y crítico griego, nacido hacia el año 160 a.C., responsable de la división de los poemas homéricos en veinticuatro cantos.

³⁸ *jerigonza*: 'jerga o lenguaje especializado', entendido con un cierto sentido peyorativo; con las *reglas*, el narrador se refiere simultáneamente a las tres unidades acción, tiempo y lugar, defendidas por los neoclásicos basándose en la *Poética* de Aristóteles, y a las reglas monásticas por las que se regían los carmelitas (*frailes descalzos*). Las múltiples interpretaciones derivadas de ambos tipos de reglas desde sus respectivas formulaciones originales permiten la disemia humorística. ◊

³⁹ El abate Cladera, seudónimo de Fulgencio de Soto (1760-1816), había criticado pedantemente *El viejo y la niña* desde su periódico *El espíritu de los mejores diarios*; por ello quizás se interpretó que Moratín lo caricaturizaba en

Ello es que mi ama gustaba de las obras de Comella, aunque últimamente, visto el descrédito en que había caído este dios del teatro, despeñándose en la miseria desde la cumbre de su popularidad, no se atrevía a confesarlo delante de literatos y gente ilustrada. Como tuve ocasión de observar, escuchando sus conversaciones y poniendo atención a sus preferencias literarias, le gustaban aquellas comedias en que había mucho jaleo de entradas y salidas, revista de tropas, niños hambrientos que piden la teta, decoración de «gran plaza con arco triunfal a la entrada», personajes muy barbudos, tales como irlandeses, moscovitas o escandinavos, y un estilo que permitiese decir a la dama en cierta situación de apuro: «estatua viva soy de hielo», o «rencor, finjamos...; encono, no disimulemos...; cautela, favorecedme».

Recuerdo que varias veces la oí lamentarse de que el nuevo gusto hubiera alejado de la escena diálogos concertantes como el siguiente,⁴⁰ que pertenece, si mal no recuerdo, a la comedia *La mayor piedad de Leopoldo el Grande*:

MARGARITA:	Vamos, amor...	
NADASTI:		Odio...
ZRIN:		Duda...
CARLOS:	Horror...	
ALBUQUERQUE:		Confusión...
ULRICA:		Martirio...
LOS SEIS:	Vamos a esperar que el tiempo diga lo que tú no has dicho. ⁴¹	

Como este género de literatura iba cayendo en desuso, rara vez tenía mi ama el gusto de ver en la escena a *Pedro el Grande en el sitio de Pultowa*,⁴² mandando a sus soldados que comieran ca-

el no menos pedante personaje de *La comedia nueva*, don Hermógenes; animado por él, y siguiendo sus pautas escribe don Eleuterio *El gran cerco de Viena*.^o

⁴⁰ diálogo concertante: «diálogo entre dos o tres o más personajes que hablan y se interrumpen alternativamente, concluyendo todos con una expresión que viene bien al concepto de cada uno de ellos» (Nota de Moratín a *La comedia nueva*).^o

⁴¹ *La mayor piedad de Leopoldo el Grande* es una comedia heroica de Gaspar de Zavala y Zamora estrenada en 1789. A ella responde no sólo este diálogo, sino también la decoración y las frases del párrafo anterior, aunque características similares pueden encontrarse en todo este género de comedias.^o

⁴² Este título quizás responde a una confusión de Galdós entre la obra de Comella *Pedro el Grande Czar de Moscovia* (1796) y la de Zavala *La toma de*

ballos crudos y sin sal, y prometiendo él por su parte almorzar piedras antes que rendir la plaza. Debo advertir que esta preferencia más consistía en una tenaz obstinación contra los moratinistas que en falta de luces para comprender la superioridad de la nueva escuela, y en que mi ama, rancia e intransigente española por los cuatro costados, creía que las reglas y el buen gusto eran malísimas cosas, sólo por ser extranjeras, y para dar muestras de españolismo bastaba abrazarse, como a un lábaro santo, a los despropósitos de nuestros poetas calagurritanos.⁴³ En cuanto a Calderón y a Lope de Vega, ella los tenía por admirables, sólo porque eran despreciados por los clásicos.⁴⁴

De buena gana me extendería aquí haciendo algunas observaciones sobre los partidos dramáticos de entonces y sobre los conocimientos literarios del pueblo en general y de los que se disputaban su favor con tanto encarnizamiento; pero temo ser pesado y apartarme de mi principal objeto, que no es discutir con pluma académica sobre cosas tal vez mejor conocidas por el lector que por mí. Quédese en el tintero lo que no es del caso; y sigo, una vez que dejo consignado el gusto de mi ama, que hoy afearía a cualquier marquesa, artista o virtuosa de lo que llaman el gran mundo, pero que entonces no era bastante a oscurecer ninguna de las inagotables gracias de su persona.

Ya la conocen ustedes. Pues bien, voy a contar lo que me he propuesto..., pero ¡por vida de!..., ahora caigo en que no debo seguir adelante, sin dar a conocer el papel que, por mi desgracia, desempeñé en el ruidoso estreno de *El sí de las niñas*, siendo causa de que la tirantez de relaciones entre mi ama y Moratín se aumentara hasta llegar a una solemne ruptura.

Pultowa por Carlos XII (1786), aunque no debe descartarse una amalgama irónica de ambos títulos.°

⁴³ *lábaro santo*: 'objeto sagrado, digno de veneración', ya que lábaro era el estandarte de los emperadores romanos en el que Constantino mandó poner la cruz y el monograma de Cristo; *poetas calagurritanos*: 'autores muertos de hambre', fracasados y con graves dificultades económicas por ser incapaces de estrenar sus obras, ya que 'hambre calagurritano' fue el hambre extremada

que pasaron los habitantes de Calahorra debido al asedio de las tropas romanas.°

⁴⁴ En todo el párrafo alude el narrador al conocido tópico de presentar el teatro del Siglo de Oro, y su hipotético heredero, el teatro popular dieciochesco, como representantes de «lo nacional», frente al «antipatriotismo» de los reformadores, que según este parecer trataban de imponer normas «extranjeras» poco respetadas por Lope o Calderón.°

II

El hecho es anterior a los sucesos que me propongo narrar aquí, pero no importa. *El sí de las niñas* se estrenó en enero de 1806. Mi ama trabajaba en los Caños del Peral, porque el Príncipe, incendiado algunos años antes, no estaba aún reedificado.¹ La comedia de Moratín, leída varias veces por éste en las reuniones del príncipe de la Paz y de Tineo,² se anunciaba como un acontecimiento literario que había de rematar gloriosamente su reputación. Los enemigos en letras, que eran muchos, y los envidiosos, que eran más, hacían correr rumores alarmantes, diciendo que la tal obra era un comedión más soporífero que *La mojigata*, más vulgar que *El barón* y más antiespañol que *El café*.³ Aún faltaban muchos días para el estreno, y ya corrían de mano en mano sátiras y diatribas, que no llegaron a imprimirse. Hasta se tocaron registros de pasmoso efecto entonces, cuales eran excitar la suspicacia de la censura eclesiástica, para que no se permitiera la representación; pero de todo triunfó el mérito de nuestro primer dramático, y *El sí de las niñas* fue representado el 24 de enero.⁴

Yo formé parte, no sin alborozo, porque mis pocos años me autorizaban a ello, de la tremenda conjuración fraguada en el vestuario de los Caños del Peral y en otros oscuros conciliábulos,⁵ donde míseramente vivían, entre *celandales arachneos*, algunos de los más afamados dramaturgos del siglo precedente. Capitaneaba la conjuración un poeta,⁶ de cuya persona y estilo pueden ustedes

¹ El teatro del Príncipe se quemó en julio de 1802 y permaneció cerrado hasta agosto de 1806.°

² Entre la redacción y el estreno de la obra, Moratín había realizado varias lecturas en domicilios privados, entre ellos el de Juan Tineo, de quien era muy amigo desde que lo conoció en Bolonia en 1795.°

³ *La mojigata* se estrenó en 1804, *El barón* en 1803 y *La comedia nueva* o *El café* en 1792.

⁴ Es posible que Galdós, al recrear la expectación suscitada por el estreno de *El sí de las niñas*, incluyese datos his-

tóricos que pertenecen al de *La comedia nueva*.°

⁵ También Moratín, en la Advertencia a *La comedia nueva*, habla de una «conjuración» que «trató de acabar con ella en su primera representación».

⁶ *entre celandales arachneos*: 'entre telas de araña', en sentido irónico; *celandales*: 'telas de seda o lino muy finas y transparentes'; *arachneo*: 'de araña'. El poeta, tal como indica la inmediata alusión del narrador, está inspirado en *La derrota de los pedantes* (1789) de Moratín, y a través de éste, en los malos poetas del *Viaje al Parnaso* cervantino.°

formarse idea si recuerdan al omnímodo escritor a quien Mercurio escoge entre la gárrula multitud para presentarlo a Apolo. No recuerdo su nombre, aunque sí su figura, que era la de un despreciable y mezquino ser, constituido moral y físicamente como por limosna de la maternal Naturaleza. Consumido su espíritu por la envidia, y su cuerpo por la miseria, ganaba en fealdad y repulsión de año en año; y como su numen ramplón, probado en todos los géneros, desde el heroico al didascálico, no daba ya sino frutos a que hacían ascos los mismos sectarios de la escuela, vivía al fin consagrado a componer groseras diatribas y torpes críticas contra los enemigos de aquellos a cuya sombra vivía sin más trabajo que el de la adulación.

Este hijo de Apolo nos condujo en imponente procesión a la cazuela de la Cruz, donde debíamos manifestar con estudiadas señales de desagrado los errores de la escuela clásica. Mucho trabajo nos costó entrar en el coliseo, pues aquella tarde la concurrencia era extraordinaria; pero al fin, gracias a que habíamos acudido temprano, ocupamos los mejores asientos de la región paradisíaca, donde se concertaban todos los discordes ruidos de la pasión literaria y todos los malos olores de un público que no brillaba por su cultura.⁷

Creerán ustedes que el aspecto interior de los teatros de aquel tiempo se parece algo al de nuestros modernos coliseos. ¡Qué error tan grande! En el elevado recinto donde el poetastro había fijado los reales de su tumultuoso batallón, existía un compartimiento que separaba los dos sexos, y de seguro el sabio legislador que tal cosa ordenó en los pasados siglos, se frotaría con satisfacción las manos y daríase un golpe en la augusta frente, creyendo adelantar gran paso en la senda de la armonía entre hombres y mujeres. Por el contrario, la separación avivaba en hembras y varones el natural anhelo de entablar conversación, y lo que la proximidad hubiera permitido en voz baja, la pérfida distancia lo autorizaba en destempladas voces. Así es que entre uno y otro hemisferio se cruzaban palabras cariñosas o burlonas o soeces; observaciones que hacían desternillar de risa a todo el ilustre concurso; preguntas que se contestaban con juramentos, y agudezas cuya malicia

⁷ *coliseo*: 'teatro'; *región paradisíaca*: irónica variante galdosiana de «paraiso», denominación utilizada varias dé-

cadas más tarde para 'la galería más alta y más barata del teatro', pero anacrónica en 1806. ^o

consistía en ser dichas a gritos. Frecuentemente de las palabras se pasaba a las obras, y algunas andanadas de castañas, avellanas, o cáscaras de naranjas, cruzaban *de polo a polo*, arrojadas por diestra mano, ejercicio que, si interrumpía la función, en cambio regocijaba mucho a entrambas partes.⁸

Sin embargo, bueno es advertir que este mismo público, a quien afeaban tan groseras exterioridades, solía dar muestras de gran instinto artístico, llorando con Rita Luna en el drama de Kotzebue *Misantropía y arrepentimiento*, o participando del sublime horror expresado por Isidoro en la tragedia *Orestes*.⁹ Verdad es también que ningún público del mundo ha excedido a aquél en donaire para burlarse de los autores malos y de los poetas que no eran de su agrado. Igualmente dispuesto a la risa que al sentimiento, obedecía como un débil niño a las sugerencias de la escena. Si alguien no pudo jamás tenerle propicio, culpa suya fue.

Mirando el teatro desde arriba parecía el más triste recinto que puede suponerse.¹⁰ Las macilentas luces de aceite, que encendía un mozo saltando de banco en banco, apenas le iluminaban a medias, y tan débilmente, que ni con anteojos se descubrían bien las descoloridas figuras del ahumado techo, donde hacía cabriolas un señor Apolo con lira y borceguíes encarnados. Era de ver la operación de encender la lámpara central que, una vez consumada tan delicada maniobra, subía lentamente por máquina, entre las exclamaciones de la gente de arriba, que no dejaba pasar tan buena ocasión de manifestarse de un modo ruidoso.¹¹

Abajo también había compartimiento, y consistía en una fuerte

⁸ Es bien conocido el ambiente que aquí refleja Galdós; en la crónica, la historia y la crítica de teatro desde entonces a hoy podemos encontrar numerosos ejemplos de cómo el espectáculo se repartía entre público y escena.^o

⁹ *Misantropía y arrepentimiento* y *Orestes* son dos adaptaciones hechas por Dionisio Solís del drama sentimental del alemán Kotzebue y de la tragedia de Alfieri, respectivamente. El éxito de ambas en 1800 y 1807 justificaría su mención, pero además giran las dos en torno a las consecuencias del adulterio femenino, con lo que el trasfondo his-

tórico de la novela acerca de la reina María Luisa queda una vez más aludido sin citarlo.^o

¹⁰ Véase la nota complementaria I, 8 de *Trafalgar*, relativa a hipérbolos de este tipo, también muy abundantes en *La corte*: «la amé del modo más extraño que puede imaginarse» (cap. III), «la más fastuosa peineta» (cap. V), «la más rica menestra que ha incitado el humano apetito» (cap. XVI), etc.

¹¹ El pésimo sistema de iluminación de los teatros antes de la instalación del gas es motivo de queja en documentos de la época y de comentarios entre los contemporáneos de Galdós.^o

viga, llamada *degolladero*, que separaba las lunetas del patio propiamente dicho.¹² Los palcos o aposentos eran unos cuchitriles estrechos y oscuros donde se acomodaban como podían las personas de pro; y como era costumbre que las damas colgasen en los antepechos sus chales y abrigos, el conjunto de las galerías tenía un aspecto tal, que parecía decoración hecha exprofeso para representar las calles de Postas o de Mesón de Paños.¹³

El Reglamento de teatros, publicado en 1806, tendía a corregir muchos de estos abusos; pero como nadie se cuidaba de hacerlo cumplir, sólo la costumbre y el progreso de la cultura reformaron hábitos tan feos. Recuerdo que hasta mucho después de la época a que me refiero, las gentes conservaban el sombrero puesto, aunque el Reglamento decía terminantemente en uno de sus artículos: «En los aposentos de todos los pisos, y sin excepción de alguno, no se permitirá sombrero puesto, gorro, ni red al pelo; pero sí capa o capote para su comodidad».¹⁴

Mientras aguardábamos a que se alzase el telón, el poeta me hacía minucioso relato del infinito número de obras que había compuesto entre dramáticas, cómicas, elegíacas, epigramáticas, venatorias, bucólicas y del género sentimental y mixto. Me contó el argumento de tres o cuatro tragedias que no esperaban más que la protección de un mecenas para pasar de las musas al teatro,¹⁵ y como si mis culpas no estuvieran aún bastante purgadas con oír los argumentos, me espetó algunos sonetos, que si no eran exactamente iguales al famosísimo

¹² Se le llamaba *degolladero* porque llegaba a la altura de la garganta del espectador de pie, que corría peligro de degollarse si se le oprimía; *lunetas*: 'asientos instalados en la zona del patio más cercana al escenario'.

¹³ *chales*: 'paños de seda o lana mucho más largos que anchos, de origen francés, que usaban las mujeres como abrigo o adorno'; la comparación con *las calles de Postas* o de *Mesón de Paños* se debe al aspecto abigarrado de ambas, ya que en la primera, entre Esparteros y la plaza de la Constitución, estaban situados los gremios de mercería, especiería y droguería, y en la segunda, entre la costanilla de Santiago y la Escalinata, se hospedaban anti-

guamente los arrieros que traían paños para proveer a los comerciantes de Madrid.

¹⁴ El «Reglamento general para la Dirección y Reforma de Teatros» fue aprobado por Real Orden de 17 de diciembre de 1806 y mandado observar por Real Orden de 16 de marzo de 1807. El narrador cita textualmente el artículo 10 del capítulo XII. Desde la primera edición, probablemente por error, figuró 1803.

¹⁵ De nuevo Galdós se inspira en el discurso a Mercurio del poetaastro de la *Derrota* y, probablemente porque ya estaban implícitos en la obra de Moratín, parafrasea ciertos versos irónicos de la *Égloga a Claudio* de Lope.

Reverberante numen que del Istro
al Marañón sublimas con tu Zurda,

le eran tan semejantes como una calabaza a otra.¹⁶

Cuando la representación iba a empezar, el poeta dirigió su mirada de gerifalte a los abismos del patio para ver si habían puntualmente acudido otros no menos importantes caudillos de la manifestación fraguada contra *El sí de las niñas*.¹⁷ Todos ocupaban sus puestos, con puntual celo por la causa nacional. No faltaba ninguno: allí estaba el vidriero de la calle de la Sartén, uno de los más ilustres capitanes de la mosquetería; allí el vendedor de libros de la Costanilla de los Ángeles, hombre perito en las letras humanas; allí *Cuarta y Media*, cuyo fuerte pulmón hizo acallar él solo a todos los admiradores de *La mojigata*; allí el hojalatero de las Tres Cruces, esforzado adalid, que traía bajo la ancha capa algún reluciente y ruidoso caldero para sorprender al auditorio con sinfonías no anunciadas en el programa; allí el incomparable Roque Pamplinas, barbero, veterinario y sangrador, que, con los dedos en la boca, desafiaba a todos los flautistas de Grecia y Roma; allí, en fin, lo más granado y florido que jamás midió sus armas en palenques literarios.¹⁸ Mi poeta quedó satisfecho de la revista que pasó a su ejército, y luego todos dirigimos nuestra atención al escenario, porque la comedia había empezado.

—¡Qué principio! —dijo oyendo el primer diálogo entre don Diego y Simón—. ¡Bonito modo de empezar una comedia! La escena es una posada. ¿Qué puede pasar de interés en una posada? En todas mis comedias, que son muchas, aunque ninguna se ha

¹⁶ *del Istro al Marañón*: 'de oriente a occidente', es decir desde el río Istrus, en la antigua Creta, hasta el río Marañón en Perú. Se trata de los dos primeros versos del soneto que dirige a Apolo el mal poeta de la *Derrota*. Es irónico, por tanto, calificar el soneto de *famosísimo*, ya que lo era por haberlo escrito Moratín como modelo paródico de la que consideraba pésima poesía posgongorina; la frase *tan semejantes como una calabaza a otra* es asimismo irónica, ya que, en la sátira moratiniana, sin comprender la reacción de sus oyentes —Apolo, las musas y

los buenos poetas—, el personaje decide recitar «otro soneto con los mismos consonantes» de idéntico estilo y muy similar contenido (véase *Derrota*, 66-67).

¹⁷ *mirada de gerifalte*: 'mirada dominante', como la del ave de cetrería.

¹⁸ *La calle de la Sartén* estaba situada tras el monasterio de Santo Domingo, en la plaza del mismo nombre; la *Costanilla de los Ángeles* une la calle del Arenal con la plaza de Santo Domingo, y la de *las Tres Cruces* se encontraba entre la plaza del Carmen y la Gran Vía; *palenques*: 'terrenos cercados para celebrar torneos y contiendas'.

representado, se abre la acción con un *jardín corintiano, fuentes monumentales a derecha e izquierda, templo de Juno en el fondo, o con gran plaza, donde están formados tres regimientos; en el fondo la ciudad de Varsovia, a la cual se va por un puente...*,¹⁹ etc. Y oiga usted las simplezas que dice ese vejete. Que se va a casar con una niña que han educado las monjas de Guadalajara. ¿Esto tiene algo de particular? ¿No es acaso lo mismo que estamos viendo todos los días?

Con estas observaciones, el endiablado poeta no me dejaba oír la función, y yo, aunque a todas sus censuras contestaba con monosílabos de humilde aquiescencia, hubiera deseado que callara con mil demonios. Mas era preciso oírle; y cuando aparecieron doña Irene y doña Paquita, mi amigo y jefe no pudo contener su enfado, viendo que atraían la atención dos personas, de las cuales una era exactamente igual a su patrona, y la otra no era ninguna princesa, ni senescala, ni canonesa, ni landgraviata, ni archidapífera de país ruso o mongol.²⁰

—¡Qué asuntos tan comunes! ¡Qué baja de ideas! —exclamaba de modo que le pudieran oír todos los circundantes—. ¿Y para esto se escriben comedias? ¿Pero no oye usted que esa señora está diciendo las mismas necedades que diría doña Mariquita, o doña Gumersinda, o la tía Candungas? Que si tuvo un pariente obispo; que si las monjas educaron a la niña sin artificio ni embelecocos; que la muy piojosa se casó a los diecinueve años con don Epifanio; que parió veintidós hijos... así reventara la maldita vieja.²¹

—Pero oigamos —dije yo, sin poder aguantar las importunidades del caudillo—, y luego nos burlaremos de Moratín.

¹⁹ Desde este momento Galdós se servirá de los comentarios del poeta para realzar las diferencias entre el teatro popular y la comedia moratiniana. Aquí, la aparición del ilustrado caballero y su criado es aprovechada por el autor para ironizar sobre la ridícula magnificencia de muchos decorados contemporáneos frente a la sencilla puesta en escena de *El sí de las niñas*.^o

²⁰ La madre y la protagonista de *El sí de las niñas* son personajes de la clase media española y carecen de los exóticos cargos que irónicamente reúne aquí Galdós, pero que podían encontrarse

distribuidos entre los personajes, casi siempre extranjeros, de las comedias heroicas: *senescala* era la mujer que ejercía como cabeza principal de la nobleza para gobernarla sobre todo en la guerra; *canonesa*, quien en las abadías alemanas o flamencas vivía en comunidad sin hacer votos solemnes ni obligarse a perpetua clausura; *landgraviata*, la mujer del landgrave, título de honor y dignidad de algunos grandes señores en Alemania; y *archidapífera*, un cargo de dignidad y autoridad imaginarias.^o

²¹ Repite el poeta frases de las escenas 3 y 4 de *El sí de las niñas*.^o

—Es que no puedo sufrir tales despropósitos —continuó—. No se viene al teatro para ver lo que a todas horas se ve en las calles y en casa de cada *quisque*. Si esa señora, en vez de hablar de sus partos, entrase echando pestes contra un general enemigo porque le mató en la guerra sus veintiún hijos, dejándole sólo el veintidós, que está aún en la mamada, y lo trae para que no se lo coman los sitiados, que se mueren de hambre, la acción tendría interés y ya estaría el público con las manos desolladas de tanto palmoteo... Amigo Gabriel, hay que protestar con fuerza. Golpeemos el suelo con los pies y los bastones, demostrando nuestro cansancio e impaciencia. Ahora bostecemos abriendo la boca hasta que se disloquen las quijadas, y volvamos la cara hacia atrás, para que todos los circundantes, que ya nos tienen por literatos, vean que nos aburrimos de tan sandía y fastidiosa obra.

Dicho y hecho; comenzamos a golpear el suelo, y luego bostezamos en coro, diciéndonos unos a otros: «¡Qué fastidio!...», «¡Qué cosa tan pesada!...», «¡Mal empleado dinero!...» y otras frases por el mismo estilo, que no dejaban de hacer su efecto.²² Los del patio imitaron puntualísimamente nuestra patriótica actitud. Bien pronto un general murmullo de impaciencia resonó en el ámbito del teatro. Pero si había enemigos, no faltaban amigos, desparrramados por lunetas y aposentos, y aquéllos no tardaron en protestar contra nuestra manifestación, ya aplaudiendo, ya mandándonos callar con amenazas y juramentos,²³ hasta que una voz fortísima, gritando desde el fondo del patio: «¡afuera los *chorizos!*»²⁴ provocó ruidosa salva de aplausos y nos impuso silencio.

El poetastro no cabía en su pellejo de indignación. Siguió haciendo observaciones, conforme avanzaba la pieza, y decía:

—Ya, ya sé lo que va a resultar aquí. Ahora resulta que doña Paquita no quiere al viejo, sino a un militarito, que aún no ha salido, y que es sobrino del cabronazo de don Diego. Bonito enredo... Parece mentira que esto se aplauda en una nación culta. Yo condenaba a Moratín a galeras, obligándole a no escribir más vulgaridades en toda su vida. ¿Te parece, Gabrielito, que esto

²² Estos comentarios parecen inspirados en ciertos ataques anónimos que Moratín recibió tras el estreno.°

²³ Las grandes diferencias de precio entre los distintos tipos de localidades ocasionaba la heterogeneidad cultural

del público y, en consecuencia, su disparidad de gustos.°

²⁴ Así se llamaban los componentes del bando de los aficionados al teatro del Príncipe (véase la nota I, 15).°

es comedia? Si no hay enredo, ni trama, ni sorpresa, ni confusiones, ni engaños, ni *quid pro quo*,²⁵ ni aquello de disfrazarse un personaje para hacer creer que es otro, ni tampoco aquello de que salen dos insultándose como enemigos, para después percatarse de que son padre e hijo... Si ese don Diego cogiera a su sobrino y, matándolo bonitamente en la cueva, preparara un festín e hiciera servir a su novia un plato de carne de la víctima, bien condimentado con especias y hojas de laurel, entonces la cosa tendría alguna malicia... ¿Y la niña por qué disimula? ¿No sería más dramático que se negase a casarse con el viejo, que le insultara llamándole tirano, o le amenazara con arrojarle al Danubio o al Don, si osaba tocar su virginidad...? Estos poetas nuevos no saben inventar argumentos bonitos, sino majaderías con que engañan a los bobos, diciéndoles que son conformes a las reglas. Animo, compañeros, prepararse todo el mundo. Pronunciemos frases coléricas y finjamos disputar en corro, diciendo unos que esta obra es peor que *La mojigata*, y otros que aquélla era peor que ésta. El que sepa silbar con los dedos, hágalo *ad libitum*,²⁶ y patadas a discreción. Apostrofar a doña Irene cuando se retire de la escena, llamándola cada cual como se le ocurra.

Dicho y hecho: conforme a las terminantes órdenes de nuestro jefe, armamos una espantosa grito al finalizar el acto primero. Como los amigos del autor protestaron contra nosotros, exclamamos: «¡afuera la *polaquería!*»²⁷ y, enardecidos los dos bandos por el calor de la porfía, se cruzaron los más duros apóstrofes, entre el discordé gritar de la cazuela y el patio. El acto segundo no pasó más felizmente que el primero; y por mi parte ponía gran atención al diálogo, porque en verdad, con perdón sea dicho del poeta mi amigo, que la comedia me parecía muy buena, sin que yo acertara a explicarme entonces en qué consistían sus bellezas.

La obstinación de aquella doña Irene, empeñada en que su hija debía casarse con don Diego, porque así cuadraba a su interés, y la torpeza con que cerraba los ojos a la evidencia, creyendo que el consentimiento de su hija era sincero, sin más garantía que la educación de las monjas; el buen sentido del don Diego, que

²⁵ 'equivoco'.

²⁶ 'a capricho, a placer, libremente';
procede de la terminología musical,
'lo que puede ser interpretado o

no, a voluntad', en oposición a 'obligato'.

²⁷ Bando de los aficionados al teatro de la Cruz. ^o

no las tenía todas consigo respecto a la muchacha, y desconfiaba de su remilgada sumisión; la apasionada cortesanía de don Carlos, la travesura de Calamocha, todos los incidentes de la obra, lo mismo los fundamentales que los accesorios, me cautivaban, y al mismo tiempo descubría vagamente en el centro de aquella trama un pensamiento, una intención moral, a cuyo desarrollo estaban sujetos todos los movimientos pasionales de los personajes.²⁸ Sin embargo, me cuidaba mucho de guardar para mí estos raciocinios, que hubieran significado alevosa traición a la ilustre hueste de silbantes, y fiel a mis banderas, no cesaba de repetir con grandes aspavientos: «¡Qué cosa tan mala!... ¡Parece mentira que esto se escriba!... Ahí sale otra vez la viejecilla... Bien por el viejo ñoño... ¡Qué aburrimiento! ¡Miren la gracia!», etc., etc.

El segundo acto pasó, como el primero, entre las manifestaciones de uno y otro lado; pero me parece que los amigos del poeta llevaban ventaja sobre nosotros. Fácil era comprender que la comedia gustaba al público imparcial, y que su buen éxito era seguro, a pesar de las indignas cábalas, en las cuales tenía yo parte. El tercer acto fue, sin disputa, el mejor de los tres: yo le oí con religioso respeto, luchando con las impertinencias de mi amigo el poeta, que en lo mejor de la pieza creyó oportuno desembuchar lo más escogido de sus dicitos.²⁹

Hay en el dicho acto tres escenas de una belleza incomparable. Una es aquélla en que doña Paquita descubre ante el buen don Diego las luchas entre su corazón y el deber impuesto por una hipócrita conformidad con superiores voluntades; otra es aquélla en que intervienen don Carlos y don Diego, y se desata, merced a nobles explicaciones, el nudo de la fábula; y la tercera es la que sostienen del modo más gracioso don Diego y doña Irene, aquél deseando dar por terminado el asunto del matrimonio, y ésta interrumpiéndole a cada paso con sus importunas observaciones.³⁰

No pude disimular el gusto que me causó esta escena, que me parecía el colmo de la naturalidad, de la gracia y del interés cómico; pero el poeta me llamó al orden injuriándome por mi deserción del campo *chorizo*.

²⁸ Galdós no escatima elogios al modo en que Moratín puso en práctica la norma clásica del «enseñar deleitando» que había inspirado a los ilustrados españoles la reforma teatral.^o

²⁹ *cábalas*: 'cálculos'; *dicitos*: 'insultos'.^o

³⁰ Gabriel alude aquí a las escenas 8, 10 y 11 del acto III de *El sí de las niñas*.

—Perdone usted —le dije—, me equivoqué. Pero, ¿no cree usted que esa escena no está del todo mal?

—¡Cómo se conoce que eres novato y que en la vida has compuesto un verso! ¿Qué tiene esa escena de extraordinario, ni de patético, ni de historiográfico...?

—Es que la naturalidad... Parece que ha visto uno en el mundo lo que el poeta pone en escena.

—Cascaciruelas, pues por eso mismo es tan malo. ¿Has visto que en *Federico II*, en *Catalina de Rusia*, en *La esclava de Negroponto* y otras obras admirables, pase jamás nada que remotamente se parezca a las cosas de la vida?³¹ ¿Allí no es todo extraño, singular, excepcional, maravilloso y sorprendente? Pues por eso es tan bueno. Los poetas de hoy no aciertan a imitar a los de mi tiempo, y así está el arte por los mismos suelos.

—Pues yo, con perdón de usted —dije—, creo que... la obra es malísima, convengo; y cuando usted lo dice, bien sabido se tendrá por qué. Pero me parece laudable la intención del autor, que se ha propuesto aquí, según creo, censurar los vicios de la educación que dan a las niñas del día, encerrándolas en los conventos y enseñándolas a disimular y a mentir... Ya lo ha dicho don Diego: las juzgan honestas, cuando les han enseñado el arte de callar, sofocando sus inclinaciones, y las madres se quedan muy contentas cuando las pobrecillas se prestan a pronunciar un sí perjurado que después las hace desgraciadas.³²

—¿Y quién le mete al autor en esas filosofías? —dijo el pedante—. ¿Qué tiene que ver la moral con el teatro? En *El mágico de Astracán*, en *A España dieron blasón las Asturias y León*, y *triumfos de don Pelayo*, comedias que admira el mundo,³³ ¿has visto acaso algún pasaje en que se hable del modo de educar a las niñas?

—Yo he oído o leído en alguna parte que el teatro sirve de entretenimiento y de enseñanza.

³¹ *Federico II* y *Catalina de Rusia* fueron dos conocidas comedias heroicas de Comella, estrenadas en 1789 y 1797, respectivamente; *La esclava del Negroponto*, del género sentimental, se atribuyó a Comella, aunque parece ser de Sólo de Zaldívar, y se estrenó en 1776.°

³² Estas palabras resumen, parafraseándolo, el parlamento de don Diego

en la escena 8 del acto III de *El sí de las niñas*.°

³³ *El mágico de Astracán* (1781), comedia de magia, fue escrita por Antonio Valladares y Sotomayor; *A España dieron blasón las Asturias y León*, y *triumfos de don Pelayo*, comedia heroica, por Josef Concha fechada en 1791, y fue estrenada en 1798.°

—¡Patarata!³⁴ Además el señor Moratín se va a encontrar con la horma de su zapato, por meterse a criticar la educación que dan las señoras monjas. Ya tendrá que habérselas con los reverendos obispos y la santa Inquisición, ante cuyo tribunal se ha pensado delatar *El sí*, y se delatará, sí señor.³⁵

—Vea usted el final —dije atendiendo a la tierna escena en que don Diego casa a los dos amantes, bendiciéndoles con cariño paternal.

—¡Qué desenlace tan desabrido! Al menos lerdo se le ocurre que don Diego debe casarse con doña Irene.

—¡Hombre! ¿don Diego con doña Irene? Si él es una persona discreta y seria, ¿cómo va a casarse con esa vieja fastidiosa?

—¿Qué entiendes tú de eso, chiquillo? —exclamó amostazado el pedante—. Digo que lo natural es que don Diego se case con doña Irene, don Carlos con Paquita, y Rita con Simón. Así quedaría regular el fin, y mucho mejor si resultara que la niña era hija natural de don Diego y don Carlos hijo espúreo de doña Irene, que le tuvo de algún rey disfrazado, comandante del Cáucaso o bailío condenado a muerte.³⁶ De este modo tendría mucho interés el final, mayormente si uno salía diciendo: «¡padre mío!» y otro «¡madre mía!» con lo cual, después de abrazarse, se casaban para dar al mundo numerosa y masculina sucesión.³⁷

—Vamos, que ya se acaba. Parece que el público está satisfecho —dije yo.

—Pues apretar ahora, muchachos. Manos a la boca. La comedia es pésima, inaguantable.

La consigna fue prontamente obedecida. Yo mismo, obligado por la disciplina, me introduje los dedos en la boca y... ¡Sombra de Moratín! ¡Perdón mil veces...! No lo quiero decir: que comprenda el lector mi ignominia y me juzgue.

Pero nuestra mala estrella quiso que la mayor parte del público

³⁴ '¡Ridículez!'.^o

³⁵ Las denuncias que efectivamente se hicieron de *El sí de las niñas* a la Inquisición parecen ser la causa principal de que Moratín, a los cuarenta y seis años, no volviese a escribir teatro.^o

³⁶ *bailío*: dignidad de la orden de San Juan que los caballeros profesos ob-

tenían por su antigüedad o por gracia particular del gran maestro.

³⁷ Además del gusto por la anagnórisis ya comentado en la nota complementaria I, 17, estas palabras reflejan las de don Hermógenes en *La comedia nueva*, I, 4: «que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesión».^o

estuviese bien dispuesta en favor de la comedia. Los silbidos provocaron una tempestad de aplausos, no sólo entre la gente de los aposentos y lunetas, sino entre los de la cazuela y tertulia.³⁸

El justiciero pueblo que nos rodeaba, y que en su buen instinto artístico comprendía el mérito de la obra, protestó contra nuestra indigna cruzada, y algunos de los más ardientes de la falange se vieron aporreados de improviso. Lo que tengo más presente es la mala aventura que ocurrió al alumno de Apolo en aquella breve batalla por él provocada. Usaba un sombrero tripico de dimensiones harto mayores que las proporcionadas a su cabeza,³⁹ y en el momento en que se volvía para contestar a las injurias de cierto individuo, una mano vigorosa, cayendo a plomo sobre aquella prenda hiperbólica, se la hundi6 hasta que las puntas descansaron sobre los hombros. En esta actitud estuvo el infeliz manoteando un rato sin ton ni son, incapaz para sacar a la luz su cabeza del tenebroso recinto en que había quedado sepultada.

Por fin, los amigos le sacamos con gran esfuerzo el sombrero, y él, echando espumarajos por la boca, juró tomar venganza tan sangrienta como pronta; pero no pasó de aquí su furor, porque todos los circundantes se reían de él y a ninguno se dirigió para vengarse. Le sacamos a la calle, donde se serenó algún tanto, y nos separamos, prometiendo juntarnos al día siguiente en el mismo sitio.

Tal fue el estreno de *El sí de las niñas*.⁴⁰ Aunque la primera tarde fuimos derrotados, aún había esperanzas de hundir la obra en la segunda o tercera representación. Se sabía que el ministro Caballero la desaprobaba,⁴¹ jurando castigar a su autor, y esto daba esperanza al partido de los silbantes, que ya veían a Moratín en poder del Santo Oficio, con corozca de sapos, sambenito y sogá al cuello.⁴² Pero la segunda tarde vinieron de un golpe a tierra

³⁸ 'galería alta en que se situaban clérigos y gentes de letras que no pagaban entrada'. Críticos e historiadores coinciden en reseñar el éxito del estreno de *El sí de las niñas* que duró veintiséis días en cartel y se retiró por la llegada de la Cuaresma.^o

³⁹ *sombrero tripico*: 'sombrero que tiene levantada y abarquillada el ala por tres partes y forma en su base un triángulo con tres picos'.

⁴⁰ El estreno real transcurrió sin problema alguno.^o

⁴¹ Caballero (1770-1821) fue ministro de Gracia y Justicia desde la caída de Jovellanos en 1798 hasta 1808. A su actitud ante *El sí de las niñas* se alude en la Advertencia preliminar de la obra.^o

⁴² Atributos que la Inquisición imponía a los delincuentes; *corozca de sapos*: 'capirote de papel engrudado y de figura cónica'; *sambenito*: 'escapulario'.

las ilusiones de los más ardientes antimoratinistas, porque la presencia del príncipe de la Paz impuso silencio a las chicharras,⁴³ y nadie osó formular demostraciones de desagrado. Desde entonces el autor de *El sí*, a quien se dijo que la conspiración había sido fraguada en el cuarto de mi ama, interrumpió la tibia amistad que con ésta le unía. La González pagó este desvío con un cordial aborrecimiento.

III

Contado este suceso, muy anterior a los que son objeto del presente libro, empezaré mi narración, la cual irá al compás de ciertos hechos ocurridos en el otoño de 1807, año que en la mente de los madrileños quedó marcado con el recuerdo de la famosa conspiración del Escorial.

No quiero escribir una palabra más, sin daros a conocer a una persona que desde aquellos días ocupó lugar privilegiado en mi corazón, siendo a la vez, como se verá por este relato, lección viva de mi existencia, pues la enseñanza que de su conocimiento me provino contribuyó de un modo poderoso a formar mi carácter.

Todas las ropas de teatro y de calle que usaba mi ama, eran confeccionadas por una costurera de la calle de Cañizares,¹ excelente y honradísima mujer, joven aún, aunque desmejorada por el trabajo, discreta y afable en tales términos, que por entre la corteza de su malestar presente parecían distinguirse nacimiento y condición muy superiores. Esto no era más que apariencia; pero a la citada persona le pasaba lo contrario de lo que a otros pasa, y es que son nobles sin parecerlo. Doña Juana, que éste era el nombre de aquella santa mujer, tenía una hija, llamada Inés, de quince años de edad, la cual le ayudaba en sus tareas, con más solícitud de la que podía esperarse de su delicado organismo y edad temprana.

Poseía esta muchacha, además de las gracias de su persona, un buen sentido, cual no he visto jamás en criaturas de su mismo sexo, ni aun del nuestro, amaestrado ya por los años. Inés tenía

⁴³ Godoy, protector a ultranza de Moratín, había aceptado la dedicatoria añadida por éste a la edición de 1805, había escuchado la lectura previa de

la obra y asistió al estreno.^o

¹ Situada entre las calles Magdalena y Atocha, estaba muy cerca del teatro del Príncipe.³

el don especialísimo de poner todas las cosas en su verdadero lugar, viéndolas con luz singular y muy clara, concedida a su privilegiado entendimiento, sin duda para suplir con ella la inferioridad que le negó la fortuna. No he visto en mi larga vida otra hembra que se le asemejase, y estoy seguro de que a muchos parecerá este tipo invención mía, pues no comprenderán que haya existido, entre las infinitas hijas de Eva, una tan diferente de las demás. Pero créanlo bajo mi palabra honrada.

Si ustedes hubiesen conocido a Inés y notado la imperturbable serenidad de su semblante, imagen del espíritu más tranquilo, más equilibrado, más claro, más dueño de sí mismo que ha animado el corporal barro, no pondrían en duda lo que digo. Todo en ella era sencillez, hasta su hermosura, no a propósito para despertar mundano delirio amoroso, sino semejante a una de esas figuras simbólicas que, sin estar materialmente representadas en ninguna parte, se dejan ver de los ojos del alma cuando las ideas, agitándose en nuestra mente, pugnan por vestirse de formas visibles en la oscura región del cerebro.

Su lenguaje era también la misma sencillez; jamás decía cosa alguna que no me sorprendiese como la más clara y expresiva verdad. Sus razones, trayéndome al sentido equitativo y templado de todas las cosas, daban a mi entendimiento un descanso, un aplomo, de que carecía obrando por sí mismo. Puedo decir, comparando mi espíritu con el de Inés, y escudriñando la radical diferencia entre uno y otro, que el de ella tenía un centro y el mío no. El mío divagaba llevado y traído por impresiones diversas, por sentimientos contradictorios y repentinos: mis facultades eran como meteoros errantes, que tan pronto brillan como se oscurecen; tan pronto marchan como chocan, según la influencia recibida de superiores cuerpos; mientras las suyas eran un completo y armónico sistema planetario, atraído, puesto en movimiento y calentado por el gran sol de su pura conciencia.

Alguien se burlará de estas indicaciones psicológicas que yo quisiera fuesen tan exactas como las concibe mi oscura inteligencia; alguien encontrará digna de risa la presentación de semejante heroína, y hará mil aspavientos al ver que he querido hacer una irrisoria Beatrice con los materiales de una modistilla;² pero estas burlas no me importan, y sigo.

² Alude a la amada ideal del poeta en *La Divina Comedia* de Dante.°

Desde que conocí a Inés, la amé del modo más extraño que puede imaginarse. Una viva inclinación arrastraba mi corazón hacia ella; pero esta inclinación era como el culto que tributamos a una superioridad indiscutible; como la fe que sublima lo más noble de nuestro ser, dejando siempre libre una parte de él para las pasiones del mundo. Así es que, sin dejar de ser Inés para mí la primera de todas las mujeres, yo creía poder amar a otras con amor apropiado a las circunstancias de cada momento de la vida. He observado que los que se consagran a un ideal, casi nunca lo hacen por entero; dejan una parte de sí mismos para el mundo, a que están unidos, aunque sólo sea por el suelo que pisan. Hago esta observación fastidiosa por si contribuye a esclarecer el peculiar estado de mi alma ante tan noble criatura. ¡Y era una modista, una modistilla! Reíd si os place.

El tercer individuo de aquella honesta familia era el padre Celestino Santos del Malvar, hermano del difunto esposo de doña Juana, tío por lo tanto de Inés, clérigo desde su mocedad, varón simplísimo y benévolo, pero el más desgraciado de su clase, pues no tenía rentas, ni capellanía,³ ni beneficio alguno. Su modestia, su buena fe y su candor inagotable fueron, sin duda, parte a tenerle en la miseria por tanto tiempo; y él, aunque era un gran latino, jamás pudo conseguir colocación. Pasaba la vida escribiendo memoriales al príncipe de la Paz, de quien era paisano y fue allá en la niñez amigo; mas ni el príncipe ni nadie le hacían caso.

Cuando Godoy subió al ministerio prometióle una canonicía o ración,⁴ y en la época de este relato hacía catorce años que don Celestino del Malvar estaba esperando lo prometido, mas sin que la tardanza del favor hiciese desmayar su ingenua confianza. Siempre que se le preguntaba, respondía: «La semana que viene recibiré el nombramiento; así me lo ha dicho el oficial de la secretaría». De este modo pasaron catorce años, y la «semana que viene» no venía nunca.

Siempre que yo iba a aquella casa con recados de mi ama, me detenía todo el tiempo posible, y a ella acudía también en mis ratos de ocio, gozando mucho en contemplar la apacible existen-

³ 'fundación por la cual ciertos bienes quedan sujetos al cumplimiento de obligaciones piadosas que debe realizar un sacerdote —capellán—, el cual re-

cibe a cambio de ello cierto estipendio'.

⁴ 'prebenda del canónigo o eclesiástico con empleo en la catedral'.

cia de una familia, cuyos tres individuos tan honda simpatía habían despertado en mi corazón. Doña Juana y su hija siempre cosiendo, cosiendo con eterna aguja una tela sin fin. De este modo vivían los tres, pues el padre Celestino, tocando la flauta, haciendo versos latinos, o consumiendo tinta y papel en larguísimos memoriales, no ganaba más caudal que el de sus esperanzas, siempre colocadas a interés compuesto.

Nuestras conversaciones eran siempre entretenidas y amenas. Yo les contaba mi breve historia, y les hacía reír dándoles a conocer los locos proyectos que imaginaba para lo porvenir. Nos reíamos discretamente y sin saña de la buena fe de don Celestino, y éste, después de salir a informarse de su asunto, volvía lleno de júbilo, dejaba sobre una silla el sombrero de teja y el manteo,⁵ y restregándose las manos, decía al sentarse junto a nosotros:

—Ahora sí que va de veras. La semana que entra, sin falta. Me han dicho que ocurrieron ciertas dilacioncillas; pero ya están vencidas, a Dios gracias. La semana que entra, sin falta.

Cierto día le dije:

—Usted, don Celestino, no ha conseguido ya lo que desea, porque es hombre encogido y no se lanza... pues... no se lanza.

—¿Qué es eso de lanzarse, chiquillo? —me preguntó.

—Pues... a mí me han dicho que hoy conviene pedir veinte para que den cinco. Además, váyase el mérito con mil demonios; lo que conviene es tener desvergüenza para meterse en todas partes, buscar la amistad de personas poderosas; en fin, hacer lo que han hecho otros para subir a esos puestos en que son la admiración del mundo.

—¡Ah, Gabriel! —dijo doña Juana—. Tú eres un ambiciosillo a quien alguien ha trastornado el juicio. Lo que menos crees tú es que te has de ver por ensalmo en la Corte, cubierto de galones y mandando y disponiendo desde la Secretaría del Despacho.

—Justo y cabal, señora mía —dije yo riendo y atento a lo que expresaba el semblante de Inés, con quien repetidas veces había hablado del mismo asunto—. Aunque estoy en el mundo sin padre ni madre, ni perro que me ladre, yo creo que bien puedo esperar lo que otros han tenido sin ser más sabios que yo.

⁵ *sombrero de teja*: 'el sombrero que tiene levantadas y abarquilladas las dos mitades laterales de su ala en forma de

teja'; *manteo*: 'capa larga de color negro con cuello estrecho que usaban los eclesiásticos sobre la sotana'.

De menos hizo Dios a Cañete, a quien hizo de un puñete.⁶

—Tú tienes disposición, Gabriel —dijo gravemente don Celestino—; y mucho será que de un día para otro no te veamos convertido en personaje. Entonces no te dignarás hablarnos, ni vendrás a casa; pero, hijo, es preciso que aprendas los clásicos latinos, sin lo cual no hallarás abierta ninguna de las puertas de la fortuna; y además te aconsejo que aprendas a tañer la flauta, porque la música es suavizadora de las costumbres, endulza los ánimos más agrios, y predispone a la benevolencia para con los que la manejan bien. Y si no, aquí me tienes a mí, que de seguro nada habría conseguido si de antiguo no cultivara mi entendimiento con aquellas dos divinísimas artes.

—No echaré en saco roto la advertencia —repuse—, pues todos sabemos a qué debe su encumbramiento el hombre más poderoso que existe hoy en España después del rey.

—¡Calumnias! —exclamó irritado el sacerdote—. Mi paisano, amigo y mecenas, el señor príncipe de la Paz, debe su elevación a su gran mérito, a su sabiduría y tacto político, y no a supuestas habilidades en la guitarra y las castañuelas, como dice el estólido vulgo.⁷

—Sea lo que quiera —añadí yo—, lo cierto es que ese hombre, de humildísimo guardia ha subido a cuanto hay que subir. Bien claro está.

—Pues no dudes que tú harás otro tanto —dijo con ironía doña Juana—. De hombres se hacen los obispos, como dijo el otro.

—Verdad es —repuse siguiendo la broma—, y juro que he de hacer a don Celestino arzobispo de Toledo.

—Alto allá —dijo el clérigo seriamente—. No aceptaré yo un cargo para el que me reconozco sin méritos. Bastante tendré yo con una capellanía de Reyes Nuevos o el arcedianato de Talavera.⁸

Así siguió entre burlas y veras la conversación, hasta que saliendo de la salita doña Juana y el presbítero, nos dejaron solos a Inés y a mí.

⁶ La expresión vale por 'de menos nos hizo Dios'.

⁷ *estólido*: 'irracional'. Ya vimos a propósito de *Trafalgar* la falsedad del popularizado rumor según el cual Godoy comenzó su amistad con la enton-

ces princesa de Asturias, aprendiendo juntos a tocar la guitarra.

⁸ *Reyes Nuevos*: capilla de la catedral de Toledo, en la que estuvo destinado Calderón; *arcedianato*: cargo del primero y principal de los diáconos.°

—¡Cómo se ríen de mis proyectos, niñita mía! —le dije—. Pero tú comprenderás que un muchacho como yo no debe contentarse con servir a cómicos por toda su vida. A ver: de todo lo que yo puedo ser, Dios mediante, ¿qué te gustaría más? Escoge: ¿te gustaría que fuese capitán general, príncipe coronado con vasallos y ejército, señor de muchas tierras, primer ministro que quite y ponga los empleados a su antojo, obispo?... No, obispo no, porque entonces no podría casarme contigo.⁹

Inés soltó la risa como quien oye un cuento de ésos cuyo chiste consiste en la magnitud de lo absurdo.

—Ríete de mí, pero contesta: ¿qué quieres más?

—Lo que quiero —dijo suspendiendo la costura—, es verte general, primer ministro, gran duque, emperador o arzobispo; pero de tal modo, que cuando te acuestes por la noche en tu colchoncito de plumas, puedas decir: «Hoy no he hecho mal a nadie ni nadie ha muerto por mi causa».

—Pero, reinita —dije yo interesándome más cada vez en aquel coloquio—, si llego a ser eso que dices (pues bien podría suceder), ¿qué importa que mueran por mí o por el bien del Estado tres o cuatro prójimos que nada significan en el mundo?

—Bueno —repuso ella—, pero que los maten otros. Si tú llegas a ser eso que has dicho, y para mantenerte en un puesto que no mereces, necesitas sacrificar a muchos desgraciados, buen provecho te haga.

—¡Qué escrupulosa eres, Inesilla! —dije—. Si te hiciera caso, mi vida se encerraría entre cuatro paredes. ¿Qué es eso de sacrificar desgraciados? Yo voy a mi negocio, y los demás... arréglense como puedan. Y sobre todo, si hago daño a alguno, serán tantos los que reciban beneficios de mi mano, que todo quedará compensado y mi conciencia en santa paz. Veo que tú no te entusiasmas como yo, ni piensas lo que yo pienso. ¿Quieres que te sea franco? Pues oye. A mí se me ha metido en la cabeza que cuando tenga más años, he de ocupar una posición..., qué sé yo..., me mareo pensando en esto. No te puedo decir ni cómo he de llegar a ella, ni quién me dará la mano para subir de un salto tantos escalones; pero ello es que yo cavilo en esto, y me figuro que ya me estoy viendo elevado a la más alta dignidad por una dama poderosa que

⁹ Se suprimió aquí el final que figura en *MABI*: «para hacerte llevar en carroza de doce caballos...».

me haga su secretario, o por un señorón que me crea listo para ayudarle en sus asuntos... No te enfades, chiquilla, que cuando tales cosas ocurren y uno tiene la cabeza llena a todas horas de los mismos pensamientos, al fin tiene que salir cierto, como éste es día.

Inés no se enfadaba, sino que reía. Después, marcando con su aguja el compás gramatical de su discurso, me dijo:

—Pues mira: si tú hubieras nacido en cuna de príncipes, no te digo que no. Pero has de saber que si tú, que eres un pobrecillo hijo de pescadores y no tienes más ciencia que leer mal y escribir peor, llegas a ser hombre ilustre y poderoso, no porque saques talento y sabiduría, sino porque a una señora caprichosa o a un vejete rico se le ocurra protegerte, como otros muchos de quienes cuentan maravillas; has de saber, digo, que tan fácilmente como subas volverás a caer, y hasta los sapos se reirán de ti.

—Eso será lo que Dios quiera —respondí—. Caeremos o no, pues aunque ignorantes, no nos faltará nuestra gramática parda.

—¡Qué necio eres! Mira: a mí me han dicho...; no, nadie me lo ha dicho, pero lo sé..., que en el mundo al fin y al cabo pasa siempre lo que debe pasar.

—Reinita —dije—, en eso te equivocas, porque nosotros deberíamos ser ricos y no lo somos.

—Todos creerán lo mismo, hijito, y es preciso que alguno esté equivocado. Pues bien: todas las cosas del mundo concluyen siempre como deben concluir. No sé si me explico.

—Sí: te entiendo.

—A mí me han dicho...; no, no me lo han dicho, lo sé desde hace mil años...; yo sé que en el mundo todo lo que pasa es según la ley...; porque, chiquillo, las cosas no pasan porque a ellas les da la gana, sino porque así está dispuesto. Las aves vuelan y los gusanos se arrastran, y las piedras se están quietas, y el sol ilumina, y las flores huelen, y los ríos corren hacia abajo y el humo hacia arriba, porque así es su regla..., ¿me entiendes?

—Lo que es eso todos lo sabemos —respondí menospreciando la ciencia de Inesilla.

—Bien, muchacho. ¿Crees tú que una tortuga puede volar, aunque esté meneando toda la vida sus torpes patas?

—No, seguramente.

—Pues tú, pensando en ser hombre ilustre y poderoso, sin ser noble, ni rico, ni sabio, eres como una tortuga que se empeñara en subir volando al pico más alto de Guadarrama.

—Pero, reina y emperatriz, si no pienso subir solo; sino que pienso encontrar, como otros que yo me sé, una personita que me suba en un periquete. Hazme el favor de decirme cuál era la sabiduría y riqueza *del otro*, cuando le hicieron duque y generalísimo.¹⁰

—Pero, señor duquillo —contestó ella jovialmente—, si esa personita le sube a usted será como si un águila o buitre cogiera por su concha a la tortuga para llevársela por los aires. Sí, te levantarás; pero cuando esté arriba, el pájaro, que no va a estarse toda la vida con tanto peso en las patas, te dirá: «Ahora, niño mío, manténte solo». Tú moverás las patucas, pero como no tienes alas, ¡pataplús!, caerás en el suelo haciéndote mil pedazos.

—¡Qué tonta eres! —dijo con petulancia—. Eso pasa en las cosas que se ven y se tocan; pero, chica, lo que se piensa y lo que se siente es otro mundo aparte. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Estás lucido, sí —repuso Inés—. Todo debe de ser así mismamente. Cuando tú quieres a una persona o cuando la aborreces, no es porque se te antoje. ¡Ay, chico!, el corazón tiene también..., pues..., su ley, y todo lo que pensamos con nuestra cabecita, va según lo que debe ser y está mandado.

—Pero di, chiquilla, ¿de dónde sabes tú todo eso? —le pregunté.

—¿Pero esto es saber? —respondió con naturalidad—. Pues esto lo sabes tú y todos. De veras te digo que se me ocurrió cuando estabas hablando y que jamás había pensado en tales cosas.

—¡Picarona! Cuando menos tienes escondido un rimero de libros, con los cuales piensas hacerte doctora por Salamanca.

—No, hijito; no he leído más libros, fuera de los de devoción, que *Don Quijote de la Mancha*. ¿Ves? A ti te va a pasar algo de lo de aquel buen señor: sólo que aquél tenía alas para volar, ¡pobrecillo!, lo que le faltaba era aire en que moverlas.

Inesilla no dijo más. Yo callé también, porque a pesar de mi petulancia, no pude menos de comprender que las palabras de mi amiga encerraban profundo sentido. ¡Y la que así hablaba era una modista, una modistilla! *Ridete cives*.

—Lo que yo sé —dije al fin, sintiendo en mí un vivo arrebato

¹⁰ Nueva alusión a Godoy, nombrado duque de Alcudia en 1792, y generalísimo de los ejércitos españoles y franceses para la guerra con Portugal en 1801.

de afecto—, es que te quiero, que te amo, que te adoro, que me subyugas y dominas como a un papanatas, que eres una divinidad, y que juro no hacer cosa alguna sin consultarte. Adiós, reina: mañana te diré lo que se me ocurra esta noche. Quién sabe, quién sabe si llegaremos a ser... ¿Por qué no? Es preciso estar dispuesto, porque la escalera de los honores es penosa, y si uno se rompe la crisma, como dices...

—Siempre quedará la del cielo —me dijo inclinando otra vez la cabeza sobre la costura.

—Tienes cosas que me hacen estremecer. Adiós, Inesilla, luz y pensamiento mío.

Dicho esto, me despedí de ella y salí. Al abandonar la casa la sentí cantar, y su armoniosa voz se mezclaba en extraña disonancia con los ecos de la flauta que tañía en lo interior de la morada el buen don Celestino. Siempre que salía de allí, mi espíritu experimentaba un reposo, una estabilidad, no sé cómo expresarlo, una frescura, que luego destruía el trato con personas de diversa condición. De esto hablaré enseguida; mas ante todo me cumple manifestar que Inesilla tenía razón al burlarse de mis locos proyectos. Es el caso que como a todas horas oía yo hablar de personajes nulos, a quienes el cortesano favor elevó sin mérito a honrosas alturas, se me antojó que la Providencia me reservaba, como en compensación de mi orfandad y pobreza, una de aquellas repentinas y escandalosas mudanzas que por entonces ocurrían en nuestra España; y de tal modo encajó en mi cerebro semejante idea, que llegó a ser artículo de fe. Me hallaba, por más señas, en la edad en que somos tontos. No todos poseemos el don de saber las cosas *desde hace mil años*, como Inesilla.

Ahora veréis la serie de circunstancias que llevaron mi necia credulidad al último extremo. Para eso tengo que dar a conocer a otras personas, a quienes espero recibirá el lector con gusto. Hablemos, pues, de teatros.

IV

El del Príncipe estaba ya reconstruido en 1807 por Villanueva,¹ y la compañía de Máiquez trabajaba en él, alternando con la de ópera, dirigida por el célebre Manuel García.² Mi ama y la Prado eran las dos damas principales de la compañía de Máiquez. Los galanes secundarios valían poco, porque el gran Isidoro, en quien el orgullo era igual al talento, no consentía que nadie despuntara en la escena, donde tenía el pedestal de su inmensa gloria. Ni se tomó el trabajo de instruir a los demás en los secretos de su arte, temiendo que pudieran llegar a aventajarle.³ Así es que alrededor del célebre histrión todo era mediano. La Prado, mujer de Máiquez, y mi señora alternaban en los papeles de primera dama, desempeñando aquélla el de Clitemnestra en el *Orestes*, el de Estrella en *Sancho Ortiz de las Roelas* y otros. La segunda se distinguía en el de doña Blanca de *García del Castañar* y en el de Edelmira (Desdémona) del *Otelo*.⁴

La compañía de ópera era muy buena. Además de Manuel García, que era un gran maestro, cantaban su mujer, Manuela Morales, un italiano llamado Cristiani y la Briones. De esta mujer, que era concubina de Manuel García, nació al año siguiente el portento de las virtuosas, la reina de las cantantes de ópera, Mari-

¹ Juan de Villanueva (1731-1811), famoso arquitecto de la época que, además de reconstruir el teatro del Príncipe, fue el diseñador del Museo del Prado, el Observatorio, la Casita del Príncipe en El Escorial, la del Labrador en Aranjuez, etc.

² La compañía en la que trabajaba Manuel García interpretaba en esta época «óperas cómicas francesas medianamente traducidas en las que alterna la representación con el canto», según los *Recuerdos* de Alcalá Galiano. De ahí que su local fuese el Príncipe y no los Cañones del Peral.^o

³ Máiquez «ensayaba a sus compañeros en los papeles que habían de hacer con él; pero nunca trató de darles una instrucción metódica del arte, ni

les comunicó las máximas que él había adoptado como principios seguros para acertar en él. Su habilidad fue secreto: ni tuvo rivales ni quiso discípulos» (Oliva).^o

⁴ *Sancho Ortiz de las Roelas*, de Triagueros, era refundición de *La estrella de Sevilla*, pieza atribuida a Lope, y *García del Castañar*, de Dionisio Solís, lo era de *Del rey abajo ninguno* de Rojas Zorrilla; el mismo Solís había adaptado el *Orestes* de Alfieri, y Teodoro de La Calle había hecho lo propio con el *Otelo* de Shakespeare a partir de la versión francesa de Ducis. Ducis llamó a Desdémona 'Hedelmione', nombre que La Calle tradujo por *Edelmira*. Todas estas obras giran en torno a la infidelidad femenina (recuérdese lo anotado en II, 9).

quita Felicidad García, conocida en su tiempo por *la Malibrán*.⁵

Figúrense ustedes, señores míos, si estaría yo divertido con representación o música por tarde y noche, asistiendo gratis, aunque por dentro y en sitios donde se pierde parte de la ilusión, a las funciones más bonitas y más aplaudidas que se celebraban en Madrid; rozándome con guapísimas actrices, y familiarizado con los hombres que hacían reír o llorar a la Corte entera.

Y no piensen ustedes que sólo alternaba con cómicos, gente que entonces no era considerada como la nata de la sociedad; también me veía frecuentemente en medio de personajes muy ilustres, de los que menudeaban en los vestuarios, no faltando en tales sitios alguna dama tan hermosa como linajuda de las que no desdénaban de ensuciar su guardapiés con el polvo de los escenarios.⁶

Precisamente voy a contar ahora cómo mi ama tenía relaciones de íntima amistad con dos señoras de la Corte, cuyos títulos nobiliarios, de los más ilustres y sonoros que desde remoto tiempo han exornado nuestra historia, me propongo callar por temor a que pudieran enojarse las familias que todavía los llevan. Estos títulos, que recuerdo muy bien, no serán escritos en este papel; y para designar a las dos hermosas mujeres emplearé nombres convencionales.

Recuerdo haber visto por aquel tiempo en la fábrica de Santa Bárbara un hermoso tapiz en que estaban representadas dos lindas pastoras.⁷ Habiendo preguntado quiénes eran aquellas simpáticas chicas, me dijeron: «Éstas son las dos hijas de Artemidoro: Lesbia y Amaranta». He aquí dos nombres que vienen de molde para mi objeto, amado lector.⁸ Haz cuenta que siempre que diga *Lesbia* quiero significar a la duquesa de X, y cuando ponga *Amaranta*,

⁵ Los nombres citados responden a cantantes de la compañía de García.°

⁶ *guardapiés*: 'falda que, para salir a la calle, cubrían las mujeres con la basquiña'. Desde mediados del XVIII, la relación de la nobleza con el mundo de los cómicos va haciéndose cada vez más fluida y, a fines del reinado de Carlos IV, llega a convertirse en signo de distinción no ya proteger, sino participar en la vida teatral.°

⁷ Se refiere a la Real Fábrica de Tapices, situada en el exterior de la Puer-

ta de Santa Bárbara y creada en 1746 por Felipe V a imitación de los Gobelinos, la famosa fábrica de tapices francesa. Para ella trabajaron los grandes pintores de la época: Mengs, Houasse, Bayeu y, sobre todo, Goya.

⁸ *Artemidoro*: nombre griego derivado de la diosa Artemisa; con el nombre de *Lesbia* designa Cátulo en su poesía a su amada Clodia, mujer versátil en sus sentimientos y pasiones; *Amaranta* deriva del griego *Amarantos*, 'inmarcesible'.°

a la condesa de X. En cuanto a su hermosura, todo lo que mi descolorida pluma pueda expresar será poco para describirlas, porque eran encantadoras, especialmente la condesa de... digo, Amaranta. Ambas tenían gusto muy refinado por las artes, protegían a los pintores y a los cómicos; ponían bajo su patrocinio las primeras representaciones de la obra de algún poeta desvalido; coleccionaban tapices, vasos y cajas de tabaco; introducían y propagaban las más vistosas modas de la despótica París; se hacían llevar en litera a la Florida; merendaban con Goya en el Canal, y recordaban con tristeza la trágica muerte de *Pepe-Hillo*, acontecida en 1803.⁹

Nada tiene de extraño, pues, que su misma vida, la tumultuosa ansiedad de novedades y fuertes impresiones que las dominaba, fuesen parte a lanzarlas en un dédalo de aventuras, tales como la que voy a contar. Las pobrecillas no sabían otra cosa, y puesto que habían perdido cuanto la rancia educación española pudo haberles dado, sin adquirir nada que llenase este vacío, no debemos culparlas acerbamente.¹⁰ Alguno quizás las culpe, y con razón, aunque por otras cosas; pero, ¡ay!, eran... lindísimas.

Una tarde mi ama salió de muy mal humor del teatro. Isidoro la había reprendido no sé por qué, y aquí debo advertir que el sublime actor trataba a sus subalternos como si fueran chiquillos de escuela.¹¹ Al llegar Pepita a su casa, me dijo:

—Prepara todo, que vendrán a cenar las señoras Lesbia y Amaranta.

El preparar todo consistía en azotar un poco los muebles de la sala, para limpiar el polvo, o mejor dicho para que el polvo variara de sitio; en echar aceite en los velones; en comprar la pri-

⁹ La *Florida* se extendía desde la Puerta de San Vicente (actual Puente de Segovia) hasta la ermita de San Antonio, en cuya cúpula se decía que Goya había pintado a algunas damas principales de la corte; en 1770 se construyó un canal navegable desde el puente de Toledo hasta el Jarama, canal que se cegó en tiempos de la Revolución francesa convirtiéndose en paseo; *Pepe-Hillo* era el nombre artístico del torero José Delgado Guerra (Sevilla 1754-Madrid 1803), una de las grandes fi-

guras del toreo de la época que sufrió más de veinte cogidas en treinta años y murió a consecuencia de la última en Madrid.^o

¹⁰ Aunque con actitud tolerante, el narrador no deja de aludir al tópico ilustrado de la degeneración de la nobleza debida a su ociosidad.^o

¹¹ «Máiquez procedía en ocasiones con exceso de autoridad que no querían sobrellevar sus compañeros; así toda su vida fue un continuo batallar con estos actores» (*Cotarelo*).^o

ma para la guitarra, si le faltaba; en llamar a don Higinio para que afinase el clave; limpiar las cornucopias; ir por nueva remesa de pomada a la Marechala, etc., etc.¹² En cuanto a la cena, venía hecha de una repostería. Di cumplimiento a estos encargos, y pedí nuevas órdenes; pero mi ama estaba de muy mal humor, y sin hacer caso de lo que yo le decía, me preguntó:

—¿No te dijo si venía esta noche?

—¿Quién?

—Isidoro.

—No, señora, no me ha dicho nada.

—Como hablaba contigo al concluir la representación...

—Fue para decirme que si volvía a enredar entre bastidores mientras él representaba, me mandaría desollar vivo.

—¡Qué genio! Le convidé para venir y no me contestó.

Después de esto no dijo más, y con ademán triste y sombrío se encerró en su cuarto con la criada para cambiar de vestido. Seguí preparando todo, y al poco rato apareció mi ama.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las nueve acaban de dar en el reloj de la Trinidad.¹³

—Me parece que siento ruido en el portal —dijo ansiosa.

—La señora se equivoca.

—De modo que él no te dijo terminantemente si venía o no venía.

—¿Quién, Isidoro? No señora; nada me dijo.

—Como tiene ese genio tan..., ya ves qué incomodado estaba esta tarde. Sin embargo, yo creo que vendrá. Le convidé ayer, y aunque no me dijo una palabra... él es así.

Al decir esto, mostraba en su semblante una inquietud, una agitación, una zozobra, que eran señales de las más vivas emociones de su alma. ¿A qué tanto interés por la asistencia de Isidoro, persona a quien diariamente veía en el teatro?

Después examinó la sala, por ver si faltaba algo, y se sentó aguardando la llegada de sus convidados. Al fin sentimos abrir

¹² *prima para la guitarra*: 'la primera y más delgada cuerda de la guitarra, que produce un sonido muy agudo'; *cornucopias*: 'vasos en forma de cuerno del que rebosan frutas y flores', adorno muy característico del estilo neoclásico; recuérdese que en el capítulo I habló el narrador de *polvos* y no de

pomada a la Marechala, por lo que puede deducirse que el nombre del producto proviene de la imaginación irónica de Galdós.^o

¹³ Probablemente del convento de la *Trinidad*, situado en la Costanilla de las Trinitarias, entre las calles de Lope de Vega y Huertas.

la puerta de la calle, y pasos de hombre sonaron en la escalera.

—Es él —dijo mi ama, levantándose de un salto y andando atolondrada por la habitación.

Yo corrí a abrir, y un instante después el gran actor entró en la sala.

Era Isidoro un hombre de treinta y ocho años; de alta estatura, actitud indolente, semblante pálido, y con tal expresión en éste y en la mirada que, observado una vez, su imagen no se borraba nunca de la memoria.¹⁴ Aquella noche traía un traje verde oscuro, con pantalón de ante y botas polonesas, prendas todas de irreprochable elegancia, que usaba con más propiedad que ninguno. Su vestir era un modo de ser propio y personal; él constituía por sí una especie de moda, y no se podía decir que se sometiera, cual dócil lechuguino, al uso común.¹⁵ En otros infringir las reglas habría sido ridículo; pero en él infringirlas era lo mismo que modificarlas o crearlas de nuevo.

Ya os lo daré a conocer más adelante como actor. Por ahora podéis conocer algunos rasgos de su carácter como hombre. Al entrar se arrojó sobre un sillón sin saludar a mi ama más que con una de esas fórmulas familiares e indiferentes que se emplean entre personas acostumbradas a verse con frecuencia. Por un buen rato permaneció sin decir nada, tarareando un aria, con la vista fija en las paredes y el techo, y sin dejar de golpearse la bota con el bastón.

Salí de la sala a traer no sé qué cosa, y al volver oí a Isidoro que decía:

—¡Qué mal has representado esta tarde, Pepilla!

Observé que mi ama, turbada como una chiquilla ante el fiero maestro de escuela, no supo contestar más que con trémulas frases a la brusca reprensión.

—Sí —continuó Isidoro—, de algún tiempo a esta parte estás desconocida. Esta tarde todos los amigos se han quejado de ti y te han llamado fría, torpe... Te equivocabas a cada instante, y parecías tan distraída, que era preciso que yo te llamara la atención para que salieras de tu embobamiento.

¹⁴ Como tantas otras veces cuando se trata de personajes históricos, el origen de esta descripción puede ser simultáneamente pictórico y literario.°

¹⁵ *botas polonesas*: 'botas guarnecidas

con piel', de origen polaco; la palabra *lechuguino* se utilizó sobre todo a partir de la segunda década del XIX para designar a un tipo de hombre dedicado fundamentalmente a la moda.°

Efectivamente, según oí entre bastidores, aquella tarde mi ama había estado muy infeliz en su papel de Blanca en *García del Castañar*. Todos los amigos estaban sorprendidos, considerando la perfección con que la actriz había desempeñado en otras ocasiones papel tan difícil.

—Pues no sé —respondió mi ama con voz conmovida—. Yo creo que he representado esta tarde lo mismo que las demás.

—En algunas escenas, sí; pero en las que dijiste conmigo, estuviste deplorable. Parece que habías olvidado el papel, o que trabajabas de mala gana. En la escena de nuestra salida recitaste tu soneto como una cómica de la legua que representa en Barajas o en Cacabelos.¹⁶ Al decirme

No quieren más las flores al rocío
que en los fragantes vasos el sol bebe...¹⁷

tu voz temblaba, como la de quien sale por primera vez a las tablas...; me diste la mano y la tenías ardiendo, como si tuvieras calentura...; te equivocabas a cada momento, y parecías no hacer maldito caso de que yo estaba en la escena.

—¡Oh, no...!, te diré, el mismo miedo de hacerlo mal... Temía que te enfadaras, y como nos regañas con tanta violencia cuando nos equivocamos...

—Pues es preciso que te enmiendes si quieres seguir en mi compañía. ¿Estás enferma?

—No.

—¿Estás enamorada?

—¡Oh, no, tampoco! —contestó la actriz con turbación.

—Apuesto a que por atender demasiado a algunas personas de las lunetas, no acertabas con los versos de la comedia.

—No, Isidoro, te equivocas —dijo mi ama afectando buen humor.

—Lo raro es que en las escenas que siguieron, sobre todo en la de don Mendo,¹⁸ hiciste perfectamente tu papel; pero luego

¹⁶ *cómica de la legua*: 'actriz de una compañía de cómicos ambulante que no puede representar en poblaciones importantes'; *Barajas*: pueblo muy cercano a Madrid; *Cacabelos*: pueblo de la provincia de León.^o

¹⁷ *García del Castañar*, I, 305-306.

Aunque, por la época de la novela, Galdós parezca referirse a la refundición de Solís, los fragmentos citados coinciden con la obra de Rojas Zorrilla.

¹⁸ Personaje del drama que intenta seducir a Blanca, la esposa del protagonista de *García del Castañar*.

en el tercer acto, cuando te tocó otra vez declamar conmigo, vuelta a las andadas.

—¿Dije mal el parlamento del bosque?

—No: al contrario, recitaste con buena entonación los versos

¿Dónde voy sin aliento,
cansada, sin amparo, sin intento,
entre aquesta espesura?
Llorad, ojos, llorad mi desventura.¹⁹

En la escena con la reina también estuviste muy feliz, lo mismo que en el diálogo con don Mendo. Con qué elocuente tono exclamaste «¡Tengo esposo!» y después aquello de

Sí harán,
porque bien o mal nacido,
el más indigno marido
excede al mejor galán.²⁰

Pero desde que salí yo y me viste...

—Es lo que te digo. El temor de hacerlo mal y disgustarte...

—Pues me has disgustado de veras. Cuando decías: «Esposo mío, García», te hubiera dado un pescozón en medio de la escena y delante del público. Marmota, ¿no te he dicho mil veces cómo deben pronunciarse esas palabras? ¿No has comprendido todavía la situación? Blanca teme que su marido sospeche una falta. El contento que experimenta al verle, y el temor de que García dude de su inocencia, deben mezclarse en aquella frase. Tú, en vez de expresar estos sentimientos, te dirigiste a mí como una modistilla enamorada que se encuentra de manos a boca con su querido hortera.²¹ Luego, cuando me suplicabas que te matara, lo hiciste sin lo que llamamos nosotros decoro trágico. Parecía que realmente deseabas recibir la muerte de mi mano, y hasta te pusiste de hinojos ante mí, cuando te tengo dicho terminantemente que no hagas tal cosa, sino en los pasajes en que te lo ordene. En las décimas

García, guardete el Cielo,

te equivocaste más de veinte veces; y cuando yo dije

¹⁹ *García del Castañar*, III, 1700-1703.

²⁰ *García del Castañar*, III, 2162 y 2165-2168.

²¹ *hortera*: 'dependiente de ciertas

tiendas'. Los periódicos contemporáneos testifican el renovador concepto del arte dramático que Máiquez trajo de París y trató de imponer a sus compañeros de escena.^o

¡ay, querida esposa mía,
qué dos contrarios extremos!²²

te arrojaste en mis brazos cuando aún no era llegada la ocasión; pues yo, preocupado por el agravio recibido, no podía entregarme a los halagos amorosos. Echaste a perder el final, Pepilla; desluciste la comedia y me desluciste a mí.

—Yo no puedo deslucirte nunca.

—Pues ya ves cómo no fui aplaudido esta tarde como las anteriores; y de esto tienes tú la culpa, sí, tú misma, por tus torpezas y tus tonterías. No haces caso de mis lecciones, no te esfuerzas por complacerme, y por último me pondrás en el caso de quitarte el partido en mi compañía, poniéndote de parte de por medio o racionera,²³ si no me obligas con tus descuidos a echarme del teatro.

—¡Ay, Isidoro! —dijo mi ama—. Yo procuro siempre hacerlo lo mejor posible para que no te enfades ni me riñas; pero tanto miedo tengo a que me reprendas, que en la escena tiemblo desde que te veo aparecer. ¿Querrás creer una cosa? Pues cuando estamos representando juntos, hasta temo hacerlo demasiado bien, porque si me aplauden mucho, me parece que tomo para mí una parte del triunfo que a ti sólo corresponde, y creo que has de enfadarte si no te aplauden a ti sólo. Este temor, unido al que me causas cuando me amenazas por señas o me corriges con enojo, me hace temblar y balbucir, y a veces no sé lo que me digo. Pero descuida, que ya me enmendaré; no tendrás que echarme de tu teatro.

No oí lo que siguió a estas palabras, porque salí con un velón que olía mal; al volver noté que la conversación había variado. Isidoro permanecía en el sillón con indolencia y mostrando un gran aburrimiento.

—¿Pero no vienen tus convidados? —preguntó.

—Es temprano. Veo que te fastidias en mi compañía —contestó mi ama.

—No; pero la reunión hasta ahora no tiene nada de divertida.

Isidoro sacó un cigarro y fumó. Debo advertir que el ilustre actor no gastaba tabaco por las narices, como casi todos los grandes hombres de su tiempo, Talleyrand, Metternich, Rossini, Mo-

²² *García del Castañar*, III, 2239 y 2304-2305.

²³ 'administradora o distribuidora'.

ratín y el mismo Napoleón,²⁴ que si no miente la historia, por abreviar la operación de sacar y destapar la tabaquera, llevaba derramado el aromático polvo en el bolsillo del chaleco, forrado interiormente de hule; y mientras disponía los escuadrones de Jena, o durante las conferencias de Tilsit,²⁵ no cesaba de meter en el susodicho bolsillo los dedos pulgar e índice para llevarlos a la nariz cada minuto. Por esta singular costumbre dicen que el chaleco amarillo y las solapas que cubrían el primer corazón del siglo eran una de las cosas más sucias que se han enseñoreado de la Europa.

Farinelli también se atarugaba las narices entre un aria y un oratorio,²⁶ y de ciertos papeles viejos que hemos visto se desprende que el mejor regalo que podía hacer una dama enamorada o un noble entusiasta a cualquier músico, pintor o *virtuoso* italiano, era un par de arrobas de tabaco.

El abate Pico de la Mirandola, Rafael Mengs, el tenor Montagnana, la soprano Pariggi, el violinista Alaí y otras notabilidades del teatro del Buen Retiro,²⁷ consumieron lo mejor que venía de América en los regios galeones.

Perdóneseme la digresión, y conste que Isidoro no usaba tabaco en polvo.

V

Las diez serían cuando solemnemente entraron las dos damas de que antes hice mención. ¡Lesbia, Amaranta! ¿Quién podrá olvidarnos si alguna vez os vio? Excusado es decir que iban de incógnito, y en coche, no en litera, donde fácilmente las hubiera conocido el indiscreto vulgo.¹ Las pobrecillas gustaban mucho de aquellas

²⁴ No deja de resultar notable esta mención a Moratín en medio de nombres tan ilustres.

²⁵ Con los *escuadrones de Jena* alude el narrador al ejército napoleónico que venció a los prusianos en 1806; *las conferencias de Tilsit* fueron las celebradas entre el zar Alejandro I y Napoleón en julio de 1807, que terminaron con el tratado en el que, a costa de Prusia, se creaban el reino de Westfalia y el ducado de Varsovia.

²⁶ Se trata de Carlo Braschi *Farinelli* (1705-1782) famoso cantante de ópera, protegido de Felipe V y Fernando VI.

²⁷ El palaciego teatro del Buen Retiro, reedificado en 1738, estuvo dedicado a la ópera italiana hasta que Carlos III prohibió, en 1777, toda clase de representaciones.°

¹ El coche tenía cuatro ruedas y era más rápido que la litera, por tanto resultaba más difícil ver quién lo ocupaba.

reuniones de confianza, donde hallaban desahogo sus almas comprimidas por la etiqueta.

Ha de saberse que en las reuniones clásicas de familia o de palacio, allí donde reinaba con despótico imperio la ley castiza, no ocurría cosa alguna que no fuese encaminada a producir entre los asistentes un decoroso aburrimiento. No se hablaba, ni mucho menos se reía. Las damas ocupaban el estrado, los caballeros el resto de la sala, y las conversaciones eran tan sosas como los refrescos. Si alguien tocaba el clave o la guitarra, la tertulia se animaba un poco; pero pronto volvía a reinar el más soporífero decoro. Se bailaba un minueto:² entonces los amantes podían saborear las platónicas e ideales delicias que resultaban de tocarse la yema de los dedos, y después de muchas cortesías al son de la música, reinaba de nuevo el decoro, que era una deidad parecida al silencio.

Nada tiene de particular que algunas damas de imaginación buscaran en reuniones menos austeras pasatiempos más acordes con su naturaleza, y aquí traigo a la memoria *El sí de las niñas*, que, censurando la hipocresía en la educación, es una general censura de la hipocresía en todas las fases de nuestras antiguas costumbres. Todo anunciaba en aquellos días una fuerte tendencia a adoptar usos un poco más libres, relaciones más francas entre ambos sexos, sin dejar de ser honradas; vida, en fin, que se fundara antes en la confianza del bien que en el recelo del mal, y que no pusiera por fundamentos de la sociedad la suspicacia y la probabilidad del pecado. La verdad es que había mucha hipocresía entonces; porque las cosas no se hicieran en público, no dejaban de hacerse, y siendo menos libres las costumbres, no por eso eran mejores.

Lesbia y Amaranta entraron haciendo cortesías y gestos encantadores, que revelaban la alegría de sus almas. Las acompañaba el tío de Amaranta, viejo marqués diplomático; pero antes de decir quién era éste, voy a referiros cómo eran ellas.

La duquesa de X (Lesbia) era una hermosura delicada y casi infantil, de esas que, semejantes a ciertas flores con que poéticamente son comparadas, parece que han de ajarse al impulso del

² *estrado*: 'tarima cubierta con alfombra, que ocupaba el sitio de honor en los salones de visitas'; *minueto*: 'baile de origen francés para dos personas, que ejecutan diversas figuras y mudanzas';

Galdós reúne dos elementos —el minué y la tertulia— tópicos en la literatura costumbrista como signos del envaramiento y el artificio de las clases altas frente a la viveza popular hispánica.^o

viento, al influjo de un fuerte sol, o perecer deshechas si una débil tempestad las agita. Las que se desataron en el corazón de Lesbia no hicieron estrago alguno, al menos hasta entonces, en su belleza.

Parecía haber salido el día antes del poder de las buenas madres de Chamartín de la Rosa, y que aún no sabía hablar sino de los bollos del convento, de las hormigas de la huerta, de la regla de San Benito y de los cariños de la madre Circuncisión. ¡Pero cómo desmentía esta apariencia en cuanto hablaba la muy picarona!³ En su lenguaje tomaba mucha parte la risa, con tanta franqueza y tan discreta desenvoltura, que nadie estaba triste en su presencia. Era rubia y no muy alta, aunque sí esbelta y ligera como un pajarito. Todo en ella respiraba felicidad y satisfacción de sí misma; era una naturaleza tan voluntariosa como alegre, a quien ningún extraño albedrío podía sujetar. Los que tal intentaran principiarían por enojarla, y enojarla era echarla a perder, destruyendo la mitad de sus encantos.

Entre las cualidades que hacían agradable el trato de Lesbia, descollaba su habilidad en el arte de la declamación. Era una cómica consumada, y, según conocí después, su talento, sin igual para la escena, no se reducía a los estrechos lienzos pintados de los teatros caseros, sino que tomaba más ancho vuelo, desplegándose en todos los actos de la vida. Siempre que se daba alguna función extraordinaria en cualquiera de las principales casas de la Corte, ella hacía la mejor parte, y a la sazón Máiquez le enseñaba el papel de Edelmira en la tragedia *Otelo*, que debía ponerse en escena en el teatro doméstico de cierta marquesa.⁴ Isidoro y mi ama cooperarían en aquella representación, anunciada como muy espléndida.

Lesbia era casada. Tres años antes, y cuando apenas tenía diecinueve, contrajo matrimonio con un señor duque que se pasaba el tiempo cazando como un Nemrod,⁵ en sus vastas dehesas; venía alguna vez a Madrid hecho un zafio para pedir perdón a su mujer por las largas ausencias, y jurarle que tenía el propósito

³ *Chamartín de la Rosa* era un convento situado al noreste de Madrid. Todo el párrafo está inspirado en *El sí de las niñas*.^o

⁴ Las representaciones en domicilios particulares, cuyos propietarios asumían a veces papeles protagonistas, fueron fre-

cuentes en todo el siglo XVIII, y ya Galdós había recreado una «en casa del marqués de Castro Limón» (*El audaz*, v).^o

⁵ Personaje legendario de las antiguas tradiciones israelitas; gran cazador, presentado a veces como el fundador del imperio babilónico.

de no disgustarla más viviendo lejos de ella. Sin que nadie me lo diga, afirmo que Lesbia se quejaría con su dulce vocecita; pero cuidando de no esforzar su queja en términos que pudieran decidir al duque a cambiar de vida.

Amaranta era un tipo enteramente contrario al de Lesbia. Ésta agradaba; pero Amaranta entusiasmaba. La apacible y graciosa hermosura de la primera hacía pasajeramente felices a cuantos la veían. La belleza ideal y grandiosa de la segunda causaba un sentimiento extraño, parecido a la tristeza. Pensando en esto después, he creído que la singular estupefacción que experimentamos ante uno de estos raros portentos de la hermosura humana consiste o en la creencia de nuestra inferioridad o en la poca esperanza de poseer el afecto de una persona que por sus muchas perfecciones será solicitada de sinnúmero de golosos.

Entre las mujeres que he visto en mi vida, no recuerdo otra que poseyera atracción tan seductora en su semblante; así es que no he podido olvidarla nunca, y siempre que pienso en las cosas acabadas y superiores, cuya existencia depende exclusivamente de la Naturaleza, veo su cara y su actitud como intachables prototipos que me sirven para mis comparaciones. Amaranta parecía tener treinta años. La gloria de haber producido a tal mujer te pertenece en primer término a ti, Andalucía, y después a ti, Tarifa, fin de España, rincón de Europa donde se han refugiado todas las gracias del tipo español, huyendo de extranjera invasión.⁶

Con lo dicho podrán ustedes formar idea de cómo era la incomparable condesa de X, *alias* Amaranta, y excuso descender a pormenores que ustedes podrán representarse fácilmente, tales como su arrogante estatura, la blancura de su tez, el fino corte de todas las líneas de su cara, la expresión de sus dulces y patéticos ojos, la negrura de sus cabellos y otras muchas indefinidas perfecciones que no escribo, porque no sé cómo expresarlas; calidades que se comprenden, se sienten y se admiran por el inteligente lector, pero cuyo análisis no debe éste exigirnos, si no quiere que el encanto de esas mil sutiles maravillas se disipe entre los dedos de esta alquimia del estilo, que a veces afea cuanto toca.

⁶ Aunque la duquesa de Alba nació en Madrid, tenía grandes posesiones en Andalucía. Recuérdese que el famoso álbum de Sanlúcar de Goya es refle-

jo del verano de 1796, en que la duquesa pasó una larga temporada con el pintor en las propiedades que allí tenía.

No conservo cabal memoria de sus vestidos. Al acordarme de Amaranta, me parece que los encajes negros de una voluminosa mantilla, prendida entre los dientes de la más fastuosa peineta, dejan ver por entre sus mil recortes e intersticios el brillo de un raso carmesí, que en los hombros y en las bocamangas vuelve a perderse entre la negra espuma de otros encajes, bolillos y alamares. La basquiña, del mismo raso carmesí, y tan estrecha y ceñida como el uso del tiempo exigía, permite adivinar la hermosa estatua que cubre; y de las rodillas abajo el mismo follaje negro, y la cuajada y espesa pasamanería terminan el traje, dejando ver los zapatos, cuyas respingadas puntas aparecen o se ocultan como encantadores animalitos que juegan bajo la falda. Este accidente hasta llega a ser un lenguaje cuando Amaranta, atenta a la conversación, aumenta con el encanto de su palabra los demás encantos, y añade a todas las elocuciones de su persona la elocuencia del abanico.⁷

Esto en cuanto a la condesa. Refiriéndome a Lesbia, si quiero acordarme de su vestido, todo me parece azul. Figúrensela ustedes con mantilla blanca y guardapiés azul orlado de encajes negros; y si no es cierto que estuviera así, tampoco es inverosímil que pudiera estarlo.⁸

Antes de la noche a que me refiero había visto hasta tres veces a las dos lindas mujeres en casa de mi ama. Desde luego comprendí que una y otra eran personas muy metidas en los enredos de la Corte, aunque en las clandestinas tertulias de mi casa poco dejaban traslucir. Algunas veces, sin embargo, disputaban las dos en tales términos y con tan mal disimulado ensañamiento, que me pareció no existía entre ellas la menor armonía. También mentaban de vez en cuando los negocios públicos, y a tal o cual perso-

⁷ Galdós reúne en esta descripción una serie de prendas típicamente españolas: *mantilla*: 'prenda que se ponían las mujeres sobre la cabeza sujeta con una peineta al salir de casa'; *bolillos*: 'vuelos de gasa o de encaje'; *alamares*: 'botones con presilla'; *basquiña*: 'sobrefalda usada por las mujeres para salir a la calle'.^o

⁸ «Majas de guardapiés con mantilla» es acotación frecuente en Ramón de la Cruz. A pesar de la pretendida

indiferencia del narrador y del tipismo de las prendas, puede observarse en los colores elegidos para estas falsas majas cierto deseo de hacerse notar muy acorde con la leyenda de la duquesa de Alba. La mantilla, que se usaba negra excepto en verano, en Lesbia es blanca aun durante el mes de noviembre; la basquiña, habitualmente oscura y obligatoriamente negra desde 1799, por Real Orden, es en Amaranta carmesí.^o

na de la real familia; pero en estos casos siempre daba el tema el señor marqués, y tío de Amaranta, personaje que no podía estar en sosiego, si no realizaba a todas horas su personalidad, sacando a relucir a tontas y a locas los negocios diplomáticos en que se creía muy experto.

La noche a que corresponde mi narración, había asistido también el celeberrimo tío, de quien ante todo diré que parecía cosido a las faldas de su sobrina, pues la acompañaba a todas partes, sirviéndole de rodrigón en la iglesia,⁹ de caballero en el paseo y de pareja en los bailes. No sé si he dicho que Amaranta era viuda. Si antes lo dije, dése por repetido.

El marqués (callemos el título por las mismas razones que nos movieron a disfrazar el de las damas) era un viejo de más de sesenta años, que había ejercido varios cargos diplomáticos. Elevado por Floridablanca, sostenido por Aranda y derribado al fin por Godoy,¹⁰ conservó rencorosa pasión contra este ministro, y por esta causa todas sus disertaciones, que eran interminables, giraban sobre el capitalísimo tema de la caída del favorito. Su carácter era vano, aparatoso y hueco, como de hombre que, habiéndose formado de sí mismo elevado concepto, se cree destinado a desempeñar los más altos papeles. Por su grandilocuencia, que no era inferior a la flojedad efectiva de su ánimo, servía como objeto de agudísimas burlas entre sus amigos, y en todos los círculos que frecuentaba se divertían oyéndole decir: «¿Qué hará la Rusia?», «¿Secundará el Austria tan atroz proyecto?», «¡Un gran desastre nos amaga!...», «¡Ay de las potencias del Mediodía!...», y otras igualmente misteriosas, con que se proponía darse importancia, cuidando siempre en su estudiada reserva de decir las cosas a medias, y de no dar noticias claras de nada, para que los oyentes, llenos de dudas y oscuridades, le rogasen con insistencia que fuese más explícito.

He dado estos detalles para que se comprenda qué clase de es-pantajos había entonces para regocijo de aquella generación. En cuanto a mí, siempre me han hecho gracia estos tipos de la vani-

⁹ *rodrigón*: 'criado anciano que acompañaba a las damas'.

¹⁰ *Floridablanca* fue ministro de Carlos III entre 1777 y 1789, mantenido en el puesto por Carlos IV hasta 1792; *Aranda*, presidente del Consejo de Cas-

tilla de 1766 a 1773, fue ministro con Carlos IV durante ocho meses, hasta la caída de Floridablanca. Godoy sucedió a Aranda hasta 1798 y, tras un breve retiro, volvió al poder de 1800 a 1808.

dad humana, que son sin disputa los que más divierten y los que más enseñan.

Como hombre poco dispuesto a transigir con las «novedades peligrosas», y enemigo del jacobinismo,¹¹ el marqués se esforzaba en conseguir que su persona fuese espejo fiel de sus elevados pensamientos; así es que miraba con desdén los trajes de moda, y tenía gusto en sorprender al público elegante de la Corte y Villa con vestidos anticuados de aquellos que sólo se veían ya en la veneranda persona de algún buen consejero de Indias. Por esta razón, si usó hasta 1798 la casaca de tontillo y la chupa mandil, en 1807 todavía no se había decidido a adoptar el frac solapado y el chaleco ombligüero, que los poetas satíricos de entonces calificaban de moda *anglo-gala*.¹²

Me falta añadir que el marqués, con su antijacobinismo y su peluca empolvada, digna de figurar en las juntas de Coblentza,¹³ había sido hombre de costumbres bastante disipadas. En la época de mi relación la edad le había corregido un poco, y sus calaveradas no pasaban de una benévola complicidad en todos los caprichos de su sobrina. No vacilaba en acompañarla a sus excursiones y meriendas en la pradera del Canal o en la Florida, con gente de categoría muy inferior a la suya. Tampoco ponía reparos en ser su pareja en las orgías celebradas en casa de la González o la Prado, pues tío y sobrina gustaban mucho de aquella familiaridad con cómicos y otra gente de parecida laya. Excusado es decir que tales excursiones eran reservadas, y tenían por único objeto el esparcir y alegrar el espíritu abatido por la etiqueta. ¡Pobre gente! Aquellos nobles, que buscaban la compañía del pueblo para disfrutar pasajera y libremente de alguna libertad en las costumbres, estaban consumando, sin saberlo, la revolución que tanto temían, pues antes de que vinieran los franceses y los volterianos y los

¹¹ Movimiento francés auspiciador de la Revolución; debe su nombre a que sus integrantes celebraban sus reuniones en un convento de dominicos llamados «jacobinos» por haber tenido su primera casa en la calle San Jacobo de París.

¹² Alude Galdós a los cambios en la moda española como consecuencia de la fluctuante política del país con respecto a las potencias europeas. La *ca-*

saca de tontillo y la chupa mandil fueron novedades traídas de la Francia prerrevolucionaria, en la década de 1760, mientras el *frac* y el *chaleco* son de origen inglés.

¹³ En las *juntas de Coblentza* conspiraron durante años contra la República los aristócratas franceses que, tras producirse la Revolución, se exiliaron a esta ciudad, situada entre el Mosela y el Rin.

doceañistas, ya ellos estaban echando las bases de la futura igualdad.¹⁴

VI

Lesbia, dando golpecitos con su abanico en el hombro de Isidoro, decía:

—Estoy muy enfadada con usted, señor Máiquez; sí señor, muy enfadada.

—¿Porque he representado mal esta tarde? —contestó el actor—. Pepilla tiene la culpa.

—No es eso —continuó la dama—; y me las pagará usted todas juntas.

Al oír esto, Isidoro inclinó la cabeza. Lesbia acercó su rostro, y habló tan bajo, que ni yo ni los demás entendimos una palabra; pero por la sonrisa de Máiquez se adivinaba que la dama le decía cosas muy dulces. Después continuaron hablando en voz baja, y el uno atendía a las palabras del otro con tal interés; daban tanta fuerza y energía al lenguaje de los ojos, se ponían serios o joviales, tristes o alborozados con transición tan ansiosa y brusca, que al menos listo se le alcanzaba la injerencia del travieso amor en las relaciones de aquellos dos personajes.

Para que todo se sepa de una vez, diré que el diplomático no miraba con malos ojos a la González; mas ésta no podía contestar a sus tiernas insinuaciones, porque hartó tenía que hacer atendiendo al íntimo diálogo que sostenían Lesbia e Isidoro. A mi ama un color se le iba y otro se le venía, de pura zozobra; a veces parecía encendida en violenta ira; a veces, dominada por punzante dolor, pugnaba por distraerles, ingiriendo en su conversación conceptos extraños, y al fin, no pudiendo contenerse, dijo con muy mal humor:

—¿No concluirá tan larga confesión? Si siguen ustedes así, entonaremos todos el *Yo pecador*.

—¿Y a ti qué te importa? —dijo Máiquez con semblante sañudo y con aquel despótico tono que usaba con los desdichados subalternos de su compañía.

¹⁴ *volterianos*: los seguidores de la filosofía de Voltaire; *doceañistas*: partidarios de la Constitución de Cádiz de 1812.^o

Mi ama se quedó perpleja, y en un buen rato no dijo una palabra.

—Tienen que contarse muchas cosas —insinuó Amaranta con malicia—. Lo mismo sucedió el otro día en casa. Pero esto pasa, señor Máiquez. El placer es breve y fugaz. Conviene aprovechar las dulzuras de la vida hasta que el horrible hastío las amargue.

Lesbia miró a su amiga..., mejor dicho, ambas se miraron de un modo que no indicaba la existencia de una apacible concordia entre las dos.

El secreto entre Isidoro y la dama continuaba cada vez más íntimo, más ardoroso, más impaciente. Parecía que el tiempo se les abreviaba entre palabra y palabra, no permitiéndoles decirlo todo. Amaranta se aburría; el marqués dirigía con ojos y boca inútiles flechas al enajenado corazón de mi ama, y ésta, cada vez más inquieta, mostrando en su semblante ya la interna rabia de los celos, ya la dolorosa conformidad del martirio, no procuraba entablar conversación, ni parecía cuidarse de sus convidados. Pero al fin el marqués, comprendiendo que aquella era ocasión propicia para hablar, aunque fuera ante mujeres, de su tema favorito, que eran los asuntos públicos, rompió el grave silencio y dijo:

—La verdad es que estamos aquí divirtiéndonos, y a estas horas tal vez se preparan cosas que mañana nos dejarán a todos asombrados y lelos.

Hallándose mi ama, como he dicho, absorta entre el despecho y la resignación, se dejó dominar del primero, que la inducía a trabar otro diálogo íntimo con el diplomático, y dijo con viveza:

—¿Pues qué pasa?

—Ahí es nada... Parece mentira que estén ustedes con tanta calma —contestó el marqués, retardando el dar las noticias.

—Dejemos esas cuestiones, que no son de este lugar —dijo la sobrina con hastío.

—¡Oh, oh, oh! —exclamó con grandes aspavientos el diplomático—. ¿Por qué no han de serlo? Yo sé que Pepa desea vivamente saber lo que pasa, y saberlo de mis autorizados labios, ¿eh?

—Sí, muchísimo; quiero que usted me cuente todo —dijo mi ama—. Esas cosas me encantan. Estoy de un humor... divertidísimo; hablemos, hablemos, señor marqués.

—Pepa, usted me electriza —dijo el prócer, clavando en ella con amor sus turbios y amortiguados ojos—. Tanto es así, que yo, a pesar de haberme distinguido siempre, durante mi carrera diplomática, por mi gran reserva, seré con usted franco, revelán-

dole hasta los más profundos secretos de que depende la suerte de las naciones.

—¡Oh!, me encantan los diplomáticos —dijo mi ama con cierta agitación febril—. Hábleme usted, cuénteme todo lo que sepa, aunque en contármelo emplee toda la noche. Es usted, señor marqués, la persona de conversación más dulce, más amena, más divertida que he tratado en mi vida.

—Nada te diré, Pepa, sino lo que todo el mundo sabe —indicó Amaranta—, y es que a estas horas las tropas de Napoleón deben estar entrando en España.¹

—¡Oh, qué cosa más linda! —dijo mi ama—. Hable usted, señor marqués.

—Sobrina, ¿acabarás de apurarme la paciencia? —exclamó el marqués, dando importancia desmedida al asunto—. No se trata de que entren o no entren esas tropas; se trata de que van a Portugal a apoderarse de aquel reino para repartirlo...

—¿Para repartirlo? —dijo la González con su calenturienta jovialidad—. Bien; me alegro. Que se lo repartan.

—Lindísima Pepa, esas cosas no pueden decirse tan de ligero —declaró el marqués gravemente—. ¡Oh, usted aprenderá conmigo a tener juicio!

—Es cierto —añadió Amaranta— que se ha acordado dividir a Portugal en tres pedazos: el del Norte se dará a los reyes de Etruria;² el centro quedará para Francia, y la provincia de Algarbes y Alentejo servirá para hacer un pequeño reino, cuya corona se pondrá el señor Godoy en su cabeza.³

—¡Patrañas, sobrina, patrañas! —dijo el marqués—. Eso es lo que dio tanto que hablar el año pasado; pero ¿quién se acuerda ya de semejante combinación? Tú no estás al tanto de lo que pasa...

¹ Esta escena transcurre, según se nos ha dicho en el capítulo III en otoño de 1807. El 18 de octubre de ese año las tropas del general Junot atravesaron la frontera franco-española para dirigirse a Portugal.^o

² La reina regente de Etruria —Toscana— era María Luisa, hija de Carlos IV y viuda de Luis de Parma desde 1802. En otoño de 1807, Napoleón trataba de encontrar acomodo a la Regente y su heredero para anexionar Toscana al Imperio francés.

El 10 de diciembre María Luisa y su hijo abandonarían el reino.^o

³ En 1806 comenzaron las complejas negociaciones entre Francia y España sobre el reparto de Portugal, tras las cuales se firmó el tratado de Fontainebleau el 27 de octubre de 1807, que estipulaba el reparto tal como aquí lo resume Amaranta, aunque Godoy no figuraba como rey de los Algarbes y el Alentejo sino como príncipe.^o

Por supuesto no necesito repetir que es preciso guardar absoluto secreto sobre lo que voy a decir.

—¡Ah!, descuide usted —repuso mi ama—. En cuanto a mí, estoy encantada de esta conversación.

—El año pasado Godoy trató de ese asunto, por medio de Izquierdo, su representante reservado, con Napoleón.⁴ Parece que la cosa estaba arreglada. Pero de repente el Emperador pareció desistir, y entonces don Manuel, ofendido en su amor propio y viendo defraudadas sus esperanzas, quiso mostrarse fuerte contra Napoleón; publicó la famosa proclama de octubre del año pasado y envió un mensajero secreto a Inglaterra para tratar de adherirse a la coalición de las potencias del Norte contra Francia. Esto lo tengo yo muy sabido..., porque ¿qué secreto puede escaparse a mi penetración, a mi consumada experiencia de estos arduos negocios? Bien... Así las cosas, venció Napoleón a los prusianos en Jena, y ya tenemos a nuestro don Manuel asustadico y hecho un lego motilón,⁵ temiendo la venganza del que había sido gravemente ofendido con la publicación de la proclama, considerada aquí y en Francia como una declaración de guerra. Envié a Izquierdo a Alemania, para implorar perdón, y al fin le fue concedido; pero no se volvió a hablar más del reparto de Portugal, ni de la soberanía de los Algarbes.⁶ He aquí, señoras, la pura verdad. Yo, por mis antecedentes y mis conocimientos, estoy al tanto de todos estos asuntos, pues al paso que los atisbo y escudriño aquí, no falta algún diplomático extranjero que me los comunique con toda reserva. Hoy no se habla ya del reparto de Portugal, señora sobrinita. Lo que ocurre es mucho más grave y... Pero

⁴ Eugenio Izquierdo fue embajador de España ante Napoleón de 1806 a 1808, pero servía de representante a Godoy ante el emperador ya desde 1804. Él firmó el tratado de Fontainebleau por parte española. ◊

⁵ 'sirviente de una congregación religiosa que no tiene órdenes'.

⁶ Las gestiones de Izquierdo sobre la invasión y reparto de Portugal se paralizaron en septiembre de 1806 a causa de la guerra franco-prusiana. Godoy, creyéndose engañado, publicó el 6 de octubre una proclama que llamaba a los españoles a las armas contra un ene-

migo al que no nombraba. El triunfo de Napoleón en Jena el 14 de octubre sobre Federico de Prusia, con quien Godoy pensaba aliarse en contra de Francia, le hizo rectificar, simular que el enemigo no citado era Inglaterra, y felicitar a Bonaparte. Hasta aquí la información del marqués coincide con la de Lafuente. Pero ya en la entrevista de Napoleón con el representante de España en Berlín, el 27 de octubre de 1806, se replanteó la cuestión portuguesa, que terminaría un año más tarde con la firma del tratado de Fontainebleau. ◊

no, no somos dueños de comunicar a nadie ciertas cosas. Callaré hasta que el gran cataclismo se haga público... ¿Aprueba usted mi discreción, querida Pepa? ¿Conviene usted conmigo en que la reserva es hermana gemela de la diplomacia?

—¡Oh, la diplomacia! —exclamó mi ama con afectación—. Es cosa que me tiene enamorada. ¡La pérfida Albión!⁷ ¡Los tratados! ¡Bonaparte! ¡La coalición! ¡Oh, qué asuntos tan divinos! Confieso que hasta aquí me han aburrido mucho; pero ahora..., esta noche rabio por conocerlos, y esta conversación, señor marqués, me tiene embelesada.

—Es verdad —dijo el diplomático relamiéndose de satisfacción— que pocas personas tratan de estas materias con tanta delicadeza, con tanta prudencia, digámoslo de una vez, con tanta gracia como yo. Cuando estuve en Viena, por el año 84, todas las damas de la Corte me rodeaban, y yo les aseguro que pasaban un rato delicioso oyéndome...

—Lo comprendo; lo mismo me pasa a mí esta noche —dijo mi ama, sin cesar en su extraña exaltación—. Por piedad, hábleme usted del Austria, de la Turquía, de la China, del protocolo y de la guerra; sobre todo de la guerra.

—Dejemos a un lado por esta noche tan fastidiosa conversación —indicó Amaranta—. No creo que usted, querido tío, sea de la ridícula opinión que supone a Godoy intentando con el auxilio de Bonaparte, mandar a América a la real familia, quedándose él de rey de España.⁸

—Sobrina, por todos los santos, no me incites a hablar; no me hagas olvidar el gran principio de que la discreción es hermana gemela de la diplomacia.

—Es absurdo también —continuó la sobrina— suponer que Napoleón haya mandado sus tropas a España para poner la corona al príncipe Fernando.⁹ El heredero de un trono no puede solicitar el favor de un soberano extranjero para ningún fin contrario a los de sus augustos padres.

⁷ Fue Napoleón quien asoció por vez primera el calificativo *pérfida* al nombre de *Albión* con que los romanos llamaron a Gran Bretaña, acaso por la blancura de sus costas.

⁸ La opinión expuesta por Amaranta era un rumor muy extendido y fo-

mentado por el partido del príncipe Fernando.^o

⁹ El supuesto apoyo de Napoleón al príncipe de Asturias parece nacer de la proclama de octubre por la que Godoy perdió la confianza de Bonaparte.^o

—Vamos, vamos, señoras, asuntos tan graves no pueden tratarse de ligero. Si yo me decidiera a hablar, quedarían ustedes espantadas, y no podríamos cenar.

A esta sazón ya había venido la cena y yo comenzaba a servirla. Isidoro y Lesbia, requeridos por mi ama para que se acercaran a la mesa, dieron tregua al arrobamiento y tomaron parte por un rato en la conversación general.

—Pero ¿qué están ustedes hablando? —dijo Lesbia—. ¿Hemos venido aquí para ocuparnos de lo que no nos importa? ¡Bonito tema!

—¿Pues de qué quiere usted que se hable, desgraciada?

—De otras cosas..., vamos: de bailes, de toros, de comedias, de versos, de vestidos...

—¡Qué sosada! —indicó mi ama con desdén—. Además, ustedes pueden tratar de lo que gusten, y nosotras hablaremos de lo que más nos convenga.

—Ya veo por qué anda Pepa tan distraída —dijo Máiquez burlándose de mi ama—. Se ha dedicado a estudiar la política y la diplomacia, carreras más propias de su ingenio que la del teatro.

Mi ama intentó contestar a esta mofa; pero las palabras espiraron en sus labios y se puso muy encendida.

—Aquí venimos a divertirnos —añadió Lesbia.

—¡Oh, frívola y vana juventud! —exclamó el marqués después de beberse un gran vaso de vino—. No piensa más que en divertirse, cuando la Europa entera...

—Dale con la Europa entera.

—Pepa es la única que comprende la gravedad de las circunstancias. Usted, encantadora actriz, será de las pocas personas que, como yo, no se sorprendan del cataclismo.

—¿Querrá usted explicarnos de una vez lo que va a pasar?

—¡Por Dios y todos los santos! —exclamó el diplomático, afectando cierta compunción suplicante—. Yo ruego a ustedes que no me obliguen con sus apremiantes excitaciones a decir lo que no debe salir de mis labios. Aunque tengo confianza en mi propia prudencia, temo mucho que si ustedes siguen hostigándome, se me escape alguna frase, alguna palabra... Callen, por Dios, que la amistad tiene en mí fuerza irresistible, y no quiero verme obligado por ella a olvidar mis honrosos antecedentes.

—Pues callaremos; no deseamos saber nada, señor marqués —dijo Máiquez, comprendiendo que el mejor medio para mortificar al buen viejo consistía en no preguntarle cosa alguna.

Hubo un momento de silencio. El marqués, contrariado en su locuacidad, no cesaba de engullir, entablando relaciones oficiosas con un capón e impetrando para este fin los buenos oficios de una ensalada de escarola, que le ayudaba en sus negociaciones. Mientras tanto se deshacía en obsequios con mi ama, y sus turbios ojos, reanimados no sé si por el vino o por el amor, brillaban entre los arrugados párpados y bajo las espesas cenicientas cejas, que contraía siempre, por la costumbre de leer la vieja escritura de los *memorandums*.¹⁰ La González no decía tampoco una palabra, y sólo ponía su reconcentrada atención, aunque sin mirarlos, en los dos amantes, mientras que Amaranta, agitada sin duda por pensamientos muy diferentes, no miraba a Isidoro, ni a Lesbia, ni a mi ama, ni a su tío, sino... ¿tendré valor para decirlo?, me miraba a mí. Pero esto merece capítulo aparte, y pongo punto final en éste para descansar un poco.

VII

Sí, ¿lo creerán ustedes?, me miraba; ¡y de qué modo! Yo no podía explicarme la causa de aquella tenaz curiosidad, y si he de decir verdad, como hombre honrado, aún no he salido de dudas. Yo servía a la mesa, como es de suponer, y no pueden ustedes figurarse cuál fue mi turbación cuando advertí que aquella hermosa dama, objeto por parte mía de la más fervorosa admiración, fijaba en mí los ojos más perfectos que, según creo, se han abierto a la luz desde que hay luz en el mundo. Un color se me iba y otro se me venía; a veces mi sangre toda corría precipitadamente hacia mi semblante, poniéndome encendido; a veces se recogía por entero en mi palpitante corazón, dejándome más pálido que un difunto. Ignoro el número de fuentes que rompí aquella noche, pues las manos me temblaban, y creo que serví de un modo lamentable, trocando el orden de los platos y dando sal cuando me pedían azúcar.

Yo decía para mí: «¿Qué es esto? ¿Tendré algo raro en la cara? ¿Por qué se fijará tanto en mí esa señora?...». Al salir fuera, iba

¹⁰ 'comunicaciones diplomáticas —menos solemnes que la memoria o la nota y por lo común no firmadas—

en las que se recapitulan hechos y razones para que se tengan presentes en un asunto grave'.

a la cocina, me miraba a toda prisa en un espejillo roto que allí tenía; mas no encontraba en mi semblante nada que de notar fuese. Volví a la sala, y otra vez Amaranta me clavaba los ojos. Por un instante llegué a creer..., ¡pero qué!, me refa yo mismo de tan loca presunción. ¿Cómo era posible que una dama tan hermosa y principal sintiera...? ¡Ay!, recuerdo haber dicho, aunque al revés, lo que después escribió en un célebre verso cierto poeta moderno. Pero todo debía ser un sueño de mi infantil soberbia. ¿Cómo podía la estrella del cielo mirar al gusano de la tierra, sino para recrearse, comparando, en su propia magnitud y belleza?¹

Pero debo añadir otra circunstancia, y es que cuando mi ama me reprendía por las muchas torpezas que cometí en el servicio de la mesa, Amaranta acompañaba sus miradas de una dulce sonrisa, que parecía implorar indulgencia por mis faltas. Yo estaba perplejo, y un violento fluido que parecía súbito acrecentamiento de vida corría por mis nervios, produciéndome una actividad devoradora, a la cual seguía vago aturdimiento.

Después de largo rato, la conversación, anudándose de nuevo, fue general. El marqués, viendo que no se le preguntaba nada, estaba en gran desasosiego, y a los rostros de todos dirigía con inquietud sus ojos buscando una víctima de su charla; pero nadie parecía dispuesto a escucharle; con lo cual, lleno de enojo, tomó la palabra para decir que si continuaban apremiándole para que hablara, se vería en el caso de no poner segunda vez a prueba su discreción concurriendo a tertulias donde no reinaba el más profundo respeto hacia los secretos de la diplomacia.

—¡Pero si no le hemos dicho a usted una palabra! —indicó Lesbia riendo.

Isidoro, conociendo que el marqués era enemigo de Godoy, dijo con mucha sorna:

—No se puede negar que el príncipe de la Paz, como hombre de gran talento, burlará las intrigas de sus enemigos. Napoleón le apoya, y no digo yo la coronita de los Algarbes, sino la de Portugal entero, o quizás otra mejor, recibirá de manos de su majestad imperial. Conozco a Napoleón; le he tratado en París,²

¹ No hemos podido localizar a qué versos alude Galdós.

² Máiquez estuvo en París estudian-

do arte dramático desde octubre de 1799 hasta marzo de 1801, pero nada documenta su relación con Napoleón.^o

y sé que gusta de los hombres arrojados como Godoy. Verá usted, verá usted, señor marqués; todavía le hemos de ver a usted llamado a los Consejos del nuevo rey, y tal vez representándole como plenipotenciario en alguna de la Cortes de Europa.

Limpióse el marqués la boca con la servilleta, echóse hacia atrás, sopló con fuerza, desahogando la satisfacción que le producía el verse interpelado de aquel modo; fijó la vista en un vaso, como buscando misterioso punto de apoyo para una sutil meditación, y dijo con mucha pausa:

—Mis enemigos, que son muchos, han hecho correr por toda Europa la especie de que yo llevaba correspondencia secreta con el príncipe Talleyrand, con el príncipe Borghese, con el príncipe de Piombino, con el gran duque de AreMBERG y con Luciano Bonaparte, en connivencia con Godoy, para estipular las bases de un tratado por el cual España cedería las provincias catalanas a Francia a cambio de Portugal y el reino de Nápoles...,³ pasando Milán a la reina de Etruria, y el reino de Westfalia a un infante de España.⁴ Yo sé que esto se ha dicho —añadió alzando la voz y dando un fuerte puñetazo en la mesa—. ¡Yo sé que esto se ha dicho; ha llegado a mis oídos, sí señor! Los calumniadores lo hicieron creer a los soberanos de Austria y Prusia; se me interpeló sobre el caso; Rusia no titubeó en hacerse eco de la calumnia, y fue preciso que yo empleara todo mi valimiento y tacto para disipar las densas nubes que se habían acumulado en el horizonte de mi reputación.

Al decir esto, el marqués empleaba el mismo tono que habría usado ante un Congreso de los principales políticos de Europa. Después de sonarse con estrépito, prosiguió así:

—Afortunadamente soy bien conocido, y al fin... tengo la satisfacción de haber sido objeto de las más satisfactorias frases por parte de los soberanos citados. ¡Ah!..., ya sé yo el objeto que guió a los calumniadores y el sitio de donde partió la calumnia. En casa de Godoy se inventó esa trama abominable con objeto de ver si, autorizada con mi nombre, podía tal combinación

³ Parece tratarse de una selección, entre los grandes personajes de la Europa napoleónica, de quienes tuvieron tirantes relaciones con Bonaparte a causa de su compleja política internacional.°

⁴ El reino de Westfalia, actual Renania, fue creado en julio de 1807 como resultado del tratado de Tilsit. Galdós pretende dar idea de las variadas combinaciones que manejaba Napoleón para dominar Europa.

correr con alguna fortuna por Europa. Pero tan inicuos planes quedaron sin éxito, como era de suponer, y la Europa entera convencida de que el príncipe de la Paz y yo no podemos obrar de concierto en negocio alguno de interés general para las grandes potencias.

—¿De modo —dijo Isidoro—, que usted no es, como dicen, amigo secreto de Godoy?

El diplomático frunció el ceño, sonrió con desdén, llevó un polvo a la nariz, y continuó así:

—¿Qué incongruentes especies no inventará la calumnia? ¿Qué torpes ardidés no imaginarán la astucia y la doblez contra la prudencia y la rectitud? Mil veces me han hecho esos cargos, y mil veces los he rebatido. Pero es fuerza que repita ahora lo que en otras ocasiones he dicho. Había hecho propósito solemne de no ocuparme más de este asunto; pero la terquedad de mis amigos y la obcecación del público me obligan a ello. Hablaré claro: si en el calor de mi defensa hago revelaciones que puedan sonar mal en ciertos oídos, cúlpese a los que me han provocado, no a mí, que todo debo posponerlo al brillo de mi inmaculada reputación.

Lesbía, Isidoro y mi ama hacían esfuerzos para contener la risa, ante el énfasis con que nuestro hombre defendía, contra imaginarias acusaciones, una personalidad de que nadie se ocupaba sino él. Amaranta parecía meditabunda; mas sus reflexiones no le impidieron fijar alguna vez en mí sus incomparables ojos.

—En el año 1792 —prosiguió el viejo— cayó del ministerio el conde de Floridablanca, que se había propuesto poner coto a los estragos de la Revolución francesa. ¡Ah! El vulgo no conoció la mano oculta que había arrojado de la secretaría de Estado a aquel varón insigne, envejecido en servicio del rey. Pero ¿cómo podía ocultarse a los hombres perspicaces la máquina interior de aquel cambio de ministerio? Un joven de veinticinco años, a quien los reyes miraban con particular afecto, y que tenía frecuente entrada en Palacio, y hasta voz y voto en los Consejos, influyó en el cambio de ministerio y en la elevación del señor conde de Aranda.⁵ ¿Tuve yo participación en aquel suceso? No; mil veces no;

⁵ Aunque los rumores apuntaron insistentemente a la influencia de Godoy en el cambio ministerial de Floridablanca a Aranda, «explicar la caída de Flo-

ridablanca y de Aranda como manobras de la reina para abrir el camino a Godoy es demasiado simple» (Seco).^o

hallábame a la sazón agregado a la embajada española, cerca del emperador Leopoldo,⁶ y no pude de ningún modo influir para que desempeñara el ministerio mi amigo el conde de Aranda. Pero, ¡ay!, éste duró poco en el poder, porque nuevas maquinaciones le derribaron, y en noviembre del mismo año España y el mundo todo vieron con sorpresa que era elevado a la primera dignidad política aquel mismo joven de veinticinco años, ya colmado de honores inmerecidos, tales como el ducado de Alcudia y la grandeza de España de primera clase, la gran cruz de Carlos III, la cruz de Santiago, los cargos de Ayudante General del Cuerpo de Guardias, Mariscal de Campo de los reales ejércitos, Gentilhombre de cámara de Su Majestad con ejercicio, Sargento Mayor del real Cuerpo de Guardias de Corps, Consejero de Estado, Superintendente General de Correos y Caminos, etc., etc. Empuñó Godoy las riendas del Estado en tiempos muy críticos; todos los hombres de previsión comprendíamos la proximidad de grandes males, e hicimos lo posible por conjurarlos. El torpe duque de la Alcudia declaró la guerra a Francia, contra la opinión de Aranda y de todos cuanto teníamos alguna experiencia en los negocios. ¿Se nos hizo caso? No. ¿Se oyeron nuestros consejos? No. Pues veamos ahora lo que ocurría después de hecha la paz con Francia.

»El rey continuaba acumulando en la persona de su favorito toda clase de distinciones y honores, y por fin le enlazó con una princesa de la familia real.⁷ Tanto favor dispensado a un hombre nulo, y que en los hechos más indignos buscaba ocasión de medro, produjo la animadversión y el descontento de todos los españoles. La caída de un favorito, que había desconcertado el Erario público y desmoralizado la justicia, vendiendo los destinos, era segura. Y aquí debo decir, aunque por un momento falte a las leyes de mi sistemática reserva, que yo nada influí para que entraran en los ministerios de Hacienda y Gracia y Justicia los señores Saavedra y Jovellanos.⁸ Ruego a ustedes que no revelen este secreto, que hoy por primera vez sale de mis labios.

⁶ Leopoldo II de Austria, hijo de Francisco I y María Teresa y hermano de la reina María Antonieta de Francia.

⁷ A propuesta de los reyes, Godoy se casó en 1797 con María Teresa de Borbón y Vallábriga, condesa de Chinchón, prima de Carlos IV.

⁸ Francisco de Saavedra ejerció como ministro de Hacienda desde noviembre de 1797 a agosto de 1798, y desde marzo de ese mismo año sustituyó además a Godoy en la Secretaría de Estado. Durante esas mismas fechas, Gaspar Melchor de Jovellanos fue ministro

—Seremos tan callados como guardacantones,⁹ señor marqués —dijo Isidoro.

—Pero la cosa no tenía remedio —continuó el diplomático dirigiendo sus ojos a todos los lados de la sala, como si le oyeran gran número de personas—. Jovellanos y Saavedra no podían concertarse en el gobierno con quien ha sido siempre la misma torpeza y la corrupción en persona. La República francesa trabajaba en contra del favorito; Jovellanos y Saavedra se empeñaron en desprenderse de tan peligroso compañero, y al fin el rey, cediendo a tantas sugestiones y a la voz popular, dio a Godoy su retiro en marzo de 1798.¹⁰ Yo declaro aquí de una vez para siempre que no tuve participación en su caída, como han dado en suponer. Y ésta sería ocasión de decir algo que sé y que siempre he callado; pero... no, no fio bastante en la prudencia de los que me escuchan, y prefiero guardar silencio sobre un punto delicado que nadie conoce. Conste tan sólo que no contribuí a la caída de Godoy en 1798.

—Pero la desgracia del señor don Manuel duró poco —dijo Isidoro—, porque el ministerio de Jovellanos y Saavedra fue de poca duración, y el de Caballero y Urquijo, que le sucedió, tampoco tuvo larga vida.¹¹

—Efectivamente, a eso iba —continuó el marqués—. Los reyes no podían pasarse sin su amigo. Ocupó éste nuevamente la Secretaría de Estado, y queriendo acreditarse de guerrero, ideó la famosa expedición contra Portugal, para obligar a este reino a romper sus relaciones con Inglaterra. Ya desde entonces nuestro ministro no pensaba más que en secundar los planes de Bonaparte del modo menos ventajoso para España. Él mismo mandó aquel ejército, que se puso en pie de guerra a costa de grandes sacrificios; y cuando los pobres portugueses abandonaron a Olivenza sin que pudieran entablarse una lucha formal, el favorito celebró sus soñadas vic-

de Gracia y Justicia. En sus nombramientos, debidos a Godoy, influyó con seguridad Cabarrús.^o

⁹ 'postes de piedra que se colocaban a ambos lados de los paseos para que los carruajes no rozasen los cantones o esquinas de los edificios'.

¹⁰ Godoy estuvo apartado del poder entre marzo de 1798 y de 1800.^o

¹¹ En agosto de 1798, Mariano Luis de Urquijo sustituyó a Saavedra al mismo tiempo que Caballero reemplazaba a Jovellanos. Pero mientras este último se mantendría en el cargo hasta 1808, las medidas regalistas de Urquijo frente a Roma causaron su cese, impulsado por Caballero, en diciembre de 1800.^o

torias con un festejo teatral, a que debió aquella guerra el nombre de *Batalla de las Naranjas*. Ustedes saben que los reyes habían acudido a la frontera. El favorito mandó construir unas angarillas que adornó con flores y ramajes, y sobre esta máquina hizo poner a la reina, que fue tan chabacanamente llevada en procesión ante las tropas, para recibir de manos del Generalísimo un ramo de naranjas cogido en Elvas por nuestros soldados.¹² No añadiré una palabra más, ni recordaré los punzantes chistes que circularon en aquella ocasión de boca en boca. Que cada cual se entienda con su conciencia, y que todos tengan bastante energía para defender sus propios actos, como defiendo yo los míos en este momento. Ahora paso a otra cuestión.

»Y aunque necesite repetirlo mil veces, diré también que no tuve parte alguna en las negociaciones del tratado de San Ildefonso,¹³ ni en la alianza de nuestra marina con la francesa origen del desastre de Trafalgar. Pero sobre este tratado sé cosas curiosísimas que me confió el general Duroc¹⁴ y que no puedo revelar a ustedes por más empeño que muestren en conocerlas. No... no me pidan que revele lo que sé; no pongan a prueba mi discreción: hay secretos que no pueden confiarse en el seno de la amistad más íntima. Yo debo callar y callaré. Si los dijese, cuán pronto confundiría al príncipe de la Paz y a los que me suponen cómplice de sus infames tratos con Bonaparte. Mi único afán ha consistido en destruir sus combinaciones, y aquí en confianza puedo decir que repetidas veces lo he conseguido. Por eso se empeña en desacreditarme a los ojos de Europa, en malquistarme con los hombres de Estado que han depositado en mí su confianza; por eso suena mi nombre unido a todas las combinaciones que fragua Izquierdo en París. Pero, ¡ah!, gracias a mi destreza, podré anonadar a los calumniadores, salvando mi buen nombre. Ojalá pudiera asimismo salvar a nuestros reyes y a nuestro país del descrédito a que los conduce ciegamente un hombre abominable, que se ha elevado por las causas que todos sabemos, y sigue dirigiendo la nave del Estado, valido de su torpe arrogancia, de su insolente travesura.

¹² *Elvas*: pueblo de Badajoz, en la frontera con Portugal. La *Batalla de las Naranjas* tuvo lugar en 1801.

¹³ El firmado entre Francia y España en 1796 que ocasionó importantes

derrotas a la Armada española (véanse las notas I, 5 y V, 12 de *Trafalgar*).

¹⁴ Mariscal francés que representó a Napoleón en las negociaciones de Fontainebleau.

Dijo, y llevándose a la nariz con diplomática gravedad el polvo de rapé, se sonó con más estruendo que el de una batería, miró a todos por encima del pañuelo, y luego pronunció vagas frases que anunciaban la agitación de su grande espíritu. Oyéndole y viéndole, parecía que sobre el mantel de la mesa que yo había servido iban a resolverse las más arduas cuestiones europeas, repartiendo pueblos y arreglando naciones como en el tapete de Campo Formio, de Presburgo o de Luneville.¹⁵

—Estamos ya convencidos, señor marqués —dijo Lesbia—, de que usted no ha tenido ni tiene parte alguna en los desastres ocasionados por el príncipe de la Paz; pero no nos ha dicho cuáles son los cataclismos que nos amenazan.

—Ni una palabra más, no añadiré una palabra más —dijo el marqués alzando la voz—. Cesen, pues, las preguntas. Todo es inútil, señoras mías. Soy inflexible e implacable: todos los esfuerzos, todas las astucias de la curiosidad no conseguirán arrancarme una revelación. He suplicado a ustedes que no me preguntasen nada, y ahora no ruego, sino mando que me dejen en paz, renunciando a corromper y sobornar mi experimentada prudencia con los halagos de la amistad.

Oyendo al diplomático, yo recordaba a cierto mentiroso que conocí en Cádiz, llamado don José María Malespina.¹⁶ Ambos eran portentos de vanidad; pero el de Cádiz mentía desvergonzadamente y sin atadero, mientras que el de Madrid, sin alterar nunca los sucesos reales, se suponía hombre de importancia, y su prurito consistía en defenderse de ataques imaginarios y en negarse a revelar secretos que no sabía. Esto prueba la inmensa variedad que el Creador ha puesto en la fauna moral, así como en la física.

Isidoro y Lesbia, retirándose de la mesa, habían vuelto a formar la tela de araña de sus comunicaciones amorosas. Mi ama había variado en sus disposiciones favorables hacia el marqués. En vano le prometió franquearse con ella, revelándole lo que ningún ser humano había oído hasta entonces de sus labios; pero sin duda no debió de halagar mucho a la González la promesa de conocer los planes de todas las potencias europeas, porque no tuvo para su solí-

¹⁵ Alude el narrador metonímica e irónicamente a los tres importantes tratados por los que Napoleón reorgani-

zó Europa según su interés político. ◊

¹⁶ Cómico charlatán y mentiroso de Trafalgar. ◊

cito cortejante palabra ni frase alguna que no fuesen el mismo acíbar.

Amaranta, cuya reconcentración mental se desvanecía poco a poco, clavó en mí sus ojos de una manera que parecía indicar vivo deseo de entablar conversación conmigo. En efecto, contra todas las prescripciones del decoro, en cierta ocasión en que yo recogía los platos vacíos que tenía delante, se sonrió de un modo celestial, atravesándome el corazón con estas palabras:

—¿Estás contento con tu ama?

No puedo asegurarlo terminantemente, pero creo que, sin mirarla, contesté:

—Sí, señora.

—¿Y no desearías cambiar de ama? ¿No deseas encontrar colocación en otra parte?

Tampoco aseguro que sea cierto; pero me parece que respondí:

—Según con quién fuera.

—Pareces un chico de disposición —añadió con una sonrisa que parecía abrir el cielo ante mis ojos.

A esto sí estoy seguro de no haber contestado una palabra. Después de breve pausa, en que mi corazón parecía querer echárseme fuera del pecho, tuve un arranque de osadía, que hoy mismo me causa asombro, y dije:

—¿Es que quiere usía tomarme a su servicio?

Al oírme, Amaranta prorrumpió en graciosa carcajada, y yo me quedé perplejo, creyendo haber dicho alguna inconveniencia. Al punto salí de la sala con mi carga de platos; en la cocina procuré calmar mi turbación, tratando de explicarme los sentimientos de Amaranta respecto a mí, y después de mil dudas, dije:

—Mañana mismo le contaré todo a Inés, y veremos lo que ella piensa.

VIII

Cuando regresé a la sala, la escena continuaba la misma, pero la llegada de un nuevo personaje a variarla iba por completo. Oímos ruido de alegres voces y como preludios de guitarra en el portal, y después entró un joven a quien diferentes veces había yo visto en el teatro. Acompañábanle otros; pero se despidieron en la puerta, y él subió solo, haciendo tanto ruido, que no parecía sino que un ejército se nos metía en la casa. Me acuerdo bien de que vestía

el traje popular, esto es, un rico marsellés,¹ gorra peluda de forma semejante a la de los sombreros tripicos, pero mucho más pequeña, y capa de grana con forros de felpa manchada. Al verle con esta facha, no crean ustedes que era algún manolo de Lavapiés o chispero de Maravillas, pues los arreos con que le he presentado cubrían la persona de uno de los principales caballeros de la Corte; sólo que éste, como otros muchos de su época, gustaba de buscar pasatiempo entre la gente de baja estofa, y concurría a los salones de Polonia la *Aguardentera*, Juliana la *Naranjera*, y otras célebres majas de que se hablaba mucho entonces.²

En sus nocturnas correrías usaba siempre aquel traje que, en honor de la verdad, a las mil maravillas le sentaba.

Pertenecía aquel joven a la Guardia Real, y sus conocimientos no traspasaban más allá de la ciencia heráldica, en que era muy experto, del arte del toreo y la equitación. Su constante oficio era la galantería, alta y baja, en los estrados y en los bailes de candil.³ Parecían escritos expresamente para él los famosos versos:

¿Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
de pardomonte envuelto...⁴

—¡Oh, don Juan! —exclamó Amaranta, al verle entrar.

—Bienvenido sea el señor de Mañara.⁵

¹ 'chaquetón de paño burdo con adornos pasapuestos de paño'.

² Los *manolos* y *chisperos* representan al pintoresco artesanado de los barrios bajos de Madrid y son figuras tópicas en la literatura desde los sainetes de Ramón de la Cruz; en uno de ellos, *Manolo. Tragedia para retir o sainete para llorar* (1769), pudo estar el origen del *manolo*, mientras *chispero*, derivado de 'chispa', 'centella', significa metafóricamente 'herrero'. En cuanto a los nombres de las majas, proceden asimismo del teatro de Cruz.°

³ Con los *estrados* y los *bailes de candil*, se alude a los lugares de reunión de la clase media y el pueblo, frente a los *salones* de la nobleza, en los que irónicamente se ha situado a las majas en el párrafo anterior.°

⁴ *pardomonte*: 'paño ordinario'. Gal-

dós cita los versos iniciales de la *Sátira segunda a Arnesto. Sobre la mala educación de la nobleza* (1787), en la que Jovellanos había reunido ya la serie de motivos que tipifican al noble encanallado a que Galdós se refiere en todo este pasaje: la *guitarra* (vv. 14 y 104), el *traje popular* (vv. 1-13), el trato con gentes de *baja estofa* (vv. 94-99, 123-125, y otros), las *correrías nocturnas* (vv. 151, 221 y otros), la educación militar (v. 203), la ignorancia (vv. 51-73), el *arte del toreo* (vv. 73-77), la *galantería, alta y baja* (vv. 126-145), los *bailes populares* (vv. 122-125), etc.

⁵ Don Juan de Mañara es el nombre con el que Merimée fundió en *Las almas del purgatorio* (1834) la leyenda de don Juan con la del histórico galanteador sevillano Miguel de Mañara (1626-1679), fusión que divulgó Ale-

Animóse la reunión como por encanto con la entrada de aquel joven, cuyo carácter jovial y bullanguero se manifestó desde el primer momento. Advertí que el rostro de Amaranta adquirió de súbito extraordinaria viveza y malicia.

—Señor de Mañara —dijo con gran desenfado—, llega usted a tiempo. Lesbia le echaba a usted de menos.

Lesbia miró a su amiga de un modo terrible, mientras Isidoro parecía dominado por violenta cólera.

—Aquí, don Juan, siéntese usted a mi lado —indicó mi ama gozosa, señalando a Mañara la silla que a la izquierda tenía.

—No creí encontrar a usted aquí, señora duquesa —dijo el petimetre dirigiéndose a Lesbia—. ⁶ He venido, sin embargo, impulsado por la voz de mi corazón; ya veo que el corazón no se equivoca siempre.

Noté a Lesbia bastante turbada; mas como no era mujer a quien arredaban las situaciones críticas, entre ella y Mañara hubo un verdadero tiroteo de dichos agudos, risas y epigramas. Máiquez estaba cada vez más intranquilo.

—Ésta es noche de suerte para mí —dijo don Juan sacando un bolsillo de seda—. He estado en casa de la Primorosa, y allí he ganado cerca de dos mil reales.

Diciendo esto, vació el oro sobre la mesa.

—¿Había allí mucha gente? —preguntó Amaranta.

—Mucha; mas la marquesita no pudo ir porque estaba con dolor de muelas. ¡Ah!, nos hemos divertido.

—Para usted —dijo Amaranta con verdadero ensañamiento en su malicia—, no hay diversión allí donde no está Lesbia.

Ésta volvió a dirigir a su amiga colérica mirada.

—Por eso he venido.

—¿Quiere usted seguir probando fortuna? —dijo mi ama—. La baraja, Gabriel; trae la baraja.

Hice lo que se me mandaba, y los oros, espadas, bastos y copas se entremezclaron bajo los dedos del petimetre, que barajaba con toda la rapidez que da la experiencia.

—Sea usted banquero.

—Bien; ahí va.

Cayeron las primeras cartas; todos los personajes sacaron su di-

jandro Dumas con *Don Juan de Mañara o la caída de un ángel* (1836).^o

⁶ *petimetre*: 'vacuo, presumido, amañado'.^o

nero; fijáronse ansiosas miradas en los terribles signos, y comenzó el juego.

—Por un momento no se oyeron más que estas breves y elocuentes frases: «¡Tres duros al caballo!... Yo no abandono a mi siete de espadas... Bien por el rey... Gané... Perdí... Diez a mí... ¡Maldita sota!».

—Mala suerte tiene usted esta noche, Máiquez —dijo Mañara recogiendo el dinero del actor, que ni una vez apuntaba sin perder cuanto ponía.

—¡Y yo qué buena! —dijo mi ama, recogiendo sus monedas, que ascendían ya a una respetable cantidad.

—¡Oh, Pepa, para usted es toda la suerte! —exclamó el banquero—. Pero dice el refrán: «Afortunado en el juego, desgraciado en amores».⁷

—En cambio usted —dijo Amaranta—, puede decir que es afortunado en ambos juegos. ¿Verdad, Lesbia?

Y luego, dirigiéndose a Isidoro, que perdía mucho, añadió:

—Para usted, pobre Máiquez, sí que no se ha hecho aquel refrán; porque usted es desgraciado en todo. ¿Verdad, Lesbia?

El rostro de ésta se encendió súbitamente. Me pareció que la vi dispuesta a contestar con violencia a su amiga; pero se contuvo y la tempestad quedó conjurada por algún tiempo. El marqués perdía siempre, pero no paró de jugar mientras tuvo una peseta en su bolsillo. No así Máiquez, que, una vez desvalijado, recibió un préstamo del banquero, y así siguió el juego hasta más de la una, hora en que comenzaron a hablar de retirarse.

—Debo a usted treinta y siete duros⁸ —dijo Máiquez.

—Y por fin —preguntó el petimetre—, ¿cuál es la función escogida para la representación en casa de la señora marquesa?

—Ya está acordado que sea *Otelo*.

—¡Oh!, me parece bien, amigo Isidoro —dijo Mañara—. Me entusiasma usted en el papel de celoso.

⁷ Aunque se pretendió restringirlos a las clases acomodadas, los naipes fueron enormemente populares en el XVIII y los garitos clandestinos regentados por mujeres eran tan atractivos a la nobleza aplebeyada como los bailes de candil. *La Primorosa* es personaje de Cruz.⁹

⁸ La *peseta* equivalía a cuatro reales de vellón y el *duro* a veinte, es decir que Máiquez ha perdido casi el doble del sueldo mensual de un artesano, mientras Mañara en casa de la *Primorosa* había ganado aproximadamente cuatro veces dicho salario.

—¿Querría usted hacer el de Loredano?⁹ —preguntó el actor.

—No; es papel muy desairado. Además, no sirvo para el teatro.

—Yo le enseñaré a usted.

—Gracias. ¿Ya ha enseñado usted a Lesbia su papel?

—Lo sabe perfectamente.

—¡Cuánto deseo que llegue esa noche! —dijo Amaranta—. Pero diga usted, Isidoro: si le ocurriera a usted un lance como el de Otelo, si se viera engañado por la mujer que ama, ¿sentiría usted aquel terrible furor? ¿Sería capaz de matar a su Edelmira?

Esta flecha iba dirigida a Lesbia.

—¡Quiá! —exclamó Mañara—. Eso no pasa nunca sino en el teatro.

—No mataría a Edelmira, pero sí a Loredano¹⁰ —repuso Máiquez con firmeza, clavando su enérgica mirada en el petimetre.

Hubo un momento de silencio, durante el cual pude advertir perfectamente las señales de la más reconcentrada rabia en el rostro de Lesbia.

—Pepa, no me has obsequiado esta noche —dijo Mañara—. Verdad es que he cenado; pero son las dos, hija mía.

Serví de beber al joven, y habiéndome retirado, oí desde fuera el siguiente diálogo. Mañara, alzando una copa llena hasta los bordes, dijo:

—Señores, brindo por nuestro querido príncipe de Asturias; brindo por que la santa causa que representa tenga dentro de pocos días un éxito brillante; brindo por la caída del favorito y el destronamiento de los reyes padres.

—Muy bien —exclamó Lesbia aplaudiendo.

—Creo que estoy entre amigos —continuó el joven—. Creo que un fiel súbdito del nuevo rey puede sin recelo manifestar aquí alegría y esperanza.

—¡Qué horror! ¿Está usted loco? Prudencia, joven —dijo el diplomático escandalizado—. ¿Cómo se atreve usted a revelar...?

—Cuidado —indicó Lesbia con mucha viveza—, cuidado, señor Mañara: está delante una confidenta de su majestad la reina.

—¿Quién?

⁹ Nombre que recibe Casio, el lugarteniente de *Otelo*, en la traducción hecha por La Calle del drama de Shakespeare.

¹⁰ Recuérdese que, en el drama, Otelo mata a su esposa, convencido por el envidioso Yago (*Pésaro* en versión de La Calle) de que aquélla ama a Casio.

—Amaranta.

—Tú también lo eres y, según dicen, posees los secretos más graves.

—No tanto como tú, hija mía —dijo Lesbia recobrando su osadía—; tú, que, según se asegura, eres hoy depositaria de todas las confianzas de nuestra amada soberana. Esto es una gran honra para ti.

—Seguramente —repuso Amaranta, dominando su cólera—. Sigo al lado de mi bienhechora. La ingratitud es vicio muy feo, y no he querido imitar el ejemplo de las que insultan a quien las ha favorecido. ¡Ah!, es muy cómodo hablar de las faltas ajenas para que no se fije la vista en las propias.

Lesbia, después de un momento de vacilación, iba a contestar. El diálogo tomaba alguna gravedad, y de seguro se habrían oído cosas bastante duras, si el diplomático, interviniendo con su tacto de costumbre, no hubiera dicho:

—Señoras, por Dios..., ¿qué es esto? ¿No son ustedes íntimas amigas? Una diferencia de opinión, ¿puede turbar el cielo purísimo de la amistad? Dense las manos y bebamos todos el último vaso a la salud de Lesbia y Amaranta enlazadas en dulce y amorosa fraternidad.

—Estoy conforme; ésta es mi mano —dijo Amaranta alargando la suya con gravedad.

—Ya hablaremos de esto —añadió Lesbia estrechando con desabrimiento la mano de la otra dama—. Por ahora seremos amigas.

—Bien; ya hablaremos de esto.

En aquel momento entré yo, y la expresión del semblante de una y otra no me pareció indicar predisposiciones a la concordia. Con aquel desagradable incidente, que por fortuna no tomó proporciones, tuvo fin la tertulia, y la aparente reconciliación fue señal de partida. Levantáronse todos, y mientras el diplomático y Mañara se despedían de mi ama, Amaranta se llegó a mí con disimulo, acercó su boca a mi oído, y me dijo con una vocecita que parecía resonar dentro de mi cerebro:

—Tengo que hablarte.

Dejéme aturdido; pero mi sorpresa subió de punto un poco después, cuando acompañé a la comitiva por la calle, precediéndola con un farol, según costumbre, porque en aquel tiempo el alumbrado público, si en alguna calle existía, era digno émulo de la

oscuridad más profunda.¹¹ Llegamos a la calle de Cañizares, a una suntuosa casa, que era la misma en cuyo sotabanco vivía Inés,¹² aunque se subía por distinta escalera. En el patio de aquella casa, que era la del marqués diplomático, o mejor dicho, de su hermana, esperaban las literas que debían conducir a las dos damas a sus respectivas mansiones. Antes de entrar en la litera, Amaranta me llamó aparte, y díjome que al día siguiente fuese a buscarla a aquella misma casa, preguntando por una tal Dolores, que luego supe era doncella o confidenta suya, mandato que me alegró mucho, porque en él vi el fundamento de mi fortuna.

Volví a casa presuroso, y encontré a mi ama muy agitada, paseando con precipitación en la estrecha sala, y departiendo consigo misma, como si no tuviera el juicio muy sano.

—¿Observaste —me dijo— si Isidoro y Mañara disputaban por la calle?

—No reparé, señora —le respondí—. ¿Pues qué motivo tienen esos dos caballeros para enemistarse?

—¡Ah!, no sabes cuán alegre estoy, Gabriel; estoy satisfecha —me dijo la González con extraviados ojos y tan febril inquietud, que me impuso miedo.

—¿Por qué, señora? —pregunté—. Ya es hora de descansar, y usted parece necesitar descanso.

—No, tonto, yo no duermo esta noche —dijo—. ¿No sabes que yo no puedo dormir? ¡Ah, cuánto gozo considerando su desesperación!

—No entiendo a usted.

—Tú no entiendes de esto, chiquillo; vete a acostar... Pero no, no; ven acá y escucha. ¿Verdad que parece castigo de Dios? El muy simple no conoce la víbora que tiene entre sus brazos.

—Creo que se refiere usted a Isidoro.

—Justo. Ya sabes que está enamorado de Lesbia. Está loco, como nunca lo ha estado. ¡Ah! Con todo su orgullo, ¡qué vilmente se arrastra a los pies de esa mujer! Él, acostumbrado a dominar,

¹¹ Recuerda Mesonero «el tránsito por las calles, oscuras y solitarias desde las primeras horas de la noche, podía considerarse como temerario. A menos de ir acompañado de un sereno o de un criado o, por lo menos, de un

estoque en la mano derecha y una linterna en la izquierda» (*Memorias de un sesentón*, X).

¹² *sotabanco*: 'piso habitable colocado por encima de la cornisa general de la casa'.

es dominado ahora, y su impetuoso amor servirá de diversión y chacota en el teatro y fuera de él.

—Pero me parece que el señor Máiquez es correspondido.

—Lo fue; pero los favores de Lesbia pasan pronto. ¡Oh!, bien merecido le está. Lesbia es la misma inconstancia.

—No lo hubiera creído en una persona tan simpática y tan linda.

—Con esa carita angelical, con su sonrisa inalterable y su aire de ingenuidad, Lesbia es un monstruo de liviandad y coquetería.

—Tal vez ese señor Mañara...

—Eso no tiene duda. Mañara es hoy el favorecido, y si habla con Isidoro es para divertirse a su costa, jugando con el corazón de ese desgraciado. Sí; el corazón de Isidoro está hoy como un ovillo de algodón entre las patas de una gata traviesa. Pero, ¿no es verdad que le está bien merecido?... ¡Oh, rabio de placer!

—Por eso la señora Amaranta no cesaba de echar pullas... —indicué, deseando que mi ama esclareciera mis dudas sobre muchos sucesos y palabras de aquella noche.

—¡Ah! Lesbia y Amaranta, aunque vienen juntas aquí, se aborrecen, se detestan, y quisieran destruirse una a otra. Antes se llevaban muy bien; mas de algún tiempo a esta parte... Yo creo que algo ocurrido en Palacio es la causa de esta inquina, que ha empezado hace poco y será una guerra a muerte.

—Bien se conoce que no se llevan bien.

—En Palacio, según me han dicho, arden pasiones encarnizadas, implacables. Amaranta es muy amiga de los reyes padres, mientras que Lesbia parece que es de las damas que más intrigan en el bando de los amigos del príncipe de Asturias. Tan irritadas están hoy la una contra la otra, que ya no saben disimular el odio que se profesan.

—¿Y es Amaranta mujer de tan mala condición como su amiga? —pregunté, deseando inquirir noticias de la que ya consideraba como mi protectora.

—Todo lo contrario —repuso—. Amaranta es una gran señora, tan discreta como hermosa, y de conducta intachable. Gusta de proteger a los desvalidos: su sensible y tierno corazón es inagotable para los menesterosos que necesitan de su ayuda; y como es poderosísima en la Corte, porque su valimiento casi excede al de los mismos reyes, el que tenga la dicha de caerle en gracia, ya se puede considerar puesto en los cuernos de la luna.

—Ya me lo figuraba yo —dije muy contento por tan lisonjeras noticias.

—Espero que Amaranta —prosiguió mi ama con la misma calenturienta agitación— me ayudará en mi venganza.

—¿Contra quién? —pregunté alarmado.

—Creo que se aplaza la función de la marquesa —continuó sin atender a mi pregunta—. Nadie quiere hacer el desairado papel de Pésaro, y esto será ocasión de un lamentable retraso. ¿Querrás desempeñarlo tú, Gabriel?

—¡Yo, señora!... No sirvo para el caso.

Quedóse luego muy meditabunda, con el ceño fruncido y los ojos fijos en el suelo, y por fin volvió a su primer tema.

—Estoy satisfecha —dijo con esa hilaridad dolorosa que indica las grandes crisis de la pasión—. Lesbia le es infiel, Lesbia le engaña, Lesbia le pone en ridículo, Lesbia le castiga... ¡Oh, Dios mío! Veo que hay justicia en la tierra.

Después, serenándose un poco, me mandó retirar, y cuando me hallé fuera, dejándola con su doncella, la sentí llorar con lágrimas francas y abundantes, que debían templar la irritación de su espíritu y poner calma en su excitado cerebro. A los consuelos y ruegos de su criada para que se retirase a descansar, no respondía más que esto:

—¿Para qué me acuesto, si sé que no he de dormir en toda la noche?

Retiréme a mi cuarto, que era un estrecho dormitorio donde jamás entraban, ni en pleno día, importunas luces. Me acosté bastante afligido considerando la triste pasión de mi ama; pero estos pensamientos se enlazaron con otros relativos a mi propio estado, los cuales, lejos de ser tristes, alborozaban mi alma; y acompañado por la imagen de Amaranta, que iluminaba mi mezquino asilo como un rayo de luna, me dormí profundamente, pensando en la fábula de Diana y Endimión, que conocía por una de las estampas de la sala.¹³

¹³ En la fábula, *Endimión*, pastor de rara belleza y símbolo del sueño, es abra-

zado por *Diana*, la luz de la luna, cuando se duerme en el monte Latmos. ^o

IX

Al despertar acudieron en tropel a mi pensamiento todas las ideas y las imágenes que me habían agitado la noche anterior. La inclinación hacia mi persona que en Amaranta suponía me trastornaba el juicio, como verá el amigo lector si le cuento los disparates que dije y las locuras que imaginé en las reflexiones y monólogos de aquella mañana.

No veo la hora —decía para mí—, de presentarme a esa señora. No me queda duda de que le he caído en gracia, lo cual no es extraño, pues algunas personas me han dicho que no tengo mal ver. Como dice doña Juana, de hombres se hacen los obispos, y quién sabe si a la vuelta de una media docena de añitos me encuentro hecho, en dos palotadas,¹ duque, conde o almirante, como otros que yo me sé y que deben lo que son a haber caído en gracia a esta o a la otra persona. Hablemos claro, Gabriel. ¿No estás oyendo mentar todos los días a cierto personaje que antes era un pobre pelambrón y ahora es todo cuanto puede ser un hombre?² ¿Y todo por qué? Por la inclinación de una elevada señora. ¿Y quién dice que lo que puede pasar a un hombre no le pueda suceder a otro? Verdad que el tal personaje es un gallardo mozo; pero yo bien sabido me tengo que no soy saco de paja, pues muchas personas me han dicho que les gusto, y que no puede negarse que tengo unos ojillos picarescos, capaces de trastornar a todo el sexo femenino... Ánimo, señor Gabrielito. Mi ama ha dicho que Amaranta es la mujer más poderosa de toda la Corte, y quién sabe si será de sangre real. ¡Oh, divina Amaranta! ¿Qué haré para merecerte? Por supuesto, que si llego a verme desempeñando esos elevados cargos, juro por Dios y mi salvación que he de ser el hombre más formal que jamás haya gobernado en el mundo. A buen seguro que nadie me acuse, como acusan al otro, de hacer tantas picardías. ¡Lo que es eso...!, ya tendré yo las cosas bien arregladitas, y en mi persona no gastaré sino lo muy preciso. Lo primero que voy a disponer es que no haya pobres, que España no vuelva a unirse con Francia y que en todas

¹ Véase *Trafalgar*, nota II, 9.

² *pelambrón*: 'mequetrefe, don nadie', el término proviene de «pelam-

brar» o «apelambrar» que, entre curtidores, significaba meter los cueros en vinagre para que les cayese el pelo.

las plazuelas del reino se fije el precio de los comestibles, para que los súbditos compren todo muy barato.³ Veremos si sé yo mandar o no sé... ¡Y que tengo un geniecillo!... Como no hagan lo que yo mande, nada, nada..., no me andaré con chiquitas. Al que no obedezca, cortarle la cabeza, y se acabó... Así andarán todos derechos como un huso. Y lo dicho, dicho. Nada con los franceses. Napoleón que se entienda solo; nosotros haremos lo que nos dé la gana, y que no me busque el genio, porque yo tengo malas moscas...⁴ ¡Oh!, si esto sucediera, cómo se había de alegrar la pobre Inés; entonces sí que no repetiría lo de la tortuga y el águila. Se me figura que Inés es algo corta de alcances; sin embargo, es tan buena, que la amaré siempre... pero debo amar a Amaranta... ¿pero cómo puedo dejar de amar a Inés?... pero es preciso que adore sobre todas las cosas a Amaranta... pero Inés es tan sencilla, tan buena, tan... pero Amaranta me subyuga, me fascina, me vuelve loco... pero Inés... pero Amaranta...

Esto decía yo, despeñado como corcel salvaje, por los derrumbaderos de mi fantasía; y ya habrá observado el lector que, al suponerme amado por una mujer poderosa, mis primeras ideas versaron sobre mi engrandecimiento personal y el ansia de adquirir honores y destinos. En esto he reconocido después la sangre española. Siempre hemos sido los mismos.

Levantéme, cogí el cesto para ir a la compra, y cuando recorría los puestos de la plazuela, regateando las patatas y las coles, consideré cuán inconveniente y deshonesto era que se ocupase en tan bajos menesteres un joven destinado a ser, dentro de algún tiempo, generalísimo de los ejércitos de mar y tierra, gran almirante, ministro, y quién sabe si rey de algún reinito chico que le caería por chiripa en los repartos europeos.⁵

Dejando aparte por ahora lo que se refiere a mi persona, voy a dar una idea de la opinión pública en aquellos días con motivo

³ Los tratados de alianza con Francia ocasionaron, además de dos guerras con Inglaterra, gravísimas consecuencias para la situación económica española. La escasez y la especulación llegaron a provocar que, entre 1801 y 1810, dos libras de pan costasen algo más de un real, mientras un oficial de albañil cobraba entre 12 y 14 reales al día.^o

⁴ 'soy irritable', variante del popular 'tener malas pulgas'.^o

⁵ El narrador piensa sin duda en los cargos del plebeyo Godoy, pero también en los reinos creados por imposición francesa, como Etruria, Westfalia, Italia... cuyas coronas se reparte la familia Bonaparte (véase la nota x, 8).

de los sucesos políticos. En la plazuela advertí que se hablaba del asunto, y por las calles las personas se paraban, preguntándose noticias y regalándose mutuamente las mentiras de que cada cual era forjador e inocente vehículo. Yo hablé del caso con varias personas conocidas, y voy a copiar imparcialmente el parecer de algunas, pues siendo las más de diversa condición y capacidad, el conjunto de sus observaciones puede ofrecer exactamente una muestra del pensamiento público.

Un hortera de ultramarinos que era nuestro abastecedor y hombre muy aficionado a mover la sin hueso, me pareció más alegre que de ordinario y en extremo jovial con sus parroquianos.

—¿Qué nuevas corren por ahí? —le pregunté.

—¡Oh!, grandes nuevas. Los franceses han entrado en España. Yo estoy contentísimo.

Luego, bajando la voz, dijo con semblante risueño:

—¡Van a conquistar a Portugal! Es para volverse loco de alegría.

—Hombre, no lo entiendo.

—¡Ah! Gabrielillo; tú, como eres un pobre chico, no entiendes estas cosas. Ven acá, mentecato:⁶ si conquistan a Portugal, ¿para qué ha de ser sino para regalárselo a España?

—¿Y un reino se conquista y se regala como si fuera una libra de nísperos, señor de Cuacos?

—Pues es claro. Napoleón es un hombre que me gusta. Quiere mucho a España y se desvive por hacernos felices.

—Vaya con el hombre. ¿Y nos quiere por nuestra linda cara o porque le conviene, para sacarnos dinero, barcos, tropas y cuanto le dé la gana? —dije yo, cada vez más resuelto a romper con Francia cuando fuese ministro.

—Nos quiere porque sí, y sobre todo, ahora va a quitar de en medio al señor Godoy, que ya nos tiene hasta el tragadero.⁷

—¿Querrá usted decirme qué es lo que ha hecho ese señor para que todos le quieran tan mal?

—¡Bicoca!, ahí es nada lo del ojo.⁸ ¿No sabes que es un embustero, atrevido, lascivo, tramposo y enredador? Ya se ha descubierto a qué debe su fortuna, y la verdad es que la culpa no la

⁶ 'necio, falto de juicio'.^o

⁷ 'nos tiene hartos, hasta el cuello'.^o

⁸ '¡Pequeñeces!, casi nada', con ob-

vio sentido irónico; *bicoca* significa literalmente 'fortificación insignificante', de ahí que derivase, en lenguaje coloquial, a 'cosa de poca estima'.^o

tiene él, sino quien lo consiente. Es cosa averiguada que vende los destinos, ¡y de qué manera! Los que tienen mujer guapa o hija doncella son los que consiguen de Su Alteza cuanto solicitan. Pues ahora trata de que se vayan a América los príncipes para quedarse él de rey de España... Pero no echó muy bien las cuentas, y a lo mejor se presenta Napoleón para desbaratar sus planes... ¡Sabe Dios lo que ocurrirá dentro de algunos días! Yo creo que Napoleón, como amigo y admirador que es de nuestro gran príncipe de Asturias, nos le va a poner en el trono, sí señor..., y el rey Carlos, con la buena pieza de su mujer, se irá a donde mejor le convenga.⁹

No hablamos más del asunto. Entré luego en la tienda de doña Ambrosia a comprar un poco de seda que me habían encargado, y vi tras el mostrador a la grave tendera acariciando su gato, sin dejar por eso de atender a la conversación entablada entre don Anatolio, el papelista de la acera de enfrente,¹⁰ y el abate don Lino Paniagua, que estaba escogiendo unas cintas verdes y azules.¹¹

—No le quede a usted duda, doña Ambrosia —decía el papelista—, de esta vez nos veremos libres del *choricero*.¹²

—No puede ser menos —contestó la tendera—, sino que alguna buena alma ha ido a Francia, y le ha contado a ese bendito emperador todas las picardías que aquí hace Godoy, por lo cual ha mandado un sinfín de tropas para quitarle de en medio.

—Pues con perdón de ustedes —dijo el abate Paniagua alzando la vista—, yo, que frecuento la sociedad de etiqueta, puedo asegurar que las intenciones de Napoleón son muy distintas de lo que se cree vulgarmente. Napoleón no manda sus tropas contra Godoy, sino para Godoy; porque han de saber ustedes que en un tratado secreto (y esto lo digo con reserva) se ha convenido echar

⁹ A Galdós le interesa que el lector conozca todos los rumores sobre Godoy, pero procura no ponerlos en boca de Gabriel y, siempre que sea otro quien los transmita, comienza por acreditarlos con alguna fórmula que resulta irónica. En *MABI*, en vez de *Ya se ha descubierto* se leía «Sabemos todos», y en vez de *Es cosa averiguada*, «Ya sabes tú».^o

¹⁰ Las tiendas de doña Ambrosia y don Anatolio, ya habían aparecido en *La fontana de oro* (1870).^o

¹¹ El abate don Lino Paniagua es figura que juega un papel importante de *El audaz* (1871).^o

¹² Así se llamaba despectivamente a los extremeños, y de ahí el apodo que se dio en la época a Godoy, natural de Extremadura.

de Portugal a los Braganzas y repartir aquel reino entre tres personas, de las cuales una será el príncipe de la Paz.¹³

—Eso se dijo hace tiempo —observó con desdén don Anatolio— pero ahora no se trata de tal reparto. La verdad pura y neta es que Napoleón viene a quitar el Portugal a los ingleses, lo cual está muy retebién hecho, sí, señor.¹⁴

—Pues a mí me han dicho —añadió doña Ambrosia— que lo que quiere Godoy es mandar al príncipe a América con sus hermanos, para quedarse él solito de rey en España. Eso no lo habíamos de consentir. ¿Verdá usted, don Anatolio? Miren qué ideas de hombre. Pero ¿qué se puede esperar de quien está casado con dos mujeres?

—Y creo que las dos se sientan con él a la mesa, una a la derecha y otra a la izquierda¹⁵ —dijo don Anatolio.

—Por Dios, hablemos bajo —insinuó con timidez don Lino Paniagua—. Esas cosas no deben decirse.

—Nadie nos oye, y sobre todo... Si van a poner a la sombra a cuantos hablan de estas cosas, pronto se quedará Madrid sin gente.

—Verdad —dijo doña Ambrosia bajando la voz—. Mi difunto esposo, que santa gloria haya, y era el hombre de más verdad que ha comido nabos en el mundo, aseguraba... y crean ustedes que lo sabía de buena tinta, que cuando el *choricero* quiso que el Consejo de Estado habilitase a la reina para ser regenta..., pues no sé si me explico..., era porque tenían el proyecto de despachar para el otro barrio a mi señor don Carlos; de modo que...¹⁶

—¡Qué abominaciones se dicen hoy! —exclamó el abate.

—Como que es la pura verdad —dijo don Anatolio—. Yo también lo supe por persona que estaba en el ajo.

—Pero esto no se dice, señores; esto se calla —respondió Paniagua—. Yo, francamente, no gusto de oír tales cosas. Me da mie-

¹³ Las diversidad de opiniones acerca de los planes de Napoleón sobre España parece obedecer, además de a intereses particulares, a la ambigüedad con que el propio emperador se condujo ante la lucha por el poder entre Godoy y el partido fernandino.°

¹⁴ *retebién*: 'muy bien'; 'rete' es prefijo que pondera; es del estilo familiar» (*Autoridades*).

¹⁵ Godoy no se preocupó nunca de

ocultar la existencia de su amante, Josefa Tudó; la relación había empezado antes de su matrimonio y continuó tras su viudez hasta la muerte del valido.°

¹⁶ Doña Ambrosia se refiere a un rumor extendido a raíz de la breve pero grave enfermedad de Carlos IV en septiembre de 1801, según el cual se nombraba regentes a la reina y al príncipe de la Paz.°

do; y si llega a oídos del señor príncipe de la Paz, figúrense ustedes qué disgusto tan grande.

—Como no nos ha dado prebendas ni le pedimos congruas...¹⁷

—En fin, despácheme usted, señora doña Ambrosia, que tengo prisa. Esas cintas verdes son de etiqueta; pero lo que es las azules, no me atrevo a presentárselas a la señora condesa de Castro-Limón.¹⁸

Despacharon al abate, y luego a mí con más presteza de la que habría querido, pues de buen grado me detuviera más para oír los comentarios políticos, que tanto me agradaban. Ya iba derecho a la casa, cuando acerté a tropezar con el reverendo padre fray José Salmón, de la Orden de la Merced, el cual era un sujeto excelente que visitaba a doña Dominguita, la abuela de mi ama, con tanta frecuencia como exigían el arte de Hipócrates y el piadoso anhelo de bien morir, pues para administrar lo primero y preparar el ánimo a lo segundo era un águila el buen mercenario Salmón, a quien sólo faltaba una o en su apellido para llamarse como el portento de la sabiduría.¹⁹ Detúvome en medio de la calle, e interpeándome con su acostumbrada afabilidad y cortesía, dijo:

—Y esa incomparable doña Dominga, ¿cómo está? ¿Qué tal efecto le ha hecho el cocimiento de cáscaras de frambuesa, o sea *tetragonia ficoide*, que llama Dioscórides?²⁰

—¡Magnífico efecto! —respondí, aunque estaba en completa ignorancia del asunto.

—Ya le llevaré esta tarde unas pildoritas... —prosiguió—, con las cuales o yo no soy el padre Salmón, de la Orden de la Merced, o esa señora ha de recobrar la agilidad de sus piernas... Pero, chico, qué buenas peras llevas ahí —añadió, metiendo la mano en el cesto y sacando la fruta indicada—. Tú tienes buena mano derecha para comprar fruta.

Y acto continuo se la guardó, después de olerla, en la manga del luengo hábito, sin pedir permiso para ello, pues aunque siguió hablando, fue para añadir lo siguiente:

¹⁷ 'rentas supletorias'.

¹⁸ En *El audaz* este personaje realizaba encargos para la misma condesa. °

¹⁹ La descripción del personaje presenta varias connotaciones anticlericales y antisemíticas procedentes de la picaresca, que en Galdós parecen tener una

intención sobre todo humorística. °

²⁰ La aclaración en latín, avalada por el naturalista griego del siglo I autor de *De materia medica*, y dirigida además a un semianalfabeto —como se verá en el capítulo XIII—, muestra la simpleza pedantesca de Salmón. □°

—Dile que iré esta tarde por allá a contarle las grandes novedades que ocurren.

—Usted que sabe tanto —dije impulsado por mi curiosidad—, ¿podrá explicarme a qué vienen esos ejércitos franceses?

—Si tuvieras tú la mitad del talento que yo tengo —repuso—, te pondría al tanto de las diversas razones que motivan mi alegría por la llegada de esos señores. ¿Por ventura no sabes que Napoleón fue quien restableció el culto en Francia, después de los horrores y herejías de la Revolución? ¿No sabes también que entre nosotros no falta algún endiablado personaje en cuya mente bullen atrevidos proyectos contra la Santa Iglesia? Pues sabiendo esto, ¿a quién no se alcanza que el objeto de la entrada de esos ejércitos no es ni puede ser otro que dar merecido castigo al insolente pecador, al polígamo desvergonzado, al loco enemigo de los derechos eclesiásticos?

—¿Luego ese señor Godoy no sólo es un bribón, y un acá y un allá, sino que también es enemigo de la Religión y los religiosos? —pregunté, asombrado de ver cómo aumentaba el capítulo de culpas del favorito.

—Sin duda —dijo el fraile—. Y si no, ¿qué nombre tiene el proyecto de reformar las Órdenes mendicantes, quitándoles la vida conventual, y obligando a esos buenos religiosos a servir en los hospitales generales? También agita en su diabólica mente el proyecto de sacar de las granjas que nos pertenecen lo necesario para fundar unas a modo de escuelas de agricultura, que sabe Dios lo que serán las tales escuelas.²¹ ¡Oh! Y si fuera cierto lo que se dice —añadió alargando la mano para hacer segunda exploración en mi cesto—, si fuera cierto lo que se dice respecto a la enajenación de parte de los bienes que ellos llaman de *manos muertas*...²² Pero no nos ocupemos de esto, que más bien causa risa que indignación, y fijemos la vista en el astro de las Galias, que, cual divino campeón, viene a libertarnos de la tiranía de un necio

²¹ El personaje alude a las reformas proyectadas por el gobierno de Godoy con respecto a las órdenes mendicantes y a las comunidades monásticas.°

²² Se refiere Salmón a los 'inmuebles y tierras que pertenecían a perpetuidad a la Iglesia por cesión hereditaria y no podían venderse ni enajenarse'; eran

pues bienes brindados por *manos muertas* —las de los testantes—, de ahí su denominación. Diversas medidas desamortizadoras, iniciadas durante el reinado de Carlos IV, abolirían este tipo de propiedad —que también podía ser laica: los «mayorazgos»— años más tarde, con el hundimiento del Antiguo Régimen.°

valido, poniendo en el trono al príncipe augusto en cuya sabiduría y prudencia fiamos.²³

Al concluir esto había transportado desde mi cesto a las mangas de su hábito otra pera y hasta media docena de ciruelas, dando después rienda suelta a los encomios de mi destreza en el comprar. Yo me apresuré a separarme de un interlocutor que me salía tan caro, y le di los buenos días, renunciando a las lecciones de su sabiduría.

No había sacado en limpio gran cosa, ni disipado mis dudas sobre lo que hoy llamaríamos la situación política, y lo único que vi con alguna claridad fue la general animadversión de que era objeto el príncipe de la Paz, a quien se acusaba de corrompido, dilapidador, inmoral, traficante en destinos, polígamo, enemigo de la Iglesia y, por añadidura, de querer sentarse en el trono de nuestros reyes, lo cual me parecía el colmo de la atrocidad. También vi de un modo clarísimo que todas las clases sociales amaban al príncipe de Asturias, siendo de notar que cuantos anhelaban su próxima elevación al trono fiaban tal empresa a la amistad de Bonaparte, cuyos ejércitos estaban entrando ya en España para dirigirse a Portugal.

Volví a la plazuela para reponer las bajas hechas en el cesto por su paternidad, y allí encontré..., ¿no adivinan ustedes a quién? El infeliz, acompañado de su hija Joaquinita, a quien Natura había hecho *poetisa entre dos platos* se ocupaba en comprar al fiado no sé qué piltrafas y miserables restos, que eran su ordinario alimento. Él pedía las cosas, la jorobadilla se las regateaba, y entre los dos cargaban la ración cuyo peso no hubiera fatigado a un niño de cinco años. La miseria había pintado sus más feos rasgos en el semblante de la hija y del padre, el cual era tan flaco y amarillo, que se dudaba cómo podía existir y moverse cuerpo tan endeble, no siendo galvanizado por el misterioso fluido del numen poético. ¿Necesito nombrarle? Era Comella.²⁴

²³ *astro de las Galias* es uno de los muchos tópicos historiográficos de la época, probablemente inspirados por el propio Napoleón. Su uso y el de *príncipe augusto* funcionan además como caracterizadores de la pedantería de Salmón, que ya un poco antes ha hecho alarde de su latín (véase la nota 20).^o

²⁴ Es histórico que Joaquina Comella ayudaba a su padre, viudo desde 1792, tanto en las tareas domésticas como en las literarias, pero murió en 1800, razón por la que no podía hallarse presente en este encuentro de Gabriel y el dramaturgo en 1807.^o

—¡Señor don Luciano, usted por aquí! —dije saludándole con mucho afecto, porque aquel hombre me inspiraba la más viva compasión.

—¡Ah, Gabriel! —contestó—. ¿Y Pepita y doña Dominga? Tiempo hace que no las veo. Pero ya saben que aunque no las visito, porque el trabajo me lo impide, les estoy muy agradecido.

—Hoy espero ir por allá a llevarles a ustedes algún recadito —dije respondiendo verbalmente a las tristes suplicantes miradas de la hija del poeta, cuyos ojos me hablaban el lenguaje del hambre.

—Es preciso que vayas por casa —continuó el poeta, tomándome el brazo e indicando en su gravedad que lo que iba a confiarme era importantísimo—. Como me has dicho que presencias-te lo de Trafalgar quiero consultarte sobre ciertos detalles..., pues...

—Ya. Escribe usted la historia de aquella batalla.

—No; historia no, un dramita que va a dejar bizcos a los señores. Verás qué pieza. Se titula *El tercer Gran Federico y combate del 21*.²⁵

—Buen título —respondí—; pero no entiendo qué es eso del *tercer Federico*.

—¡Qué tonto eres! *El tercer Gran Federico* es Gravina, y como ya hubo en Prusia un Gran Federico, que era segundo, ¿no comprendes que es ingenioso y llamativo poner a nuestro Almirante en la lista de los Grandes Federicos que hubo en el mundo?

—Ciertamente. Es una idea que sólo a usted se le hubiera ocurrido.

—Ya Joaquina ha escrito las primeras escenas, que son preciosísimas. En primer término aparece la cubierta del *Santísima Trinidad*, a la derecha el navío de Nelson, y a lo lejos Cádiz con sus castillos y torreones. Debo advertirte que figuro a Nelson enamorado de la hija de Gravina, el cual se niega a dársela en matrimonio. La escena empieza con una sublevación de los marineros españoles, que piden pan, porque en todo el barco no hay una miga. El Almirante se enfurece y les dice que son unos cobardes, porque no tienen alma para resistir tres días sin comer, y les da el ejemplo de plausible sobriedad mandándose servir un pedacito de maroma

²⁵ Galdós atribuye a Comella (o inventa) un título que éste nunca estrenó ni publicó, pero que hace referencia a los tres que le dieron mayor fama: *Federico II, rey de Prusia*, drama (1788); *Federico II en el campo de Torgau*, comedia heroica (1789); y *Federico II en Glatz*, drama heroico (1792).^o

ederico II, rey de Prusia, drama (1788); *Federico II en el campo de Torgau*, comedia heroica (1789); y *Federico II en Glatz*, drama heroico (1792).^o

asada. Nelson se presenta a decir que todo se acabará al fin, si le dan la niña para llevársela a Inglaterra; la muchacha sale de la cámara bordando un pañuelo, y...

No dijo más, porque la violenta risa en que prorrumpí sin poderme contener, le desconcertó un poco; aunque yo, para que no se enojara, le aseguré que me refa por cierto recuerdo despertado en mi memoria.

—La escena del hambre está escrita, y si he de decirte la verdad, no tiene pero.

—No dudo que esa escena puede ser admirable —dije con malicia—, sobre todo si ha puesto la mano en ella la señorita Joaquina.

—Ya hemos escrito a todos los teatros de Italia, que se disputarán, como siempre, el derecho de traducirla²⁶ —apuntó la jobada.

—¡Ah! Aquí no se recompensa el verdadero mérito. Bien dicen que nadie es profeta en su patria. Ciertamente que la posteridad hace justicia; pero entretanto que esa justicia llega, los hombres superiores arrastramos miserable existencia, y nos morimos como cualquier pelafustán,²⁷ sin que nadie se acuerde de nosotros. Vamos a ver, ¿de qué me valen ahora a mí los mausoleos, las inscripciones, las estatuas con que han de honrarme en tiempos futuros, cuando la envidia calle y a nadie quede duda del mérito de mis obras? Y si no, ahí tienes a Cervantes, que es otro ejemplo como este mío. ¿No vivió en la miseria? ¿No murió abandonado? ¿Acaso tocó las ventajas positivas de ser el primer escritor de su siglo? Pues a mí me pasa dos cuartos de lo mismo; por supuesto que si algo me consuela es considerar cuánto se avergonzará la España futura al saber que el autor de *Catalina en Cronstadt*, de *Federico II en Glatz*, de *El negro sensible*, de *La enferma fingida por amor*, de *Cadma y Sinoris*, de *La escocesa de Lambrum*²⁸ y de otras muchas obras, ha vivido algún tiempo almorzando dos cuartos de sangre frita y otras cosas que no nombro por respeto al arte de la poesía, pues no lo quiero denigrar denigrándome a mí propio... Pero no hablemos de estas cosas, que dan tristeza y obligan a

²⁶ Comella fue bastante traducido al italiano. °

²⁷ 'holgazán'. °

²⁸ Todos estos títulos sí pertenecen

a obras escritas por Comella, si bien la tragedia *Cadma y Sinoris* se estrenó en 1813, por lo que es difícil que Comella la citase en 1807. °

renegar de una patria que no sabe premiar el mérito,²⁹ y de unos tiempos en que los magnates protegen la envidia y persiguen la inspiración.

—Calma, calma, señor don Luciano —dije yo mostrándome interesado por el triunfo de la inspiración sobre la envidia—: tras esos tiempos vendrán otros. ¡Quién sabe lo que pasará mañana!

—Eso me han dicho, sí —repuso Comella bajando la voz y con sonrisa de satisfacción—. ¿Será cierto que Napoleón es del partido del príncipe de Asturias? ¿Caerá Godoy?

—Eso no tiene duda. ¿Pues qué quiere Napoleón más que el bien de los españoles?

—Justo; y aunque él y Godoy han sido muy amigos, ya parece que el otro ha conocido sus malas mañas, y sabe que todos queremos al heredero, con lo cual dicho se está que nos hará el gusto. En cuanto a Godoy, yo estoy en que no existe hombre peor en toda la redondez de la tierra. Pueden perdonársele los medios de su elevación; puede perdonársele que sea polígamo, ateo, verdugo, venal y otras faltas por el estilo; pero lo que no tiene nombre y prueba mejor que nada la corrupción de las costumbres, es que proteja a los malos poetas, dando cordelejo a los que son buenos y además nacionales, españoles como yo, a los que no admitimos ese farrago de reglas ridículas y extranjeras con que Moratín y otros poetastrós de polaina embaucan a los tontos.³⁰ ¿No piensas como yo?

—Lo mismito que usted —respondí—. Y ahora verá el señor don Luciano cómo los franceses, cuando hayan arreglado lo de Portugal, arreglarán a España y se acabará la protección a los malos poetas.

—Dios lo quiera así... Pero es tarde, y nos vamos, que antes del almuerzo hemos de dejar concluida la escena entre Nelson y la hija de Gravina.

—¿Tanta prisa corre?

—Para fin de mes ha de estar en la Cruz. Tendrá un éxito

²⁹ Las vacilaciones sobre la fama póstuma que Galdós irónicamente hace sentir a Comella —inutilidad y consuelo simultáneos— recuerdan las de los personajes de las *Cartas marruecas* de Cadalso.^o

³⁰ *dando cordelejo*: 'burlándose de';

nacionales: 'defensores de lo español' (véase la nota 1, 44); *poetastrós de polaina*: 'malos poetas afrancesados', probablemente porque *polaina* fue un galicismo para designar la media abotonada, venida de Francia, que cubría la pierna hasta la rodilla.^o

atroz. Ya verás, Gabrielillo. Es preciso que vayas a aplaudir, porque me temo mucho que los de Estala, Melón y Moratinillo han de querer silbarla.³¹ Hay que estar con cuidado, y si ellos tienen la protección del gobierno, no hay que asustarse por eso: la posteridad juzgará... Conque..., adiós.

Se marcharon aprisa, y yo me quedé pensando en la serie de maldades que habría cometido el príncipe de la Paz, para tener también en contra suya a los malos poetas. Hasta mucho tiempo después no conocí que, al par de los infinitos actos reprehensibles de aquel monstruo de la fortuna, había otros que la posteridad, por el contrario, debía recordar siempre con agradecimiento.

X

Aún me faltaba oír, antes de volver a casa, otra opinión muy distinta de las anteriores, y era la para mí respetabilísima de Pacorro Chinitas, el amolador, personaje que tenía establecida su portátil industria en la esquina de nuestra calle. Me parece que aún estoy viendo la piedra de afilar, que en sus rápidas evoluciones despedía por la tangente, al contacto del acero, una corriente de veloces chispas, semejantes a la cola de un pequeño cometa, y como era mi costumbre no apartar la vista de la máquina mientras hablaba con el Júpiter de aquellos rayos, el fenómeno ha quedado vivamente impreso en mi imaginación.¹

Era Pacorro Chinitas un hombre que aparentaba más edad de la que realmente tenía, a causa de los disgustos domésticos de que era autora su mujer, célebre buñolera del Rastro, a quien llamaban la *Primorosa*. No puedo menos de dar algunas noticias sobre este ejemplar matrimonio,² porque los dos seres que lo for-

³¹ *los de Estala, Melón y Moratinillo* son los partidarios de la reforma teatral. Pedro Estala y Juan Antonio Melón eran muy amigos de Moratín; ya vimos que ante ellos leyó don Leandro, por primera vez, *El sí de las niñas*. Melón escribió una biografía de Moratín: *Desordenadas y mal digeridas apuntes* (1868).^o

¹ Resultan un tanto prolifas la comparación, la metáfora y su explicación,

basadas en el oficio de *amolador*, 'afilador', oficio callejero muy citado por la literatura costumbrista.

² En lo poco que en este capítulo se dice de *Primorosa* se reúnen varios rasgos de inconfundible raigambre sainetesca. El calificar su matrimonio de *ejemplar* puede interpretarse como una doble ironía: no es modélico en sentido ético ni social pero sí en el literario, como modelo de lo mal avenidas

maban figuran algo en acontecimientos posteriores, y que he de contar, si para entonces tengo vida y el lector paciencia, como espero.³

Es, pues, el caso que Pacorro Chinitas, varón manso y discreto, no podía hacer buenas migas con la Primorosa cuya fama, extendida de polo a polo, es decir, desde la calle de la Pasión hasta el Pórtico de San Bernardino,⁴ la acusaba de mujer pendenciera, batalladora y que partía de un bofetón un par de quijadas, sin que estas y otras hazañas la hicieran nunca caer en manos de la justicia.⁵ Viose obligado Chinitas a pedir una separación, resignándose a no tener más compañera que la rueda coronada de chispas, y en esta situación le conocí. Luego que nos hicimos amigos, contóme las picardías de su antigua mitad, y así como en otros temas era discretísimo, en éste era muy pesado, pues no pasaba día sin que me regalara un nuevo capítulo de la larga historia de sus cuitas matrimoniales. Como yo encontrara en aquel hombre cierta madurez de juicio, cierto sentido práctico que en los demás no hallaba, resultó que me aficioné a su conversación, y cuanto él decía me parecía entonces de perlas, sin que pudiera explicarme la razón de esta preferencia por los juicios de un hombre ignorante y rudo. Después he meditado bastante sobre las cosas de aquel tiempo y sobre la opinión general, y puedo deciros, sin miedo de equivocarme, que el hombre de más talento que conocí en aquellos días fue el amolador de la calle del Baño.⁶

Para muestra os referiré mi conversación con él.

—¡Hola, Chinitas! ¿Cómo va? ¿Qué es eso que cuentan por ahí? ¿Conque tenemos a los franceses en España?

—Eso dicen —contestó—. Y la gente está contenta.

—Y parece que van a cogerse a Portugal.

—Pues ello... así dicen.

—Eso me parece muy bien. ¿Para qué sirve Portugal?

que eran las uniones conyugales entre majos en el teatro de Cruz.^o

³ En el siguiente episodio, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, la pareja tendrá una conducta heroica.

⁴ Vale decir 'de sur a norte': desde la *calle de la Pasión*, entre Embajadores y Rivera de Curtidores, al sur de la ciudad, hasta el *Pórtico de San Bernardi-*

no, al norte de Madrid.^o

⁵ La agresividad y violencia de Primorosa habían sido señaladas por Galdós en *Don Ramón* como rasgos distintivos de las majas de Cruz; rasgos junto a los que plasmaba en *El audaz* el desprecio por las autoridades.^o

⁶ *la calle del Baño* unía la Carrera de San Jerónimo con la calle del Prado.

—Mira, Gabrielillo —dijo incorporándose, y apartando de la rueda las tijeras, con lo cual cesaron por un momento las chispas—, tú y yo somos unos brutos, que no entendemos palotada de cosas mayores. Pero ven acá: yo estoy en que todos esos señores que se alegran porque han entrado los franceses no saben lo que se pescan, y pronto vas a ver cómo les sale la criada respondona. ¿No piensas tú lo mismo?

—¿Qué he de pensar? Como Godoy es tan malo de por sí, cádate ahí que Napoleón viene a quitarle de en medio, y a poner en el trono al príncipe de Asturias, que dicen es un gerifalte para el gobierno.⁷

Chinitas volvió a aplicar el acero a la piedra, dando a ésta movimiento con el pie, y después de contestar a mis observaciones con un mohín muy expresivo, añadió:

—Yo digo y repito que todos estos señores parece que están bobos. Nosotros los que no sabemos leer ni escribir, acertamos a veces mejor que ellos, y lo que ellos no pueden ver porque les encandila el sol de un poder que tienen tan cerca, lo vemos nosotros desde abajo; y si no, di tú: ¿No es preciso estar ciego para comprender que Napoleón no dice lo que tiene pensado? ¿Ese hombre no ha revuelto todas las partes del mundo; no ha quitado de los tronos a los reyes que ha querido, para poner a los mocosos de sus hermanos?⁸ Dicen que vienen a poner al príncipe de Asturias y a quitar al *choricero*. De eso me río yo. Sí, porque Godoy y él no están de compinche para hacer cualquier picardía... A mí con ésas. Lo que menos le importa a Napoleón es que reine Fernandito o que prive don Manuel; lo que él quiere es cogerse a Portugal para darle un pedazo a Godoy y otro pedazo a la infanta que han puesto de reina allá en *Trucha* o *Truria*...

—Pues que lo cojan y lo repartan —dije yo con gran crueldad para los vecinos—. ¿Qué nos importa? Con tal que quiten a ese hombre tan malo...

⁷ La comparación pudiera encerrar un doble sentido irónico: Gabriel parece haberla oído como alabanza —‘tiene tan grandes cualidades para gobernar como el *gerifalte* para la caza’—, pero es probable que Galdós tratase de sugerir la rapacidad del príncipe de Asturias utilizando *gerifalte* con el mismo matiz germanesco que don Quijote.^o

⁸ Napoleón sustituyó a María Carolina de Parma por Elisa Bonaparte en Luca, en 1805; al príncipe heredero de Holanda por Luis Bonaparte en 1806, y, en el mismo año en que se desarrolla la novela, a Fernando IV de Nápoles por José Bonaparte y a los Hohenzollern por Jerónimo en Westfalia.^o

—Si cogen a Portugal porque es un reino chiquito, mañana cogerán a España, porque es grande. Yo me enfado cuando veo a esos bobalicones que andan por ahí, abates, petimetres, frailes, covachuelistas y hasta usías muy estirados, que se ríen y se alegran cuando oyen decir que Napoleón se va a embolsar a Portugal, y con tal de ver por tierra al guardia, no les importa que el francés eche el ojo a un bocadito de España, que no le vendrá mal para acabar de llenar el buche.⁹

—Pero como dicen que no hay pecado que el *choricero* no haya cometido...

—Mira, chiquillo —contestó con aplomo, probando con el dedo el filo de las tijeras—, yo me río de todas las cosas que cuentan por ahí. Es verdad que ese hombre es un ambicioso que no va más que a enriquecerse; pero si ha llegado a ser duque y general, príncipe y ministro, ¿de quién es la culpa sino de quien le ha dado todo eso sin merecerlo? Si vienen y te dicen a ti: «Gabriel, mañana vas a ser esto y lo otro, porque me da la gana, y sin que necesites para ello quemarte las cejas estudiando latín», ¿qué dirás tú? Dirás: «Pues venga».

—Eso no tiene duda.

—Y aunque ese hombre es una buena pieza y ha hecho muchas maldades, la mitad de lo que dicen es mentira. También habrás visto que hoy le escupen muchos que antes le adulaban; es que saben que va a caer, y la sombra del árbol carcomido no le gusta a la gente. ¡Ah!, me parece que aquí vamos a ver grandes cosas, sí, señor, grandes cosas. Digo y repito que de esto resultará lo que nadie piensa, y muchos que hoy se restregan las manos de contento, llorarán mañana a moco y baba; y si no, acuérdate de lo que te digo.

Aquellas razones, que me parecían encerrar profunda verdad, hicieronme pensar; y como persona que ya se preciaba de saber escoger a los hombres, pensé que aquel sabio amolador era digno de ocupar un puesto de consideración a mi lado cuando yo fuera generalísimo, primer secretario de Estado, archipámpano y tuvie-

⁹ Pacorro muestra su desdén por la opinión de una serie de personajes que la literatura había tipificado generalmente dentro de la naciente clase media. Los *covachuelistas* eran 'los empleados en oficinas del Estado'; *usías*: por

contracción de «vuestras señorías», era en rigor tratamiento reservado a nobles, oficiales de alto rango o importantes cargos, cuyo uso se había extendido con cierta indiscriminación (véase la nota XI, 6).^o

ra todas las jerarquías que esperaba de la protección y ayuda de mi divina Amaranta.

—Pues yo lo que deseo —dije— es que venga de una vez ese príncipe tan bueno, que todo lo ha de arreglar a pedir de boca. ¿No cree usted lo mismo?

—Mira, chiquillo —repuso Chinitas con sibilítico tono—, yo me tengo tragado que el heredero no vale para maldita la cosa, y esto no se puede decir sino acá para entre los dos, porque si algunos nos oyeran, lloverían almendradas.¹⁰ Cuando vivía la señora princesa de Asturias, que en gloria esté, todos decían que Fernandito era enemigo de los franceses y de Napoleón, porque éste ayudaba a Godoy, y ahora resulta que los franceses son la mejor gente del mundo, y Napoleón tan bueno como pan bendito, sólo porque parece arrimarse al partido del príncipe de Asturias.¹¹ Ésa no es gente formal, Gabrielillo; y lo que yo veo es que el heredero tiene muchas ganas de serlo antes de que muera su padre, aunque es de creer que el canónigo de Toledo y otros personajes le tienen sorbido el seso, y serían capaces de obligarle a ser mal hijo con tal que ellos pudieran después echarse al cuerpo los mejores destinos.¹² Esa gente de arriba es muy ambiciosa, y hablando mucho del bien del Reino, lo que quieren es mandar; tenlo presente. Yo, aunque no me han enseñado a leer ni a escribir, tengo mi gramática parda, sé conocer a los hombres, y aunque parece que somos bobos y nos tragamos todo lo que nos dicen, ello es que a veces columbramos la verdad mejor que otros muy sabihondos, y vemos clarito lo que ha de venir. Por eso te digo que veremos cosas gordas, muy gordas; y si no, acuérdate de lo que te digo.¹³

¹⁰ 'nos tirarían piedras'.^o

¹¹ La princesa de Asturias, María Antonia, murió de tuberculosis a principios de 1806. Era hija de los reyes de Nápoles, y desde su llegada a España en octubre de 1802, había conspirado con su madre en favor de los ingleses contra Napoleón.^o

¹² El *canónigo de Toledo* es Juan Escóquiz, que había sido nombrado preceptor del príncipe de Asturias por Godoy. Ante la mala influencia que ejercía sobre su hijo, Carlos IV le nombró ar-

cediano de Alcaraz, es decir, primer diácono del cabildo de Toledo, y le desterró de la corte; Escóquiz siguió teniendo enorme ascendiente sobre Fernando y el destierro le hizo odiar a los reyes y a Godoy.^o

¹³ El parlamento de Chinitas prueba el conocimiento de los hechos y la sutileza con que Galdós supo interpretarlos, cincuenta y seis años después de sucedidos, y teniendo en cuenta la tergiversación a que fueron sometidos durante el reinado de Fernando VII.^o

Así habló Chinitas. Cuando me separé de él para entrar en casa, recuerdo que iba resumiendo las distintas conferencias de aquella mañana, y lo mucho y vario que sobre un mismo asunto había oído en anteriores días. Cada cual juzgaba los sucesos según sus pasiones, y como yo no podía formarme idea exacta de la importancia de aquellos hechos, en mi juvenil ignorancia y equivocado patriotismo, creía muy justo que el conquistador del siglo se apoderara de un pequeño reino que, a mi juicio, no servía más que de estorbo. En cuanto a Godoy, no había duda de que los comerciantes, los nobles, los petimetres, el pueblo, los frailes y hasta los malos poetas anhelaban su caída, unos con razón y otros sin ella; unos por convicción de la ineptitud del valido; bastantes por envidia, y muchos porque creían a pie juntillas que habíamos de estar mejor cuando nos gobernara el heredero de la Corona. Fue singular cosa que todos se equivocaran respecto a la marcha de los futuros sucesos, esperando el próximo arreglo de tantos trastornos; fue singular cosa que el optimismo ciego de la mayoría no alcanzase a comprender lo que penetró con su ruda desconfianza el buen juicio del amolador. Cada vez estoy más convencido de que Pacorro Chinitas fue una de las más grandes notabilidades de su época.¹⁴

XI

Ignoro si fueron las conversaciones de aquel día u otras causas, las que enfriaron el entusiasmo de que yo estaba poseído por la mañana. «¡Cuánto he desvariado! —decía para mí— y lo más seguro es que Amaranta habrá visto solamente en mí un chico dispuesto a servirla mejor que otro.»

Sin embargo, mi curiosidad era tan viva, que no podía ocuparme en cosa alguna, ni estar en calma en ninguna parte. Aquel día ni aun pude visitar a Inés; y cuando cumplí las obligaciones de la casa me dispuse a acudir a la cita. Vestíme con el mayor esmero, dedicando el conjunto de mis energías intelectuales a conseguir que la persona de un servidor de ustedes fuese el dechado

¹⁴ La crítica ha distinguido, dentro de los personajes populares creados por Galdós para los *Episodios*, dos grandes

grupos: pueblo y plebe. *Pacorro Chinitas* es visto como uno de los grandes paradigmas del primero.°

de todas las gracias y el resumen de cuantas perfecciones concedió Naturaleza a la juventud. El pedazo de espejo que limpié desde por la mañana aduló mi amor propio, confirmando ante mí la enfática presunción de que no escaseaban en el semblante del criado de la González algunos rasgos agradables, dignos de fijar la atención. Fue aquélla la primera vez que me sentí presumido; después, recordándolo, he sentido ganas de abofetearme.

Yo habría deseado tener entonces el vestido más rico, más lujoso, más elegante, más luciente que pudieron hacer los sastres del planeta que habitamos; pero tuve que contentarme con el mío humildísimo, sin más adorno que el del aseo, la pulcritud y esmero de mi peinado. Mi traje era modesto; mas, a pesar de ello, yo conocía que estaba bien, y que mi persona y aire predisponían en favor mío. Con esto y con pensar durante un breve rato ciertas frases delicadas y elegantes, que me parecían muy propias para contestar a los obsequios de la diosa, di por terminados los preparativos, y salí de la casa, sin dar cuenta a nadie de mi expedición.

Llegué a la casa de la calle de Cañizares, residencia de la señora marquesa, de quien era hermano el diplomático; pregunté por Dolores, apareció ésta, y sin decirme nada me condujo por largos y oscuros pasadizos, hasta que, al fin, dio conmigo en un camarín muy lujoso,¹ donde me ordenó que esperase. Mientras así lo hacía, creí sentir en la pieza inmediata voces de señoras que hablaban y reían, y también creí escuchar la desentonada voz del diplomático. Amaranta no me hizo aguardar mucho tiempo. Cuando sentí el ruido de la puerta, cuando vi entrar a la hermosa dama, cuando se adelantó hacia mí sonriendo con bondad, parecióme que un ente sobrenatural se me acercaba, y temblé de emoción.

—Has sido puntual —me dijo—. ¿Estás dispuesto a entrar en mi servicio?

—Señora —contesté, sin poder recordar ninguna de las frases que traía preparadas— estoy con mucho gusto a las órdenes de usía para cuanto se digne mandarme.

—O yo me engaño mucho —dijo la dama sentándose junto a mí—, o tú eres un chico bien nacido hijo de alguna noble familia, y te hallas hoy en posición más baja de lo que te corresponde.²

¹ *camarín*: 'aposento pequeño destinado al arreglo y peinado'.

² En la suposición de Amaranta y la

respuesta de Gabriel puede verse la leve ironía con que Galdós utiliza a veces elementos folletinescos.^o

—Mi padre era pescador en Cádiz —respondí, sintiendo por primera vez en mi vida no ser noble.

—¡Qué lástima! —exclamó Amaranta—; sin embargo, no importa. Pepa me ha dicho que cumples lo que se te encarga con mucha puntualidad, y, sobre todo, con gran reserva; que eres formal a toda prueba; me ha dicho también que tienes imaginación, y que podrías ser en otra esfera un hombre de provecho.³

—Mi ama —dije disimulando mi orgullo— me hace demasiado favor.

—Bueno —continuó la diosa—. Ya comprendes que entrar en mi servicio sin más recomendación que el propio mérito es más de lo que pudieras desear. Pero me parece que tú tienes disposición para más altos empleos, y... creo que no serás desfavorecido por la fortuna. ¿Quién sabe lo que llegarás a ser?

—¡Oh! sí, señora, ¡quién sabe! —repetí, sin contener el entusiasmo que en mí producían aquellas palabras.

Amaranta estaba sentada frente a mí, como he dicho; su mano derecha jugaba con un grueso medallón, pendiente del cuello, y cuyos diamantes, despidiendo mil luces, deslumbraban mis ojos. Tanta era mi gratitud y admiración hacia aquella mujer, que no sé cómo no caí de rodillas a sus plantas.

—Por de pronto no te exijo sino una grande fidelidad en mi servicio. Yo acostumbro recompensar bien a los que bien me sirven, y a ti más que a nadie, porque me han cautivado tu orfandad, tu abandono y la modestia y circunspección que hallo en tu persona.

—Señora —exclamé en la efusión de mi gratitud—, ¿cómo podré pagar tantos beneficios?

—Siéndome fiel y haciendo puntualmente lo que te mande.

—Seré fiel hasta la muerte, señora.

—Ya ves que exijo poco. En cambio, Gabriel, yo puedo hacer por ti lo que no has soñado ni podrías soñar. Otros con menos méritos que tú se han elevado a alturas inconcebibles. ¿No has pensado que podrías tú subir lo mismo, encontrando una mano que te impulsara?

—¡Sí, señora! Sí lo he pensado, y ese pensamiento me ha vuelto loco —contesté—. Viendo que usía se dignaba fijar en mí sus

³ *cumples... me ha dicho también*: este fragmento fue añadido a partir de A.

ojos, llegué a pensar que Dios había tocado su buen corazón y que todo lo que hasta ahora me ha faltado en el mundo iba a recibirlo de una sola vez.

—Has pensado bien —dijo Amaranta sonriendo—. Tu adhesión a mi persona y tu obediencia a mis órdenes te harán merecedor de lo que deseas. Ahora escucha. Mañana voy al Escorial, y es preciso que vengas conmigo. Nada digas a tu ama: yo me encargo de arreglarlo todo, de manera que consienta en el cambio de servidumbre. No digas tampoco a nadie que me has hablado, ¿entiendes? Pasado mañana irás a mi casa, desde donde puedes hacer el viaje en los coches que saldrán al mediodía. Estaremos en El Escorial una semana,⁴ porque regresaremos para ver la representación que ha de darse en esta casa, y entonces quizás vuelvas por unos días al servicio de Pepa.

—¡Otra vez allá! —dije admirado.

—Sí; ya sabrás más adelante todo lo que tienes que hacer. Conque retírate ya: no faltes mañana.

Prometí ser puntual y me despedí de ella. Diome a besar su mano con tan dulce complacencia, que me sentí electrizado al poner mis labios en su blanca y fina piel. Ni sus modales, ni sus miradas, ni ninguno de los accidentes de su comportamiento para conmigo eran los de una ama para con su criado. Más bien parecía tratarme como de igual a igual, y en cambio yo, ciego ya para todo lo que no fuera la protección de Amaranta, me lancé en la esfera de atracción de aquel astro que inundaba mi alma de luz y calor.

Salí a la calle... ¿A quién comunicar mi alegría? Al punto me acordé de Inés, y subí la escalerilla que conducía a su sotabanco, pues no sé si he dicho que la habitación de mis amigos estaba en la misma casa. Encontré a Inés muy triste, y, habiendo preguntado la causa, supe que doña Juana, cuya naturaleza se desmejoraba con el continuo trabajar, había caído enferma.

—¡Inés, Inesilla! —exclamé al encontrarme solo en la sala con ella—. Quiero hablarte. ¿Sabes que me voy?

—¿Adónde? —me preguntó con viveza.

—A Palacio, a la Corte, a correr fortuna. ¡Ah, picarona! Ahora no te reirás de mí; ahora va de veras.

⁴ una semana substituyó la imprecisión temporal «pocos días» que figuraba en *MABI*.

—¿Qué va de veras?

—Que se me ha entrado por las puertas la fortuna, chiquilla. ¿Te acuerdas de lo que hablamos el otro día? Bien te lo decía yo, y tú no me hacías caso. Pero ¿no ves, reinita, que eso se cae de su peso?

—¿Qué se cae de su peso?

—Que así como otros han llegado a su mayor altura sin mérito propio, y sólo porque a alguna gran persona se le antojó protegerlos, nada tendría de extraño que a mí me aconteciera dos cuartos de lo mismo; sí, señorita.

—Eso es muy claro; avisa cuando llegues arriba. ¿De modo que mañana te tendremos de general o ministro, cuando menos?

—No te burles, ¿estamos? Tanto como mañana, no; pero, quién sabe...

Inés empezó a reír, dejándome bastante confuso.

—Pero ven acá, tonta —dije, con una seriedad cuyo recuerdo me hace morir de risa—; tú no estás oyendo hablar todos los días de un hombre que no era nada y hoy lo es todo, de un hombre que entró a servir en la Guardia española, y de la noche a la mañana...

—¡Hola, hola! —dijo Inés burlándose de mí con más crueldad—. ¿Ésas tenemos, señor don Gabriel? ¡Qué callado lo tenía! ¿Se puede saber quién es la dama que se ha enamorado de usted?

—Tanto como enamorarse, no, tonta —respondí cortado—; pero ya ves... Como uno no es saco de paja..., qué quieres. Todo el mundo, aunque no valga nada, encuentra una persona a quien le gusta...

Inés continuó riendo; pero yo conocí que después de mis últimas palabras, la pobre necesitaba muchos esfuerzos para aparentar alegría. Como apenas sabía disimular, luego cesó de reír y se puso muy seria.

—Bien, excelentísimo señor —dijo, haciéndome una grave cortesía—; ya sabemos a qué atenernos.

—La cosa no es para enfadarse —dije yo, sintiéndome repuesto de mi turbación—; lo que hay es que si una persona me quiere proteger, no he de hacerle ascos. ¡Y si tú la conocieras, Inesilla; si tú vieras qué mujer, qué señora!... Todo lo que te diga es poco; así es que no te digo nada.

—¿Y esa señora se ha enamorado de ti?

—Dale con el enamoramiento; no es eso, mujer. Es que entro

a servirla; aunque quién sabe lo que podrá pasar... Si vieras cómo me trata... Como de igual a igual, y se interesa mucho por mí..., y es muy rica..., y vive en un palacio muy grande cerca de aquí..., y tiene muchos criados..., y lleva en el cuello un medallón con un diamante como un huevo..., y cuando le mira a uno, se queda uno atortolado..., y es muy guapa..., y en Palacio puede tanto como el rey..., y se llama...⁵

Recordé de pronto que Amaranta me había prohibido revelar su entrevista con ella, y callé.

—Bueno —dijo Inés—. Ya veo que dentro de poco le tendremos a usía hecho un archipámpano, con muchos galones y cintajos, dando que hablar a la gente y teniendo el gusto de oírse llamar ladrón, enredador, tramposo y cuanto malo hay.⁶

—Mira tú lo que es no entender las cosas —dije algo incomodado—. ¿De dónde sacas tú que todos los hombres célebres y poderosos sean ladrones y pícaros? No, señor; también pueden ser buenos; y lo que es yo... supón, chiquilla, que por arte del Demonio llegara yo a ser...; no te rías, que de menos hizo Dios a Cañete, y todos somos hijos de Adán; y tan de carne y hueso es Napoleón Bonaparte como yo. Pues supónte que llego a ser... no te rías. Si te rías, me callo.

—Si no me río —dijo Inés conteniendo la hilaridad que de nuevo la acometía—. Lo que dices está muy en razón, chiquillo. Si no hay más que ponerse a ello. ¿Qué cuesta ser generalísimo, ministro, príncipe o duque? Nada. ¿Ni a qué viene el romperse los ojos estudiando por aprender todas las cosas que se deben saber para gobernar? Como que los aguadores, y los mozos de cuerda, y los horteras, y los monaguillos son unos tontos de camisión,⁷ cuando no se van todos a Palacio, sabiendo que tienen seguro

⁵ *y vive en un palacio... es muy guapa*: este fragmento no figuraba en *M*, donde además se leía «y tiene en Palacio tanto poder como los Reyes» en vez de *y en Palacio puede tanto como el rey*. La ampliación incluye datos que serán relevantes en posteriores *Episodios*.[□]

⁶ *archipámpano*: 'dignidad imaginaria'. Inés refleja irónicamente el abuso del *usía*, con frecuencia caricaturizado por la literatura dieciochesca; darse ese

tratamiento parece ser una de «las mil pequeñas vanidades» en que la clase media dieciochesca «cifra la representación exterior de su prestigio» (*Don Ramón*, I, v).[□]

⁷ *mozos de cuerda*: 'transportistas o porteadores' que se ponían en parajes públicos con un cordel al hombro para llevar bultos por encargo; *tontos de camisión*: quizás aluda a que todos los citados llevaban, para ejercer su oficio, amplias camisas.

el sueldo de consejeros con sólo guiñarle el ojo a una dama... Y si todas las damas no son tiernas de corazón, con tocarle el codo a esta o la otra cocinera de Palacio, está hecho todo.

—No es eso; veo que tú no entiendes —dije, no sabiendo cómo hacerme comprender de Inés—. Eso que dices de aprender y saber gobernar, y lo demás, no viene al caso. Verdad es que antes se necesitaba ser hombre de ciencia para medrar; pero hoy, chiquilla, ya ves lo que pasa. No es sólo Godoy, son cientos de miles los que ocupan altos puestos sin valer maldita de Dios la cosa. Con un poco de despejo basta. Si sabré yo lo que me digo.

—Ven acá, Gabriel —me dijo Inés, dejando su costura—. Las cosas del mundo pasan siempre como deben pasar. Esto lo sé yo sin que nadie me lo haya dicho. Los hombres que mandan a los demás están en aquel puesto por su nacimiento, pues... porque así está arreglado, de modo que los reyes nacen de los reyes... Cuando algún hombre que no ha nacido en cuna real llega a gobernar el mundo, debe de ser porque Dios le ha dado un talento, una cosa celestial que no tienen los demás. Y si no, ahí me tienes a Napoleón, que es emperador de todo el mundo, y manda no sé cuántos miles de millones de soldados; pero es porque él se lo ha ganado y porque desde chiquito aprendía cuanto hay que saber, y los maestros se quedaban lelos viendo que sabía más que ellos... El que sube tanto sin tener mérito es por casualidad, o por mil picardías, o porque los reyes lo quieren así; ¿y qué hacen para tenerse arriba? Engañan a la gente, oprimen al pobre, se enriquecen, venden los destinos y hacen mil trampas. Pero buen pago les dan, porque todo el mundo les aborrece y lo que se desea es verles por los suelos. ¡Ah, chiquillo! Yo no sé cómo no entiendes esto, esto que es tan claro como el agua...

A pesar de ser tan claro como el agua, yo no lo comprendía. Muy lejos de eso, estaba tan obcecado, tan dominado por la vanidad, que no vi sino impertinencias y majaderías en las juiciosas razones de la costurerilla. Aún fue más lejos mi soberbia, porque mi amor propio se resintió; me sentí pavo real, erguí mi cuello, levanté la cola tornasolada, y con mis feas patas de pájaro vanidoso pisoteé la discreta paloma, diciéndole estas palabras:

—Inés, hablemos claro. Veo que tú no comprendes ciertas cosas... Tú eres muy buena, y por eso te quiero y te estimo. No dudes, por lo tanto, que de aquí en adelante haré en bien tuyo cuanto me sea posible. Tú eres muy buena; pero es preciso confe-

sar que tienes pocos alcances. Al fin eres mujer, y las mujeres..., como no sea de hacer calceta y poner el puchero a la lumbre, de nada entienden una higa.⁸ Este negocio que tratamos no es para tu pobre cabecita. Los hombres son los que lo entendemos bien, porque miramos las cosas más por lo alto; porque, en fin, tenemos más talento. No extraño lo que me has dicho porque... ¿tú qué puedes entender?... Pero eres una chica muy buena; te quiero, te quiero mucho, no te enfades. Puedes estar segura de que jamás me olvidaré de ti.

Lector: cuando leas esto, te suplico que te despojes de toda benevolencia para conmigo. Sé justiciero, implacable; y ya que no me tienes, por ventaja mía, al alcance de tus honradas manos, descarga en el libro tu ira, arrójalas lejos de ti, pisotéalas, escúpelas...⁹ ¡ay!, pero no; él es inocente, déjalo, no lo maltrates; él no tiene culpa de nada; su único crimen es haber recibido en sus irresponsables hojas lo que yo he querido poner en ellas, lo bueno y lo malo, lo plausible y lo irrisorio, lo patético y lo tonto que al escribir esta historia he ido sacando, escarbador infatigable de los escorbos de mi vida. Si algo encuentras que me desfavorezca, tan mío es como lo que te parezca laudable. Ya habrás conocido que no quiero ser héroe de novela; si hubiera querido idealizarme, fácil me habría sido conseguirlo, cuidando de encerrar con cien llaves todas mis necesidades y flaquezas, para que sólo quedasen a la vista del público los hechos lisonjeros, adicionados con lindísimas invenciones que, en caso de apuro, no habrían de faltarme. Pero repito que no quiero idealizarme. Bien sé que a los ojos de muchos mi personalidad estaría cien codos más alta, si yo representase en mí a un mozuelo desvergonzado, pendenciero y atrevido, que en los dieciséis años de su edad hubiese tenido tiempo y fortuna para matar en duelo a dos docenas de semejantes, y quitar la honra a igual número de doncellas, casadas o viudas, esquivando la persecución de la justicia y la venganza de celo-

⁸ 'no entienden nada'; *higa*, del latín *fica*, se conservó como nombre del órgano genital femenino y de ahí pasó a 'ademán de desprecio o escarnio'. Al sustituir este vocablo por el de *paloada*, que figuraba en *M*, Galdós logró una mayor adecuación de la

expresión al sentido misógino de su contexto.

⁹ Esta apelación disculpatória del narrador al lector, recuerda al *Guzmán de Alfarache*, II, III, 3: «ya le oigo decir a quien me está leyendo que me arroje a un rincón».

sos padres o maridos.¹⁰ Todo esto sería muy bonito; pero diré con el latino: *sed nunc non erat hic locus*.¹¹

Como prueba de mi modestia, no he vacilado en copiar el diálogo con Inés, que me favorece tan poco, atreviéndome a esperar que si el lector no me adorase romántico, podrá apreciarme sincero. Hagamos, pues, las paces y continuaré la narración en el mismo punto en que la dejé; y es que habiendo espetado las palabras referidas y aún algunas más hijas de mi estólida vanidad, dejé a Inés, creyendo que debía buscar interlocutor más conforme a la alteza y sublimidad de mis pensamientos. Inés no me dijo una palabra más, y yo, atraído por los alegres sonos de la flauta tocada por don Celestino, fui a buscarle a su cuarto, y con las manos juntas atrás y el aire de persona protectora, le hablé así:

—¿Cómo van esos asuntos, señor mío?

—¡Oh!, divinamente —contestó con su optimismo de siempre—. Al fin se me hará justicia, y, según me ha dicho esta mañana el oficial de la secretaría, no puede pasar de la semana que viene.

—Me parece que a usted no le vendría mal un arciprestazgo de buena renta o cosa así... Dígolo, porque, aunque a usted le sorprenda, tal vez exista alguna persona que se lo pueda conseguir.

—¿Quién, hijo mío, quién, a no ser mi paisano y amigo el serenísimo príncipe de la Paz?

—En donde menos se piensa, salta una liebre... Ya veremos, ya veremos —dije yo, haciendo todo lo posible para que la expresión de mi semblante fuera la más misteriosa y grave.

Quedóse aturdido con mis palabras, y volví al lado de Inés, de quien no quería despedirme dejándola enojada. Con gran sorpresa mía, la chiquilla no conservaba enojo alguno, y me habló con aquella incomparable ecuanimidad que siempre fue su principal atractivo. Despedíme prometiendo que la recordaría siempre, y ella se mostró tan afable, tan cariñosa, como si nada hubiera

¹⁰ La ironía parece recaer, según se sugiere en el párrafo siguiente, sobre el héroe romántico y folletinesco, vigente aún para muchos lectores de 1873; pero lo mismo censuraban los ilustrados en el galán del teatro barroco. En cuanto al estilo de la última frase, pueden percibirse ciertos ecos del *Quijote*.^o

¹¹ El latinismo 'pero no era ahora el

lugar', dio algún trabajo a Galdós. En *M* había escrito «sed non erat his locus», en *I* corrigió «sed nunc erat his locus» y por fin en *T* lo escribió correctamente. Parece significativo que este párrafo tan metaliterario sea quizás el más corregido de toda la novela; además de la citada, hemos encontrado siete variantes estilísticas.

pasado. Su espíritu, cuya elevación y superioridad desconocía yo entonces, confiaba firmemente, sin duda, en mi pronta vuelta.

A los dos días mi ama me dijo que había convenido con Amaranta en que yo pasara a servir a ésta. Arreglé mi pequeño ajuar, y fui a la casa de mi nueva dueña. Allí me pusieron una librea,¹² y subiendo al coche de la servidumbre, el cual iba tras otro ocupado por la marquesa y su hermano el diplomático, emprendí el camino del Escorial, adonde llegamos por la noche.

XII

Como al llegar al Escorial nos encontramos sorprendidos por la noticia de gravísimos acontecimientos, no estará de más que mencione lo que por el camino me contó el mayordomo de la marquesa, pues a sus palabras dio profético sentido lo que ocurrió después.

—Me parece que en el Real Sitio pasa algo que va a ser sonado —me dijo—. Esta mañana se decía en Madrid... Pero lo que haya lo hemos de saber pronto, pues dentro de tres horas y media, si Dios quiere, daremos fondo en la Lonja.¹

—¿Y qué se decía en Madrid?

—Allí todos quieren al príncipe y aborrecen a los reyes padres, y como parece que Sus Majestades se han propuesto mortificar al muchacho, apartándole de su lado... Eso yo lo he visto; y el príncipe tiene una cara que da compasión... Se dice que sus padres no le quieren lo cual está muy mal hecho; a mí me consta que ni una sola vez le lleva el rey a las cacerías, ni le sienta a la mesa, ni le muestra aquel cariño que parece natural en un buen padre.²

—¿Será que el príncipe anda metido en conspiraciones y enredos? —dije.

—Ello bien pudiera ser. Según oí la semana pasada en el Real

¹² 'traje con ciertos distintivos que los grandes señores daban a sus criados para que fuesen reconocidos como suyos'. Cadalso al criticar la «donimania» (véase la nota 6) asegura que «en nuestro siglo todo el que no lleva librea se llama Don Fulano» (*Cartas marruecas*, LXXX).

¹ La explanada de piedra que se ex-

tiende ante las fachadas norte y oeste del monasterio de El Escorial. En la primera de estas fachadas está la entrada a palacio, y en la segunda, la entrada principal al llamado Patio de los Reyes.°

² Las escasas y no buenas relaciones entre Carlos IV y el príncipe Fernando están documentadas.°

Sitio, el príncipe se da unas encerronas que ya, ya... No habla con nadie; está como quien ve visiones, y se pasa las noches en vela. Con esto la Corte andaba muy alarmada; parece que acordaron vigilarle hasta averiguar lo que traía entre manos.

—Pues ahora caigo en que me dijeron que el príncipe era algo literato, y se pasaba las noches traduciendo del francés o del latín, que esto no lo recuerdo bien.

—Sí, en El Escorial se cree eso; pero sabe Dios... Hay quien asegura que lo que el príncipe trae entre manos es cosa gorda; que las tropas de Napoleón que han entrado en España, lo que menos piensan es guerrear con Portugal, y parece que vienen a apoyar a los partidarios del príncipe.

—Ésas son patrañas; quizás el pobre Fernandito no piense más que en traducir sus libros...

—Parece que el que tradujo hace poco no gustó a los papás, porque hablaba de no sé qué revoluciones, y ahora está con otro, como no sea alguna endiablada tramoya para pescar la corona...³

Así continuó, poco más o menos, nuestra conversación hasta que llegamos al Real Sitio. El diplomático y su hermana se apearon de su coche y nosotros del nuestro. Como los dos viajeros debían aposentarse en Palacio y en las habitaciones de Amaranta, que ya había llegado el día anterior, desde luego el mayordomo nos encaminó allá, haciéndonos recorrer medio mundo en escaleras, galerías, patios y pasillos.⁴ Todo indicaba que ocurría algo extraordinario en la regia morada, porque se veía por los pasillos y salas de tránsito más gente de la que acostumbraba estar en pie a tal hora, que era la de las diez. Preguntó la marquesa; mas le contestaron de un modo tan vago, que nada pudo sacar en limpio.

Instalados en las habitaciones de mi ama, donde me ocupé en acomodar los equipajes, según las órdenes que se me daban, al poco rato entró Amaranta tan inmutada, que fue preciso aguardar un poco para que, repuesta de su zozobra, pudiese explicar lo que pasaba.

—¡Ay! —exclamó, cediendo a las reiteradas preguntas de sus

³ El príncipe había traducido el libro *Revoluciones romanas*, de Vertot, que los reyes consideraron poco oportuno publicar, por lo que se guardó la edición. Carlos IV le recomendó entonces tradu-

cir *Estudio de la Historia* de Condillac.°

⁴ desde luego: 'al momento'. El carácter laberíntico de las dependencias de El Escorial es aludido también en Quevedo.°

tíos—; lo que pasa es terrible. ¡Una conjuración, una revolución! ¿En Madrid no ocurría nada cuando ustedes salieron?

—Nada; todo estaba tranquilo.

—Pues aquí... Es una cosa tremenda, y quién sabe si estaremos vivos mañana.

—Pero hija, dínoslo claramente.

—Parece que se ha descubierto que querían asesinar a los reyes; todo estaba preparado para un movimiento en Palacio.

—¡Qué horror! —exclamó el diplomático—. Bien decía yo que bajo la capita de servidores del rey se escondían aquí muchos jacobinos.

—No es nada de jacobinos —continuó mi ama—. Lo más extraño es que el alma de la conjuración es el príncipe de Asturias.

—No puede ser —dijo la marquesa, que era muy afecta a Su Alteza—. El príncipe es incapaz de tales infamias. Justo y cabal, lo que yo decía. Sus enemigos han ideado perderle por la calumnia, ya que no lo han conseguido por otros medios.

—Pues la revolución preparada, que por lo que dicen, iba a ser peor que la francesa —prosiguió Amaranta—, se ha fraguado en el cuarto del príncipe, a quien se han encontrado unos papeletos que ya, ya... Dícese que están complicados el canónigo don Juan de Escóiquiz, el duque del Infantado, el conde de Orgaz y Pedro Collado, el aguador de la fuente del Berro, hoy criado del príncipe.⁵

—Creo que tú, sobrina —dijo el marqués, ofendido de que mi ama contase cosas que él no sabía—, te dejas arrastrar por tu impresionable imaginación. Tal vez lo que ocurre no tenga importancia alguna, y pueda yo esclarecerlo con datos y noticias de índole muy reservada, que se me han transmitido de cierta parte que debo callar.

—Yo contaré lo que me han dicho. Desde algún tiempo llamaba la atención que el príncipe pasase las noches encerrado en su cuarto sin compañía, aunque los reyes creían que se ocupaba en traducir un libro francés. Pero ayer se encontró Su Majestad en su cuarto una carta cerrada, cuyo sobre no tenía más que estas palabras: *luego, luego, luego*. Abrióla el rey, y leyó un aviso sin firma,

⁵ Los nombres que aquí da Galdós figuran, entre otros, en los documentos del juicio que siguió a la conspiración.^o

en que le decían: «Cuidado, que se prepara una revolución en Palacio. Peligra el trono, y la reina María Luisa va a ser envenenada».

—¡Jesús, María y José! —exclamó la marquesa, que, como mujer nerviosa, estuvo a punto de desmayarse—. Pero ¿qué demonio del infierno se ha metido en el Escorial?

—Figúrense ustedes cómo se quedaría el pobre rey. Al punto sospecharon del príncipe, y decidieron ocuparle sus papeles. Dudaron mucho tiempo sobre el modo de hacerlo; pero al fin el rey se decidió a reconocer él mismo en persona el cuarto de su hijo. Fue allá con pretexto de regalarle un tomo de poesías y, según dicen, Fernando se turbó de tal modo al verle entrar, que descubrió con su mirar medroso y azorado el sitio en que estaban los papeles. El rey los cogió todos, y parece que padre e hijo se dijeron algunas cosas un poco fuertes; después de lo cual, Carlos salió indignado, ordenándole que permaneciese en su cuarto sin recibir a persona alguna... Esto fue ayer; en seguida vino el ministro Caballero, y entre él y los reyes examinaron los papeles. No sabemos lo que pasó en esta conferencia; pero debió de ser cosa fuerte, porque la reina se retiró a su cuarto llorando. Después se dijo que los papeles encontrados en poder del príncipe contenían la clave de terribles proyectos, y, según afirmó Caballero después de hablar con Sus Majestades, el príncipe Fernando debía ser condenado a muerte.⁶

—¡A muerte! —exclamó la marquesa—. ¡Pero esa gente está loca! ¡Condenar a muerte a todo un príncipe de Asturias!

—No hay que apurarse todavía —dijo el diplomático con su acostumbrada suficiencia—. Tal vez se nos muestren esos papeles para saber nuestro dictamen, y haremos luminoso estudio de todos ellos para resolver lo que convenga.

—Pero ¿no se sabe lo que contenían esos papeles? —preguntó la marquesa.

—Se cuentan tantas cosas en Palacio, que no se puede saber la verdad. La reina no nos ha dicho nada, y ha pasado toda la noche a lágrima viva, lamentándose de la ingratitud de su hijo. También dice que no permitirá que se le persiga, porque él no tiene la culpa de lo que ha hecho, sino esos dos o tres pícaros ambiciosos que le rodean.

⁶ El relato de Amaranta acerca del descubrimiento de la conspiración está documentado en todos sus pormenores.^o

—Dejémonos de anticipar juicios sobre estos sucesos —dijo el marqués—. Ya lo averiguaré yo todo, y sabré si es un complot de los enemigos del príncipe o simplemente una verdadera y efectiva conjuración; mas cuando yo lo sepa, guárdense ustedes de preguntarme, pues ya conocen mis ideas...

—Parece que han decidido formar causa para averiguar quiénes son los delincuentes —continuó Amaranta—, y está noche va el príncipe a declarar a la Cámara regia.

A este punto llegaban de tan interesante conversación, cuando sentimos cierto rumor como de gente que se agolpaba en sitio cercano a la habitación en que estábamos. Como no tenía gran cosa que hacer cerca de mi ama, y además la curiosidad me llamaba fuera, salí, bajé una escalera y halléme en una anchurosa pieza tapizada, que correspondía por ambos lados a otras de igual tamaño y parecidos adornos. Recorrí dos o tres siguiendo la dirección de las personas que se encaminaban a un lugar determinado, y no vi nada digno de llamar la atención, más que algunos grupos de palaciegos que cuchicheaban por lo bajo con mucho calor.

Yo me enorgullecía de encontrarme en Palacio, creyendo que sólo por el contacto del suelo que pisaban mis pies tenía nuevos títulos a la consideración del género humano; y como cuantos llevamos la generosa sangre española en nuestras venas somos propensos a la fatuidad, no pude menos de creerme un verdadero y genuino personaje, y hubiera deseado encontrar al paso a mis antiguos conocidos de Madrid o Cádiz para mostrarles en gestos y palabras el convencimiento de mi respetabilidad. Felizmente, no conocí alma de Dios entre tanta gente, y me libré de ponerme en ridículo.

Encontrábame en aquella larga serie de habitaciones tapizadas que, recorriendo toda la extensión de Palacio por la parte interior, sirve de lazo de unión a las moradas regias, cuyas luces se abren a la fachada oriental del inmenso edificio. Seguí la dirección de los demás sin reparar si debía aventurar mis pasos por aquellos sitios; mas como nadie me dijo nada, continué muy impávido. Las salas estaban débilmente alumbradas, y en la dulce penumbra, las figuras de los tapices parecían sombras detenidas en las paredes, o débiles reflejos luminosos enviados por escondido foco sobre el oscuro fondo de las cámaras. Espacié mi vista por aquella multitud de figuras mitológicas, con cuya desnudez provocativa se habían adornado las negras murallas construidas por Feli-

pe,⁷ y ya consagraba mi atención a contemplarlas, cuando pasó la extraña procesión de que voy a dar cuenta.

El príncipe de Asturias, a quien se había comenzado a instruir sumaria por el delito de conspiración,⁸ volvía de la Cámara real, donde acababa de prestar declaración. No olvidaré jamás ninguna de las particularidades de aquella triste comitiva, cuyo desfile ante mis asombrados ojos me impresionó vivísimamente aquella noche, quitándome el sueño. Iba delante un señor con grande candelero en la mano, como alumbrando a todos, y para esto lo llevaba en alto, aunque tan poca luz servía sólo para hacer brillar los bordados de su casacón de gentilhomme. Luego seguían algunos guardias españoles; tras ellos un joven en quien al instante reconocí no sé por qué, al príncipe heredero. Era un mozo robusto y de temperamento sanguíneo, de rostro poco agradable, pues la espesura de sus negras cejas y la expresión singular de su boca hendida y de su excelente nariz le hacían bastante antipático, por lo menos a mis ojos. Iba con la vista fija en el suelo, y su semblante alterado y hosco indicaba el rencor de su alma. A su lado iba un anciano como de sesenta años, en quien al principio no reconocí al rey Carlos IV, pues yo me había figurado a este personaje como un hombrecito enano y enteco, siendo lo cierto que, tal como le vi aquella noche, era un señor de mediana estatura, grueso, de rostro pequeño y encendido, y sin rastro alguno en su semblante que mostrase las diferencias fisonómicas establecidas por la Naturaleza entre un rey de pura sangre y un buen almacenista de ultramarinos.⁹

En los personajes que le acompañaban, y eran, según después supe, los ministros y el Gobernador interino del Consejo, me fijé más que en la Real persona, y después daré a conocer a alguno de aquellos esclarecidos varones. Cerraba, por último, la procesión el zaguanete de la Guardia española,¹⁰ y nada más. Mien-

⁷ Desde 1584, en que Felipe II vio terminado El Escorial, se había destinado a la familia real y su séquito un cuarto del edificio. Frente a la austeridad de la época de los Austrias, con Carlos III y Carlos IV se restauró, decoró y amuebló esta zona con gran riqueza, sobre todo de tapices. ◻

⁸ *sumaria*: 'proceso escrito'.

⁹ Las descripciones del príncipe y el rey parecen estar inspiradas en cuadros de Goya. ◻

¹⁰ *zaguanete*: escolta de las personas reales formada por ocho individuos y un exento. Puede encontrarse la misma detallada descripción de la comitiva en los historiadores de la época. ◻

tras pasó la comitiva, sepulcral silencio reinó en todo el tránsito, y tan sólo se oyeron las pisadas que se perdían de cámara en cámara hasta llegar a las que formaban el cuarto de Su Alteza. Cuando entraron en éste, la cháchara comenzó de nuevo entre los circunstantes, y vi a mi Amaranta, que habiendo salido a buscarme, hablaba con un caballero vestido de uniforme.¹¹

—Creo que al declarar —dijo el caballero—, Su Alteza ha estado un poco irreverente con el rey.¹²

—¿De modo que está preso? —preguntó Amaranta con gran curiosidad.

—Sí, señora. Ahora quedará detenido en su cuarto con centinelas de vista. Vea usted: ya salen. Deben haberle recogido su espada.¹³

La comitiva volvió a pasar sin el príncipe, y precedida del gentilhombre con el candelabro que iba abriendo camino. Cuando el rey y sus ministros se alejaron, los palaciegos que habían salido a las galerías iban desapareciendo también en sus respectivas madrigueras, y por mucho tiempo no se oyó más que el violento cerrar de multitud de puertas. Se apagaron las pocas luces que alumbraban tan vastos recintos, y las hermosas figuras de los tapices se desvanecieron en la oscuridad, como fantasmas a quienes el canto del gallo llama a sus ignotas moradas.

Yo subí con mi ama a nuestro departamento, y me asomé por una de las ventanas que caían hacia el interior, para reconocer, como de costumbre, el sitio en que estaba. Era oscurísima la noche, y no vi más que una masa negra, informe, de la cual se destacaban altos tejados, cúpulas, torres, chimeneas, paredones, aleros, arbotantes y veletas que desafiaban el firmamento como los topes de un gran navío.¹⁴ Tal imponente vista causaba cierto terror al espíritu, despertando meditaciones que se mezclaban a las sugerir-

¹¹ En lugar del indeterminado interlocutor de Amaranta, cuya identidad nunca se aclarará, en *M* figuraba «el señor don Juan de Mañara, no vestido ya de majo, sino de militar». La supresión es coherente con la personalidad de Mañara en la novela. Ni su relación con Amaranta, ni su adscripción política se corresponden con la respetuosa y aséptica información que a continuación da el *caballero*.

¹² De nuevo resume Galdós las versiones de *Godoy* y *Vayo*, prácticamente iguales.^o

¹³ Galdós se muestra cauto a propósito de la *espada*, sobre la que no coinciden las versiones de *Caballero* y *Godoy*.^o

¹⁴ Recuérdese que en *Trafalgar*, XI, se da la misma comparación a la inversa, barcos como grandes monumentos.

das por lo que acababa de ver; mas no pude ocuparme mucho en trabajos del pensamiento, porque un sutilísimo ruido de faldas y un ligero *ce ce* con que se me llamaba, me hizo volver la cabeza y apartarme de la ventana.

La transición fue extremadamente brusca cuando, distrayéndome de la sombría perspectiva exterior, apareció ante mis ojos la figura de Amaranta y su celestial sonrisa. Reinaba profundo silencio; el marqués diplomático y su hermana se habían retirado. Amaranta había cambiado su traje de camino por una vestidura blanca y suelta, que aumentaba su hermosura, si su hermosura fuera susceptible de aumento. Cuando me llamó, aún no se había apartado su doncella; pero ésta salió sin tardanza, y luego nuestra seductora dueña, cerrando por sí misma la puerta que daba a la galería, me hizo señas para que me acercase.

XIII

—No olvides lo que me has jurado —dijo sentándose—. Yo confío en tu fidelidad y en tu discreción. Ya te dije que me parecías un buen muchacho, y pronto llegará la ocasión de probármelo.

No recuerdo bien las vehementes expresiones con que juré mi fidelidad; mas debieron ser muy acaloradas, y aun creo que las acompañé con dramáticos gestos, porque Amaranta, riendo, me recomendó que convenía fuera menos fogoso. Después continuó así:

—¿Y no deseas volver al lado de la González?

—Ni al lado de la González, ni al lado de todos los reyes de la tierra —contesté—, pues mientras viva no pienso apartarme del lado de mi ama querida, a quien adoro.

Si mal no recuerdo, me puse de rodillas ante el sillón en que Amaranta reposaba con seductora indolencia; pero ella me hizo levantar, diciéndome que debía pensar en volver a casa de mi antigua ama, aunque continuara sirviendo a la nueva con toda reserva. Esto me pareció algo incomprensible y misterioso; pero no insistí en que lo esclareciera por no parecer impertinente.

—Haciendo lo que te mando —continuó— puedes vivir seguro de que te irá bien en el mundo. ¡Y quién sabe, Gabriel, si llegarás a ser persona de condición y de fortuna! Otros con menos inge-

nio que tú se han convertido de la mañana a la noche en verdaderos personajes.¹

—Eso no tiene duda, señora. Pero yo he nacido en humilde cuna, yo no tengo padres, yo no he aprendido más que a leer, y eso muy mal, en libros que tengan letras como el puño, y apenas escribo más que mi firma y rúbrica, en la cual hago más rasgos que todos los escribanos del gremio.

—Pues es preciso pensar en tu educación: el hombre debe ilustrarse.² Yo me encargo de eso. Pero será con la condición de que has de servirme fielmente; no me canso de repetírtelo.

—En cuanto a mi lealtad no hay más que hablar. Entéreme usía de cuáles son mis obligaciones en este nuevo servicio —dije, anhelando conocer lo que se me exigía para ser acreedor a tantas bondades.

—Ya te lo iré diciendo. Es cosa difícil y delicada, pero confío en tu buen ingenio.

—Pues ya anhelo prestar a usía esos servicios tan difíciles y delicados —contesté con todo el énfasis de mi bullicioso carácter—. No seré un criado: seré un esclavo, pronto a obedecer a usía, aunque la vida pierda en ello.

—No se necesita perder la vida —dijo sonriendo—. Basta con un poco de vigilancia, y sobre todo, teniendo completa adhesión a mi persona, sacrificándolo todo a mi deseo y no viendo más que la obligación de satisfacer mi voluntad, te será fácil cumplir.

—Pues estoy impaciente, deshecho, por empezar de una vez.

—Ya te enterarás con más calma. Esta noche tengo que escribir muchas cartas... Y ahora que recuerdo: vas a empezar a cumplir tus obligaciones respondiéndome a varias preguntas, cuya respuesta necesito para escribir. Dime: ¿Lesbia solía ir a tu casa sin ser acompañada por mí?

Quedéme perplejo al oír una pregunta que me parecía tan lejos del objeto de mi servicio como el cielo de la tierra. Pero recogí mis recuerdos y contesté:

¹ La idea, que ha venido repitiéndose en boca de varios personajes con diversas formulaciones, refiriéndose a la corrupción de la corte en general y a Godoy en particular, podría centrarse aquí en el ministro Caballero, más falto de *ingenio* que el príncipe de la Paz.

² La sentencia puede ser irónica; hasta ahora se ha insistido en que *ilustrarse* no sirve de mucho en el mundo en que se mueven los personajes y, además, parece término con connotaciones históricas excesivas para la instrucción elemental que dice necesitar el protagonista.

—Algunas veces, aunque no muchas.

—¿Y la viste alguna vez en el vestuario del teatro del Príncipe?

—Eso sí que no lo recuerdo bien, y, por tanto, no puedo jurar que la vi, ni tampoco que no la vi.

—No tiene nada de particular que la hayas visto, porque Lesbia no se mira mucho para ir a semejantes lugares —dijo Amaranta con mucho desdén.

Después de una pausa en que me pareció muy cavilosa, continuó así:

—Ella no guarda las conveniencias, fiada en las simpatías que encuentra en todas partes por su gracia, por su dulzura y por su belleza .., aunque en verdad su belleza no tiene nada de particular.

—Nada absolutamente de particular —añadí yo, adulando la emulación de mi ama.³

—Pues bien: ya me enterarás despacio de ésta y otras cosas que necesito saber. Lo primero que te recomiendo es la más absoluta reserva, Gabriel. Espero que estarás contento de mí y yo de ti, ¿no es verdad?

—¿Cómo podré pagar a usía tantos beneficios? —dije con vehemencia—. Creo que voy a volverme loco, señora, y me volveré de seguro. Yo no puedo menos de desahogar mi corazón, mostrando los sentimientos que lo llenan desde el instante en que usía se dignó poner los ojos en mí. Y ahora, cuando usía me ha dicho que hará de mí un hombre de provecho, y a ponerme en disposición de ocupar puesto honroso en el mundo, pienso que aunque viva mil años adorando a mi bienhechora, no le pagaré tantos favores. Yo siento deseo muy vivo de ser un hombre como algunos que veo por ahí. ¿No es esto posible? ¿Usía cree que podré serlo, instruyéndome con su ayuda? ¡Ay! Cuando uno ha nacido pobre, sin parientes ricos, cuando se ha criado en la miseria y en la triste condición de sirviente, no puede subir a otro puesto mejor sino por la protección de alguna persona caritativa como usía. Y si yo llegara a conseguir lo que deseo, no sería el primer caso, ¿no es verdad, señora?, porque gentes hay aquí muy poderosas y muy grandes que deben su fortuna y su carrera a alguna ilustrísima mujer que les dio la mano.

—¡Ah! —dijo Amaranta con bondad—. Veo que tú eres ambi-

³ En vez de *emulación*, MABI decía «apasionada rivalidad». □

cioso, Gabrielillo. Lo que has dicho últimamente es cierto; hombres conocemos a quienes ha elevado a desmedida altura la protección de una señora. ¡Quién sabe si encontrarás tú igual proporción! Es muy posible. Para que no pierdas la esperanza, ahí va un ejemplo. En tiempos muy antiguos y en tierras muy remotas había un grande imperio que era gobernado en completa paz por un soberano sin talento, pero tan bondadoso, que sus vasallos se creían felices con él y le amaban. La sultana era mujer de apasionada naturaleza y viva imaginación, cualidades contrarias a las de su marido, y por esta diferencia aquel matrimonio no era completamente feliz. Cuando heredó a su padre, el sultán tenía cincuenta años y la sultana treinta y cuatro. Acertó entonces a entrar en la guardia genízara un joven que se hallaba casi en el mismo caso que tú,⁴ pues aunque no era de nacimiento tan humilde, ni dejaba de tener alguna instrucción, era bastante pobre y no podía esperar gran carrera de sus propios recursos. Al punto se corrió en la corte la voz de que el joven guardia había sido agradable a la esposa del sultán, y esta sospecha se confirmó al verle avanzar rápidamente en su carrera, hasta el punto de que a los veinticinco años de edad ya había alcanzado todos los honores que pueden ser concedidos a un simple súbdito. El sultán, lejos de poner reparos a tan rápido encumbramiento, había fijado todo su cariño en el favorecido joven, y no contento con darle las primeras dignidades, le entregó las riendas del gobierno, le hizo gran visir, príncipe, y le dio por esposa a una dama de su propia familia. Con esto, los pueblos de aquella apartada y antigua comarca estaban muy descontentos, y aborrecían al joven y a la sultana. En su gobierno, el joven valido hizo algunas cosas buenas; mas el pueblo las olvidaba, para no ocuparse sino de las malas, que fueron muchas, y tales, que trajeron grandes calamidades a aquel pacífico imperio. El sultán, cada vez más ciego, no comprendía el malestar de sus pueblos, y la sultana, aunque lo comprendía, no pudo en lo sucesivo remediarlo, porque las intrigas de su corte se lo impidieron. Todos odiaban al favorecido joven, y entre sus enemigos más encarnizados se distinguían los demás individuos de la regia familia. Pero lo más extraño fue que el hombre a quien una mano tan débil como generosa había elevado sin merecimientos, se mos-

⁴ *guardia genízara*: 'guardia del antiguo emperador de los turcos'.

tró ingrato con su protectora, y, lejos de amarla con constante fe, amó a otras mujeres y hasta llegó a maltratar a la desventurada a quien todo lo debía. Las damas de la sultana referían que algunas veces la vieron derramando acerbo llanto y con señales en su cuerpo de haber recibido violentos golpes de una mano sañuda.⁵

—¡Qué infame ingratitud! —exclamé, sin poder contener mi indignación—. ¿Y Dios no castigó a ese hombre, ni devolvió a los inocentes pueblos su tranquilidad, ni abrió los ojos del excelente sultán?

—Eso no lo sé —contestó Amaranta, mordiendo las puntas blancas de la pluma con que se preparaba a escribir—; porque estoy leyendo la historia que te cuento en un libro muy viejo y no he llegado todavía al desenlace.⁶

—¡Qué hombres tan malos hay en el mundo!

—Tú no serás así —dijo Amaranta sonriendo—; y si algún día te vieras elevado a tales alturas por las mismas causas, harías todo lo posible porque se olvidara con la grandeza de tus actos el origen de tu encumbramiento.

—Si por artes del demonio eso sucediera —respondí—, lo haré tal y como usía lo dice, o no soy quien soy, pues a mí me sobran alma y corazón para gobernar sin dejar de ser un hombre bueno, decente y generoso.

Estas últimas palabras la hicieron reír, y ofrecíendome que al día siguiente me recomendaría a un padre jerónimo del monasterio para que me instruyese,⁷ me dijo que iba a escribir cartas muy urgentes y que la dejase sola. La doncella volvió para conducirme al cuarto donde debía recogerme, y una vez dentro de él, me acosté; mas los pensamientos evocados en mi cabeza por la pasada conferencia me confundían de tal modo, que mi sueño fue agitado y doloroso, cual opresora pesadilla, y creí tener sobre el

⁵ La transparente alusión del *ejemplo* relatado por Amaranta a Carlos IV, María Luisa y Godoy contiene algunos datos idénticos, otros similares y otros que responden a la leyenda tejida sobre el histórico trío. Numerosas variantes de detalle atestiguan que el pasaje fue meticulosamente corregido en T. □□

⁶ Con este relato, «Amaranta, que

despierta gradualmente la conciencia del lenguaje en su servidor, le enseña el arte de componer un texto», arte que desarrollará cuando elabore, ya anciano, sus memorias, es decir la primera serie de los *Episodios*. ◊

⁷ El monasterio de El Escorial estaba, en la época de la novela, a cargo de la orden de los jerónimos. ◊

pecho todas las cúpulas, torres, tejados, aleros, arbotantes y hasta las piedras todas del inmenso Escorial.

XIV

Al día siguiente se reunieron a comer en casa de Amaranta, Lesbia, el diplomático y su digna hermana. He hablado poco de esta buena señora, que no figura gran cosa en los acontecimientos referidos, lo cual es sensible, porque por su carácter y excelentes prendas merecería mención muy detallada. Era la marquesa una dama de avanzada edad, orgullosa, de modestas costumbres, española rancia por los cuatro costados, de carácter franco y sin artificios, muy natural, muy caritativa, enemiga de trapisondas y aventuras, muy cariñosa para todo el mundo; en fin, era la honra de su clase. Su lado flaco consistía en creer que su hermano tenía mucho talento. Aunque modesta en su trato privado, gustaba de dar grandes fiestas, prefiriendo las representaciones dramáticas, a que tenía mucha afición. Su teatro era el primero de la Corte, y para la representación de *Otelo* había gastado considerables sumas. Protegía y trataba a los cómicos, pero siempre a regular distancia.¹

También estaba convidado aquel día con mi ama el señor don Juan de Mañara; pero cuando fui a llevarle la invitación contestó excusándose, por tocarle entrar de guardia a la misma hora. Y a propósito del pisaverde,² no debo pasar en silencio la circunstancia de que le vi por la mañana en compañía de Lesbia, ambos en traje que parecía indicar regresaban de uno de esos crepusculares y campestres paseos, siempre anhelados por los amantes. En la tarde de aquel mismo día le vi paseando muy cabizbajo por el patio grande, y la mañana siguiente me detuvo en el mismo paraje, suplicándome que llevase una carta a la señora duquesa. Neguéme a esto, y allí quedó. Indudablemente algo le pasaba al señor de Mañara.

Amaranta pareció muy contrariada de que no se sentase a la mesa el joven mencionado. Cuando volví con la respuesta, hallá-

¹ Recuérdese lo anteriormente dicho sobre teatros privados (nota V, 4) y sobre los modelos aristocráticos reales

de *La corte* (nota IV, 8). □□

² 'presumido y dedicado al galanteo'. Véase la nota VIII, 6.

base de visita en el cuarto de Amaranta un caballero de los que la noche anterior vi en la procesión descrita. Conferenciaron más de hora y media; cuando él se retiró le examiné bien, y por cierto que pocas veces he visto facha más desagradable. No le daría un puesto en la serie de mis recuerdos si aquél no fuera uno de los personajes más célebres de su tiempo, razón por la cual me resuelvo, no sólo a mencionarle, sino a describirle, para edificación de los tiempos presentes. Era el marqués Caballero, ministro de Gracia y Justicia.

No vi a semejante hombre más que una vez, y jamás le olvido. Era de edad como de cincuenta años, pequeño y rechoncho el cuerpo, turbia y traidora la mirada de uno de sus ojos, pues el otro estaba cerrado a toda luz; con el semblante amoratado y granulado, como de persona a quien envilece y trastorna el vino; de andar y gestos sumamente ordinarios; en tanto grado repugnante y soez toda su persona, que era preciso suponerle dotado de extraordinarios talentos para comprender cómo se podía ser ministro con tan innoble estampa. Pero no, señores míos. El marqués Caballero era tan despreciable en lo moral como en lo físico, pudiendo decirse que jamás cuerpo alguno encarnó de un modo tan fiel los ruines sentimientos y bajas ideas de un alma. Hombre nulo, ignorante, sin más habilidad que la de la intriga, era el tipo del leguleyo chismoso y tramoyista que funda su ciencia en conocer, no los principios, sino los escondrijos, las tortuosidades y las fórmulas escurridizas del Derecho para enredar a su antojo las cosas más sencillas.³

Nadie podía explicarse su encumbramiento, tanto más enigmático cuanto que el omnipotente Godoy no pasaba por amigo suyo; debió aquél consistir en que, habiéndose introducido en Palacio y héchose valer, merced a viles intrigas de escalera abajo, usó como instrumento de su ambición cerca del rey la defensa de los intereses de la Iglesia; y adulando la religiosidad del pobre Carlos, pintándole imaginarios peligros y haciendo depender la seguridad del trono de la adopción de una política restrictiva en negocios eclesiásticos, logró hacerse necesario en la Corte. El mismo Godoy no pudo apartarle del gobierno ni poner coto a las medidas dicta-

³ El retrato físico y moral que aquí se hace de *Caballero* coincide con el que de él han dejado sus contemporáneos.

Galdós pudo haberlo compuesto a partir de una documentada nota de *La fuente*.^o

das por el bestial fanatismo del ministro de Gracia y Justicia, quien después de haber perseguido a muchos ilustres hombres de su época,⁴ y encarcelado a Jovellanos, remató su gloriosa carrera contribuyendo a derribar al mismo príncipe de la Paz en marzo de 1808.⁵

Damos estas ligeras noticias respecto a un hombre que gozaba entonces de justa y general antipatía, para que se vea que la elevación de los tontos y ruines y ordinarios no es, como algunos creen, desdicha peculiar de los modernos tiempos.⁶

Después de la conferencia indicada principió la comida, que yo serví.

—Ya sé —dijo Amaranta al sentarse, sin disimular su intención de mortificar a Lesbia—, ya sé lo que contenían esos papeles cogidos a Su Alteza. Caballero me lo ha dicho, encargándome la reserva; pero puesto que pronto se ha de saber...

—Sí, dínselo. No lo confiaremos más que a nuestras amigas —indicó la marquesa.

—Pues yo opino que no se diga —objetó el diplomático, que siempre se incomodaba cuando alguien revelaba secretos que él no conocía.

—Entre los papeles —dijo Amaranta— hay una exposición al rey que se supone hecha por don Juan Escóiquiz, aunque la letra es de Fernando. Parece que en ella se pintan las malas costumbres del príncipe de la Paz con las frases más indecentes. Allí han salido a relucir sus dos mujeres, y también lo que dicen de los destinos, pensiones y prebendas que concede a cambio de...⁷

—¡Y tan cierto como es! —dijo la marquesa—. Yo sé de un señor a quien el príncipe de la Paz ofreció...

La buena señora cayó en la cuenta de que estaba yo delante, y se contuvo. Pero a mí siempre me han bastado pocas palabras

⁴ También aquí parece seguir Galdós a *Lafuente*, que considera «anómalo y raro» el poder de Caballero y sugiere la religiosidad de Carlos IV como posible explicación.^o

⁵ En 1801, Caballero firmó las órdenes de prisión y destierro de *Jovellanos*; en marzo de 1808, se opuso a que la familia real se dirigiese a Sevilla ante el avance de las tropas francesas, medida que hubiera podido evitar el mo-

tín de Aranjuez y la consiguiente caída del valido.^o

⁶ Caballero «ha tenido el envidiable privilegio de ser unánimemente pintado por todos con feos y odiosos colores» (*Lafuente*).^o

⁷ Galdós recompuso el contenido de los papeles encontrados al príncipe con resúmenes, comentarios y fragmentos de los propios documentos recogidos por sus fuentes históricas.^o

para entender las cosas, y supe pescar al vuelo lo que querían decir.

—En esa exposición —continuó la condesa—, ponen a la pobre Tudó de vuelta y media, y aconsejan al rey que la encierre en un castillo. Por último, se pretende que el de la Paz sea destituido, embargados todos sus bienes, y que desde el mismo momento no se separe el príncipe heredero del lado de su padre.⁸

—Todo eso está muy puesto en razón —dijo la marquesa, asombrada de cómo concordaban las ideas de los conjurados con sus propias ideas—; aunque me guardaré muy bien de decirlo fuera de aquí.

—Pues aquí no temo decirlo —continuó Amaranta—. Caballero no guarda muy bien el secreto; sé que ya lo ha dicho a varias personas. Otro de los papeles es graciosísimo, y parece un sainete, pues todo él está en diálogo, y se creería que lo habían escrito para representarlo en el teatro. Cada uno de los personajes que hablan tiene allí nombre supuesto: el príncipe se llama *Don Agustín*; la reina, *Doña Felipa*; el rey, *Don Diego*; Godoy, *Don Nuño*, y la princesa con quien dicen han tratado de casar al heredero es una tal *Doña Petra*.

—¿Y qué objeto tiene esa comedia?⁹

—Es un proyecto de conversación con la reina, y suponiendo las observaciones que ésta ha de hacer, se le responde a todo, según un plan combinado, para convencerla de las picardías del príncipe de la Paz. También aquí abundan las frases soeces, y por último, el *Don Agustín* parece que se niega rotundamente a casarse con *Doña Petra*, la cuñada del Ministro y hermana del Cardenal y de la de Chinchón.¹⁰

—También eso está bien pensado —dijo la marquesa—; y si ese sainetillo se representara yo lo aplaudiría. Pues ¿por qué han de querer casar al pobre muchacho con la cuñada del otro? ¿No es mejor que le busquen mujer en cualquiera de las familias reinantes, que a buen seguro todas ellas se darían con un canto en

⁸ Continúa siguiendo el resumen de *Lafuente*.^o

⁹ Es ocurrencia original de Galdós el comparar este papel con un *sainete* o *comedia*; pero su contenido está documentado.^o

¹⁰ Se alude aquí al proyecto, surgi-

do en otoño de 1806, de casar al príncipe de Asturias con María Luisa de Borbón y Vallábriga, prima de Carlos IV, hermana del infante don Luis, cardenal de la Escala y de María Teresa, condesa de Chinchón y esposa de Godoy.^o

los pechos por entroncar con nuestros reyes, casando a cualquiera de sus mozuelas con semejante príncipe?¹¹

—¿Cómo se atreven ustedes a juzgar cosas tan graves? —dijo con displicencia el diplomático—. Y en cuanto a los documentos citados, extraño que una persona tan discreta como mi sobrina les dé publicidad imprudente.

—Vamos, antes usted dudaba que existieran, y ahora, creyendo que no deben revelarse, los da como ciertos.

—Sí que los doy —repuso el diplomático—, y ya que otra persona ha descubierto hechos que yo me obstinaba en callar...

No pudiendo negar aquellos secretos, el buen señor resolvió apropiárselos, fingiendo tener ya noticia de los papeles del proceso.

—¿De modo que ya tú lo sabías todo? —le preguntó su hermana—. Bien decía yo que tú no podías menos de estar al tanto de estas cosas. La verdad es que no se te escapa nada, y bien puedes afirmar que eres de los que ven los mosquitos en el horizonte.

—Desgraciadamente así es —contestó el diplomático con la mayor hinchazón—. Todo llega a mis oídos, a pesar de mis repetidos propósitos de no intervenir en nada y huir de los negocios. ¡Como ha de ser! Es preciso tener paciencia.

—Hermano, tú debes saber algo más, y te lo callas —dijo la marquesa—. Vamos a ver: ¿Napoleón tiene alguna parte en este negocio?

—¿Ya comienzan las preguntillas? —repuso el viejo con retazona risa—. Déjense de preguntas, porque les juro que no me han de sacar una sílaba. Ya conocen la rigidez de mi carácter en estas materias.

A todas éstas, Lesbia no decía una palabra.

—Pues voy a acabar mi cuento —añadió mi ama—. Aún me falta decir cuál es el otro papel que se encontró al príncipe.

—Más valdría que lo callaras, querida sobrina —dijo el diplomático.

—No; que lo diga, que lo diga.

—Pues se ha encontrado la cifra y clave de la correspondencia

¹¹ Con independencia de los intereses internos, el segundo matrimonio de Fernando con una princesa extranjera era en aquel momento problemático,

dadas la división de Europa en partidarios o enemigos de Francia y la fluctuante política española respecto a esta última.^o

que el heredero sostiene con su maestro don Juan Escóiquiz,¹² y además... esto es lo más grave.

—Sí; lo más grave —indicó el diplomático—, y por eso debe callarse.

—Por lo mismo debe decirse.

—Pues se encontró una carta en forma de nota, sin sobrescrito, firma ni nombre, en que manifiesta estar dispuesto a elevar al rey la exposición por medio de un religioso. Lo más notable de este papelito es que el príncipe asegura que está decidido a tomar por modelo al santo mártir *Hermenegildo*; que se dispone a pelear... óiganlo ustedes bien... a pelear por la justicia. Esto es hablar claro de una revolución. Pide después a los conjurados que le sostengan con firmeza, que preparen las proclamas, y que...

—¡Ah, las mujeres!, ¡las mujeres! ¿No aprenderán nunca a tener discreción? —interrumpió el marqués—. Me admiro de ver con cuánta frivolidad te ocupas de asuntos tan peligrosos.

—En este papel —prosiguió la condesa, sin atender a las fastidiosas amonestaciones del diplomático—, se indica a los reyes y a Godoy con nombres godos. *Leovigildo* es Carlos IV, la reina es *Goswinda*, y el de la Paz, *Sisberto*. Pues bien: el príncipe, que se atribuye el papel de *san Hermenegildo*, dice a los conjurados que la tempestad debe caer sobre *Sisberto* y *Goswinda*, y que traten de embobar a *Leovigildo* con vítores y palmadas.¹³

—¿Y no es más que eso? —preguntó la marquesa—. Pues no hay cosa más inocente.

—Está bien claro —indicó Amaranta con ira— que se trata de destronar a Carlos IV.

—No lo veo yo así.

—Pues yo sí —repuso la condesa—. La tempestad debe caer sobre *Sisberto* y *Goswinda*. De modo que el heredero y sus amigos no sólo tratan de mandar a paseo al guardia, sino que también quieren hacer alguna picardía con la reina; cuando menos llevarla a la guillotina, como a la pobre María Antonieta. Todos saben cuánto ama el rey a su esposa. Cualquier ofensa que a ésta se haga la considera como hecha a su propia persona.

—Pues lo que digo es que si algo les pasa, bien merecido se lo tienen —fue la contestación de la marquesa.

¹² «La cifra y clave de la correspondencia secreta entre Fernando y Escóiquiz», escribe *Lafuente*.^o

¹³ El príncipe tenía una biografía de *san Hermenegildo*, recomendada y subrayada por *Escóiquiz*.^o

—Y yo sostengo —añadió mi ama, alterándose más— que el príncipe podía haber intentado cuantas conjuraciones quisiera para echar del ministerio a Godoy; pero escribir exposiciones al rey, poniendo en duda el honor de su madre y hablando de arrojar tempestades sobre *Sisberto* y *Goswinda*, lo cual equivale a atentar contra la vida de la reina, me parece conducta indigna de un príncipe español y cristiano... Al fin es su madre; cualesquiera que hayan sido las faltas de ésta (y yo estoy segura de que no son tantas ni tan grandes como las de quien las publica), no es propio de un hijo el reconocerlas o mencionarlas, ni menos fundarse en ellas para perseguir a un enemigo.

—Hija, no estás poco melindrosa¹⁴ —dijo con acrimonia la tía de Amaranta—. Yo creo que el Príncipe hace muy retebién, y si a alguien le pesa, más valiera no haber dado motivos, con lo que todos sabemos lo que está pasando. Y si no, hermano, tú que lo sabes todo, dinos tu opinión.

—¡Mi opinión! ¿Creéis que es fácil dar opinión sobre asunto tan espinoso? Y lo que yo pueda pensar, conforme a mi experiencia y luces, ¿puedo acaso decirlo en conferencia de mujeres, que al punto van repitiéndolo por cámaras y antecámaras a todo el que las quiera oír...?

—No hay quien te saque una palabra. Si yo supiera la mitad de lo que tú sabes, hermano, gustaría de instruir a los ignorantes.

—Para formar exacto juicio, vengan datos —dijo el marqués—. ¿Alguna de ustedes sabe la opinión de la reina sobre estas cosas?

—Cuando se leyó en Consejo el último de los papeles que he citado —respondió la condesa—, Caballero dijo que el príncipe merecía la pena de muerte por siete capítulos. La reina, indignada al oírle, respondió: *Pero ¿no reparas en que es mi hijo? Yo destruiré las pruebas que le condenan; le han engañado, le han perdido; y arrebatando el papel, lo escondió en su seno y se arrojó llorando en un sillón.*¹⁵ ¡Vean ustedes qué generosidad! Francamente, aunque nunca me ha sido simpática la causa del príncipe, desde que sé sus proyectos contra los reyes, me parece un joven digno de lástima, si no de otro sentimiento peor.

¹⁴ 'zalamera'; derivada de «melindre» —un dulce de miel y harina—, es palabra muy usada en la época en sentido figurado, para aludir a la

afectación e hipocresía de las mujeres. °

¹⁵ La escena, casi con las mismas palabras, aparece documentada. °

—¡Qué tontería! —exclamó la marquesa—. Ahora vienen los lloriqueos y los dengues, después de haber sido causa de tantos males. Pues qué, ¿ocurrirían estas cosas si no se hubieran cometido ciertas faltas...?

Lesbia, que hasta entonces había permanecido en silencio, con cierta confusión y amilanamiento, no quiso callar más, y apoyó las últimas frases de la marquesa. Amaranta entonces se volvió a ella, y con acento tan amargo como desdenguado, le dijo:

—¡Cuánto hablar de faltas ajenas! Esa persona no esperaba ser injuriada públicamente, como lo ha sido, por quien tantos favores recibió de ella, por quien se ha sentado a su mesa y se ha honrado con su amistad.

—¡Ah!, el sermoncito no está mal —dijo Lesbia con esa forzada jovialidad que a veces es la más terrible expresión de la ira—. Ya lo esperaba desde que me negué a ciertas condescendencias; desde que cansada de un papel, admitido con ligereza e impropio de mí, lo cedí a otras, que lo desempeñan con perfección, se me censura suponiéndome divulgadora de lo que todo el mundo sabe. Ciertas personas no pueden hacerse pasar por víctimas de la calumnia aunque lloren y gimán, porque sus vicios, en fuerza de ser tantos y tan grandes, han llegado a vulgarizarse.

—Es verdad —repuso Amaranta con perversa intención—. No falta quien sea prueba viva de ello. Pero hija, el vicio más feo es el de la ingratitud.

—Sí; pero ése es el vicio en que menos fácilmente pueden sentenciar los hombres.

—¡Oh!, no: también sentencian, y pronto lo veremos. Precisamente la causa del príncipe es obra pura y simplemente consumada por la ingratitud. Ya verás cómo ésta se castiga.

—Supongo —dijo Lesbia con malicia— que no querrás poner en la cárcel a todos los que estamos aquí, por haber cometido el crimen de desear el triunfo del príncipe.

—Yo no pongo a nadie en la cárcel; y los que aquí están pueden vivir tranquilos; pero quizá no esté muy segura otra persona muy amada de alguien que me escucha.

—¡Ah! —dijo imprudentemente el diplomático—, me han dicho que también Mañara está complicado en la causa.

—Creo que sí —añadió Amaranta cruelmente—; pero él fía mucho en el arrimo de elevadas personas. Y como resulten complica-

das las que se sospecha, es de esperar que no les valga ninguna clase de apoyo.

—Eso es —dijo la duquesa—. ¡Duro en ellos! Falta todavía conocer el giro que tomará este negocio; falta saber si algún suceso inesperado cambiará de improviso los términos, convirtiendo a los acusadores en acusados.

—¡Ya..., confían en Bonaparte! —afirmó Amaranta con despecho.

—¡Alto allá! —exclamó el diplomático—; entran ustedes, señoras mías, en un terreno peligroso.

—Se hará justicia —dijo mi ama—, aunque no como se desea, pues no será posible descubrirlo. Por ejemplo, hay gran empeño en averiguar quién se encargaba en transmitir a los conjurados la correspondencia del príncipe, y hasta ahora no se sabe nada. Hay sospechas de que sea alguna de las muchas damas intrigantes y coquetuelas que hay en Palacio... Hasta se han fijado en alguna; pero aún no hay suficientes pruebas.

Lesbia no dijo una palabra; pero la pícara se sonreía como quien está libre de todo temor. Después hasta se atrevió a mortificar a su enemiga de esta manera:

—Quizás por lo mismo que es intrigante y coquetuela, tenga medios de burlar a sus perseguidores. Tal vez las circunstancias le hayan proporcionado medios de desafiar y provocar a sus enemigos... Tengo deseos de saber quién es esa buena pieza. ¿Nos lo podrías decir?

—Ahora no —repuso mi ama—; pero mañana tal vez sí.

Lesbia rió a carcajadas. Amaranta mudó de conversación; la marquesa volvió a lamentar la suerte del Príncipe, y el diplomático aseguró que por nada del mundo descorrería el velo que ocultaba los designios del capitán del siglo, con lo cual dio fin la comida, y todos, menos mi ama, se retiraron a dormir la siesta.

XV

Al día siguiente, 30 de octubre, ocurrieron grandes y conmovedoras novedades, si algo podía ya ocurrir capaz de aumentar la turbación de los ánimos. Desde por la mañana me había despedido mi ama, diciéndome que fuera a dar un paseo por la octava

maravilla del mundo,¹ y al mismo tiempo me mandó visitase en su celda al padre jerónimo que había de instruirme en las letras sagradas y profanas. Ambas cosas me contentaron mucho, y más que nada el ocio de que disfrutaba para recorrer a mi antojo el edificio y sus alrededores. El primer espectáculo que se ofreció a mi curiosidad fue la salida del rey a caza, lo cual no dejó de causarme extrañeza, pues me parecía que atribulado y pesaroso Su Majestad por lo que estaba pasando, no tendría humor para aquel alegre ejercicio. Pero después supe que nuestro buen monarca le tenía tan viva afición, que ni en los días más terribles de su existencia dejó de satisfacer aquella su pasión dominante, mejor dicho, su única pasión.²

Yo le vi salir por la puerta del Norte, acompañado de dos o tres personas, entrar en su coche y partir hacia la sierra, con tanta tranquilidad como si en Palacio dejase la paz más perfecta. Sin duda debía de ser en extremo apacible su carácter y tener la conciencia más pura y limpia que los frescos manantiales de aquellas montañas. Sin embargo, aquel buen anciano, a pesar de su alta posición y de la paz que yo suponía en su interior, más me inspiraba lástima que envidia. Aquélla se aumentó cuando vi que la gente del pueblo, reunida en torno al edificio, no mostraba a su rey ningún afecto, y hasta me pareció oír murmullos en algunos grupos y frases malsonantes que hasta entonces creo no se habían aplicado a ningún soberano de esta honrada nación.

Recorriendo después las galerías bajas del Palacio y las antecámaras altas, vi a otros individuos de la regia familia, y me maravilló observar en todos la misma forma de narices colgantes que caracteriza la casta de los Borbones. El primero que tuve ocasión de admirar fue el cardenal de la Escala, don Luis de Borbón, célebre después por haber recibido el juramento de los diputados en la isla de León, y por otros hechos menos honrosos que irán saliendo a medida que avancen estas historias.³ No era el señor car-

¹ 'El Escorial'.^o

² La afición de Carlos IV a la caza heredada de su padre es célebre gracias, entre otros motivos, a los cuadros de Goya.^o

³ Luis de Borbón (1772-1823) era hijo de Luis Antonio de Borbón, hermano de Carlos III y, por tanto, pri-

mo de Carlos IV. Como presidente de la Regencia en 1813 tomaría juramento a los diputados de las Cortes de Cádiz y, al regreso de Fernando VII en 1814, lo recibiría en Valencia. Probablemente a esta última escena se refiere Galdós al hablar de sus futuros «hechos menos honrosos».^o

denal hombre grave, cubierto de canas, prenda natural de la edad y del estudio, ni representaba su rostro aquella austeridad que parece ha de ser inherente a los que desempeñan cargos tan difíciles: antes bien, era un jovenzuelo que no había llegado a los treinta años, edad en la cual Lorenzana, Albornoz, Mendoza, Siliceo y otras lumbreras de la Iglesia española no habían aún salido del convento o del seminario.⁴

Verdad es que existía la costumbre de consagrar al cardenalato a los príncipes menores que no podían alcanzar ningún reino, grande ni chico, y el señor don Luis de Borbón, primo del rey Carlos IV, fue en esto uno de los mortales más afortunados, porque con la leche en los labios empezó a disfrutar las rentas de la mitra de Sevilla, y no cumplidos aún los veintitrés, y mal digeridas las *Sentencias* de Pedro Lombardo,⁵ tomó posesión de la silla de Toledo, cuyas fabulosas rentas habría envidiado cualquier príncipe de Alemania o de Italia.

Pero cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento. Lo que hemos dicho era costumbre propia de la edad, y no es justo censurar al infante porque tomase lo que le daban. Su Eminencia, tal y como le vi descender del coche en el vestíbulo de Palacio, me pareció un mozo coloradillo, rubicundo, de mirada inexpresiva, de nariz abultada y colgante, parecida a las demás de la familia, por ser fruto del mismo árbol, y con tan insignificante aspecto, que nadie se fijara en él, si no fuera vestido con el traje cardenalicio. Don Luis de Borbón subió con gran prisa a las habitaciones regias, y ya no le vi más.

Pero mi buena estrella, que sin duda me tenía reservado el honor de conocer de una vez a toda la familia real, hizo que viera aquel mismo día al infante don Carlos, segundo hijo de nuestro rey. Este joven aún no aparentaba veinte años, y me pareció de más agradable presencia que su hermano el príncipe heredero. Yo le observé atentamente, porque en aquella época me parecía que los individuos de sangre real habían de tener en sus semblantes algo que indicase la superioridad; pero nada de esto había en el del infante don Carlos, que sólo me llamó la atención por sus

⁴ Famosos cardenales que tuvieron importante participación en la vida política e intelectual española de diversas épocas.°

⁵ Los *Cuatro libros de sentencias* del teólogo Pedro Lombardo (1100-1160) fueron base de la enseñanza teológica hasta finales de la Edad Media.

ojos vivarachos y su carita de Pascua. Este personaje varió mucho con la edad en fisonomía y carácter.⁶

También vi aquella misma tarde en el jardín al infante don Francisco de Paula, niño de pocos años, que jugaba de aquí para allí, acompañado de mi Amaranta y de otras damas; y por cierto que el infante saltando y brincando, con su traje de mameluco, completamente encarnado, me hacía reír, faltando con esto a la gravedad que es indispensable cuando se pone el pie en parajes hollados por la regia familia.⁷

Antes de bajar al jardín, habían llamado mi atención unos rios golpes de martillo que sentí en las habitaciones inferiores; después sucedieron a los golpes unos delicados sonos de zampoña, con tal arte tañida, que parecían haberse trasladado al Real Sitio todos los pastores de la Arcadia. Habiendo preguntado, me contestaron que aquellos distintos ruidos salían del taller del infante don Antonio Pascual, quien acostumbraba matar los ocios de la vida regia alternando los entretenimientos del oficio de carpintero o de encuadernador con el cultivo del arte de la zampoña.⁸ Yo me admiré de que un príncipe trabajase, y me dijeron que el don Antonio Pascual hermano menor de Carlos IV, era el más laborioso de los infantes de España, después del difunto don Gabriel, celebrado como gran humanista y muy devoto de las artes.⁹ Cuando el ilustre carpintero y zampoñista dejó el taller para dar su paseo ordinario por la huerta del Prior, en compañía de los buenos padres jerónimos que iban a buscarle todas las tardes, pude contemplarle a mis anchas, y en verdad digo que jamás vi fisonomía tan bonachona. Tenía costumbre de saludar con tanta solemnidad como cortesanía a cuantas personas le salían al paso, y yo tuve la alta honra de merecerle una bondadosa mirada y un movimiento de cabeza que me llenaron de orgullo.

Todos saben que don Antonio Pascual, que después se hizo

⁶ El infante don Carlos María Isidro (1788-1855) desencadenaría, a la muerte de su hermano Fernando, la primera guerra carlista, al no aceptar a Isabel como reina y considerarse sucesor en el trono apelando a la Ley Sálica.□

⁷ El infante don Francisco de Paula Antonio (1794-1865) era el hijo menor de Carlos IV y María Luisa; el *tra-*

je de mameluco fue uniforme de una milicia privilegiada de los sultanes de Egipto.○

⁸ El infante don Antonio Pascual (1755-1817) era el sexto hijo de Carlos III y María Amalia de Sajonia.□○

⁹ El infante don Gabriel, cuarto hijo de Carlos III y María Amalia de Sajonia, había fallecido en 1788.

célebre por su famosa despedida del valle de Josafat, parecía la bondad en persona.¹⁰ Confieso que entonces aquel príncipe casi anciano, cuya fisonomía se habría confundido con la de cualquier sacristán de parroquia, era, entre todos los individuos de la regia familia, el que me parecía de mejor carácter. Más tarde conocí cuánto me había equivocado al juzgarle como el más benévolo de los hombres. María Luisa, que le tachó de cruel en una de sus cartas, profetizó lo que había de pasar a la vuelta de Valençay, cuando el infante congregaba en su cuarto a lo más florido del partido realista furibundo.¹¹

Este pobre hombre, lo mismo que su sobrino el infante don Carlos, eran partidarios del príncipe Fernando, y aborrecían cordialmente al de la Paz; mas excusadas son estas advertencias, porque entonces ningún español amaba a Godoy, empezando por los individuos de la familia. Pero basta de digresiones y sigamos contando. Quedé, si mal no recuerdo, en el anuncio de ciertas novedades que dieron inesperado giro a los sucesos, mas no dije cuáles fueran. Parece que a eso de la una el ilustre prisionero luego que se enteró de que su padre había salido de caza, mandó a la reina un recadito, suplicándole que fuese a su cuarto, donde le revelaría cosas muy importantes. Negóse la madre; pero envió al marqués Caballero, quien recogió de labios del príncipe las declaraciones de que voy a hablar.¹²

No crean ustedes que tan estupendas nuevas eran del dominio de todos los habitantes del Escorial. Yo las supe porque Amaranta las contó al diplomático y a su hermana, y como por mi poca edad y aspecto de mozuelo distraído y casquivano, creían que yo no había de prestar atención a sus palabras, no se cuidaban de guardar reserva delante de mí.

Conforme dijo Amaranta, todas las personas reales andaban azoradas y aturcidas, porque, según las últimas declaraciones del prín-

¹⁰ El 10 de abril 1808, Fernando VII abandonó Madrid para entrevistarse con Napoleón, dejando al infante don Antonio como presidente de la Junta Suprema de Gobierno. El 3 de mayo, el infante decidió unirse al resto de la familia real en Bayona, y dejó a la Junta Suprema una breve nota que terminaba: «Dios nos la dé buena. Adiós, señores, hasta el valle de Josafat».^o

¹¹ En Valençay, el palacio de Talleyrand en que los recluyó Napoleón, compartió cautiverio con sus sobrinos Fernando y Carlos. No localizamos la carta de María Luisa a la que alude Galdós, pero sí una anterior, de 1800, en que la reina advierte a Godoy contra él.^o

¹² La similitud con las fuentes históricas es muy evidente.^o

cipe, se sabía ya con certeza que los conjurados tenían de su parte a Napoleón en persona, cuyas tropas se acercaban cautelosamente a Madrid con objeto de apoyar el movimiento.¹³ También había denunciado Fernando a sus cómplices, llamándoles *pérfidos y malvados*; y según las indicaciones que hizo, los rumores tiempo ha propalados sobre proyectos de atentar a la vida de la reina no carecían de fundamento. En cuanto al rey, los amigos del príncipe no debían de tener muy buenas intenciones respecto a él, porque éste había nombrado generalísimo de las tropas de mar y tierra al duque del Infantado en un decreto que empezaba así: *Habiendo Dios tenido a bien llamar para sí el alma del rey, nuestro padre, etc.*¹⁴

No se fijaron bien en mi imaginación estos pormenores; pero habiendo leído más tarde los incidentes de aquel proceso célebre, puedo auxiliar mi memoria con tanta eficacia, que resulte la narración de los hechos tan viva como hija del recuerdo. Lo que sí tengo presente es que Amaranta, alarmada con lo de Bonaparte, tenía gran placer en hacer consideraciones sobre la bajeza del príncipe al denunciar vilmente a sus amigos. La marquesa resistíase a creerlo, y los comentarios, que no copio por no ser enfadoso, duraron mucho tiempo.

No había aún oscurecido cuando volvió el rey de caza; hora y media después, un gran ruido en la parte baja del alcázar nos anunció la llegada de otro importante personaje. Corrí al patio grande, y ya no pude verle, porque habiendo descendido rápidamente del coche, subió por la escalera con prisa de llegar pronto arriba. Únicamente se distinguía un bulto arrebujado en anchísima capa, como persona enferma que quiere preservarse del aire; mas no me fue posible ver sus facciones.

—Es él —dijeron algunos criados que había junto a mí.

—¿Quién? —pregunté con viva curiosidad.

Entonces un pinche de la cocina, con quien había yo trabado amistad por ser el funcionario encargado de darme de comer, acercó su boca a mi oído y me dijo muy quedamente:

—El *choricero*.¹⁵

¹³ El miedo de *las personas* reales a la intervención de Napoleón a favor de Fernando es en *Lafuente* miedo de Godoy.^o

¹⁴ Sobre las declaraciones del prin-

cipe, la novela sigue fielmente las versiones históricas que Galdós pudo consultar.^o

¹⁵ En sus *Memorias*, Godoy relata que llegó al Escorial enfermo.^o

Más adelante tuve ocasión de hablar con este personaje; su pintura pertenece a otro libro.¹⁶

XVI

Seguí hablando con el pinche, por no perder tan buena coyuntura de relacionarme con la gente de escalera abajo, y pregunté a mi abastecedor cuál era la opinión más extendida en las reales cocinas sobre los sucesos del día. Afortunadamente se aproximaba la hora de cenar, y, llevándome mi amigo al aposento destinado al efecto, me hizo ver que el cuerpo de cocineros seguía a todo el país en la senda trazada por los directores del partido fernandista.

Nada más patriótico, nada más entusiasta que la actitud de aquel puñado de valientes, en cuyas cacerolas estaba, por decirlo así, el paladar de los reyes de España, y que hasta cierto punto árbitro era de su bienestar, si no de su existencia. Aunque muchos de los hombres que allí vi eran antiguos y pacíficos servidores, que no participaban de la rebelde inquietud de la gente moza, la mayor parte habían sido deslumbrados por la perruna y grotesca elocuencia de Pedro Collado, el aguador de la Fuente del Berro, ya empleado en el servicio de Fernando.¹ Este hombre, que con las gracias de su ingenio burdo se había conquistado preferente lugar en el corazón del heredero, desempeñaba al principio las funciones de espía en todas las regiones bajas de Palacio; vigilaba la servidumbre, la cual poco a poco empezó por temerle y concluyó por someterse dócilmente a sus mandatos. De este modo llegó a ser Pedro Collado, respecto a los cocineros, pinches y lacayos, un verdadero cacique, al modo de los que hoy son alma y azote de las pequeñas localidades en nuestra Península.

Cuando Pedro Collado bajaba contento, el regocijo se difundía como don celeste entre la servidumbre; cuando Pedro Collado bajaba taciturno, silencio melancólico sustituía a la anterior algazara. Cuando alguno perdía la gracia del aguador, ya podía enco-

¹⁶ La entrevista del narrador con Godoy y el retrato que de éste hace pertenecen al siguiente episodio de la serie, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*.

¹ Pedro Collado había comenzado su

carrera en palacio como barrendero en 1789; en abril de 1801, tras haber desempeñado diversas funciones, entró en el servicio del príncipe de Asturias como casiller, 'mozo encargado de limpiar los orinales'.^o

mendarse a Dios, y los que tenían la suerte de merecer su benevolencia o de servir de objeto a sus groseras bromas, ya podían considerarse con un pie puesto en la rueda de la Fortuna. Esta diosa volandera tiene los más singulares caprichos.²

Aquella noche fue para mí muy interesante, porque presencié la prisión de Pedro Collado, contra quien habían resultado cargos muy graves en las primeras actuaciones de la causa. El favorito del príncipe comunicaba a los más autorizados entre sus amigos las impresiones del día, cuando un alguacil, seguido de algunos soldados de la Guardia española, entró a prenderle. No hizo resistencia el aguador, antes bien, con la frente erguida y provocativo ademán, siguió a sus guardianes, que le condujeron a la cárcel del Sitio, porque a causa de su baja condición no podía alternar con el duque de San Carlos, ni con el del Infantado, presos en las buhardillas de la parte del edificio llamada del Noviciado.³

La prisión del aguador produjo en la cocina cierto terror y sepulcral silencio. Interrumpiéronlo después las voces de mando que, cual la de los generales en la guerra, sirven para dirigir la estrategia de las cocinas reales, no menos complicada que la de los campos de batalla. Una voz decía: «Cena del señor infante don Antonio Pascual». Y al punto la más rica menestra que ha incitado el humano apetito pasó a manos de los criados que servían en el cuarto del infante. Después se oyó la siguiente orden: «La sopa hervida y el huevo estrellado de la señora infanta doña María Josefa».⁴ Luego: «El chocolate del señor infante don Francisco de Paula», y nuevos movimientos seguían a estas palabras. Hubo un instante de sosiego, hasta que el cocinero mayor exclamó con voz solemne: «¿Está la polla asada de Su Eminencia el señor Cardenal?». Al momento funcionaron las cacerolas, y la polla, con otros sustanciosos acompañamientos fue transmitida al cuarto del arzobispo. Por último, un señor muy obeso y vestido de uniforme con galones, que era designado con el estrambótico nombre de

² Se alude a la común representación poética y plástica de la diosa Fortuna, con los ojos vendados, alas, un pie sobre una rueda y el otro en el aire. En *MAB* decía «escala» en vez de *rueda*.

³ *cárcel del Sitio*: 'cárcel del pueblo de El Escorial (Real Sitio)'; *Noviciado*:

no hemos encontrado ningún edificio del Real Monasterio con este nombre, aunque sí existe el 'Seminario', al que quizás se refiera Galdós. ^o

⁴ *La infanta doña María Josefa*, contrahecha de nacimiento, era la quinta hija de Fernando VI, tía por tanto de Carlos IV.

guardamangier,⁵ se paró en la puerta y, dirigiendo su mirada de águila hacia los cocineros, exclamó: «La cena de Su Majestad el rey». Era cosa de ver la multitud de platos que se destinaron a aliviar la debilidad estomacal,⁶ diariamente producida en la naturaleza de Carlos IV por el ejercicio de la caza. Como yo no podía apartar mis ojos de aquella rica colección de manjares, cuyo aromático vapor convidaba a comer, mi amigo el pinche me dijo:

—Descuida, Gabrielillo, que ya probaremos algo de aquellos guisos. Al rey le gusta ver muchos platos en su mesa; pero de cada uno no come más que un poquito. Algunos vuelven como han ido. Voy a preparar el agua helada.

—¿Qué es eso de agua helada? —pregunté—. ¿Y quién se alimenta con manjar de tan poca sustancia?

—El rey —me contestó—, una vez que llena bien el buche, pide un vaso de agua helada como la misma nieve; coge un panecillo, le quita la corteza, empapa bien la miga en el agua y se la come después. Jamás toma más postre que ése.

Un buen rato después de haberse pedido la cena del rey, pidieron la de la reina, y esta diferencia de tiempo llamó tanto mi atención, que pregunté a mi amigo la razón de que no comieran juntos los reyes y sus hijos.

—Calla, tonto —me dijo—, eso no puede ser. En las casas de todo el mundo, comen padres e hijos en una misma mesa. Pero aquí, no: ¿no ves que eso sería faltar a la etiqueta? Los infantes comen cada uno en su cuarto, y Su Majestad el rey, solo en el suyo, servido por los guardias. La reina es la única persona que podría comer con el rey; pero ya sabes que acostumbra comer sola por lo que callo.⁷

—¿Por qué?, dímelo a mí. Es que tendrá alguna persona que la acompañe *de occultis*.

—¡Quia!, no come delante de alma viviente ni que la maten.

—¿Ni tampoco delante de sus damas?

—Sólo la camarera que la sirve la ve comer. Te diré por qué —añadió en voz baja—. ¿Ves aquellos dientes tan bonitos que en-

⁵ oficial de palacio encargado de recibir y distribuir las viandas y llevar cuenta de la nómina de las raciones, según la etiqueta de la casa de Borgoña'.

⁶ La fórmula «era de ver» es muy

frecuente en el *Buscón* (I, 6; II, 4; II, 6; III, I...).

⁷ Galdós parece haberse documentado cuidadosamente para estos detalles.^o

seña la reina cuando se ríe? Pues son postizos, y como tiene que quitárselos para comer, no quiere que la vean.

—Eso sí que está bueno.

En efecto, lo que me dijo el pinche era cierto, y en aquellos tiempos el arte odontológico no había adelantado lo suficiente para permitir las funciones de la masticación con las herramientas postizas.

—Ya ves tú —continuó el pinche—, si tienen razón los que critican a la reina porque engaña al pueblo, haciendo creer lo que no es. ¿Y cómo ha de hacerse querer de sus vasallos una soberana que gasta dientes ajenos?

Como yo no creía que las funciones de los reyes fueran semejantes a las de un perro de presa, no pensé lo mismo que mi amigo, aunque me callé sobre el particular.

Luego pidieron la cena de Su Alteza el príncipe de la Paz, y la de los consejeros de Estado, lo cual me decidió a subir, creyendo llegada la hora de servir también la de mi ama. Se acercaba para mí el dulce momento de verla, de hablarle, de escuchar sus mandatos, de pasar junto a ella rozando mi vestido con el suyo, de embelesarme con su sonrisa y con su mirada. Ausente de ella, mi imaginación no se apartaba de tan hermoso objeto, como mariposa que rodea sin cesar la luz que la fascina. Pero muy contra mi voluntad, aquella noche Amaranta no se dignó ponerme al corriente de lo que deseaba saber respecto a mis servicios. Estaba escrito que fuera a la noche siguiente.

Aunque aún no me había acontecido en Palacio nada digno de notarse, yo estaba un sí es no es descorazonado. ¿Por qué? No podía decirlo. Encerrado en mi cuarto, y tendido sobre el angosto lecho, rebelde mi naturaleza al sueño, me puse a pensar en mi situación, en el carácter de Amaranta, que empezaba a parecerme muy raro, y en la clase de fortuna que a su lado me aguardaba. Acordéme de Inés, a quien por aquellos días tenía muy olvidada, y cuando su memoria, refrescando mi mente, me predispuso a un dulce sueño, sentía (no sé si fue engañoso efecto del sueño) unos golpecitos en mi pecho, producidos por vivas y dolorosas palpitaciones, como si una mano amiga, perteneciente a persona que deseaba entrar a toda costa, llamase a las puertas de mi corazón.

XVII

A la siguiente noche, Amaranta me mandó entrar en su cuarto. Estaba con la misma vestidura blanca de las noches anteriores. Hízome sentar a su lado en una banqueta más baja que su asiento, de modo que sólo faltaba un pequeño espacio para que sus rodillas fueran cojín de mi frente. Me puso la mano en el hombro, y dijo:

—Ahora sabré, Gabriel, si puedo contar contigo para lo que deseo. Veremos si tus facultades están a la altura de lo que he pensado de ti.

—¿Y usía ha podido olvidarlo? —repuse conmovido—. No puedo olvidar lo que me dijo usía la otra noche, y fue que otros, con menos méritos que yo, han llegado hasta subir los últimos escalones de la fortuna.

—¡Ah, pobrecillo! —dijo riendo—. Veo que sueñas con subir demasiado, y esto es peligroso, porque ya sabes lo de Ícaro.¹

Yo contesté que nada sabía de ningún señor Ícaro. Contóme ella la fábula, y luego añadió:

—La historia que te conté la otra noche no debe servirte de ejemplo, Gabriel. Después de lo que sabes, he leído un poco más y puedo seguirla.

—Quedó usía en aquello de que el joven de la guardia, a quien la sultana había hecho gran visir, daba muy mal pago a su protectora, lo cual me parece una grandísima picardía.

—Pues bien: después he leído que la sultana estaba muy arrepentida de su liviandad, y que el joven genízaro, hecho príncipe y generalísimo, era cada vez más aborrecido en todo el imperio. El sultán continuaba tan ciego como antes, y no comprendía la causa del malestar de sus vasallos. Pero ella, como mujer de agudo ingenio, conocía la tempestad que amenazaba descargar sobre la real familia. Sus damas la encontraban algunas veces llorando. Desahogando su conciencia con alguna, le hizo ver su arrepentimiento por las faltas cometidas. Mas ya parecía imposible remediarlas. El descontento de los súbditos era inmenso, y se formó un grande y poderoso bando, a cuya cabeza se hallaba el hijo mismo de los

¹ Se refiere al hijo de Dédalo, que, como se recordará, pretendió volar hasta el sol con las alas que su padre ha-

bía fabricado para escapar del laberinto; con el calor, las alas se derritieron e Ícaro, cayó al mar y murió. ^o

sultanes, con objeto de destronarles, proyectando quitarles la vida, si la vida era un estorbo para sus fines.

—¿Y el gran visir qué hacía?

—El gran visir, aunque no era hombre de pocos alcances, no sabía qué partido tomar. Todos volvían los ojos al gran Tamerlán, insigne guerrero y conquistador, que había enviado sus tropas a aquel imperio como paso para un pequeño reino que deseaba conquistar.² En él creían ver un salvador el padre y el hijo, y la sultana y el gran visir; mas como no es posible que el gran Tamerlán les favorezca a todos a un tiempo, seguramente alguno ha de equivocarse.

—Y por último, ¿a quién favoreció ese señor guerrero?

—Eso está en el final de la historia, que no he leído todavía —contestó Amaranta—; pero creo que no tardaré en conocer el desenlace, y entonces podré contártelo.

—Pues digo y repito, que si el gran visir hubiera gobernado bien a los pueblos, como los gobernaría quien yo me sé, nada de eso habría pasado. Haciendo justicia como Dios manda, esto es, castigando a los malos y premiando a los buenos, es imposible que el imperio hubiese venido a tales desdichas.³

—Pero eso ahora no nos importa gran cosa —dijo Amaranta—, y vamos a nuestro asunto.

—Sí, señora —respondí con calor—, ¿qué importan todos los imperios del mundo?

Al decir esto, creyendo que mis frases eran frigidísima expresión de lo que yo sentía, crucé las manos en la actitud más patética que me fue posible, y dando rienda suelta a la ardorosa exaltación que inflamaba mi cabeza, la expresé en palabras como mejor pude, exclamando así:

—¡Ah, señora condesa! No sólo os respeto como el más humilde de vuestros criados, sino que os adoro, os idolatro, y no os enojéis conmigo si tengo el atrevimiento de decíroslo. Arrojadme de vuestro lado, si esto os desagrada, aunque con esto conseguiríais hacer de mí un muchacho desgraciado, pero de ningún modo que dejase de amaros.

² *Tamerlán* fue un emperador mongol sucesor de Gengis Kan. Se trata aquí de una clara alusión a Napoleón.

³ De nuevo Galdós hizo pequeñas

pero abundantes correcciones estilísticas en el cuento de Amaranta; así en *MAB* esta última frase decía «el Imperio hubiese llegado a estar tan mal».

Amaranta se rió de mis aspavientos, y habló así:

—Bueno, me gusta tu adhesión. Veo que podré contar contigo. En cuanto a tus cualidades intelectuales, también las creo atendibles. Pepa me ha encomiado mucho tu facultad de observación. Parece que tienes una extraordinaria aptitud para retener en la memoria los objetos, las fisonomías, los diálogos y cuanto impresionas tus sentidos, pudiendo referirlo después puntualísimamente. Esto, unido a tu discreción, hace de ti un mozo de provecho. Si a tantas prendas se añade el respeto y amor a mi persona, de tal modo que lo sacrifiques todo a mí, y a nadie reveles lo que hagas en mi servicio...

—¡Yo revelar, señora! Ni a mi sombra, ni a mis padres, si los tuviera, ni a Dios...

—Además —añadió clavando en mí sus ojos de un modo que me mareaba—, tú eres un chico que sabe disimular...

—Perfectísimamente.

—Y observar, y enterarte de cuanto hay alrededor tuyo..., todo sin excitar sospechas.

—Estoy seguro de poseer todas esas cualidades.

—Pues lo primero que has de hacer cuando volvamos a Madrid, es ponerte al servicio de tu antigua ama.

—¿Cómo? ¿De mi antigua ama?

—Tonto, eso no quiere decir que dejes de servirme a mí. Al contrario, irás todas las noches a casa, donde nos veremos. Aunque no en apariencia, en realidad estarás siempre a mi servicio, y te recompensaré liberalmente.

—¿De modo que si sirvo a la cómica es...?

—Para evitar sospechas.

—¡Oh! ¡magnífico! sí, sí, ya comprendo. Así nadie podrá decir...

—Justo. Y en casa de tu ama observarás con muchísima atención lo que allí pasa, quién entra, quién sale, quién va por las noches...; en fin, todo.

—¿Y con qué objeto? —pregunté algo desconcertado, no comprendiendo por qué me quería convertir en inquisidor.

—El objeto no te importa —contestó mi dueña—. Además (y esto es lo principal), en el teatro has de vigilar cuidadosamente a Isidoro Máiquez, y siempre que éste te dé alguna carta amorosa para tu ama, me la traerás a mí primero, y después de enterarme de ella, te la devolveré.

Estas palabras me dejaron perplejo, y creyendo no haber com-

prendido bien su misterioso sentido, roguéla que me la explicara.

—Oye bien otra cosa —prosiguió—. Lesbia continúa en relaciones con Isidoro, aunque quiere a otro, y yo sé que cuando ella vuelva a Madrid, se darán cita en casa de la González. Tú observarás todo lo que allí pase, y si consigues con tu ingenio y travesura, que sí lo conseguirás, hacerte mensajero de sus amores, y siéndolo, me tienes al tanto de todo, me harás el mayor servicio que hoy puedo recibir, y no tendrás que arrepentirte.

—Pero... pero... no sé cómo podré yo... —dije lleno de confusiones.

—Es muy fácil, tontuelo. Tú vas al teatro todas las tardes. Procura que la duquesa te crea un chico servicial y discreto; ofrécete, si es preciso, a servirla; haz ver a Isidoro que no tienes precio para llevar un recado secreto, y los dos te tomarán por emisario de sus amores. En tal caso, cuando cojas una esquila amorosa del uno y del otro, me la traes, y punto concluido.

—¡Señora —exclamé sin poder volver de mi asombro—, lo que usía exige de mí es demasiado difícil!

—¡Oh! ¡qué salida! Pues me gusta la disposición del chico. ¿Y aquello de te amo y te adoro...? ¿Pero te has vuelto tonto? Lo que ahora te mando no es lo único que exijo de ti. Ya sabrás lo demás. Si en esto que es tan sencillo, no me obedeces, ¿cómo quieres que haga de ti un hombre respetable y poderoso?

Aún pensaba yo que el papel que Amaranta quería hacerme representar a su lado no era tan bajo ni tan vil como de sus palabras se deducía, y aún le pedí nuevas explicaciones, que me dio de buen grado, dejándome, como dice el vulgo, completamente aplastado. La proposición de Amaranta me arrojó desde la cumbre de mi soberbia a la profunda sima de mi envilecimiento.

No era posible, sin embargo, protestar contra éste, y tenía necesidad de afectar servil sumisión a la voluntad de mi ama. Yo mismo me había dejado envolver en aquellas redes; era preciso salir de ellas escapándome astutamente por una malla rota y sin intentar romperla con violencia.

—¿Pero cree usía —dije, tratando de poner orden en mis ideas— que en esa ocupación no perderé la dignidad que, según dicen, debe tener todo aquel que aspira a ocupar en el mundo una posición honrosa?

—Tú no sabes lo que te dices —me contestó, moviendo con donaire su hermosa cabeza—. Al contrario, lo que te propongo

será la mejor escuela para que vayas aprendiendo el arte de medrar. El espionaje aguzará tu entendimiento, y bien pronto te encontrarás en disposición de medir tus armas con los más diestros cortesanos. ¿Tú has pensado que podrías ser hombre de pro sin ejercitarte en la intriguilla, en el disimulo y en el arte de conocer los corazones?

—¡Señora —repuse—, qué escuela tan espantosa!

—Es indudable que te pintas solo para observar y que asombrosamente das cuenta de cuanto ves.⁴ Esto, y algo que he notado en ti, me ha hecho creer que eras un muchacho de facultades. ¿No dices que tienes ambición?

—Sí, señora.

—Pues para medrar en los palacios no hay otro camino que el que te propongo. Supongamos que desempeñas satisfactoriamente la comisión indicada: en este caso volverás a mi lado y serás mi paje. Casi siempre vivo en Palacio; ya ves si tienes ocasión de lucirte. Un paje puede entrar en muchas partes; un paje está obligado a ser galán de las doncellas de las camaristas y damas de palacio, lo cual le pone en disposición de saber secretos de todas clases. Un paje que sepa observar, y que al mismo tiempo tenga discreción y prudencia, junto con una exterioridad agradable, es una potencia de primer orden en Palacio.⁵

Tales razones me tenían de tal modo confuso, que no sabía qué contestar.

—¡Cuántos hombres insignes ves tú por ahí que empezaron su carrera de simples pajes! Paje fue el marqués Caballero, hoy ministro de Gracia y Justicia, y pajes fueron otros muchos. Yo me encargaré de sacarte una ejecutoria de nobleza,⁶ con la cual y mi valimiento podrás entrar después en la guardia de la real persona. Ésta sería una nueva faz de tu carrera. Un paje puede escurrirse tras una cortina para oír lo que se dice en una sala; un paje

⁴ La frase fue muy corregida por Galdós: en lugar de *Es indudable* en *M* se leía «Pepa me ha dicho»; en *MAB* decía «dar cuenta de todo cuanto ves de un modo asombroso, que cambió en *I* por «dar cuenta asombrosamente de cuanto ves» y de nuevo en *T* por la versión definitiva.

⁵ La capacidad de observación es común a varios protagonistas de los *Epi-*

sodios nacionales. En *Amadeo I*, existe una escena que parece recrear ésta, cuando Mariclió, irónica musa de la historia galdosiana, trata de convencer a Tito Liviano, narrador-protagonista del episodio, de que se ponga a su servicio como observador y confidente.

⁶ 'documento real que certifica la pertenencia y el grado de nobleza de una persona'.

puede traer y llevar recados de gran importancia; un paje puede recibir de una doncella secretos de Estado; pero un guardia puede aún mucho más, porque su posición es más interior. Si tiene las cualidades que adornaron al paje, su poder es extraordinario: puede bienquistarse con damas de la Corte, que siempre son charlatanas; puede hacerse un sinnúmero de amigos en estas regiones, diciendo aquí lo que oyó más allá, adornando las noticias a su modo y pintando los hechos como le convenga. Tiene el guardia una ventaja que no poseen los reyes mismos, y es que éstos no conocen más que el palacio en que viven, razón por la cual casi nunca gobiernan bien, mientras aquél conoce el palacio y la calle, la gente de fuera y la de dentro, y esta ciencia general le permite hacerse valer en una y otra parte, y pone en sus manos un número infinito de resortes. El hombre que los sabe manejar aquí, es más poderoso que todos los poderosos de la tierra, y silenciosamente, sin que lo adviertan esos mismos que por ahí se dan tanto tono llamándose ministros y consejeros, puede llevar su influjo hasta los últimos rincones del reino.

—¡Señora —exclamé—, cuán distinto es todo esto de lo que yo me había figurado!

—A ti —añadió— te parecerá que esto no es bueno. Pero así lo hemos encontrado, y puesto que no está en nuestra mano reformarlo, siga como hasta aquí.

—¡Ah, cuán necio fui! —exclamé—. Confieso que, alucinado por mi disparatada imaginación, tuve locos y ridículos pensamientos, aunque ahora caigo en que deben ser propios de mi poca edad e ignorancia. Es verdad que yo creía que tonto y vano y humilde como soy, podría imitar a otros muchos en su innmercido encumbramiento. Tanto he oído hablar de la buena fortuna de algunos necios, que dije: «Pues precisamente todos los necios deben hacer fortuna». Pero para conseguir esto, yo me representaba medios nobles y decentes, y decía: «¿Quién me quita a mí de llegar a ser lo que otros son? De ellos me diferenciaré en que si algún día tengo poder, he de emplearlo en el bien, premiando a los buenos y castigando a los malos, haciendo todas las cosas como Dios manda y como me dice el corazón que deben hacerse». Nunca pensé ser hombre de fortuna de otra manera; y si pensé en la necesidad de hacer algo malo, creí sería de eso que no deshonra, tal y como desafiarse, amar a una dama en secreto sin decirselo a nadie, reventar siete caballos para ir de aquí a Aranjuez

en busca de una flor, matar a los enemigos del rey, y otras cosas por el mismo estilo.

—¡Ah! esos tiempos pasaron —dijo Amaranta, riendo de mi simplicidad—. Veo que tienes sentimientos elevados; pero ya no se trata de eso. Tus escrúpulos se irán disipando cuando a las dos semanas de estar a mi servicio conozcas las ventajas de vivir aquí. Además, esto te proporcionará en adelante la satisfacción de hacer el bien a muchos que lo soliciten.

—¿Cómo?

—¡Oh!, muy fácilmente. Mi doncella ha conseguido en esta semana dos canónjías, un beneficio simple y una plaza de la Contaduría de espolios y vacantes.⁷

—¿Pues qué —pregunté con el mayor asombro—, las criadas nombran los canónigos y los empleados?

—No, tontuelo, los nombra el ministro; pero ¿cómo puede desatender el ministro una recomendación mía, ni cómo desatiendo yo a una muchacha que sabe peinarme tan bien?

—Un amigo mío muy respetable, está solicitando desde hace catorce años un miserable destino, y aún no lo ha podido conseguir.

—Dime su nombre y te probaré que, aun sin quererlo, ya comienzas a ser un hombre de influencia.

Díjale el nombre del padre Celestino del Malvar, con la plaza que pretendía, y ella apuntó ambas cosas en un papel.

—Mira —dijo después, señalándome sus cartas—; son tantos los negocios que traigo entre manos, que no sé cómo podré despacharlos. La gente de fuera ve a los ministros muy atareados, y dándose aire de personas que hacen alguna cosa. Cualquiera creería que esos personajes cargados de galones y de vanidad sirven para algo más que para cobrar sus enormes sueldos; pero no, nada de esto hay. No son más que ciegos instrumentos y maniqués que se mueven a impulsos de una fuerza que el público no ve.

—Pero el príncipe de la Paz, ¿no es más poderoso que los mismos reyes?

—Sí, mas no tanto como parece. Danle fuerza las raíces que tiene acá dentro, y como éstas son profundas, como se agarran a una fértil tierra, como no cesamos de regarlas, de aquí que este

⁷ *beneficio simple*: 'cargos que llevan una renta'; *Contaduría de espolios y vacantes*: 'oficina donde se llevan las

cuentas de bienes de los obispados (*espolios*) y de las plazas no ocupadas por nadie'.

árbol frondoso extienda sus ramas fuera de aquí con gran lozanía. Godoy no debe nada de lo que tiene a su propio mérito; débelo a quien se lo ha querido dar, y ya comprendes que será fácil quitárselo de improviso. No te dejes nunca deslumbrar por la grandeza de esos figurones a quienes el vulgo admira y envidia; su poderío está sostenido por hebras de seda, que las tijeras de una mujer pueden cortar. Cuando hombres como Jovellanos han querido entrar aquí, sus pies se han enredado en los mil hilos que tenemos colgados de una parte a otra, y han venido al suelo.

—Señora —dije, dominado por amarga pesadumbre—, yo dudo mucho que tenga ingenio para desempeñar lo que usía me encarga.

—Ya sé que lo tendrás. Ejercítate primero en la embajada que te he dado cerca de la González; proporcióname lo que necesito, y luego podrás hacer nuevas proezas. Tú harás de modo que se aficione a ti alguna persona de Palacio; fingirás luego que estás cansado de mi servicio; yo haré el papel de que te despido, y tú entrarás al servicio de esa otra persona, con la que alguna vez hablarás mal de mí para que no sospeche la trama; entretanto, diligente observador de cuanto pase en el cuarto de tu nueva y aparente ama, lo contarás todo a la verdadera, a la antigua, que será siempre yo, tu bienhechora y tu providencia.⁸

Ya me fue imposible oír con calma una tan descarada y cínica exposición de las intrigas, en que era la condesa consumada maestra, y yo catecúmeno aún sin bautismo. Una elocuente voz interior protestaba contra el vil oficio que se me proponía, y la vergüenza, agolpando la sangre en mi rostro, me daba una confusión, un embarazo, que entorpecían mi lengua para la negativa. Levantéme, y con voz trémula di a la condesa mis excusas, diciendo otra vez que no me creía capaz de desempeñar tan difíciles cometidos. Ella volvió a reír, y me dijo:

—Esta noche, aunque es hora muy avanzada, quizás celebren una conferencia en este mi cuarto dos personajes ha tiempo reñidos, y a quienes yo trato de reconciliar. Hablarán solos, y, en tal caso, espero que tú, escondido tras el tapiz que conduce a mi alcoba, lo oirás todo para contármelo después.

—Señora —dije—, me ha entrado de repente un vivísimo dolor

⁸ Ya *I* eliminé «Pero no nos ocupemos más que de lo que te he dicho», que figuraba a continuación en *AB*,

y en cuyo lugar *M* decía «Pero no pensemos más que en lo que te he dicho».

de cabeza; si usía me permitiera retirarme, se lo agradecería en el alma.

—No —repuso, mirando un reloj—, porque tengo que salir ahora mismo, y es preciso que estés en vela y aguardes aquí. Volveré pronto.

Esto diciendo, llamó a la doncella, pidió su cabriolé, especie de manto que entonces se usaba;⁹ la doncella trajo dos, y envolviéndose cada cual en el suyo, salieron con presteza, dejándome solo.

XVIII

No era fácil definir la situación de mi espíritu. Un frío glacial invadió mi pecho, como si una hoja de finísimo acero lo atravesara.¹ La brusca y rápida mudanza verificada en mis ideas respecto de Amaranta era tal, que todo mi ser se estremeció sintiendo vacilar sus ignorados polos, como un planeta cuya ley de movimiento se trastorna de improviso. Amaranta era, no una mujer traviesa e intrigante, sino la intriga misma; era el demonio de los palacios, ese temible espíritu por quien la sencilla y honrada historia parece a veces maestra de enredos y doctora de chismes; ese temible espíritu que ha confundido a las generaciones, enemistado a los pueblos, envileciendo lo mismo las monarquías que las repúblicas, lo mismo los gobiernos despóticos que los libres; era la personificación de aquella máquina interior para el vulgo desconocida, que se extiende desde la puerta de Palacio hasta la cámara del rey, y de cuyos resortes, por tantas manos tocados, penden honras, haciendas, vidas, la sangre generosa de los ejércitos y la dignidad de las naciones; era la granjería, la venalidad, el cohecho, la injusticia, la simonía, la arbitrariedad, el libertinaje del mando, todo esto era Amaranta;² y, sin embargo, ¡cuán hermosa! hermosa como el pecado, como las bellezas sobrehumanas con que Satán tentaba la castidad de los padres del yermo;³ hermosa como todas las tentaciones que trastornan el juicio al débil varón y como

⁹ *cabriolé*: 'manto femenino, con mangas o con aberturas para los brazos'.

¹ La frase parece inspirada en Bécquer.^o

² *granjería*: 'ganancia que se obtiene traficando'; *cohecho*: 'soborno'; *si-*

monía: 'compraventa de cargos'.

³ 'los eremitas'; «se les dio este nombre a los ermitaños antiguos que vivían en los yermos y desiertos, y frecuentemente se decían padres del yermo» (*Autoridades*).^o

los ideales que compone en su iluminado teatro la embaucadora fantasía, cuando intenta engañarnos alevosamente, cual a chiquitines que creen ciertas y reales las figuras de magia.

Una luz brillante me había deslumbrado; quise acercarme a ella, y me quemé. Mi sensación fue, si se me permite expresarlo así, la de una quemadura en el alma.

Cuando se iba disipando el aturdimiento en que me dejó mi ama, sentí una viva indignación. Su misma hermosura, que ya me parecía terrible, a separarme de ella me compelia. «Ni un día más estaré aquí; me ahoga esta atmósfera, y me da espanto esta gente», exclamé, dando paseos por la habitación, y declamando con calor, como si alguien me oyera.

En el mismo momento sentí tras la puerta ruido de faldas y cuchicheo de algunas mujeres. Creí que mi ama estaría de vuelta. La puerta se abrió y entró una mujer, una sola: no era Amaranta.

Aquella dama, pues lo era, y de las más esclarecidas, a juzgar por su porte distinguidísimo, se acercó a mí y me preguntó con extrañeza:

—¿Y Amaranta?

—No está —respondí bruscamente.

—¿No vendrá pronto? —dijo con zozobra, como si el no encontrar a mi ama fuese para ella una gran contrariedad.

—Eso es lo que no puedo decir a usted. Aunque sí..., ahora caigo en que dijo que volvería pronto —contesté de muy mal talante.

La dama se sentó sin decir más. Yo me senté también y apoyé la cabeza entre las manos. No extrañe el lector mi descortesía, porque el estado de mi ánimo era tal, que había tomado repentino aborrecimiento a toda la gente de Palacio, y ya no me consideraba criado de Amaranta.

La dama, después de esperar un rato, me interrogó imperiosamente:

—¿Sabes dónde está Amaranta?

—He dicho que no —respondí con la mayor displicencia—. ¿Soy yo de los que averiguan lo que no les importa?

—Ve a buscarla —dijo la dama, no tan asombrada de mi conducta como debiera estarlo.

—Yo no tengo que ir a buscar a nadie. No tengo que hacer más que irme a mi casa.

Yo estaba indignado, furioso, ebrio de ira. Así se explican mis bruscas contestaciones.

—¿No eres criado de Amaranta?

—Sí y no... pues...

—Ella no acostumbra salir a estas horas. Averigua dónde está, y dile al instante que venga —ordenó la dama con mucha inquietud.

—Ya he dicho que no quiero, que no iré, porque no soy criado de la condesa —respondí—. Me voy a mi casa, a mi casita, a Madrid. ¿Quiere usted hablar a mi ama? Pues búsquela por Palacio. ¿Han creído que soy algún monigote?

La dama dio tregua por un momento a su zozobra para pensar en mi descortesía. Pareció muy asombrada de oír tal lenguaje, y se levantó para tirar de la campanilla. En aquel momento me fijé por primera vez atentamente en ella, y pude observar que era, poco más o menos, de este modo:

Edad que pudiera fijarse en el primer período de la vejez, aunque tan bien disimulada por los artificios del tocador, que se confundía con la juventud, con aquella juventud que se desvanece en las últimas etapas de los cuarenta y ocho años; estatura mediana y cuerpo esbelto y airoso, realzado por esa suavidad y ligereza de andar que, si alguna vez se observan en las chozas, son por lo regular cualidades propias de los palacios. Su rostro, bastante arrebolado, no era muy interesante, pues aunque tenía los ojos hermosos y negros, con extraordinaria viveza y animación, la boca lo afeaba bastante, por ser de estas que con la edad se hienden, acercando la nariz a la barba. Los finísimos, blancos y correctos dientes no conseguían embellecer una boca que fue airosa, si no bella, veinte años antes.

Las manos y brazos, por lo que de éstos se descubriría, advertí que eran a su edad las mejores joyas de su persona y las únicas prendas que del naufragio de una regular hermosura habían salido incólumes.⁴ Nada notable observé en su traje, que no era rico, aunque sí elegante y propio del lugar y la hora.

Abalanzóse, como he dicho, a tirar de la campanilla, cuando de improviso, y antes de que aquélla sonase, se abrió de nuevo la puerta y entró mi ama. Recibióla la visitante con mucha alegría, y no se acordaron más de mí, sino para mandarme salir.

⁴ En vez de *habían salido incólumes*, en *MABI* figuraba «se habían salvado».^o

Retiréme pasando a la pieza inmediata, por donde debía dirigirme a mi cuarto, cuando el contacto del tapiz deslizándose sobre mi espalda al atravesar la puerta, despertó en mí la olvidada idea de las escuchas y del espionaje que Amaranta me había encargado. Detúveme, y el tapiz me cubrió perfectamente: desde allí se oía todo con completa claridad.

Hice intención de alejarme por no incurrir en las mismas faltas que tan feas me parecieron; pero la curiosidad venció mi discreción, y no me moví. Tan cierto es que la malignidad de nuestra naturaleza puede a veces más que todo. Al mismo tiempo el rencorillo, el despecho, el descorazonamiento que yo sentía me impulsaba a ejercer sobre mi ama la misma pérfida vigilancia que ella me encomendaba sobre los demás.

—¿No me mandas aplicar el oído? —dije para mí, recreándome en mi venganza—. Pues ya lo aplico.

La dama desconocida había proferido exclamaciones de desconuelo, y hasta me pareció que lloraba. Después, alzando la voz, dijo con ansiedad:

—Pero es preciso que en la causa no aparezca Lesbia.⁵

—Será muy difícil eliminarla, porque está averiguado que ella era quien transmitía la correspondencia —contestó mi ama.

—Pues no hay otro remedio —continuó la dama—. Conviene que Lesbia no figure para nada, ni preste declaraciones. No me atrevo yo a decírselo a Caballero; pero tú con habilidad puedes hacerlo.

—Lesbia —dijo Amaranta— es nuestro más terrible enemigo. La causa del príncipe ha sido en su vil carácter un pretexto más bien que una causa para hostilizarnos. ¡Qué de infamias cuenta! ¡Qué de absurdos propala! Su lengua de víbora no perdona a quien ha sido su bienhechora, y también se ensaña conmigo, de quien ha contado horrores.

—Contará lo de marras⁶ —repuso la dama de la boca hendida—. Cometiste la gran falta de confiarle aquel secreto de hace quince años, que nadie sabía.

—Es verdad —dijo mi ama, meditabunda.

—Pero no hay que asustarse, hija —añadió la otra—. La enor-

⁵ en la causa: 'en el proceso judicial'.

⁶ La locución, «vulgar desde la época clásica», según *Corominas*, sustitui-

yó en *ABIT* a «lo que sabes», que figuraba en *M*; el cambio ayuda a la caracterización de la dama.

midad y el número de las faltas supuestas que nos atribuyen nos sirven de consuelo y de expiación por las que realmente hayamos cometido, las cuales son tan pocas, comparadas con lo que se dice, que casi no debe pensarse en ellas. Es preciso que Lesbia no aparezca para nada en la causa. Advérteselo a Caballero; mañana podrían prenderla, y si declara, puede vengarse mostrando pruebas terribles contra mí. Esto me tiene desesperada: conozco su descarro, su atrevimiento, y la creo capaz de las mayores infamias.

—Ella es dueña sin duda de secretos peligrosos, y quizás conserve cartas o algún objeto.

—Sí —respondió con agitación la desconocida—. Pero tú lo sabes todo; ¿a qué me lo preguntas?

—Pues con harto dolor de mi corazón le diré a Caballero que la excluya de la causa. La pícara se jactaba ayer aquí mismo de que no pondrían la mano sobre ella.

—Ya se nos presentará otra ocasión... Dejarla por ahora. ¡Ah! bien castigada está mi impremeditación. ¿Cómo fui capaz de fiarme de ella? ¿Cómo no descubrí bajo la apariencia de su jovialidad y ligereza, la perfidia, la doblez de su corazón? Fui tan necia, que su gracia me cautivó; la complacencia con que me servía en todo acabó de seducirme, y me entregué a ella en cuerpo y alma. Recuerdo cuando las tres salíamos juntas de Palacio en aquella breve temporada que pasamos en Madrid hace cinco años. Pues luego he sabido que una de aquellas noches avisó a cierta persona el punto adonde íbamos, para que me viera, y me vio... Nosotros no advertimos nada; no conocimos que Lesbia nos vendía, y hasta mucho después no descubrí su falsedad por una singular coincidencia.

—Ese estúpido y presuntuoso Mañara —dijo mi ama— le ha trastornado el juicio.

—¡Ah! ¿no sabes que en el Cuerpo de guardia se ha jactado ese miserable de que ha sido amado por mí, añadiendo que me despreció? ¿Has visto? ¡Si yo jamás he pensado en semejante hombre, ni creo haber siquiera reparado en él! ¡Ay Amaranta! Tú eres joven aún; tú estás en el apogeo de la hermosura; sírvate de lección. Cada falta que se comete, se paga después con la vergüenza de las cien mil que no hemos cometido y que nos imputan.⁷

⁷ Es cierto que el carácter alegre y apasionado de María Luisa desde su llegada a la austera Corte de Carlos III

dio lugar a un sin fin de exageraciones aprovechadas por intereses políticos diversos.^o

Y ni aún en la conciencia tenemos fuerzas para protestar contra tantas calumnias, porque una sola verdad entre mil calumnias nos confunde mayormente si nos vemos acusadas por nuestros propios hijos.

Al decir esto me pareció que lloraba. Después de breve pausa, Amaranta continuó así la conversación:

—Ese necio Mañara, que no sabe hablar más que de toros, de caballos y de su nobleza, ha tenido el honor de cautivar a Lesbia; tal para cual... Él es quien la ha inducido a andar en tratos con los del príncipe, y entre los dos se han encargado de la transmisión de la correspondencia.

—¿Pero no me dijiste —preguntó vivamente la desconocida— que Lesbia estaba en relaciones con Isidoro?

—Sí —contestó mi ama—; pero este amor, que ha durado poco tiempo, ha sido un interregno, durante el cual Mañara no bajó del trono. Lesbia amó a Isidoro por vanidad, por coquetería, y continúa en relaciones con él. Isidoro está locamente enamorado, y ella se complace en avivar su amor, divirtiéndose con los martirios del pobre cómico.

—¿Y no has pensado que se podría sacar partido de esos dobles amores?

—¡Ya lo creo! Isidoro y Lesbia se ven en casa de la González y en el teatro.

—Puedes hacer que Mañara los descubra y...

—No; mi plan es mejor aún. ¿Qué importa Mañara? Yo quiero apoderarme de alguna carta o prenda que Lesbia entregue a cualquiera de sus dos amantes, para presentarla a su marido, el cual, a pesar de su misantropía, si llegara a saber con certeza las gracias de su mujer, vendría a poner orden en la casa.

—Indudablemente —dijo la desconocida, animándose por grados—. ¿Y qué piensas hacer?

—Según lo que den de sí las circunstancias. Pronto volveremos a Madrid, porque en casa de la marquesa se prepara una representación de *Otelo* en que Lesbia hará el papel de Edelmira, Isidoro el suyo, y los demás corren a cargo de jóvenes aficionados.

—¿Y cuándo es la representación?

—Se ha aplazado, porque falta un papel, que ninguno quiere desempeñar, por ser muy desairado; mas creo que pronto se encontrará actor a propósito, y la función no puede retardarse. El duque ha prometido dejar sus estados para asistir a ella. La reu-

nión de todas estas personas ha de facilitar mucho una combinación ingeniosa que nos permita castigar a Lesbia como se merece.

—¡Oh! sí; hazlo por Dios. Su ingratitud es tal, que no merece perdón. ¿Sabes que es ella quien me ha acusado de haber querido asesinar a Jovellanos?

—Sí, lo sabía.

—¡Ves qué infamia! —añadió la desconocida, indicando en el tono de su voz la ira que la dominaba—. Verdad es que aborrezco a ese pedante, que en su fatuidad se permite dar lecciones a quien no las necesita ni se las ha pedido; pero me parece que su encierro en el castillo de Bellver es suficiente castigo, y jamás han pasado por mi mente proyectos criminales, cuya sola idea me horroriza.⁸

—Lesbia se ha dado tan buena maña para propalar lo del envenenamiento, que todo el mundo lo cree —dijo Amaranta—. ¡Ah, señora, es preciso castigar duramente a esa mujer!

—Sí; pero no incluyéndola en la causa; eso redundaría en perjuicio mío. Manuel me lo advirtió esta tarde con mucho empeño, y es preciso hacer lo que él dice. Por su parte, Manuel le causa todo el daño que puede. Desde que supo las infamias que contaba de mí, dejó cesantes a todos los que habían recibido destino por recomendación suya.⁹ Esta prueba de afecto me ha enternecido.

—No sería malo que Mañara sintiera encima la mano de hierro del generalísimo.

—¡Oh!, sí. Manuel me ha prometido buscar algún medio para que se le forme causa y sea expulsado del Cuerpo.¹⁰ ¡Oh! Manuel no se descuida; después que nos reconciliamos por tu mediación, su complacencia y finura conmigo no tienen límites. No, no existe otro que como él comprenda mi carácter y posea el arte de las buenas formas aun para negar lo que se le pide. Ahora precisamente estoy en lucha con él para que me conceda una mitra.

—¿Para mi recomendado el capellán de las monjas de Pinto?¹¹

⁸ La animosidad de María Luisa hacia Jovellanos es bien conocida y se refleja con claridad en la correspondencia de la reina con Godoy. También existió el rumor de que en la Corte se había intentado envenenar a Jovellanos.^o

⁹ cesantes: 'empleados del gobierno a quienes se priva de su empleo'.^o

¹⁰ Después de *Cuerpo* se eliminó

«como se hizo con aquellos dos que nos conocieron cuando fuimos disfrazadas a la verbena de Santiago», que figuraba en *MAB*.^o

¹¹ En *Pinto*, entonces pueblo muy cercano a Madrid, estaría prisionero Godoy al año siguiente, tras el motín de Aranjuez, y de allí provenía la protagonista del sainete *Inesilla la de Pinto* (1770), de Cruz.

—No; es para un tío de Gregorilla, la hermana de leche del chiquitín.* Ya ves: se le ha puesto en la cabeza que su tío ha de ser obispo, y verdaderamente no hay motivo alguno para que no lo sea.

—¿Y el príncipe se opone?

—Sí; dice que el tío de Gregorilla ha sido contrabandista hasta que se ordenó, hace dos años, y que es un ignorante. Tiene razón, y el candidato no es por su sabiduría ninguna lumbrera de la cristiandad; pero, hija, cuando vemos a otros..., y si no, ahí tienes a mi primo, el cardenalito de la Escala,** que no sabe más latín que nosotras, y si le examinaran, creo que ni aun para monaguillo le darían el *exequatur*.¹²

—Pero ese nombramiento lo ha de hacer Caballero —dijo Amara— ¿Se opone también?

—Caballero, no. Ése es mi gran amigo. Desde que supo formar causa y mandar a presidio al guardia y al paisano que nos conocieron cuando fuimos disfrazadas a la verbena de Santiago, le estoy muy agradecida. Caballero no hace sino lo que queremos, y capaz sería de convertir en regentes de las Audiencias a los puntilleros de la Plaza de Toros si se lo mandáramos.¹³ Es un buen sujeto, que cumple con su deber con la docilidad del verdadero ministro. El pobrecito se interesa mucho por el bien de la nación.

—Pues él puede dar la mitra por sí y ante sí al tío de Gregorilla.

—No; Manuel se opone, ¡y de qué manera! Pero yo he discurredo un medio de obligarle a ceder. ¿Sabes cuál? Pues me he valido del tratado secreto celebrado con Francia, que se ratificará en Fontainebleau dentro de unos días. Por él dan a Manuel la soberanía de los Algarbes; pero nosotros no estamos aún decididos a consentir en el reparto de Portugal, y le he dicho: «Si no haces obispo al tío de Gregorilla, no ratificaremos el tratado, y no serás rey de los Algarbes». Él se ríe mucho con estas cosas más; pero al fin..., ya verás cómo consigo lo que deseo.

—Y mucho más cuando estos nombramientos contribuyen a

* Don Francisco de Paula. (*N. del A.*)

** El cardenal infante don Luis de Borbón, arzobispo de Toledo. (*N. del A.*)

¹² 'visto bueno'; el latinismo designa el pase que daba la autoridad civil a los documentos pontificios para su observancia.

¹³ *regentes de las Audiencias*: 'magistrados que presidían las audiencias territoriales'; *puntilleros*: 'encargados de rematar al toro'. □

fortificar nuestro partido. ¿Pero él no conoce que el del príncipe es cada vez más fuerte?

—¡Ah! Manuel está muy disgustado —afirmó la desconocida con tristeza—; y lo que es peor, muy acobardado. Afirma que esto no puede concluir en bien, y tiene presentimientos horribles. Estos sucesos le han puesto muy triste, y dice: «Yo he cometido muchas faltas, y el día de la expiación se acerca». ¡Pero qué bueno es! ¿Crearás que disculpa a mi hijo, diciendo que le han engañado y envilecido los amigos ambiciosos que le rodean? ¡Ah! mi corazón de madre se desgarró con esto; pero no puedo atenuar la falta del príncipe. Mi hijo es un infame.

—¿Y él espera conjurar fácilmente tantos peligros? —preguntó mi ama.

—No lo sé —repuso la desconocida tristemente—. Manuel, como te he dicho, está muy descorazonado. Aunque cree castigar pronto y ejemplarmente a los conjurados, como hay algo que está por encima de todo esto y que...

—Bonaparte, sin duda.

—No; Bonaparte creo que estará de nuestro lado, a pesar de que el príncipe le presenta como amigo suyo. Manuel me ha tranquilizado en este punto. Si Bonaparte se enojase con nosotros, le daríamos veinte o treinta mil hombres, para que los sacase de España, como sacó los de la Romana.¹⁴ Eso es muy fácil y a nadie perjudica. Lo que nos entristece es otra cosa: es lo que pasa en España. Según me ha dicho Manuel, todos aman al príncipe y le creen un dechado de perfecciones, mientras que a nosotros, al pobre Carlos y a mí, nos aborrecen. Parece mentira. ¿Qué hemos hecho para que así nos odien? Francamente, te digo que esto me tiene afectada, y estoy resuelta a no ir a Madrid en mucho tiempo. Te juro que aborrezco Madrid.¹⁵

—Yo no participo de ese temor —dijo Amaranta—, y espero que, castigados los conspiradores, la mala hierba no volverá a retoñar.

¹⁴ Contingente de tropas españolas al mando del marqués de la *Romana* que España envió a finales de abril de 1807 en apoyo del ejército francés contra la Cuarta Coalición. Tal envío formaba parte de las exigencias de Napoleón que Carlos IV y Godoy se

apresuraron a cumplir para desagrar al emperador francés por la proclama de octubre de 1806.^o

¹⁵ Es un hecho histórico que Carlos IV y María Luisa procuraban evitar su estancia en Madrid cada vez con mayor interés.^o

—Manuel trabajará sin descanso: así me lo ha dicho. Pero es preciso que se evite todo lo que pueda escandalizar, y sobre todo, lo que resulte desfavorable. Por eso esta noche en cuanto llegó Manuel, vino a suplicarme que por conducto tuyo hiciese arrancar de la causa todo lo relativo a Lesbia, que es poseedora de documentos terribles, y se vengaría cruelmente en sus declaraciones. Ya sabes que tiene imaginación muy viva, y sabe inventar enredos con gran arte. Desde que Manuel me habló hasta que te he visto, no he sosegado un momento. Pero ni él ni yo podemos hablar de esto con Caballero:¹⁶ háblale tú, y arrégalo con tu buen juicio y habilidad. ¡Ah! Se me olvidaba. Caballero desea el Toisón de Oro:¹⁷ ofrécsele sin cuidado, que aunque no es hombre para cargar tal insignia, no habrá reparo en dársela, si se hace acreedor a ella con su lealtad. ¿Harás lo que te digo?

—Sí, señora. No habrá nada que temer.

—Entonces me retiro tranquila. Confío en ti ahora como siempre —dijo la desconocida levantándose.

—Lesbia no será llamada a declarar; pero no nos faltará ocasión de tratarla como se merece.

—Pues adiós, querida Amaranta —añadió la dama, besando a mi señora—. Gracias a ti, esta noche dormiré tranquila y, entre tantas penas, no es flojo consuelo contar con una fiel amiga, que hace todo lo posible por disminuirlas.

—Adiós.

—Es muy tarde... ¡Dios mío, qué tarde!

Diciendo esto, se encaminaron juntas a la puerta, y, abierta ésta aparecieron otras dos damas, con las cuales se retiró la desconocida, después de besar por segunda vez a mi ama. Cuando ésta se quedó sola, se dirigió a la habitación en que yo estaba. Mi primera intención fue retirarme del escondite y huir; pero reflexionándolo brevemente, creí que debía esperarla. Cuando entró y me vio, su sorpresa fue extraordinaria.

—¡Cómo, Gabriel, tú aquí! —exclamó.

¹⁶ La reina y Godoy estaban en total desacuerdo con Caballero sobre cómo debía tratarse la conjura del Escorial; mientras para los primeros la cuestión debía llevarse con suma discreción, el segundo desde el primer

momento le dio la máxima oficialidad.^o

¹⁷ *Toisón de Oro*: orden de caballería instituida por Felipe el Bueno, duque de Borgoña, de la que es jefe el rey de España.

—Sí, señora —respondí serenamente—. Empiezo a desempeñar las funciones que usía me encargó.

—¡Cómo! —dijo con ira—. ¿Has tenido el atrevimiento de...? ¿Has oído?

—Señora —respondí—, usía tenía razón: poseo un oído finísimo. ¿No me mandaba usía que observara y atendiera...?

—Sí; Pero no a esto... ¿entiendes bien?¹⁸ Veo que eres demasiado listo, y el exceso de celo puede costarte caro.

—Señora —dije con acento de ingenuidad—, quería empezar a instruirme cuanto antes.

—Bien. Retírate. Pero te advierto que si sé recompensar a los que me sirven bien, tengo medios para castigar a los desleales y traidores. No te digo más. Si eres imprudente, te acordarás de mí toda tu vida. Vete.

XIX

Al día siguiente se levantó un servidor de ustedes de malísimo humor, y su primera idea fue salir del Escorial lo más pronto que le fuera posible. Para pensar en los medios de ejecutar tan buen propósito, fuese a pasear a los claustros del monasterio, y allí, discuriendo sobre su situación, se acaloró la cabeza del pobre muchacho, revolviendo en ella mil pensamientos que cree poder comunicar al discreto lector.¹

Los que hayan leído en el primer libro de mi vida el capítulo en que di cuenta de mi inútil presencia en el combate de Trafalgar, recordarán que en tan alta ocasión, y cuando la grandeza y majestad de lo que pasaba ante mis ojos parecían sutilizar las facultades de mi alma, pude concebir de un modo clarísimo la idea de la patria. Pues bien: en la ocasión que ahora refiero, y cuando la desastrosa catástrofe de tan ridículas ilusiones había conmovido hasta lo más profundo mi naturaleza toda, el espíritu del pobre Gabriel hizo una nueva adquisición, una nueva conquista de inmenso valor: la idea del honor.²

¹⁸ Falta aquí «—dijo más colérica—» que figuraba en *MABI*.

¹ Considerar *discreto* al lector es tópico literario de amplia tradición; recuérdese, por ejemplo, la dedicatoria

de Alemán en la primera parte del *Guzmán*: «De mismo al discreto lector».^o

² La crítica ha subrayado la importancia de la escena central del capítulo

¡Qué luz! Recordé lo que me había dicho Amaranta, y comparando sus conceptos con los míos, sus ideas con lo que yo pensaba, mezcla de ingenuo engrimiento y de honrada fatuidad, no pude menos de enorgullecirme de mí mismo. Y al pensar esto, no pude menos de decir: «Yo soy hombre de honor, yo soy hombre que siento en mí una repugnancia invencible de toda acción fea y villana que me deshonoré a mis propios ojos; y además, la idea de que pueda ser objeto del menosprecio de los demás, me enardece la sangre y me pone furioso. Ciertamente que quiero llegar a ser persona de provecho; pero de modo que mis acciones me enaltezcan ante los demás y al mismo tiempo ante mí, porque de nada vale que mil tontos me aplaudan, si yo mismo me desprecio.³ Grande y consolador debe de ser, si vivo muchos años, estar siempre contento de lo que haga, y poder decir por las noches, mientras me tapo bien con mis sabanitas para matar el frío: “No he hecho nada que ofenda a Dios ni a los hombres. Estoy satisfecho de ti, Gabriel”».

Debo advertir que en mis monólogos siempre hablaba conmigo como si yo fuera otro.

Lo particular es que mientras pensaba estas cosas, la figura de Inés no se apartaba un momento de mi imaginación, y su recuerdo daba vueltas en torno a mí, como esas mariposas o pajaritas que se nos aparecen a veces en días tristes, trayendo, según el vulgo cree, alguna buena noticia.

Tal era la situación de mi espíritu cuando acertó a pasar cerca de mí el caballero don Juan de Mañara, vestido de uniforme. Detúvose y me llamó con empeño, demostrando que mi presencia era para él nada menos que un buen hallazgo. No era aquélla la primera vez que solicitaba de mí un pequeño favor.

—Gabriel —me dijo en tono bastante confidencial y sacando de su bolsillo una moneda de oro—, esto es para ti, si me haces el favor que voy a pedirte.

—Señor —contesté—, con tal que sea cosa que no perjudique a mi honor...

anterior —de la que son consecuencia estas palabras— en la formación de Gabriel como personaje y como narrador.^o

³ Aunque el deseo de ascender so-

cialmente del protagonista lo emparentase ligeramente hasta ahora con los héroes de la picaresca, él mismo establece con estas palabras la distancia que lo separa de aquéllos.

—Pero, pedazo de zarramplín, ¿acaso tú tienes honor?⁴

—Pues sí que lo tengo, señor oficial —contesté muy enfadado—; y deseo encontrar ocasión de darle a usted mil pruebas de ello.

—Ahora te la proporciono, porque nada más honroso que servir a un caballero y a una señora.

—Dígame usted lo que tengo que hacer —manifesté, deseando ardientemente que la posesión del doblón que brillaba ante mis ojos fuera compatible con la dignidad de un hombre como yo.⁵

—Nada más que lo que vas a ver —respondió el hermoso galán, sacando una carta del bolsillo—: llevar este billete a la señorita Lesbia.

—No tengo inconveniente —dije, reflexionando que en mi calidad de criado no podía deshonrarme llevando una carta amorosa—. Déme usted la esquelita.

—Pero ten en cuenta —añadió entregándomela— que si no desempeñas bien la comisión, o este papel va a otras manos, tendrás memoria de mí mientras vivas, si es que te queda vida después que todos tus huesos pasen por mi bastón.

Al decir esto, el guardia demostraba apretándome fuertemente el brazo, firme intención de hacer lo que decía. Yo le prometí cumplir su encargo como me lo mandaba, y tratando de esto llegamos al gran patio de Palacio, donde me sorprendió ver bastante gente reunida, descollando entre ella algunas aves de mal agüero, tales como ministriles y curiales.⁶ Yo advertí que, al verles, mi acompañante se inmutó, quedándose pálido, y hasta me parece que le oí pronunciar algún juramento contra los pajarracos negros que tan de improviso se habían presentado a nuestra vista. Pero yo no necesitaba reflexionar mucho para comprender que aquella siniestra turbamulta nada tenía que ver conmigo; así es que, dejando al militar en la puerta del Cuerpo de guardia, y una vez trasladadas carta y moneda a mi bolsillo, subí en cuatro zancajos la es-

⁴ *zarramplín*: 'pobre diablo'. La reacción de Mañara emula a algunas escenas bien conocidas del teatro barroco; en *Fuenteovejuna*, II, 4, el Comendador responde a uno de los regidores: «¿Vosotros honor tenéis? / ¡Qué freiles de Calatrava!», y en *El alcalde de Zalamea*, I, 16, el capitán don Álvaro de Ataide contesta a Juan

Crespo: «¿Qué opinión tiene un villano?».

⁵ El doblón de oro valía ochenta reales.^o

⁶ *ministriles*: 'subalternos de la administración de justicia, de grado inferior a los alguaciles'; *curiales*: 'empleados de la administración judicial'.

calera chica,⁷ corriendo derecho a la cámara de la señora Lesbia.

No tardé en hacerme presentar a su señoría. Estaba de pie en medio de la sala, y con entonación dramática leía en un cuadernillo aquellos versos célebres:

...todo me mata,
todo va reuniéndose en mi daño!
—Y todo te confunde, desdichada.⁸

Estaba estudiando su papel. Cuando me vio entrar cesó en su lectura, y tuve el gusto de entregarle en persona el billete, pensando para mí: «¿Quién dirá que con esa cara tan linda eres una de las mejores piezas que han hecho enredos en el mundo?».

Mientras leía, observé el ligero rubor y la sonrisa que hermo-seaban su agraciado rostro. Después que hubo concluido, me dijo un poco alarmada:

—¿Pero tú no sirves a Amaranta?

—No, señora —respondí—. Desde anoche he dejado su servicio, y ahora mismo me voy para Madrid.

—¡Ah! Está bien —dijo tranquilizándose.

Yo en tanto no cesaba de pensar en el placer de Amaranta si yo hubiera cometido la infamia de llevarle aquella carta. ¡Qué pronto se me había presentado la ocasión de portarme como un servidor honrado, aunque humilde! Lesbia, encontrando ocasión de zaherir a su amiga, me dijo:

—Amaranta es muy rigurosa y cruel con sus criados.

—¡Oh, no, señora! —exclamé yo, gozoso de encontrar otra coyuntura de portarme caballerosamente, rechazando la ofensa hecha a quien me daba el pan—. La señora condesa me trata muy bien; pero yo no quiero servir más en Palacio.

—¿De modo que has dejado a Amaranta?

—Completamente. Me marcharé a Madrid antes del mediodía.

—¿Y no querrías entrar en mi servidumbre?

—Estoy decidido a aprender un oficio.

—De modo que hoy estás libre, no dependes de nadie; ni si- quiera volverás a ver a tu antigua ama.

—Ya me he despedido de su señoría, y no pienso volver allá.

⁷ *zancajos*: 'zancadas, pasos largos', aunque, en sentido estricto, significa 'talones'.

⁸ Versos del acto v, escena 4, del *Otelo* de Ducis, traducido por La Calle.

No era verdad lo primero, pero sí lo segundo.

Después, como yo hiciera una profunda reverencia para despedirme, me contuvo diciendo:

—Aguarda; tengo que contestar a la carta que has traído, y puesto que estás hoy sin ocupación, y no tienes quien te detenga, llevarás la respuesta.

Esto me infundió la grata esperanza de que mi capital se engrosara con otro doblón, y aguardé mirando las pinturas del techo y los dibujos de los tapices. Cuando Lesbia hubo concluido su epístola, la selló cuidadosamente y la puso en mis manos, ordenándome que la llevase sin perder un instante. Así lo hice; pero ¡cuál no sería mi sorpresa cuando, al llegar al Cuerpo de guardia, me encontré con la inesperada novedad de que sacaba preso a mi señor el guardia, llevándole bonitamente entre dos soldados de los suyos! Yo temblé como un azogado,⁹ creyendo que también iban a echarme mano, pues sabía que no bastaba ser insignificante para librarse de los ministriles, quienes, deseando mostrar su celo en la causa del Escorial, comprendían en los voluminosos autos el mayor número posible de personas.¹⁰

Cometí la indiscreción de entrar en el Cuerpo de guardia para curiosear, lo cual hizo que un hombre allí presente, temerosa estantigua con nariz de gancho, espejuelos verdes y larguísimos dientes del mismo color,¹¹ dirigiese hacia mi rostro aquellas partes del suyo, observándome con tenaz atención y diciendo con la voz más desagradable y bronca que en mi vida oí:

—Éste es el muchacho a quien el preso entregó una carta poco antes de caer en poder de la justicia.

Un sudor frío corrió por mi cuerpo al oír tales palabras, y volví la espalda con disimulo para marcharme a toda prisa; pero, ¡ay!, no había andado dos pasos cuando sentí que se clavaban en mi hombro uñas como garras de gavilán, pues no otro nombre merecían las afiladas y durísimas uñas del hombre de los espejuelos verdes, en cuyo poder había caído. La impresión que experimenté fue tan terrorífica, que nunca pienso olvidarla, pues al encarar con su feísima estampa los vidrios redondos de sus gafas que re-

⁹ 'persona que ha contraído la enfermedad producida por la absorción de azogue (mercurio), cuyo síntoma más visible es un temblor continuado'.

¹⁰ *autos*: 'procedimientos judiciales'.

¹¹ Los trazos caricaturescos del licenciado parecen de estirpe quevedesca.^o

medaban la pupila cuajada, penetrante y estupefacta del gato, me turbaron hasta lo sumo, y al propio tiempo sus dientes verdes, afilados sin duda por la voracidad, parecían ansiosos de roerme.

—No vaya usted tan de prisa, caballero —dijo—, que tal vez haga aquí más falta que en otra parte.

—¿En qué puedo servir a usía? —pregunté melifluamente, comprendiendo que nada me valdría mostrarme altanero con semejante lobo.

—Eso lo veremos —contestó con un gruñido que me obligó a encomendarme a Dios.

Mientras aquel cernícalo, con la formidable zarpa clavada en mi cuello, me llevaba a una pieza inmediata, yo evoqué mis facultades intelectuales para ver si con el esfuerzo combinado de todas ellas, encontraba medio de salir de tan apurado trance. En un instante de reflexión, hice el siguiente rapidísimo cálculo: «Gabriel, este instante es supremo. Nada conseguirás defendiéndote con la fuerza. Si intentas escaparte, estás perdido. De modo que si por medio de algún rasgo de astucia no te libras de las uñas de este pícaro, que te enterrará vivo bajo una losa de papel sellado, ya puedes hacer acto de contrición. Al mismo tiempo llevas sobre ti la honra de una dama, que sabe Dios lo que habrá escrito en esta endiablada esquila. Conque ánimo, muchacho; serenidad y a ver por dónde se sale».

Afortunadamente Dios iluminó mi entendimiento en el instante en que el curial se sentó en un desnudo banquillo, poniéndome delante para que respondiera a sus preguntas. Recordé haber visto al feroz leguleyo en el cuarto de Amaranta, a quien gustaba de ofrecer servilmente sus respetos, y esto, con la idea de que mi antigua ama era desafecta a las personas a quienes se formaba la causa, me dio la norma del plan que debía seguir para librarme de aquel vestigio.¹²

—¿Conque tú andabas llevando y trayendo cartitas, picaronzazo? —dijo en la plenitud de su curial servicio, gozándose de antemano con la contemplación imaginaria de las resmas de papel sellado en que había de emparedarme—. Ahora veremos para quiénes son esas misivas, y si te ocupas en comunicar a los conjurados con los presos, para que burlen la acción de la justicia.

¹² 'monstruo'. Es término culto que emplea por ejemplo la especie de lati-

niparla del sainete *La Crítica*, *la Señora*, *la Primorosa*, *La Linda* ya citado.

—Señor licenciado —contesté yo recobrando un poco la serenidad—. Usted no me conoce, y sin duda me confunde con esos bribones que se ocupan en traer y llevar papelitos a los que están presos en el Noviciado.

—¿Cómo? —exclamó con júbilo—, ¿estás seguro de que eso pasa?

—Sí, señor —respondí, envalentonándome cada vez más—. Vaya usía ahora mismo con disimulo al patio de Convalecientes,¹³ y verá que desde el piso tercero del monasterio echan cartas a la buhardilla, valiéndose de unas larguísimas cañas.

—¿Qué me dices?

—Lo que usía oye; y si quiere verlo con sus propios ojos, corra ahora mismo que ésta es la hora que escogen los malvados para su intento, por ser la de la siesta. Ya me podría usía recompensar por la noticia, pues le doy este aviso para que pueda prestar un gran servicio a nuestro querido rey.

—Pero tú recibiste una carta del joven alférez, y si no me la das ante todo, ya te ajustaré las cuentas.

—¿Pero el señor licenciado no sabe —contesté— que soy paje de la excelentísima señora condesa Amaranta, a quien sirvo hace algún tiempo? ¡Y que no me tiene poco cariño mi ama, en gracia de Dios! Mil veces ha dicho que ya puede tentarse la ropa el que me toque tan siquiera el pelo de la misma.

El leguleyo parecía recordar; y como era cierto que me había visto repetidas veces en compañía de mi ama, advertí que su endemoniado rostro se apaciguaba.

—Bien sabe el señor licenciado —continué— que la señora condesa me protege, y habiendo conocido que yo sirvo para algo más que para este bajo oficio, se propone instruirme y hacer de mí un hombre de provecho. Ya he empezado a estudiar con el padre Antolínez, y después entraré en la Casa de Pajes, porque ahora hemos descubierto que yo, aunque pobre, soy noble y desciendo en línea recta de unos al modo de duques o marqueses de las islas Chafarinas.¹⁴

El leguleyo parecía muy atento a estas razones que yo pronuncié con gran desparpajo.

¹³ Galdós puede referirse al *patio* del Seminario, o a la galería de *Convalecientes*, contigua a la enfermería del propio Seminario, resguardada del norte

y abierta al poniente, cuyo primer cuerpo está a nivel de los jardines.°

¹⁴ Las *Chafarinas* están en el norte de África, cerca de Melilla.

—Y ahora —proseguí— iba al cuarto de mi ama, que me está esperando, y en cuanto sepa que el señor licenciado me ha detenido se pondrá furiosa; porque ha de saber el señor licenciado que mi ama me manda recorrer estos patios y galerías para oír lo que dicen los partidarios de los presos, y ella lo va apuntando en un libro que tiene, no menos grande que ese banco. Ella va a descubrir muchas cosas malas de esa gente, y está muy contenta con mi ayuda, pues dice que sin mí no sabría la mitad de lo que sabe. Por ejemplo, lo de las cañas apuesto a que nadie lo sabe más que yo, y agrádecame el señor licenciado que se lo haya dicho antes que a ninguno.

—Cierto es —dijo el ministril— que la señora condesa te protege pues ahora caigo en la cuenta de que algunas veces se lo he oído decir; pero no me explico que tu ama se cartee con el alférez.

—También a mí me llamó la atención, porque mi ama decía que ese señor era de los que primero debían ser puestos a la sombra; pero vea el señor licenciado... La carta que recibí era para mi ama, y le decía que, creyéndose próximo a caer en poder de la justicia, solicitaba la protección de la señora condesa para librarse de aquélla.

—¡Ah, señor Mañara, tunante, trapisondista!¹⁵ —exclamó el representante de la justicia—. Quería escaparse de nuestras uñas, poniéndose al amparo de una persona que está demostrando el mayor celo en favor de la causa del rey.

—Pero no le valieron sus malas mañas, señor licenciadito de mi alma —añadí entusiasmándome— porque mi ama rompió la carta con desdén, y me mandó contestarle de palabra que nada podía hacer por él.

—¿Y a eso venías?

—Precisamente. Ya sabía yo que no lograba nada el señor alférez. Y me alegro, me alegro. Porque yo digo: esos picarones, ¿no querían quitarle al rey su corona y a la reina la vida? Pues que las paguen todas juntas, que bien merecido tienen el cadalso; y como se descuiden, el señor príncipe de la Paz no se andará por las ramas.

—Bien —dijo algo más benévolo para conmigo, pero sin que se extinguiera su recelo—. Iremos juntos a ver a tu ama, y ella confirmará lo que has dicho.

¹⁵ *trapisondista*: 'enredador, lioso'. Véanse las notas 1, 14 y IV, 16 de *Trafalgar*.^o

—Ahora se fue al cuarto del príncipe de la Paz, a quien piensa recomendarme para que entre en la Casa de Pajes. Y como el señor licenciado se descuide, no podrá ver a los que echan la caña por los balcones del piso tercero del monasterio. Vaya usía a enterarse de esto, y luego puede pasar al cuarto de mi ama, donde le espero. Ella estará prevenida y recibirá a usía con mucho agasajo, porque le aprecia y estima mucho.

—¿Sí? ¿Le has oído hablar de mí alguna vez? —preguntó vivamente.

—¿Alguna vez? Diga el señor licenciado mil veces. La otra noche estubo hablando de usía más de dos horas con el príncipe de la Paz y con el marqués Caballero.

—¿De veras? —preguntó, plegando su arrugada boca con una sonrisa indefinible y dejando ver en todo su vasto desarrollo el mapa de su verde dentadura—. ¿Y qué decía?

—Que al señor licenciado se deben todas las averiguaciones que se han hecho en la causa, y otras cosas que no digo por no ofender la modestia de usía.

—Dilas, picarón, y no seas corto de genio.

—Pues hizo grandes elogios de usía, ponderando su talento, su mucho saber y su disposición para sacar leyes aunque fuera de un canto rodado. Después añadió que si no lo hacían al señor licenciado consejero de Indias o de la sala de alcaldes de Casa y Corte no tendrían perdón de Dios.¹⁶

—¿Eso dijo? Veo que eres un chico formal y discreto. Di a la señora condesa que dentro de un momento pasaré a visitarla, para consultar con ella gravísimas cuestiones. Ella sabrá cuánto la aprecio y estimo. Con respecto a ti, al principio pensé que la carta entregada por el alferez era para la duquesa Lesbia.

—¡Quíá! No voy yo al cuarto de esa señora, porque mi ama y ella están reñidas.

—Y como hoy —continuó— se procederá también a prender a esa señora, que resulta complicada en el proceso, lo mismo que su esposo, el señor duque...

—¡También prenden a la señora Lesbia! —exclamé asombrado.

¹⁶ *consejero de Indias*: 'funcionario perteneciente al Consejo que intervenía en los negocios provenientes de las provincias españolas de Ultramar'; *sala*

de alcaldes de Casa y Corte: 'sala de alcaldes o jueces togados que juntos formaban la quinta sala del Consejo de Castilla'.

—También; ya habrán subido mis compañeros a notificárselo. Conque, joven, vete al cuarto de tu ama y anúnciale mi próxima visita.

No esperé más para separarme de hombre tan fiero, y bendiciendo fervorosamente a Dios salí del Cuerpo de guardia muy satisfecho de la estratagema empleada. Mi primera intención fue correr al cuarto de Lesbia, no sólo para devolverle la carta, sino para prevenirla acerca del gran riesgo que su libertad corría; mas cuando subí noté que la justicia había invadido su vivienda. Era preciso huir de Palacio, donde corría gran peligro de caer en poder del atroz licenciado, en cuanto éste, conferenciando con mi ama, descubriese mis estupidas mentiras. «Pies, ¿para qué os quieto?», dije; y al punto subí precipitadamente a mi camaranchón,¹⁷ cogí y empaqueté de cualquier modo mi ropa y sin despedirme de nadie salí del palacio y del monasterio, resuelto a no detenerme hasta Madrid.

A pesar de mi zozobra, no quise partir sin provisiones, y habiéndome surtido en la plaza del pueblo de lo más necesario, eché a andar, volviendo a cada rato la vista, porque me parecía que el licenciado caminaba detrás de mí. Hasta que no desaparecieron de mi vista la cúpula y las torres del terrible monasterio no recobré la tranquilidad, y después de dos horas de precipitada marcha, me aparté del camino y restauré mis fuerzas con pan, queso y uvas, seguro ya de que por el momento las durísimas uñas del representante de la justicia no se clavarían en mis hombros.

En aquel rato de descanso y esparcimiento me reí a mis anchas, recordando las mentiras que había empleado para salvarme; pero no me remordía la conciencia por haberlas desembuchado con tanta largueza, puesto que aquellos embustes, con los cuales no perjudicaba a la honra de nadie, eran la única arma que me defendía contra una persecución tan bárbara como injusta. Los trances difíciles aguzan el ingenio, y en cuanto a mí, puedo decir que antes de encontrarme en el que he referido, jamás hubiera sido capaz de inventar tales desatinos. Bien dicen que las circunstancias hacen al hombre tonto o discreto, aguzando el más rústico entendimiento u oscureciendo el que se precia de más claro.

¹⁷ Usualmente, 'desván de la casa' puede ser también un mero aumentativo respectivo de 'cámara, alcoba'.

Aquí deben combinarse ambos sentidos: 'alcoba humilde situada en el desván', en los altos del Escorial.^o

Más allá de Torrelodones encontré unos arrieros que por poco dinero me dejaron montar en sus caballerías, y de este modo llegué a Madrid cómodamente, ya muy avanzada la noche.¹⁸

XX

Como era tarde, creí que no debía ir a casa de Inés hasta la mañana siguiente, y entré en la de la González, que aún estaba levantada, y como sin intención de recogerse todavía. Quedóse muy asombrada al verme entrar, y faltóle tiempo para preguntarme lo que me había pasado y si había ocurrido alguna novedad a la señorita Amaranta. También quiso saber lo de la famosa conjuración, asunto que, según dijo, ocupaba la atención de Madrid entero, y, satisfecha su curiosidad en éste y otros puntos, me aseguró haber recibido una carta de Lesbia, en que le anunciaba su viaje a la Corte dentro de algunos días para perfeccionarse en el papel de Edelmira.

Aunque el cansancio me rendía, y más deseaba acostarme que hablar, le conté lo de la carta, y también el triste caso de la prisión de la duquesa. Pepita, muy alterada con estas noticias, me rogó que le entregase la carta, a lo cual me negué, jurando que la guardaría hasta que pudiese dársela en propia mano a la misma persona de quien la recibí. Pareció conformarse con mi negativa, y no hablamos más del asunto. Después le dije que, resuelto a aprender un oficio, había dejado el servicio de Amaranta para regresar a la Corte, y me acosté, deseando que llegase pronto la mañana para ver a Inés. Excuso decir que dormí como un talego;¹ levantéme al día siguiente muy aprisa, y mi primera impresión fue una gran pesadumbre. Les contaré a ustedes: al vestirme busqué en mis ropas la carta de Lesbia, y la carta no aparecía. No quedó en mis bolsillos, ni en mi breve equipaje escondrijo que no fuese revuelto; pero no encontré nada. Muy afanado estaba, temiendo que la carta hubiese caído en manos indiscretas, cuando le conté a mi ama lo que me ocurría, preguntándole si había encontrado por el suelo la malhadada epístola. Entonces la pícara,

¹⁸ *Torrelodones*: término de la provincia de Madrid, al pie de la sierra de Guadarrama. El encuentro con arrieros durante un viaje es tópico en nues-

tra literatura, como se ve en el *Quijote*, el *Guzmán*, el *Buscón*...

¹ 'bolsa de tela alargada y estrecha en que se solía llevar el dinero'.

lanzando una carcajada de alegría, me contestó con la mayor desvergüenza:

—No la he encontrado, Gabrielillo, sino que anoche, luego que te dormiste, entré en tu cuarto de puntillas, y saqué la carta del bolsillo de tu chaqueta. Aquí la tengo, la he leído, y no la soltaré por nada.

Aquello me indignó sobremanera. Pedíle la carta, diciéndole que mi honor me exigía devolverla a su dueña sin que nadie la leyese; mas ella me respondió que yo no tenía honor que conservar y que no me devolvería la carta aunque le diesen tantos azotes como letras estaban escritas en ella. Acto continuo me la leyó, y decía así, si mal no recuerdo:

«Amado Juan: Te perdono la ofensa y los desaires que me has hecho; pero si quieres que crea en tu arrepentimiento, pruébame-lo viniendo a cenar conmigo esta noche en mi cuarto, donde acabaré de disipar tus infundados celos, haciéndote comprender que no he querido nunca ni puedo querer a Isidoro, ese salvaje, presumido comiquillo, a quien sólo he hablado alguna vez con objeto de divertirme con su necia pasión. No faltes si no quieres enfadar a tu, *Lesbia*. — P.D. No temas que te prendan. Primero prendarán al rey».

Leída la carta, la González se la guardó en el pecho, diciendo entre risas y chistes que ni por diez mil duros la devolvería.² Todas mis súplicas fueron inútiles, y al fin, cansado de desgañarme, salí de la casa muy apesadumbrado con aquel incidente, mas esperando desvanecer mi mal humor con la vista de la infeliz Inés. Dirígeme allá muy conmovido, y al entrar por la calle, mirando a los balcones de su casa, decía: «¡Lo que menos piensa ella es que yo acabo de doblar la esquina y estoy en la calle! Estará sentada detrás de la cortinilla, y aunque no tendría más que asomarse un poco para verme, no me verá hasta que no entre en la casa».

Llegué por fin, y desde que se me abrió la puerta comprendí que algo grave allí pasaba, porque Inés no corrió a mi encuentro a pesar de las fuertes voces que di al poner el pie dentro de la casa. Quien primero me recibió fue el padre Celestino, con rostro tan extremadamente compungido, que atribuirse no podía su esqualidez a la sola causa del hambre.

² Recuérdese que un *duro* equivalía a veinte reales de vellón.

—Hijo mío, en mal hora vienes —me dijo—. Aquí tenemos una gran desgracia. Mi hermana, la pobre Juana, se nos muere sin remedio.

—¿Pero Inés?...

—Buena; pero figúrate cómo estará la pobrecita con el ajetreo de estos días... No se separa del lado de su madre, y si esto siguiera mucho tiempo, creo que también se llevaría Dios al pobre angelito de mi sobrina.

—Bien le decíamos a la señora doña Juana que no trabajase tanto.

—¿Y qué quieres, hijo mío? —respondió—. Ella mantenía la casa, porque ya ves: todavía no me han dado el curato, ni la capellanía, ni la coadjutoría, ni la ración, ni la beca, ni la congrua que me han prometido,³ aunque tengo la seguridad de que a más tardar la semana que entra se cumplirán mis deseos. Además, mi poema latino no hay librero que lo quiera imprimir, aunque le den dinero encima, y aquí tienes la situación. No sé qué va a ser de nosotros si mi hermana se muere.

Al decir esto, las quijadas del pobre viejo se descoyuntaron en un bostezo descomunal, que me probó la magnitud de su hambre. Semejante espectáculo me oprimía el corazón; pero, afortunadamente yo tenía algún dinero de mis ahorros y además el doblón de Mañara, lo cual me permitía hacer una hombrada.⁴ Echándome la mano al bolsillo, dije:

—Señor cura, en celebración de la congrua que ha de recibir su paternidad la semana que entra, le convidó a chuletas.

—No tengo gana —respondió haciendo alarde de gentil delicadeza—, y además, no quiero que gastes tus ahorros; pero si quieres tú comerlas, que las traigan y aquí te las aderezaremos.

Al instante mandé a una vecina por la carne, y mientras venía, no pudiendo contener mi impaciencia, me interné en busca de Inés. Halléla en la habitación principal, no lejos de la cama de su madre, que dormía profundamente.

—Inesilla, Inesilla de mi corazón —dije, corriendo a ella y dándole media docena de abrazos.

³ *curato*: 'parroquia'; *coadjutoría*: 'empleo o cargo de ayudante del cura párroco'; *ración*: 'prebenda de algún empleo en la catedral'; *beca*: 'pensión temporal para dedicarse al estudio'; *con-*

grua: 'renta'. Puede existir cierta ironía anticlerical en la enumeración.

⁴ 'actuar como un hombre generoso'. En todo este párrafo, la exageración es de corte quevedesco.

Por única respuesta, Inés me señaló a la enferma, indicándome que no hiciera ruido.

—Tu madre se pondrá buena —le contesté en voz baja—. ¡Ay Inesita, cuánto deseaba verte! Vengo a confesarte que soy un bruto y que tú tienes más talento que el mismo Salomón.

Inés me miró sonriendo con serenidad, como si de antemano hubiera sabido que yo habría de hacerle tales confesiones. Mi discreta y pobre amiga estaba muy pálida, por los insomnios y el trabajo; pero ¡cuánto más hermosa me pareció que la terrible Amaranta! Todo había cambiado, y el equilibrio de mis facultades estaba restablecido.

—Mira, Inesilla —dije besándole las manos—, acertaste en todas tus profecías. Estoy arrepentido de mi gran necedad, y he tenido la suerte de encontrar pronto el desengaño. Bien dicen que los jóvenes nos dejamos alucinar por sueños y fantasmas. Pero, ¡ay!, no todos tienen un buen ángel como tú que les enseñe lo que han de hacer.

—¿De modo que ya no le tendremos a usía de capitán general, ni de virrey?

—No, niñita, no estoy ya por los palacios ni por los uniformes. ¡Si vieras tú qué feas son ciertas cosas cuando se las ve de cerca! El que quiere medrar en los palacios, tiene que cometer mil bajezas contrarias al honor, porque yo tengo también mi honor, sí señora... Nada, nada: dejémonos de virreinos y de bambollas.⁵ He sido una alma de cántaro; pero bien dice el señor cura, tu tío, que la experiencia es una llama que no alumbrá sino quemando. Yo me he quemado vivo; pero ¡ay, hija, si vieras cuánto he aprendido! Ya te contaré.

—¿Y ya no vuelves allá?

—No, señora; aquí me quedo, porque tengo un proyecto...

—¿Otro proyecto?

—Sí, pero éste te ha de gustar, picarona. Voy a aprender un oficio. A ver cuál te parece mejor: ¿platero, ebanista, comerciante? Lo que tú quieras. Todo, menos criado.

—Eso no está mal discurrido.

—Pero detrás de este proyecto está otro mejor —dije gozando de un modo indecible con aquel diálogo—. Sí, hijita: tengo el proyecto de casarme con usted.

⁵ *bambollas*: 'boato, ostentación'.

La enferma hizo un movimiento; Inés, atendiendo a su madre, no pudo dar contestación a mis vehementes palabras.

—Yo tengo dieciséis años, tú, quince; de modo que no hay más que hablar. Aprenderé un oficio, en el cual pienso ganar pronto muchísimo dinero, que tú irás guardando para nuestra boda. Verás, verás qué bien vamos a estar. ¿Quieres, sí o no?

—Gabriel —repuso en voz muy baja—, ahora somos muy pobres. Si me quedo huérfana, lo seremos mucho más. A mi tío no le darán nunca lo que está esperando hace catorce años. ¿Qué va a ser de nosotros? Tú no ganarás nada hasta que no pase algún tiempo: no pienses, pues, en locuras.

—Pero tonta, dentro de cuatro años habré yo ganado más de lo que peso... Entonces, para entonces... Mientras tanto, ya nos arreglaremos. Para algo te ha dado Dios ese talento de doctora de la Iglesia que tienes. Ahora conozco que sin ti no valgo nada, ni sirvo para nada.

—Eso después que te burlabas de mí, cuando te decía: «Gabriel, vas por mal camino».

—Tenías razón, cordera. ¡Si vieras qué raro es el hombre por dentro, y cómo se equivoca, y cómo ignora hasta lo mismo que le pasa! Cuando salí de aquí creí que no te quería, y como aquella señora me tenía deslumbrado, apenas me acordaba de ti. Pero no: te quería y te quiero más que a mi vida, sólo que a veces parece que se le ponen a uno telarañas en los ojos que tenemos por dentro, y no vemos lo mismo que nos pasa en... pues... por dentro. Y al mismo tiempo, querida, tu cara se me fijaba en la memoria cuando, decidido a no ceder a los caprichos de aquella dama endemoniada, pensaba yo que el hombre debe labrarse una fortuna por medios honrosos.

La enferma llamó a su hija, y nuestro dulce coloquio quedó interrumpido; pero tras el placer que sentí conferenciando con Inés, Dios me deparó el no menos grato de ver comer las chuletas al padre Celestino, quien, a pesar de la gran necesidad que padecía, no las cató sin hacer mil remilgos, para poner a salvo su dignidad.

—He almorzado hace un rato, Gabriel —dijo—; pero si te empeñas...

Mientras comía recayó nuestra conversación en los asuntos del Escorial, y él, que no ocultaba su afición a Godoy, se expresó así:

—Harán bien en extirpar de raíz la conjuración. ¡Pues no es

mala la que tenían armada contra nuestros queridos reyes y ese dignísimo príncipe de la Paz, mi paisano y amigo, protector de los menesterosos!

—La opinión general aquí, como en el Real Sitio —le contesté—, es favorable al príncipe Fernando, y todos acusan a Godoy de haber fraguado esto para desacreditarle.

—¡Pícaros, embusteros, rufianes! —exclamó furioso el clérigo—. ¿Qué saben ellos de eso? ¡Si conocieran, como yo conozco, las intrigas del partido fernandista!... Descuiden, que ya le contaré todo al señor príncipe de la Paz cuando vaya a darle las gracias por mi curato, lo cual, según me ha dicho el oficial de la Secretaría, no puede pasar de la semana que entra. ¡Ah! Si tú conocieras al canónigo don Juan de Escóiquiz como le conozco yo... Aquí le tienen por un corderito pascual, y es el bribón mayor que ha vestido sotana en el mundo. ¿Quién sino él se ha opuesto a que me den el curato? Y todo porque en las oposiciones que hicimos en Zaragoza hace treinta y dos años, sobre el tema *Utrum helemosinam...*, no recuerdo lo demás..., le dejé bastante corrido. Desde entonces me ha tomado grande ojeriza. Cuando estemos más despacio, Gabrielillo, te contaré las mil infames tretas que ha empleado el arcediano de Alcaraz para conquistar la voluntad de su discípulo.⁶ ¡Ah!, yo sé cosas muy gordas. Él es el alma de este negocio; él ha urdido tan indigna trama; él ha estado en tratos con el embajador de Francia, *monsieur* de Beauharnais, para entregar a Napoleón la mitad de España, con tal que ponga en el trono al príncipe heredero, sí, señor.⁷

—Pues oiga usted a todo el mundo —respondí—, y verá cómo al señor de Escóiquiz le ponen por esas nubes, mientras dicen mil picardías del primer ministro.

—Envidia, chico, envidia. Es que todos le piden colocaciones, destinos y prebendas, y como no los puede dar sino a las personas decentes como yo, de aquí que la mayoría se queja, murmura, y ya ves... ¿Podrán negar que se le deben multitud de cosas buenas, como la protección a la enseñanza, la creación del seminario de caballeros pajes, el fomento de la botánica, las escuelas de agricultura, los jardines de aclimatación, la prohibición de enterrar

⁶ Véase la nota X, 12.

⁷ Las negociaciones secretas aquí aludidas entre Juan de Escóiquiz y el

embajador de Francia, *monsieur* de Beauharnais, comenzaron en el mes de julio.^o

en los templos y otras muchas reformas útiles que, aunque criticadas por los ignorantes, ello es que son laudables, y así ha de reconocerlo la posteridad? ⁸ Cuando estemos despacio te contaré algo más, que te hará variar de opinión, y si no, al tiempo... Yo bien sé que me arrastrarán los madrileños si salgo por ahí diciendo estas cosas; pero, amigo..., *super omnia veritas*.

—Pues hablando de otro asunto —le dije—, aquí donde usted me ve, puede que le haya conseguido un servidor el destinillo que pretendía.

—¿Tú? ¿Qué puedes tú? Godoy quiere servirme. Sí; él lo hará sin necesidad de recomendaciones. Y a fe, hijo mío, que si no me colocan pronto, y se muere Juana, lo vamos a pasar mal, pero muy mal.

—Pero doña Juana tiene parientes ricos.

—Sí: Manso Requejo y su hermana Restituta, comerciantes de telas en la calle de la Sal.⁹ Ya sabes que son avaros de aquellos de «hártate, comilón, con pasa y media». Jamás han hecho nada por sus parientes. La pobre Inés no tiene que agradecerles ni un pañuelo.

—¡Qué miserables!

—Además, cuando yo me instalé en Madrid, hace catorce años, conocí a ese Requejo. Juana estaba ya viuda, Inés era tamañito así, y tan lindilla y tan amable como ahora. Pues bien: el primo de Juana, a quien yo insté en cierta ocasión para que favoreciera a esa familia, me dijo: «No puedo hacer nada por ellas, porque Juana ha renegado de sus parientes; en cuanto a Inesilla, estoy casi seguro de que no es de mi sangre. Me han dicho que es una inclusera, a quien Juana ha recogido, haciéndola pasar por hija suya». Pretexto, nada más que pretexto, para disculpar su avaricia. No me fue posible convencer a semejante bárbaro, y desde entonces no he vuelto a verle.

—¿De modo que no hay que contar con esa gente?

⁸ «A otros corresponde examinar y apreciar los actos políticos del célebre valido: pero el historiador de la Instrucción Pública en España no podrá menos de considerarle como uno de los hombres que más han hecho en este país por derramar en él los conocimientos útiles» (*Gil y Zárate*).^o

⁹ *Manso Requejo y su hermana Restituta* tendrán importante papel en los siguientes episodios de la primera serie y reaparecerán todavía en dos de la segunda; la *calle de la Sal*, situada entre la calle de Postas y la plaza de la Constitución, había albergado el gremio de la mercería.

—Como si no existieran.

Estas palabras me llevaron a reflexionar sobre la suerte de aquella infeliz familia. Hubiera deseado tener los tesoros de Creso¹⁰ para ponérselos a Inés en el cestillo de la costura. Como nunca, sentí entonces imperiosa y viva la primera necesidad del hombre honrado, que está resuelto a no vender su conciencia. No tenía dinero... ¿Cómo adquirirlo?

Fui otra vez al lado de Inés, a quien no podía menos de mostrar a cada instante mi afecto vehemente; y después que conferenciamos otro poco, salí de la casa pensando en el ardid que emplearía para que el padre Celestino recibiese, sin menoscabo de su dignidad, el doblón que me dio Mañara, y diciendo entre mí a cada paso: «¡Maldito dinero! ¿Dónde estás?».

XXI

Al entrar en casa de la González, ésta acudió presurosa a mi encuentro, y me causó sorpresa el verla gozosa, con esa alegría inquieta y febril de los niños, que ríen, cantan, golpean y destrozan cuanto encuentran al paso. Mi ama me habló de lo que después diré, y a cada frase se interrumpía para cantar alguna tonada o estribillo de los infinitos que enriquecían su repertorio de sainetes.¹

—¿Qué pasa para tanta alegría, señora?

—He tenido carta de la señora marquesa —me contestó—, la cual viene mañana a preparar la función. Yo estoy encargada de dirigir la escena.

Sal quiere el huevo,
y el demonio del gato
vertió el salero.

—Buen provecho. ¿Y qué cuenta de la señora Lesbia?

—Que la pusieron en libertad a la media hora, conociendo que nada resultaba contra ella. También dejaron libre a don Juan. Pronto

¹⁰ Último rey lidio (561-547 a.C.), conocido en las leyendas griegas por su enorme riqueza. Por extensión, se aplica al que posee muchos bienes.

¹ *tonada*: 'poema destinado al canto sin forma métrica fija'; *estribillo*: 'breve

grupo de versos que sirve de introducción a una composición y que se repite total o parcialmente después de cada estrofa'. Aunque no siempre, era muy frecuente que los sainetes incluyesen piezas de este tipo, destinadas al canto.^o

los tendremos aquí, y la función no se retrasará. ¡Qué placer!
Yo dirijo la escena.

Madre, qué gusto
el ver a dos gitanos
trocar de burros.²

—Pues sea enhorabuena.

—Pero hay un inconveniente, Gabriel —prosiguió—. Ya sabes que ninguno de esos señores quiere hacer el papel de Pésaro, por ser muy desairado. Perico Rincón, mi compañero, dijo que lo haría si le daban mil reales, pero cádate que ha caído con una pulmonía, y si la función es para el 6, no sé cómo nos compon-dremos. ¿Quieres tú hacer el papel de Pésaro?

—¡Yo, yo representar! —exclamé con espanto—. No quiero ser cómico.

—Pero representas de aficionado, tontuelo, y el honor de salir a las tablas en un teatro como el de la marquesa es tal, que muchos currutacos se desvivirían por obtenerlo.³ ¡Y yo dirijo la escena!

En mi casa me dicen
que soy usía, que soy usía,
porque amo a un escribiente
de lotería.⁴

Conque, chico, vas a aprender ese papel; que aunque es superior a tu edad, con unas barbas postizas, arregladas por mí, y teniendo tú cuidado de ahuecar la voz, quedarás que ni pintado. Además, no olvides que la señora marquesa ha ofrecido dos mil reales a cada una de las partes de por medio que trabajan en esta representación. Juanica, que hace de Hermancia, no cobra más que mil.⁵

La noche de San Pedro
te puse un ramo,

² No hemos podido localizar de qué sainete proceden estos versos ni los anteriores.

³ *currutacos*: 'amanerados y presumidos'.^o

⁴ Canción perteneciente al sainete *El deseo de seguidillas* (1769) de Ramón de la Cruz.^o

⁵ En la versión de *Otelo* de que se trata, *Hermancia* es el nombre que recibe Emilia, esposa de Yago en Shakespeare. Por otra parte, las cantidades ofrecidas por la marquesa parecen muy generosas, aunque las representaciones privadas estuviesen siempre mejor remuneradas que las públicas.^o

y amaneció florido
como mil mayos.⁶

¿Conque aceptas, chiquillo, sí o no?

No pude menos de discurrir que sería muy tonto si renunciaba a poseer aquellos dineros, que me venían como anillo al dedo para ofrecer a Inés un auxilio en su tribulación. Sin embargo, me repugnaba el oficio de cómico, y más aún la idea de verme nuevamente entre personas a quienes había cobrado repugnancia. Con todo, después de pesar los inconvenientes y las ventajas, me decidí al fin, y hasta (debo confesarlo) el pícaro demonio de la vanidad intentó de nuevo asaltar mi alma poniendo ante los ojos de mi imaginación la honra, el lustre, el tono que me daría alternando con tanta gente aristocrática en aquellas salas magníficas, cuyas alfombras no era dado pisar a todos los mortales. Pero lo que principalmente me indujo a aceptar fue el premio ofrecido, que era para mí una cantidad fabulosa, un sueño de oro.

«La Providencia divina me envía esos dos mil reales, que son diez duros, y otros diez, y otros diez, y otros diez, etc... ¡Quíá! Si no se pueden contar. Buen tonto seré si no los cojo.»

Dejé a mi ama, que al retirarme yo, cantaba:

Alons, madamusella,
asamble reunión,
a tur de la butella
ferán le rigodón.⁷

y volví a casa de Inés, a quien participé la riqueza que me aguardaba, prometiendo regalársela. Pasé allí largas horas, entristecido por el espectáculo que ofrecía la pobre enferma doña Juana, agravándose día por día. Al salir a la calle, y cuando pasaba junto al gran portal, vi que de un enorme carro sacaban telones pintados y otros aparatos de escena, los cuales trastos venían, según me dijo el portero, de casa de don Francisco Goya.⁸

⁶ Versos del sainete de Ramón de la Cruz, *La víspera de San Pedro* (1763).

⁷ No hemos encontrado el sainete al que pertenece esta canción que parece burlarse del afrancesamiento lingüístico y cultural de la época por medio de disparatados galicismos, tal como ha-

bía hecho Cadalso en la 'carta marrueca' xxxv.

⁸ La relación de Goya con la alta nobleza madrileña y su gusto por el teatro, justifican que el pintor fuese el encargado de hacer los telones para una representación particular en casa de la tía de Amaranta. □□

—Dentro de tres o cuatro días —añadió— será la función. Ya es seguro que vendrá la señora duquesa a hacer el papel de Edelmira.

Oído esto, me retiré pensando en que tal vez alcanzaría yo un triunfo escénico si tenía serenidad suficiente para no asustarme ante público tan distinguido.

Los ensayos de mi papel empezaron con gran actividad, y el mismo Isidoro me dio varias lecciones, haciéndome declamar trozo a trozo los principales y más difíciles pasajes. Entonces pude comprender mejor que nunca el violento carácter del célebre actor, pues cuando yo no aprendía un verso tan pronto y bien como él deseaba, se enfurecía, llamándome torpe, necio, estúpido, sin omitir otros calificativos algo más duros, malsonantes. Ensayando, tuve muy presente la máxima que corría muy válida entre los cómicos del Príncipe, y era que, representando con Máiquez, convenía trabajar bien, aunque no demasiado bien, pues en este caso el gran maestro se enojaba tanto como en el caso contrario.⁹

A los dos o tres días de trabajo ya sabía regularmente mi parte, y era mi principal empeño declamar bien el parlamento de salida, cuando el Dux de Venecia me dice:

Insigne amigo del valiente Otelo.¹⁰

Hubo un ensayo general, a que asistieron todos menos Lesbia, y me parece que no lo hice mal. Por mí la representación no debía retrasarse, y el día 5 ya recitaba del principio al fin de mi papel, sin que se me escapara un verso. Según me dijo mi ama, la señora duquesa había venido del Escorial el día 4 por la noche.

—De modo que nada falta ya.

—Nada —me contestó con la jovialidad bulliciosa que era en aquellos días su nota dominante—. ¡Y yo dirijo la escena!

Donde yo campo
nenguno campa.
A bailar el bolero
y asar castañas
apuesto a todo el orbe
con la más guapa.
Dale que dale,
suenen las castañetas,
rabie quien rabie.¹¹

⁹ Véanse las notas IV, 3 y II.

¹⁰ *Otelo*, acto I, escena 2.

¹¹ Canción del sainete *Las castañeras picadas* (1787) de Ramón de la Cruz.°

Llegó por fin el día señalado, y desde por la mañana muy temprano me puse en ejercicio, corriendo de aquí para allí en busca de mil cosas que mi antigua señora necesitaba. Los afeites de la calle del Desengaño, los trajes pintados en la de la Reina, las telas y cintas, cotonías, muselinetas, pañuelos salpicados, de doña Ambrosia de los Linos;¹² todo se puso en movimiento para dar cumplida satisfacción a los caprichos de Pepita. Debo advertir que, aunque ésta no trabajaba más que como directora de escena en la tragedia *Otelo*, cantaba en el intermedio una graciosa tonadilla;¹³ y como fin de fiesta, el sainete titulado *La venganza del Zurdillo*, del buen Cruz, corría también por cuenta suya.¹⁴ Mientras desempeñaba yo por Madrid tantas y tan diferentes comisiones, iba recitando de memoria los versos de la parte de Pésaro; y cuando se me trascordaba algún pasaje, sacaba el papel del bolsillo, y metido en un portal, leía en voz alta, llamando la atención de los transeúntes.

Durante mi largo paseo por la Villa noté grande agitación. La gente se detenía, formando grupos, donde se hablaba con calor, y en algunos de éstos no faltaba quien leyese un papel, que al punto conocí era la *Gaceta de Madrid*. En la tienda de doña Ambrosia encontré, ¡oh estupenda casualidad!, a don Lino Paniagua y a don Anatolio, el papelista de enfrente, cuyos personajes no ocultaban su inquietud por los acontecimientos del día.¹⁵

—Ya me esperaba yo tal perfidia —dijo este último—. ¡Cómo se ve en este decreto la mano aleposa del infame *choricero*!

—Pero léanos usted de una vez el decreto —dijo doña Ambrosia—, aunque sin oírlo ya sé que el señor Godoy nos habrá hecho una nueva trastada.

—No es más —continuó el papelista —sino que se han ido a la prisión del Príncipe, y poniéndole una pistola al pecho, le han

¹² *afeites*: 'cosméticos'; *trajes pintados*: 'vestidos hechos con telas pintadas según el uso de la época'; *cotonías*: 'telas blancas de algodón'; *muselinetas*: 'telas de algodón muy finas'.

¹³ *graciosa* o 'primorosa' eran epítetos comunes para anunciar las *tonadillas*.^o

¹⁴ El título completo de la pieza es *Los bandos del Avapiés y La venganza del Zurdillo*, de 1776; *fin de fiesta* era

sintagma prefijado para determinar el cuadro que cerraba la mayoría de las representaciones en la época.^o

¹⁵ La *Gaceta de Madrid* era el periódico oficial de la época y también el más antiguo, que se imprimía desde 1661. En *T* se modera la ironía un tanto ingenua que figura en la exclamación de *MABI*: «¡oh rara e inexplicable casualidad!».^o

obligado a escribir estas herejías; sí, señores, porque es imposible que un joven tan caballeroso, tan honrado y de tan buen entendimiento como es el hijo de nuestros reyes, se rebaje y se humille hasta el extremo de pedir perdón como un chico de escuela, y de acusar tan villanamente a los que le han ayudado.

—Pero lea usted.

Limpió don Anatolio el gaznate, y en tono de pedagogo leyó el famoso decreto de 5 de noviembre, que empieza así: *La voz de la Naturaleza desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negarse a ello un padre amoroso...* Lo notable de este decreto, en que se anunciaba a la nación el arrepentimiento del príncipe conspirador, eran las dos cartas que él había dirigido al rey y a la reina, y que casi puedo transcribir aquí sin echar mano de la Historia, donde están para *in aeternum* consignadas, porque las recuerdo muy bien: tan originales y gráficos eran el lenguaje y tono en que estaban escritas. Decía así la primera:

«Papá mío: He delinquido, he faltado a V.M. como rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco a V.M. la obediencia más humilde. Nada debía hacer sin noticia de V.M.; pero fui sorprendido. He delatado a los culpables, y pido a V.M. me perdone por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus reales pies a su reconocido hijo, *Fernando*».

La segunda era como sigue:

«Mamá mía: Estoy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad le pido a V.M. se digne interceder con papá para que permita ir a besar sus reales pies a su reconocido hijo, *Fernando*».¹⁶

Aparecía en estas cartas el pobre príncipe como el más despreciable de los seres, pues demostrando no tener ni asomo de dignidad en la desgracia, confesaba que *había mentido, y después de delatar a los culpables*, pedía perdón a sus papás como un niño de seis años que ha roto una escudilla. Pero entonces los honrados y crédulos burgueses de Madrid no comprendían que ocurriera nada malo sin que fuera causado por el atrevido príncipe de la Paz,

¹⁶ Tal como afirma el narrador, las dos cartas del príncipe y las palabras del rey son reproducción textual del decreto por el que Carlos IV perdona-

ba a su hijo mientras obligaba a continuar el proceso contra el resto de los implicados en la causa del Escorial.^o

y hasta las malas cosechas, los pedriscos, los naufragios, la fiebre amarilla y cuantas calamidades podía enviar el cielo sobre la Península se atribuían al favorito.¹⁷ Así es que nadie veía en las citadas cartas una manifestación espontánea del Príncipe sino antes bien, una denigrante confesión arrancada por sus carceleros, para ponerle en ridículo a los ojos del país. Si ésta fue la intención de la Corte, produjo efecto muy contrario al que se proponían, pues conocido el decreto, el público se puso de parte del prisionero, y abrumó al valido con su ardiente maledicencia suponiéndole autor no sólo del decreto, sino de las cartas.¹⁸

—¿Necesita esto comentarios? —dijo don Anatolio, dejando la *Gaceta* sobre el mostrador.

—Pues yo —indicó doña Ambrosia— quisiera estar oyendo por el agujero de una llave lo que dice Napoleón de todas estas cosas.

—Eso no necesitamos oírlo,¹⁹ pues bien claro es que ya tiene decidido quitar del trono a los reyes padres para ponernos en él a nuestro príncipe querido. Sí..., que no sabrá hacerlo en menos que canta un gallo el buen señor.

—¡Qué escándalo! —exclamó con timidez don Lino Paniagua—. Y eso se dice en voz alta donde pudieran oírlo personas allegadas al Gobierno.

—¡Bah, bah! —respondió el papelista—. Amigo don Lino, esto se va por la posta.²⁰ Dentro de un mes no queda aquí ni rastro de *choricero*, ni reyes padres, ni escándalos, ni picardías, ni otras cosas que callo por respeto a la nación.

—Ojalá tenga usted boca de ángel, señor don Anatolio —añadió la tendera—, y quiera Dios tocarle pronto en el corazón del señor de Bonaparte para que venga a arreglar las cosas de España.

El abate don Lino no quiso oír más y se marchó; despacháronme a mí, y allí quedaron ambos comerciantes arreglando los asuntos de España.

No quise entrar en casa sin hablar un poco con Pacorro Chinitas, que estaba en su sitio de costumbre, afilando cuchillos y tijeras.

¹⁷ La reacción general ante el decreto está documentada. En *MABI* decía «aborrecido», como figura en *Vayo*, en lugar de *atrevido*.^o

¹⁸ Probablemente Galdós traslada la atribución de las cartas a Godoy, hecha por ciertos historiadores y re-

cogida por *Lafuente*, a la opinión del público contemporáneo a los sucesos.^o

¹⁹ Falta aquí la acotación «—indicó con malicioso gesto—» que figura en *MABI* después de eso.

²⁰ 'esto va rápido'.^o

—¡Hola, Chinitas! —le dije—. ¡Cuánto tiempo que no nos vemos! Anda la gente muy alarmada por ahí.

—Sí, la *Gaceta* trae hoy no sé qué papel. En la tienda del buñolero le oí leer y decían todos que es preciso colgar al *choricero* por los pies.

—¿De modo que creen ha sido escrito por él?

—¿Y a mí qué más me da? —respondió incorporándose—. Lo que digo es que todos son buenas piezas, y si no, vengan acá. Dicen que el ministro sacó de su cabeza esas cartas y obligó al Príncipe a firmarlas. ¿Pues para qué las firmó? ¿Es acaso algún niño que todavía está en planas de primera? ¿No tiene veintitrés años? Pues con veintitrés años a la espalda se puede saber lo que se firma y lo que no se firma.

Las razones de Chinitas me parecían de un buen sentido incontestable.²¹

—Aunque no sabes leer ni escribir —le dije—, me parece, Chinitas, que tienes más talento que un Papa.

—Pues los tenderos, los frailes, los currutacos, los usías, los abates, los covachuelistas y toda esa gente que anda por ahí, están muy entusiasmados creyendo que Napoleón va a venir a poner al Príncipe en el trono. Dios nos la depare buena.²²

—¿Y tú, qué crees, insigne amolador...?

—Creo que somos unos mentecatos si nos fiamos de Napoleón. Este hombre, que ha conquistado la Europa como quien no dice nada, ¿no tendrá ganas de echarle la zarpa a la mejor tierra del mundo, que es España, cuando vea que los reyes y los príncipes que la gobiernan andan a la greña como mozas del partido?²³ Él dirá, y con razón: «Pues a esa gente me la como yo con tres regimientos». Ya ha metido en España más de veinte mil hombres. Ya verás, ya verás, Gabrielillo, lo que te digo. Aquí vamos a ver cosas gordas. Debemos estar preparados, porque de nuestros reyes nada se debe esperar y todo lo hemos de hacer nosotros.

Mucho meollo encerraban, como comprendí más tarde, estas

²¹ Las *razones de Chinitas* coinciden con el juicio de *Lafuente* que, por dos veces, insiste en que la responsabilidad del príncipe de Asturias fue la misma, redactase o no las cartas, puesto que las firmó.^o

²² 'Dios nos ayude ante las dificultades

que prevemos'. Recuérdesse que el infante don Antonio Pascual dirigió la misma expresión al Consejo de Regencia en la célebre despedida aludida en el capítulo XV (véase la nota 10).

²³ 'ríñen, pelean como prostitutas'.^o

palabras, las últimas que en aquella ocasión oí a Pacorro Chinitas. Él solo había previsto los acontecimientos con ojo seguro y en cambio el héroe del siglo, que conocía a España por sus reyes, por sus ministros y por sus usías, quería saberlo todo y no sabía nada. Su equivocación acerca del país que iba a conquistar se explica fácilmente: supo, sin duda, lo que decían doña Ambrosia, don Anatolio, el hortera, el padre Salmón y otros personajes; pero, ¡ay!, no oyó hablar al amolador.

XXII

Llegó la noche, y la función de la marquesa era preparada con mucha actividad. Cuando dejé las ropas de mi ama en el cuarto que se le había destinado para vestirse, por la escalera pobre subí al sotabanco y encontré a Inés muy apesadumbrada porque los dolores de la enferma se habían recrudecido y revelaba la buena mujer gran decaimiento. Allí estuve consolando a mi amiga y a su buen tío todo el tiempo de que pude disponer; pero al fin me fue forzoso abandonarles, y bajé a casa de la marquesa muy afligido.¹

Describiré aquella hermosa mansión para que ustedes puedan formarse idea de su esplendor en tan célebre noche. Don Francisco Goya había sido encargado del ornato de la casa, y casi es inútil elogiar lo que corría por cuenta de tan sabio maestro.² Desde la escalera hasta el salón había adornado las paredes con guirnaldas de flores y festones de ramaje, hechas aquéllas con papel y éstos con hojas de encina, ambas obras tan perfectas que nada más bello podía apeteecer la vista. Las lámparas y candelillas habían sido puestas con sumo arte, también en forma de guirnaldas y festones de diversos colores, y su vivo resplandor daba fantástico aspecto a la casa toda.³

¹ *pobre* substituyó a «pequeña» en *T*, y el pasaje *revelaba... consolando* corrigió a «mostraba la buena mujer mucha inquietud. Yo estuve allí para consolar» de *MABI*.[□]

² Goya decoró varias residencias de la nobleza; entre ellas el palacete de la Alameda, propiedad de los duques de Osuna, y el palacio de Buenavista, de la duquesa de Alba, que dejó inacabado debido a la repentina muerte de la

duquesa en 1802. Ambos pudieron servir de modelo a Galdós sin que pueda identificarse ninguno de ellos.

³ Las *guirnaldas de flores, los festones de ramaje*, imitando los que se ponían a las puertas de los templos antiguos, son motivos decorativos de moda en toda Europa como consecuencia de los descubrimientos de las ruinas de Pompeya y Herculano a mediados del XVIII.^{□□}

El primer salón, de cuyas paredes las modas nuevas no habían desterrado aún aquellos hermosos tapices que pasaban de generación a generación; entre los tesoros vinculados, no perdía con tan espléndidas luminarias su grave aspecto; antes bien, las luces, dando reflejos extraños a las armaduras de cuerpo entero que ocupaban los ángulos, visera calada y lanza en mano, como centinelas de acero, parecían imprimir el movimiento y el calor de la vida a los imaginarios cuerpos que se suponían dentro de ellas. Alegres cuadros de toros disipaban la tristeza producida en el ánimo por otros, en cuyos oscuros lienzos habían sido retratados dos siglos antes, por Pantoja de la Cruz o por Sánchez Coello, hasta una docena de personajes ceñudos y sombríos, conquistadores de medio mundo.⁴

Con estas joyas del arte nacional contrastaban notoriamente los muebles recién introducidos por el gusto neoclásico de la Revolución francesa, y no puedo detenerme a describiros las formas griegas, los grupos mitológicos, las figuras de Hora o de Nereida o de Hermes, que sobre los relojes, al pie de los candelabros y en las asas de los vasos de flores lucían sus académicas actitudes. Todos aquellos dioses menores que, embadurnados en oro, renovaban dentro de los palacios los esplendores del viejo Olimpo, no se avenían muy bien con la desenvoltura de los toreros y las majas que el pincel y el telar habían representado con profusión en tapices y cuadros; pero la mayor parte de las personas no paraban mientes en esta inarmonía.⁵

El salón donde estaba el teatro era el más alegre. Goya había pintado habilísimamente el telón y el marco que componían el frontispicio. El Apolo que tocaba no sé si lira o guitarra en el centro del lienzo era un majo muy garboso, y a su lado, nueve manolas lindísimas demostraban en sus atributos y posturas que el gran artista se había acordado de las musas. Aquel grupo era encantador, y al mismo tiempo la más aguda y donosa sátira que echó al mundo con sus mágicos pinceles don Francisco Goya; porque hasta el buen Pegaso estaba representado por un poderoso alazán

⁴ Goya había pintado varios cuadros de toros antes de su famosa colección *La tauromaquia* de 1815. Sánchez Coello (1531-1588) fue pintor de cámara de Felipe II y autor de numerosos retratos, lo mismo que su discípulo Pan-

toja de la Cruz (1553-1608).

⁵ *Hora*: símbolo mitológico de las distintas épocas del año; *Nereida*: ninfa de los mares interiores; *Hermes*: mensajero de los dioses. En lugar de *embadurnados*, *MABI* decía «jalbegados». □

cordobés que, cubierto de arreos comunes, brincaba en segundo término. En el marco menudeaban los amorcillos, copiados con gran donaire de los pilluelos del Rastro.⁶ No era aquélla la primera vez que el autor de los *Caprichos* se burlaba del Parnaso.⁷

Pero dejemos los salones y penetremos entre bastidores, donde el movimiento y la confusión eran tales, que no nos podíamos revolver. Se habían dispuesto varios cuartos para que los cómicos se vistieran: a Máiquez se señaló uno, otro a mi ama, y en el tercero nos vestíamos, sin distinción de sexos, todos los demás representantes venidos del teatro. Lesbia tenía por tocador el mismo de la señora marquesa, y los dos galanes aficionados se vestían en las habitaciones del amo de la casa. Creo que yo fui el primero que se arregló, trocándome de festivo Gabrielillo en el sombrío Pésaro, que es el Yago de la inmortal tragedia. El traje que me pusieron creo que no pertenecía a época alguna de la historia, y era como todos los que usaron los malos cómicos en las pasadas edades.⁸ Hubiera servido para hacer de paje; pero con las barbas que me aplicaron a las quijadas me transformé de tal modo, que los sastres allí presentes me dieron por el más tétrico y espantable traidor que había salido de sus manos.

Mientras se vestían los demás, di un paseo por el escenario, entreteniéndome en mirar al través de los agujeros del telón la vistosa concurrencia que ya invadía la sala. El primero a quien vi fue el joven Mañara, sentado en primera fila, junto al telón. Luego advertí que hombres y mujeres dirigieron la vista a la puerta principal, apartándose para dar paso a alguna persona que en aquel momento entraba y cuya presencia produjo en el alegre concurso general silencio seguido después de un murmullo de admiración. Una mujer arrogante, hermosísima, entró en la sala y avanzaba hacia el centro, recibiendo los saludos de amigos y amigas. Vestía de blanco, con uno de aquellos trajes ligeros y ceñidos que

⁶ *frontispicio*: 'portada o fachada del escenario'; *Pegaso*: 'caballo alado que nació de la sangre de Medusa al serle cortada a ésta la cabeza por Perseo'; *alazán cordobés*: 'caballo de pelo rojizo, de origen árabe'; *amorcillos*: 'cupidos, niños desnudos y alados portadores de algún emblema de amor'.

⁷ Goya —*el autor de los Caprichos*— se había burlado del arte clásico —*el*

Parnaso— al mezclar lo culto y lo popular, lo mitológico y lo realista, en varias ocasiones. Por ejemplo, cuando decoró en 1798 la cúpula de San Antonio de la Florida, pintó las facciones de varias amigas en el rostro de los ángeles.

⁸ La vestimenta inadecuada y muchas veces anacrónica de los actores llega a ser lugar común en quienes se ocupan de las representaciones teatrales.⁹

llamaban *volubilis*, llevando sobre el pecho una banda de rosas que la moda designaba con el nombre de *croissures à la victime*. Su peinado, de estilo griego, era el que en la tecnología del arte capilar se llamaba entonces *toilette Iphigénie*. A su hermosura, a la belleza de su vestido, daba mayor realce la artística profusión de diamantes que encendían mil luces microscópicas en su cabeza y en su seno.⁹ ¿Necesitaré decir que era Amaranta?

Viéndola, no tardaron en encenderse dentro de mí, en los oscuros centros de la imaginación, aquellos fuegos vaporosos y tenues, que se me representan como si una llama alcohólica bailase caracolando dentro de mi cerebro. Mientras la contemplaba, no traje a la memoria el envilecimiento en que habría caído siguiendo en su servicio. Su hermosura era tan hechicera, tan abrumadora; su actitud, tan orgullosamente noble; el imperio de sus miradas, tan irresistible y despótico, que valía la pena de doblar por un momento la terrible hoja que yo había leído en el libro de su carácter misterioso. Con tal fijeza la miraba, que parecía clavado tras el telón; mis ojos trataban de buscar el rayo de los suyos; seguían los movimientos de su cabeza, y observándole las facciones y el casi imperceptible modular de sus labios, querían adivinar cuáles eran sus palabras, cuáles sus pensamientos en aquel instante. Dentro de poco se alzaría el telón; en mí se fijarían las miradas de toda aquella brillante muchedumbre, y especialmente de Amaranta; atenderían a mis estudiadas palabras, y el desarrollo de la acción en que yo tomaba parte despertaría sin duda la sensibilidad, el interés, el entusiasmo de tan escogido auditorio. Estos razonamientos fueron el agujijón que acabó de despabilar la adormecida vanidad dentro de mí, y lleno de necios humos, pensé que hacerse aplaudir de tantas señoras y caballeros era una gloria cuyos rayos debían proyectar clarísima luz sobre la vida entera.

La orquesta, comenzando de improviso la sonata que había de preceder a la tragedia,¹⁰ hizo llegar al último grado la excitación de mi cerebro. La sangre circulaba velozmente por mis venas, dán-

⁹ Como en decoración, se había impuesto en la moda femenina la inspiración grecoromana. La descripción del peinado coincide con la que la duquesa de Abrantes hace en francés del de la reina María Luisa en esa época: «sur sa coiffure à la grecque était une guirlan-

de en lierre mêlée des perles». Galdós, en *M* había escrito también «coiffure», que después substituyó por *toilette*.⁹

¹⁰ *sonata*: 'composición musical de vario carácter y movimiento'. En *MABI*, en vez de *tragedia*, figuraba «representación».

dome una actividad abrasadora; y pensé que tener una casa como aquélla, convidar a tantos y tan nobles amigos, recibir, obsequiar a tal conjunto de bellas damas, debía de ser la mayor satisfacción concedida al mortal sobre la Tierra. Pero la tragedia iba a empezar; el apuntador estaba en la concha; Isidoro había salido de su cuarto, y la misma Lesbia, menos asustada de lo que yo suponía, se preparaba a salir a la escena. Esto me distrajo y ya no sentí sino miedo. Pasaron algunos minutos y se alzó el telón.

La tragedia *Otelo o el Moro de Venecia* era una detestable traducción que don Teodoro La Calle había hecho del *Otelo* de Ducis, arreglo muy desgraciado del drama de Shakespeare. A pesar de la inmensa escala descendente que aquella gran obra había recorrido, desde la eminente cumbre del poeta inglés hasta la bajísima sima del traductor español, conservaba siempre los resortes dramáticos de su origen, y la impresión que ejercía sobre el público era siempre asombrosa.¹¹ Supongo que todos ustedes conocerán la tragedia primitiva, y así me costará poco darles a conocer las variantes. Los personajes estaban reducidos a siete. Otelo era el mismo. Los caracteres de Casio y Rodrigo habían sido fundidos en una figura de segundo término, llamada Loredano, que se presentaba como hijo del Dux. El senador Brabantio era Odalberto, y tenía más intervención en la fábula. Desdémona no había cambiado más que de nombre, pues se llamaba Edelmira; Emilia se trocaba en Hermancia, y Yago, el traidor y falso amigo del moro, tenía por nombre Pésaro. La acción estaba muy simplificada, y el recurso escénico del pañuelo había desaparecido, sustituyéndole con una diadema y una carta,¹² que debían pasar de las manos de Edelmira a las de Loredano, para que, adquiridas luego por Pésaro y presentadas a Otelo, confirmaran la calumnia de aquél. Pero aparte de estas modificaciones, y del estilo, y de la expresión y energía de los afectos que desde la obra inglesa a la española ponían tanta distancia como del cielo a la tierra, el drama, en su estructura íntima, era el mismo, y sus escenas se repartían igualmente en cinco actos. Para abreviar intermedios, Máiquez dispuso que en aquella representación se reuniesen los actos segundo y

¹¹ Galdós coincide en principio con la tajante opinión de Alcalá Galiano —«el *Otelo* de Ducis, mala imitación de Shakespeare, malísimamente traducida»— para después dulcificarla con

su admiración por Shakespeare.°

¹² Se refiere al pañuelo que Yago entrega a Otelo como prueba de la infidelidad de Desdémona en la obra de Shakespeare.°

tercero, y el cuarto con el quinto de modo que la obra quedó en tres jornadas.

En la segunda escena, después que el Dux recitó algunos versos, me correspondía salir a mí, haciendo en un parlamento no muy largo la relación de los triunfos militares de Otelo. Con voz muy temblorosa dije los primeros versos:

¡Que no hayan sido vuestros mismos ojos
fieles testigos de su ardor bizarro!¹³

Pero me fui reponiendo poco a poco, y la verdad es que no lo hice tan mal, aunque a mi pluma no corresponda el describirlo. Después entraban en escena Otelo y más tarde Edelmira. Nada puedo deciros de la perfección con que Isidoro refirió ante el Senado el modo y manera con que encendió la llama amorosa en el corazón de Edelmira; y en cuanto a ésta, debo desde luego señalarla como consumada actriz, porque en la misma escena ante el Senado declamó con una sensibilidad que habría envidiado Rita Luna.

En el primer entreacto debían recitar versos Moratín, Arriaza y Vargas Ponce.¹⁴ El escenario se había llenado de personajes que deseaban felicitar a la triunfante Edelmira. Allí vi al diplomático, que no había desistido, al parecer, de hacer la corte a mi ama, pues corrió presuroso tras ella, diciéndole:

—Puede usted estar segura, adorada Pepita, que *nuestra pasión* quedará en secreto, pues ya se conoce mi reserva en estas delicadísimas materias.

Junto con él había subido al escenario don Leandro Moratín, el cual era entonces un hombre como de cuarenta y cinco años, pálido y serio, de mediana estatura, dulce y apagada voz, con cierta expresión biliosa en su semblante, como hombre a quien amarga la hipocondría y entristece el recelo. En sus conversaciones era siempre mucho menos festivo que en sus escritos; pero tenía semejanza con éstos por la serenidad inalterable de las sátiras más crueles, por el comedimiento y el aticismo,¹⁵ cierta urbanidad irónica, solapada, y la estudiada llaneza de sus conceptos. Nadie le puede quitar la gloria de haber restaurado la comedia española,

¹³ Versos en efecto pertenecientes a la escena segunda del acto primero del *Otelo* de La Calle.

¹⁴ Juan Bautista Arriaza (1770-1837)

y José Vargas Ponce (1760-1821), ya por entonces célebres poetas. °

¹⁵ 'estilo definido por la tendencia a la sobriedad'.

y *El sí de las niñas*, en cuyo estreno tuve, como he dicho, parte tan principal, me ha parecido siempre una de las obras más acabadas del ingenio. Como hombre, tiene en su abono la fidelidad que guardó al príncipe de la Paz, cuando era moda hacer leña de este gran árbol caído. Verdad es que el poeta vivió y medró bastante a la sombra de aquél, cuando estaba en pie y podía cubrir a muchos con sus frondosas ramas. Si mi opinión pudiera servir de algo, no vacilaría en poner a don Leandro entre los primeros prosistas castellanos; pero su poesía me ha parecido siempre, exceptuando algunas composiciones ligeras, un artificioso tejido, o mejor, una clavazón de durísimos versos, a quienes no pueden dar flexibilidad y brillo todos los martillos de la retórica. Moratín, en materia de principios literarios, tenía toda la ciencia de su época, que no era mucha; pero aun así, más le hubiera valido emplearla en componer mayor número de obras, que no en señalar con tanta insistencia las faltas de los demás. Murió en 1828, y en sus cartas y papeles no hay indicio de que conociera a Byron, a Goethe ni a Schiller, de modo que bajó al sepulcro creyendo que Goldoni era el primer poeta de su tiempo.¹⁶

Pido mil perdones por esta digresión, y sigo contando. En el escenario leía Moratín el romance *Cosas pretenden de mí*, que hizo reír a los concurrentes, porque en él pintaba con mucha gracia la perplejidad en que le ponían su médico, sus amigos y sus detractores. A cada momento era el romance interrumpido por afectuosas palmadas, especialmente al llegar al pasaje en que está la conversación de los pedantes; pero ¿quién negará que en aquella composición no hace Moratín otra cosa que una apoteosis de su persona?¹⁷

Dejemos al grande ingenio asfixiándose en el humo de los plácemes más lisonjeros, y sigamos la intriga del drama que iba a representarse entre bastidores, no menos patético que el comenzado sobre las tablas y ante el público.

¹⁶ Es decir que Moratín, aferrado al Neoclasicismo (emblemático en el nombre de *Goldoni*), no supo reconocer la renovación estética que supuso el Ro-

manticismo (*Byron, Goethe y Schiller*).^o

¹⁷ El romance se titula «A Geroncio», y *Cosas pretenden de mí* es su primer verso. □^o

XXIII

Al concluir el primer acto, y cuando aún no habían comenzado los poetas a recitar sus versos, sorprendí a Isidoro en conversación muy viva con Lesbia. Aunque hablaban en voz baja, me pareció oír en la boca del actor recriminaciones y preguntas del tono más enérgico, y creí advertir en el rostro de la dama cierta confusión o aturdimiento. Cuando se separaron, mi desgracia quiso que Lesbia encarase conmigo, interpelándome de este modo:

—¡Ah Gabriel! Buena ocasión de hablarte a solas. Ya podrás figurarte para qué. He vivido en la mayor inquietud desde que supe que había sido presa la persona...

—¡Ah!, usía se refiere a la carta —dije, atusándome los bigotes postizos para disimular mi turbación.

—Supongo que no irá a manos extrañas. Supongo que la guardarías y que la habrás traído esta noche para devolvérmela.

—No, señora, no la he traído; pero la buscaré... es decir...

—¡Cómo! —exclamó con mucha inquietud—. ¿La has perdido?

—No, señora... Quiero decir... La tengo allí..., sólo que yo... —fue la única respuesta que se me vino a las mientes.

—Confío en tu discreción y en tu honradez —dijo con mucha seriedad—, y espero la carta.

Sin añadir una palabra más se retiró, dejándome muy entristecido por el grave compromiso en que me encontraba. Hice propósito de pedir nuevamente a mi ama que me devolviese la carta, y con esta idea la llamé aparte como si fuese a confiarle un secreto, y le supliqué del modo más enfático que me diese aquel malhadado objeto, cuya devolución era para mí un caso de honra.¹ Ella se mostró sorprendida, y luego se echó a reír, diciendo:

—Ya no me acordaba de tu carta. No sé dónde está.

Comenzó el segundo acto, que no me ocupaba más que durante una escena, y concluida ésta, me retiré al interior del teatro, resuelto a poner en práctica un atrevido pensamiento. Consistía éste en hacer una requisita en el cuarto de mi ama mientras ésta se hallase fuera. Cuando la González me quitó la carta, recién venido del Escorial advertí que la guardó en el bolsillo de su traje.

¹ Sintagma característico del teatro del Siglo de Oro.^o

Aquel traje era el mismo que había traído a casa de la marquesa; mas habiéndose mudado para la representación de la tonadilla, se lo quitó, y estaba colgado con otras muchas prendas, tales como mantón, chal, enaguas, etc., en una percha puesta al efecto sobre la pared del fondo. Era preciso registrar aquellas ropas. Mi ama, que dirigía la escena, indicando las salidas y disponiéndolo todo, no vendría. Yo había quedado libre por todo el acto segundo. Tenía tiempo y coyuntura a propósito para lograr mi objeto, y semejante acción no me parecía muy vituperable, porque mi fin era recobrar por sorpresa lo que por sorpresa se me había quitado.

Hícelo así, y con tanta cautela como rapidez registré los bolsillos del traje, de los cuales saqué mil baratijas, aunque no lo que tan afanosamente buscaba. Ya había perdido la esperanza de conseguir mi objeto, y casi estaba dispuesto a creer que la carta no volvería a mis manos por hallarse demasiado guardada o quizás rota y perdida, cuando sentí acelerados pasos que se acercaban al cuarto. Temiendo que ella me sorprendiera en tan fea ocupación, y no siéndome posible escapar, me oculté bajo la percha y tras los vestidos, cuyas faldas me ofrecían seguro escondite. Casi en el mismo instante entraron Isidoro y Lesbia. Aquélla cerró la puerta y ambos se sentaron.

Desde mi escondrijo les veía perfectamente. Máiquez, en su traje de Otelo, parecía una figura antigua que, animada por misterioso agente, se había desprendido del cuadro en que le grabara con los más calientes colores el pincel veneciano. La tinta oscura con que tenía pintado el rostro, fingiendo la tez africana, aumentaba la expresión de sus grandes ojos, la intensidad de su mirada, la blancura de sus dientes y la elocuencia de sus facciones. Un airoso turbante blanco y rojo, sobre cuya tela se cruzaban filas de engastados diamantes le cubría la cabeza. Collares de ámbar y de gruesas perlas daban vueltas en su negro cuello, y desde los hombros hasta el tobillo le cubría un luengo traje talar de tisú de oro, ceñido a la cintura y abierto por los costados para dejar ver las calzas de púrpura, estrechamente ajustadas. Alfanje y daga, ambos con riquísima empuñadura cuajada de pedrerías, pendían del tahalí, y en los brazos desnudos, que imitaban el matiz artificial de la cara con una finísima calza de punto color de mulato, y terminada en guante para disfrazar también la mano, lucían dos gruesas

esclavas de bronce en figura de sierpe enroscada.² Dábale la luz de frente, haciendo resplandecer las facetas de las mil piedras falsas y el tornasol de tisú verdadero con que se cubría, y añadidas a estos efectos la animación de su fisonomía, la nobleza de sus movimientos, presentaba el más hermoso aspecto de figura humana que es posible imaginar.

Lesbia vestía de tisú de plata, con tanta elegancia como sencillez, y sus cabellos de oro peinados a la antigua, obedeciendo más bien a la moda coetánea que a la propiedad escénica, se entrelazaban con cintas y rosarios de menudas perlas, no ciertamente falsas como las de Isidoro, sino del oriente más puro y fino. El moro, apretando con sus negras manos las de Lesbia, blanquísimas y finas, le dijo:

—Aquí nos podemos hablar un instante.

—Sí, Pepa nos ha dicho que podríamos vernos en su cuarto —repuso ella—; pero esta cita no ha de ser larga, porque la marquesa me espera. Ya sabes que está ahí mi marido.

—¿A qué tanta prisa? ¿Por qué no me escribiste desde El Escorial?

—No pude escribir —replicó ella con impaciencia—; pero cuando hablemos despacio te explicaré...

—Ahora, ahora mismo has de contestar a lo que te pregunto.

—No seas tonto. Me prometiste no ser impertinente, curioso ni pesado —dijo con coquetería.

—Eso es lo mismo que prometer no amar, y yo te amo, Lesbia, te amo demasiado, por mi desgracia.

—¿Estás celoso, Otelo? —preguntó la dama; y luego, tomando el tono trágico, dijo entre burlas y veras:

¡Otelo mío! ¡Sí, para ti solo
mi corazón reserva su cariño!³

—Déjate de bromas. Estoy celoso, sí: no puedo ocultártelo —declaró el moro con viva ansiedad.

² *alfanje*: 'especie de sable corto y corvo, con filo solamente por un lado y con los dos en punta'; *daga*: 'arma blanca de hoja corta'; *tahali*: 'tira de cuero u otro material que se cuelga desde el hombro a la cintura para colgar cualquier arma blanca'; *calza*: 'especie de media ceñida a la piel'; *esclavas de bronce*:

'pulsera que no se abre', quizá deba su nombre a su similitud con los grilletes que se ponían a los esclavos. La descripción puede estar inspirada en uno de los varios grabados que se hicieron con motivo de las actuaciones de Máiquez. °

³ Versos de la escena 3 del acto IV de *Otelo o el moro de Venecia*.

—¿De quién?

—¿Y me lo preguntas? ¿Piensas que no he visto a ese necio de Mañara, puesto en primera fila y mirándote como un idiota?

—¿Y no te fundas más que en eso? ¿No tienes otros motivos de sospecha?

—Pues si tuviera otros, desgraciada, ¿estarías con tanta calma delante de mí?

—Poquito a poco, señor Otelo. ¿Sabes que te tengo miedo?

—En El Escorial, ese joven se ha jactado públicamente de que le amas —afirmó Isidoro, fijando tan terriblemente sus ojos en el rostro de Lesbia, que parecía querer penetrar hasta el fondo del alma.

—Si te pones así, me marchó más pronto —dijo Lesbia algo desconcertada.

—He recibido varios anónimos. En uno se me decía que ese joven te escribió una carta el día de su prisión y que tú le contestaste con otra. Además, yo sé que ese hombre te obsequia, yo sé que te visitaba en Madrid. ¿Querrás darme explicaciones de esto?

—¡Ah!, tengo una grande y terrible enemiga, a quien supongo autora de los anónimos que has recibido.

—¿Quién es?

—Ya te hablé de esto en otra ocasión. Es Amaranta; y también te he dicho que tras de la enemistad de la condesa se esconde el odio de otra persona más alta. Todas las damas que en otro tiempo le servimos con fidelidad, estamos cansadas de presenciar las liviandades que han manchado el Trono, y no queremos asociarnos a los escándalos que envilecen esta pobre nación. No te he contado el motivo de nuestra querella; pero ahora mismo va a saber, y no te enfades si oyes el nombre de ese Mañara, a quien tanto temes. Parece que Mañara rechazó, cual otro José, los halagos de la elevada persona, cuya pasión se trocó con esto en odio vivísimo y deseo de venganza. Al mismo tiempo ese joven dio en hacerme la corte, y la mujer ofendida descargó sobre mí su rencor, cuando yo ni siquiera había advertido que Mañara me amaba.⁴ Jamás me fijé en semejante hombre. Se emprendió contra mí una guerra terrible y solapada; quitaron sus destinos a cuantos habían sido colocados por mi mediación, y no se pensa-

⁴ otro José: alude Lesbia a la conocida figura bística del «casto José».

ba más que en buscar los medios de deshonorarme. Viéndome perseguida sin motivo, me hice partidaria del príncipe de Asturias; ofrecí mi auxilio a los conspiradores, y tengo la satisfacción de haber servido eficazmente tan noble causa. A ti puedo revelártelo sin miedo: yo he sido depositaria durante algún tiempo de la correspondencia establecida entre el canónigo Escóiquiz y el embajador de Francia; en mi casa se reunieron éstos varias veces con otros personajes; yo sola tenía noticia de las primeras conferencias celebradas en el Retiro; yo poseía el secreto de todos los planes descubiertos por una simpleza del Príncipe; yo conocía el proyecto de casar a éste con una princesa imperial; sabía que el duque del Infantado no esperaba más que la orden firmada por Fernando para lanzar a la calle tropa y pueblo...⁵

—Todo cuanto me dices parece inverosímil —dijo Isidoro—. Si es cierto, ¿cómo no te han perseguido abiertamente, cómo te pusieron en libertad a la media hora de estar presa?

—Ya sabía yo que no sería molestada. Poseo un escudo terrible que me defiende contra las asechanzas de la camarilla. Creo haberte contado que cuando intervine en la primera reconciliación de Godoy, cuando intenté, por superior encargo, atraerle de nuevo a Palacio, fui depositaria de secretos cuya publicación haría estremecer de espanto a ciertas personas. Poseo papeles que rebajan y envilecen del modo más repugnante a quien los escribió, y conozco el secreto de la inversión de fondos de obras pías, que se emplearon en lo que no tiene nada de piadoso. Esto pasó en una época en que hacíamos excursiones clandestinas fuera de Palacio, cuando Amaranta se empeñó en que Goya la retratase desnuda. Hacía un año que estaba viuda:⁶ fue cuando por una coincidencia providencial descubrí el gran secreto de su juventud que me reveló una mujer desconocida que vive orillas del Manzanares, junto a la casa del pintor.⁷ Ya te lo he dicho, y pienso hacer de ma-

⁵ Galdós alude a una serie de sucesos bien documentados, aunque en ellos no figure la intervención directa de ninguna duquesa. Se eliminó aquí «en fin, lo sabía todo» que figuraba en *MABI*.^o

⁶ Alusión al cuadro *La maja desnuda* (1801) de Francisco de Goya, cuyo modelo se supuso había sido la duque-

sa de Alba. El duque de Alba murió en junio de 1796.

⁷ Es cierto que Goya vivió en la ribera del Manzanares, entre el Puente de Segovia y el Pontón de San Isidro, en la popularmente llamada «Quinta del sordo», pero ello fue algunos años después de la época reflejada en la novela.

nera que nadie lo ignore. De un desgraciado y oculto amor que padeció Amaranta antes de su matrimonio con el conde, nació una criatura que no sé si vive todavía.

—Nunca me hablaste de eso.

—Los padres de Amaranta supieron disimular su deshonra; el joven amante, que pertenecía a una noble familia de Castilla, y había venido a Madrid buscando fortuna, huyó a Francia y fue muerto en las guerras de la República.⁸

—Me has referido una curiosa novela —dijo Isidoro—; pero ¡con cuánto arte has desviado la conversación del asunto principal! Al fin confiesas que Mañara te ha hecho la corte.

—Sí; pero jamás he pensado en corresponderle, ni le trato, ni le veo, ni le hablo. Tus celos harán que por primera vez me fije en semejante hombre.

—No me convences, no; yo tengo indicios, tengo noticias de que tú amas a ese hombre. ¡Oh!, si mis sospechas se confirmaran... ¿Crees que no he advertido el éxtasis con que atiende a tu declamación?⁹

—Procuraré entonces hacerlo mal para no conmover al público.

—No, no intentes disculparte, ni disimular. ¿Por qué aseguras que no te fijas en él, si yo mismo, durante la escena del Senado, te he sorprendido mirándole, y aun me parece que le hiciste alguna seña?

—¿Yo? ¡Estás loco! ¡Ah!, no sabes. Mi marido, que dejó sus cacerías para asistir a la representación, está ahí; la pérfida Amaranta, sentada a su lado, le habla con mucho interés. Si me ves que miro al público es porque me inspiran mucha inquietud los coloquios del duque con Amaranta. Temo que ésta le haya dirigido también algún anónimo. Su frialdad y ademán sombrío me indican que sospecha...

—¿Lo ves?... Y con motivo fundado.

—Sí, porque sospecha de ti.

—No..., no. No trastornes la cuestión. Tú amas a Mañara; con todos tus artificios no puedes arrancar esta sospecha de mi ardiente cerebro. ¡Y ese necio está ahí gozándose en los aplausos que te

⁸ Los dos últimos parlamentos faltan en *M*. Lo añadido anuncia la historia de Santorcaz, un personaje importante de la primera serie que no aparecerá hasta el cuarto episodio, *Bai-*

lén, escrito en octubre-noviembre de 1873.

⁹ En lugar de *éxtasis*, figura en *M* «tierna solicitud»; en *AB*, «embotamiento», y en *I*, «embobamiento».

prodigan, que adulan su amor propio porque se siente amado de la gloriosa artista! ¡No, no quiero que representes más! ¡Cuando contemplo desde arriba el entusiasmo de tus admiradores, cuando los veo con los ojos fijos en ti, participando de la pasión que indican tus palabras, siento impulsos de saltar del escenario para cerrarles a golpes los ojos con que te miran!

—Me haces estremecer —dijo Lesbia—. No eres Isidoro: eres Otelo en persona. Sosiégate, por Dios. Harto sabes lo mucho que te amo. ¿A qué me mortificas con celos ilusorios?

—Disípalos tú.

—¿Cómo, si ninguna razón te convence? Tu violento carácter ha de traerme algún compromiso. Modérate, por Dios, y no seas loco.

—Lo haré si me amas. Tú no sabes quién soy. Isidoro no consiente rivales ni en la escena ni fuera de ella. De Isidoro no se ha burlado hasta ahora ninguna mujer, ni menos ningún hombre. Entiéndelo bien.

—Sí, señor mío, estoy en ello —contestó Lesbia en tono jovial y levantándose para retirarse—. Pero aunque esta conversación me agrada mucho, tengo que irme. ¿Sabes que te temo?

—Quizás con razón. ¿Pero te vas tan pronto? —dijo el moro intentando detenerla aún.

—Sí, me voy —repuso Lesbia—. Ya ha concluido la tonadilla, y pronto empezará el tercer acto.

Y ligera como una corza se marchó. En aquel instante se oyeron los aplausos con que era saludada mi ama al acabar la tonadilla, y poco después entró en su cuarto radiante de júbilo, con el rostro encendido por la emoción, y tan sofocada, que al punto dio con su cuerpo en un sofá.

XXIV

—¡Oh, Isidoro! ¡Y tú no has querido oírme! —exclamó con entrecortadas palabras—. Aseguran que lo he hecho muy bien. ¡Cuánto me han aplaudido!

—¿Quieres dejarte de simplezas? —dijo Isidoro de muy mal talante.

—Y a propósito: dicen que Lesbia hace la Edelmira mejor que yo. ¡Lo que puede la hermosura! Con su buen palmito trae sin

seso a todos los hombres que hay en la sala.¹ Sobre todo, ahí está uno que no le quita la vista de encima, y parece...

—¡Quieres callar!²

Después, como hombre que toma repentina resolución, se dispuso el fruncimiento temeroso de sus negras cejas, y, sentándose junto a la González, le habló en estos términos:

—Pepa, espero de ti un favor.

—Mándame lo que quieras.

—Siempre te has mostrado muy agradecida por todo lo que he hecho en beneficio tuyo. Varias veces has dicho: «¿Qué he de hacer, Isidoro, para corresponder a lo que te debo...?». Pues bien, chiquilla, ahora puedes prestarme un gran servicio, con lo cual quedará pagado largamente el hombre que te sacó de la miseria, el que te enseñó el arte escénico, dándote posición, gloria y fortuna.

—Mi agradecimiento durará mientras viva, Isidoro —respondió la cómica con serenidad—. ¿Qué necesitas ahora de mí?

—Si la contrariedad que experimento afectara sólo a mi corazón, la resolvería fácilmente, porque sé padecer. Pero tal vez afecte a mi amor propio; tal vez ponga en trance muy terrible mi dignidad, y me resigno a sufrir los desengaños más crueles; pero de ningún modo consiento en hacer ante mis amigos y el mundo un papel desairado y ridículo.

—Ya sé lo que quieres decir. Lesbia me ha dicho que estás celoso. ¡Si vieras cómo se ríe de ti, llamándote el «pobre Otelo»!

—No debemos fiarnos de la afición que alguna vez nos muestran esas personas tan superiores a nosotros por su clase. Un abismo nos separa de ellas, y si alguna vez las deslumbramos con nuestro talento y nuestro arte, la ilusión les dura poco tiempo, y concluyen despreciándonos, avergonzadas de habernos amado. Todos los que hemos brillado en la escena conocemos tan triste verdad. ¿No la conoces tú también?

—Sí —dijo mi ama—; y yo creí que tú estuvieras en esa parte más aleccionado que todos los demás.

—Esas personas —prosiguió Isidoro— nos contemplan desde sus aposentos; su imaginación se trastorna viéndonos remedar los

¹ *palmito*: familiarmente, 'aspecto físico'.^o

² Se eliminó aquí «—exclamó bruscamente el moro», que figuraba en *MABI*.[□]

grandes caracteres, las nobles y elevadas pasiones, el amor, el heroísmo, la abnegación, y se enamoran de lo que ven, de un ser ideal, en quien se confunde con nuestra persona la del héroe que representamos. Con la imaginación excitada nos buscan entre bastidores y fuera del teatro; pero en cuanto nos tratan un poco, y advierten que somos lo mismo, si no peores que los demás, y que todas las sublimidades del arte escénico desaparecen con el vestido y las piedras falsas que arrojamos al concluir el drama, se disipa de un soplo su entusiasmo, y no ven en nosotros más que a una turba de tramposos y embusteros farsantes, que apenas valen el partido con que se les paga. Hasta ahora, Pepilla, no me habían afectado gran cosa los bruscos desenlaces de las aventuras con que algunas ilustres personas han honrado nuestra profesión; pero ésta en que ahora me hallo, me afecta profundamente, porque... te lo diré con toda franqueza.

—¿Amas verdaderamente a Lesbia?

—Sí, por mi desgracia; esta pasión no es de aquellas pasajeras y superficiales que pasan satisfaciendo el afán de un día. Esa mujer ha tenido el arte de ahondar en mi corazón de tal modo, que hoy empiezo a reconocer en mí el embrutecimiento que acompaña a los amores exaltados. Sin duda, su coquetería, su frivolidad, los mil artificios de su voluble carácter han realizado en mí este trastorno, y para confundirme más, los celos, la desconfianza y el temor de ser ridículamente suplantado por otro, agitan mi alma de tal modo, que no respondo de lo que podrá pasar.

—¡Hola, hola! señor Otelo, ¿ésas tenemos? —dijo mi ama festivamente—. ¿A quién va usted a matar?

—No te rías, loca —continuó el moro—. ¿Has visto en el salón a ese miserable Mañana?

—Sí; ocupa un sillón de primera fila, y no quita los ojos de la señora Edelmira. Verdaderamente, chico, y sin que esto sea confirmar tus sospechas, a todos los que están en el teatro ha llamado la atención el exagerado entusiasmo de ese joven, y más de cuatro han sorprendido las señas que hace a Lesbia durante la comedia. Y además..., yo no lo he visto, pero me han dicho que...

—¿Qué te han dicho?

—Que la duquesa le mira mucho también y que parece representar sólo para él, pues todas las frases notables del drama las dice volviéndose hacia el tal joven, como si quisiera arrojarse en sus brazos.

—¡Oh! Es cierto. ¿Ves? —exclamó Isidoro bramando de furor—. ¡Y se reirán todos de mí! Y ese vil currutaco... ¡Ah, Pepa..., quiero descubrir fijamente lo que hay en esto..., quiero acabar de una vez estas terribles dudas..., quiero desenmascarar a esa infame, y si me engaña, si ha sido capaz de preferir al amor de un hombre como yo los necios galanteos de ese vil y despreciable petimetre...!³ ¡Ah! Pepa, Pepa, mi venganza será terrible. Tú me ayudarás en ella; ¿no es verdad que me ayudarás? Tú me lo debes todo; yo te saqué de la miseria; tú no puedes negar a Isidoro la ayuda de tu ingenio para este fin, y proporcionándome placer tan inefable, quedarás descargada de la inmensa deuda de gratitud que tienes conmigo.

Al decir esto, Isidoro se había levantado y daba vueltas en el cuarto como un león enjaulado, pronunciando con labio trémulo palabras rencorosas. Lo raro fue que mi ama, ya porque tal fuera el estado de su espíritu, ya porque creyera oportuno fingir en aquellos momentos, lejos de amedrentarse ante la ira de su amigo y maestro, contestó con risas a sus ardientes palabras.

—¿Te ríes? —dijo Máiquez deteniéndose ante ella—. Haces bien: ha llegado el momento de que hasta los metesillas del teatro se rían de Isidoro.⁴ Tú no comprendes esto, chiquilla —añadió, sentándose de nuevo—. Tú no tienes vehemencia ni fogosidad en los sentimientos. En esto te admiro, y quisiera imitarte, porque yo sé muy bien que en las inclinaciones que hasta ahora se te han conocido, has jugado con el amor, tomándolo como un pasatiempo divertido que le entretiene a uno y hace rabiar a los demás, pero hasta ahora, y Dios te libre de ello, no conoces el amor que ocasiona las mortificaciones propias, mientras los demás se ríen a costa nuestra.

—¡Qué orgulloso eres! —contestó seriamente la González—. Hasta en esto quieres saber más que todos.

—Pues si amas de veras, guárdate de enamorarte de esos usías presumidos y orgullosos, que vendrán a ti para satisfacer su vanidad. Ellos no te amarán con noble y desinteresado amor.

—No creo que jamás pueda amar sino al que, siendo igual a mí, no se avergüence de tenerme por compañera.

³ *galanteos*: 'requiebro, coqueteo'.^o

⁴ *metesillas*: 'quien en el teatro introduce o retira muebles en los cambios de escena'.^o

—¡Oh, qué buen sentido, Pepilla! ¿Dónde has aprendido eso? Pero te aconsejo también que no ames a ningún hombre de teatro, si no quieres tener rabiosos celos de todo el público femenino. ¿Sabes tú lo que es eso?

—Harto lo sé.

—De modo que tu amor aún está dentro del teatro. Eso sí que es una desgracia. Tu suerte consistirá en que el galán será de esos que, por falta de talento, no excitan nunca la admiración de las bellas de la platea.⁵ Serás feliz, Pepilla; si quieres casarte, cuenta con mi protección.

—Estoy muy lejos de aspirar a eso.

—¿Ese bruto será capaz de no amarte? ¿Acaso vale más que tú?

—Muchísimo más —dijo la González aparentando con grandes esfuerzos la serenidad que no tenía.

—Apuesto a que es algún tenor de la compañía de Manolo García. Déjale de mi cuenta. Si es cierto lo que supongo, si ese loco no te corresponde y prefiere a tu sencillo cariño el falso amor de alguna damisela de estas que arrastran su púrpura por entre los bastidores del teatro,⁶ ya sabrás lo que son celos, ¿eh?

—Demasiado lo sé y demasiado padezco, Isidoro —dijo mi ama en tono de cariñosa confianza—, pero yo tengo una ventaja sobre ti, que no poseyendo aún la certeza de tu desgracia, ignoras qué partido tomar; yo conozco ya, sin género de duda, que no soy amada, y las circunstancias se han ordenado de tal modo, que me presentan ocasión de tomar venganza.

—¡Oh! Pepa, estás desconocida. No te creí capaz —indicó Isidoro con energía—. Tú tomarás venganza. Descuida: te ayudaré si tú me ayudas a mí en la averiguación y en el castigo de las infamias de Lesbia. Pero dime, chiquilla, dime quién es ese hombre. Sé franca conmigo; yo soy tu mejor amigo.

—Te lo diré más tarde, Isidoro. Por ahora me propongo guardar secreto.

—Tú vales mucho, Pepilla —añadió el cómico con acento reflexivo—. No esperaba encontrar en ti un eco tan fiel de lo que en mí está pasando. ¡Y ese miserable te desprecia por otra, ignorando las bondades de tu fiel corazón! Dime quién es. ¿Será el mismo Manuel García? Por supuesto, chiquilla, ya sabrás cuánto

⁵ 'patio o parte baja de los teatros'.

⁶ *arrastran su púrpura*: 'exhiben su riqueza'.

padecen la dignidad y el amor propio al ver que otra persona posee el afecto que nos pertenece. Te mortificará horriblemente la idea de la triste figura que harás ante el mundo, el pensamiento de los comentarios que hará sobre tu ridícula posición el vulgo envidioso, y al considerar que tú, la persona acostumbrada a rendir a tus pies los corazones, se ve menospreciada por uno solo, rabiará tu orgullo herido y llorarás en silencio, viéndote más baja de lo que creías.

—En esto —contestó mi ama con patética voz— no nos parecemos. Tú estás frenético de celos; pero antes que al desaire de que ha sido objeto tu corazón, atiendes a lo que sufre tu dignidad, la dignidad del gran Isidoro, que siempre desprecia sin ser nunca despreciado; te enfureces al considerar que se ríen de ti los envidiosos, y esas terribles voces de venganza no las pronuncia tu amor, sino tu orgullo. Yo no soy así; amo en secreto, y si triunfara gustaría de tener oculta mi felicidad; nada me importaría que el hombre a quien amo aparentara galantear a todas las mujeres de la tierra, con tal que, en realidad, a ninguna quisiese más que a mí.

—Eres singular, Pepilla, y me estás descubriendo tesoros de bondad que no sospechaba existiesen en tu corazón.

—Yo —continuó mi ama más conmovida— no vivo más que para él y los demás me importan poco. Contigo debo ser franca y decírtelo todo menos su nombre, que nadie debe saber. Yo no sé cómo ni cuándo empezó mi funesto amor, y me parece que nací con esta viva inclinación, más dominadora cuanto más intento sofocarla. Por él sacrificaría gustosa mi vida. Tú quizás no comprendas esto, ni menos que yo sacrifique mi reputación de artista, el aprecio y la admiración de la multitud. ¿Qué importa todo eso? Se ama a la persona por la persona, y no por la vanidad de poseerla.

—El que te ha inspirado tan noble cariño sin corresponder a él —dijo Isidoro con brío— es un miserable que merece arrastrar su existencia despreciado de todo el mundo. ¿No puedo saber tampoco quién es la mujer preferida?

—Tampoco debes saberlo —replicó mi ama, y después, no pudiendo contener el llanto, exclamó así—: Yo no soy cruel; yo no deseaba una venganza que puede ser muy terrible, pero se me ha venido a las manos y he de llevarla adelante.

—Haces bien —dijo Isidoro recreándose con pensamientos de

exterminio—. Véngate..., porque nadie ha de agradecerte el generoso sacrificio que has hecho de tu corazón en aras del Amor. Este dios no es como el Dios cristiano. Recibe las ofrendas con orgullo y acoge las víctimas con indiferencia. Y pues no has de hallar satisfacción en ninguna parte, hártate de venganza. ¿Puedo servirte de algo?

—De mucho —dijo mi ama secándose sus lágrimas.

—Pues yo deseo contar contigo. Oye bien:⁷ Lesbia confía en tu amistad. ¿No ha celebrado en tu casa alguna entrevista con ese joven?

—Hasta ahora no.

—Pues la celebrará. Si ella no te lo propone, propónselo tú con buenos modos.

—¿Cuál es tu objeto?

—Sorprenderla en algún sitio con ese Mañara. Ella busca siempre las casas de las amigas que no son de su clase, para evitar de ese modo la vigilancia de su familia y de su esposo.

—Entiendo.

—Confío en que no te dejarás sobornar por ella y en que a todas las consideraciones sobrepondrás la del servicio que me prestas a mí, tu protector, tu amigo. Espero que te será muy fácil lo que propongo. Si van a tu casa, les entretienes allí y me avisas. Yo haré de manera que ese joven se acuerde de mí para toda la vida.

—Ya tiembles de gozo al pensar en tu venganza —dijo mi ama—. Lo mismo me pasa a mí, pero con más motivo, porque la mía está más cercana.

—¿Puedo confiar en ti? ¿Me pondrás al corriente de todo cuanto veas?

—Puedes estar tranquilo, Isidoro. Tú no me conoces bien: en esta ocasión sabrás lo que soy.

—¿Y tú qué crees? —preguntó el moro con interés—. ¿Crees que tengo razón? ¿Lesbia amará a ese hombre?

—Sí; creo que te engaña miserablemente; creo que todos los que asisten a la representación se ríen de ti esta noche, y el afortunado amante no cabe en sí de satisfacción y orgullo.

⁷ El fragmento *porque nadie ha de agradecerte... Pues yo deseo contar contigo. Oye bien* constituye una nueva redacción sobre MAB: «yo también me vengaré. Nos ayudaremos el uno al

otro ¿Puedo servirte de algo? —De mucho —dijo mi ama secando sus lágrimas. —¿Y yo puedo contar contigo? —¿Y me lo preguntas? —Oye bien:».

—¡Rayos y centellas! —dijo Máiquez con más furia—. Le escupiré la cara desde el escenario. ¡Oh, Pepilla, yo admiro y envidio tu tranquilidad! No desees nunca parecerte a mí; ojalá no sepas nunca lo que son estas culebras de fuego que se enroscan en mi corazón y desparraman por mis arterias su veneno. ¡Oh, qué gran talento tuvo ese poeta inglés que inventó el Oteló! ¡Qué bien pintó la rabia del celoso, la horrible fruición con que se recrea pensando que ha de poner el cuerpo ensangrentado de su rival ante los ojos de la infiel! ¡Qué razón tuvo al suponer el corazón de la mujer antro de maldades y perfidias! ¡Qué bien se comprende la espantosa determinación del moro y el terrible placer de su alma, al considerarse sepultando el cuchillo en los miembros palpitantes de quien le ofendió, y arrastrar después su infame cuerpo!⁸

—¿Qué cuerpo, Isidoro? ¿El de él o el de ella? —preguntó mi ama con frialdad.

—Los dos —contestó Oteló cerrando los puños—. ¿Y dices que se ríen de mí? ¡Y lo saben todos, y me observan, y estoy sirviendo de espectáculo a ese miserable zascandil! De modo que Isidoro es el hazmerreír de las gentes, y tendrá que ocultarse y huir para evitar las burlas de los envidiosos, y ya ninguna mujer se dignará mirarle a la cara. Pero tú, si sabías esto que pasa, ¿por qué no me lo dijiste? ¡Eres tonta, sin duda! ¡Oh!, no tengo amigos verdaderos..., nadie se interesa por mi honor ni por mi decoro. ¡Estoy solo!..., pero solo, ¡vive Dios!, sabré volver al lugar que me corresponde.

Diciendo esto, se levantó con resuelto ademán. En aquel momento sonaron algunos golpes en la puerta: era la señal que llamaba a todos los actores para empezar el tercer acto. Máiquez iba a salir pero al dar los primeros pasos, un objeto cayó de su cintura al suelo. Era la daga con puño de metal y hoja de madera plateada. Pepa, durante la conversación, había estado jugando con la larga cadena que la sostenía, y ésta se rompió.

—Se ha saltado un eslabón —dijo mi ama, recogiendo el arma—, te la compondré en seguida, atándola fuertemente.

Isidoro salió, y mi ama, acercándose a una mesa arrimada a

⁸ Todo este pasaje parafrasea las palabras de Oteló en la escena 5 del acto IV. En *T*, Galdós introdujo pequeñas variantes que aproximan todavía más ambos textos, como *cuerpo ensangren-*

tado en lugar de «cuerpo inanimado y sangriento», *ojos de la infiel* en lugar de «ojos que le cautivaron», e *infame cuerpo* en lugar de «infame cadáver» que figuraban en *MABI*.^o

la pared de enfrente, se entretuvo durante un rato y con mucha prisa en una operación que no pude ver, pero presumí fuera la compostura de la cadena rota. Al fin salió, y quedándome solo, pude dejar mi sofocante escondite para correr a la escena.⁹

XXV

Dio principio el último acto, donde ocurren las escenas más patéticas del drama. En él, Pésaro despierta poco a poco los celos en el alma del crédulo moro hasta que, engañándole con cruel y mañosa calumnia, precipita el trágico desenlace. La importancia de mi papel me obligaba, pues, a fijar en él toda mi atención, apartándola de las impresiones últimamente recibidas. Durante mi primera escena con Otelo advertí que Máiquez, inquieto y receloso, dirigía sus miradas al joven Mañara, sentado muy cerca del escenario: a causa de la ansiedad de su alma, el gran histrión desatendía impensadamente la representación. A veces algunas de mis frases se quedaban sin réplica; también suprimía él bastantes versos, y hasta llegó a trabarse su expedita lengua en uno de los pasajes donde acostumbraba hacerse aplaudir más. El auditorio estaba descontento, pues aunque conocía las genialidades de Isidoro, no creía natural que se permitiera tales descuidos en una representación de confianza y amistad, verificada ante lo más selecto de sus admiradores. El silencio reinaba en la sala, y sólo un sordo murmullo de sorpresa o enfado acogía los versos, mal sentidos y fríamente dichos por el príncipe de nuestros actores.¹

Se esperaba verle repuesto en la segunda escena entre Otelo y Pésaro. Éste, urdiendo muy bien la trama que ideó contra Edelmira su diabólica astucia, adquiere al fin las pruebas materiales que Otelo exige para creer en la infidelidad de la veneciana. Aquellas pruebas son una diadema entregada por Edelmira a Loredano, y cierta carta que su padre le obligó a firmar, amenazándola con matarse si no lo hacía. Ni la entrega de la diadema, ni la carta firmada por fuerza, eran pruebas que ante la fría razón compro-

⁹ El escuchar oculto conversaciones que resultarán claves para descubrir grandes secretos, es paso muy socorrido en el folletín.

¹ Es muy probable que Galdós tomase esta perifrasis de alguno de los numerosos elogios que en el XIX se dedicaron a Máiquez. ^o

meterían el honor de la esposa de Otelo; pero éste, en su ciego arrebato y salvaje impetuosidad, no necesitaba más para caer en la trampa.

Antes de comenzar esta escena, y hallándome entre bastidores, oí a los concurrentes quejarse de la torpeza de Isidoro, y alguno achacó este defecto, no al gran actor, sino a mí, por haberle irritado con mi detestable declamación. Esto me ofendió, y creyéndome culpable de que saliese la tragedia tan deslucida, resolví hacer todos los esfuerzos de que era capaz para arrancar algún aplauso.

Mi ama, como he dicho, dirigía la escena; marcaba las entradas y salidas, cuidando de entregar a cada actor los objetos de que debía hacer uso durante la representación. Diome la diadema y la carta, y salí en busca de Otelo, que estaba solo en las tablas concluyendo su monólogo. Entonces empecé aquella grandiosa escena, que es patética, sublime y arrebatadora, aun después de haber sido tamizada por el romo genio de don Teodoro La Calle:

—¿Sabes tú padecer?

le dije; y al punto Isidoro, mirándome sombríamente, repuso:

—Me han enseñado.

—¿Y sin agitación, el triste aviso
e un infortunio grande escuchar puedes?

—Hombre soy...

respondió con calma.

Continuó el diálogo, y parecía que Isidoro recobraba todo su genio, pues los versos, inspirados por el recelo y la ansiedad, le salían del fondo del alma. Cuando dijo:

¡Infiel! ¡La prueba necesito!

¡Conque dámela luego!²

me apretó tan fuertemente la muñeca, y sus rabiosos ojos me miraron con tanta furia, que perdí la serenidad, y por un instante los versos con que yo debía contestarle huyeron de mi memoria. Pero no tardé en reponerme; le di la diadema y poco después la carta.

Mas en el momento en que vi en sus manos el funesto papel, un súbito estremecimiento sacudió todo mi ser, y me quedé mudo de espanto. En el color y en los dobleces del papel, en la forma de la letra, que distinguí claramente cuando él fijó en ella la vista,

² Escena 5, acto IV, de *Otelo o el moro de Venecia*.

reconocí la carta que Lesbia me había dado en El Escorial para Mañara, y que después mi ama sustrajo de mis ropas al llegar a Madrid.

Otelo debía leer en voz alta la carta, que, según el drama, decía: «Padre mío: Conozco la sinrazón con que os he ultrajado. Vos sólo tenéis derecho a disponer de vuestra hija, *Edelmira*».³ Pero el pliego que la pícara Pepa había hecho llegar a sus manos decía: «Amado Juan: Te perdono la ofensa y los desaires que me has hecho; pero si quieres que crea en tu arrepentimiento, pruébame viniendo a cenar conmigo esta noche en mi cuarto, donde acabaré de disipar tus infundados celos, haciéndote comprender que no he amado nunca, ni puedo amar, a Isidoro, ese salvaje y presumido comiquillo, a quien sólo he hablado alguna vez, deseando divertirme con su necia pasión. No faltes, si no quieres enfadar a tu *Lesbia*. P.D. No temas que te prendan. Primero prenderán al rey».⁴

Ocurrió una cosa singular. Isidoro leyó el papel en silencio; sus labios secos y lívidos temblaron, y como si aún creyera que era ilusión lo que veía, lo leyó y releyó de nuevo, mientras el público, ignorando la causa de aquel silencio, mostraba su asombro en un sordo murmullo. Isidoro, al fin, alzó la vista, se pasó las manos por la frente; parecía despertar de un sueño; balbuceó algunas voces terribles; cerró los ojos, como tratando de serenarse y reanudar su papel; dio algunos pasos hacia el público y retrocedió luego. Los rumores aumentaron; llamábale el apuntador, repitiendo con fuerza los versos, hasta que al fin Isidoro se estremeció todo, sus ojos echaban lumbre, cerró los puños, agitó los brazos y, golpeando el suelo, declamó los terribles versos:

Mira: ¿ves el papel, ves la diadema?
Pues yo quiero empaparlos, sumergirlos
en la sangre infeliz y detestable,

³ El texto de la carta en la versión de La Calle era algo más largo. ◻

⁴ Galdós imita aquí el recurso de la sustitución de la carta creado por Tamayo y Baus en *Un drama nuevo* (1867). Y no sólo el recurso, sino también el móvil que lo pone en marcha, los celos, son comunes al personaje Walton en Tamayo y Baus y a Pe-

pita en Galdós. Nótese además que a pesar de tratarse de la misma carta que figura en el capítulo XX, se ofrece aquí, probablemente por olvido, una nueva versión; Galdós había empleado antes el verbo *querer* en vez de *amar* y *con objeto de* en vez de *deseando*. En *M* también figuraba «con objeto de». ◻◻

en esa sangre impura que abomino.
 ¿Concibes mi placer, cuando yo vea
 sobre el cadáver pálido, marchito,
 de ese rival traidor, de ese tirano,
 el cuerpo de su amante reunido?⁵

Jamás estos versos se habían declamado en la escena española con tan fogosa elocuencia, con tan aterradora expresión. El artificio del drama había desaparecido, y el hombre mismo, el bárbaro y apasionado Otelo, espantaba al auditorio con las voces de su inflamada ira. Un aplauso atronador y unánime estremeció la sala; nunca los concurrentes habían visto perfección semejante.⁶

Después, las facciones del moro se alteraron; su rostro palideció; oprimióse el pecho con ambas manos, y trocando el áspero tono de su voz en otro desgarrador y patético, dijo:

Las recias tempestades
 el viento anuncia con terrible ruido;
 el rayo con relámpagos avisa
 su golpe destructor, y los rugidos
 del león su presencia nos advierten;
 mas la mujer, con ánimo tranquilo
 y aparentes halagos, nos destroza
 el corazón cual pérfido asesino.⁷

Nueva explosión de entusiastas aplausos. Las mujeres lloraban; algunos hombres no podían conservar su entereza, y lloraban también. La concurrencia estaba estremecida, atónita, electrizada; cada cual, suspensa y postergada su propia naturaleza, vivía momentáneamente con la naturaleza y las pasiones de Otelo.

La representación seguía; fuese Otelo, cambió la escena y apareció la cámara de Edelmira.⁸ Entretanto, todos me preguntaban la causa de la turbación y desasosiego de Isidoro; mas yo no sabía qué responder.

Entre bastidores le buscamos con inquietud; pero por ninguna

⁵ Entre *abomino* y *¿Concibes* faltan cuatro versos de la versión de La Calle. En *M* figuraban al final dos versos más (recogidos en la nota XXIV, 8).[□]

⁶ El éxito de Máiquez en el estreno de *Otelo* en marzo de 1802 es reseñado de forma unánime por quienes asis-

tieron a él en los Caños del Peral.[○]

⁷ *M* citaba algunos versos previos a éstos, que Galdós suprimió en *ABIT*, de cuyo estilo se valió en el capítulo anterior (véase la nota XXIV, 8).[□]

⁸ En la tragedia comienza ahora el acto V, que Galdós irá siguiendo paso a paso.[○]

parte le podíamos ver, ni nadie se daba razón de dónde pudiera encontrarse. Edelmira dijo los versos de su monólogo con extraordinaria sensibilidad; no cesaba de mirar a Mañara, y la vanidosa coquetería de sus ojos parecía decir: «¡Qué bien represento!», mientras el afortunado amante embebecido en contemplarla, parecía contestarle: «¡Qué guapa estás!».

Y así era. Lesbia estaba encantadora, con los cabellos sueltos sobre la espalda y el ligero vestido blanco que le ceñía el cuerpo indolente. Entró luego Hermancia, la fiel amiga, y Edelmira le contó sus tristes presentimientos. ¡Qué tono tan melancólico y dulce tenía su voz al expresar el temor de la muerte! ¡Cuán grande interés despertaba su dolor! Aunque yo había visto muchas veces la misma tragedia dentro de la escena y había perdido toda ilusión, en aquella noche sentía un terror inexplicable, y me conmovía la suerte de la infeliz e inocente Edelmira.

La esposa de Oteló, ansiando desahogar la sofocante angustia de su pecho, toma el arpa y entona la canción de Laura al pie del sauce, cuyos lastimeros quejidos son la voz de la misma muerte.⁹ Edelmira, a quien Manuel García había enseñado la hermosa cantata, la dijo con dulce y poética expresión. Su voz nos penetraba hasta los huesos y nos hacía estremecer con horripilante escalofrío, como el contacto de una hoja de acero.

Cesó la canción y sonó la tempestad en el interior del teatro.¹⁰ El público hallábase tan impresionado, que ni siquiera aplaudía. Acostóse Edelmira, y todo quedó en profundo silencio. Oteló debía aparecer, y en el breve momento en que estuvo la escena muda, profundísimo silencio reinaba en la sala. Creí sentir el palpitar de los corazones; pero sólo escuchaba las oscilaciones del mío. Ardorosa inquietud se había apoderado de mí, y miré en torno buscando una persona de confianza a quien comunicar mis recelos; pero no vi sino el pálido semblante de mi ama, que se esforzaba en reír, diciendo:

—¡Qué bien ha hecho Lesbia su papel! Me confieso derrotada,

⁹ La primera escena de este acto es muy breve: el monólogo de Edelmira, compuesto de diecisiete versos; la segunda, tal como resume Galdós, es un diálogo confidencial entre Edelmira y Hermancia que incluye la *canción de*

Laura, con la única diferencia de que el instrumento era en Ducis y La Calle un clave que Galdós troca por un arpa.^o

¹⁰ Dice la acotación: «se oye el ruido de un furioso huracán».

pues representa mil veces mejor que yo. Pero ahora verán ustedes a Isidoro. Esta noche está más inspirado que nunca.

— Observé a Máiquez, que ya decía los primeros versos de la escena junto al lecho de la veneciana. Su rostro aparentaba una serenidad meditabunda. Cuando alzó las cortinas del lecho y dijo con voz calmada:

No..., tú no morirás... ¡Cuánto realzan
su hermosura estas lúgubres antorchas!

un rumor confuso surgió del apiñado auditorio: lloraban casi todas las mujeres, y los hombres se esforzaban en sostener el decoro de la insensibilidad. Otelo acerca su rostro al de Edelmira y dice con extasiado amor:

¡Con qué pureza respirar la siento!
¿Qué poderoso hechizo es el que arrastra
mi persona a la suya con tal fuerza?¹¹

Edelmira despierta con sobresalto. Otelo disimula al principio; mas luego no oculta el objeto que le trae, y Edelmira, aterrada y confusa, jura que es inocente. Nada convence al terrible moro, que, mudando de improviso la expresión de su fisonomía, exclama con ferocidad y descompuestos ademanes:

Mírame. ¿Me conoces..., me conoces...?¹²

El auditorio se estremeció de terror.¹³ Algunas señoras se desmayaron, y oyéronse voces acongojadas que decían: «Piedad, piedad para Edelmira...; es inocente...; ese infame Pésaro tiene la culpa; que traigan a Pésaro».

Isidoro sacó el papel y lo mostró con fiero ademán a Lesbia, quien lanzó un grito terrible, sin decir los versos que correspondían en aquel momento. Otelo se acercó más a Edelmira, y Edelmira hizo un movimiento para saltar del lecho. Se le habían olvidado los versos; pero, al fin, dominando un poco su turbación, recordó algo, y el diálogo siguió así:

¹¹ Versos pertenecientes a la escena 4 del acto V.

¹² Se lee en la acotación y texto de La Calle: «Muda de repente el semblante, y con la voz más espantosa dice:

¿Mírame... me conoces..., me conoces?».

¹³ La reacción del público de la ficción coincide también con la del histórico público de Máiquez. ◊

EDELMIRA: ¿Y qué quieres decirme?

OTELLO: Preparaos.

EDELMIRA: Pero ¿a qué?

OTELLO: Este acero os lo señala.

Diciendo esto, Isidoro desenvainó la daga;¹⁴ en lugar de la hoja de madera plateada, vimos brillar en su mano una reluciente hoja de acero. La conmoción fue general entre bastidores. Lanzóse Edelmira del lecho con precipitación y azoramiento y recorrió la escena gritando como una loca: «¡Favor, favor..., que me mata!... ¡Al asesino!».¹⁵

No puedo pintaros lo que fue aquel momento en la escena y fuera de ella. Los espectadores de primera fila trataron de subir al escenario en el momento en que Lesbia, perseguida por Isidoro, fue asida por el vigoroso brazo de éste. En el mismo instante, no pudiendo contenerme, me abalancé hacia la dama, como impulsado por un resorte, y abracéme estrechamente a ella. El puñal de Isidoro se levantó sobre mí. La presencia inesperada de una víctima extraña hizo, sin duda, que el moro volviera en sí de su furiosa obcecación; conmovióse todo; diríase que un velo ante sus ojos se descorría; arrojó el puñal, quiso recobrar su aplomo, pronunció algún verso, clavando sus manos en mí, como si yo fuera Edelmira; ésta, desprendiéndose de mis brazos, cayó al suelo desmayada, y al punto nos vimos rodeados de multitud de personas. Todo esto pasó en unos cuantos segundos.

XXVI

El escenario se llenó de gente. Lesbia, alzada al instante del suelo, fue objeto de solícitos cuidados. Al poco rato recobróse de su desmayo, abrió los ojos y dijo algunas palabras. No tenía la más ligera lesión, y todo había concluido sin más consecuencias que el susto. Su palidez y la alteración de su rostro eran extraordinarias; pero aún había entre los circunstantes una persona más alterada y más pálida: era Pepita.

Isidoro parecía embrutecido y avergonzado. Transcurrió media

¹⁴ Dice la acotación: «Muestra el puñal».

¹⁵ Aunque en *La corte* el actor tiene motivos argumentales intrínsecos para

su especial forma de actuar, las crónicas que llegaron hasta Galdós del estreno real pudieron sugerirle esta escena. ^o

hora, y cuando fue indudable que no había ocurrido ninguna desgracia, entablóse una discusión muy viva sobre aquel acontecimiento, que la mayoría de los presentes consideraba bajo el punto de vista artístico; era opinión de muchos que, exaltado hasta un extremo del delirio el genio artístico de Máiquez, se identificó con su papel de un modo perfecto.

—Pues lejos de ser éste el camino de la perfección artística —dijo Moratín—, lleva derecho a la corrupción del gusto, y extinguirá en las ficciones el decoro y la gracia, para confundirlas con la repugnante realidad.¹

—Ni eso es representar, ni eso es nada —dijo Arriaza, que, como es sabido, detestaba a Isidoro—. Desde que ese caballero introdujo aquí la escuela francesa, ha corrompido el arte de la declamación.²

—Nunca he visto a Máiquez tan apasionado y fogoso —indicó un caballero que se unió al grupo—. Me parece que en la escena ha pasado algo extraño a la representación.

Otro joven acercó sus labios al oído del primero, y por un rato le habló en voz muy baja. A los cuchicheos siguieron pronto las risas. Pasó Mañara no lejos de allí, y todos fijaron la vista en él.

—Bien se explica la ferocidad de Isidoro —dijo uno.

—Hasta aquí —añadió Moratín—, siempre se le ha visto contenerse dentro del límite de las conveniencias escénicas.

—Me acuerdo de cuando Isidoro era un pedazo de hielo —dijo Arriaza—. En el teatro no le llamaban sino el marmolillo.³

—Es verdad —agregó Moratín—. Pero cuando volvió de París vino muy corregido, y no puede negarse que es un actor de gran mérito. En lo patético no tiene igual; en lo trágico suele carecer de fuego; pero esta noche lo ha tenido de sobra.⁴

¹ El reproche —el mismo que Máiquez hacía a la González en el capítulo IV— se hace eco de las ideas muchas veces repetidas por los ilustrados sobre el arte de representar, que consideraban uno de los pilares de la reforma teatral.^o

² El descalificador comentario de Arriaza quiere reflejar el afán de independencia y el carácter satírico del poeta, además de su enemistad con Máiquez, en aquellos años pública y notoria.^o

³ 'poste de piedra que se pone para que resguarde el paso de los carruajes'. En los inicios de su carrera Máiquez fue muy criticado por su inexpressividad.^o

⁴ El reconocimiento a los méritos de Máiquez, tras su estancia en París, donde había estudiado con el famoso Talma, fue general. En 1820, Moratín dedicaría un soneto «A la muerte del excelente actor Isidoro Máiquez».^o

—Le he tratado bastante —dijo un tercero—. Es hombre de pasiones enérgicas. Como actor consumado, comprende bien que el arte es una ficción, y representando no deja nunca de ser comedido y decoroso. Esta noche, sin embargo, le hemos visto tal cual es.

Otro personaje se acercó al grupo.

—¿Qué le ha parecido a usted, señor duque, el desenlace de la tragedia? —le preguntó Arriaza.

—¡Magnífico! Esto se llama representar —contestó el marido de Lesbia—. Parecía la misma realidad. Pero no consentiré que mi esposa salga otra vez a la escena. Representa demasiado bien y entusiasmo y trastorna a los actores que la acompañan.

Un abanico tocó el hombro del señor duque; volvióse éste, y Amaranta entró en el corrillo. Todos la saludaron, disputándose a porfía el honor de dirigirle la palabra. Ella habló así:

—Bien dije a usted, señor duque, que no había nada que temer. Un exceso de inspiración dramática, y nada más.

—El exceso es malo en todo: yo creí que la duquesa iba a perecer a manos de Isidoro por un exceso de inspiración.

—Además —dijo Amaranta—, habría, tal vez, alguna causa que no conocemos...

Al decir esto, pareció que los pies de la hermosa dama habían tocado algún objeto arrojado en el escenario. Apartóse vivamente, apartáronse todos, y las faldas de Amaranta, al deslizarse sobre el piso, dejaron ver un papel arrugado. Como si aquel papel fuese un tesoro de inestimable precio, la condesa bajóse a cogerlo, y después de mirarlo rápidamente lo guardó en su bolsillo. Era la carta fatal, como diría un novelista.⁵

—¿Alguna causa que no conocemos?... —preguntó el duque, continuando la conversación interrumpida.

—Sí —contestó la dama—; y me parece que puedo sacarle a usted de dudas... Pero tengo que ir al cuarto de la González. Allí le aguardo a usted y hablaremos.

Quedaron solos los hombres otra vez. La marquesa atravesó la escena preguntando por Isidoro.

—¿Será posible —decía— que no pueda representarse *La venganza del Zurdillo*? ¡Pepa!... Pero ¿dónde está Pepa?

⁵ Es visible aquí la autocrítica irónica, muy cer-
vantina, con respecto al empleo de recursos folletini-
nescos.

Esta pregunta se dirigió a mí, y al instante marché en busca de mi ama. No estaba en su cuarto, y sí en el de Máiquez, quien, una vez pasada la excitación del terrible momento, se esforzaba en aparecer tranquilo y hasta risueño, aunque era fácil conocer que la rabia no se había extinguido en su pecho.

—¡Qué broma tan pesada, Isidoro! —dijo la marquesa asomándose a la puerta—. Aún no me he recobrado del susto.

—Es verdad, señora —dijo el actor—; pero la señora duquesa tiene la culpa, por la perfección con que ha hecho su papel. Su incomparable talento tuvo el don, no sólo de transportarla a ella, sino de transportarme a mí mismo a la esfera de la realidad. Jamás me ha pasado cosa igual desde que piso las tablas. Un actor inglés, representando en cierta ocasión a Otelo, mató a la cómica que hacía de Desdémona.⁶ Esto me parecía inverosímil; pero ahora comprendo que puede ser verdad.

—Pero ¿se suspenderá *La venganza del Zurdillo*?

—Por ningún caso. Hace falta reír un poco, señora marquesa.

Retiróse ésta, y después que salieron algunos amigos de Máiquez, que le acompañaban, el actor quedó solo con mi ama y conmigo.

—Ven acá —me dijo el actor apretándome vigorosamente el brazo—. ¿Quién te dio aquella carta?

Señalé a mi ama.

—Fui yo —dijo ésta—. Quería que conocieras el corazón de Lesbia.

—¿Por qué no me la diste en otra parte? Me has puesto al borde del abismo; he estado a punto de cometer un crimen. Mi furor fue tan grande cuando leí aquel papel, que lo olvidé todo, y aunque en el instante que estuve fuera de la escena procuré serenarme, mi cólera se encendió más y... ya sabes lo que pasó. Cuando la vi en la escena final, quise contenerme; pero sus miradas, su acento, me irritaban cada vez más, y sentí en mí una crueldad, una fiereza que nunca había conocido. Recordaba sus tiernas promesas, sus apasionados arrebatos de amor, su falsa sencillez, y por un momento creí que hasta era un deber castigar a aquel monstruo de falsedad e hipocresía. Cuando saqué el puñal y advertí que era una hoja de acero experimenté un placer indecible. ¡Ay,

⁶ No hemos podido comprobar la veracidad de esta anécdota.

Pepa! ¡Qué momento! No sé cómo no la maté; no sé cómo en aquel instante no me perdí y me deshonré para siempre. Si Gabriel no se hubiera abrazado a ella, cubriéndola con su cuerpo, creo que a estas horas... No lo quiero pensar.

—A estas horas —dijo mi ama— estarías llorando sobre el cadáver de tu amante, herida por tu propia mano.

—No, Pepa, no; ya no la quiero. La lectura de la carta ha ahuyentado de mí todo sentimiento amoroso; ya no tengo para ella más que un desprecio, una repugnancia de que no puedes formar idea. Me espanto de haber amado a semejante mujer. Pero di: ¿fuiste tú quien trocó el puñal del teatro por la hoja de acero?

—Sí, yo fui.

—¿Luego tú —exclamó con asombro— lo preparaste todo? ¿Qué interés, qué intención...?

—¡La aborrezco con toda mi alma!

—¡Y quisiste hacerme instrumento de un crimen! Hace poco hablabas de tu venganza. ¿Por qué aborreces a Lesbia?

—La aborrezco porque..., la aborrezco.

—¿Y no te remuerde la conciencia de un sentimiento que te lleva hasta el crimen?

—¡La conciencia!... ¡Un crimen!... —exclamó mi ama con cierta enajenación; y después, ocultando el rostro entre las manos, empezó a llorar amargamente—. ¡Oh!, ¡Dios mío, qué desgraciada soy!

—Pepa, ¿qué tienes?, ¿qué es eso? —dijo Isidoro, sentándose junto a ella y apartándole las manos del rostro—. Pero ¿tú...? ¿Conque tú...? ¿De modo que tú...?

Dieron golpes en la puerta, y una voz dijo:

—El sainete, que va a empezar el sainete.

El aviso no distrajo a los dos actores. Pepa seguía llorando; Isidoro, lleno de asombro.

XXVII

Creí prudente retirarme, no sólo porque allí no hacía falta ninguna, sino porque en mi mente bullía, inquietándome mucho, un proyecto que al fin decidí poner en ejecución sin demora. Dirigíme con firme resolución al cuarto de mi ama; Amaranta estaba allí y estaba sola.

—¡Oh, Gabriel! —me dijo—, ¿tienes valor para presentarte de-

lante de mí? ¿Sabes que tienes un modo singular de despedirte? Veo que eres un farsantuelo de quien nadie debe fiarse. Di: ¿es ésta la lealtad con que tú acostumbras pagar a tus favorecedores?

—Señora —repliqué, desafiando el rayo de sus ojos, como el marino desafiaba la tempestad—, el oficio a que usía me pensaba dedicar en Palacio no era de mi gusto. Si no me despedí de mi ama, fue porque el temor de que me prendieran me obligó a salir del Real Sitio.

—No puedo negar —dijo riendo— que te burlaste con mucha gracia del licenciado Lobo.¹ Bien decía yo que eras un chico de mucha disposición. Pero el talento más fecundo permanece oculto hasta que encuentra ocasión de mostrarse. Aquel rasgo de ingenio habría sido completo, habría sido sublime, si me hubieras entregado la carta.

—No me la habían dado para usía.

—Lo cierto es que no fue a poder de su dueña. Pepa te la quitó, y ha hecho de ella el uso que sabes. Tampoco ella quiso entregármela; pero al fin la casualidad la ha traído a mis manos. ¿La ves?

—Creo que usía me la entregará, porque esa carta es mía, me pertenece, tengo que devolverla a su dueño —dije con resolución.

—¡Devolvértela! ¡Tú estás loco! —exclamó Amaranta riendo como quien oye un gran desatino.

—Sí, señora, porque el recobrarla es para mí una cuestión de honor.

—¡Honor! —dijo la dama, riendo más fuerte—. ¿Acaso tienes tú honor?² ¿Sabes tú lo que es eso, chiquillo?

—¿Pues no he de saberlo? —respondí—. Cuando usía me propuso el oficio de espía sentí que se me subía un calorcillo a la cara, y me pareció que me estaba viendo a mí mismo en aquel empleo y en los de engañar, fingir y mentir... y viéndome, me daba espanto..., y un sudor se me iba y otro se me venía, porque el Gabriel que mi madre echó al mundo se entretiene a veces oyendo lo que él mismo se dice por dentro acerca de la manera de ser

¹ Aquí aparece por primera vez el nombre del personaje caricaturizado en el capítulo XIX; recuérdese lo dicho a propósito de los apellidos animalescos en la nota IX, 13. Los prejuicios antisemíticos contra los encargados de la administración judicial son muy fre-

cuentes en nuestra literatura del Siglo de Oro.

² De nuevo, el asombro ante un criado que cree tener honor, recordando la reacción de los nobles del teatro áureo frente a la dignidad de los villanos (véase la nota XIX, 4).

caballero, decente y honrado. Cuando la señora duquesa me pidió su carta, y yo no podía dársela, sentí el mismo embarazo..., y también me ocurrió que no devolviendo el papel, y permitiendo que otras personas sigan haciendo mal uso de él, el señor Gabriellito no vale dos cuartos. Si esto no es el honor, que venga Dios y lo vea.

Amaranta pareció muy sorprendida de estas razones, y me dijo con bondad:

—Tales ideas no son propias de ti. Tiempo habrá, cuando seas hombre, de tener todo el honor que quieras. Cada vez te encuentro más propio para desempeñar a mi lado los empleos de que te hablé. Me parece que has empezado bien el curso en la universidad del mundo; y, o mucho me engaño, o te bastarán pocas lecciones para ser maestro.

—Creo que usía no se equivoca —respondí—, y en cuanto a las lecciones que usía me ha dado, me parece que han sido de provecho.

—¿Y no renuncias a tus proyectos de ser..., cómo decías...? —me preguntó irónicamente.

—No, señora; sigo en mis trece —contesté sin turbarme—, y a lo mejor va a tener usía el gusto de verme príncipe, o tal vez rey en cualquier reino que las damas de la Corte sacarán para mí. Si no hay más que ponerse a ello, como dice Inesilla.

—Pero di, chicuelo: ¿de veras creíste tú que ya te estaban labrando la espada de general o la corona de duque?

—Como ésta es noche. Y usía que se me figuraba una divinidad bajada del cielo para favorecerme, acabó de trastornarme el juicio enseñándome lo que hacer debía para echarme a cuestras el manto regio o, cuando menos, para ponerme los galones de capitán general.

—Parece que te burlas. ¿Qué quieres decir?

—Digo que desde que usía me manifestó que el camino de la fortuna estaba en escuchar tras de los tapices y en llevar y traer chismes de cámara en cámara, se han arreglado las cosas de tal modo que, sin querer, estoy descubriendo secretos, y aunque quiero taparme las orejas, las picaronas se empeñan en oír...

—¡Ah! Tú quieres revelarme algo que has oído —dijo Amaranta con complacencia—. Siéntate y habla.

—Lo haré de buena gana si usía me devuelve la carta de la señora duquesa.

—Eso no lo pienses.

—Pues entonces callaré como un marmolejo.³ En cambio, contaré una historia parecida a la que usía me refirió, aunque no es tan bonita. No la he leído en ningún libro viejo, sino que la oí... Estas condenadas orejas mías...

—Pues empieza —dijo la condesa con alguna perplejidad.

—Hace quince años había en Madrid una damita muy guapa, muy guapa, que se llamaba..., no me acuerdo su nombre. Esto no pasaba en ningún reino apartado ni antiguo, sino en Madrid, y no se trata de sultanes ni de grandes ni pequeños visires, sino de una damita muy linda, la cual damita se enamoró de un joven de buena familia que vino a la Corte a buscar fortuna. Parece que los padres se oponían; pero la damita amaba ciegamente al joven y como todo lo vence el amor,⁴ entre éste y el demonio proporcionaron a los dos jóvenes entrevistas secretas que...

Amaranta se puso pálida, y su mismo asombro la hizo enmudecer.

—Pues es el caso que la damita dio a luz una criatura —continuó.

—No estoy aquí para oír necedades —dijo ella, dominando su ira.

—Pronto concluyo. Dio a luz una criaturita; huyó el joven a Francia,⁵ temiendo ser perseguido, y los padres de la damita se dieron tan buena maña para echar tierra sobre aquel negocio, que nada se supo en la Corte. La damita se casó después con el conde de no sé cuántos, y... nada más.

—Veo que eres rematadamente necio. No quiero oír más tus simplezas —dijo la dama, cuyo semblante se cubría de vivísimo carmín.

—Aún falta un poquito. Más tarde lo descubrieron algunas personas y hablaron de esto en sitio donde yo lo oí; pero como soy tan curioso y ahora ando amaestrándome en los chismes y enredos para ver si llego a general o a príncipe, no me contento con aquellas noticias, y voy a que me dé más una mujer que vive orillas del Manzanares, junto a la casa de don Francisco Goya.

—¡Oh! —exclamó Amaranta, furiosa—. Sal de aquí, desvergonzado mozalbete. ¿Qué me importan tus ridículas historias?

—Y como estas noticias no tienen valor hasta que no se traen de aquí para ahí, pienso comunicárselas a la señora marquesa para que me ayude en mis pesquisas. ¿No cree usía, señora condesa, que ésta es una excelente idea?

³ 'columna pequeña'.

⁴ «omnia vincit amor» había escri-

to Virgilio en las *Bucólicas*.

⁵ En *M* «a su tierra». Véase XXIII, 8.

—Veo que sabes manejar la calumnia y las bajas y miserables intrigas. Supongo quién habrá sido tu maestro. Vete, Gabriel; me repugnas.

—Me iré y callaré; pero es preciso que usía me devuelva la carta.

—¡Miserable rapaz, quieres burlarte de mí, quieres medir conmigo tus indignas armas! —exclamó, levantándose de su asiento.

Su actitud decidida me turbó un poco; pero hice esfuerzos por reponerme, y seguí:

—Para hacer fortuna no hay medio mejor que el espionaje y la intriguilla: el que posee secretos graves lo tiene todo, y ahora salimos con que voy a conseguir dos mitras, ocho canonjías, veinte bastones de coronel, cien capellanías y mil plazas de Contaduría para todos mis amigos.⁶

—Déjame, no quiero verte. ¿Has oído?

—Pero antes me dará usía la carta. Si no, he de llevar un recadito a la señora marquesa o al señor diplomático, que, como hombre reservado, a nadie lo dirá.

—¡Ah, imbécil! ¡Cuánto te desprecio! —dijo, revolviendo en su bolsillo con febril inquietud—. Toma, toma la carta, vete con ella, y jamás vuelvas a ponerte delante de mí.

Diciendo esto arrojó en el suelo la carta, que recogió un servidor de ustedes.

Después, sentándose de nuevo, volvió hacia mí su rostro, siempre bello, y me dijo:

—¿Quién te ha enseñado estas travesuras? Eres un necio.

—De los necios se hacen los discretos —contesté—. Dando con un buen maestro... ¡Si usía' no me hubiera despabilado tanto...! Oyendo y viendo se aprende mucho, señora; y yo, desde que entré al servicio de usía hasta hoy no he desperdiciado el tiempo. Bien haya quien me abrió los ojitos que ven y las orejas que oyen. Para ser discreto es preciso haber sido tonto.

Cuando pronuncié esta extraña sentencia, Amaranta echó sobre mí una mirada de orgulloso desdén y señalóme la puerta. ¡Ay! Estaba hermosa, hermosa como nunca. Su noble ademán, sus mejillas teñidas de leve púrpura, el incendio de sus ojos, la agitación de su seno, encantaban la vista, y no era posible aborrecerla. Indudablemente, señores, el mal es a veces lindísimo.

⁶ *dos mitras*: sinécdoque por 'dos obispos'; *plazas de Contaduría*: 'plazas de administradores del Estado'.

Ya me marchaba, cuando entró el señor duque acompañado del diplomático.

—Aquí estoy, Amaranta —dijo el primero—. Me habló usted de causas que no conocemos.

—No le hagas caso, sobrina —exclamó el marqués—. ¿Pues no ha dado en la flor de estar celoso?⁷ Y dice que en el caso de Otelo él haría lo mismo.

—Sí —dijo el duque—. Si yo sospechara de mi mujer, la mataría.

—No me referí a nada que no fuese algún motivo artístico —indicó secamente Amaranta.

—No consiento que mi mujer salga más a las tablas en compañía de ese bárbaro Otelo. La pobrecita habrá padecido mucho. Pero veo que en mi ausencia han ocurrido grandes novedades. Parece que también han querido ponerla presa. ¡Pobre cordera mía! ¿Cómo es posible que haya dado motivos para eso?... ¡Si es la bondad, si es la dulzura en persona!...

—Son tantos los que han sido incluidos en la causa... —dijo Amaranta—. Pero por mediación mía se la puso al instante en libertad.

—¡Oh!, gracias, querida condesa. Verdad es que Lesbia es amiga de usted desde la infancia, y entre amigas... ¿Y no se la molestará más?

—No —dijo el diplomático—. Felizmente puede arrancarse de la causa todo lo que conviene. ¿No es verdad, sobrina?

—Sí, precisamente se ha hecho eso con todo lo que se refiere al Príncipe, porque como ha confesado y hecho acto de contrición de sus graves faltas... Los jueces tienen buena mano, y suprimirán todo lo que se quiera, dejando la causa tal como convenga presentarla al público.⁸

—Eso está muy bien dispuesto —afirmó el diplomático—, y prueba que hay tacto en el Gobierno. ¿Y Napoleón?

—Napoleón ha exigido que no se le nombre para nada, y por esto ha sido preciso eliminar también cuanto a él se refiere. Aunque consta que el Príncipe le escribió y tuvo tratos con su embajador, los jueces se comerán todas las declaraciones y documentos en que esto se vea, para que Bonaparte quede contento.⁹

⁷ *ha dado en la flor*: 'ha caído en la tontería'. Véase la nota III, II, de *Trafalgar*.

⁸ Las fuentes históricas de Galdós

reseñan la manipulación a que se sometió el proceso del Escorial.^o

⁹ La reacción de Napoleón está así mismo documentada.^o

—Bien, bien; eso me tranquiliza —afirmó el diplomático con mucho énfasis—, y así lo pondré en conocimiento del príncipe Borghese, del príncipe Piombino, de Su Alteza el gran duque de AreMBERG. Por supuesto, os encargo que no digáis a nadie mis propósitos. ¿Lo oyes, Amaranta? ¿Lo oye usted, señor duque? ¡Ah! Al duque no se le puede confiar un secreto. Todo lo dice.

—¿Qué? —preguntó Amaranta.

—Por más que me empeño en que la más absoluta reserva sirva de impenetrable velo a lo que ocurre entre la González y yo...

—El señor marqués no abandona su antiguas mañas.

—No, hijo; es que sin saber cómo ni cuándo... Nada he puesto de mi parte. Hace tiempo que Pepita ha manifestado que hallaba en mí cierto encanto... Pero la pícara no se cuida de disimular; ahora mismo, durante el sainete, me echaba unas miradas... ¡Y qué bien ha representado! Nunca la he visto tan alegre, tan graciosa, tan juguetona, tan vivaracha. La verdad es que me está comprometiendo. ¿Lo creerás, sobrina? Yo me empeño en ocultarlo, porque... ya sabes..., ése es mi carácter, y ella..., pero si todo el mundo lo sabe. Al concluir el sainete no he podido menos de acercarme a ella, y le he dicho: «Disimule usted, Pepa; no olvide usted que la reserva es hermana gemela de la..., digo, del amor». Sin duda por obedecer esta advertencia, se ha marchado con Isidoro, fingiéndose muy contenta en su compañía. Ambos iban muy amartelados, y cualquiera menos listo que yo los habría tenido por amantes.

—Tal vez —dijo Amaranta.

Salí del cuarto. Cuando después de buscar ávidamente a Lesbia por el escenario, di con ella al fin y le entregué la carta, me dijo con gran ansiedad, mientras la guardaba:

—¡Ah, Gabrielillo! Esta noche me has salvado la vida dos veces.

XXVIII

No quise estar más allí; salí decidido a huir para siempre del vergonzoso arrimo de cómicos y danzantes, de damas intrigantuelas y de hombres corrompidos y fatuos.¹ Al salir, un vivo deseo de

¹ Descalificar moralmente a las gentes y *danzantes*— era hábito bien conocido de teatro —*vergonzoso arrimo de cómicos* desde la Edad Media en toda Europa.^o

correr a casa de Inés llenaba mi alma toda. Volé al cuarto piso, tomando la escalera pobre, y por el camino, en mi precipitada marcha, iba arrojando los postizos y adornos que me habían servido para la representación. Aquí dejé las barbas y bigotes; allí las plumas de mi sombrero, más allá la escarcela² y, por último, eché a rodar el tahalí y el collar. Me parecían prendas de ignominia, que no debían ir sobre mí al presentarme en la casa del reposo.

Subí y entré. El padre Celestino me abrió la puerta, y al punto advertí que sus ojos habían llorado.

—La pobre doña Juana ha muerto hace dos horas —dijo contestando a mis preguntas.

Esta noticia dio a todo mi ser el frío y la inmovilidad de una estatua. Sepulcral silencio reinaba en la casa. En el fondo del pasillo vi la puerta de la sala, cuyo recinto iluminaba una claridad rojiza. Acerquéme con pasos lentos y conteniendo con la mano el latir de mi corazón, que parecía querer salirse del pecho. Desde el umbral vi el cuerpo de la santa mujer, vestido de negro, sobre el mismo lecho en que había sido abandonado por el alma; sus manos cruzadas, en actitud de orar, sus cerrados ojos y la apacible y tranquila expresión de su semblante, blanco como el mármol, más que el aspecto de la triste muerte, dábanle la fisonomía propia de un recogimiento meditabundo y de aquel místico sueño que es en las gentes de exaltada piedad como un viaje al cielo para volver.

Junto a ella, y sentada en el suelo, con la cabeza entre las manos y apoyada en el lecho, estaba Inés. Su llanto tranquilo era natural desahogo de un dolor resignado, propio de quien acostumbraba relacionar las penas y las alegrías con la voluntad suprema. No hizo movimiento alguno para mirarme, ni yo seguramente lo merecía. Una sola vela de cera cuya llama puntiaguda y móvil señalaba al cielo con leve oscilación, iluminaba la silenciosa sala; y las imágenes de vírgenes y santos que había en la pared, como afectadas de la fúnebre tristeza del cuadro, parecían tener en sus rostros inusitada gravedad.³

A pesar de mi aflicción, yo experimentaba ante aquel espectácu-

² 'especie de bolsa que se llevaba colgada de la cintura'.

³ El pasaje *como afectadas... gravedad* sufrió varias correcciones: en *M* decía «parecían afectadas del fúnebre cuadro

de la muerta y la viva, y elevar hacia el cielo miradas de serena súplica», y en *ABI* «como afectadas del fúnebre cuadro parecían tener en sus rostros inusitada gravedad».

lo una especie de alivio moral que me es imposible expresar con palabras. Aquella tranquilidad que acompañaba a una gran pena; aquella paz de espíritu que cubría el dolor como las alas del misterioso ángel protegen el alma, al salir turbada y temerosa del cuerpo pecador; aquel silencio de la mujer muerta que me hacía oír en lo profundo de mi mente un lejano y celeste coro de triunfante música; el sereno llorar de la huérfana, cuyo dolor modesto no acusaba a la suerte ni a la casualidad, ni a otro alguno de los irrisorios dioses que ha creado el holgazán entendimiento humano; aquel aspecto de resignación, el reposo imperturbable que ni aun la muerte había alterado en aquella mansión de la conciencia pura, de los deberes, de la religión, del sencillo amor, fueron para mi espíritu como un aura serena, como un templado y regenerador ambiente que equilibra la atmósfera, por tempestades revuelta o agitada por opuestas corrientes. Jamás he podido comparar con más propiedad mi alma con la imagen de un terso lago, de igual y no alterada superficie, ni jamás he distinguido con tanta claridad el lejano fondo. Cual si mi pecho hubiese estado por largo tiempo privado de fácil respiración, mis pulmones se dilataron y mi aliento sacaba del corazón un gran peso.⁴

El cura me sacó de tales abstracciones llamándome fuera.

—La pobre Juana —me dijo enjugando una lágrima— no tuvo tiempo de ver satisfecho el deseo de toda mi vida.

—¿Pues qué? Usted...

—Sí, hijo mío. Poco antes de su muerte recibí este papel, en que se me nombra ecónomo de la iglesia parroquial de Aranjuez.⁵ Al fin se me ha hecho justicia. No me ha cogido de nuevo, y bien te decía yo que había de ser esta semana. ¿Ves, Gabrielillo? Dios acude oportunamente a nosotros en esta desgracia. Ya Inés no quedará desamparada, ni tendrá que pedir auxilio a los parientes de Juana.

—¡Pobre Inés! —exclamé—. A ella consagraré mi vida entera. Viviré por ella y sólo por ella.

—¡Ah! —dijo el clérigo—. Ocurre una cosa singularísima, querido Gabriel. ¿Sabes que la pobre Juana me ha hecho, antes de

⁴ Compárese esta escena con el velatorio de la madre de Gabriel en *Trafalgar*, I.

⁵ ecónomo: 'sacerdote destinado en

una parroquia para que haga las funciones de párroco por vacante, o enfermedad o ausencia del propietario'.

morir, una revelación que...?, a ti puedo confiarlo, porque casi eres de la familia.

—¿Qué?

—Después que confesó, llamóme aparte y me dijo que Inés no es hija suya... ¡Si vieras qué historia tan singular! Estoy confundido, absorto. Pues sí, Inés no es hija suya, sino de una gran señora que...

—¿Qué dice usted?

—Lo que oyes: la verdadera madre... ya comprenderás que se trata de una de esas secretas aventuras que deshonran a una noble familia. La verdadera madre abandonó a esa pobre niña, y... ya te contaré despacio.

—Pero el nombre, el nombre de esa señora es lo que yo quiero saber.

—A revelármelo iba Juana; su relación la había fatigado mucho, y la palabra tembló en sus labios, ya paralizados por la muerte.

Tal noticia produjo en mí espantosa confusión; volví a la sala y contemplé a la muerta, casi esperando que sus labios pudieran articular el deseado nombre.

—¿Es posible, Dios mío —dije dirigiendo mi mente al cielo—, que no hagas bajar un rayo de vida a este yerto cadáver, para que su fría lengua se mueva y pronuncie una sola palabra?

En mi ansiedad, hasta tuve por un momento la esperanza de que el cadáver, reanimado por mis ruegos, volviese a la vida para revelarme el misterio del nacimiento de Inés.

—¡Qué loco soy! —dije después—. No faltarán medios de averiguarlo.

XXIX ¹

Desde entonces Inés fue para mí el resumen de la vida. Si antes no la hubiera amado, su desgracia me habría inclinado con invencible fuerza hacia ella.

Cuando se acerca el fin de la jornada, causa gozo el considerar de qué extraña manera nos prepara la Providencia, allá en los co-

¹ Lo que en las primeras ediciones había sido párrafo final del capítulo XVIII, separado por «un claro de seis puntos» —según solicitaba el autor al

editor en el manuscrito—, se convierte desde *I* en XXIX, cuya función epilógica queda ahora subrayada por una notable amplificación.

mienzos de nuestra vida, el camino que hemos de recorrer, y hasta los tropiezos o facilidades, penas y alegrías que en él hemos de encontrar. El tránsito de la niñez a la juventud parece el esbozo de un drama, cuyo plan apenas se entrevé en el balbuciente lenguaje de los primeros afectos y en la indecisión turbulenta de las primeras acciones varoniles.

Cosas hay en mi vida que parecerán de novela, aunque no creo que esto sea peculiar en mí, pues todo hombre es autor y actor de algo que, si se contara y escribiera, habría de parecer escrito y contado para entretenimiento de los que buscan recreo en las vidas ajenas, hastiados de la propia por demasiado conocida. No hay existencia que no tenga mucho de lo que hemos convenido en llamar novela (no sé por qué), ni libro de este género, por insubstancial que sea, que no ofrezca en sus páginas algún acento de vida real y palpitante.²

Empleé los dos mil reales en el entierro de la difunta y en el viaje que el padre Celestino y la huérfana hicieron a Aranjuez, donde se instalaron. Yo regresé a Madrid. Inés, reclamada después por los parientes de doña Juana, sufrió martirios y desgracias, cuyo recuerdo hace aún estremecer de angustia mi corazón. Creímos al fin asegurada nuestra felicidad; pero vinieron aciagos y terribles días, aquellos días que se anunciaban de un modo terrorífico en nuestras imaginaciones, como el presentimiento de una catástrofe. Yo, con ser casi un niño, no me libraba de la aprensión general, y por mi mente pasaban, a modo de relámpagos, ideas tan tristes como vagas acerca de desastres futuros. En la atmósfera, en el ambiente moral del pueblo había no sé qué sombras avanzadas de aquellos desastres, no conocidos todavía.³ Sin explicarme el motivo de mis temores, yo creía ver por todas partes la imagen lúgubre de la guerra con formas que no podía determinar, y aquella imagen pasaba ante mí veloz, horripilante, ordenándome que la siguiera... ¡Oh! ¡Cuán pronto corrimos tras ella todos los españoles! Vino la revolución de Aranjuez; vino

² Se trata de justificar en todo el párrafo —que termina con un calco de la tan citada frase de Plinio: «no hay libro tan malo que no contenga algo bueno»— los elementos folletinescos que abundan en las memorias de Gabriel.^o

³ Nótese el uso de la palabra *desastres*, empleada por Goya para su famosa colección *Los desastres de la guerra*. Quizás existe aquí un eco del premonitorio grabado inicial de la colección: *Tristes presentimientos de lo que ha de acontecer* (1810).

el Dos de Mayo, día de sangre y luto; los franceses inmolaron muchas víctimas; Inés cayó en poder de los invasores...⁴ Pero ahora me faltan fuerzas para relatar tan horrorosos acontecimientos. Estoy fatigado y necesito tomar aliento para seguir contando.

Madrid, abril-mayo de 1873

⁴ Truco dirigido a atrapar al lector es sin duda este anuncio del contenido del próximo episodio, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*; las promesas de continuidad, que ya eran habituales en la

picaresca, incluyen aquí además de acontecimientos históricos, peripecias novelescas inesperadas, como hacía el folletín para asegurar la compra de su próxima entrega.

APÉNDICE

I

AL LECTOR

Amigo y dueño: Antes de ser realidad estas veinte novelas; cuando no estaba escrita, ni aún bien pensada, la primera de ellas, y todo este trabajo de siete mil páginas era simplemente una ilusión de artista, consideré y resolví que los *Episodios nacionales* debían ser, tarde o temprano, una obra ilustrada. La muchedumbre y variedad de tipos; lo pintoresco de los lugares; los accidentes sin número de la acción, compartida entre lo histórico y lo familiar; las escenas, ya verídicas ya imaginadas, que en todo el discurso de la obra habían de sucederse, eran grande motivo para que yo desconfiase de salir adelante con el pensamiento de esta dilatada narración, si no venían en mi auxilio lápices hábiles que dieran al libro todo el vigor, todo el acento y el alma toda que para cumplir el supremo objeto de agradarte necesitaba. Hay obras a las cuales la ilustración, por buena que sea, no añade nada. Ésta, por el contrario, es de aquellas que, amparadas por el dibujo, pueden alcanzar extraordinario realce y adquirir encantos que con toda tu buena voluntad no hallarías seguramente en la simple lectura.

No habiendo sido posible verificar esta alianza preciosa en las primeras ediciones, que por varios motivos tuve siempre por provisionales, me estimulaba al trabajo la esperanza de ofrecerte, andando el tiempo, una edición, como la presente, de forma hermosa y elegante, digna de tales ojos, y además completada con el TEXTO GRÁFICO que, a mi juicio, es condición casi intrínseca de los *Episodios nacionales*.

Esta esperanza, señor y amigo, ha llegado a ser cosa efectiva; y al consignarlo con alegría, no puedo menos de atribuir el principal mérito de ello, más que a mi constancia, a la buena suerte de haber encontrado en los Sres. Hermanos Mérida colaboradores tan eficaces, que con sus dibujos han tenido mis letras una interpretación superior a las letras mismas: de tal modo han igualado ellos aquí a los grandes artistas, cuyo don principal consiste en sublimar y enriquecer los asuntos.

Vestidos con magníficas galas, los *Episodios nacionales* salen hoy nuevamente a luz. Éstos son aquellos veinte libritos que durante ocho años han andado por ahí, feos y desnudos, sin más atavío que la dalmática nacional, tan venerable como abigarrada. Humildes entonces, gozaron de tus favores; cortesanos ahora, se creen con derecho a obtener tu privanza.

Y como nada hay más fastidioso que los prólogos largos, ordeno y mando, en obsequio tuyo, que éste sea pequeñísimo. Tengo preparado un luengo y prolijo escrito sobre el origen de esta obra, su intención, los elementos históricos y literarios de que dispuse, los datos y anécdotas que recogí; en suma, un poquito de historia o más bien de Memorias literarias, con la añadidura de algunos desahogos sobre la novela contemporánea. Pero echando de ver que estas cosas interesan medianamente y caen mejor en postdata que en prólogo, me las guardo para el fin de la otra, donde podrá verlas, leerlas y gozarlas el que absolutamente no tenga otra cosa que hacer.

La brevedad de mi Prefacio me da derecho a tu gratitud. Por los continuos favores que me dispensas, que me dispensas, la mia es muy grande.*

B. PÉREZ GALDÓS

Madrid, marzo de 1881

II

En el breve Prólogo impreso a la cabeza de la presente edición me dejé decir que tenía preparado un largo escrito sobre el origen e intención de esta obra, los elementos históricos de que dispuse, y los datos y anécdotas que recogí, comprendiendo además algunos desahogos *sobre la novela española contemporánea*. Pronto me arrepentí de esta precipitada oferta, y la tuve por grandísima tontería en la parte que se refiere a juicios generales de crítica y a opiniones sobre el género literario que más se cultiva en España. Y al desempolvar los papelotes en que estaba el mal pensado y peor escrito *Ensayo*, me revolví airado contra mí mismo por la pícara maña de ofrecer lo que en manera alguna puedo ahora cumplir.

* Prólogo de B. Pérez Galdós, *Episodios nacionales*, edición ilustrada (1881).

Me desdigo resueltamente, recojo mi palabra, y como en aquella espontaneidad pueril no hubo nada de juramento, ni se trata de un caso de conducta moral, espero quedar bien con mis lectores y con mi conciencia. Y si me apuran, prefiero pasar por poco formal a meterme en sabidurías y honduras de crítica, investigando las recónditas leyes de la belleza o las mudanzas que el tiempo y la moda les imprimen, y olfateando los caminos que este y el otro autor siguieron para su gloria o descrédito. Para cumplir lo prometido sería preciso que me saliese de las filas de la procesión y me pusiese a repicar. Hay escritores dichosos que desempeñan admirablemente este doble trabajo, y andan en la procesión y repican que se las pelan. Éstos tienen el don maravilloso de practicar el arte y de legislar sobre él, y son maestros en todo cuanto cae debajo del fuero de la pluma. Sabe Dios que daría cualquier cosa por que me infundiesen algo de su aptitud, aunque no fuera sino para salir airoso en la ocasión presente; pero como esto no puede ser, me resigno, y queda circunscrito el compromiso a la primera parte tan sólo de lo ofrecido, es decir, que no tengo ya más obligación que hablar un poco de cómo y cuándo se escribieron estas páginas. Esto me lo tengo muy sabido, no es cosa de ciencia sino de experiencia; pertenece a la erudición fácil y profunda de las propias acciones, y saldrá como una seda, sin temor de opiniones adversas ni de que los descontentadizos lo tengan por más o menos aproximado a la verdad; como que es la certeza misma.

A principios de 1873, año de grandes trastornos, fue escrita y publicada la primera de estas novelas, hallándome tan indeciso respecto al plan, desarrollo y extensión de mi trabajo, que ni aun había fijado los títulos de las novelas que debían componer la serie anunciada y prometida con más entusiasmo que reflexión. Pero el agrado con que el público recibió *La corte de Carlos IV* sirvióme como de luz o inspiración, sugiriéndome, con el plan completo de los *Episodios nacionales*, el enlace de las diez obritas de que se compone y la distribución graduada de los asuntos, de modo que resultase toda la unidad posible en la extremada variedad que esta clase de narraciones exige. Cuatro novelas aparecieron puntualmente cada año con regularidad de Almanaque, y en la primavera de 1875 quedó terminada con *La batalla de los Arapiles* la primera serie. Tantos lectores tuvo (dentro de la cifra reducida de lectores españoles), que creí oportuno emprender una segunda serie. Verdaderamente, la pintura de la guerra quedaba manca, incompleta

y como descabalada si no se le ponía pareja en el cuadro de las alteraciones y trapisondas que a la campaña siguieron. El furor de los guerreros de 1808 sólo había cambiado de lugar y de forma, porque continuaba en el campo de las conciencias y de las ideas. Esta segunda guerra, más ardiente tal vez aunque menos brillante que la anterior, parecióme buen asunto para otras diez narraciones, consagradas a la política, a los partidos y a las luchas entre la tradición y la libertad, soldado veterano la primera, soldado bisoño la segunda; pero ambos tan frenéticos y encarnizados, que aun en nuestros días, y cuando los dos van para viejos, no se nota en sus acometidas síntoma alguno de cansancio.

Con *Un faccioso más y algunos frailes menos* quedaron terminados los *Episodios nacionales*, y no obstante las excitaciones de algunos aficionados a estas lecturas, me pareció juicioso dejar en aquel punto mi trabajo, porque la excesiva extensión habría mermado su escaso valor, y porque, pasado el año 34, los sucesos son demasiado recientes para tener el hechizo de la historia y no tan cercanos que puedan llevar en sí los elementos de verdad de lo contemporáneo. Abrazan, pues, los *Episodios nacionales* veintinueve años, los cuales, de fijo, dieron de sí más acontecimientos y produjeron más hombres, y, en una palabra, hicieron más historia que todo el siglo precedente. Si damos valor a una ilusión de tiempo, podremos decir que aquellos veintinueve años fueron nuestro siglo décimo octavo, la paternidad verdadera de la civilización presente, o del conjunto de progresos y resabios, de vicios y cualidades que por tal nombre 'conocemos.

Por más que la generación actual se precie de vivir casi exclusivamente de sus propias ideas, la verdad es que no hay adelanto en nuestros días que no haya tenido su ensayo más o menos feliz, ni error al cual no se le encuentre fácilmente la veta a poco que se escarbe en la historia para buscarla. Todos los disparates que hacemos hoy los hemos hecho antes en mayor grado. Y si parece que faltan ahora los grandes impulsos que en otro tiempo determinaron hechos inmortales, es porque no se producen las circunstancias que los estimulan; que si se produjeran, aquellos impulsos saldrían. Y si no, que lo prueben de veras.

Es y será siempre un gran placer para toda generación el mirarse en el espejo de la que le ha precedido inmediatamente. De esto, en primer término, y de la circunstancia, feliz para mí, de no existir en la literatura española contemporánea novelas de historia

reciente, ha dependido el buen éxito de estos libros y la estimación que por sus condiciones literarias no habrían alcanzado nunca.

Esta obra fue empezada antes de que estuvieran en boga las tendencias en literatura, al menos aquí; pero aunque se hubiera escrito un poco más tarde, aseguro que habría nacido limpia de toda intención que no fuera la de presentar en forma agradable los principales hechos militares y políticos del período más dramático del siglo, con objeto de recrear (y enseñar también, aunque no gran cosa) a los aficionados a esta clase de lecturas. Ni remotamente se me ocurrió mortificar poco ni mucho a los naturales de un país enemistado con el nuestro en aquellos trágicos días. La demencia patriótica que nuestros vecinos llaman *chauvinisme* es tan contraria a mi manera de sentir, que me tengo por libre de tal enfermedad ahora y siempre. Consigno aquí esta declaración como respuesta, tardía sí, pero categórica a lo escrito en una célebre revista de circulación universal por un discretísimo y malogrado publicista francés,* que al mismo tiempo que favorecía mi obra con apreciaciones lisonjeras, indicaba que el autor de ella se proponía concitar los ánimos de sus compatriotas contra Francia. De que en una o varias novelas aparezcan pintados los sentimientos de los españoles de 1808 con la vehemencia que exige la propiedad histórica, no se puede deducir que los presentes sintamos antipatía hacia una nación a la cual nos unen hoy vínculos más fuertes que todas las alianzas políticas. La proximidad entre ambos países es tan grande a causa del mutuo comercio y de las fáciles comunicaciones; es tan incontrastable la influencia que en nosotros ejercen las ideas, las costumbres, la industria y aun la riqueza de nuestros vecinos, que aunque existiera aquí el *chauvinisme*, los hechos lo curarían de golpe. Por lo demás, los franceses mismos, en su literatura patriótica, no han sido nunca tan escrupulosos ni se han parado en barras en lo de molestar con más o menos justicia a naciones que han tenido con ellos algún altercado. Otros dos escritores extranjeros, al ocuparse ligeramente del mismo asunto, han seguido el criterio de Mr. Louis-Lande. A ellos dirijo también estas observaciones.

Lo que comúnmente se llama *Historia*, es decir, los abultados libros en que sólo se trata de casamientos de reyes y príncipes,

* *Revue de Deux Mondes*, 1876. — *Le Roman patriotique en Espagne*, por Mr. Louis-Lande.

de tratados y alianzas, de las campañas de mar y tierra, dejando en olvido todo lo demás que constituye la existencia de los pueblos, no bastaba para fundamento de estas relaciones, que o no son nada, o son el vivir, el sentir y hasta el respirar de la gente. Era forzoso pedir datos a los olvidados anales de las costumbres y aun de los trajes, a todo eso que la tradición no sabe defender de las revoluciones de la moda, y que se pierde en la marejada del tiempo, dejando rastro muy débil en los archivos del Estado. Era indispensable pedir también auxilio a la literatura anecdótica y personal, como Memorias y colecciones epistolares. Pero de estos tesoros están muy pobres nuestras bibliotecas. Son pocos los que han referido los lances verídicos de su vida. Hay en nuestro carácter un fondo de modestia que perjudica a la formación de la verdadera historia, y adolecemos además de falta de sinceridad. Lo que llaman *vida pública* es una fastidiosa comedia representada por confabulación de todos, amigos y enemigos. La vida efectiva no aparece nunca, y nos apresuramos a hacer desaparecer los documentos de ella, arrebatando a la publicidad las cartas de personajes fenecidos, por ese ridículo miedo a la verdad que es propio de los que se habitúan a vivir en una atmósfera de artificios. De aquí la oscuridad que envuelve sucesos casi recientes. Las cartas escritas *para el público* no llenan este vacío, y las verdaderas no salen nunca a la luz, o por la razón de falsos respetos, o quizás porque el público mismo no mafiniesta inclinación a esta literatura de verdad palpitante, y protege con su demanda las cosas soñadas, compuestas y mentirosas. Poco o ningún fruto obtuve, pues, de la literatura familiar.

La prensa periódica ha podido, en algún caso, prestar servicios al novelista, aunque en las épocas de régimen autoritario es difícil hallar en los papeles públicos un reflejo, ni aun siquiera pálido, de la vida común. En cuanto a la *Gaceta* de aquellos tiempos, justo es reconocer que arroja gran luz sobre los sucesos de Turquía, Moscovia, Transilvania y Galitzia, observando, respecto a lo que en Madrid pasaba, una discreción tal, que no es posible imaginar papel más estúpido. Pero donde menos se piensa hallamos un tesoro. El *Diario de Avisos*, que en estupidez iguala a la *Gaceta* y le supera en garrulería, ha sido para mí de grande utilidad, por los infinitos datos de la vida ordinaria que atesora... ¿dónde creeréis?, en sus anuncios. En esta parte del periódico más antiguo de España he hallado una mina inagotable para sacar noticias

del vestir, del comer, de las pequeñas industrias, de las grandes tonterías, de los placeres y diversiones, de la supina inocencia de aquella generación. Créanlo o no, digo que todo lo que en esta obra es colorido, acento de época y dejo nacional, procede casi exclusivamente de los anuncios del *Diario de Avisos*. Para la ensambladura histórica tuve siempre a la vista la historia anónima de Fernando VII, que se atribuye a D. Estanislao de Koska Bayo, y para *Zaragoza los Sitios* de Alcaide Ibieca. Con esto, las *Memoorias* de algunos generales del Imperio y otras historias menos conocidas y una buena dosis de buena voluntad, que suple a veces la falta de ciertas facultades, salí del paso como Dios me dio a entender.

Gran ventura habría sido para mí tropezar con testigos presentes; pero no habiendo hallado ninguno que pudiera contar hechos de la primera época, tuve que fiar la empresa a las fatigas del trabajo inductivo y de probabilidades, auxiliado por datos de tercera mano y referencias incompletas o desvirtuadas. Después, al acometer la segunda serie, pude obtener ventajas de la conversación con personas de tanto ingenio, sagacidad y feliz memoria como el Sr. Mesonero Romanos y algún otro. En las obras de este insigne fundador de la literatura de costumbres en España, en las de Larra, Miñano, Gallardo, Quintana, etc., y aun en las comedias, sainetes o articulillos de escritores oscuros, así como en diferentes periódicos no políticos, sin excluir los de modas, he allegado elementos indirectos para sortear las dificultades de empresa tan ruda.

En la primera serie adopté la forma autobiográfica, que tiene por sí mucho atractivo y favorece la unidad; pero impone cierta rigidez de procedimiento y pone mil trabas a las narraciones largas. Difícil es sotenerla en el género novelesco con base histórica, porque la acción y trama se construyen aquí con multitud de sucesos que no debe alterar la fantasía, unidos a otros de existencia ideal, y porque el autor no puede, las más de las veces, escoger a su albedrío ni el lugar de la escena ni los móviles de la acción. Tales dificultades obligáronme a preferir en casi todas las novelas de la segunda serie la narración libre, y como en ellas la acción pasa de los campos de batalla y de las plazas sitiadas a los palenques políticos y al gran teatro de la vida común, resulta más movimiento, más novela, y por tanto, un interés mayor. La novela histórica viene a confundirse así con la de costumbres. En los ti-

pos presentados en las dos series y que pasan de quinientos, traté de buscar la configuración, los rasgos y aun los mohines de la fisonomía nacional, mirando mucho los semblantes de hoy para aprender en ellos la verdad de los pasados. Y la diferencia entre unos y otros, o no existe o es muy débil. Si en el orden material las trasformaciones de nuestro país han sido tan grandes y rápidas que apenas se conoce ya lo que fue, en el orden espiritual la raza defiende del tiempo sus acentuados caracteres con la tenacidad que pone siempre en sus defensas, ya lo sean de una ciudad, como en Numancia y Zaragoza, ya de una costumbre, como se muestra en la perpetuidad de los Toros y de otras mañas nacionales. No es difícil, pues, encontrar el español de ayer, a poco que se observe el que tenemos delante.

Al pensar en la ilustración de esta obra, quise, como he dicho al principio de la edición, que manos de otros artistas, vinieran a dar a las escenas y figuras presentadas por mí la vida, la variedad, el acento y relieve que yo no podía darles. Pero tengo que añadir a lo que dije al principio de la edición. Bien se ha visto que el plan primitivo ha sufrido alguna mudanza. Anuncié que la ilustración total estaba a cargo de dos artistas eminentes; pero las dificultades que en la práctica ofreció lo excesivo del trabajo en obra tan extensa, obligáronme a repartir la ilustración entre mayor número de artistas. Tuve la suerte de que todos cuantos llamé en mi auxilio respondieron con entusiasmo; todos han trabajado con fe, encariñados con la obra más de lo que ésta merecía. El resultado ha sido admirable. La habilidad de los insignes pintores y dibujantes que han trabajado en esta edición, su entusiasmo y mi constancia (que no quiero renunciar a la parte de gloria que me toca), han producido una obra editorial de relevante mérito, un verdadero museo de las artes del diseño aplicadas a la tipografía, y marcan un verdadero progreso en el gusto nacional. Creo haber acertado al preferir los facsímiles ejecutados sobre zinc a los antiguos procedimientos del boj, pues si la madera bien trabajada da finezas y matices, que en el clisé directo se obtienen pocas veces, en cambio éste reproduce fielmente la creación del artista, y traslada el acento, el trazo, la personalidad. De aquí la seducción que ejerce en el observador entendido un relieve de zinc cuando es de manos bien ejercitadas en el lápiz o la pluma. Muy grande tiene que ser la destreza de un grabador para arrancar de la madera efectos iguales, y sobre todo, para imprimir con el buril ese

sello de espontaneidad y frescura que en el clisé directo compensa la tosquedad del trazo.

No he de ocultar que la escasez de medios industriales en nuestro país ha sido parte a mermar los efectos que habrían podido obtenerse en esta ilustración, utilizando todos los progresos que la zincografía ha realizado últimamente en Europa. Pero en la ruda campaña que ha sido preciso sostener con la carencia de elementos materiales se ha llegado hasta donde se ha podido, y sólo han cesado los esfuerzos ante el convencimiento de no poder avanzar más en esta senda de asperezas y entorpecimientos de todas clases. Se ha ido hasta el fin del terreno conocido en nuestra limitada vida industrial, no retrocediendo sino cuando era humanamente imposible dar un paso más. La tristeza que produce el no haber llegado a la perfección se atenúa con la idea de haber puesto los cinco sentidos y los recursos todos en la empresa, y con la seguridad de que otros llegarían hasta donde hemos llegado; pero no más allá.

Cuatro años y medio ha durado la publicación, plazo relativamente corto y que aún lo parecerá más si se atiende a que la obra consta de *quinientos veintiocho pliegos*, a que ha sido preciso obtener de nuestros artistas, algunos de ellos avecindados en Barcelona y en el extranjero, mil doscientos dibujos próximamente, enviarlos fuera de Madrid casi siempre, para la elaboración de los clisés, y estampar al fin éstos con la proligidad y el esmero que exige tal trabajo. Los que conozcan de cerca las faenas tipográficas y además hayan visto experimentalmente los horizontes que tiene en España el comercio de libros, se pondrán de mi parte cuando me oigan repetir lo que dijo primero el loco de Cervantes y después Pereda en esta forma: «no es para todos la tarea de hinchar perros de esta catadura».

Los nombres de los colaboradores artísticos de esta edición, pintores eximios los unos, dibujantes habilísimos los otros, van a la cabeza de los diez tomos. Estos nombres, algunos de los cuales gozan ya de universal fama, y los demás la obtendrán seguramente, son demasiado conocidos y no necesitan que se les haga aquí un panegírico. Poco añadirían a su reputación mis encarecimientos, que, por otra parte, parecerían quizás interesados. Es ocioso encomiar lo que está a la vista. Ponerse a describir bellezas fácilmente apreciables por cuantos tienen ojos y gusto es más de *cicerone* que de crítico. Penetrad por la primera página, salid por la

última después de haber recorrido esta inmensa galería, y tengo por cierto que haréis justicia, sin necesidad de apuntador, al ingenio, la fuerza de expresión y la gracia con que el arte del dibujo ha hermoñado estas pobres letras.

Otros colaboradores ha tenido, en esfera más modesta, la presente edición, a los cuales nadie conoce, y que, no obstante, merecen que sus nombres sean sacados de la oscuridad. Yo lo haré como recompensa a los constantes esfuerzos, a la inteligencia y buena voluntad con que han coadyuvado al éxito de este difícil trabajo. Servicios tan útiles no son los menos importantes, ni la parte de gloria que les corresponde en el resultado total es la más pequeña. Merece, pues, una mención aquí el encargado de los trabajos tipográficos de la edición, D. Guillermo Cano, por cuyas manos han pasado todas mis obras desde *La fontana de oro* hasta la última que he compuesto, y todas las ediciones, grandes y chicas, buenas y malas que de ellas se han hecho. La tirada de los *Episodios nacionales* ilustrados y de sus innumerables grabados ha sido hecha con el mayor esmero, desde el principio hasta el fin, por el maquinista D. Antonio López.

Creo haber dicho todo lo que tenía que decir, cumpliendo la oferta de marras, y pagando el acostumbrado tributo de cortesía a un público con el cual se ha estado en comunicación no interrumpida durante muchos años. A este público que me admitió la edición primitiva de estos libros, que recibe bien la ilustrada, y que tal vez, andando el tiempo, no ponga mala cara a otra, presentada en forma y condiciones diferentes, debo gratitud eterna. Mientras su favor me dure, yo no he de pecar de ingrato ni de perezoso. Este es el único poderoso de la tierra, cuya munificencia no tiene límites y cuyos dones se pueden admitir siempre sin ofensa del decoro, porque es el único que sabe y puede ser Mecenaz en los tiempos que corren. Cuando el favor desmaye y observe yo en el inmenso semblante asomos de ceño o de cansancio, me dejaré caer poco a poco del lado de la oscuridad, hasta quitarme de en medio completamente, siempre con la debida reverencia.*

B. PÉREZ GALDÓS

Madrid, noviembre de 1885

* Segundo prólogo a B. Pérez Galdós, *Episodios nacionales*, edición ilustrada (1885).

TABLA

LOS «EPISODIOS NACIONALES», O LA HUELLA DEL CARACOL, <i>por Geoffrey Ribbans</i>	IX
PRÓLOGO	
1. Galdós y los «Episodios nacionales»	XXVII
2. Galdós y la novela histórica	XXXIV
3. «Trafalgar»	XXXVIII
4. «La corte de Carlos IV»	XLVIII
5. La perspectiva del narrador	LVI
6. Historia de los textos	LVIII
7. Esta edición	LXIX
TRAFALGAR	I
LA CORTE DE CARLOS IV	153
APÉNDICE	365
APARATO CRÍTICO	375
NOTAS COMPLEMENTARIAS	461
BIBLIOGRAFÍA	539
ÍNDICE DE NOTAS	553

104

Trafalgar
La corte de Carlos IV

Los dos primeros *Episodios nacionales* abren la puerta a la más vasta construcción novelesca de nuestra literatura: toda la España del siglo XIX se hace trama de ficción, y sus grandes protagonistas se vuelven seres de carne y hueso que se codean con sus semejantes y con ellos viven y padecen. La ceñida anotación de Dolores Troncoso señala detalladamente los materiales y las fuentes de diversa índole que utilizó Galdós para documentarse, de modo que hace diáfanas tanto la elaboración imaginativa como la perspicacia histórica del novelista. La edición sigue con fidelidad las últimas y definitivas revisiones realizadas por el autor, pero el aparato crítico recoge además cuidadosamente la génesis de los textos a través de la doble y aun triple redacción de los autógrafos y de las pruebas de imprenta.

Estudio preliminar de Geoffrey Ribbans.

[LXX + 570 páginas]



CRÍTICA

ISBN 84-7423-718-1



9 788474 237184